MALDAD

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

GERMÁN CAMACHO LÓPEZ



Nueva Literatura Latinoamericana siglo XXI

MALDAD

La Sangre de los condenados

Germán
Camacho López

NUEVA LITERATURA LATINOAMÉRICANA SIGLO XXI

Título original:

MALDAD La Sangre de los condenados

País de origen: Colombia
Idioma original: Castellano

Bogotá, Colombia

1ª edición: Marzo de 2013
Bogotá, Colombia

MALDAD

La Sangre de los condenados

Germán Camacho López

NUEVA LITERATURA LATINOAMÉRICANA SIGLO XXI

AGRADECIMIENTOS

Mis sinceros agradecimientos primero a Dios, y a quienes con fe y perseverancia han decidido recorrer este camino conmigo. Sobre todo por entender la importancia de la literatura, aun en tan agitado siglo. Sin ustedes, estas líneas no pasarían de ser un bien intencionado monologo. Gente maravillosa que consigue sobrevivir en la inarmónica realidad del mundo que hemos edificado. No encuentro suficientes sinónimos para expresar mi agradecimiento, para todos y cada uno de los que hacen y harán parte de este proyecto; una nueva historia que ve la luz, y se hace real de manera mágica ante mis ojos.

Quisiera de igual forma expresar mi agradecimiento a quienes han iluminado mi vida a lo largo de estos años. Muchas de sus propias palabras, son ahora parte de las mías, como una amalgama de emociones y sentimientos que forman un nuevo ser.

GERMÁN CAMACHO LÓPEZ
MALDAD
La sangre de los condenados
INDICE

LOS HECHOS

La ciudad de Treum, es un lugar tan imaginario como real. Con el respeto que siento por los logros de la humanidad y sus complejas sociedades, no pretendo adjudicar sobre sus bienintencionadas obras, un halito umbrío. Puramente, creo identificar en cada urbe, un símil que permite incluso obviar sus nombres, pues de fondo, al igual que los órganos de nuestro cuerpo no demandan ser bautizados. De la misma forma, las ciudades son simples ciudades, que en nuestro apego sentimos tan propias y familiares, hasta mudarlas en parte de nuestras vísceras. Empero, las amamos y odiamos con tanta intensidad, que a final se tornan en amantes odiosas y cordiales; sobre las cuales vamos regando sueños y frustraciones.

Si sales a la calle o miras por la ventana, te encontraras de frente con el aroma de Treum. Cada día la respiras, la tocas y la vives, con todas sus formas arquitectónicas; sus líneas y demarcaciones. Treum es parte de ti y tú eres parte de ella. Por tanto, no afirmaré que las descripciones de esta novela son ficticias, y dejaré que tú mismo como lector, las tengas a consideración, aplicando sobre ellas la valía que consideres.

PRÓLOGO

Esa noche las hadas del sueño fueron benévolas conmigo; pero el repiquetear del teléfono móvil, anunció la fuga de los dominios de Morfeo. Eran las seis de la mañana. Estaba enganchado con lazos a la amplia cama de roble. Empero, con el infecundo aliento matutino, saqué la cabeza del almohadón y descolgué la pierna derecha; tanteando en el frio suelo las sandalias. Luego arremetí contra mi propia extenuación y de un solo envión me inscribí al borde la cama; calcé mis pies y liberado en un prolongado bostezo, me incorporé tambaleante hacia el lavabo.

En el trayecto hice un par de contorsiones, para esquivar los rayos del sol que como un reflejo de espadas, se ensartaban desde la ventana hacia el piso. Debí mencionarlo antes: esa mañana, la temperatura debía rayar los cuarenta grados centígrados. Así había sido a lo largo del mes, insoportable y cargante, pero irrevocable desde todo punto de vista. El célebre astro rey no había sido en absoluto discreto, e indolente del descanso de los mortales; se anticipaba cada día, moviéndose a su antojo sobre el domo de la magnánima crujía del cielo.

Pocos segundos después, estaba frente al lavabo blanco de pedestal; contemplando mi soñolienta mirada en el espejo y puliéndome la cara con un poco de jabón antibacterial. Finalmente, la caricia del agua fue como una cascada refrescante y liberadora, que preferí dejar secar naturalmente sobre la piel, en lugar de tomar el paño del toallero; luego me froté los dientes con el viejo cepillo, que hace meses debí haber cambiado y para concluir, hice buches con enjuagué bucal. Terminado el ritual de aseo personal, di media vuelta y avancé hasta la salida del cuarto.

Jamás me había intranquilizado el cómo subsistir; aunque debo reconocer también, no me habían faltado oportunidades en la vida. No obstante, y quizá, gracias a lo plano de mi existencia, en

algún momento deje de pensar en las extrañas situaciones, que a veces el azar brinda sin haberlas procurado.

Mi nombre es Gabriel Dickens. Desearía que mi historia relatara como algunas otras, el dolor de amores lejanos; heroicas hazañas o nostalgias del pasado. Preferiría poder narrar sobre cualquier otro asunto, pero lo que encontraran en estas líneas es para abatimiento de mi alma, algo que supera el propio entendimiento humano; lastimando en su incesante paso mi corazón, arrastrando en su torrente mi vida.

Me fue otorgado un don… preferiría no tenerlo.

<Parece que fue tan solo ayer que ocurrieron los extraños sucesos, que transformarían para siempre, la calmosa realidad de una pequeña comunidad en temor y desconcierto.

En el recuerdo y la conciencia de las personas, permanecerá por siempre esta historia casi fantástica, y a su vez totalmente siniestra.>

Aquel caluroso día se transformó en una tarde de lluvia incesante; el torrencial aguacero dejó al descubierto, frente al rostro pálido y enmudecido de los obreros, golpeado por las gotas de agua como diminutas cuchillas punzantes, el horror oculto bajo el lodo.

CAPÍTULO I, DEL CORREO DE JOHN

Hace mucho tiempo que no conseguía una noche de sueño placentera. Tal vez, por eso, mis parpados rehusaban abrirse por completo, aun cuando la brillantez del sol se filtraba en cada rincón de la vivienda sin ningún decoro. Pero al final en un lapsus de conciencia tuve que desistir de mis reparos y filtrarme pesadamente hacia la sala. El sabor de boca, anunciaba el clamor de mis papilas gustativas por una taza de café; de modo que mis pasos se desviaron pávidamente en dirección a la cocina. Todo intento por retornar a la plétora del lecho estaba dimitido. Abrí los ojos completamente y despedí las migajas del sopor, rascándome la cabeza y exhalando de nuevo un dilatado bostezo; luego dejé filtrar el agua en la cafetera. Al instante el sonido de mis pisadas haciendo crujir el piso de tablón, me condujo hasta el sofá, frente la mesita principal de la sala; donde descargué la oscura y humeante bebida. Por supuesto, ansié también fumar un cigarro, un dañino hábito del que no conseguía liberarme; pero esta vez, en un arranque de voluntad, dejé huérfano al estimulante, de su hermano nicotínico, y simplemente, me dispuse en el sillón con la mirada extraviada. Sin mayores reflexiones que las del sabor amargo destilándose férvido por mi garganta.

De pronto una repentina vibración, acompañada por un chasquido metálico estremeció el piso y el vidrio del ventanal; seguido hubo una pausa que afianzándose durante unos segundos, bloqueó el resplandor del sol; mutando en una imprevista calina, símil a la umbría de los atardeceres en la estación de lluvias.

Ignoraba por completo cuando llegaría el invierno, pero dados los antecedentes del año pasado, medité que sería muy pronto para su arribo, o quizá no llegaría, <con el cambio climático nunca se sabe>. Y sin prestar mayor atención, descargué mi cabeza sobre el respaldo del diván, para sustraer los últimos minutos de licencia al día. Debían ser las seis y media. En cualquier momento tendría que moverme para iniciar mis actividades. Entonces un nuevo estremecimiento, esta vez

bastante potente, me arrebató de mi sosiego. Afuera, el estridente sonido de las alarmas de los coches, inició a repiquetear; conjurando cualquier vestigio de letargo que abrigara mi ser. De modo que extendí el brazo, tomé la taza vacía y me incorporé de inmediato; despejándome de cualquier intención de hacer un espacio a las excusas.

Constaté en el reloj de pared, que efectivamente, era la hora que supuse, y haciendo un repaso mental de actividades pendientes para ese día; avancé por el pasillo angosto que conducía al cuarto de baño. Me saqué la ropa y me deslicé bajo la ducha donde permanecí unos diez reconfortantes minutos, entre las lisonjas del agua gélida, que como una pequeña cascada se abatía sobre mi cabeza; resultando en una sensación restauradora, vertiendo por el sifón al exánime Gabriel, para dar paso a un hombre renovado. Acto seguido, avancé hasta la habitación, donde me calcé un suéter mostaza, un viejo y descolorido índigo y unas botas marrón. Luego pasé el peine por el desordenado cabello, mientras contemplaba mi rostro en el espejo; reflexionando que salvo algunas dificultades, la vida había sido clemente conmigo.

Siempre preferí vestir de modo informal. Excepto contadas ocasiones que exigían miramiento, pulcritud y excesivos formalismos, que aun cuando no iban conmigo, eran parte de un obligado protocolo. Más allá de eso, no tenía censura en cargar a cuestas mi propio estilo.

Concluido el oropel regresé a la sala y de inmediato me senté frente al escritorio, que fungía de improvisada oficina. <Pasé por alto decirles que soy arquitecto> y desde mi apartamento manejo gran parte de mis asuntos laborales.

Tenía algunos asuntos para ese día, que recapitulé en mi cabeza, mientras encendía el ordenador, y observaba impávidamente el oscuro recuadro que formaba el aparato soportado sobre el tablón de madera, dispuesto en un extremo del salón, contiguo a un ampuloso ventanal.

Hice una pausa en mis deliberaciones para observar la pantalla, que con una sutil vibración interna anunció el despegue de sus circuitos. Para luego iniciar a matizarse de colores, hasta enseñar

el aviso de ingreso al sistema operativo; del que escaparon iconos y símbolos de archivos. Me quedé mirando distraído por un momento, haciendo antesala al fondo celeste que pronto emergería en la pantalla, anunciando el ingreso definitivo al mundo virtual.

El café y el baño, me habían imbuido de un ánimo denodado. De modo que me avoqué al trabajo de la mañana. Mis ocupaciones exigían agudeza, imaginación y perspicacia.

Tecleé la dirección web del servidor de emails, que hace un par de días no revisaba y al abrir el inbox; me encontré con un correo de mi amigo John, el cual decía:

<Hola Gabriel, espero te encuentres bien ¿podríamos reunirnos en la parroquia? surgió algo que podría interesarte>

Al revisar la fecha noté que el mensaje era de hace tres días <Que extraño, no había visto esto> reflexioné. Dando clic sobre otros correos.

Mientras descargaba la mirada sobre aquel monitor, me resultó increíble como la tecnología, había avanzado en forma tan vertiginosa. Pocos años atrás la mayoría de las personas no poseían un ordenador, un teléfono móvil, servicio de internet, ni muchas de las sofisticaciones del mundo actual. Sin embargo, ese mismo mundo resultaría, hoy, inconcebible sin aquellas herramientas. Aunque claro, de algún modo esto menoscababa la comunicación; el obligarse a realizar una llamada o entregar un recado directamente. Ejemplo de esto era el correo de John, que había pasado por alto.

Aunque también adjudiqué el descuido, de no haberme percatado antes de su mensaje, al tiempo que parecía estar yendo cada vez más rápido. Lo cual podía ser simplemente, una percepción propia, consecuencia de mi agitado ritmo de vida, el cual a veces sentía estaba llegando a su límite.

Y como una adecuada excusa para salir y tomar un poco de aire; concluí que debía afrontar la carga de mi impertinencia, al no realizar una actividad tan primaria como revisar mis propios correos. Así que en lugar de responder el mensaje, decidí visitar a John ese mismo día, para enterarme de las particularidades de su recado;

mientras me alejaba de la pantalla dejando escapar de mi semblante una sonrisa, al reflexionar sobre la distracción en mí actuar.

La sensación de una vida repleta de expectativas y metas, algunas de ellas cumplidas, superadas por mucho, me acompañó hasta la puerta de salida de mi apartamento.

Salí de casa en dirección a la calle del Príncipe Regente, para dar mi largo paseo solitario. Pero antes fui hasta el cuarto y descolgué del placard, mi cazadora con capucha. No la usaba con frecuencia, menos que los recientes climas; pero un impulso maquinal que más tarde comprendería, me hizo tomarla.

Era una mañana de lunes, que hasta ese momento se había mostrado agradable; moderando el electrizado sol de esos días, y forzando, incluso, su fuga bajo unas inusitadas nubes. Que junto al reparador y necesario sueño que había conseguido después de tantos días; avivaba mis fuerzas, y me imbuía de nuevas expectativas, que me auguraban una jornada plena.

CAPÍTULO II, O EL INESPERADO CAMBIO DE ESTACIÓN

Principiaba el mes de Mayo, y las semanas de frio y humedad que debían haberse sucedido hace meses; jamás habían llegado. La ciudad estaba a punto de completar dos años sin lluvia, de ahí, que incluso las estaciones meteorológicas se sintieran desconcertadas. El invierno había sido reemplazado por un intenso y abrasador verano prematuro; que apenas si había dejado un hilo de vida sobre los arboles, y seguramente, a causa de las elevadas temperaturas; el ánimo de las personas se veía alterado, y excitable. Por eso prefería caminar, en lugar de tomar mi camioneta y adentrarme en las calles que se inundaban de automóviles; que apenas si cabían en aquellos senderos asfalticos, y que luchaban por unos metros de espacio. Por el contrario, si optaba dar una caminata, podía detenerme un instante y contemplar los caracteres arquitectónicos de Treum; recorrer parajes

solitarios infundidos de historia. Cruzar parques peripuestos de la animación de la muchachada estudiantil, libre de las preocupaciones adultas, o detenerme en la puerta de algún mesón, y recobrar el aliento para seguir mi camino. Y un par de cuadras después obligarme a una nueva pausa y beber un refresco en un pintoresco comercio; mientras observaba los autos aparcados, el circular agitado de la gente, el cielo anaranjado; y después sintiéndome exhausto, simplemente regresar a casa, atravesando de nuevo los mismos caminos.

Ya en la calle, al dar un vistazo a la araña de asfalto que formaba la intersección de vías, contiguas al edificio; noté que la sosegada tarde empezaba a oscurecer, como si anunciara desusados rumores de lluvia.

A un costado de la avenida se enredaban los vehículos aparcados formando una gran hilera; que simulaba el aspecto de un estirado tranvía. Y ahí mismo, sobre aquel listón grisáceo, reposaba sosegada mi vieja camioneta con sus típicos dobleces formando el extremo de la defensa y aflorando con su color azul tenue, producto del castigo del tiempo. Sin embargo, en lugar de servirme de su servicio, mantuve la idea de caminar esa tarde.

Avancé rápidamente por las calles pálidas de Treum, en dirección al nordeste. Eran las diez de la mañana cuando empezó a resoplar un viento frio; miré hacia el cielo que se llenaba de nubes, tras las cuales relucía un tímido fulgor de sol. Sin embargo, deje pasar inadvertidas estas señales, y proseguí mi andar.

Parecía no haber nadie en las calles, algo que resultaba bastante extraño; ni en la parada de buses, en los alrededores de la avenida, ni siquiera en la transitada calle de Santa Cecilia, una de las más concurridas de Treum, donde se cruzaban los nuevos comercios; algunos colegios y la antigua zona gastronómica. Solo la calle fría y solitaria, seguí avanzando hurgando con la mirada la autopista. Era irreal, pero tampoco en esta se divisaban autos.

La intriga me confrontaba, a medida que observaba dominado por el desconcierto; el inexplicable imperio de la soledad. Y en estas reflexiones me adentraba, cuando inadvertidamente al doblar la esquina, tropecé de frente con un tumulto de personas, liderado por

algunos ataviados de forma singular. Me detuve de golpe, aclarando mis ideas y fue entonces, que atiné lo que sucedía.

Cada año, por esas fechas se celebraba en la pequeña comunidad de Treum, la conmemoración religiosa en honor a su santa patrona. A pesar de la modernidad, la ciudad conservaba el vigor religioso de sus tradiciones, y del mismo modo en que se rememoraba cada año la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo; también esta festividad resultaba estimable para la devoción de sus habitantes. La actividad litúrgica era intensa durante ese día, y ese año al parecer, no sería la excepción.

La procesión que venía a mi encuentro y entre la cual tuve que abrirme paso, destacaba por la asistencia masiva de los feligreses. Muchos otros debía estar probablemente en las iglesias; instándose en el ceremonial del arrepentimiento para lavar los pecados.

En la multitudinaria romería podía observarse una imagen de la santa, y otra de Jesucristo; transportadas en sus pedestales por exhaustos cargadores. Símbolo que soportaba sobre sus hombros la redención para la humanidad. Así seguirían durante un trayecto de algunas horas, que atravesaba los puntos principales de la ciudad. La celebración se instituía siempre sobre la disciplina, el orden y devoción de los creyentes.

No obstante, me resultaba inevitable reflexionar, como la iglesia apunta a tener comunicación directa con el supremo creador; sin embargo, paradójicamente, se mantiene ocupada solucionando problemas políticos, o intentando demostrar su inocencia y rectitud en los juzgados. Y Convalidaba estas meditaciones diciéndome a mí mismo, que no era mi culpa el pensar de esa forma, puesto que los hechos lo demostraban.

Ya desde mis primeros años había sido un agudo crítico, al tratar temas religiosos. Sin sentir un mínimo rubor al tener que apuntar alguna crítica; ni apretar los dientes para obviar mis opiniones. Aun cuando resultara una lanza atravesando el pecho para algunos de mis interlocutores.

Otras personas, por su parte, distanciadas de aquellas creencias. Habían optado, ser los disidentes auto expatriados de las

grandes religiones del mundo; estableciendo sus propias comunidades teológicas independientes. Instituyendo sus propias tradiciones y normas, erigiendo un nuevo templo cada día, en procura de los favores del altísimo y prefiriendo hacer oídos sordos a la que alguna vez fuera su doctrina.

Por mi parte, nunca fui una persona religiosa; aunque si alguien respetuoso de las creencias de los demás. Incluso disfrutaba a mi manera la distracción que aquella solemnidad prodigaba. Más aun cuando cáusticamente, mi mejor amigo había elegido dedicar su vida al sacerdocio.

Admiré la procesión sólo un instante, pues estaba más interesado en llegar lo antes posible a la parroquia que estaba a unas cuantas cuadras. Sin embargo, me volví de nuevo con curiosidad, notando la armónica composición en la que se movían los pies en un coordinado compás guiado por el camino de la antigua avenida.

A pesar de los rituales suplantados por la modernidad y el desinterés religioso; aún se conservaba algunas tradiciones de antaño, como el desfile celebrado por el puñado de creyentes, que se aferraban a la tradición. Sin motivo distinto que agradecer los pecados lavados con sangre. En esa explanada ocupando casi toda la extensión de la calle, proseguían su andar los cargueros, ubicados en los extremos; soportando sobre sus hombros todo el peso del icono.

Superada la peregrinación, unos metros adelante, ya me encontraba frente a la marmolina del viejo palacio de artes; detrás del cual se elevaba la cúpula de la iglesia, como un monumento lejano e inalcanzable.

Pero de pronto, cuando los amagos de borrasca parecían disiparse, y las nubes daban vía libre al sol, contrariamente, la tarde liberó una copiosa lluvia; tan intensa que en un instante las calles se anegaron.

Expuesto bajo la feroz lluvia, la bizantina marquesina del edificio; otrora un salón suntuoso de encuentro cultural, resultaba insuficiente para guarecerme. La fuerte ventisca era como un golpe seco contra los portones de las casas, rematado por el susurro del viento como los únicos sonidos que se erigían en aquella rúa, el

resplandor había expirado, consumando anticipadamente el día, como un signo umbrío que se santiguaba sobre Treum. Una infortunada providencia, que me hizo sentir desdichado. El infausto yerro de no distinguir la conexión entre un enorme nubarrón gris, y la consiguiente borrasca. De ese modo la ciudad se me vendría encima como una red de infortunados albures entrelazados.

El torrente de agua excedía la capacidad de las alcantarillas, formando arroyos que grumosos desembocaban en ellas; hace mucho tiempo la ciudad no era infligida por una tempestad como esa. Los arroyos formaron en un segundo un cementerio de desperdicios, ramas; hojas, guijarros, lodo. Signos hieráticos del poder de natura, abatiendo con fuerza pórticos, ventanales, carteles. La morada de Dios, parecía cada vez más inalcanzable, a pesar de que su decretada torrecilla se dibujaba precisa en la distancia.

La capa asfáltica tendida con dejadez sobre las calles, recibió todo el castigo de la tempestad, que mudaba las esquinas en abrevaderos; donde desaparecían las aristas de los andenes, y continuaba avanzando con su ímpetu devastador, sobre las vecindades. Los tabiques de las casas se colmaban de las limaduras que arrastraba el agua a su paso, y el sobresalto, soslayó cualquier esperanza de hallar compañía en tan aterrador aluvión; deshabitando la rúa de cualquier señal de vida. En permutación truenos y relámpagos la inundaron con su eco; mientras los pocos establecimientos que aún permanecían abiertos, febriles apuraron sus portones procurando un sensato refugio.

Leyendo las inscripciones borroneadas en las nomenclaturas urbanas y dejando que mi mirada se perdiera en el arrebato de aquel ensueño; permanecí un instante más bajo el tejaroz del edificio, vigilante al mismo tiempo del arribo de algún taxi. Pocos minutos antes había cruzado el umbral de mi puerta, dejando atrás el confort de mi hábitat y ahora me encontraba victimizado, como un muro de piedra más adornando la calle; golpeado por el inexorable ataque de la lluvia. Había sido una decisión imprudente ¿acaso no lo notaba? Dilucidé profundamente esta cuestión. Sin embargo, no podía

quedarme simplemente ahí, el resto de la tarde, tenía que tomar una decisión, y empezaba a decantarme por regresar a casa.

Pero la vieja parroquia se ubicaba a unos seis kilómetros de mi apartamento, y tácitamente, estaba más próximo a esta, que se revelaba como única esperanza de refugio.

Empero, no podía más que anhelar la calidez de mi apartamento, ya no importaban los casi cuarenta grados de temperatura, cuando menos el sol, no se te abalanza encima de forma tan inclemente. Pero aquel edificio formado por una torre de 25 viviendas, que se elevaba en la zona más céntrica de la urbe, parecía un vago espejismo cuya placa de cerámica decorada a mano en esmalte brillante de alta temperatura, adornada en los extremos con figuras de hojas de color verde, indicaba la dirección “Calle Centro Alto, 669”.

Frente a mí se sellaba el único camino posible, aquel templo. Un guijarro de predisposición medieval de exquisita delicadeza; edificado a finales del siglo XVII. Construcción con la cual, siendo yo arquitecto me sentía plenamente inspirado; no obstante, cuando mi propia tendencia como proyectista era mucho más moderna y vanguardista. Lo cual no reprimía el disfrute de aquella magna obra con su base de elipses y curvas, así como su concepto policéntrico.

Una vez más la inclemencia del clima me recordaba que podía haber conducido hasta el lugar donde se anclaba la iglesia, sin embargo, en ocasiones optaba el caminar por aquellas calles de aspecto barroco; que se extraviaban en medio de la nueva modernidad, la cual ganaba cada vez más terreno en la comunidad de Treum. Además el ejercicio de contemplar las avenidas y respirar el aire natural, alejado del trafico; era una inconsciente resistencia hacia aquello que mis propias manos modificaban. Y resultaba sin duda reconfortante. En contraposición a la mecánica diligencia de tomar un vehículo, haciendo rugir su motor, para atraparse al instante dentro de un compartimiento carente de esencia; lo cual siempre me resultó un poco molesto. Y por eso siempre hallaba cualquier excusa para no hacerlo. <Evidentemente, esta vez, resultó un desacierto>

Me envolví en la cazadora, arropando también mi cabeza, y de nuevo empecé a caminar. Una escultura que adornaba el edificio de artes, la cual de pronto se activaba y echaba a andar.

—¡Mierda, esto no fue una buena idea!

Me dije mientras avanzaba, con la ceguedad que ocasionaba el acoso de la lluvia, acompañado de la fuerte ventisca que se vigorizaba cada vez más, con inclemente poderío; entorpeciendo mí avance. Resultaba evidentemente, un juego de poderes que la naturaleza había conseguido ganar. Entretanto resistía con obstinación procurando guarecerme bajo las salientes de las terrazas; sin embargo, no había conseguido una adecuada protección con la anacrónica estrategia. El elegante lustrado de mis zapatos había desaparecido y en pocos minutos, mi abrigo había aumentado por dos su peso, con su tejido totalmente empapado. La consecuencia al margen de lo evidente, podría ser un terrible resfriado; por lo cual mi razón rescindió tan inútil objetivo de persistir en mi avance. Y a un costado de la vía, aguardé con desazón que se revelara la forma de un taxi; mas mí codiciado anhelo no era otra cosa que una ingenua sugestión. Puesto que aquel clima parecía haber despavorido los automóviles de las calles, y los insuficientes coches de servicio público; traían a otros pasajeros consigo. Con toda la molestia que sentía, resultaba entonces ineludible el continuar mi marcha, y para ese momento, me separaba todavía menor distancia de la parroquia, que aquella que me alejaba de mi apartamento.

<Esa era la dirección indicada>

Pero lo que vendría a continuación, no lo habría calculado ni en mis peores pesadillas. Fue ese primer día de lluvia cuando todo empezó. Brotando de repente con la singular conmoción, de una infausta agudeza que activó mis sentidos.

Diez pasos me distanciaba de la esquina de la calle atlas, donde se encumbraba un viejo edificio de seis pisos abandonado hace un par de años, y que debía estar en proceso de extinción por cuenta del ayuntamiento. El cual, entretanto, era aprovechado por drogadictos y prostitutas que hacían ilegal usufructo de este y permanentemente debían ser desalojados por la policía. Frente a este funcionaba un bar,

probablemente por su aspecto, un simulado prostíbulo que llevaba por nombre “Club 2Jazz” que al leerse de corrido dejaba entender su doble connotación “Club tuyas” y cuya luz de neón infundía de un acento rojizo la fachada del edificio abandonado.

Justo en esa esquina entonces solitaria, bajo la protección del faldón arquitectónico; en medio del impasible temporal. Encontré a una prostituta, figurada como un retrato adornando la fachada gris y marrón de la edificación, abrigada por un vestido blanco ceñido a su silueta. No podía resultar más sombría la escena que vino a continuación:

Aunque en la corta distancia, ostentaba esta mujer una gracia casi angelical. Al momento de aproximarme, por la obligada calleja que debía cruzar; noté en ella un inusual tono de piel, como una irisación grisácea similar al serrín de la ceniza; además de un rojo resplandor en las venas de su cuerpo que las hacia notorias a simple vista.

Con el influjo del fulgor luminiscente del aviso de neón, precipitó hacia mí una inquietante mirada; para luego plegar los labios en una disimulada sonrisa. Pero su respiración era como un bufido, como la síntesis del bronco expectorar de su pecho.

Perdí toda esperanza al cruzar junto a ella. Sus venas parecían estar trazadas encima de su dermis, con la purpúrea sangre que debería transitar dentro de su cuerpo.

Continuaba ahí observándome, clavándome sus grandes ojos; de un tono cerúleo que se fundía con la blanca esclerótica, afectada también por visibles vasos sanguíneos.

La mujer cuyas facciones ostentaban una ambivalente gracia casi angelical, era una criatura salida de un mundo subterráneo; cuyo cuerpo develaba una anómala metamorfosis. Y en un mundo de locura, convenía encajar en un plano que no era el suyo. Por mi parte tan solo quería salir de esa calle, estar lejos lo más pronto posible; no tener que verla ni escuchar su aliento jadeante. Quizá estaba muriendo, tal vez, su existencia seria arrasada por un halito frío y escarchado en medio de la gélida calleja. Sin embargo, no había nada que yo pudiera hacer por sacarla de su miseria.

¡Santo Dios! Solo quería escapar con toda mi confusión a cuestas.

Enjugué el agua de mi rostro, queriendo ahuyentar aquel espejismo; imaginando que se trataba de un engaño de mi propia mente. Y que la causa de mi consternación, no era otra que el efecto de las luces de neón, empotradas como cartel que anunciaban el nombre del bar limítrofe; las cuales reflejaban su luz, sobre la que debía ser una candorosa criatura, no obstante, su labor.

<Si. Solo es eso. Un engaño de mi mente> dije mientras apuraba el paso, para alejarme de ese sitio.

Simplemente, me rehusé a dar crédito a lo que mis sentidos señalaban, y al ganar una prudente distancia, giré para reafirmar que se tratara de una ilusión óptica. Empero, mi mirada acertó de nuevo la chocante escena: aquel espectro impávido, como si la misma muerte estuviera de pie frente a mí. Un escalofrió me recorrió el cuerpo, mientras repetía en mi mente sin poder despegar la mirada de aquel pictórico contexto

—¡Esto no puede ser real Gabriel!

Finalmente, despabilé, intentando sosegar mis pensamientos y olvidarme de aquel lugar; persuadirme de una buena vez, hacia el plano de la realidad y continuar mi camino en procura de reunirme con John. Pero el sonido de la lluvia se disfrazaba de lamento, lo cual refrendaba todavía más mi aprensión. Y una vez ganada la siguiente esquina, aligeré el paso, sin lograr desasir de mi mente el repaso del inusual encuentro. Mis pies estaban casi congelados, y no conseguía discernir con claridad si a causa del temor o del frio, que traía consigo el llanto relampagueante de las nubes en el cielo; el cual formaba riachuelos que desembocaban en las suelas de mis zapatos.

CAPÍTULO III, DE LA TORRE DE APARTAMENTOS Y EL PEQUEÑO MICHAEL

Persistí en el esfuerzo de imbuirme en mis propias ideas y en el disgusto de la imprevisión, al no haber acertado el anuncio de

tormenta, que se dibujada sobre el manto añil del cielo. Así continúe mi marcha frotando mis manos una contra la otra, en busca de reavivar la circulación en ellas. Avivaba el andar, en procura de llegar a la iglesia; pero debía ser cauteloso de no tropezar, dado que el suelo se hacía resbaladizo.

Sin renunciar a mi objetivo, crucé calles y esquinas, nutrido por la curiosidad de las noticias que tendría John, para mí; y reflexionando también sobre los nuevos proyectos en mí trabajo. Con estas ideas disipaba mis pensamientos. Tan desprevenido seguí dando giros y esquivando charcas; que no pude entender con claridad lo que pareció manifestar un pequeño, que salía presuroso de un callejón y el cual al pasar, casi volcado sobre mí, pareció decir:

—¡Tenga cuidado señor! vienen unos pandilleros.

O cuando menos eso, creí interpretar en sus palabras.

Sin descartar que fuera cierto, me puse alerta para evitar cualquier sorpresa; mientras el niño se alejaba. Se trataba de un chiquillo, con la inocencia delineada en su rostro lavado por la lluvia y unos mechones de cabello rizado que se descolgaban casi hasta los parpados, entre los cuales se abatían un par de gotas de lluvia, que se abrían camino hacia una nariz respingada.

Me observó y singularmente, quiso asistir a un desconocido, como contribución a los pocos beneficios que Treum, le prodigaba.

Seguramente, era un desamparado en medio de aquella penumbra que matizaba el día. No debía superar los siete años de edad, y por alguna razón me hizo rememorar mis propias épocas de niñez, cuando lejos de la protección y abrigo de mi madre…

Sin embargo, dejé de lado las evocaciones de mi propia infancia, las cuales eran asuntos del pasado; sin lugar en ese momento.

Por otra parte, y tampoco sé la causa, encontré en aquel jovencito, similitud con Michael mi pequeño vecino. Podía solo tratarse del efecto de la tormenta que me había tornado reflexivo; haciendo que abundaran las imágenes en mi mente, recuerdos, asociaciones; deducciones. O tal vez, simplemente, se trataba de la afinidad que parece asociar a todos los niños, quienes a pesar de las circunstancias, abrigan una vitalidad inagotable durante sus primeros

años de vida. Lo que induce a los adultos a percibirlos a todos iguales, no obstante, cuando para algunos de ellos, el peso de la realidad termine por agotarlos en algún momento. Podían ser diversas las razones, de mi suposición respecto de la pretendida similitud entre ambos niños; incluso la elemental facultad humana de asociar todo lo que vemos. Aún cuando en ciertos eventos, sea uno mismo el único que encuentra la coincidencia.

Lo único innegable era que al igual que mi pequeño vecino, aquel reflejaba en su rostro y complexión física la pesadez de una vida, que en ocasiones parece injusta con los más indefensos.

A Michael, mi pequeño vecino, lo había conocido hace algunos meses, parecía un buen niño; inquieto como la mayoría a su edad. A veces lo encontraba jugando con una vieja pelota de goma, en un parque contiguo a la unidad de apartamentos donde vivíamos; en otras ocasiones la joven madre estaba con él acompañándolo.

Aquella joven madre, bien habría podido ser su hermana. Empero, la primera vez que los vi, resultó fácil deducir lo primero. Fue una tarde del mes Mayo, cuando al salir de mi apartamento, me tropecé con la escena de la mano inhábil que conducía al chiquillo entre tropezones, en dirección a la avenida.

Seguramente, Michael, destacaba por su aspecto entre los demás jovencitos de la escuela. Era tácitamente pequeño, para la edad que tenía; enjuto, de piel láctea, con algunas pecas; nariz escasa y cabello castaño descuidado. <Si. Sin duda era fácilmente, reconocible>

Sus compañeros expeditamente, lo distinguirían al verlo cruzar la puerta del salón con su particular andar.

Ese era Michael, mi indefenso vecino. A quien el morral en su espalda le daba el aspecto de un escuálido soldado, camino al campo de batalla.

Las piernas como bastones, el cinturón descolgado; el cuello flaco, y dibujada bajo la sudorosa remera la huesuda clavícula. Sin embargo, atenuaba sus míseras formas; una mirada altiva y ojos expresivos, adornados por largas cejas.

No le veía con frecuencia acompañado por la madre; por el contrario, en más de una ocasión le vi dirigirse solo hacia la avenida. Y en pocas oportunidades noté manifiestos gestos de afecto entre ellos, más allá de un apretón en el hombro, o una sutil caricia en su cabello cobrizo. De la joven nunca supe el nombre; era una mujer de contextura delgada, tez muy blanca; cabellos oscuros, estatura media; ojos grandes color castaño y una nariz muy fina. Por las ocasiones en que llegué a verlos juntos, en mi mente discurría, resultando evidente, que se trataba de una madre soltera. Cuanto aprieto debía pasar para subsistir, sin embargo, Michael, parecía ser un muchacho resistente; repleto de vitalidad. Tal vez también de sueños y esperanzas.

En alguna ocasión yendo rumbo a mi camioneta, lo encontré practicando futbol, en compañía de otro pequeño, manifiestamente, de su misma edad. Justo en ese instante, como un relámpago cruzó la pelota, castigando la defensa de mi camioneta; una vieja cherokee azul, la cual había conseguido con el dinero logrado en uno de mis primeros trabajos. Me acompañaba hace cinco años, y la verdad la conservaba por un afecto nostálgico, más que por su real funcionalidad. Y el propósito de cambiar de auto, siempre se aplazaba.

Ese día, Michael, se apresuró sin los atavíos de la formalidad y con sus sueños deportivos a cuestas, en recuperar el esférico; que había dado vuelcos hasta ocultarse debajo de la camioneta. Deduje que para el pequeño seria espinoso recuperarla de ese lugar, pues sus cortos brazos no alcanzarían tal distancia, por lo cual yo mismo me encargué de conseguirlo para él. Inclinándome, apoyado sobre una mano y con la otra avancé hasta toparme con el balón.

Una vez le entregué su posesión, el niño parado frente a mí, me observó con una sonrisa, tal vez, concluyendo desde su propia perspectiva; que este gesto era disculpa suficiente para rectificar el incidente. Luego mientras se alejaba, giró para observarme.

—¡Gracias, señor!— Exclamó de la forma más sincera y escueta.

—¡Ve a seguir jugando!— le dije entonces.

Tal vez, el chiquillo no esperaba mi amable intervención. Quizá le sorprendió la cortesía de un adulto ante su acto descuidado, y

dignamente la expresión de su rostro se compuso. De modo que cuando su mirada coincidió con la mía, abiertamente liberó una sonrisa de confiado agradecimiento.

Empero, la joven madre, quien había salido al percatarse de lo que ocurría; respondió gritando varias veces su nombre. Mientras el pequeño atendía con dedicada curiosidad sus asuntos infantiles, intentando proseguir el juego.

Por un momento, ahí de pie, junto a la salida del edificio; la joven madre se olvidó por completo de modales e intentando zanjar el supuesto agravio a mi persona. Avanzó hasta el sardinel para reprender a Michael; quien libre de vergüenzas y sin sospecha de reconvención alguna, atendió su llamado. Pero sobrevino entonces una fuerte reprimenda; amortiguada solamente por mi intermediación en el asunto. Era como si la mujer quisiera liberar toda su frustración, ante un saco de boxeo, pero no había tal, el único que estaba frente a ella era su hijo. Un pequeño, carente de un afecto, que la joven mujer no sabía brindarle, ¿cómo había podido crecer en semejante transposición de valores? nada de eso tenía explicación. <El mayor compromiso de una madre deben ser sus hijos>

Al instante, solo con ver la escena, sus gestos y palabras; supe que esta bisoña progenitora, adolecía de sentido materno y anteponía otros asuntos a los pasatiempos de su pequeño hijo.

Su disímil idea, de los niños importunándome, vivificaba su obcecación. Y resultaba tan molesto el escenario de una reconvención injusta; que siendo yo, la simbolizada víctima de aquellos malhechores de siete años. No tuve más remedio que intervenir, y apresurarme en presentar mí informe de los hechos, procurando un poco de humor

–¡No ha pasado nada!, le aseguro que este vehículo ha sido golpeado en varias ocasiones y con objetos más contundentes—

Ella me observó, y mis palabras lograron ganarle una sonrisa, atizada con un dejo de vergüenza, y hasta una sutil coquetería. ¿Qué pasaba por la cabeza de esta mujer? a mí, un perfecto desconocido me prodigaba el suavizado gesto de sus emociones. Sin embargo, a su

hijo, en un gesto frio, le hizo saber una vez más que debía tener moderación, al patear el balón.

—¡Michael. Ten cuidado hacia donde tiras la pelota!—dijo mientras retornaba a la torre, despidiéndose de mí, con un gesto de la mano.

—Si mamá—respondió el pequeño con resignación.

De nuevo ella dirigió su mirada hacia mi posición, antes de adentrase en las escaleras, y puedo jurar que su gesto fue lascivo.

—¡Hasta luego joven, que tenga una buena tarde—

—Gracias, señora con su permiso—respondí secamente. Mientras subía a la camioneta para dirigirme a mis labores.

Buena parte de mi tiempo lo ocupaba trabajando, lo cual no generaba en mi carga alguna. Puesto que había elegido de forma acertada, una profesión que traía a mi vida múltiples satisfacciones. Además, en la cual podía dar rienda suelta a mi creatividad, de esa forma creo, debían elegir todos, su profesión; procurando que esta providencia aportara a su vida un sinnúmero de alegrías, y no por el contrario obligación y pesadas aureolas profesionales, que se dilataban a lo largo del día, hasta rayanos los años finales de vida.

Y es que solo con la complacencia profesional, a mi parecer, era posible dar todo de sí y brindar a los demás resultados por encima de los esperados. Esta debería ser una forma de vivir, de percibir el compromiso. Aunque, claro, en mi caso particular, también infería que a pesar de todo aquello que había sabido lograr para mi bienestar, los buenos resultados son siempre producto del esfuerzo, la constancia; el aprendizaje. No obstante, el destino es ruletero, y a veces germina la dificultad para otros que quizá no cuentan con símiles oportunidades. Con todo, cada mañana al despertar me convencía, para mi propio bienestar, que era yo el dueño de mi destino; sobre el cual aplicaba mis propias reglas. Mis propias exigencias, metas, proyectos.

No pretendo con esto, denotar, que haya sido fácil para mí. Como a la mayoría, también yo tuve tropiezos en mis inicios. Pero ahora, podía sentirme tranquilo al recoger el fruto de aquello que cultivara en su momento. Sin depender de milagros ni sucesiones.

Eran estos mis principios, creencias, convicciones; sin sombre de excusas. Con la certeza que cada paso me conducía, en la dirección que yo mismo trazara.

¿Cuántos años tengo se preguntaran algunos de ustedes?
Pues bien. Dado que los hombres no hallamos agravio alguno en revelar las estaciones vividas; y que tampoco considero que el tiempo me haya ganado ventaja. Como dije antes mi nombre es Gabriel Dickens, actualmente tengo veintinueve años y estoy aventajándome hacia los treinta. Vivo en alquiler en una vieja torre de apartamentos; construida a mediados del siglo XX. No obstante, preservada en buen estado a pesar de la inclemencia del tiempo. Su diseño arquitectónico, debo decir, carece de cualquier pretensión, es un simple bloque, conformado por dos torres unidas por un pasadero en desuso. El edificio construido de forma ramplona, tiene una sutil mengua de tamaño en relación a construcciones posteriores. Y ni siquiera los mil metros de espacio que le rodean, sirvieron para que sus proyectistas, hubiesen premeditado una zona de parqueo. No era una simple crítica al trabajo de otros, pues yo mismo me había dado a la tarea de recorrer el perímetro de la construcción y sorprenderme con casi Trescientos metros desperdiciados que perfectamente podrían haber tenido otra función.

Como dije antes su altura no alcanza los veinticinco metros exactos, y el complejo, por llamarlo de algún modo; está compuesto por dos torres de doce apartamentos cada una, concebidas en idéntico diseño, a excepción de un nimio detalle: en la parte superior de una de ellas se instituye un pequeño apartaestudio, teniendo en cuenta este último; tendríamos un complejo de 25 viviendas.

Contiguo a ellas se observa una pequeña garita de vigilancia, la cual desde mi llegada estuvo desocupada. El interior de los apartamentos, por otra parte, están dispuestos de forma convencional: constan de dos habitaciones, cuarto de baño, salón comedor y un reducido balcón solo en los dos pisos superiores. Las torres a su vez miran en sentido opuesto; una de ellas hacia un parque de juegos donde en algunas ocasiones pude ver al pequeño Michael. La otra, la cual yo habitaba hace algunos meses en alquiler, apunta hacia la

avenida. Arteria sobre la cual debía dejar aparcada mi camioneta, al filo del andén; no muy distante del segundo piso, apartamento 205, el cual ocupaba. Y debo reiterar, que la única causa de esto, era una razón absurda o a causa del inexistente boom vehicular, que abrigaba la ciudad al momento de la cimentación del edificio. Lo cual había vedado las torres de apartamentos de parqueaderos privados; queja frecuente de los vecinos, no obstante, insalvable desde cualquier punto de vista práctico.

Hace cuatro años y algunos meses que vivía solo, desde que mis padres habían dejado la ciudad. Luego tendré oportunidad de narrarles sobre aquel asunto. Pero aquella vivienda la ocupaba hace algunos meses; y lo que me atrajo del lugar es que el vecindario lucia tranquilo, poco ruidoso. Ubicado relativamente cerca de la caótica zona céntrica de Treum, a la cual se podía llegar en pocos minutos. Descendiendo por una de las avenidas principales de la ciudad; frente a una calle de tres carriles.

Doblando la esquina de nuestra calle, en dirección al norte, se alargaba en forma perpendicular la Avenida 37; en la esquina de esta, abordaban algunos estudiantes el transporte colegial, en los dos horarios de clases establecidos en la ciudad: 7:30 am para la primera jornada y 12:30 pm para la otra. Al salir en las mañanas, camino a mis labores, con frecuencia encontraba al pequeño Michael, jugueteando con las aves; las cuales asomaban a esa hora, en procura de atrapar las semillas, que los arboles dejaban caer al suelo o también lo hacían sobre los dinteles de las ventanas.

A pesar de su corta edad el pequeño, se desplazaba en búsqueda de su ruta escolar, casi siempre solo. Fortuitamente llegué a ver a su madre acompañarlo; pero lo habitual era que nadie lo escoltara, mientras él esperaba el viejo bus amarillo. Ataviado con el uniforme distintivo de un colegio popular, de aquellos que el gobierno local había establecido, se podía concluir, con la única finalidad de que el gobernante de turno, asistiera el día de su inauguración; para luego dejar el establecimiento abandonado a su suerte. Esto ocurría con frecuencia, no solo en la comunidad de Treum, sino en todo el país; donde una rampante corrupción, había logrado infectar todos los

niveles de la política nacional y regional; ante la mirada complaciente de los ciudadanos, y por supuesto, como siempre ocurre; aquellos que la ley ignora, son siempre los más afectados. Era así como los abigarrados maestros, únicos dolientes de aquellas estructuras, cimentadas sobre el falso ardid de obras para el bienestar de la comunidad; debían pugnar por convertir a niños desatendidos y hambrientos, en ciudadanos ejemplares; obviando que la capacidad de aprendizaje, la concentración; el compromiso y la energía para alcanzar objetivos, se ve limitada cuando existen condicionantes como la fatiga, la pobreza y la falta de oportunidades.

CAPÍTULO IV, DE LOS JOVENES MALHECHORES Y RITA

Doblé una vez más hacia la izquierda, diagonal podía verse la fastuosa fachada del hotel Cardinale, una construcción nueva y ostentosa para una ciudad tan pequeña. Del hostal a la parroquia me separaban en ese momento solo cinco cuadras.

En ese momento un par de sujetos, que cubrían sus cabeza con gorras deportivas de las que, usualmente, se ven en los comercios; representativas de equipos de baloncesto y futbol americano, cruzaron junto a mí, a poco menos de tres metros de distancia.

Su semblante no develaba más de veinte años cada uno.

El primero de ellos era de mediana estatura, cenceño; imberbe, complexión delgada y nariz aguileña. El otro un barbitaheño de piel láctea, contextura gruesa, ojos hundidos y baja estatura. Encima de las gorras iban las caperuzas de sus suéteres, de marca americana.

A pesar de su escasa edad, su avanzar insolente revelaba su usanza en las calles, tácitamente podían pertenecer a una pandilla que operaba en la zona. La mirada metálica y profunda contribuía a darles un desusado aspecto insociable; mientras avanzaban con las manos en los bolsillos, a la altura de la cadera. En el más flaco de ellos resaltaba la nuez de Adán, en el otro los ojos hundidos, y la mirada férrea bajo delgadas cejas arqueadas. Su caminar vertical y firme, las anchas

zapatillas, el semblante imperturbable; se alteró en una mueca de nerviosismo. Luego la alteración de su fisonomía, firmó la imprenta de un halito temerario e impulsivo; la deformación hacia un curso de violencia a punto de estallar. Su gesto se tornó singularmente amenazador y súbitamente, emergió del bolsillo el filón platinado de una navaja, bajo el amparo del abrigo que resguardaba de la lluvia.

Los latidos de mi corazón se avivaban, mientras prestaba atención a cada uno de sus movimientos, presto a defender mi integridad. Deslumbrado por un nerviosismo crepuscular, en la inevitable cercanía de aviesos designios, demasiados próximos a mí, y la distancia cada vez más corta que me desunía de aquellos imberbes malhechores; que entre aspavientos obstruían mi avance.

Desliz de mi temeridad, al pensar que la naturaleza noble de las ciudades, es un acuerdo perenne de sus ciudadanos. Empero, apretando los dientes continué mi transitar, observando fijamente a los desconocidos; enarbolando un decidido arrojo. Restituyendo un mirar tan agresivo como el suyo, hasta quedar cara a cara, a pocos metros de distancia; manifiestamente, decidido a llevar el asunto al extremo que la situación exigiera.

Entonces el más bajo y robusto, giró para mirar a su compañero y mientras hacia un gesto con el ceño, inquirió con voz ronca:

–¿Y bien?

Y quizá un halito divino me amparó en ese momento, o tal vez, resulté tan fortuitamente desafiante; que el otro pareció distanciarse de mi encuentro. Apartándose a un costado de la vía, con su desgarbada figura; mientras su consocio fijaba su atención, al cruzar por mi lado y simplemente dejaba escapar una secuaz sonrisa. Y arqueando los hombros en un gesto insospechado; expresaba que ese día la suerte estaba de mi lado.

No tenía la certeza si en realidad me atacarían, o era una simple amenaza para demostrar su bravura; con el único objeto de indicar que era ese su territorio. Y como en aquellos especiales sobre primates, presentados en la señal de cable; yo estaba invadiendo sus terrenos. Razón suficiente para ser agredido. La tensa situación debió

durar tan solo segundos, que parecieron interminables horas; finalmente, el brillo metálico del arma, se ocultó de nuevo bajo la americana, brindándome un respiro.

Con andar resuelto me alejé de ellos, decidido a no mirar atrás, y en efecto pocos minutos después, me desuní de aquella neurálgica entelequia, y seguí mi errante destino, intentando sosegarme. Reflexionando que de haber sido asaltado, el riesgo que aquellos ingenuos habrían corrido; no habría valido en absoluto el esfuerzo. Dada la exigua cantidad de dinero que para ese entonces me acompañaba. De a poco la distancia me alejó de ellos, pero aun sentía que el peligro no desaparecía por completo, puesto que aun podían observarme en la distancia, saber el camino que había tomado o estar esperando un momento mas propicio para tomarme por sorpresa. Para mi fortuna, todo pareció indicar que tanto ellos como yo, habíamos tomado direcciones contrarias. Así que sin dar más vueltas al asunto conservé la calma y seguí avanzando, con la imaginación apaciguada; anhelando que de una buena vez, se materializara la extraordinaria tierra humedecida donde se erigía la capilla. Y claramente visible, acertara sus formas, abarcando los metros donde vigorosa, se alzaba en medio del complicado ramaje de construcciones, y viviendas.

Desaparecía lentamente la turbiedad de mi desconfianza, no así, la inclemente lluvia, que me había puesto en verdaderos apuros. Seguí avanzando. De repente un autobús como salido de la nada, cruzó a vertiginosa velocidad la avenida, tomándome por sorpresa, y empapando aún más mis maltrechos zapatos; que dejaban filtrar la humedad de las calles hacia mis dedos, los cuales podía sentir como pequeños corazones palpitantes, que se adherían a la suela con vida propia.

Todo aquel devenir había resultado de un inusual surrealismo; la lluvia, la soledad de las calles, los jóvenes pandilleros, la imagen de la meretriz junto al bar. Ahora las avenidas de color plata, se perdían entre el fango que la lluvia había arrastrado a su paso. Mi abrigo aun cuando su tela tenía atributos impermeables estaba totalmente empapado, y mi garganta anunciaba las consecuencias del despiadado aguacero: la inminencia de un posible catarro.

Por fin estuve a tan solo cuatro cuadras de mi objetivo; contemplando la imagen de la parroquia. Ya estando a mi alcance, irónicamente, reflexioné sobre asuntos extravagantes, salvado el largo camino y las vicisitudes padecidas. Pero fundamentado desde mi punto de vista.

—Lo mejor sería regresar a casa y llamar a Rita—pensé.

Y no consideraba desatinada mi conclusión, por una razón muy simple: el estado de mi vestimenta, no era presentación apropiada para visitar a un amigo. Además de aquella formalidad ética; las consecuencias que podría traer en mi salud, el sufrir por horas la incomodidad del humedecido ropaje.

Ahora que la he mencionado, aprovecharé para contarles sobre Rita. Antes de proseguir mí relato.

Era un cuatro de Octubre, lo recuerdo bien hoy; hace más de dos años. Una agradable primavera había abrigado la pequeña ciudad de Treum; matizando de bellas y coloridas tonalidades los campos. Una tarde, varios amigos egresados de la universidad, habíamos acordado pedir licencia, para reunirnos en uno de los salones de eventos institucionales del claustro estudiantil.

La universidad de Treum se ubicaba en la zona alta de la ciudad, en dirección al sur. Acodada sobre robustos pilares, sus muros de ladrillo se alzaban como un torreón, que custodiaba la ciudad. Veinte salones de clases, decanaturas; dos salones para eventos, canchas de futbol; cafetería y demás espacios acostumbrados en cualquier paraninfo formativo.

Así entonces fue convenido y posteriormente concretado el ameno encuentro. En el cual las risas, los recuerdos de la irreverencia juvenil, los viejos amores; eran las memorias que con añoranza comentábamos. El reloj indicaba las 3:30 pm, el bullicio general difícilmente permitía que nos escucháramos unos a otros; la sensación de placidez se agitaba en el recinto. Mientras en una esquina, departíamos sobre diversos asuntos, con John, mi amigo; Wilhem, quien había sido uno de los más destacados académicamente, y Carlos Fillipi, “El italiano” un adinerado estudiante recordado mas por sus extravagancias, que por su erudito desempeño.

La evocación de esa época, trae consigo la figura de una mujer, viniendo como un soplo de suave brisa sobre el salón. Mi mente por un instante quedó nublada, recuerdo bien la hora, porque justo en ese momento y no sé la razón, observé también el gran reloj, que colgaba en la pared de fondo del altillo para conferencias. Aquella fantástica criatura se hizo cada vez más clara y perceptible; mientras se adentraba en el salón, al parecer en busca de alguien. Por supuesto, los floreos de mis antiguos compañeros de clase, no se hicieron esperan, ante la presencia de la hermosa mujer. Ella colmada de timidez solo atinaba el sonrojarse. Sentí una inusitada agitación que recorría mis venas y hacia palpitar con potencia mi corazón.

Un inexplicable nerviosismo me aturdía, cuando la joven estuvo cerca al lugar en el cual yo me encontraba; finalmente, me atreví a deliberar la excusa para poder hablarle.

—¿Buscas a alguien? ¿Acaso puedo ayudarte?—le dije.

La respuesta llegó tras una pausa.

– Hola. Sí, en verdad estoy buscando a mi compañera.

En ese momento vino hacia el grupo, Angela Linderbaum, una de nuestras amigas.

Y la hermosa anónima, giró concediéndome una ligera sonrisa –Gracias. Ya la encontré—

Por supuesto, Ángela, quien meses después viajaría a Estados Unidos, con el designio de realizar una especialización. De ahí en más, se convertiría en mi intermediaria para llegar a Rita. Ese era su nombre.

Con el transcurrir de los meses, el nerviosismo inicial paso a convertirse rápidamente en amistad, confidencia, camaradería. Finalmente, a fuerza de compartir momentos, brotó la gustosa enfermedad llamada amor; embotando los sentidos y trasformando nuestras vidas. Rita, la hermosa mujer de tez blanca, pronunciadas curvas; cabello rizado, ojos color avellana y una sonrisa capaz de suavizar el concreto; a la postre se hizo mi novia. El cielo y la tierra parecían haberse unido, en ocasiones era como caminar sobre el aire; pero la locura y pasión de los meses iníciales, dio paso con el correr

del tiempo a una relación estable, formal, mucho más calmada. Con la concepción de un futuro juntos.

Rita provenía de una familia de costumbres arraigadas, fieles católicos, no obstante sin llegar al fanatismo, cumplidores de las doctrinas, de la ley, compasivos y solidarios.

Junto a sus padres, vivían en el 22, 15 de la Calle Predicamento, al norte de la ciudad; en un domicilio conformado por dos niveles integrados por una escalera interior. Vivienda próxima al nuevo cinturón comercial que se erguía con todos sus almacenes; discotecas, zona gastronómica, salones de eventos. Sector que se había fortalecido vertiginosamente, en los últimos años; gracias a dinámicas inyecciones de capital, llegadas de diversas frentes. Algunos de ellos factiblemente cuestionables, sin embargo, la comunidad disfrutaba los beneficios; sin algarabías ni cuestionamientos morales.

Al interior de la familia de Rita, como podía ocurrir en cualquier otra, un incidente celosamente tratado, había obligado a su padre a distanciarse de esposa e hija. Al parecer, y por los escasos comentarios de Rita sobre ese particular, un hálito de misterio cubría el asunto. Las circunstancias que rodearon el suceso no estaban claras. Tan solo una vez le escuché mencionar, un asunto relacionado con un político local, y algunas desavenencias entre aquel y su padre; quienes al parecer tenían negocios en común. Por mi parte y también, por respeto a ella, prefería distanciarme de la creencia sobre asuntos turbios, determinando tal decisión; ocurrida a tan solo un par de meses de nuestro noviazgo. Razón esta para desconocer cualquier tipo de conjeturas sobre los pensamientos, preocupaciones, o asuntos del señor, Francisco, como era su nombre. No obstante, durante el poco tiempo que pude relacionarme con él, se mostró siempre como una persona decente, con una personalidad extravertida; de buen humor. Quien siempre había procurado para su familia, las mejores condiciones que su capacidad pudiera prodigarles.

Un día Rita, entreabrió la puerta de su corazón tanto como pudo, y con rostro quejoso dejó caer las escasas lágrimas que contenía el recuerdo de la partida de don Francisco Abrante. Tácitamente, con aire cansado, como si demasiados rezos, se hubiesen dilapidado sobre

esa causa. Ya no encontraba sentido a darle vueltas, a una rogativa sin efectos, su padre no estaba a su lado, era tan simple como eso, y hasta que no regresara, ella y su madre tendrían que vivir con ello. Era un hecho palpable.

Pero sé que de fondo, albergaba la esperanza de un pronto encuentro. Por otra parte, mi piadosa tarea, fue básicamente escuchar sus descargos, ¿Por qué habría de ir más allá? Realmente, ¿Qué podía solucionarle? Así que me limité a escuchar calladamente; pero con profunda atención, lo que ella a bien consentía revelarme, e intentar servir sin juicio ni reflexión alguna, como un adecuado interlocutor; ante el cual se procura liberar un nudo que se atasca en la garganta.

Cuando concluyó la expiación de su alma, declaramos un pacto mudo, en el saber de su confidencia: ella reservaría para sí, los sentimientos que albergaba y yo guardaría en mi propia abstracción, cualquier pensamiento al respecto. Jamás volveríamos a tocar el tema.

De este modo, con la breve referencia venida de los labios de Rita, una noche en la cual le embargaba la nostalgia; había concluido cualquier reseña, sobre las causas o derivaciones de la despedida de su padre.

La ausencia del padre había sido una inusitada situación, mas no por eso dejaba de ser un escenario irrefutable; al cual las dos mujeres debían adaptarse. Sin embargo, para Rita esta separación no resultó fácil, no se trataba de un mueble más que deja la casa, para dar espacio a otro; había sido una pérdida, una separación imprevista, algo que de a poco el tiempo va sanando. Y sobre el jardín seco de su corazón, intenté regar nuevas esperanzas.

Con el tiempo mi apoyo y comprensión sirvieron para aliviar ligeramente la accidental imposición, que había dejado un amargo sabor de boca al tocar su puerta.

Cuando lo vi por primera vez, tuve la sensación de que el señor Francisco, aparentaba un aire casi juvenil; pero en realidad se aproximaba a los cincuenta. Unas tímidas canas le daban una tonalidad grisácea a su cabellera, la cual lucia un corte siempre impecable, como lo era también su aspecto en general; rostro bien

rasurado y aspecto atlético. Su origen era italiano, Rita, lo había mencionado en alguna de nuestras conversaciones.

—Mi padre es de ascendencia italiana—dijo—Vivimos en Paris, solo un par de meses. Pero luego por asuntos de negocios nos trasladamos aquí, la verdad es que a veces me siento ajena a este lugar.

— ¿Ajena? —interrumpí de inmediato, entendiendo pronto los sentimientos de Rita. Eso no es cierto. Además gracias a eso, ahora eres parte de mi vida. Entonces ella sonrió, y dejamos de lado ese tema.

A Treum, los Abrante habían llegado como una menuda familia de tres integrantes. Ahí se habían detenido Rita y sus padres, alentados por el nervio pujante que exhibía la ciudad. Que a la sazón de aquellos tiempos reverdecía de nacientes establecimientos comerciales, merenderos y bares; frente a los cuales se aparcaban cientos de coches. Invitación difícil de ignorar para alguien como su padre, inversor y comerciante desde siempre.

A partir de ese momento, su suerte apostaría bajo otros cielos. Sin aprehensión de la oscura tormenta que se cernía sobre sus cabezas, y que a la postre, desintegraría a la familia.

Por otra parte, la madre, la señora Selene, tenía un donaire de realeza; provenía de una familia acomodada del sur de Holanda. Concretamente de una región llamada Maastricht, nombre cuya pronunciación siempre me generó dificultad. Su semblante al igual que ocurría con su esposo, tampoco revelaba sus cuarenta y cuatro años de edad; era una mujer alta, incluso un poco más que él, de contextura media; prominentes caderas, tez blanca. Un rostro fino y sosegado, que reflejaba serenidad; una pequeña frente, desde la cual se alargaban unas delgadas cejas, que enmarcaban los ojos de idéntica tonalidad a la de su hija. Nariz delgada, labios angostos y cabello castaño.

Rita parecía ser por cierto una adecuada combinación de los genes de ambos, de la madre provenían los bellos rasgos que podían notarse en las formas de su rostro; aunque el tono del cabello y el espíritu combativo eran claros distintivos del padre.

Antes de vivir en la casa de la calle Predicamento, en la ciudad de Treum; el matrimonio Abrante, había habitado una casa campestre, no lejos de la ciudad, en la provincia de Almería, en España. Donde disfrutaban una existencia cómoda, junto a su pequeña hija. Su vida era totalmente normal, tal vez un poco más afortunada que la de algunos. Era esa clase de parejas, que nunca se ve contrariar a los demás ni a ellos mismos; jamás les vi involucrase en inconvenientes legales ni de otra índole. Tampoco llegué a presenciar en aquel hogar una discusión acalorada por ningún motivo.

La pequeña Rita se había educado en una escuela municipal de Almería. Para ellos era su mayor tesoro, y con creces la niña respondía al enorme afecto que estos demostraban; con su sonrisa amplia y vivaz inteligencia. Rasgos que aún conservaba siendo adulta.

Esa pequeña, concebido fruto del amor entre los dos, hace ya veinticuatro años; se había convertido en la razón de su existencia. De ahí el por qué, de múltiples recomendaciones que me eran apuntadas, desde el mismo día que inició nuestra relación.

Desde su temprana adolescencia, el señor Abrante, se había habituado al esfuerzo; despreciando el ocio y la desidia juveniles. Valores que había trasmitido a su hija, como digna estampa de su carácter.

Con tenacidad y energía semejantes a las que usara para conquistar el éxito en su natal provincia; supo perseverar en Treum. Hasta que diez años más tarde, había conocido el oficio de la política, y desempeñado algunos pequeños cargos públicos; principalmente en entes administrativos del ayuntamiento. Aunque limitados a un segundo orden, que iba en contravía de su genio empresarial y de la gloria que había buscado a lo largo de esos años.

La otra cara de esa moneda, eran los negocios particulares en los que la fortuna, sí que le había sonreído. Favoreciéndole con un destacable patrimonio, cuando rayaba los cuarenta años de edad.

Francisco Abrante, había tenido múltiples negocios, como también contacto cercano con políticos de la ciudad. Su negocio más reciente había sido una empresa de publicidad, la cual había vendido;

con el proyecto de realizar algunas inversiones en empresas de capital mixto, gracias a la gestión de un amigo senador.

Toda esta reflexión la hago, para destacar porque me resultó tan sorpresivo, y seguramente, también a su familia; el momento en que don Francisco, debió abandonar la ciudad.

El día de su partida, recuerdo bien, el señor Abrante vestía un traje recto de dos botones, color gris marengo; que combinaba con una camisa muy clara tonalidad salmón. Fue en la mañana del 30 de Julio. Un día muy difícil para Rita.

Esta contingencia terminó por acercar a madre e hija, teniéndose una a la otra como único apoyo, intentando esquivar la tristeza; seguramente, sentadas muchas noches al borde de la cama o con las manos apoyadas en la ventana, anhelando el retorno quimérico del padre ausente; con el canturrear de los grillos como única compañía. Y detrás de la delgada tela que abrigaba la esperanza; el revolotear de las luciérnagas alrededor de los faroles de la avenida, era como un cumulo de estrellas que se abatía, para luego apagarse. El cordial consuelo que se prodigaban mutuamente, no resultó alivio pasadero; la vida no parecía tan buena como antes. Y mientras Rita, tenía la voluntad y el coraje de endurecer su corazón para sobrellevar la pena, en la madre se sucedía el efecto contrario.

A la señora Selene, la vida se le convirtió en un tabú que empezó a marchitarle el rostro y la vida; se volvió contra la pared de sus sentimientos intentando atravesarla sin éxito. Sintiéndose atrapada por la soledad y el pánico; las fronteras del de la cordura y el temor desaparecieron, fundiéndose en una tierra desconocida. Como un germen la desolación invadió su alma, y Rita, no pudo más que observar cómo se derrumbaba aquella mujer que le diera la vida.

Sin embargo, siempre estuvo ahí, para ella. Desde el primero momento, compartiendo gran parte de su tiempo libre, sin inconveniente ninguno. Y esto se facilitaba, porque a pesar de la belleza, inteligencia y calidad humana que la engalanaban, su personalidad se inclinaba hacia la introversión; por lo cual era inusual encontrarla frecuentando otras personas de su edad, o visitando amigos; incluso a sus primas, hijas de una tía paterna, quienes también

vivían en Treum. Tampoco parecía disfrutar de ruidosas reuniones; aunque juntos habíamos participado de algunas, junto a John, nuestro mejor amigo, confidente y quien compartía con nosotros sueños y proyectos.

Al ver como se espesaba una oscura noche sobre su vida, y entendiendo que la desdicha espera siempre una oportunidad de ataque. Sin embargo, es deber de cada quien hallar dentro de sí, la capacidad para afrontar las dificultades. Quizá por esa razón, Rita, sintiendo que mi propia fortaleza para afrontar la adversidad, podía servir como un contrafuerte para ella misma; se afianzó todavía más en nuestra relación. Y a pesar de su procedencia acaudalada, disfrutaba a mi lado de la sencillez de la vida.

También yo disfrutaba el compartir juntos, tomar un café en alguno de los céntricos pub de la ciudad; ver una película o recorrer las calles de estilo barroco que se preservaban en Treum; las cuales brindaban una avenencia arquitectónica exquisita, resguardando la ciudad de un modernismo desmesurado. Calles empedradas que resultaban el afiliado ideal, para la majestuosidad y belleza que dispensaba la en ocasiones subvalorada riqueza arquitectónica.

En esa mañana lluviosa, si que anhelaba estar al lado de Rita.

CAPÍTULO V, DE UNA VISITA INESPERADA Y UNA AUSENCIA FACTIBLE

Preservadas estas aclaraciones, proseguiré mi relato.

Dudé por un instante. Incluso giré para tomar el camino de regreso, sin embargo, concluí que dada la proximidad, aunado al hecho de conocer las noticias que tenia John para mí; lo mejor sería dar conclusión al plan original y visitarlo. Ya tendría la oportunidad de explicarle mi torpeza al haber decidido caminar hasta ahí, en lugar de conducir, que habría resultado lo más sensato.

El inicio de mi amistad con John, se dio por una incompatible noción de conceptos, durante una clase de estructuras en la

universidad; respecto de algunas percepciones básicas en las cuales diferíamos. Yo por mi parte defendía la arquitectura moderna, donde predomina el funcionalismo, y las propuestas de nombres como Calavatra, o el mismo Moneo. Sin embargo, John un tanto más tradicional en su interpretación, alegaba la necesidad de modelos más sutiles. No obstante, aquellas diferencias ideales de nuestros inicios; terminarían afianzando una perdurable amistad y de estar en algún momento en orillas opuestas, pasamos a compartir puntos de vista, opiniones y consejos.

El mutuo respeto, la búsqueda de la cognición; la admiración mutua; fueron siempre evidentes pilares de nuestra amistad. Los cuales procurábamos defender, en medio de nuestras propias maneras, desacuerdos; exigencias académicas, familiares. Y todos aquellos factores externos y propios que nos moldeaban. John siempre fue un gran sujeto, con una admirable nobleza, y apreciables habilidades de psicólogo que siempre le recalqué. Y aun con la enorme extrañeza que me había causado, saber que el adalid de un sinnúmero de travesuras juveniles; se decantaría hacia una vida plena de compromiso social y religioso, justo después de graduarnos. Máxime en una comunidad donde la religiosidad, era patrimonio en vida de extinción. Siempre respeté y acompañé su elección, y la amistad jamás se debilitó aun cuando nuestros caminos recorrieran sendas diferentes.

Tantos momentos vividos, rostros diferentes que alberga la memoria. Eran estos mis recuerdos, que iluminaban como una calurosa llama, mis pasos bajo la inclemencia de la lluvia; en medio de una sórdida calle. Simples apartes de mi vida, que más adelante, tendré ocasión de ir ampliando. Por ahora regresemos a la calleja oscura y solitaria que me conduciría a la parroquia.

Encontré la salida en la intersección de la vieja rúa Benedictina, con la calle de los Mártires; donde enmarcada en su cúpula de roca, con un interior pródigamente iluminado, descollaba con un aire de solemnidad la antigua iglesia.

Finalmente, sentí una sensación de alivio al ver dibujarse la imagen del templo a corta distancia, como una suerte de palmera enclavada en una isla. Un portal hacia un mundo místico.

Gustoso, de al fin lograr mi cometido, no tuve más que hacer una pausa; para tomar aire y acomodarme en la burla de mi comportamiento, con la lluvia cuajándose sobre mi cabeza.

Pero las condiciones climáticas, me obligaron a continuar de inmediato. Instalé la mirada sobre el templo sagrado y me resultó curioso, arrebatador e intimidante. Con este razonamiento, avancé los metros que me separaban de la avenida y me pondrían en la ruta del terraplén donde se erigía la parroquia. El ruido débil de un carraspeo, seguido de uno más agudo; me hizo razonar la proximidad de un catarro.

A pesar de la molestia en la garganta, la humedad en mi vestir, y el dolor que me recorría las articulaciones; tosí levemente, ensayando conjurar el escozor; mientras llevaba las manos a los bolsillos del abrigo. El frio era más intenso.

El claxon de un coche emitió un estridente sonido, causándome un tremendo sobresalto y obligándome a echarme hacia atrás. Entonces murmuré un insulto hacia el conductor; al no hallar necesidad evidente para su escándalo. Puesto que había el espacio suficiente para que su vehículo transitara, y ningún peatón excepto yo, parecía estar andando por la calle. En ese momento me distanciaban pocos pasos de la avenida Corona del Rey, que se alargaba, hasta la conectarse con la rúa Benedictina. Solo debía atravesarla y entonces habría llegado.

El frio se hacía insoportable, intenso con cada paso. Y aun cuando me separaba una corta distancia de la iglesia; esta parecía tornarse interminable. Quizá porque al estar enclavada en aquel montículo que permitía coronar su sitio; la sola idea de ascender resultaba agotadora.

La iglesia era un monumento barroco dedicado al culto de sus fieles; que se levantaba con sus retablos sobre aquel altozano, adornado por la verde hierba.

Me distraje, precisamente, contemplando esas formas. Cuando una algarabía me hizo avizorar un hecho inesperado; se trataba de los jóvenes que anteriormente había visto. Los mismos que amenazantes habían cruzado junto a mí, quienes esta vez, del otro lado de la

avenida, colindante a la iglesia; violentaban a un hombre para obligarlo a entregar sus pertenencias. Mientras la víctima se defendía con ahínco. Cubierto el por el otro, se ayudaban en su fechoría; armados con navajas, mientras retrocedían para esquivar los golpes de la víctima y de nuevo avanzaban hacia él. En la persistencia de despojarlo de lo que llevaba encima.

Me apresuré a cruzar para socorrer al hombre, y en un giro, el brillo metálico del afilado cuchillo se abrió camino hasta el cuerpo del hombre, impactándole de lleno.

En medio del corredor, las figuras infames, se batían enzarzados en la escaramuza; cuando dos hombres que departían en una cafetería próxima, se percataron de la algazara y de inmediato se dieron al auxilio. Los bandidos se volvieron bruscamente y al darse cuenta de los dos que se aproximaban, echaron a correr huyendo del sitio. Al cabo de un instante también yo corrí hacia la víctima.

Los tres llegamos al mismo tiempo, pero los veloces pillos se habían adentrado en los callejones; desapareciendo de nuestra vista. Por tanto, era prioridad verificar si la víctima estaba herida de gravedad.

Los dos hombres que acudieron al auxilio, vestían cazadoras estilo militar; aunque no hubo tiempo de confirmar si realmente lo eran. Aun cuando los vándalos habían ganado una buena distancia, uno de ellos parecía no estar dispuesto a dejar que escaparan, cuando menos, así lo hizo saber.

—¡Vamos a echar un vistazo!—dijo extrayendo de su americana, un arma de mango platinado y cañón largo.

Pero de inmediato el otro hizo un gesto, indicando que debía guardarla de nuevo y afirmó su postura.

—Mejor quedémonos con él, y acompañémosle a su casa.

—¿Vive usted cerca de aquí?—indagó.

—Sí. A un par de cuadras—asintió el anciano.

—¿Quiere, que busque a un guardia? –intervine.

—No es necesario—afirmó el.

—Perdonen, mi estupidez...estaba muy asustado—prorrumpió luego, con tono conmovedor. Como si haber sido agredido, fuera su culpa.

—No tiene porque disculparse. Por Dios ¿Seguro se encuentra usted bien?—insistí.

Y Sin darme cuenta, lo tomé del brazo, en un gesto casi fraternal. Mientras él, un hombre avanzado en años, pero de aspecto vigoroso y gruesas manos callosas. Observaba el suelo, temeroso, avergonzado. Luego indicó con lentitud.

—Sí. Estoy bien, Gracias a ustedes amigos.

Se notaba una exigua cantidad de sangre delineada en su camisa. Lo cual generó inquietud en uno de los hombres que había venido en su ayuda.

—¿Quiere que lo acompañemos primero a un centro de salud?—preguntó.

—No gracias. Es solo un rasguño, en verdad les agradezco—

Nos despedimos ahí mismo, puesto que él se dirigía en dirección contraria a la mía. Me reiteró su agradecimiento, y también yo agradecí la ayuda de los otros; quienes lo escoltaron hasta desaparecer del alcance de mi vista.

Más allá de lo sucedido, reflexioné en ese momento sobre la, en ocasiones, proscrita conducta humana; sus complicadas relaciones. Su moral aplastada bajo la necesidad del consumo, su capacidad destructiva.

A veces entendía a la humanidad, como novillos prestos a ir al matadero; ese que ellos mismos llamaban ciudad. Fue entonces cuando me percaté que también aquellos jóvenes delincuentes, tenían la misma extraña tonalidad de piel, que antes percibiera en la prostituta bajo la luz del bar.

¿Qué eran esas formas que torturaban mi razón?

Para ese momento aún no lo comprendía; ni pretendía adjudicar mayor conclusión, que la del efecto de la lluvia en mí propio razonar.

La verdad es que me sentí avergonzado de la especie humana, de mi mismo y hasta cierto punto de mi egoísmo; ¿Qué había

concluido, al dejar de lado mi propio encuentro con esos infames? ¿Qué eran inofensivos, simplemente, porque me habían dejado el paso?

Allí emergía una verdad limpia, una convicción profunda y sensata: la indiferencia estaba matando a Treum y todos éramos victimas de ella.

Me sentí profundamente agobiado, entendiendo quise simplemente, enmendar mi desidia con un acto benévolo, socorriendo al anciano. Saldar mi cuenta, que podría haber sido mayor si él hubiera muerto.

La sociedad era peor de lo que pensaba, y en lo que a mí se refería, solo me quedaba el lamento de lo que pude haber hecho. Hasta entonces no sabía que era.

Poco a poco, las gotas parecieron borbotear con serenidad, permitiéndome alcanzar el borde del terraplén, pero enseguida, lo que parecía tornarse en una sutil lluvia; desbordó en un enérgico chubasco, acompañado por retumbos y descargas eléctricas.

—Lo mejor habría sido regresar al apartamento—me dije una vez más. Demasiadas cosas habían sucedido en tan poco tiempo. Ni siquiera el mediodía.

Por supuesto, ya no lo haría. Así que apresuré mi andar, sin ningún resguardo a mi alcance, y coreando inútilmente que lo mejor habría sido haber visitado a John, el día siguiente; brindarle mis excusas por no haber atendido antes su correo. Compartir un café, y no estar ahí a merced de la severidad del clima, como un desarraigado. Empero, la terquedad había guiado mis pasos.

El viento frío me calaba los huesos, se filtraba por mi nariz, y me hacia zumbar los oídos; mientras avanzaba a toda velocidad resguardado bajo las cornisas del cielo, roto en llanto. Cada vez la distancia, hasta mi anhelado destino, se hacía más corta. Como un benévolo torreón que me acogía, a pesar de mi distanciamiento dogmático con la iglesia. Sin embargo, con toda mi reticencia, la consideraba una heredad sagrada. Frente a ella un jardín de flores amarillas; se anclaban en un ingente esfuerzo para no desfallecer y terminar rodando por la húmeda colina. Resultaba un espectáculo de

colores, erigido sobre el marrón de la tierra. Justo allí donde brotaban los muros que daban forma y nacimiento a la capilla de aire barroco, y que extrañamente, me concedía sentimientos cargados de presagios, de inexplicables sensaciones.

Entretanto, intentaba aclarar las ideas, que la aspersión de la lluvia había revuelto; sabía que no estaba en absoluto presentable. Pero aquello no era una cita con una dama, por supuesto, John entendería el absurdo y yo daría mi beneplácito a sus burlas, acompañadas por sus usuales risotadas. Aquello ya no me generaba angustia, simplemente, anhelaba llegar a un auténtico refugio; tomar una café y encender un cigarro.

Pero a pesar de haber superado tales albures; no podía sortear la incomodidad que las extrañas visiones habían causado en mi ánimo. Me resultaba inevitable pensar en el origen de ellas, y si estas eran una simple alucinación; que acompañaba un factible resfriado, o se trataba de algo que aún no comprendía. Solo el tiempo me daría esa respuesta.

Coronado al fin mi objetivo, vi desplegarse ante mis ojos una romería de feligreses; quienes a pesar de la lluvia avanzaban con un fragor casi festivo.

La precipitación se tornaba inalterable; las piedras, el fango, el movimiento de serrines descendiendo por el repecho de las calles. Generaban en mi ánimo una lucha interna, mientras procuraba el objetivo de aquel guijarro barroco; cuyo fascinante concepto contrastaba para mí, con el místico susurro que retumbaba en su interior. Ahí estaba el templo, solemne como si aguardara mi llegada.

En tanto que los feligreses se encontraban y con el impulso de sus arraigadas creencias, aplicaban la resolutiva cordialidad entre ellos; imbuidos por el sagrado eco de la palabra. Eran un solo cuerpo de líneas múltiples, que se alargaba hasta llegar a mi encuentro.

Era difícil concebir que en medio de la borrasca, los creyentes proseguían inalterables, como si para ellos el tiempo se hubiera detenido; la lluvia no acariciara sus cuerpos y las verdades de unas tradiciones cuestionables no les estorbaran.

El júbilo les secundaba cada paso, mientras yo, sentía que los omoplatos eran dos morrales repletos de roca, que mi espalda

soportaba. Los dedos de mis pies parecían fundirse unos con otros, estrechamente juntos; las manos carentes de sensibilidad eran un efecto más que cargaba en los bolsillos. El viento gélido murmuraba en mis oídos. Tendría que haberlo pensado mejor, pero aquel no era momento para controversias introspectivas.

<Solo espero que John este en su despacho>—me dije a mí mismo.

Me resultaba inevitable sentir una comezón recorriéndome el cuerpo; sin avizorar su causa ni conseguir discernir si era el producto de la ropa húmeda o la algarabía religiosa que amablemente me saludaba. Mientras el clima, el contexto de los sucesos; las imágenes, los recuerdos, me llevaban a profundizar sobre el matiz de la vida. Una realidad en ocasiones sublime, mas en otras de una crudeza inexplicable. La continuación perenne de la historia humana; su incierto futuro, su dualidad ambigua entre el bien y el mal. Frente a mí se elevaba la prueba de ello, tantas ideas disímiles amalgamadas con filosofías milenarias; dando forma a las religiones del mundo, atiborradas de fieles seguidores.

El nacimiento de una creencia, es en realidad, el origen de una necesidad; la ansiedad por la ilustración de lo inentendible. La vida inicia y termina sobre las bases de esas afirmaciones; incluso en la propia contradicción de ellas. Violencia, hambre, inmoralidad, codicia no son realmente pecados, sino conceptos, que desdibujan la línea de la realidad. Por mis palabras, tal vez piensen de mí, que no soy creyente; que soy tan solo un humanista amañado, cuyas propias comodidades, le evitan el tener que creer en una entidad superior que rige al mundo. Pero debo decirles que nada dista más de la realidad. En verdad lo que creo es que el hombre, jamás ha entendido su propio privilegio; venido del aliento de un creador al que siempre ha usado, pero nunca ha entendido.

Por eso, para mí, esas personas que venían a mi encuentro; tan solo eran necesitados quienes con un postrimer aliento, que no bastaba para consumir su vida miserable. Iban a orar cada día, dejando la dádiva de sus insuficientes monedas; para luego regresar a casa, con iguales pecados a cuestas. Así cada año el epítome del implorar diario,

desembocaba en la solemne Semana Santa; recordando la muerte y resurrección de Cristo. Buscando en cada paso olvidar su propia hambre, ayunando por necesidad y no por creencia.

Levanté la mirada y vi un cielo trazado de tonalidades lúgubres; augurio de calamidades. Contexto de un inusitado vendaval cargado de pedriscos que flageló las calles, colapsando el sistema de desagüe; dejando vehículos atorados en mitad de las vías. Y las personas que antes, durante mi recorrido, no había visto, corriendo en busca de las aceras para resguardarse. Era el mediodía.

El desconcierto se apoderó de los arrabales de la iglesia, la consternación que causaban los truenos; las vivaces descargas eléctricas, esbozaban una escena apocalíptica. Incluso el más valiente o fiero de los mortales, corría como un potro asustado. Las mujeres entre plegarias, los hombres entre protestas; se apilaban bajo los tejados, dando una tímida y atribulada ojeada al cielo.

También yo debí apurar el paso, procurando la calma; mientras observaba a otros resguardarse con lo que tenían a mano: bolsos, diarios, abrigos. Cualquier objeto, debía formarse útil resguardo ante la arremetida de la naturaleza. El mediodía, figuraba una noche anunciándose de forma anticipada; revelando nebulosas y secretas sombras bajo la lluvia.

Corrí hacia las escalinatas que daban acceso a la puerta de la vieja iglesia, y allí, finalmente, pude detenerme en procura de recobrar el aliento. Sentía la respiración entrecortada. Comprendí que además de la lluvia y el largo trayecto recorrido; el eco en mi tórax, era la voz de mis pulmones, que demandaban hace mucho el alejarme del tabaco. Por una parte sabía la inminente necesidad de hacerlo, pero por otra siempre hallaba excusas para no dar ese paso: la ansiedad, el agitado ritmo de vida; incluso la lluvia. Y un aguacero como ese, era un ideal pretexto para encender un cigarro.

No obstante, valga la salvedad, además de aquel habito poco saludable y alguna eventual cerveza; no consideraba que mis licencias fueran equiparables a las de otros y en términos generales mi salud era buena.

Así pues, mientras recobraba el aliento, para el trayecto final que me llevaría a reunirme con John. Encendí un cigarro que protegí de la tempestad, en una acrobática maniobra, con el doblez del cuello de mi abrigo. Mientras observaba en lo alto, a unos metros, flanqueada por dos bloques, como se erigía la puerta de arco dovelado de la parroquia.

Tenía el cuerpo completamente helado, y la divagación de mi mente, podía percibir el sutil aroma de una buena taza de café. Empero, seguía bajo la lluvia ensayando proteger el humeante tabaco de la copiosa agresión. Viendo cruzar por mi lado los últimos feligreses que se dispersaban camino a sus viviendas. Conversaciones, rumores ininteligibles escapaban de sus labios; haciéndome recordar que seguía ahí, bajo la tempestad.

Cuando concluyó mi redentora fumada y creí que todo se habría solucionado con ascender doce escalones; me encontré de frente con el acólito de la iglesia, quien descendía por la escalinata.

Su nombre era Derian, a quien John me había presentado hace un par de meses; y si bien su aspecto físico daba la impresión de ser lento de entendimiento, en absoluto lo era. Por el contrario sus reflexiones lógicas, su calidad humana y compromiso: le habían valido convertirse en la mano derecha del párroco. Aunque a veces resultaba innegable que tenía el aspecto de un despistado, no obstante, siempre atento a colaborar en lo que se le encomendara.

Con los ojos hundidos tras unas gruesas gafas, me observó, tal vez, con la vaga sensación de quien encuentra a un extraviado.

—¡Gabriel, como le va! ¿Va para la parroquia?

Sin rodeos, asentí lo evidente de la respuesta:

— ¡Así es Derian!

Y él hablando casi a gritos, como si concluyera que la lluvia me impedía escucharle, anunció:

—¡John no se encuentra en este momento!—y continuó— ¡salió temprano a una reunión con el arzobispo!

<¡No puede ser!>—pensé, recapitulando sobre el absurdo.

—¡Pero vamos!. Espérelo que debe estar pronto a regresar— invitó señalando la puerta de la iglesia—

Con pesadez comprendí lo inadmisible de mi error, mientras Derian me miraba con los ojos saltones, tras el cristal de los espejuelos. Factiblemente, con la cavilación de estar hablando con un orate; que había decidido viajar hasta la parroquia una tarde, tan solo para diluviarse y fumar un cigarro frente a la puerta.

Naturalmente, su cordialidad le obligó a insistir:

–Venga, Gabriel. Vayamos adentro, mire que esta tormenta, parece, no se aplacará por el momento.

Sentí una sensación de aversión, incluso miedo; al tiempo que pensaba aceptar la invitación e ingresar en aquel claustro ahora solitario. Rodeado de iconografías de santos, de un profundo silencio; de años de suplicas, como ecos adheridos a las paredes. No era un lugar agresor, se trataba, simplemente, de una obra arquitectónica concebida para acallar el dolor de las almas. Pero la sensación de cuestiones desconocidas, alejadas de la violencia de una urbe habitual; contrariamente generaba en mi, temor en lugar de alivio. Y procuré razonable excusa para evitar imbuirme en aquellos terrenos.

—No descuida...solo avísale que vine a visitarlo—.

—¿Ésta seguro?—consultó de nuevo. Constatando mi real voluntad de regresar por un camino de penalidades.

—Si…Tranquilo—Agradecí, estrechándole la mano, para despedirme—solo dile que vine. Que ya lo llamaré luego.

—¿No quiere dejar algún mensaje para John o tal vez yo pueda ayudarle en algo?—insistió el muchacho.

—Nada especial. Por ahora sigue con lo tuyo—le respondí—no sea que por mi culpa agarres un catarro—

—¡Bien! En ese caso, con permiso Gabriel. Nos vemos luego—dijo el asistente, observándome poco convencido, mientras se alejaba.

—Adiós Derian y de nuevo gracias.

Con toda mi pesadumbre giré para percatarme del largo camino de regreso que aguardaba; pleno de vías, laberintos, pasajes y una inagotable lluvia.

Dejé escapar un prolongado suspiro, mientras Derian, se alejaba.

Me sentí fatigoso, aplastado por aquel aire glacial que se filtraba hacia las paredes nasales; perdido en el umbral de perspectivas confusas. Pero sabía que debía actuar, dar ese primer paso, absolutamente necesario, para abandonar los terrenos de la iglesia. Primero levanté la mirada al cielo como una súplica, o tácitamente una queja, ante la memorable y esquiva ayuda divina. El camino estaba demarcado vagamente en mi mente; lo que menos quería era desandar esos pasos que tanto esfuerzo habían demandado. La calina dejaba poco a la vista. En la dirección que observara, el mundo parecía terminar dos pasos adelante; todo iba mal, y con el penoso antecedente, me inquietaba que pudiera empeorar. Sin embargo, me infundí de un monótono e inútil reposo. Con la mirada nublada, los pies como bloques de plomo y los pensamientos velados por la lluvia; desistí de engancharme a esa santa heredad. Iniciando el camino de regreso, en la esperanza de acertar la imagen de un taxi, con el confortador aviso de “libre”.

Justo debajo de mis pies la superficie se diluía, sin encontrar un lugar donde alojar mí agobiado ser. Solo me quedó expresar mi frustración con un gesto de negación en mi cabeza. Me había olvidado de formalidades, de obligarme a valorar el tiempo de otros; del razonar que en un día cualquiera una caminata conduce a ninguna parte. Y un visitante inesperado como yo, es recibido tan solo por la soledad de los segundos corriendo tras un minutero.

De cualquier modo en ese punto, apenas si cavilaba con alguna lógica, y era conducido por la voluntad propia que adquirían mis pies; los cuales quizá no me conducirían a ninguna parte. Intenté ubicarme geográficamente hacia el norte, ayudado por la silueta del edificio más grande de Treum.

Así me despedí de mi absurdo, de la obcecación conmigo mismo, ante mi conducta errada, del desliz de mi cordura ¿Quién me había creído para contar con el tiempo de mi ocupado amigo? El dolorido retorno era una sentencia irrebatible. Entretanto, cielo y tierra se dilataban en una batalla sin tregua, en una colérica danza.

<¡Joder. Como no se ocurrió llamar antes!>

Con cada dolorido paso, con el golpe punzante de la lluvia; con la braveza de los truenos, se incrementaba la refutación hacia mi persona:

<¿Acaso me fallaba la cordura? Solamente los perturbados no razonan tan simple postulado>

Entre censuras continué avanzando, con la convicción de que tendría caminar de nuevo a casa. Empero, una grácil sonrisa de la fortuna emergió para este desdichado, al enfocar la silueta de un taxi, avanzado parsimonioso por la avenida, se trataba de un otrora bien lustrado dacia logan, con su charolado arruinado por la lluvia.

Corrí tras él como un demente, en medio de silbos; con la angustiosa idea de que no me viera. Pero justo bajo el semáforo se detuvo, permitiéndome alcanzarle. Cuando llegué ya la puerta estaba abierta y no tuve más que agradecer, el buen designio.

—Buena tarde señor. En verdad le agradezco.

—Buena tarde joven—respondió un viejo de aspecto bonachón.

—Me tendrá que disculpar, por su tapicería—observé—como verá, estoy empapado.

—Descuide. Vamos, suba.

Con la rigidez en los músculos accedí al interior del vehículo; como si el frio me hubiera congelado las rodillas, que apenas si pude articular al sentarme.

Fue un alivio para mi dorso, el efecto del espaldar de la silla; mientras el conductor me observaba con una sonrisa que parecía manifestar, una evaluación disimulada, ante mi semblante fatigado.

Con el accionar del mecanismo compensatorio de los amortiguadores, el taxi se adentró en la avenida, aumentado la velocidad; bamboleándose entre las charchas, algunos desniveles y tropiezos del asfalto.

Mientras yo me erguía, flexionaba las rodillas; ponía un pie delante del otro activando mi organismo; el vetusto conductor denotaba una extendida simpatía por el dialogo. Relatando las irrelevancias de su vida familiar. No obstante, fue la conversación lo que me mantuvo despierto hasta el regreso al apartamento.

Una vez cancelado el costo del viaje, que duró unos veinte minutos, y reiterados agradecimientos para aquel ángel misericordioso, que me ahorraba un sinfín de penurias.

Deslicé suavemente la puerta del taxi; despidiéndome del conductor. Y avancé por la ancha acera que conducía al edificio, a la cita con la calidez del apartamento, del cual no debí haber salido.

Seguí andando. Intentando excusar mi error, en la retribución que a cualquiera podría sucederle, hasta que veinticinco pasos me ubicaron frente a las escaleras, las cuales ascendí hasta el segundo piso.

Ya frente a mi puerta, introduje la llave, la giré e ingresé al calor de mi solitario hogar. Avancé unos pasos, sintiendo que me anegaba en el letargo; en la catarsis del sueño. Me saqué la ropa que se adhería como pegamento, me arranqué los zapatos y los descargué ahí mismo, sobre el suelo de madera; tomé el teléfono que segundos antes había dejado sobre la mesa de centro y marqué el número de Rita.

El teléfono móvil empezó a repicar. <Seguramente tardaría en contestar, siempre lo hacía>

El receptor timbró, una, dos, tres, cuatro veces; pero no hubo respuesta.

—¿Por qué no contestas? —Murmuré con impaciencia—.

<Tal vez se ha quedado sin batería o desactivado el timbre para ingresar a clases>

—¡Caray Rita…siempre es lo mismo, hay que telefonearte más de una vez!—protesté—Pero ahora estoy adormilado, ya te llamaré luego—

Entonces cerré los ojos y me desplomé plácidamente sobre el suave bastidor de espuma, que recubría el sofá.

CAPÍTULO VI, DE LA APARICIÓN DE LA MUJER, LAS VISIONES Y EL MENSAJE

Al instante estaba inmerso en un profundo sueño.

Veía las imágenes de un corredor profundo y refulgente que se hinchaba frente a mí. Sabía que estaba soñando. Luego este se transformaba en un campo abierto, no obstante, las imágenes eran muy vívidas; como ver una película, como si estuviera dentro de ella.

En mi sueño me encontraba descansado bajo el abrigo de un inmenso roble, confortado en el sosiego de una verde llanura. Mientras observaba una estrella rutilante en el firmamento; reflexionando como aquel astro, probablemente se había extinto hace miles de años, y su luz apenas resultaba visible en este distante planeta. Y era esto, gracias a un orden universal. De pronto, la luminosidad de aquel astro acrecentaba su fulgor, descendiendo sobre mí a gran velocidad.

El sonido de la alarma del móvil, me hizo despertar sobresaltado. Y aún cautivo de la acuarela incógnita de aquella fantasía; debí retornar a la tangible realidad de mi espacio. Al resguardo de mi apartamento.

Puse como apoyo mi brazo derecho, y con el izquierdo me estiré para alcanzar el teléfono. Luego me incorporé diligentemente, respondiendo la llamada, sin obtener respuesta. De modo que revisé la pantalla para verificar el numero, sin embargo, al revisar el registro de llamadas recibidas, no había consignada ninguna. Tampoco se trataba de la alarma, que no sonaría a esa hora, puesto que solo estaba programada para repicar a las 5:30 am.

Desterré los restos de desaliento, mientras miraba a mí alrededor, con la subrepticia sensación que aquel extraño sueño; podría estar de alguna forma relacionado, con una singular visión sobrevenida hace un par de semanas. La cual aparecía revelando secretos que hasta ese día no comprendía por completo, y no descartaba hasta entonces como una mera coincidencia del ensueño.

Empero, la inquietud de los hechos ocurridos ese día bajo la lluvia; la visión de la prostituta y los asaltantes. Mi actuar particularmente abstraído. Eran factores que me influían a recapitular sobre aquello, que todavía recordaba con plena claridad.

A partir de ese día se desarrollaría en mí una grotesca facultad.

El aire fresco, la tibieza y discreción de mi espacio; la ideal atmosfera que ofrecían los proyectos en los cuales trabajaba. Aquella singular ciudad, donde la fortuna había tenido a bien situarme; la sonrisa amplia de Rita, sus ojos color avellana. La amistad de John; los sueños, los proyectos. Nada de eso parecía llenarme como antes, y esta emoción particular parecía haber germinado, justo después de la visión que he mencionado, un par de semanas antes.

Y aun cuando procuraba ignorar la inexplicable incomodidad que me abrumaba; me resultaba inevitable censurar la soledad de aquel espacio de blancas paredes, entintadas por el marfil del tiempo. Coronadas por un ventanal, detestablemente ubicado a la vanguardia de un callejón oscuro; el cual no podría ser otra cosa que la obra de un constructor distraído o quizá una broma de mal gusto para la posteridad, una dedicatoria a una víctima anónima. Si. Ese era yo desde hace pocos días; sentía que algo dentro de mí había cambiado, sin lograr razonar el ¿cómo? ni el ¿por qué?. Solo atinaba concluir que de alguna forma aquel espacio, que era mi propio lugar; me resultaba en ocasiones siniestro. Sobre todo al mirar la panorámica de un oscuro callejón, que se blandía como refugio de adictos; justo bajo el antepecho de mi propio ventanal.

No obstante, cuando la calma y el lógico razonar, tenían cabida en mis noches de descanso; siempre me acompañaban mis libros, apilados en desorden sobre la biblioteca de madera bruñida. De la cual tomaba una buena obra literaria, para distraerme en la lectura de sus líneas; sentado sobre el sofá, acompañado por una calurosa taza de café y mi ineludible cigarro.

Sentado en el sofá, me conjuré con un prolongado bostezo y al mirar el reloj de pared, me percaté de lo tarde que se había hecho, eras las 04:45 pm. De inmediato intenté comunicarme con Rita; una vez más la llamada ingresó al buzón de mensajes. Decidí probar entonces con el número fijo, sin embargo, este timbró cuatro veces, con timbres largos y lejanos; hasta que finalmente, respondió la máquina de recados. Su apacible voz en la grabación me hizo sentir que estaba a mi lado. Pero no dejé ningún mensaje.

Ensayé abandonar mi abstracción, el desapego a la realidad; infundiéndome del humo nocivo y reconfortante. Rescaté un cigarro de la empapada cajetilla, que todavía se disimulaba en el bolsillo del abrigo tirado en el suelo. Los demás se habían arruinado por completo

<¡Mierda…tendré que ir a comprar una cajetilla! pero ya es tarde y no quiero salir>exclamé con desgano.

Tomé el control remoto y encendí el viejo televisor, que parecía ocupar la mitad del salón, un ovoide, que se resistía a ceder su paso al moderno led. Al tiempo que el fuego chamuscaba el extremo humedecido del tabaco. La señal de cable permanecía en el canal de noticias; las mismas que se dilataban en una eterna repetición. En la parte superior de la caja electrónica, que dejaba escapar las primeras imágenes; se erigía un desgastado cuadro que adornaba la pared, sin ninguna razón de ser. Ese no debía ser su lugar, no obstante, continuaba ahí soportado por un punzón de acero; carente de vitalidad, con la batalla de los años perdida. Con los tonos erosionados de una pintura, que retrataba niños sonrientes.

<¿De dónde provenía aquel cuadro?> No lo recuerdo.

A un costado, en una de las dos sillas que completaban el juego de sala; seguía el libro que estaba leyendo desde hace unos días y que había olvidado dejar de nuevo en su estantería. Lo tomé y regresé de nuevo al sofá. Era una interesante historia, escrita por el argentino Orestes Villarinni, psicólogo, periodista y además literato.

En mis momentos de ocio, atesoraba la lectura, como único sequito en tan deliberada soledad.

Y refería esta novela, el misterio de personas que desaparecen, sin indicio alguno de su paradero; situación común en el mundo entero y en nada ajena para América Latina, donde se desarrollaba esta historia. Desaparecidos sin rostro, en la sublime extensión del imponente continente suramericano, cuya belleza es equivalente a sus tragedias sociales.

La sinopsis del libro que casi terminaba de leer, narraba la historia de Martin Fillenburg; un exitoso guionista norteamericano. Quien había conseguido la cúspide del reconocimiento público, gracias a su más reciente trabajo llevado al cine. Sin embargo,

Fillenburg, cansado de la exposición mediática; decide tomar un retiro hacia una pequeña localidad al sur de Argentina. Acompañado tan solo por un par de trajes, su teléfono, y una revista, donde ha sido publicada una crónica de su amigo, también escritor; sobre personas desaparecidas. Hospedado en un pequeño hotel, disfruta de la amabilidad y sencillez de los lugareños, pero al intentar regresar a la normalidad de su mundo, se encontrará sin salida. Atrapado en un pueblo fantasma, del cual será por siempre habitante.

Para mí, la lectura formaba parte de mi realidad desde pequeño, siempre había disfrutado el leer, y ansiaba concluir las páginas de una obra, para de inmediato adentrarme en la trama de otra. Sobre todo, mi inclinación era hacia las historias de suspenso; era asiduo lector de novelas policiales y thrillers psicológicos, esas mismas que con sus historias patibularias, me envolvían en sus grafías. Y sabía exactamente, el libro que pronto caería en mis manos, y conservaba esa línea. El cual proyectando conforme su justo momento, apilado sobre el tablón de madera de la biblioteca, esperaba paciente ser desafiado por mi ansiosa mirada. Se trataba de un viejo libro de caratula roja.

Di una ojeada a la novela de Villarinni, pero deduje que no era momento para iniciar la lectura; seguramente, no pasarían más de quince o veinte minutos para que el agotamiento me venciera. Así que me incorporé para congraciar mi cuerpo con una merecida ducha. A pesar del clima, que continuaba lluvioso, y la baja temperatura; necesitaba el desahogo que prodigaba el agua fría abatiéndose libre desde de la regadera.

Me incorporé de la silla y avancé por el espacio del apartamento, hasta adentrarme en el pasillo que se apuraba entre sus dos tabiques, y que conducía hacia los cuartos y el baño. Mientras en movía en medio de este, repasaba las dimensiones estudiadas tantas veces durante las tardes de ocio. Una gran caja de concreto, cuya supervivencia pendía de la mía.

Proseguí distraído en dirección al cuarto; cuando de pronto, repicó el teléfono móvil que había dejado sobre la mesa de centro. Ese ruido me tomó por sorpresa,

Y en mi descuido al girar, apresurándome en responder la llamada; tropecé por accidente un pequeño florero de singulares matices verdosos, que permanecía dispuesto como atavío del pasillo. Y el cual tenía en alta estima, por tratarse de un obsequio de mi madre, justo antes de su viaje. Por fortuna logré impedir que impactara contra el suelo y lo dejé nuevamente firme sobre su sitio. Mientras regresaba entre protestas para acallar el molesto repiquetear del aparato. Lo tomé en mis manos y con tono tajante respondí, sin cercióreme antes del numero entrante.

—¿Si. Diga?

Pero entonces, una vez más. Nada. Solo silencio.

Sostuve el teléfono en mis manos, y cuál sería mi sorpresa al ver que no registraba ninguna llamada.

Quedé paralizado por un segundo, ya empezaba a preocuparme. Empero, adjudique la anomalía a una falla propia del teléfono, y no a un albur misterioso. Di la vuelta y retorné al asunto de la ducha interrumpido por el inusual suceso. Intentando dejar atrás la reminiscencia del molesto día y reprogramar mis ideas.

Apenas ingresé a la habitación, de inmediato me deslicé hacia al cuarto de baño; dejando la puerta entreabierta, y procurando que bajo la caricia del refrescante liquido se disiparan los múltiples pensamientos congregados confusamente en mi cabeza. Y en efecto pude complacerme enteramente, del agua que caía desde la regadera como una tenue lluvia y no como el castigo inclemente de la naturaleza. Mientras mis pensamientos se sosegaban y en mi pleno discernimiento concluía, un precepto de sabiduría que emergía de los hechos acaecidos ese día. Me contenté esta vez, con el simple ejercicio de acomodarme bajo aquel fresco termal, que cristianaba mi existencia; sin sentirme obligado a huir, a correr en pos de algún refugio. Enseguida sentí como se ennoblecía mi ánimo. Sin más, me acomodé alrededor de la cintura, la toalla humedecida por mi cuerpo. Y con firme aliento dejé el baño, apoyando mi mano contra la puerta, para dejarla deslizar suavemente hasta cerrarse.

Me calcé una bata de baño, unas pantuflas, y regresé a la sala, donde recogí las prendas de vestir regadas en el suelo, extrayendo de

la americana, el paquete todavía húmedo de cigarros, luego de descargar la indumentaria sucia, en la zona de ropas y antes de sentarme otra vez en el sofá, hice una visita a la cocina para prepararme un café y de paso aprovechar el calor del fogón, para secar mis cigarros, ¡y vaya que el truco funciono!, aunque debo decir que el sabor del tabaco, se vio un tanto afectado.

De regreso al sofá, frente al televisor, fumé y bebí el resultado de mi esfuerzo. Agarré de nuevo el libro, pero lo descargué de inmediato; para entretenerme en hacer fumarolas con el humo, y dar sorbos del vaso. Y al cabo de esos minutos de ocio, impensadamente terminé frente al ordenador, revisando correos electrónicos. Sin embargo, transcurridas un par de horas, la somnolencia terminó por subyugarme, y finalmente, el camino a la habitación estuvo señalado. Y cuando pensé que me desplomaría como un tronco, logrando una placida noche de sueño; similar a la anterior. Apenas apoyé la cabeza sobre la almohada, igual que venía ocurriendo días atrás, cualquier indicio de somnolencia desapareció por completo. Y de inmediato, como una celada a mis pensamientos; emergieron desde lo profundo de un olvido fingido, las extrañas imágenes de la visión, sobrevenidas hace algunas noches. Y que empezaba a sentir, tendrían alguna escabrosa relación, con mi errático comportamiento ese día bajo la lluvia.

Y es que un par de semanas atrás; había ocurrido algo que todavía me resultaba inexplicable. Una extraña vivencia que rompió el vago silencio esa noche, y de la que procuraré, por tanto, referir los detalles acaecidos.

Eran diversos los asuntos que ignoraba, sobre todo tratándose de temas religiosos. No obstante, luego de esa tarde todo cambiaria.

Llegué agotado al finalizar mis labores, eran las cinco y el atardecer daba paso a las primeras cerrazones noche, al ingresar constaté la hora en el reloj de pared y me senté un momento para tomarme un respiro. A eso de las 6:00 pm, recibí la visita de Rita; compartimos una breve charla, un café; hablamos de algunos asuntos de la universidad y ella se marchó siendo las 8:30 pm. Insistí en

acompañarla a su casa, sin embargo, evidenciando mi desaliento, ella prefirió que yo me quedara descansando.

Una vez nos despedimos, a la salida del edificio, y luego de regresar y asegurar la puerta; para seguido caminar hasta el cuarto, y descargar la ropa sobre la cómoda. Me dirigí al baño para asearme, como era mi costumbre, bajo el abrazo del agua gélida. Estremecido por el frio, abandoné tiritando la ducha; me senté en la silla frente a la cómoda y reconocí mi rostro en el espejo. La sombra verdosa oscura en mi mentón, revelaba el menester de una buena rasurada; no obstante, lo aplacé para la mañana siguiente. Hasta ese momento todo transcurría con total normalidad.

Finalmente, me metí en la cama y cerré los ojos. Calculó en mi evocación que no transcurrirían más de dos minutos, cuando inició a escucharse un murmullo; como una grácil voz, que me hizo levantar la cabeza y entreabrir los parpados cargados de somnolencia. Al instante el susurro se convirtió claramente en una voz, de particular acento; descolgué los pies en el suelo y me acomodé mejor sobre el filo de la cama, para ver constatar de qué se trataba. Hasta entonces no sentí temor, era más bien extrañeza; en la convicción de no haberme quedado dormido y estar presenciando en el plano de lo consiente aquel acontecimiento. <Tal vez, sea un ruido del callejón> me dije, frotándome los ojos. Dispuesto a incorporarme y verificar.

Pero al instante palidecí, al ver la imagen de una mujer que flotaba en el aire; la cual estaba rodeada por una luz intensa. Una potente aura que cegaba. De inmediato cerré los ojos buscando que aquello desapareciera de mi vista, pero al observar de nuevo, ella continuaba justo ahí frente a mí.

—Que…¿Quién es usted?—articulé con voz trémula.

La mujer se volvió para mirarme con un movimiento de su cabeza, mientras enmudecido le seguía, en medio de la oscuridad, apenas acertando que ella levitaba en el aire a poco menos de un metro de altura.

Estaba seguro que no era un efecto de la luz en la calle, filtrándose por la ventana. En realidad era un ser espectral; de semblante melancólico, piel muy blanca. Mirada profunda con ojos

oscuros, contextura delgada; talla pequeña y largos cabellos negros, que escapaban bajo un mato, y se fundían en la umbría de la noche. Este fantasma venido de un universo ignoto; parecía acercarse quedamente hacia mi ubicación. Impidiéndome sintonizar el mandato de mi cerebro hacia mi cuerpo petrificado por el horror. Estaba completamente paralizado, pensando que en cualquier momento me atraparía; que su abrazo cegaría mi existencia. Su proximidad agitaba mis pulsaciones cardiacas a tal punto, que sentí que mi corazón detonaría ¿Qué o quién era esa mujer que se presentaba ante mí?

Calculé la corta distancia me separaba de ella. Era el fin, no había nada que pudiera hacer. El pánico me apresaba. Aquello parecía descargarse sobre mi razón como el golpe seco de una guillotina; suspiré apoyando las manos sobre mi rostro, para ahuyentar la intrusa visión. Luego, como pude giré, tendiéndome de boca sobre la cama; en procura de forzar un camino hacia el mundo del ensueño, o un repentino desmayo. Pero estaba probablemente a medio camino, cuando sentí que un gélido viento se me enganchó en la nuca.

<Cálmate, Gabriel. Cálmate> Me dije. Esforzándome en liberarme de aquel espanto. Levanté medrosamente la mirada intuyendo que la visión habría desaparecido. Y de inmediato supe que la noche sería demasiado larga <Supongo que no es un sueño, ¿verdad?> espetó mi mente a punto de colapsar.

Entonces la mujer murmuró algo en una lengua desconocida y acto seguido avanzó hacia mí. Apoyado sobre el brazo izquierdo, logré impulsarme hasta ponerme de pie; con la única intención de salir corriendo. Pero los músculos de las piernas no me respondían y caí de rodillas justo frente a ella, con un último impulso de arrastrarme para no ser atrapado. Ahí debí desmayarme.

La aterradora sensación que produjo en mi ánimo la visión, fue el antecedente de múltiples noches de insomnio, a partir de ese día. Aunque había conocido del tema de apariciones en forma superficial; sabía que mi propio perfil no encajaba con el de alguien a quien pudieran ocurrirle estas cosas. En modo ninguno era yo un hombre religioso, místico o que demostrara interés alguno en ninguna

clase de lectura, relacionada con temas espirituales, espectrales, ni de esa índole.

Mis únicas curiosidades se distanciaban diametralmente, por el contrario mis temas de interés eran palpables: mis propios asuntos, el urbanismo de la ciudad; las lecturas policiales. Y como cualquier persona a mi edad, todo aquello que afectaba mi vida; esto no me convertía en absoluto en un individuo excepcional o con capacidades distintas a su propia voluntad de llevar una vida normal. Y fue justamente eso lo que procuré usar a mi favor, para intentar disipar de mi mente lo sucedido un par de semanas atrás; dándolo por una simple y extraña alucinación. Y no importa lo real que mi mente invocara la imagen, debía superar aquella confusión.

No obstante, contrario a mi voluntad, el efecto de la reminiscencia era inevitable. La desconocida aparición conmovió en lo más profundo mi discernimiento. Bien se tratara de una burla del ensueño o de una auténtico ser espiritual; lo cierto es que mi ánimo sorprendido deambuló con inquietud por las sinuosidades del extraño evento. Y La mañana siguiente, los únicos pensamientos que rondaban mi cabeza; se relacionaban con el aspecto nebuloso de esa visión. Que además trajo consigo un mensaje, el cual de alguna forma sorprendente, a pesar de estar seguro de haber perdido el conocimiento; se agitaba en mi razonar, con toda nitidez. Aquel ser espectral había depositado de algún modo, su mensaje en mi cabeza, y este emergía con la luz del amanecer, siendo yo el depositario de un inesperado cometido místico.

Después de beber un café y encender un cigarro, me senté frente al ordenador, revisé correos electrónicos y navegué por las web. Y a medida que lo hacía, el espanto de la noche anterior pareció desvanecerse y poco a poco transfigurarse en calma. De pronto lo que era un recuerdo de horror, mutó en una completa calma; en un estado de éxtasis, pleno de paz. Y la imagen de la mujer emergió como un espejismo, que esta vez provenía del interior de mi cabeza, como una proyección claramente apreciable; aun cuando entendía que se trataba de un simple recuerdo podía sentir que estaba de nuevo frente a ella, presa de un absoluto arrobamiento; de un completo mutismo. Ella abrió sus labios y su voz era como un suave golpeteo en mi cabeza, un

susurro que me hacia liviano, como su flotara a su lado. El ruido de la calle desapareció por completo, y con mi voluntad doblegada; sin ser un erudito en temas bíblicos, ni haber brindado tiempo ninguno al regulador moral de la religión. Con el sopor y la languidez del ánimo, congregados en una atenta escucha; pude concluir factiblemente, aun cuando ella misma no lo expresara en forma explícita; que este ser quien inadvertido, irrumpía en mi espacio. No era más que la visión de un ser celestial, venido de un mundo que antes, yo mismo, habría juzgado como simple literatura. No obstante, ahí estaba y puedo asegurar era real, con todo su contenido histórico, teológico, filosófico, dogmático. De la forma que cada quien resuelva considerarlo; tal como el mundo católico o incluso seguidores de otras doctrinas la conocen. Juzgada para bien o para mal; cuestionada por unos, amada por otros. Para mí, simplemente, la descripción que la escuela, el colegio; la familia, los amigos, refieren de un hecho enarbolado en el matiz del supuesto. El cual, sin embargo, no pocos, señalan de irrefutable. Pero que solo hasta noche se restituía decididamente palmario. Esa mujer era sin duda la madre de Jesús, y estaba ahí frente a mí, un escéptico; para dejar su mensaje.

¿Por qué? Mis pasos deberían conducirme a la respuesta.

CAPÍTULO VII, DE LA INCERTIDUMBRE POSTERIOR A LOS MENSAJES

Aquellas revelaciones, serian un asunto que afectaría el ímpetu de una sociedad altiva; sus mayores temores serian desnudados. La plaga del pecado que había contaminado sus almas, debía ser desarraigada. Las palabras de la mujer llegaban hasta mí, en un momento en que el resto de mis sentidos, no conseguía dar total crédito a lo que mis ojos y oídos señalaban.

¿Acaso había enloquecido? O aquella noche, el ensueño me conducía por caminos tan vívidos que se tornaban realistas.

Pero, ¿Qué son realmente los sueños?, acaso un plano por el cual nuestras almas transitan; para que la mañana siguiente el recuerdo, reine en el plano del sosiego o de la mayor confusión ¿Qué hierático sentido tiene esto?

Mas en mi caso, puedo asegurar que aquello no era quimera ni alucinación. Y la cabal certeza de mi juicio lo ratificaba.

Sin elementos que objetaran la inusual situación, no pude más que escuchar cada traza del develamiento. Sucesos fantásticos, con matices ciertamente aciagos; conocimientos milenarios. Asuntos desconocidos, cuya trama jamás había rozado mi mente. No hasta ese día.

Con todo, en esas palabras descubría la ausencia de un propósito dañino, o de implícita condena; todo lo contrario. Su mirada melancólica, su suave voz revelaba la sincera finalidad de una redención.

De sus labios brotaron múltiples revelaciones sobre el futuro de Treum y el destino de sus habitantes; de no llegar a cambiar su inmoral realidad. No obstante, la disyuntiva implícita, el relato era sereno. Como si la familiaridad nos uniera en algún ignoto sentido.

No podría describir la forma en que aquellas palabras taladraron mi conciencia; pero una vez conocida la revelación, todo parecía haber cambiado. Mi estado de ánimo no era el mismo; el insomnio formaba ahora parte de mis noches. Los recuerdos me perseguían. Y ese mediodía, bajo la lluvia, el encuentro con la prostituta y los asaltantes; el horrendo aspecto de muerte que recubría sus cuerpos. Había intensificado mi zozobra y acrecentado la reminiscencia del mensaje.

Empero, hasta para ese momento, no convenía propósito diferente de continuar con mi vida habitual; concluyendo que por extraña que hubiese sido esa vivencia. Tan solo se trataba de un inusual evento, el cual debía quedar archivado en el cajón del misterio y hasta ser olvidado.

Y desde aquel día procedí con sigilo, para evitar la tentación de revelar a alguien lo ocurrido. Ni siquiera lo comenté con Rita o John.

Los días siguientes, opté prolongarme en mis labores, y dar un adecuado uso a mis pensamientos; procurando la vitalidad que siempre había manifestado. Sin embargo, cada vez que ingresaba al apartamento, me embargaba un halito umbrío, se me congelaba la sangre; como si una extraña presencia habitara ahora bajo esos mismos muros. Al cerrar la puerta me sentía atrapado, la perturbación de mi sueño no cesaba; tampoco lograba hallar una luz que me indicara el camino a seguir.

Si era menester correr el velo de aquel encargo místico ¿De qué manera podría revelar tan solo a una persona; una historia tan inverosímil? Cualquiera medianamente prudente, me tildaría de orate. Esa era mi postura, y podría haber sido definitiva. Si con el paso de los días la situación no se hubiese tornado intolerable. Las palabras de aquella mujer martillaban mis sienes; su grácil voz repetía todo el tiempo, en un eco interminable las mismas palabras. Así ocurrió durante unas semanas más, como un permanente y desgarrador arrullo:

"*Se han negado a escuchar. La sangre se derramara en las calles, ya no hay inocentes; todos han sido manchados por el aliento pestilente de la maldad. Las ciudades caerán, las iglesias y el hombre caerán*",

Peor y todavía más desconcertante, era la petición que coreaba la búsqueda de este indulto: "*Gabriel, tú ayudaras a salvarlos*"

Esas fueron las últimas palabras, la noche del primer encuentro. No tenía ni idea de lo que significaba o a que asuntos hacía referencia. Sin embargo, el aura de misterio que las rodeaba era tácitamente intranquilizadora.

Y aún sin entender, no conseguía más que repetirme <¿Por qué a mí?>

Llegó la cuarta semana, desde el día inicial de la aparición, con cierta serenidad. Una noche de arduo trabajo, después a visitar a Rita en su casa; me sentí renovado. Sin el peso de tantos recuerdos. Las manecillas del reloj se habían recabado con rapidez sobre el tiempo, señalando las 12:30 am. Las calles estaban solitarias, de modo

que avancé con rapidez; sabiendo que cada vez más la ciudad se hacía peligrosa.

Con mis facultades indemnes a pesar de una leve somnolencia, conduje a casa y luego de dejar aparcada la camioneta; caminé con tranquilidad hasta el apartamento. Al abrir la puerta sentí una gran sensación de alivio por el triunfo de mi razón, sobre aquellas alucinaciones; que reafirmaba, eran solo producto de mi imaginación. Con rapidez ingresé al salón, encendí un cigarro y dispuesto sobre el sofá, me saqué los zapatos y descansé un instante.

Luego completamente distendido, sonreí al pensar en el asunto de la aparición

<¡Vaya. Creer que un ser espiritual, procuraría mis buenos oficios!>

Adjudicando el suceso a mi propio cansancio esa noche, me enfoqué en lo que el amanecer siguiente me depararía. En ese instante giré mecánicamente, y observé el ventanal causándome un tremendo sobresalto; puesto que se encontraba abierto casi hasta a la mitad. Cuando mi precaución, cada mañana al salir, era verificar la cabal seguridad de mi espacio; aun cuando mis propiedades no fueran considerables. Me incorporé de inmediato y di una mirada a la lóbrega calle, amparada a lo lejos por un candil, finalmente, cerré y ajusté bien el ventanal; girando para dar una ojeada y avanzando por el salón, mientras revisaba, que en efecto, mis pertenencias siguieran ahí. Aparentemente no faltaba nada, y si bien resultaba perturbadora la idea de que alguien hubiese ingresado durante mi ausencia. Luego de constatar también las habitaciones; todo reflejaba absoluta normalidad. Por lo cual me adentré en el cuarto.

Pero no bien, había dado un par de pasos, cuando escuché un ruido; como si alguien avanzara en mi dirección. Sentí temor y viré rápidamente, lanzándome para atrás; aguardando que el intruso se revelara, mientras inquiría con exaltación:

—¿Quién anda ahí?

Pensé en salir disparado hacia la puerta, y escapar en busca de ayuda, pero contuve el impulso; respiré profundo y avancé por el pasillo hacia la sala. El sonido había desaparecido, empero, revisé de

nuevo cada rincón; desde la cocina hasta los cuartos, el baño y el salón principal.

Empero, transcurridos unos minutos y recobrado el ímpetu; pude corroborar que no existía tal husmeador y el ruido podría ser provocado por el siseo del viento en la calle.

Cuando dejé el salón para dirigirme al cuarto; no tenia plan distinto al descansar plácidamente, después de tantas noches de desvelo. Sin embargo, al ingresar a la habitación y sentarme en la cama, para sacarme la ropa; tuve una vez más la molesta sensación, de estar en compañía de una fuerza desconocida. Intenté conservar la calma, pero innegablemente, empezaba a sentirme nervioso.

Mientras me sacaba la camisa, escuché de pronto un vago clamor. Y comprendí enseguida que se trataba del mismo susurro, que noches antes me paralizara de pánico. Es difícil expresar el estremecimiento que sentí, en cada rincón de mi ser; al escuchar el etéreo sonido que germinaba a mis espaldas. Era como el lamento de un alma penitente; un sonido sobrecogedor el cual reconocía. Habían pasado muchas noches, y justamente cuando creía que todo había sido un espejismo, aparecía de nuevo.

Un dolor intenso se apoderó de mi pecho, las pulsaciones agitadas de mi corazón, me hacían pensar que infartarían mis arterias. Comprendí que habría un nuevo mensaje, y con el espanto que recorría cada centímetro de mi cuerpo; decidí girar y afrontar lo inevitable. Se tratara o no de algo real o simplemente el estar enloqueciendo; sabía bien que estaba despierto, pues apenas si acababa de ingresar al cuarto. Un ligero estremecimiento conmovió el suelo bajo mis pies; mientras giraba escuchando la voz que repetía mi nombre:

"¡Gabriel…Gabriel!",

Entretanto, rayano al límite de lo catatónico mi mente repetía

<No hay nadie. No hay nadie>

Con la fútil esperanza de ahuyentar la imagen, por supuesto, sin conseguirlo. Finalmente pude verla, flotando en su nubosidad, por encima de la cama.

La percibía con toda precisión. Su presencia me congelaba hasta los huesos; apreciaba su rostro, la mirada triste. Su ser flotando en el aire, en un intenso haz de luz que le abrigaba.

Quizá intenté hablarle, pedirle que me dejara en paz; pero las palabras me venían incoherentes. Nunca había sentido un pavor semejante, a pesar de ser este el segundo encuentro. Tuve que callar, mientras respiraba con agitación; con manos y piernas trémulas que apenas me sostenían temblaban, y el latir de mi corazón que parecía inundar el cuarto. Mientras ella repetía:

—¡*No temas Gabriel! Sabes quién soy*.

Continúe exánime, observando sin emitir una sola palabra; anhelando que entregara de una buena vez su mensaje. Entretanto, la miraba fijamente, apoyado contra la cama; sintiendo desfallecer. Hasta que anunció:

"En el camino que conduce tus pasos, acecha lo peor de la humanidad, serás fuerte. La muerte caerá sobre sus cabezas"

Después de eso, recuerdo solamente, haber levantado la camisa del suelo, y descargarla sobre la cómoda. Al instante caí en un profundo sueño, hasta ser sacudido por el sonido de la alarma del móvil.

Abrí los ojos. La mujer ya no estaba. Y al instante advertí algo extraño, que en la exhortación de mi mente, no recordaba de esa manera:

Me veía tendido sobre la cama, sin embargo, aún conservaba conmigo, la ropa que traía; incluso los zapatos. También la camisa que supuse me había quitado.

En la mañana, luego de darme un baño, procurando un dejo de normalidad en mi vida. Reflexioné sobre lo que vendría a continuación:

¿Qué podía hacer? diferente de esperar nuevos mensajes, tal vez, alguno de ellos provisto de coherencia o exégesis suficiente para permitirme tomar una decisión.

Era consciente de haber recibido una revelación terrible, pero las cuantificaciones de la misma debían estar claras. Una parte de mi se rehusaba a prestar atención, exhortándome a creer que se trataba de

un simple juego de mi mente. Pero de otro lado, era inevitable sentir la desazón, que sugería un evento completamente consciente.

Esa mañana al salir del apartamento, sintiéndome más extraño que nunca; ensayé el seguir con mi vida. Me detuve y tomé una bocanada de aire, y mientras esperaba junto a la escalera me pregunté si encontraría una respuesta.

No podía dejar de lado mis responsabilidades, por una situación que yo mismo no comprendía. Sin ser un completo escéptico, la religión jamás había sido una de mis prioridades. Y aun cuando sonara soberbio; debía acudir a la fortaleza de mi carácter, y de ese modo, abstraerme de aquella primera fila de conceptos míticos y extrañas revelaciones. ¡Tenía que liberar mis pensamientos de toda confusión!

Avancé por la calleja que conducía a la bahía de parqueo, con ritmo pausado, en procura de mi camioneta. De pronto, me encontré de frente con Michael y su joven progenitora, quien lo asía por el brazo con fuerza; observé al pequeño y pude notar lágrimas en sus ojos. Sentí una profunda molestia ante la actitud de la mujer. Pero ignorando lo que acontecía entre ellos, procuré la excusa del saludo:

—¡Hola Michael. ¿Cómo Estás? –y luego me dirigí a ella— Buenos días señora!.

El pequeño levantó la mirada y sonrió tímidamente. Pero la mujer continuó su andar, con una contemplación desenfocada. Sin responder en absoluto mi saludo, ignorándo por completo mi presencia y llevando casi a empellones al niño. Mientras murmuraba palabras que no legré entender.

Durante un momento me quedé ahí, en medio de la calle, desconcertado contemplando la escena. Noté que mientras la madre espoleaba a Michael con la mano izquierda, la otra la usaba para gesticular en una pantomima de disgusto.

Él la observaba con gesto dolorido, la escena me conmovió sobremanera y quise intervenir, cuando ella impactó con fuerza la cabeza del muchacho, con la mano que llevaba libre. El pequeño dejó escapar un gemido de dolor, pero justo cuando regresaba hacia su posición, refutando tal conducta:

–¡Escuche señora. No creo que deba…!—

Los dos se adentraron en el edificio, perdiéndolos de vista.

Que oscuro pasillo había cruzado esa mujer, al maltratar a su hijo de esa manera. No podía entenderlo. <No existe justificación para semejante conducta> murmuré, mientras regresaba y terminaba de atravesar el pasadizo casi desierto.

Desde la distancia observé el apartamento donde vivían; sintiendo como se me formaba un nudo en la garganta. Imaginando al niño asomado en la ventana, con sus pequeñas manos refregándose las lágrimas y pidiendo tan solo la comprensión, que uno supone, deben prodigar los adultos.

Tardé unos segundos en abrir la puerta del coche, tuve incluso el impulso de regresar y confrontar a la mujer. Pero concluí que tal vez, mi atrevimiento no sería apropiado. No obstante, si la situación se repetía, de seguro avisaría a las autoridades.

Al revisar la camioneta, me sorprendió encontrar las ruedas completamente enlodadas; al igual que buena parte de la carrocería. Tendría que tomarme unos minutos, esa tarde, para llevarla al auto lavado.

Me dispuse frente al volante, aún cargado de adrenalina, con la imagen cincelada del maltrato al pequeño. Encendí un cigarro, activé las luces direccionales, y partí rumbo al trabajo, con el sinsabor del semblante compungido de Michael, dándome vueltas en la cabeza.

Si bien, repudiaba las injusticias, y por supuesto, no creía que ningún antecedente debiera llevar a una madre a tal conducta; respecto del fruto de sus propias entrañas. A los pocos minutos, ya inmerso en las avenidas de Treum, concluí que mi prioridad eran otros asuntos. Y sentí un alivio a mi desazón, cuando crucé por un lugar, que confiaba me seria familiar dentro de poco. Se trataba de las oficinas del consorcio Hamm, una cadena alemana de grandes superficies, llegada hace poco a la ciudad. Cuya torre se erigía en el número 423 de la calle San Patricio, en la intersección con la plaza de la armadura.

Esta multinacional, con una fuerte expansión en años recientes, tenía como objetivo hacer algunas inversiones, entre ellas la construcción de un formidable almacén para la ciudad.

Indudablemente, una gran oportunidad a la que yo me había postulado, para formar parte de aquel gran proyecto. Y confiaba en mi buena estrella para ganar la oportunidad. Entendía, claro, que el proceso de selección de la empresa Alemana, era meticuloso.

No obstante, confiaba que mis credenciales resultaran lo convenientemente atrayentes; para que mi nombre fuera tenido en cuenta.

La gerencia de Hamm, se ubicaba en un edificio de oficinas contiguo al hotel Cardinale, frente al cual me detuve, ante el aviso de luz roja del semáforo.

<Bienvenido, welcome, bienvenue, bem—vindo, benvenuto> Se podía leer en letras negras sobre una placa dorada, peripuesta sobre la fachada del Cardinale, que se elevaba en la esquina de la calle San Patricio, con avenida corona del rey.

Desde mi posición el aviso era lo suficientemente visible, como también una pareja y dos ejecutivos que iban ingresando justo en ese momento.

Y mientras aguardaba la señal de avance, concluí que debían ser esas, mis reales prioridades: el propósito de engancharme con el consorcio y los pequeños proyectos que garantizaban mi sustento. Y no por el contrario, descubrir si por alguna hermética coincidencia universal, yo, un sencillo arquitecto con sus sueños a cuestas. De repente había sido designado como instrumento de Dios, para divulgar su mensaje.

En ese instante, el semáforo cambió sacándome de mi abstracción y continué avanzando entre el pesado tráfico; fijándome en las particularidades arquitectónicas de Treum. En ese ejercicio me distraía, cuando llamó mi atención, un vehículo publicitario que se detuvo junto a mi cherokee. Me fijé en la valla que reemplazaba la parte trasera de la carrocería; con un anuncio que un sus costados, publicitaba la presentación de un grupo de rock británico. En ese momento, los demás vehículos iniciaron a moverse un poco más rápido. Así que me concentré de nuevo en el volante, pero antes subí un poco de volumen a la radio.

Avancé sosegadamente, entre el estremecimiento de la circulación vehicular; fijándo mi vista aquí y allá. Deteniéndome en cada semáforo; dejando que la creatividad de mi mente divagara, sin mayor motivación que salir de aquel tropel de gritos y cláxones; sinopsis de un algo llamado sociedad. Grafitis en los muros, vendedores en las puertas de los locales; un local de comidas rápidas con fachada amarilla y una enorme M como logosímbolo; al cual se adentraban sonrientes una joven madre y sus dos pequeños hijos. Seguramente, una buena y poco saludable inversión.

Pero la distracción no resultaba suficiente y ya empezaba a sentirme agotado; conducir me resultaba realmente agobiante, pesado. Mientras continuaba curioseando por la ventanilla, los rostros y formas de una ciudad venida a menos. La evidente inconformidad de la gente; la palabra hastío dibujada en su semblante. No obstante, un lugar del cual ni ellos ni yo podíamos prescindir. Al segundo me tranquilicé e infundí de un nuevo aliento; cuando alcancé la avenida concepción con altamura, donde el transitar era mucho menos pesado.

Como en un deja vu, apareció de nuevo el coche publicitario, y frenó groseramente ante el aviso del semáforo. Giré para ver al conductor; quien me hizo una mueca de saludo desde su posición, mientras golpeteaba la cabrilla con los pulgares. Se trataba de un muchacho de unos veinte años y tez morena; quien lucía una gorra con el diseño de un equipo de baloncesto norteamericano. Enseguida la luz cambió a verde y este aceleró, tomando el carril derecho y alejándose luego por sobre el puente que conducía a la autopista.

En ocasiones me detenía a pensar ¿Qué tanto disfrutan las personas su trabajo? seguramente, la mayoría de ellos se encuentra a disgusto. Obligándose a cumplir con lo que la crisis exige. Para mi propia fortuna, realmente no era mi caso. Incluso, en ocasiones cuando el dinero pudiera escasear; mantenía el hecho de haber escogido mi profesión por vocación, por gusto, y no por necesidad. Lo que quiero decir, es que si cada quien tomara la alternativa de sus verdaderas competencias, seguramente, no andaría por ahí tanto inconforme. Y sería más fácil sobrellevar el peso de la ciudad; la luz entrecortada del sol, a causa de los edificios. El cargante tráfico

vehicular, la contaminación; las enfermedades, y el modernismo mal aplicado por algunos incompetentes con poder.

Aunque también acepto que la mía, podía ser una visión sesgada por mi propia fortuna. Resultando evidente que la corrupción asolaba a nuestra pequeña comunidad, lo que irrefutablemente termina por afectar a la ciudadanía. Del mismo modo que sucedía en el resto del país, incluso en el mundo. Y es que la modernidad parece extenderse al mismo ritmo del delito.

Acaso, ¿Podría alguien señalar, hoy, un país donde la corrupción no exista?, ¿donde el caos no sea la norma?

Asesinatos, pederastia, paramilitarismo; espionaje, miseria, sicariato; narcotráfico, violación, secuestro; desplazamiento, guerra.

Solo con ver un noticiero, se podía concluir que el camino de la humanidad, no era precisamente de rosas y jazmines. Pero… ¿A dónde huir? Cuando esa realidad es lo único que nos queda.

Y era justamente ahí cuando, tácitamente, la revelación parecía tomar forma. ¿Cómo podría yo? juzgar, que un castigo divino no estaba extendiéndose sobre la especie humana. ¿Cómo descartar tajantemente? que un joven arquitecto poco ávido de teología; formara parte de un plan supremo. Cuando sus propios pecados parecían menores que los de otros, esos mismos que se escandalizaban ante la desnudez de un seno; pero pactaban con el demonio por un puñado de billetes.

¿Cargaba el peso de una revelación que nadie querría escuchar?

¿Qué tan interesada puede estar la humanidad, en ser invitada a presenciar frente al espejo de la verdad, sus más oscuros pecados?

Máxime cuando la mentira ha sido el pilar fundamental de nuestra sociedad. Y aquella verdad develada, podría generar incalculables tragedias; en lugar de anheladas soluciones.

La pregunta era lacónica, pero demasiado penosa de responder:

¿Cuánto cambiaras tú, por el bien de los demás?, Si esto conllevara perder todos tus beneficios. Sin duda los pretextos estarían a la orden del día; nadie está dispuesto a cargar una corona de espinas

por otro. Uno ya lo hizo, y triste seria afirmar, que el costo de su sacrificio no compensa el resultado.

CAPÍTULO VIII, EMPEZANDO A CREER EN MEDIO DE UN MAR DE DUDAS

No había conseguido hablar con John los últimos días, dado que después de mi inadecuada visita a la parroquia. Me enteré por un mensaje suyo, que se encontraba de visita en París, y luego tendría que ir a Roma. Por algo relacionado con una comisión imprevista, que duraría entre diez y doce días. Según me dijo, en una posterior conversación, una llamada del obispo, apenas si le había dado tiempo de empacar su sotana y un par de cosas más; aunque aseguró que en condiciones normales, no habría obviado despedirse de sus amigos. Pero al parecer la voz del clérigo sonaba preocupada, de modo que había viajado de emergencia. Sin embargo, no reveló más detalles, y tampoco profundicé, en asuntos que no me correspondían.

—Regreso a Treum, la próxima semana. Te hablaré apenas llegue— aseguró John, aquel día.

Esos días, como era nuestra costumbre, me reunía con Rita tres o cuatro veces por semana. Sin embargo, no hallaba el coraje para revelarle lo que me estaba sucediendo. No obstante, serian ellos dos un notable cimiento en la difícil tarea que había sido impuesta sobre mis hombros.

La llama de mi voluntad para luchar contra aquello que seguía considerando irracional, de a poco se extinguía; bastaron un par de revelaciones más. Para entender de golpe que aquello no terminaría, no al menos hasta acertar la forma, de ayudar a la comunidad de Treum, y a sus habitantes.

La aparición me había mantenido alrededor de un fuego incesante el suficiente tiempo; la primera vez había resultado pavorosa y estremecedora. Pero a fuerza de duplicaciones terminaría por hacerse cotidiana y anhelada.

Después del torrencial aguacero de aquel día, cuando tropezara con el espectro disfrazado de prostituta, y los jóvenes delincuentes y su tono de piel ceniza. De algún modo, había desarrollado una condición particular, que terminé por discernir, era la forma en la cual reconocía la maldad que abrigaban las personas en su corazón.

Mi mente se sentía agotada, tras las múltiples lecturas que ansioso devoraba, pretendiendo hallar línea tras línea; casos similares al mío, que pudieran contener algún soporte científico. Empero, solo hallaba viejas noticias o relatos históricos; cincelados por la herramienta del misticismo.

Pasaba gran parte de mis noches de insomnio; navegando entre conjeturas, mitos, creencias y todo tipo de razones. En un desordenado azar que no me conducía a ningún puerto; un galimatías que simplemente ganaba minutos al sueño.

Por otra parte, recurrir a textos sagrados era como leer un manual de cocina en mandarín, o que un necio entrara en un museo para intentar explicar un cuadro de Dalí. Como quiera que mis intenciones fueran nobles, mis conocimientos resultaban demasiado limitados y mi búsqueda apenas comenzaba. Pero a la postre sería la última partida de un juego siniestro.

Sabía que no era cuestión de chasquear los dedos, y olvidar lo ocurrido. Que tampoco podía, simplemente, salir corriendo; cuando el sutil acento de la virgen que me hablaba, revelaba tácitamente que era yo, el llamado al apoyo de su causa. Sin tener idea de que o como hacerlo; y sin atreverme a juzgar como una ficción de mi mente, aquel acto de altruismo que me era demandado. Por primera vez en varios años, desde las épocas en que acompañaba a mi madre a la iglesia; supliqué a un Dios, con el cual apenas si hablaba. La lucidez para encontrar el camino adecuado; de rodillas en la soledad del crepúsculo, que proyectaba sombras hacia el interior del apartamento; las cuales simulaban siluetas humanas. Contemplé el embriagador silencio; mientras me avocaba a la piedad de nuestro señor. Ahí encorvado, en una postura inédita para mí, imploré por el alivio del temor y la quietud de mi alma.

Mis ojos se enjugaron de llanto, mientras mis suplicas se elevaban al viento y la emotividad me borboteaba por los poros:

—No tengo la menor idea de lo que ocurre Dios, ni siquiera puedo acertar si realmente creo o no, lo que me ha sido revelado. Sin embargo, donde quiera que estés, acudo en tu ayuda. Dame una señal. Indícame, lo que debo hacer—

De pronto mi cabeza giró hacia un costado en forma indeliberada; descargando la mirada sobre el escritorio, que soportaba el ordenador. Junto a este reposaba una agenda que alguna vez comprara, la cual jamás utilicé. Y sentí un arresto que me impulsaba a escribir, me incorporé del frio suelo de madera y la tomé en mis manos; recordando en mi mente cada palabra que la visión había revelado. Luego me senté en la silla, abrí la portada, y avancé un par de páginas, hasta encontrar la hoja señalada con el numero 1. Apunté el esfero sobre ella y escribí:

“primer día, revelación inicial”

Es lo último que recuerdo, pues debí caer en una especie de narcosis, hasta reaccionar de nuevo. Y hallarme una vez más de rodillas sobre el frio suelo.

<¿Estoy enloqueciendo?> fue inevitable reflexionarlo, sintiendo como las entrañas se me retorcían.

< ¡Ya me he hecho esa pregunta!> exclamé con frustración.

<Nadie enloquece de repente. Nadie se acuesta una noche, después de un día normal; para simplemente despertar siendo un orate>

Me incorporé y avancé en dirección del ventanal. El viento gélido pasmaba la delgada dermis

<Gabriel, no estás loco>me aseguré a mí mismo, apisonando con fuerza mis sienes; como extrayendo de mi cabeza, esa fluxión anómala que constreñía mis ideas.

<No existe razón alguna para que inventaras esto> concluí, con desaliento.

No era tan simple. Resultaba inverosímil, al menos para mí, pero al mismo tiempo irrebatible, que un secreto me había sido legado, por una entidad sagrada; sin importar el por qué.

Una aflictiva verdad me detonaba en la cara: era el conocedor de un secreto, que aun cuando pudiera resultar terrible; en nada reparaba al vivir en una tormenta de dudas, de temor. Ignorando que forzosamente, algo había cambiado dentro de mí, una fría noche del mes de Octubre.

De pie frente al ventanal, dirigí la mirada hacia el callejón. Donde pude distinguir la oscura silueta de un drogadicto, con su humeante y mal oliente colilla; mientras el reflector recién encendido de un piso superior, iluminaba su rostro. Un semblante gris de arterias afloradas a punto de estallar. Lo ignoré en una inflexión de desprecio, y aligeré mi mirada hacia el ventanal de Michael y su progenitora.

En ese justo instante el niño profirió un lamento de estridente horror. De un solo salto me aproximé al ventanal apoyando la cara contra este. Y en medio de la oscuridad, aun cuando la cortina estaba entreabierta; la luz de la bombilla encendida hace un momento, me permitió distinguir las siluetas.

Esa noche a través de aquel ventanal vi al pequeño Michael escapando de los gritos de su joven madre; mientras las cortinas del apartamento se cerraban, para velar el entresijo que en su interior se instituía. Aunque mi favorecida posición permitía distinguir las siluetas, moviéndose al otro extremo de la torre. Vanamente, se precipitaba el chiquillo en busca de guarida; desapareciendo por momentos del alcance de mi vista. De pronto, de súbito, miserablemente; el tesoro de su inocencia, era vejado por la madre depravada. Y el palacio de juegos variaba en un oscuro laberinto, erigido sobre dieciséis peldaños.

¿Por qué se comportaba de esa manera? No existía respuesta para tal pregunta.

Era el apresuramiento de la maldad, capaz de infligir la barbarie y el horror en los corazones. Por eso la joven madre olvidaba que ese cuerpo menudo e indefenso había brotado de sus entrañas.

Y en lugar de cubrir sus hombros, los desabrigaba para ella; cubriéndolos luego con un hábito que no le correspondía.

¿Qué otra razón había para comportarse así? Más que la demencia que la maldad trae consigo. Sin detenerse un segundo en

atender esos ojos inocentes, que imploraban la misericordia que presupone llevar la misma sangre.

En las oscuras profundidades de aquel apartamento se sumía un secreto vergonzoso. Y apenas se distinguían las formas de la progenitora; avocada a la adoración de fuerzas malignas. Una afrodita viciosa, y desvergonzada; que no merecía ser la madre de aquel vástago inocente, al que sumía en aquella tortura.

<¡Pequeño Michael, debo ayudarte! Sólo eso. ¡Nadie debería dañar así a un niño, tendría que morir antes!.> Estallé en cólera, pensando que aquella joven madre había ido demasiado lejos—

¡No. Nada de eso, estaba bien!

Sentí un profundo dolor en el tórax; como un golpe fulminante que me obligó a girar, apoyado contra el tabique que soportaba el ventanal. Mis extrañas se revolvían formando nudos, a punto de estallar en arcadas y la mirada se tornó nebulosa. Entonces un grito escalofriante retumbó en mi cabeza, y por alguna razón, pensé que me desplomaría, que moriría ahí mismo. Pero al instante todo culminó.

<Necesito hablar con John y Rita> murmuré.

<Ellos deben saberlo>

Estaba atónito, de eso no cabía duda. Sentía pánico, no solo por lo que acababa de presenciar. Sino además por la revelación, el gravamen que implicaba y las consecuencias que pudieran derivar de ello.

<¡Y ahora esto. Dios, que quieres de mi!>

Por ahora, solo aguardaba que llegara el amanecer y poder ayudar al pequeño de alguna forma.

Y en relación con el mensaje, estaba convencido, que nadie atendería mi historia, y con ligereza la considerarían una treta inventada por mí, o lo adjudicarían a un factible trastorno mental.

Y no era difícil valuar el resultado: perfectamente podría advenirse el ocaso de mi vida laboral, social y familiar.

La aprensión se apoderaba de mí ser con solo plantearlo. Con todo, sentía que era un secreto con el cual no podía continuar cargando solo. Alguien podría señalarme la luz que yo mismo no advertía, en tan oscuro designio. Por supuesto, solo podía imaginar a

John; quien siendo un religioso, habría tenido una relación más cercana con acontecimientos afines. Por otro lado, Rita, siempre me había apoyado, incluso, en los momentos más tortuosos.

<Debo contarles lo que está sucediendo> concluí. Mientras me dirigía al cuarto, con el gravado convenio de lograr unas horas de sueño. Antes de esto, pasé por el cuarto de baño para limpiarme los dientes. Y al observarme en el espejo tropecé con la mirada de un desconocido. Mis ojos eran unos fanales cansados; perdidos en una contemplación lejana, privados del brío y la vitalidad de antaño.

Concluidos un par de enjuagues bucales, avancé hacia la habitación. Cavilando sobre la desazón, las dudas; los señalamientos que podía acarrear no solo para mí, sino para quienes quería el develar aquel mensaje.

Con todo el peso de mi duda a cuestas, me senté sobre la cama, ¿En qué me convertiría esa lucha? peor aún ¿Cómo combatir contra arraigadas creencias propias?

Pero al mismo tiempo:

¿Cuál podría ser el desenlace, si dejaba pasar esta advertencia en vano?

Infinidad de razones me llevaban en dirección opuesta. Sin embargo, esta vez con la razón como antipática enemiga. Y sin alcanzar a exponer las razones que me impulsaran a seguir aquel camino. Desde el fondo de mi alma arbitré mis vacilaciones, para enfrentar el colosal reto de auxiliar a la comunidad de Treum; en la forma que me había sido señalada.

Mientras manipulaba las teclas del teléfono móvil, probando en el sonido de los tonos polifónicos; suprimir las ideas que chocaban en mi mente.

El corazón me palpitaba con un henchido y constante acorde; sospechando la repentina revelación de la imagen. El silencio se curvaba en una danza envolvente, y mi propia curiosidad, lindaba rayana a la oposición. A la refutación de los ignotos conceptos religiosos, de sus misterios y su fusión de creencias, inaplicables al caótico mundo actual. Era la ambigüedad quien reinaba el interior cabeza, resistiendo la intención de dar un paso hacia lo desconocido.

Empero, sin lograr consolidar una duda razonable; debía al mismo tiempo dar vuelta a la moneda, en procura de su anverso. Y como ocurre a quien sueña ganar el premio mayor de la lotería, a fuerza de complejos cálculos y ecuaciones. Cuyo único soporte científico es la paradoja de la fe y el azar. Era entendible que salvadas cuatro apariciones, en una dilatada sucesión mensajes misteriosos; en mi persistiera la perplejidad. Y al mejor estilo de Hamlet, ser o no ser, se avenía como la indescifrable cuestión.

¿Desdeñar el mensaje y continuar con mi vida rutinaria? O ¿Afrontar un reto que no quería?

Tantos argumentos, vacios y faltos de peso, en medio de un insomnio que me obligaba a incorporarme y avanzar hasta la ventana, para seguido volver sentarme sobre el filo de la fría cama.

El sentimiento era manifiesto: su nombre era frustración. Era la concluyente visión de un perturbado, a quien una noche, la vida se le convertía en un atadero de escenarios confusos e impenetrables.

Retorciéndome en un dolor visceral, infundiéndome una fuerza de voluntad evasiva. Sabiendo la celada que se batía ante mis ojos. Entendí que aquella labor encomendada precisaba de todo el arresto de mí ser, aunque en ello dejara mi propia vida.

No tardé en perder la compostura, quizá a causa del insomnio. Y mientras castigaba mi cabeza contra la cómoda, repetía la verdad que florecía desde lo profundo de mis intestinos:

¡Esto es terrible!

¿Por qué mierda tengo que ser yo? ¿Quién soy?

Y la respuesta me saltó en la cara, al levantar la mirada y encontrar mi reflejo en la ventana:

<¿Quién soy yo? No lo sé.>

La noche escupió los minutos, apresurando el alba. Transcurrida una media hora, tuve que contenerme; luchar contra mis temores. Después de años de esfuerzo para intentar consolidar una carrera, soñar con formar una familia; tener mi propio espacio y un par de chiquillos retozones corriendo a mi lado. Justo cuando vislumbraba que aquel proyecto era realizable, me venía esto.

Solo pude concluir, que así había sido diseñado, aun cuando el corazón me ardiera de desconcierto. Tendría que aceptar que aquella visión jamás me abandonaría. Podría ocultarme en el rincón más secreto, internarme en una selva o un desierto, y ahí estaría. Y no podía ser de otro modo, pues todo este padecimiento, me había sido revelado por ella misma desde el primer día. Lo había señalado de forma exacta: mis dudas, mis contradicciones; mis prejuicios, mi paranoia y el silencio…profundo. Incluso, teniendo en frente una línea de asfalto, que se deslizaba con sus tres carriles repletos de vehículos. Aun así, el silencio lo inundaba todo.

Con el ánimo devastado, intentaba imaginar la forma de revelar, cuando menos a mis amigos; la irracional situación que acopiaba mis pensamientos desde hace unas semanas. Imágenes que me perseguían, el tormento, la ansiedad. Pero como dar inicio a una conversación semejante:

<Rita. John. Quiero decirles que desde hace algunos días, la virgen viene para hablar conmigo.

No me resultaba difícil imaginar el tenor de tan absurdo escenario, y su lógica controversia mental:

Primero sonreirían tímidamente, ensayando entender la extraña broma. Luego, con las múltiples dificultades, que supondría hacerles creer que no era un exótico sarcasmo. Esta revelación solo podría causar en quien la escuchara; la conclusión de estar frente a un alienado mental, o un perfecto embustero.

La perspectiva de su reacción condicionaba cualquier denuedo. Aparecer de pronto como un discípulo de Dios, no era algo que ellos tomarían con naturalidad. Era consciente que la información que tenia conmigo, no solo confirmaba la existencia de fuerzas superiores. Sino que consigo otros poderíos oscuros y desconocidos también podrían emerger.

De cualquier modo, solo existía una forma de corroborar o desvirtuar mis propias especulaciones. Y la única salida apuntaba a tener que comentar lo ocurrido, al riesgo que fuera.

Con la renovada persuasión, tomé la cajetilla de cigarros del nochero, extraje uno, y luego de encenderlo; caminé por enésima vez hacia la ventana, ensayando relajarme. Era menester dejar de lado los supuestos e intentar conciliar el sueño, sabiendo que esto último, no era más que nobles propósitos para mí ser fatigado. El descanso escapaba de mi alcance, y a pocos pasos, en el salón. La caja de televisión aguardaba por mí, erigiéndose como única terapia para mi insomnio. Arrastré mis pies hasta el salón principal, y luego de desplomar mi débil ánimo sobre el sofá, tomé el control remoto y encendí la bruna caja.

Saltaba los canales, preso de un desmedido nerviosismo, que parecía aumentar con el iterativo el tic tac de las manecillas del reloj; cuya cacofonía se acrecentaba al caer la noche. Con la mirada exánime de cansancio, intentaba hacer tolerable el desvelo. El suplicio de un evento, que aún ni siquiera sobrevenía. Sin embargo, la divagación activaba mis dedos en el control remoto; los canales de noticias surgían y detalles que antes me resultaban imperceptibles, se alteraban en la evidencia de la revelación.

Ante mis ojos florecía el delito, la violación, el abuso a los derechos; catástrofes naturales, maltrato a los indefensos. Gobernantes corruptos y toda suerte de perversidades. Treum no podía ser diferente, tampoco yo lo era. Simplemente, había acariciado la falsa ilusión de habitar una burbuja donde era intocable. Mi farsa era la farsa de todos; mientras una sombra oscura se extendía por cada rincón. El secreto que me había sido confiado, era a todas luces, una verdad demasiado evidente. Cerrar los ojos no haría que desapareciera.

Seguí mirando perplejo la pantalla de la televisión, y vi de pronto, como asomaba en esta, un punto carmesí que se fue agrandando hasta hacerse enorme. Y era similar a sangre, que pronto rebosó la pantalla e inició a descolgarse por las aristas del aparato eléctrico; para luego cruzar por mi lado, hasta escapar bajo la puerta. Hacia la cual me apresuré, inclinando mi cuerpo, para observar el líquido que fluía empapando las gradas; como si persiguiera embeber el perímetro completo del edificio.

Froté mis ojos con ansiedad ¿estaba soñando? Acaso ¿ya no lograba discernir entre realidad y ficción?

—¡Dios mío! ¿Qué está pasando aquí? —Pensé—regresando en dirección a la sala; viendo como la señal de la televisión se hizo intermitente y una línea cada vez más angosta y desteñida liquidó la pantalla.

Abrumado me volví y miré por el ventanal, intentando ahuyentar la visión de mi cabeza. Afuera la luz del día se iba replegando lentamente; dando paso a los obsequiosos pecados de la ciudad: amantes noctámbulos, ruido de discotecas, ventas callejeras; drogadictos acaramelados en su perdición. Mendigos hurgando entre los contenedores de basura; cláxones de autos disonantes y la glacial ventisca que acariciaba la cabeza de todos por igual.

Estando ahí, frente al desafecto céfiro de la ciudad, me percaté nuevamente que el ventanal estaba de par en par, y no era esto, por mi propia mano. <¡Errado ventanal, por qué apareces abierto de nuevo!>

¿Acaso alguien pretendía invadir mi espacio privado? ¿Un simple salteador o una oscura fuerza? Como sea.

Podrán entender, en este punto, el enorme cansancio que iniciaba a ganarme la batalla. Y la única sensación de alivio que abrigaba mi ser, la prodigaba el mirar desde esa ubicación, las gotas de agua sobre la pared de ladrillo; que integraban los muros de la torre. Pequeñas gotas intentando burlar las uniones que bruscamente las atrapaba; extendiéndose, juntándose para formar finalmente una delgada línea, que se descolgaba hasta húmedo suelo del callejón. Y bajo el reflejo del farol, simulaban el aspecto de dilatados lagos, relucientes como barniz sobre el concreto.

El aroma a humedad se colaba por la oquedad del ventanal; dejando filtrar voces que a lo lejos que se mezclaban, para luego perderse en el silencio de la noche.

CAPÍTULO IX, LA CONEXIÓN CON TREUM Y EL MENSAJE

En mi había persistido la disciplina. La que mi madre me enseñara un día, la que yo mismo aplicaba ahora en el desolado apartamento. Nunca fui débil, tampoco conspicuo; no fui sencillo, ni poderoso. No obstante, por primera vez era alguien, alcanzado por el signo de una labor titánica. Tampoco habría sido capaz de imaginar qué mi vida pasaría por un trance semejante que me llevara a introducir un cambio tan inesperado en mi relación con las creencias religiosas.

Pero tendría que salir de las convenciones de una sociedad caducada, desconociendo incluso mi propio talante. Y esta lucha interna solo pretendía enseñármelo; sumido en la pantanosa incertidumbre, abstraído en las luces de los automóviles que podían verse a lo lejos, cada vez transitando con menos frecuencia; hasta dejar escuchar el eco solitario del claxon de una motocicleta.

Finalmente, el sueño me recompensó. Confiaba cuando menos lograr un par de horas de descanso; pero no podía darme el lujo de perder la oportunidad. Por eso, ahí mismo, sobre el sofá me tendí. Con un cojín sirviendo de cabezal; cerré los ojos y al instante soñé con placidez. Mas no recuerdo los detalles de mi ensueño, ni las imágenes en el.

A partir de ese día, tuve el aliento de priorizar mis propias labores. Sin dejar de lado la lectura, sobre asuntos relacionados con la aparición. Empero, opté aplazar mi conversación con John y Rita; simulando naturalidad en mi actuar, para no levantar ningún tipo de suspicacia en relación con mi proceder.

Esa tarde me llamó John desde su teléfono, mientras aguardaba la salida del vuelo desde el aeropuerto de Ciampino, antes de adentrarse en el espacio aéreo italiano. Mi móvil empezó a vibrar. En un principio no reconocí el número, pero a pesar de la resistencia, no podía dejar de contestar esa llamada. Y levantando el auricular respondí en voz baja.

—¿Si diga?

—¿Sí? ¿Con quién hablo?—dijo mi interlocutor.

—Habla Gabriel Dickens.

Hablamos durante unos diez minutos, y John, me explicó que las noticias que tenía para mi, concernidas al correo de hace ya algunas semanas. Dependían de algunos asuntos propios de la arquidiócesis; por lo cual prefirió no revelar nada del asunto, menos por teléfono. Y como el mismo dijo:

– ¡No hay que ensillar antes de traer las bestias!—

No obstante, aseguró que la propuesta seria de gran interés para mí.

Desde entonces, sintiéndome un poco más tranquilo, pude vincularme de nuevo con las formas arquitectónicas de Treum, que antes disfrutaba. Sus entrecortadas líneas combinadas con arcos; avenidas, ventanales, el césped de los jardines. Sus calles de asfalto y de piedra; sus aleros en declive, con el viento que se atrapaba en sus recovecos. Su rostro de concreto me maravillaba, siendo el aliento que me mantenía en pie. Retomé con rapidez mis temas favoritos, redimiendo de a poco mí espacio natural; sin envenenarme la cabeza más allá de lo que la lógica me indicara.

Sin embargo, estando en el apartamento aún sentía una extraña sensación de aprensión. Como si la aparición pudiera llegar en cualquier instante, revelando asuntos que no desearía escuchar. Quizá cuestiones sobre personas importantes para mí. El recelo de una catástrofe sobreviviendo sobre la comunidad inevitablemente me seguía atormentando.

En esos momentos la mejor manumisión, era contemplar los grandes planos que alguna vez había diseñado y que apilaba con entusiasmo, tratándose de mi mayor tesoro; como también fuente de consulta. Eran bosquejos que retrataban mi forma de proyectar el espacio; mi conexión con el usuario a través de formas habituales; matizadas con mi toque personal. Para mí la arquitectura era una pasión y un habilidad, como las grandes disciplinas artísticas del mundo.

Y mi búsqueda a través de aquellas obras, era trascender. Dejar mi legado para la comunidad; inscribir mi nombre en las

páginas de su historia. Aunque al final terminaría haciéndolo de la forma más inesperada.

Cuando todo parecía tornar a la normalidad, y aún cuando no había descartado por completo, hallar la forma de divulgar el mensaje a los habitantes de Treum. Tuvo lugar la quinta aparición. Esta vez posada a los pies de mi cama, mientras dormía cómodamente. Empero, esta vez, el horror de los encuentros anteriores disminuyó considerablemente, convirtiendo el hecho en algo casi natural. Y asentido su afloramiento, el mensaje se matizó disímil, como si viniera pleno de esperanza. Y en su vocablo afirmaba que era este, desde el principio de los tiempos, la voz misma de Dios. Sin embrago, afirmó también la mujer, que la maldad intentaría destruir los muros que se erigían en torno a la imagen del señor. Por tanto yo debería estar siempre atento y vigilante. Esa noche entendí mi llamado, para ser partícipe de la batalla entre dos fuerzas opuestas. Así iniciaba mi marcha.

Por primera vez, aprecié sentirme cómodo en presencia de la visión. Entretanto, ella me observaba con su dulce rostro, envuelto en un manto purpura; era como si de alguna manera yo hubiese estado esperando ese momento. Miré el reloj que había comprado hace una semana, y había colgado en la pared del dormitorio, sus manecillas señalaban la 3.00 am.

Una suerte de éxtasis me embargó, y esa vez el mensaje se redondeó en una acotación concluyente *“Gabriel, el tiempo te ha sido señalado. Tu eres la voz del mensaje”*

Algunos datos en apariencia adolecían de sentido. Pero Aquella noche algo me indicaba que, lo entendiera o no, disponía de una información que la ciudadanía necesitaba conocer. El mensaje de la mujer empezaba a hacerse claro. Tenía que encontrar la manera de divulgarlo. Me tomé un momento para pensar, y aclarar las ideas, respecto de aquel misterio que se develaba; pero según interpreté en sus palabras: tiempo precisamente, era lo que no tenía.

Entendí de inmediato que no debía seguir dilatando lo que me había sido encomendado, concluí que a partir de esa noche todo tendría que fluir con mayor naturalidad. La mañana siguiente desperté

en el convenio de alternar mis labores, con el bosquejo de un plan, que me permitiera llevar con certeza el mensaje a otros. Y en la agenda registré cada referencia de la revelación; repitiendo las palabras en mi mente, para no omitir ningún detalle. Sobrellevada la lucha contra mi propia razón, ahora me tornaba solícito y decidido a cumplir mi designio.

¡No. No sé por qué seguía diciéndome mentiras!

Ahora debo confesarlo ante ustedes:

¡Me resistía a creer en el mensaje. Solo quería vivir mi vida, tranquila y rutinaria!

¿Era egoísta? ¡Claro que lo era, igual, todos lo somos!

Y la franca verdad, es que durante esos días, ocultaba la cabeza bajo dos almohadones cada noche; para evadir la aparición. Pero simplemente, no conseguía lograrlo.

Estaba convencido de no estar alucinando. Y con relación al mal habito de fumar, único vicio que tenia. Si bien, los cigarros asesinan personas, estos no son alucinógenos. Tampoco creo que alguna tabacalera haya decidido drogarnos, para que tengamos alucinaciones religiosas en la noche.

Así me sentía, echando de menos mi vida. Además de fumar y leer como un naufrago, cuyo único tesoro es un libro, el cual lee una y otra vez, hasta ser rescatado o morir. Pasaba el tiempo procurando excusas para no ver a Rita, y para no hablar con John. Puesto que me inquietaba mi incapacidad para guardar semejante secreto, y el tapiz novelesco que pudiera adjudicarse a mí historia; tan rica en iconografías religiosas. Tan arraigada a la tragedia humana, y al designio de oscuras sombras aleteando sobre sus cabezas. Pero sobre todo venidas de los labios de un inexperto; cuya única herramienta resultaba la elocuencia de sus propias y profundas convicciones.

Esto sucintamente, me ponía en indescifrables apuros, como a tantos otros antes de mí.

No contaría mi secreto a nadie. ¿O si lo haría?

Si no lo hacía perdería la cordura, si lo hacía me tildarían de loco. Aquello no me hacía ninguna gracia. Todas las personas de una

forma u otra, solo quieren vivir su vida. Todos curiosean con el día de su muerte, pero nadie quiere realmente saber la fecha.

¡Lo haría! revelaría el mensaje tan solo para liberar mi carga y depositarla sobre el lomo de otros ¡claro eso haría!

Pero aquel tema seguía de momento, fuera de los límites de mi entendimiento. Y la asistencia de la certidumbre todavía me era esquiva.

Mientras me adentraba en una investigación, que apenas si me ubicaba en la rendija por la que se colaba una exigua elucidación.

De ese modo, empecé a recabar toda la información referente a las apariciones Marianas. Resultó inevitable, entregarme a la búsqueda de claves secretas y referencias religiosas, donde encontraba similitudes con mi propio encuentro, y de nuevo las imágenes de aquella noche resurgían en mi mente. Era innegable que otros antes de mi, habían vivido esta experiencia, y esto me imbuía de un reposado entusiasmo.

Y sobrevino una coincidencia realmente admirable. Aquel piadoso rostro que abreviara mis noches, denotaba una innegable semejanza en los libros y reseñas que sobre apariciones Marianas figuraban.

Sentía la piel erizada al darme cuenta que todos los testimonios coincidían de alguna manera: Lourdes, Fátima, Roma, Paris; Guadalupe, Syracuse, Knock.

Apilaba recortes, viejos periódicos, impresiones descargadas desde los buscadores web; revistas y todo lo que consideraba relevante. Con hermetismo, para no ser descubierto; ideé un espacio secreto que yo mismo había diseñado. Justo arriba en el cielo falso del apartamento. Ubicado encima del escritorio del salón, donde permanecía el ordenador. Estaba seguro que nadie buscaría en aquel lugar; mismo en el cual escondía la agenda con apuntes. La información era abundante, no obstante, solo conservaba aquello que concluía era especialmente relevante: comentarios, artículos, testimonios. Investigaciones que consideraba similares o incluso, dejaban manifiesto ser copia de otras, las desdeñaba. Así logré hacerme a un amplio archivo. Jamás me consideraría un experto en

tales campos de misticismo, ni mucho menos sentía un apego especial por relacionarme con asuntos que no comprendía; ni por la complejas piezas de un rompecabezas que parecía no encajar con la realidad. Empero, casi sin darme cuenta, en poco tiempo tenía toda una colección de recortes, artículos y direcciones web, que hablaban de la virgen. Y no eran escasos los apartados que sobre el tema se hallaban.

Días después inicié a visitar asiduamente la biblioteca central de Treum, con la excusa de documentarme sobre textos y trabajos, relacionados con la arquitectura; tiempo que aprovechaba para investigar sobre las revelaciones marianas.

Tal como sospeché, según la tradición la religiosa. Era posible crear un mapa de apariciones, en el cual encontrar múltiples coincidencias; secretos revelados a lo largo de la historia.

Información tan transcendental, que el mismo clero, con falsas justificaciones había intentado ocultar. Mientras yo me quebraba la cabeza, por entender como dar los pasos necesarios; ahora que me sentía más cerca de lo que creía, e intentaba entre apuntes y cálculos descifrar la clave de tales misterios. No era fácil. Repasaba cada detalle, y todo confluía en un desesperado intento, por encontrar la forma de llegar hasta unos corazones vacios, y poner en ellos las palabras del propio Dios. Revelando un secreto que salvaría sus vidas.

Habiendo acertado en mi vida esta nueva e impensada pasión y reflexionando sobre las secuela en la sociedad, con la que a día me relacionaba. Afloraban interrogantes, a los que tendría que hallar respuesta:

¿Cuál sería el efecto en el diario vivir, una vez trasmitido el misterio depositado en mis manos? ¿Cómo aproximarme a otros y lograr su convencimiento?

A la postre, el carácter primordial de aquel fenómeno, que pretendía revelar a una sociedad materialista. Me conduciría por un tortuoso camino y noches de insomnio. Pero mi conducta no debía revelarme como un fanático religioso, torpe y delirante, de hecho no lo era. Seguía siendo el mismo Gabriel Dickens de siempre, incluso seguía pensando, aun cuando asumiera que la aparición era un suceso irrefutable; que no por ello dejaba de tener un alto contenido de

absurdo. Máxime cuando era yo, el menos indicado para la tarea. Esta era una fuente de frustración y permanente ansiedad, que manaba desde hace algunos días, entre las caóticas imágenes que invadían mi mente. Las dimensiones que esto podría alcanzar eran desconocidas para mí.

Tenía conciencia que revelar estos asuntos no era asunto fácil, al tiempo que debía calcular que los mismos, trascendían el razonar de la comunidad. Las personas probablemente, juzgarían la necesidad de pruebas; evidencias sobre la certeza de que lo anunciado ocurriría. Pero ¿Cómo demostrarlo? ¿Era yo una suerte de iniciado? ¿Había sido ese mi signo desde hace mucho?

A diferencia de la arquitectura, la cual mis manos habían esculpido y mis pies habían caminado; la cual mi mente había proyectado, trayendo su abstracción a la realidad. El tema de las revelaciones se dirigía en dirección contraria. No era una suma de números, longitudes, cálculos; elementos superpuestos que formaran una estructura. Sino por el contrario, un profundo vacío sin forma. No era algo previamente aprendido, ni la enseñanza del hacer diario. Era una caja al igual que podía serlo un edificio, muy simple. No obstante, sus muros se elevaban arbitrariamente, y mi propio éxito estaba unido al condicionante de la respuesta de otros. De su rígido juicio.

¿Cuántos, como yo, a través de los siglos habían sido juzgados por dementes?

¿A cuántos en situaciones similares la propia autoridad había condenado al rechazo, la burla y el cadalso?

La ciencia que había sido mi campo natural, terminaría por reñir conmigo.

¿Qué terrible don me había sido conferido?

¿Cuántas coincidencias necesitarían otros y yo mismo, para dar credibilidad a estos asuntos, relacionados con el fin de un falso equilibrio sobrevalorado por todos?

Aquel sentir interno, esa voz que habla y algunos llaman conciencia. Era un vocablo mudo en la sociedad moderna.

¿Qué persona con un mínimo grado de sensatez encontraría lógicos conceptos tan míticos y desconcertantes?

Cuando sus condicionamientos están ligados a necesidades básicas, a las particularidades de la supervivencia.

¿Cuántos estarían dispuestos a escuchar que el colapso de su sociedad se aproximaba? Y que yo, un simple común, conocedor de estructuras para edificaciones; de medidas y planos. Era ahora repentinamente su salvador.

Pero era precisamente mi buen juicio, todo cuanto tenía. El asunto parecía juzgadamente claro y razonablemente alcanzado. Mi mente descubrió que además de las grafías de la perspectiva diaria, existía una que convivía con nosotros y la cual voluntariamente despreciábamos. Era evidente que ya mi decisión estaba tomada, y que inmediatamente debía instituir, una forma adecuada de divulgar el mensaje y ayudar a otros a encontrar su camino.

Con cada nuevo paso, con cada descubrimiento varió mi punto de vista. Lo que antes me resultaba desconcertante, ahora se revelaba con una nitidez diáfana. Las señales ya estaban entre nosotros; el tiempo del cual hablaba la revelación había llegado. Podía notarlo en el tono de piel de otros, en su semblante; la maldad se había disfrazado, mezclándose en cada acto de la sociedad.

Muestra precisa de ello era la falta de sensibilidad, la incapacidad para sentir compasión; el evidente vacío en los corazones. La rabia, la desesperanza, la confusión que guiaba sus pasos; que recorría por sus venas. Limitando sus actos a intereses propios, por encima del bien de los demás; pisoteando a otros, maltratando. Y era la perversidad, una prolongación que se extendía por toda la ciudad. En las avenidas, en los parques y en las plazas; en los hospitales, en las entidades del gobierno. Las personas caminaban con sus ojos cerrados y eran guiadas por algo maligno.

Con la convicción de un juicio acertado, inicié una titánica labor, en procura de satisfactorios resultados; que permitieran convencer a otros de la necesidad de un cambio de conciencia. Convocar a las personas en la construcción del valor intrínseco de una sociedad igualitaria; basada en el respeto y la solidaridad. De pronto me vi influido de enérgico entusiasmo, y a manojos de proyectos. Quizá publicar un libro acerca de mi experiencia, o establecer un

espacio, al cual los seguidores de esta suerte de nueva doctrina, pudieran acceder fácilmente.

CAPÍTULO X, DEL CONSORCIO HAMM Y LOS NUEVOS SUEÑOS

Pocos días antes mi único interés, era realizar mis labores de la mejor manera. Adentrarme en una cafetería para disfrutar un café y humear mis pulmones con un buen cigarro. Divertirme en mis ratos libres junto a Rita, y eventualmente, reunirme con John, cuando sus múltiples labores se lo permitían. Sin embargo, ahora atesoraba un conocimiento cuyo precio era considerablemente alto. De pronto, no lograba fijar mis ideas en asunto distinto, al divagar por los recovecos mi discernimiento, entre la ciencia, la filosofía y la religión. Y redundando en voz baja una duda razonable:

—¿Cuan decidido estás, Gabriel, a realizar esto?

Así trascurrió el tiempo, aislado en largas horas de vigilia. En las cuales solo me acompañaba el silencio; la soledad de mi apartamento, atrapado a su vez en el aislamiento de la calle centro alto. Pero aquel mutismo de las últimas noches, repentinamente fue reemplazado, por un desconcertante rechinar de cadenas y gemidos lastimeros. Que inicialmente parecieron ser la semiótica de los ruidos propios de la calle, pero de a poco se tornaron más habituales y próximos, pero cuya procedencia desconocía.

Inmerso en averiguaciones, miraba el correr del tiempo en las manecillas del reloj, que servían de lenitivo a un insomnio cada vez agravado. Y mi nueva acepción literaria, transitaba por las historias de santos apaleados; benefactores que procurando el bien de los demás, habían hallado tan solo su propia fatalidad.

Las horas aciagas de mi destino se engalanaban de humo. Sentía la interior necesidad de permanecer solo, en medio de mi propio discurrir mental.

Aunque otra cuestión envolvía de sombras mis pensamientos: el pequeño Michael. A quien hace días no veía. Y en mi propio disturbio existencial, había dejado a su suerte. En manos de aquella conspicua jovencita, que era progenitora por accidente, y no por naturaleza. Pero del cual justamente tendría noticias un par de días después.

El amanecer del día miércoles estuvo envuelto de un aliento renovado. Tenía preparadas un par de visitas ese día, la primera un trabajo menor, que dejarían algunos billetes en mis bolsillos ¡Y vaya que lo necesitaba! Puesto que la crisis cada vez apretaba con mayor intensidad su nudo, sobre la garganta de la ciudadanos. Pero la segunda de ellas, si que era una motivación mayúscula. Y aunque me generaba un gran nerviosismo; procuré manejarlo con toda naturalidad. Se trataba de una reunión con un importante ejecutivo de la Corporación Hamm. El lunes de esa semana, su secretaria se había comunicado conmigo y me había informado del interés que tenía la compañía, en escuchar las propuestas de algunos arquitectos de la ciudad, entre los cuales me habían considerado. No se trataba, claro, de la asociación a la empresa ni mucho menos. Sin embargo, me ocupé en realizar una presentación, y algunos bosquejos, dejando de lado mis temas místicos. Esos dos días me documenté de toda la información relacionada con Hamm, sus proyectos en otros países y todo aquello que sirviera para dar una buena impresión. Me sentía realmente motivado, luego de los extraños días vividos.

Luego de asearme y vestirme adecuadamente, me acerqué al ventanal con la inútil esperanza que el clima se tornara benevolente. Desde esa posición se notaba la silueta de mi vieja cherokee, apostada sobre la acera. La calle estaba vacía. Y en medio de las grafías nostálgicas que traía a la mente aquel ambiente brumoso, recordé de nuevo al pequeño, tal vez, habría enfermado a causa del hostil clima y sería esa la razón de su ausencia.

Con esa conjetura, simplemente, me quedé observando durante unos minutos más, esa calle, a la que en breve tendría que enfrentarme. Luego giré y avancé hacia la cocina para prepararme un café. Apoyé mis manos contra el fregadero mientras esperaba el

silbido de la cafetera, que anunciara el punto ideal de la energética bebida. De tres sorbos dejé que el oscuro estimulante ingresara en mi organismo. Y descargando la tasa sobre el mesón, me dispuse a partir. Oía mis propios pasos retumbando en el tablón de madera que los acogía. Al cruzar el umbral y una vez superados los escalones, levanté la vista y percibí las nubes con su interminable efluvio de agua; como una fuente cristalina y perpetua, de una dualidad agobiante y reanimadora al mismo tiempo.

Finalmente, encendí un cigarro mientras alcanzaba el último escalón. Afuera la lluvia aguardaba por mí, la calle olía a pasto húmedo, a tierra. Los edificios se elevaban con el tono descolorido y mugroso que la humedad proyectaba sobre ellos. El cielo había olvidado cómo vestirse de sol durante el día. Ya eran demasiadas semanas, adornado por grises nubarrones.

El frio helaba los músculos, avancé titubeante calzándome antes la americana y cubriendo con la capucha mi cabeza. Sentí en ese momento, que alguien me observaba. Al girar, me encontré con una cortina que se cerraba con sigilo, en el apartamento donde vivía el pequeño Michael. Pensé entonces en la vida difícil que soportaba aquel pequeño desatendido. Evidentemente sin un padre, y amparado por una joven madre, envilecida por la maldad.

Estaba seguro que aún no tenia su vida truncada del todo, pero los tentáculos del cruel destino se asían a sus pies; impidiendo su avance. Sentí escalofrío de imaginar al niño yendo a la deriva por el mundo, sin la garantía de un futuro. Esto me infundió de aliento para intervenir cuanto antes.

Crucé la vía y subí a la camioneta, sintiendo el frio colarse por mi abrigo, mientras encendía el motor. El clima formaba un hierático espectáculo relampagueante, que privaba al día de su luz natural, reemplazándola por aquellos fulgores.

La mañana lluviosa inundaba mi mente de remembranzas de antaño. Divagaciones relacionadas con tantos momentos vividos, junto a mi madre, Rita, John. Tantas otras personas que eran o habían sido importantes para mí. Múltiples nostalgias que me acompañaban,

mientras avanzaba por las calles afligidas de Treum, que no lograba librarse de su manto gris y deprimente.

En cuanto había recorrido por completo la avenida centro alto y me disponía a adentrarme en la congestionada autopista, hice la debida detención ante el aviso del semáforo. Exhalé profundamente, cuando me vi obligado a detenerme. Fuera del coche, los transeúntes aleteaban por encima de sus desdichas; corriendo huérfanos bajo sus paraguas, con los restos de humanidad que les quedaba. Muchos de ellos se dirigían a esa misma hora hacia sus trabajos, universidades, colegios y demás actividades. Más allá, pude apreciar a un vagabundo ataviado con un gorro de lana. Quien vencido sobre la acera, junto a unas bolsas negras de basura; acicalaba a su viejo perro, que hambriento hurgaba entre la porquería en busca de alimento. En un gesto de total resignación. Era un submundo que convergía con la locura; en el cual todo carecía de sentido. A pesar del frio había dejado la ventana de la camioneta hasta el tope bajo, en la puerta contraria al conductor. Entonces me aproximé para subirla. De repente sentí que me asaltaba una inusitada sensación de temor. En ese punto estaba tan distraído en lo que hacía, que no logré percatarme cuando el desarraigado se incorporó y sin aviso, en un par de segundos estuvo junto a mi ventanilla. Emergiendo de improviso, tomándome por sorpresa; mi semblante palideció al encontrarme de frente con su aspecto sombrío. Este apoyó su rostro y manos mugrosas sobre el vidrio, empañándolo al instante, con el agitado resoplar de su nariz. Y mientras clavaba su obsesionada mirada en mí prorrumpió las siguientes palabras:

—¡Conozco a las jodidas rameras que han parido a sus hijos bastardos!. Escúchame Gabriel. Oye lo que digo: en estas mismas calles que recorren tus pasos, caminan ellos.

De pronto, se abalanzó con fuerza contra la ventanilla, y sus ojos fijamente dispuestos en mi humanidad. Iniciaron a matizarse hasta hacerse traslúcidos; su piel palideció hacia una irisación espectral y entonces su voz fue como un trueno rasgando la tarde. Un penetrante rugido lacerando los oídos. Luego la fisonomía de su rostro

varió en deformidad; una rareza que conmovió mis músculos hasta paralizarlos.

Su gesto era imperioso, resuelto y plausiblemente ardoroso. Y bien se tratase de una incorrección facial, o la deformación causada por el contraste de un fulgor malévolo. Sus contorsiones alienadas, causaron en mi verdadero pánico.

Los dientes eran más largos de lo habitual, amarillentos y remontados unos sobre otros, las encías eran visibles y pálidas. Las facciones torcidas, los ojos desviados, el cabello enmarañado y las uñas de las manos como garras encorvadas

De pronto estaba ahí sobre mi camioneta, con una mirada tan desafiante, resuelto seguramente a llevar hasta las últimas conciencias, las conjeturas de su mente trastornada.

Entretanto con dedo acusador apuntaba hacia mí. Me sentí completamente indefenso; protegido únicamente por el vidrio que rápidamente terminé de subir a tope. No tenía idea de lo que aquel vagabundo aludía. Y simplemente lo observaba inmóvil desde mí puesto; con la adrenalina a punto de infartarme ¿Cómo podía ser real aquel fantasma? Meditaba con las manos aferradas a la cabrilla. Rezando por que la visión desapareciera; quise partir a toda marcha, escapar de ahí.

Pero victimizado por el destello gélido, de esa mirada siniestra, no conseguía mantener el pie en el acelerador. No podía moverme, tampoco respirar o pensar con claridad.

—¡Tienes algo que nos pertenece!—apuntó de nuevo su dedo con fiereza.

—¡El mensaje!…—gritó por último. Con un acento ajeno, inclinando la cabeza y desapareciendo al segundo de mi vista.

En ese momento el semáforo debió cambiar a verde. Pues el sonido lejano de un impaciente claxon me hizo reaccionar. Empero, quedé ahí sentado por un instante; jadeante, confundido. Valorando la sibilina situación, aunque aliviado de haber salido vivo y sin rasguño. Mientras hurgaba con la mirada la silueta del alienado, ansiando que no estuviera oculto en algún lugar cercano o quizá bajo el auto. Pero en aquel espacio sórdido que se tornaba en urbe, no conseguía verlo.

Di media vuelta a la llave para encender la cherokee, y librarme de aquel espanto, cuando repentinamente una voz cerca de mí exclamó:

—¡Un momento, señor!. Aguarde.

Quedé exánime y giré lentamente la cabeza, presintiendo lo peor. ¡Otra vez no. No puede ser!

Sin embargo, al enfocar la mirada. Me encontré con la figura de un policía de tránsito, a pocos a pocos centímetros de mí; haciéndome una seña para que bajara el vidrio y atendiera su requerimiento. Luego me indicó que aparcara junto al arcén. Detuve el coche, mientras el agente hacia un gesto señalando el punto donde quería que me estacionara.

Su figura era imponente, robusta y su mirar profundo, mientras me observaba por entre el espacio de la ventanilla.

—¿Se encuentra bien?—indagó.

—Sí, agente. Ya me disponía a partir. Espero no haber cometido alguna infracción—dije con ánimo conciliador.

—Verá amigo, lleva mucho tiempo estacionado—soltó el con gesto amable—Si acaso, se siente enfermo o afectado por algo…

—No…no. Descuide agente, solo discúlpeme. Estoy un poco distraído esta mañana, pero me siento bien.

—Ya… entiendo—asentó él—de cualquier modo, sería mejor que regresara a su casa.

—¿Qué dice?

—Bueno, tal vez, solo esté a punto de pescar un resfrío. Pero debo decirle que su aspecto no es el mejor—aseveró el uniformado. Dando la vuelta para alcanzar su motocicleta.

—Hasta luego, caballero—dijo mirándome y siguió su camino.

—Hasta luego, y gracias—expresé yo.

Luego de sobrevivir esos minutos aciagos, y aún con el estomago revuelto, y la cabeza embotada, continúe mi camino. Intoxicado por pensamientos desconcertantes, volví la vista por última vez a través del retrovisor. Y solo encontré las formas de los automóviles atrapados en el tráfico. Mientras aceleraba, luché por

recuperarme, haciendo acopio de la razón y la cordura. Entonces de a poco el temor que me abrigaba se fue abreviando. Sabía que era menester dejar de prestar atención a mis visiones trastornadas. No obstante, la expresión en el rostro de aquel sujeto me acompañó el resto del camino.

Esa mañana después de ultimar algunos detalles concernientes al pequeño proyecto de remodelación, que antes mencionara. Debía presentarme a las 10:00 am, en el B Tower, con el ejecutivo de la firma Hamm. Realmente había puesto toda mi energía en ello, desde hace varias semanas. Por eso la reunión de ese día era fundamental para llegar a cualquier acuerdo. La cita con el señor Holbein, ese era su apellido. Definiría mi participación en el proyecto de Hamm, quienes estaban interesados en la construcción de un gigantesco centro comercial, que se levantaría a la mayor brevedad, si las condiciones lo permitían. Y justamente, Holbein había sido designado por su compañía como el director de proyecto. Era por tanto el responsable de los plazos**,** costo y estándar de calidad necesarios para una construcción de esa magnitud.

La enorme obra constaría de lo mejor, y nada tendría que envidiar a otras similares, establecidas en las principales ciudades del país. Sin duda, sería un gran impulso para Treum, y sus habitantes. Los terrenos elegidos para tan formidable proyecto se hallaban a las afueras de la ciudad, justamente sobre la ruta 32, la cual por coincidencia conduce también, a una pequeña cabaña propiedad de mis padres, no lejos de ahí.

El objeto de la reunión programada por él mismo, según indicó la secretaria en su llamada, era dar unos lineamientos sobre el enfoque conceptual del consorcio respecto de esa inversión. Éramos, claro, varios los arquitectos interesados en hacer parte de esa significativa oportunidad.

La primera vez que hablé con Holbein por teléfono, varias semanas antes. Tuve la sensación de estar ante una persona huraña, no obstante, esa mañana la conversación resultaría cordial y fluida.

La oficina era un salón de unos sesenta metros cuadrados, ubicada en el quinto piso del edificio B Tower. Una construcción de los

años 30´s, remodelada hace tan solo cinco. La edificación de catorce pisos, treinta oficinas, doce consultorios, y cuatro locales. Estaba ocupada en su mayoría por agencias de abogados, relacionados con Hamm y otras filiales del grupo.

El nuevo acceso al B Tower Building, ese era propiamente su nombre, se había hecho célebre en su momento, por su concepto modernista, y sus amplios ventanales de cristal. Diseñado por el consorcio alemán en colaboración con un arquitecto norteamericano apellidado Mackenzie. Empero, aquella estructura de más de cuarenta metros de altura, despuntaba en medio de una zona histórica; lo cual había generado algunas discusiones y entreveros legales. Subsanados fácilmente con un poco de paciencia y seguramente, algo de dinero.

<¡Cuánto tiempo llevaba esperando una oportunidad como esa!>

Sentía el corazón latir con fuerza, mientras fijaba la mirada en el aviso de Corporación Hamm. Con nerviosismo me adentré en el edificio B Tower, y su torre de más de mil metros cuadrados de superficie, revestida en tablilla de arcilla y microcemento. Cuyo zaguán irrumpía con altas paredes recubiertas de madera y un lujoso piso de mármol.

Ingresé al lobby y me aproximé al hombre de la recepción quien vestía con uniforme distintivo del edificio.

–Buenos días. Estoy buscando las oficinas administrativas de la Corporación—saludé.

—¿Tiene cita?—indagó este con tono tajante.

—Sí. Debo reunirme con el doctor Holbein.

– Es en el quinto piso–contestó el hombre sin apartar la vista de un monitor de vigilancia–

—Gracias—dije alejándome del recibidor, para adentrarme en la zona de elevadores.

El aire acondicionado helaba la sangre, y las murmuraciones escapaban del interior de las oficinas hacia el pasillo. El suelo relucía con un barnizado caprichoso, haciendo rechinar las suelas de los zapatos. Una vez el ascensor abrió sus puertas, me dirigí en búsqueda de la oficina. El aparato tardo unos segundos en subir y notificar con sus

números luminosos la llegada. Salí y di unos veinte pasos, hasta encontrar el numero 508. Una vez estuve frente a mi destino, una enorme puerta de madera. Contuve la respiración y di tres toques suaves anunciando mi llegada.

El sonido del picaporte y el crepitar de los pernios, seguido por el crujir de la pesada puerta de madera al abrirse. Reveló el secreto ocultó tras el grueso tablón, dejando ver finalmente, el rostro sonriente de una joven:

—¡Buenos días, bienvenido a industrias Hamm—y con un farfullar casi mecánico concluyó—¿En qué puedo ayudarle?—

—Buen día señorita. Mi nombre es Gabriel Dickens, estoy buscando al doctor Holbein—

—Claro, por favor sígame—dijo alejándose de la puerta y con el gesto de su mano me invitó a pasar.

Su semblante era pálido, de pequeña boca color granate; con incipientes pecas anaranjadas. Nariz delgada, ojos aturquesados; voz segura pero muy suave, y escasa estatura. Su nombre era Lidia, según indicaba la credencial articulada en la solapa de su sastre color azul marino. La seguí en dirección a la sala espera, y ella avanzó hacia un vistoso escritorio; que se instituía adyacente a la sala, donde aguardaba un amplio diván de cuero junto a dos sillones rojos, en torno a una mesa caoba.

Ya en el interior de la oficina, el favor de la calefacción ayudaba a respirar de nuevo, con la calidez de la corriente de aire que embriagaba los pulmones.

Con su hablar casi silente y tomando una libreta en sus manos. La secretaria preguntó:

—¿Tiene cita con él?—

– Bueno, sí. De hecho, creo que ha sido usted quien me llamó hace un par de dias–contesté.

– Y bien, ¿a qué se refiere exactamente? –repuso la mujer con frialdad.

– Como dije antes soy Gabriel Dickens. Este lunes recibí una llamada. El doctor Holbein y yo…bueno—dije titubeando— En fin, soy arquitecto y tengo una propuesta para Hamm.

– Verá, el doctor está un poco ocupado en este momento...pero ya recordé su nombre—indicó ella—Aguarde un momento señor Dickens. Mientras le anuncio su llegada al doctor. Por favor tome asiento.

—Gracias señorita—respondí. Entretanto, curioseaba el prístino espacio arquitectónico. Modificado por la fuerza para adaptarse a la modernidad de los tiempos.

Al instante la joven descolgó el auricular, tecleando un par de números, y casi murmurando anunció:

—Doctor. Hay un joven que tiene cita con usted. Su nombre es Gabriel Dickens—

Entonces descargó de nuevo el aparato, y levantando la mirada, para luego incorporarse de su asiento; me notificó la autorización para seguir al despacho de su jefe:

—Por favor acompáñeme señor Dickens.

Avanzamos entonces seis metros por un pasillo, hasta encontrarnos de frente con una lujosa puerta de madera; la cual fue entreabierta por la secretaria, luego de dar un solo toque firme. Entonces giró su cuerpo y extendiendo su brazo completamente, deslizó la puerta dejando ver el interior del lujoso despacho. Holbein, estaba hablando por su teléfono móvil, pero hizo un gesto autorizando mi ingreso, y enseguida concluyó la llamada.

–¡Bienvenido señor Dickens!—exclamó una solida voz desde el fondo.

Agradecí a la joven por su amabilidad y me adentré en el recinto, dominado por el escritorio, distanciado por aproximados siete metros de la puerta. Donde aguardaba el ejecutivo, amparado por la escultura en bronce de un hombre a caballo.

El espacio era amplio y la luz era equilibrada; al fondo tras el puesto de Holbein, se erigía una enorme estructura de biblioteca y estanterías en costosa madera de ángulos rectos. El hombre me saludó amablemente, incorporándose de su puesto me invitándome a aproximarme. A medida que avanzaba, la iluminación del salón era como un hilo de luz que parecía atravesarme; sentí que los interminables días de lluvia, habían concluido por tornarme en una

suerte de vampiro. Tal vez por eso la luz sin ser intensa. Para mí si lo era.

La oficina de forma rectangular, daba la sensación de estar en un enorme campo de futbol, a medida que me adelantaba reposado, hacia el escritorio del gerente. Entusiasmado de ingresar en aquel espacio de lujo que yo mismo soñaba tener un día.

La suntuosidad desbordaba aquel salón, en el cual podía apreciarse una pequeña sala de espera, con dos asientos de color rojo intenso. En la parte superior de la pared sobre la cual estaban dispuestos estos, se hallaba un aviso que anunciaba:

Corporación Hamm “De su mano construimos el futuro”

Colindante a este, en el tabique lateral, había un cuadro, que aun en mi poca experiencia artística pude identificar:

<¡Vaya, un cuadro de Monet! ¿Será un original?>. Me detuve en mi distracción.

Y la verdad, es que la razón por la cual conocía la obra de este pintor francés. Aunque mis conocimientos en el campo de la pintura eran limitados; era que hace algún tiempo su historia y la de otros impresionistas, había sido trasmitida en un especial a través de la señal de cable. Por supuesto, no estaba en condición de juzgar si se trataba de un original, pero de serlo, sin duda su valor era bastante elevado.

Maravillado en el embeleso que me generaba los detalles de aquel despacho, finalmente, me acerqué al escritorio, extendí la mano y me presenté:

—Soy Gabriel Dickens—

—Es un gusto señor Dickens. Tome asiento por favor—dijo mientras respondía mi saludo—

Su potente voz encajaba perfectamente con su físico.

Asentí ante su invitación. Mientras él desde su solio, me miraba con unos ojos oscuros y grandes, cabello áureo adornado por múltiples canas y nariz chata como la de los boxeadores. Se trataba de un hombre grande, corpulento. Quizá en otra época había sido púgil, concluí. De ahí el aspecto tosco de su nariz. Con su recio tono de voz y sin dar giros en innecesarios preámbulos indagó:

–Y bien señor Dickens ¿Por dónde empezamos?

Llevaba conmigo un legajo de papeles, borradores, ideas y propuestas; que había adelantado en casa. Relacionadas con mi concepto personal sobre dimensiones, formas, distribución de espacios y demás; concernientes al proyecto del centro comercial. Los cuales descargué sobre el escritorio.

—La verdad, doctor Holbein, me gustaría conocer primero su propio concepto ¿Que busca exactamente el consorcio Hamm? –respondí.

La reunión de esa mañana, fue más bien una charla informal. Aunque insistí en presentar los borradores y diapositivas que cargaba en una memoria usb, sobre la idea general que tenia del proyecto. Todo un ideograma respecto de las formas, espacios y muros que debían levantarse en esos terrenos. Y aunque me generaba inquietud revelarme excesivo en mis ideas; hace mucho que había tomado distancia de preceptos arquitectónicos conservadores. Por supuesto, cualquier académico se habría dado un banquete destrozando todo aquello; pero este hombre frente a mí, era un empresario. Alguien con quien era posible tener una discusión amena y compartir incluso coincidencias.

Entonces mirándome, mientras esbozaba una sonrisa preguntó:

—¿Señor Dickens. Podría usted definir en una palabra ¿por qué estudió arquitectura y no otra carrera?

Aunque su pregunta me pareció inusual. Sin dudarlo un instante, respondí aquello de lo cual estaba seguro, desde el mismo día en que había ingresado al aula por primera vez –Por convicción. Doctor Holbein, sin duda, por convicción—

—En ese caso nos mueven las mismas motivaciones—continuó él—el interés de nuestra compañía no es simplemente el lucro. Sino el desarrollo de toda la comunidad que será beneficiada con este proyecto—

Luego abriendo uno de los cajones de su escritorio, extrajo unos documentos y los alargó hacia mí.

—Esto—explicó—es el borrador de lo que el consorcio considera desde su propio punto de vista. No obstante, serán los arquitectos quienes nos lleven en la dirección adecuada.

Luego se interrumpió a sí mismo para preguntarme –¿Desea usted algo de beber. Tal vez, un café señor Dickens?

—Gracias, doctor. Sería bastante oportuno a esta hora—acepté.

Entonces levantó el auricular y solicitó las bebidas, las cuales llegaron a la brevedad.

Era el señor Holbein, una persona evidentemente ocupada. Lo cual se hizo visible durante nuestra reunión, por las múltiples interrupciones de su secretaria; consultando si atendería alguna llamada. No obstante, sin ser descortés con quienes le requerían; Parecía por el contrario dar relevancia a lo que yo le decía. De hecho, la única llamada que estorbó nuestra interlocución fue la de alguien a quien mencionó como: <El senador Gorky>.

Con quien conversó un par de minutos, antes de proseguir con nuestra charla. Yo me esforzaba por lograr el fácil discurrir de mis conceptos. Al tiempo de procurar su interés, en el aporte que mi propia experiencia pudiera traer al proyecto. Si bien Holbein, era un hombre crítico; para mí fortuna parecíamos coincidir en algunos planteamientos. Era fácil deducirlo en sus ademanes. Entretanto, yo me dejaba llevar por el furor de mis conocimientos, procurando hacerlos notorios; como un narrador ávido de ser comprendido y lograr prender el diente en aquel importante proyecto.

—Estos proyectos –le explicaba— deben ser enfocados a futuro. Para que el tiempo no desmejore la calidad estética de la construcción.

—¿Me hago entender doctor Holbein? Algo así como construir un Partenón: una estructura sencilla, moderna, de fácil acceso. Que incluso, tras el peso de las décadas pueda ser entendido, por las futuras generaciones y además fácilmente mejorado.

La confianza pareció brillar en sus ojos, se estiró sobre su asiento, y luego hizo un gesto de aprobación. A pesar de la seguridad con la cual le hablaba, mis manos estaban temblorosas. Pues ese seria

de hecho, mi primer gran proyecto si lograra tener la ventura de participar en él.

De algún afortunado modo, sus propios cálculos parecían haber coincido con los míos. Mis bosquejos, salvo algunas acotaciones hechas, se adecuaban en términos generales a lo que la compañía Hamm pretendía. Descontando el sustituir algunos valores, redistribuir algunos espacios; tener en cuenta algunos aspectos técnicos y normativos, entre otros. Mi seguridad se robustecía, y aun sabiendo que no resultaría fácil lograr el éxito. Tenía la disposición, que sin duda necesitaban mis factibles contratantes.

—¡Caray! –exclamó entonces Holbein. —Lo siento. Pero olvide que tengo programada una reunión al mediodía, en el ayuntamiento. Voy justo sobre el tiempo. Además no quiero abusar de su generosidad señor Dickens, sé que es usted una persona ocupada.

—*Doctor Holbein* —exhorté con voz pausada, hasta reconciliarla en un susurro altivo—Es muy importante para mí, aportar mis conocimientos a este proyecto. Le aseguro que no lo defraudaré. Supongo que usted querrá estudiar mi propuesta formal, la cual pretendo hacer llegar a usted y al consorcio, y que podrá ser analizada con mayor detenimiento, para así coordinar una nueva reunión.

Levantándose de la silla y asentando con la cabeza dijo:

—¡Claro, yo le llamo señor Dickens, y no dude dejar a la mayor brevedad la propuesta con mi secretaria.

Luego me acompañó hasta la salida, le agradecí la oportunidad de la reunión y a su vez él agradeció mi asistencia.

A Holbein seguramente, no le rondaban muchas dudas al respecto. Yo había sido completamente honesto al expresar mi visión, conceptos y compromiso en el proyecto. Y su propia religiosidad empresarial, coincidía en buena parte con ellos. Sin embargo, el era un personaje reconocido. Su tácita presencia en el sector corporativo era incuestionable, y su influencia en las decisiones de Hamm, axiomática. En cambio yo, era un joven arquitecto con un saco repleto de sueños; creencias e historias vagamente divulgadas, en una

pequeña ciudad como Treum. Este flujo de incertidumbres me acompañó hasta la puerta, luego de despedirme.

Finalmente, me despedí de su amable secretaria, para luego tomar juntos el ascensor. Me detuve en el primer piso, en el área de recepción del edificio. Nos estrechamos las manos y el prosiguió hacia el sótano de parqueaderos. Antes de cerrarse la puerta me miró y dijo:

—Una última cosa, señor Dickens. No olvide dejar sus datos personales, dirección y teléfono con mi secretaria. Es posible que contactemos con usted. No le aseguro nada, pero en poco, este proyecto debe andar sobre ruedas. De nuevo gracias por su visita.

Nada podía afirmar sobre cómo me había ido en la reunión, pero la inflexión en las palabras de Holbein, eran un espaldarazo que me infundía de esperanza. Percibí que aquel importante ejecutivo, se había llevado, cuando menos, una buena impresión de mí. Y confiaba que nos reuniríamos de nuevo.

Al salir del edificio, mis ojos buscaron las formas de la vieja cherokee. La lluvia seguía siendo intensa y calculé la distancia para no empaparme mucho. Empero, no tenia escape, puesto que había aparcado en el único espacio libre a mi llegada; justo al lado del hotel Cardinale, en la acera contraria.

La lluvia era un llanto constante del cielo, y tan solo estar en la calle, la nostalgia me invadía. Regresaban de inmediato los recuerdos del misterio que anegaba mi existencia; las gotas me bañaban el rostro corriendo libres por mi frente. Despeñándose desde el oscuro cielo, acompasadas por el estruendo eléctrico y amenazante que escapaba desde las alturas. Al fin alcancé el vehículo y logré resguardarme en su interior; mientras las palabras de la mujer de las visiones, empezaban a precipitarse en mi mente con la misma avidez de las gotas de agua, que golpeaban el parabrisas:

"Encontraras las herramientas, las palabras y las personas que apoyaran tu tarea. Mas ten cuidado, no todo aquel en quien confías conoce la bondad en su alma; no todos, son lo que aparentan"

Sin otras reuniones ese día, pensé en escapar hacia el apartamento y empezar de inmediato, a ordenar la propuesta que presentaría a la Corporación Hamm. Era esa, la excusa ideal de mi

mente, para dejar de lado la remembranza de la aparición y la luz de sus verdades inexploradas. Encendí el motor. A pesar del apático clima bajé escasos centímetros el vidrio de mi ventana; el frio jamás me había resultado un obstáculo. De hecho lo disfrutaba, sin embargo, era inevitable que me generara nostalgia. Encendí el direccional y giré el mando, para alejarme del lugar.

CAPÍTULO XI, ENTRE BOSQUEJOS, SUEÑOS Y UN MENSAJE EN UN PAPEL.

Me encontraba atado a la incertidumbre de los cambios que sobrevenían en mi vida; mientras intentaba avanzar con cautela en medio de la bruma, que imposibilitaba la visibilidad. Sentía que el cinturón de seguridad era una cadena que me ataba, pero sabía que debía consérvalo puesto. La ciudad estaba patas arriba por el clima, la actitud de las personas, su corrupción. Entretanto, continuaba conduciendo atado al asiento del coche, enlazado también de manos; queriendo conservar la conciencia de que existe una razón y un plan para cada hecho. Y con el tímido impulso de ayudar a otros, afrontaba el despertar de aquella realidad, que se develaba ante mí. Solo advertía oscuridad en las calles, lluvia, maldad en la piel de las personas; la ceniza que recorría su dermis y agitaba sus venas. Eran zombis avanzando irreflexivos, esperando el momento oportuno de atacar. La única luz que reposaba en el fondo de su ser, tendría que ser sacudida; no tenia duda que la mujer de las visiones, podría haber hallado mejor heraldo que yo. No obstante, por las razones que sean, había confiado en mí. Y eso, tal vez, se había escrito hace mucho. La aparición, la reunión con Holbein; los cambios en mi vida espiritual y laboral, eran una carga de ansiedad adicional en mi sosegada existencia.

Percibir la ciudad a través del parabrisas, me imbuía de mis propias conjeturas y me hacían discernir que era tarde para la humanidad. El tintinear de las campanadas de la muerte estaba entre nosotros, simplemente, queríamos ignorar el aciago sabor de las

desgracias ajenas. Pero ahí estaba la verdad haciéndose palpable. En la televisión, los diarios, las esquinas; en cada encabezado de periódico. La débil humanidad era devorada paulatinamente por una enfermedad que estaba contaminado los corazones de todos:

"Arrecian crímenes en la ciudad…" "tiroteo en universidad…", "niña abusada por su padre…", "menor de edad asesina…", "Hallada fosa común con cadáveres…", "rumores de guerra suenan entre países…", "muerte…muerte…muerte…"

La ciudad emergía rodeada por un nimbo espectral y el viento gélido, se colaba por el pequeño espacio en la ventanilla de la cherokee. Como un fantasma se desplegaba sobre los asientos traseros, que con sus fríos dedos rozaba mi cuello.

La angustia de aquella realidad vibró en mi cabeza; me estremeció y tuve que detenerme. Me sentía agotado. Cerré los ojos y descargué la cabeza contra el volante del auto. No sabía qué hora era. Unos segundos después la murmuración de muchas voces, como una turba aproximándose me hizo reaccionar; la niebla hacia dificultoso ver hacia fuera del auto, así que descendí por completo la ventana. No había nadie, ni una sola persona, ni un auto, absolutamente nadie. Aquel bullicio era alguna suerte de alucinación en mi mente. Habían transcurrido cinco semanas desde la primera aparición; recordé eso mientras subía la ventanilla y activaba de nuevo el acelerador para dirigirme a casa.

Me aferré con firmeza a la dirección, abriendo ampliamente los ojos, con la intención de ganar la inexistente limpidez que cubría el camino. El frio me paralizaba los dedos y me sentía adormecido; tanto que mi mirada se angostaba y debía sacudir constantemente la cabeza para recobrar la lucidez.

—¡Que clima!—

La lluvia era como una melodía suave, constante, narcótica; tan solo el olor a gasolina, me recordaba que iba conduciendo mi vieja camioneta. Los pequeños resaltos sacudían el interior del vehículo, y las luces de otros coches, eran como faros que guiaban el camino.

Con esa sensación de pesadez avancé todo el recorrido, hasta llegar a mi edificio, aparqué y descendí con prontitud del vehículo.

Luego corrí hasta la protección de la torre de apartamentos, esquivando la incesante lluvia. Pero antes de adentrarme en los escalones, llamó mi atención, el advertir un bullicio de risas infantiles, que procedían del parque contiguo a la edificación. Con extrañeza avancé hasta el lugar ¿Cómo era posible que hubiese niños jugando con semejante clima?

Pero más sorpresivo todavía resultó lo que vino a continuación:

Contrariando su cargante realidad, vi al pequeño Michael, quien parecía satisfecho; como si nada le faltase. Como si el fervor de sus escasas alegrías resultara suficiente. Y el encanto de la niñez obraba de barrera protectora; de campo de veraneo que subyugaba las angustias.

Al liberar la primera mirada sobre el parque. Lo encontré entretenido con otros dos niños, inmersos en la tarea de colocar una tabla sobre un montículo de arena húmeda. Entre controversias sobre la forma adecuada de hacerlo. Mientras se daban a esta compleja tarea, el pequeño Michael, parecía dirigirlos con donaire de experto.

Y tan bizarro escenario, era matizado por el ardor infantil; como el cuadro más apacible de la vida. Mostrando el intrínseco valor que tiene para un niño todo este asunto de lo divino, la visión reposada que les permite reír en medio de las desdichas. Revueltas imaginarias, arrebatos de juegos, algarabías, y gritos.

Pero en medio de un clima como ese, resultaba inconcebible que unos niños retozaran en el evidente descuido de sus madres. Y de inmediato intervine, llamando la atención del pequeño:

—¡Por Dios, Michael! ¿Qué haces aquí afuera? ¿Dónde está tu mamá?

El muchacho giró sonriendo, con un dejo de plenitud dibujado en el rostro.

—Hola señor. Solo nos divertimos, con mis amigos. Mamá debe estar en la tienda.

—Ven para acá Michael. No es conveniente que estés afuera con este clima. Vamos sígueme— Exhorté.

Al instante el pequeño se aproximó. Entretanto, sus dos amigos se despidieron, avanzando en dirección contraria.

—Mira sé que no debería intervenir. Pero podrías enfermar, incluso pescar una neumonía—señalé.

—Pero señor. Si a veces no corremos el riesgo de enfrentar ciertas cosas. Al final que nos quedará por dentro—dijo él.

—A que te refieres Michael—consulté sorprendido, de la manera en la cual aquel niño expresaba su pensamiento.

—Verá, todo el tiempo nos dicen que debemos temer esto o aquello. Y por ejemplo, como podría yo, saber cuan dañino es el clima, si jamás lo he experimentado.

—Bueno—sonreí. Me deja sin palabras tu planteamiento.

—Es usted arquitecto ¿verdad?—prorrumpió Michael, cambiando de tema.

—Sí, lo soy. ¿Cómo lo sabes?

El sonrió mirándome a los ojos, y sin decir nada más. Corrió hacia su apartamento.

—Adiós. Señor. Otro día seguiremos hablando.

Al verlo alejarse a toda velocidad, sentí que aquel pequeño era un símbolo de mi propia niñez, cuando mis amigos y yo, además de gastarnos inocentes bromas. Echábamos unas cartas para divertirnos, en el solaz de imaginar que éramos grandes tahúres; apostando gruesas sumas de dinero. Por un momento, su propia candidez me hizo olvidar la realidad traumática de su vida.

De ese modo se adentró en la oscuridad de un mundo sin subterfugios, aceptando dócilmente el desdichado albur que cobijaba su cabeza. Y aun así, su saludo y despedida, no resultaba en absoluto, la molesta reverencia que se establece a fuerza de costumbre entre vecinos. Quienes se ven impelidos por el fragor de la etiqueta a saludarse cada día; sin llegar a conocer tan siquiera su nombre. No había inquietud, ni falsedad en ese encuentro. Tampoco la irritación o molestia de tropezarse a mitad de camino; por el contrario una deferencia sincera. Un cruzar de palabras amistosas, plenas de buenas intenciones. Y de algún modo, apreciar con gozo, que la simpatía y amistad emergen de una fuente de naturalidad y simpleza.

Me adentré en las escaleras y avancé pesadamente, sintiendo compasión por aquel pequeño, pero sin pruebas en mis manos, resultaba inaplicable denunciar los abusos de la joven madre. No obstante, esperaba solo uno más para intervenir. Abrí la puerta y al ingresar al apartamento escruté con la mirada el vestíbulo, con sus habituales formas. Continué con pesadez por el camino abierto entre los muebles, y encendiendo un cigarro llegué hasta el ventanal que se encontraba abierto. Lo ajusté y puse la tranquera, mientras daba una ojeada al pasadizo solitario y charolado por la lluvia. Seguido me dirigí al escritorio para comenzar a pulir de inmediato, los primeros trazos de la idea general que pensaba presentar a la corporación Hamm. La habilidad para dibujar, me había resultado bastante útil en mi labor como arquitecto. Fácilmente podía sentarme a la mesa de dibujo y empezar a concebir esquemas, que iban siendo plasmados en el papel. El diseño pasaba de mi mente al pergamino tensado sobre la tabla, y los espacios, detalles y perspectiva; tomaban forma, para representar la compleja trama de una realidad, en busca de un mundo tridimensional. Eran mis pensamientos, mi propia interpretación del mundo. Lo disfrutaba. Sentado sosteniendo una regla T en mis manos, aquel papel se transformaba en el mundo; trazaba líneas que se iban formando y desarrollando con fluidez innata. Pasando de ser simples quimeras para adentrarse en un entorno palpable.

Lo que inicialmente era impreciso, se tornaba consistente, grafico, real. Iniciando su viaje hacia un universo de metales, concreto, vidrio y otros hermosos materiales. Durante ese proceso mi mente se hacía creativa, las ideas se tornaban funcionales; el simbolismo y la abstracción se convertían en sitios habitables, en semblantes gráficos reconocibles. En un suceso casi trascendental.

Mi elección inicial de aquello que procuraba representar, en ocasiones se veía modificada. Y la limitación del propio papel trascendía a una realidad también restringida. A veces debía exigirme a mi mismo la compostura en el trazo, para no excederme en mis propias posturas; sino conservar un planteamiento centrado sobre la estética y la razón. Sin pretender llevar hasta el tope la realidad, aun cuando el dibujo porta a veces un carácter propio; incluso desafiante.

Empero, es deber del dibujante hacer viable la concepción del edificio, evitar que este se convierta en una utopía. Para ello me remitía siempre a los aspectos fundamentales del urbanismo moderno, del orden social y de la voluntad del contratante; dejando de lado mi propia búsqueda de una expresión individual. Mi pensamiento, pasaba a ser de esa forma, el instrumento para el bienestar de otros, preponderante sobre mis propias intenciones.

<¡Eso es! Quizá por eso, la aparición había llegado a mí. ¿Quién podría entender mejor, si no un arquitecto, que las necesidades de otros, en algún punto van en contravía de sus propias reflexiones? y no obstante, él mismo optar seguir el designio de aquellos.>

Una vez tensé el papel las formas cobraron vida, el boceto se expresaba con fluidez; el lápiz avanzaba al ritmo de mi voluntad, en un dialogo silencioso, honesto. Expresando la dimensión paulatina de la idea, siendo la guía de un hecho que podría tornarse real y palpable. Confrontaba mis pensamientos en un éxtasis mental, mientras las ideas se abarrotaban en mi cabeza; era un alivio para los días pasados repletos de imágenes y voces. Aquella idea embrionaria de un gran centro comercial, se convertía en un paliativo, en el mejor de todos. Al instante dejé avanzar con rapidez y espontaneidad los trazos. Seguido una breve pausa y todo se iba definiendo, anticipando la propuesta espacial, convirtiéndose en una herramienta útil.

No cabe duda que me sentía mejor, revitalizado. Aquella no era una labor que me importunara en absoluto. No obstante, el mascullar ideas, trazar líneas, hacer cálculos; forjaban un ligero agotamiento, además el tener que arquear la espalda sobre la mesa, provocaba la fatiga de mis músculos. De modo que me incorporé de la silla por un instante, para estirar las piernas y relajar los brazos. Entretanto, admiraba con atención los bosquejos realizados, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, ensayando aliviar los nervios del cuello. Iniciaba a sentirme cansado, por lo cual las ideas disminuían paulatinamente. Miré alrededor, mientras encendía un cigarro. Había libros para leer, y también estaba la televisión, la cual de a poco había conseguido fastidiarme; solo en ocasiones daba click sobre el control remoto para activar el aparato y ver algún especial

sobre vida salvaje. Respecto de los noticieros solo puedo decir, que habían logrado hastiarme, con sus informes cargados de morbo y la única intencionalidad de vender tragedias. Esas que provocamos en medio de la ingenuidad que nos define como especie. Un escenario contra el cual, yo mismo, tendría que batallar. Así era. Rencor, envidia y frívolos placeres, era lo único que emergía de aquel baúl negro.

Pero existía alguien que podía menguar mis foscos pensamientos, ese alguien era Rita. A quien inconscientemente había dejado de lado los últimos días.

El tiempo había avanzado con rapidez, ya eran las cuatro de la tarde, me dirigí a la cocina y preparé una taza de café. Y me distraje en el ensueño de las oportunidades que parecían despejar mi camino. Pero estas reflexiones fueron abruptamente irrumpidas, por la remembranza de la revelación, que como un intruso invadía mis pensamientos.

De nuevo la reiterativa incógnita emergió ¿Realmente valía el esfuerzo, dar credibilidad a un asunto tan inverosímil?

Di un sorbo al café, para después avanzar hasta la sala, y sentarme en el sofá. Tomé una revista que había descargado sobre la mesa de centro, encima del libro que casi terminaba de leer. Di una ojeada entre sus páginas y cuando tomaba un nuevo trago de café, una reflexión me inquietó: el señor me había dado un techo, una profesión, amigos, y por alguna razón que solo él conocía, esta trascendental misión a mi vida. De algún modo era una deuda que sentí debía pagar. Pero en ese momento, lo único que quería, era tomarme el resto de la tarde. Y que mejor compañía que la mujer que amaba. De modo que saqué el teléfono móvil de mi bolsillo, para marcar su número.

Mientras esperaba escuchar su voz del otro lado de la línea, tomé una hoja y un esfero, y con cierto automatismo, inicié a escribir sobre el papel. Al instante fui interrumpido por una dulce voz, escapando por el parlante del aparato celular:

—¡Hola amor. Que grata sorpresa!

—Hola Cariño—saludé— ¿puedes hablar ahora o te encuentras ocupada?

—Descuida amor. Puedo conversar, acabó de salir de clases— respondió ella de forma afectuosa, y por el tono de su voz, no hallé disgusto alguno hacia mi persona. A pesar de los días de desatención para con ella.

Me apresuré en expresarle mi deseo de verla esa tarde:

—¿Podríamos encontrarnos hoy? ¿Qué tal a eso de las cinco y media?

—Ummm… –murmuró ella al otro lado de la línea.

—¿Acaso no puedes? Si es así, descuida.

—Jajaja—dejó escapar una carcajada—claro que puedo ¿Nos encontramos en tu apartamento o en mi casa?

—Preferiría que nos reuniéramos aquí—respondí—¿Quieres que pase a recogerte?

—Descuida—replicó ella—hoy tengo el auto de mamá, así que dejaré al día algunos asuntos pendientes y saldré para allá.

—Bien, en ese caso, te espero—le respondí.

En ese momento una interferencia bloqueó la llamada, sin que consiguiera despedirme de Rita. Ensayé varias veces restablecer la comunicación, pero solo logré escuchar un incomodo siseo saliendo del teléfono. Tampoco fue posible el envío de mensajes de texto, ni el uso de otras funciones del aparato. Me incorporé y ensayé llamar desde el receptor fijo, pero este tampoco funcionó, dejando escapar de su interior un silbido similar a una murmuración. En ese instante un estruendo eléctrico, seguido por el sonido de una explosión anuló los aparatos eléctricos. Y una fuerte ventisca acompañada por un céfiro helado arremetió contra el salón, a través del ventanal, que sin explicación alguna se encontraba nuevamente abierto. Documentos, planos, bosquejos; revistas, y demás papeles salieron despedidos hasta impactar contra el suelo. Me apresuré a cerrar el ventanal, cuyo vidrio crujía como si quisiera a romperse. Entonces de golpe todo volvió a la normalidad, el fluido eléctrico se normalizó y la calma tan solo acompañada por el sonido de la lluvia, dominó el recinto.

Una vez recogí los documentos esparcidos por doquier, organizándolos de nuevo; tomé el papel donde antes había escrito, y me encontré a mí mismo repitiendo un mensaje que rezaba así:

6 6 9 caelum înis

El trazo parecía irracional, como si el esfero se hubiera descargado con inusitada fiereza sobre la hoja. Al leerlo no tuve la más remota idea de qué significaba; pero estaba seguro que se trataba de mi letra. La particular forma de escribir el número nueve y la m, así lo confirmaba. Tal vez, aquel mensaje contenía una suerte de código que yo no entendía. Sin embargo, tendría que haberlo escrito en algún tipo de trance que no recordaba, y por más que daba vueltas al papel y lo observaba con asiduidad, carecía de cualquier sentido. La curiosidad me invadió y me apresuré en encender el ordenador, para ayudarme de la web, en la resolución de aquel misterio. Subí la tapa y oprimí el botón de on, sin tener suerte. Lo intenté de nuevo y nada ocurrió; al tercer intento la pantalla pareció activarse, pero se apagó de inmediato. Debí tiranizar esa pequeña tecla al menos veinte veces, con el mismo frustrante resultado.

—¿Qué mierda?—exclamé pleno de ansiedad, ante los continuos clics de apagado.

Y frente a la pantalla interfecta, solo resto encender un cigarro, intentando calmarme. Extendí con vacilación el dedo por vigésima primera vez y del aparato emergió una débil señal.

—¡Vamos…carajo!—ordené a la maquina.

Al instante la colorida y danzante ventana del fabricante, anunció el ingreso. Dos segundos después estaba tecleando en el buscador de letras regordetas; una explicación a lo que yo mismo había escrito, sin tener idea de su significado. Con afán digité palabras y números, pero la respuesta fue todavía más desconcertante; hacía referencia al cielo, a la divinidad o la luz y los números aparte de coincidir raramente con la nomenclatura del edificio, no parecían encajar en la misteriosa ecuación.

Con aliento frustrado me levanté del asiento, mirando a mí alrededor. En cualquier momento llegaría Rita y el apartamento estaba bastante desordenado. Me apuré en organizar un poco, dar una sacudida a los muebles, entre ellos a la biblioteca, puesto que en ocasiones ella acostumbraba curiosear entre mis cosas. Y justo mientras realizaba esta labor, encontré el viejo libro de caratula roja;

el cual había empezado a leer una y otra vez, pero del cual jamás lograba superar las dos primeras páginas. Al final siempre terminaba leyendo otro, como el de Villarinni.

–Algún día te leeré—dije. Como si aquel objeto inanimado pudiera escucharme.

Eran las 5:15 pm. Avancé hasta el cuarto, para mirar por la ventana, aguardando la llegada de Rita. Mientras esperaba me distraje en el cableado de los postes con sus lámparas fijadas al extremo, y tras el cristal, la acera simulaba un dilatado rio platinado extendiéndose en la distancia. En las alturas el cielo lucía inusualmente rojo. Aun con la borrasca, la tonalidad de las nubes era extraña. Giré para regresar al salón y esperar allí el arribo de la anhelada visita. Acucioso me dispuse también en organizar las escuadras, lápices y reglas en la mesa de dibujo, sobre el plano que estaba tensado. Los minutos transcurrieron y al no encontrar que más hacer, di una ojeada a través del ventanal, sintiendo una inexplicable melancolía, al notar la soledad de aquel callejón; donde abandonado sobre una esquina, reposaba un oxidado bote de basura, como único adorno de aquella calleja. Sentí temor, dolor por la soledad, miedo a concluir mis días como aquel tarro abandonado a la intemperie; ignorado, solitario. Con el peso de la existencia oxidándome las entrañas. Me invadió el pesimismo, la idea del fracaso; de la ruina, de las personas juzgando mi intención. Menospreciando las palabras de la revelación, como pasara una y otra vez en la historia de la humanidad. Y podía ver sus dedos señalándome y coreando:

“Ahí va el loco, el loco que cree que habla con la virgen”

Ese era yo. El que pretendía hacer entender la veracidad de aquel mensaje, a personas alejadas de toda creencia; esas que se santiguan tan solo como un gesto social, para ser tenidas por piadosas a los ojos de los demás. Estaba a kilómetros de distancia, de hallar la fluidez en mis palabras, de aproximarme a cualquiera mirándolos a los ojos, y decir, que una aparición me había revelado algo que yo apenas si entendía. Pero que sabía lógico, absurdamente lógico:

“Cuatro fuerzas debilitaran la ciudad. Una rige con absoluto poder, otra causa la alegría de unos, que es tristeza para otros. La

tercera de ellas, invisible destruye el cuerpo y las almas. La última, con oscuridad hará caer al hombre”,

Comprendería si se alejaran, si corrieran lejos de mí, rechazándome como a un locuaz orate.

¿Pero qué hacer con aquellos a quienes amaba? Era ese el infalible agobio que abrumaba mi alma, observando aquel cielo rojizo. Tristeza de soledad, ausencia, y frio; de no saber qué hacer. De ser incapaz de dar el primer paso, aun cuando ya lo había decidido. Porque sin duda, aunque lo repitiera mil veces, siempre resultaría más fácil decirlo. No obstante, el sello que signaba el pacto, había cernido sobre mi destino, la comprensión de los mensajes.

CAPÍTULO XII, DE LOS RECONFORTANTES MOMENTOS JUNTO A RITA

Me costaba recordarme como era antes, imaginarme la vida rutinaria de días atrás; el pasado era ahora muy lejano. Volví para sentarme sobre el sofá, descargué las piernas extendidas sobre la mesa de centro y levanté de nuevo el teléfono móvil para remarcar la llamada. Solo obtuve el silencio como respuesta. Me puse de pie y atravesé el salón, para intentar la comunicación desde el teléfono fijo.

Debí marcar erradamente, puesto que luego de tres timbres largos: Riiiingggg…riiiinggggg….riiiingggg. Una voz femenina y desconocida respondió del otro lado:

–Buenos días, oficina del senador Gorky. Habla Carmen Limderbaum, ¿En qué puedo ayudarle?

Ante la sorpresa fui incapaz de responder cualquier cosa o disculparme como era debido. Y simplemente, descolgué el auricular.

<El senador Gorky> recordaba ese nombre. Era el mismo que había escuchado en la conversación de Holbein, cuando nos reunimos.

<Que extraña coincidencia>—reflexioné.

Seguramente, al marcar al azar, la casualidad había hecho que el número telefónico de Rita, fuera similar al de aquel político.

Terminaba de descolgar el auricular, cuando escuché un ruido como si alguien subiera por las escaleras del edificio, seguido por un toque firme y pesado. Pensé que era ella, así que me apresuré en abrir la puerta. En realidad anhelaba verla; imbuir mis pensamientos de razones más simples y sentidas.

Confiaba que a pesar del obstáculo en la comunicación y la imposibilidad de llamarle nuevamente, la cita hubiese quedado claramente convenida. Deseoso de verla, me apresuré a la salida, giré el picaporte y sin retirar la cadenilla, por el espacio descubierto de la puerta, asomé la cabeza. Pero no había nadie. Sin embargo, llamé ¿si quién es? ¿Qué necesita?

En la convicción de que se trataba de ella, jugándome una broma, retiré la cadena y abrí completamente. Pero al hacerlo, corroboré que en efecto no había nadie. Entonces sentí un viento gélido que me rozó el rostro, como si se tratara de la caricia de unas manos.

Vacilante, cerré de nuevo la puerta. Al hacerlo recordé que la calefacción estaba apagada, algo que yo podía tolerar, pero Rita, en absoluto, no podía hacerlo. El intenso frio era algo que ella difícilmente toleraba. En mi caso, a fuerza de tropiezos me había deshabituado de este artilugio, tan necesario en invierno. Muchas personas, entre ellas Rita, no podían entenderlo; puesto que el frio podía resultar en ocasiones realmente intolerable. Sin embargo, mi organismo parecía responder bastante bien a las bajas temperaturas. Además de eso, tiempo atrás cuando acostumbraba usarlo con frecuencia, dada mi escasa pericia en su manejo, la factura por dicho concepto había terminado afectando mi bolsillo. Desde entonces prefería usar ropa abrigada, incluso al interior del apartamento. Empero, mi propia preferencia no me constreñía a someter a las visitas; así que me apresuré en encender el aparato, cerrando luego puertas y ventanas.

Regresé al salón principal y al mirar las manecillas del reloj, sus cabezas de flecha apuntando contra los números dorados, señalaban las 5:25 pm. Sentía sequedad en la boca y avancé hasta el frezeer en busca de un poco de líquido. Empezaba a sentir ansiedad de

que mi esmero fuera inútil y que Rita, no hubiese entendido mi mensaje.

Apoyé las manos sobre el mesón de la cocina, en el cual había descargado un diario que no recordaba haber dejado en ese sitio. Le di una ojeada y no llegué a la segunda página. Luego di un sorbo a la soda que había servido hace un instante y no hallé en ella el mismo gusto que habría encontrado en mi habitual bebida cafeinada.

Miré hacia la puerta con un dejo nostálgico ¿Acaso no llegaría?

Entonces la añoranza brotó en un profundo suspiro.

Decidí salir de mi embotamiento, y adentrarme en la sala, para dejarme caer en medio del sofá. Estaba tan habituado al frio, que las manos me sudaban, o quizá había subido demasiado la temperatura.

De cualquier modo, no me pondría de pie otra vez, para rehacer lo que ya había hecho. Concluí que estaba tan jodidamente adaptado al frío, que una temperatura de 20º me parecía demasiado alta.

Pensé de nuevo en Rita, en su voz suave, en su fresco aliento. Terminé mi bebida y encendí un cigarro, intentando relajarme en la espera.

Irresoluto en la inactividad del sofá, esperé paciente la llegada de mi amada, con el corazón ansioso por verla. En tanto que, paseaba la mirada por el salón: los mismos muros descoloridos, el cuadro con la imagen de los niños; la biblioteca atestada de libros. El escritorio que soportaba el ordenador, la mesa de dibujo. Una espera que se hacía interminable, aguardando el sonido del timbre o el golpear tres veces la puerta, como acostumbraba Rita.

Mi mirada atravesó las formas geométricas de aquel espacio, zambulléndome en una honda distracción. Extendí las piernas y absorbí el humo que hinchaba mis pulmones, para dejar escapar enseguida una bocanada que se izaba en el aire. Hasta ser interrumpido por dos toques suaves en la puerta. Toc…toc. Un segundo después otro más toc. Me levanté como un resorte desde la

silla y de un par de zancadas llegué para atender el llamado. Al abrir encontré su bello rostro, sus ojos iluminados y una gran sonrisa.

Esta vez, si era ella. Con su cabello rizado y su mirada llena de vitalidad.

—¿No me dejas pasar?

—¡Por supuesto! Disculpa, amor—retiré de inmediato la cadena—sigue por favor.

—¿Cómo estuvo tu día?—pregunté mientras desplegaba la puerta.

La seguí con la mirada cuando se iba adentrando, como un cálido amanecer cruzando el umbral. Antes de responder me prodigó un dulce y prolongado beso, para luego avanzar hacia la mesa de centro donde descolgó su bolso.

—¿Alguna novedad cariño? —pregunté recibiendo su abrigo.

—Bueno, nada nuevo. Qué puedo contarte. Cuando llegué a la universidad, me enteré que no había clase a la primera hora, porque el docente de lenguas extranjeras estaba de incapacidad. Así que aproveché para adelantar algunas cosas en la biblioteca, y el resto del día, estuvo como de costumbre. Extrañando la presencia de mi novio, que pensé me habría abandonado por otra.

Me vi forzado al no saber que responder ante su observación final. Sabiendo, por supuesto, que su reflexión era justa. Y sin más remedio admití mi yerro:

—Es verdad, acepto que te he descuidado—asentí acercándome a ella y rodeándola por la cintura la abracé y la besé—pero jamás volverá a ocurrir.

Su sonrisa y sus palabras me devolvieron la serenidad—De acuerdo. Esta vez te disculpo, pero si prometes que no habrá una próxima.

—Lo prometo—dije besándola de nuevo y contemplado su hermoso rostro. Perdiéndome en la placidez de su mirada y pensando:

<Definitivamente necesitaba verte>

—Vamos a sentarnos—invité tomándola de la mano.

—¿Quieres algo de tomar? —pregunté a continuación con voz pausada.

—Estoy bien. Gracias.

—En un momento podemos ir a buscar algo de comer—dije liberando su mano y sentándome a su lado.

—Sí, claro. Dentro de un momento—respondió ella, asintiendo con un gesto de su cabeza.

—Me da gusto verte de nuevo—observé. Ella sonrió, apoyando su cabeza sobre mi hombro.

—También a mi—farfulló.

—¿Seguro no quieres beber algo?—insistí.

—¿Tienes soda?

—Sí, claro.

—Bien. Descuida, yo misma la busco—indicó ella, alejándose en dirección al refrigerador.

—¿Tu deseas algo?

—No, gracias. Estoy bien así—

Rita me miró de soslayo con sus ojos color avellana, entretanto, abría la puerta del refrigerador y tomaba la bebida. Al verla me resultaba increíble la fortuna de poder tenerla a mi lado.

—¿Realmente quieres salir o podríamos pedir a domicilio? –indagué, mientras me incorporaba y avanzaba hacia ella.

Escuchó mis palabras, sin prestar mucha atención, mientras descargaba la bebida sobre el mesón y con la mano giraba la tapa. La cual cayó al suelo dando giros hasta detenerse.

En ese momento sentí un golpe, fuerte y certero como el estacazo de un madero contra mi cabeza. Seguido por un insoportable pitido que lastimó mis oídos. Al instante, mi vista se nubló completamente. Pensé que me desplomaría, ahí en medio del salón. Por lo cual tuve que apoyarme contra el respaldo del asiento, tomando una bocanada de aire, ensayando recobrar la lucidez.

—¿Me escuchaste?—preguntó ella sonriendo y aproximándose me abrazó.

—Disculpa amor, sentí un leve mareo. ¿Qué dijiste?

—¿Te sientes bien Gabriel, estas pálido?—consultó ella.

—Si fue solo un pequeño vértigo—afirmé. Sintiendo aún la cabeza embotada.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. No te preocupes. Ahora por favor repite lo que me dijiste antes—

—Te decía que la temperatura ha descendido mucho. Y creo que además de la lluvia, podría haber tormentas eléctricas, como la semana pasada.

—Entonces…adivino que nos quedaremos—la interrumpí abrazándole la cintura y alzándola en el aire.

—Sí. Tengo mucho frio—replicó ella. Aferrándose con fuerza a mi cuerpo.

—¿No te gusta esa idea? —preguntó. Instalándose enseguida en la comodidad del sofá, apuntando hacia arriba con la mirada iluminada.

Suspiré, intentando articular alguna respuesta. Pero sus magníficas formas me dejaban enmudecido.

<Sí, era realmente bella>

Luego emitiendo un ronroneo, tomó mi mano, invitándome a sentarme a su lado.

Ya junto a ella, acaricié su rostro de jazmín, y me perdí en sus ojos de avellana. Consumando al instante el deseo de caricias.

Sonreí y de inmediato precipité:

—¿Así está mejor?

—Mucho mejor—dijo ella.

—Bien. Pongámonos cómodos—Invité.

Rodeándole el cuello con el brazo derecho, entretanto, descargué el otro sobre sofá y apoyé mi cabeza contra su pecho.

—¿Qué quieres hacer?—pregunté a continuación—¿le avisaste a tu mamá que venias?

Mientras acariciaba mi cabello, respondió:

–Sí. Por esa razón no puedo tardarme. Sabes que no me gusta dejarla sola por tanto tiempo.

Sabía que así era y también conocía del apegó entre ambas, acrecentado por la ausencia del señor Abrante.

–Claro que lo sé. Y está bien que cuides de ella—señalé.

No tenia duda que debía ser de ese modo. Yo mismo en su posición habría actuado de igual manera.

¿Qué puede ser más importante que una madre? Eso tendrían que enseñarnos a todos.

En ese instante pequé de indiscreción, al tomarla con la guardia baja y consultar por su padre, si acaso había noticias de él. De inmediato reaccionó de forma evasiva, con patente incomodidad, como si la lastimara el solo escuchar su nombre y recordar su prolongada ausencia. Enseguida me contuve de mi natural curiosidad, respetando su silencio. Y decliné el tema, obviando cualquier excusa.

—¿Quieres que encienda la televisión?

—Sí. Está bien—Dijo con voz ronca, acompañada de un leve tosido.

—¿Te sientes bien?.

—Claro—aseguró dándome un beso.

Tomé el control remoto, disimulado entre los cojines del sofá y oprimí la tecla de encendido.

Por unos minutos mi mano aferrada al control, dio vueltas a los canales. Con más fibra que racionalidad, al no acertar utilidad en la emisión.

—¡Qué señal desastrosa! ¿Cuántos canales han pasado? Pregunté en voz alta.

Intentando acertar un programa con el suficiente otero científico, pero la mitad de las cadenas exhibían un símil y cargante contenido, repleto de violencia e insensateces.

Entretanto, Rita se apiñaba hacia mí, procurando el calor de mi cuerpo. Y yo acariciaba su cabello con los dedos de la mano que tenia libre. Con una sensación de caída, de cortedad al estarla aburriendo; después de haberla hecho conducir hasta el apartamento, sabiendo de su escaza destreza en dichas tareas mecánicas.

Frente a mi seguía ese inútil cajón negro, que nada conseguía aportar a ese momento de intimidad. Y durante algunos segundos más persistí, presionando botones y esquivando canales. Mientras ella simplemente, sonreía, probablemente notando mi ansiedad. Hasta que solidariamente decidió incorporarse del sofá y avanzar por el salón;

como si inspeccionara los rincones en busca de los secretos que encerraban aquellas paredes. Luego se allegó hasta la mesa de dibujo, donde se hallaba el bosquejo sin terminar, de mi idea conceptual sobre el proyecto de Hamm. Lo contempló por un instante, y con curiosidad indagó:

—¡Qué bonito diseño! ¿Es un nuevo proyecto?

Me desplegué sobre el sillón, girando para atender su pregunta. Y una duda brotó acodada detrás de la respuesta, obligándome a callar por un instante, ante su mirada acuciosa. La verdad es que prefería esperar y darle la sorpresa, si es que efectivamente Holbein decidía contratarme. Me sentí atado de manos por la delgada línea del disimulo, ensayando restarle importancia al asunto. Pero el momento exigía una respuesta, bien se tratara de la verdad o una mentira piadosa.

—¿Me escuchaste?—insistió ella, girando de nuevo para observar el plano, deslizando su mano suavemente sobre este.

Tenía tantos pensamientos abarrotados en la cabeza, además del proyecto que estaba frente a sus ojos, que por un instante sentí que dejaría brotar todo; en un cúmulo de irracionales confesiones. La reunión de Hamm, las visiones, el insomnio, y la enorme ansiedad que solo ella conseguía alivianar en parte. Sin embargo, cerré los ojos y acallé mis confidencias.

<No, aún no puedo decírtelo> cavilé.

—¿Ocurre algo? ¿Por qué no me respondes?—inquirió Rita. Mirando nuevamente en mi dirección.

Alcé la vista y la observé, fingiendo no haber escuchado su pregunta.

—¿Que dices?

—¡Amor, pareces tan distraído hoy!. Te decía que es un bonito diseño—persistió señalando el bosquejo—¿es para algún proyecto?

—Si es… simplemente, algo en lo que he dejado volar la imaginación—

Sin embargo, ella parecía entusiasmada con la imagen sobre el papel e insistía en hallar respuesta a su curiosidad:

—¿Y es algo en lo que trabajaras? se nota que es bastante grande—Los ojos de Rita volvieron a posarse en el bosquejo.

—Es un…—vacilé por un instante—es simplemente un dibujo, dije enseguida queriendo dar por concluido el tema.

Pero sabía que volvería a intentarlo, era persistente, y se había empecinado en obtener una respuesta. De otro lado yo no me porfiaba ocultarle nada, simplemente, no quería arruinar mi propósito. Desde niño cargaba con la usanza de que al revelar un secreto, este se arruinaba.

¡Carajo…que necedades cargamos a veces, las personas! Empero, siempre resulta difícil librarse de ellas.

Quise distraer mi mente y buscar en ella una excusa para evadir el tema, pero ella giró de nuevo, y me miró fijamente, como si leyera mis pensamientos.

Y no sé de donde vino una excusa bastante improvisada.

—Cariño ¿Alquilamos una película?—pregunté.

<Si está pensando preguntar de nuevo. Tendré que decírselo. Este asunto ya está resultando molesto> susurré en mi mente, aun asido al respaldar del mueble.

Por alguna extraña razón mi excusa pareció dar resultado, ella me miró asintiendo con un gesto, y por fin sacó su cabeza de la mesa de dibujo. Aunque noté cierto dejo de resignación en su semblante, como si entendiera que yo no quería despejar su duda. Luego avanzó en silencio hacia mí y al alcanzar mi posición indicó:

—Claro, amor. La televisión es particularmente aburrida esta tarde.

La película era lo de menos, se trataba de un simple pretexto para embrollar mis emociones. Era una verdad que brotaba en su rostro, además, no tenía tiempo. Eso lo sabíamos ambos. Entonces ¿Por qué consentía mi propuesta?

Era ridículo, seguía aguardando que mi voz revelara el secreto de aquel bosquejo; seguir la corriente era una fina y sutil estrategia, para que yo confesara. Y mis pensamientos se retorcían a punto de estallar. Ahi seguía Rita, de pie frente a mí, sin dejarme espacio para

liberarme. Nada le impedía lograr su cometido, y mi voluntad comenzaba a apocarse.

—Amor…la verdad es que…—emergió de mis labios, que ya no conectaban con mi mente. No disfrutaba en absoluto mentir, y ya no acertaba ningún melodrama, ni creencia en todo eso—verás, estuve reunido con…

Estaba por detallar las particularidades y tecnicismos de la reunión con Holbein, y el por qué del bosquejo, cuando sonó su teléfono móvil, como una providencia que me liberaba.

Ella extendió su mano hacia mí, en señal de excusa para responder la llamada, y sus movimientos apuntaron en dirección a la cocina.

—Hola, mamá—saludó.

—No mamá. No me percaté de la hora. Si, por eso no te había llamado.

—¿Por qué dices eso?

—Claro que vi tu llamada. Sí pensé en llamarte. Pero estaba ocupada en clases—Las palabras parecían atragantársele en la garganta, en un gesto de palpable amargura.

—Lo sé mamá. Perdóname.

Mientras la escuchaba, me planté sobre el sofá. Notando el efluvio que ardía en su interior, matizando de rosa su piel y cambiándole el tono de voz.

—Sí. Estoy donde Gabriel, si es lo que quieres saber.

Su semblante se matizaba de amargura y la sonrisa de hace algunos minutos se marchitaba de sus labios. En la corta distancia que nos separaba, hizo una mueca, excusándose de nuevo. Por un breve instante quedó en silencio.

—Mamá, por Dios. Como dices eso, yo nunca te haría daño. Si Perdóname, no volverá a ocurrir.

—De acuerdo, no tardo. Descuida, en unos quince o veinte minutos estaré allí—concluyó con aire de desaliento.

—Ven conmigo—dije poniéndome de pie y alcanzándole su abrigo, el cual había tomado del respaldo del asiento.

Luego le di un fuerte abrazo. Intentando liberarla de todo asomo del melodrama que detonaba en pedazos, emergiendo en la tristeza de su ánimo.

—¿Algún problema cariño? —indagué.

Ella se encogió de hombros y luego me tomó de la mano y me besó.

—Perdona amor. Me da vergüenza, que tengas enterarte de estas cosas. Pero de un tiempo a la fecha, el ánimo de mamá se ha deteriorado mucho—dijo mirándome con semblante azorado.

—En mañana, cuando salí para la universidad—continuó Rita—, Se encerró en su cuarto y ni siquiera salió para despedirse. Y ahora…no sé qué hacer…Gabriel.

—Amor debo irme. No quiero contrariarla más.

—Pero ¿acaso esta disgustada?—indagué.

—Tal vez, no lo sé. Preocupada seria una palabra más adecuada—respondió ella— A veces parece que viviera en otro mundo, como si no lograra dimensionar la realidad de las cosas. Desde la ausencia de mi padre… la soledad la ha tornado alterable y sensible.

—Claro, es algo comprensible y sé que la entiendes. Eres una buena hija—

—Gracias—sonrió ella apocadamente.

Descargué suavemente mi mano sobre su hombro, mirándola a los ojos.

—Amor, me siento culpable por haberte causado inconvenientes. ¿Quieres que te lleve a casa?

Rita me observó sin convencimiento de mi propuesta.

—¿No te molesta que deba irme así?—preguntó con un dejo de nostalgia en la mirada.

—¡Claro que no!—Respondí. Tu visita ha sido lo más reconfortante en los últimos días, y ya tendremos tiempo de sobra para nosotros.

Ella tomó su bolso de la mesa de centro, y yo crucé mi brazo por encima de sus hombros. Mientras avanzamos hacia la puerta, para salir del apartamento.

Me pareció interpretar en el semblante de Rita, que ella anhelaba la etérea tranquilidad de nuestra conversación, tanto que la partida le venía como un baño de agua fría; un plató de menudo y limpio sinsabor, provisto de obligatoriedad.

—Vamos. Se hace tarde—Dije con gran esfuerzo.

Tan sólo para lograr un asentimiento puntual que obrase de paliativo.

Al cruzar el umbral, advertí que llovía con menos intensidad, aunque el intenso frío no menguaba, entonces Rita se ligó suavemente contra mi cuerpo.

—Otro día podemos ver una película o salir un rato ¿te parece?—dije con inflexión resignada.

Y ella asintió con cierto desconsuelo, levantando la mirada para observarme.

—No te preocupes por mí. Tu mamá te necesita. En verdad, gracias por el ameno momento—indiqué adentrándonos en las escaleras. Ya en el cartabón que formaba la salida del edificio, me detuve un instante. Si bien el aguacero había menguado, la noche oscura se recubría de una espesa neblina.

—¿Quieres que conduzca?— examiné.

Rita me observó sin pestañear, con su bello rostro iluminado por el candil que matizaba sus rasgos. El cual por alguna inexplicable razón, le confería una semejanza con la deidad que alteraba mis noches.

— Te lo agradecería. Sabes que no disfruto conducir, menos de noche. Y resulta todavía peor con este clima —asintió con firmeza.

—Tienes razón—confirmé su postulado.

CAPÍTULO XIII, DE LAS SENSACIONES ESCABROSAS DE LA CALLE

Ambos coincidimos en dar una mirada escéptica hacia el callejón que debía conducirnos al auto. Pero al instante, aunque irresolutos, avanzamos mientras yo hacia un poco de espacio dentro de mi abrigo, y con una seña la invitaba a guarecerse dentro.

La salida forjaba un pasillo oscuro e insondable inundado por el aroma de la tierra mojada. Donde podía oírse el insistente goteo de la lluvia al impactar contra las ventanas y el asfalto. En un par de minutos, acertamos el vehículo e introduje de inmediato la llave.

Abrí la puerta para que Rita accediera y de inmediato giré para subir. Seguido activé el encendido y busqué los pedales.

El clima empeoró tan solo puse el pie en el acelerador, el cristal se empañó de inmediato y la densa niebla inició a cubrir las calles, diezmando la visibilidad. Entonces volví la vista por el retrovisor para cerciorarme que los autos aparcados, me permitieran un punto de salida. De estos apenas si se distinguía su silueta, pero no tuve inconveniente en salir. Las calles, por lo general bien iluminadas, estaban demasiado oscuras esa noche. Bajo el exiguo reflejo de los faroles, la luz mutaba hacia un tono rojizo discontinuo. Y el fuerte viento susurraba como si fuera un vocablo desconocido, intentando comunicarse; como si avanzáramos al interior de las entrañas de un oscuro ser vivo.

Al segundo, nos adentramos en la avenida, y mientras conducía, el eufemismo sobre el proyecto de Hamm, me hizo sentir culpable. Como si le estuviera mintiendo sin razón alguna. Rita por su parte, guardaba silencio, recostada contra el respaldar del asiento; mientras observaba a través del vidrio empañado, quizá intentando acertar las formas de la ciudad, apenas visible.

—Cariño, quiero decirte algo—empecé a articular las palabras que emergían inseguras.

—Claro, amor. Dime— confirmó ella sin mirarme.

—Eehhh…Respecto del dibujo, que visto antes…

—Sí. ¿Qué hay con eso?

—Bueno. Que en realidad… tienes algo de razón— titubeé—No se trata de un simple bosquejo al azar.

—¿A qué te refieres?

De ese modo, empecé a relatar en detalle la posibilidad de trabajar para Hamm. Confesé que el diseño era la idea que estaba moldeando para presentarle a Holbein. Y que si todo iba como pensaba, dentro de poco formaría parte de aquella gran compañía.

Sin duda se alegró por mí, pues de antemano conocía mi interés en formar parte de los proyectos de Hamm en la ciudad. Sin embargo, esto no evitó que recriminara mi silencio.

—¡Por qué no me dijiste antes! ¿Acaso no confías en mí?

Me encogí de hombros sin saber que decir. Mirándola desconcertado.

—Claro que sí. Pero la verdad, como estos días no nos habíamos visto. Y bueno, tampoco hay nada seguro. Solo una pequeña posibilidad de participar en el proyecto del nuevo centro comercial.

—Puede ser. Pero igual ¿por qué no me dijiste?

—Cariño, era una sorpresa. Pero, ya ves, te lo dije—sonreí—Además, tu sabes, que tengo por costumbre esperar a que las cosas realmente se concreten. Antes de comentarlo con alguien.

Nos encontrábamos a medio camino, de la vía que daba acceso al barrio donde Rita vivía. Y ya adivinaba los minutos que anunciaban la despedida. Entonces me aproximé a ella y sin perder de vista el camino, le di un sutil beso como gesto de disculpa.

—Sabes que si todo va como pienso. Sería muy positivo para los dos—afirmé enseguida.

—¿Es una propuesta señor Dickens?—dijo ella sonriendo.

—Espero que lo sea. Pero primero lo primero. Debo allegar la propuesta que resulte más llamativa, al señor Holbein.

—¿Y dices que tienes ideas en común?

—Sí, de hecho creo que los bosquejos que le he entregado, llamaron su atención. Incluso afirmó tener interés en reunirnos de nuevo.

—Ya veo, amor ¿Y es un proyecto muy importante?

Vacilé un instante, sin saber bien cómo explicarle el asunto, el cual parecía todavía no dimensionar.

—De hecho cariño, es uno de los proyectos más grandes, para la ciudad en los últimos años.

En ese momento, llegamos al cruce de la avenida San Patricio con Calle de los Mártires. El semáforo estaba en verde, pero un coche en el otro extremo, quien debía hacer el pare, y cuyo conductor venia a una velocidad endemoniada, Jamás se detuvo y atravesó vertiginoso la

intersección. Por alguna afortunada razón y casi de forma mecánica medí su intencionalidad, avanzando muy lentamente, de lo contrario habríamos sido embestidos por aquel.

—¿Qué fue eso?—Inquirió Rita sorprendida—¿era él quien debía detenerse ¿verdad?

—Por supuesto—confirmé. Mientras seguía con la mirada la irreflexiva carrera del coche, que se perdía en el frontón de la avenida.

Eran muchos los conductores que creían tener las avenidas escrituradas a su nombre, y sin reverencia arriesgaban la vida propia y la de otros. Cada día florecían por montones estos insensatos.

Avanzamos unos metros más, en silencio, hasta que la voz de Rita, irrumpió mi distracción.

—Puedes cruzar aquí —indicó.

Giré a la derecha enfilando por una angosta calle, conectada con la arteria vehicular que atravesaba el barrio, entretanto, seguía ajustando la mirada entre la neblina que surgía, materializándose como un paño que cubría de misterio la ciudad.

El viaje se hizo breve gracias a lo poco transitado de las vías, y a excepción de la eventualidad del alocado conductor, no tuvimos mayores apuros.

—¡Bueno madame! Su carruaje le ha traído a casa! ¿Quieres que pase a saludar a tu madre?

—¡Su suegra, no lo olvide, señor Dickens!—replicó sonriendo—aguarda un momento. Veré si se encuentra despierta.

—Está bien, cariño, voy a estacionar el coche mientras tanto—indiqué.

Cuando salimos del vehículo, Rita avanzó en dirección a la entrada principal. Mientras yo me dejaba guiar por dos fanales, que apostados a cada extremo de un pasillo de diez por tres metros; encajado en medio de un ponderado jardín. Señalaba en dirección de la cochera. De inmediato activé el mando a distancia y luego regresé al auto; al tiempo que la portezuela platinada del garaje empezó a subir lentamente. Tardé solo un instante en dejar el auto aparcado, y tras de mí, la puerta basculante se cerró en un par de minutos.

Sólo entonces volví la vista a un costado y la vi aproximarse, surgiendo en medio de una neblina blancuzca que lo envolvía todo y apenas si permitía distinguir la silueta de Rita en medio de la noche. Pero en medio de aquel atisbo, su sonrisa amplia aclaraba el pesado celaje.

—¡Hola amor!— saludó de nuevo al allegarse—mamá está dormida. Seguramente se sintió indispuesta. ¿Sabes? a veces me preocupa su estado de salud.

—Si quieres podríamos visitar el médico. No sé. Tal vez en el trascurso de la semana.

—No. Descuida. Tú sabes lo testaruda que es y definitivamente no gusta de los médicos. Empero, los medicamentos que le recetaron en la última consulta, parecen sentarle bien—reflexionó. Y continuó:

—Amor. Y hablando de otro tema, ¿Has visto a John últimamente?

—No lo veo desde hace casi un mes—respondí—supe que ha estado bastante ocupado. Sin embargo, estaba pensando visitarlo esta misma semana—

—Ya veo. Si te reúnes con él, no olvides darle mis saludos—pidió ella—y dile que se tome un tiempo para reunirnos como hacíamos antes.

—Claro que lo haré. Por ahora ve a descansar. Mañana te llamo—dije guiándola hasta la entrada de su casa, al final de un tramo de tres peldaños. Sobre el cual descansaba un tapete que rezaba <BIENVENIDOS>

—No. Espera. Ven, te acompaño hasta la salida, para que abordes un taxi. Y de nuevo gracias, por la compañía y por traerme—Expresó con calidez en su mirada.

—Sabes que es el mayor de los placeres—afirmé, dándole un beso.

Entonces me guió a través del jardín, hacia la avenida, donde nos detuvimos a un par de pasos, sobre la acera. Contemplando la calle que fluía como un mar, hacia un mundo desconocido.

Pusimos atención a la avenida, donde una horda de sombras reflejadas en el empapado y lustroso asfalto, parecían cobrar vida.

—¿Cuantos minutos han pasado?—murmuré—será mejor que entres a la casa. Yo puedo esperar aquí.

—Como crees. Yo te espero, no hay problema—aseguró ella.

Entonces nos procuramos el calor mutuo, muy juntos el uno del otro; en espera de ver dibujarse la silueta del algún vehículo de servicio público. Debieron pasar unos diez minutos más, cuando uno que venía libre se aproximó lentamente. Me despedí de Rita con un prolongado beso, ingresé al vehículo y saludé al conductor, quien respondió con un:

–Buenas noches joven, ¿hacia dónde?

—Por favor a la Calle Centro Alto—respondí.

Acomodándome en el asiento trasero del taxi. Con la mirada del conductor examinándome desde el espejo.

Las luces del coche se encendieron de nuevo, como dos linternas desgarrando la bruma. Y pronto enfiló calle abajo, adentrándose de forma expedita en la calles de Treum. La ventana medio abierta, dejaba colar una fuerte corriente de aire; mientras el coche se abría paso en forma vertiginosa, a punto de golpear los andenes.

El resto del camino el conductor no habló, solo encontraba su mirada observándome por el espejo retrovisor.

Esa noche, mientras recorría con la mirada aquellas avenidas deficientemente iluminadas; a bordo de aquel auto de servicio público, acompañado por el silencio del conductor y su atisbo inquietante. Recordé que hace poco, la ciudad había adquirido unas modernas lámparas led, con la intención de iluminar los callejones principales, y con ello, según lo expuesto por el ayuntamiento; contribuir a la buena salud de la ciudad. Puesto que estas reducirían considerablemente el consumo de energía eléctrica, lo cual de paso, abarataría los gastos de mantenimiento; en comparación con las tradicionales luminarias de vapor de sodio. Pero resultaba evidente que el desmonte de aquellas, había dejado a la ciudad temporalmente sumida en la oscuridad; lo

que le daba un aspecto sombrío. Y transitar por esa penumbra, matizada con el rojizo de algunos avisos comerciales; generaba en el ánimo un efecto de aprensión casi asfixiante.

No tardó en invadirme un sentimiento de ansiedad. Acometí encender un cigarro, pero al instante un gesto del conductor, señaló en dirección de un aviso ubicado arriba, en el tablero; encima del asiento del pasajero que rezaba: *“no smoking”*

Y la figura de un cigarro encerrado en un círculo rojo de prohibición, que no dejaba espacio a cuestionamientos. Así, el sujeto siguió sin pronunciar palabra y concluida la advertencia; siguió avanzando con la misma resolución que lo había hecho durante todo el trayecto.

A medida que ganábamos metros, sentía que cientos de ojos me observaban; ocultos en la oscuridad de la noche. Las escasas siluetas que lograba reconocer como personas reales, tenían sin excepción, aquel color ceniza en su piel y el vejatorio fulgor rojizo en sus venas. Comenzaba a sentir una opresión en el tórax y anhelaba llegar pronto a casa; experimentaba un ansia como nunca la había sentido. El olor de la calle se hacía molesto, como un hedor que se intensificaba con cada giro del coche; un algo descomponiéndose, del cual era imposible rehuir.

<¡Por Dios, a que huele!> farfullé. Sabiendo que no tendría respuesta.

Dejé emerger de mis pulmones aquel céfiro pestilente, que subía hacia mi nariz; reclinándome de espaldas sobre el asiento, atravesado por un dejo de resignación. Mientras observaba al afónico conductor con sus manos asidas al volante y los pies cada vez más hundidos en el clutch y el acelerador. Al instante me incliné de nuevo para atisbar el velocímetro y pude ver como este señalaba los 120 km por hora, sin que el hombre se inmutara; con la actitud delictuosa de quien no teme la contravención. Aun cuando la velocidad máxima permitida en Treum, era de 80 km por hora.

—¡Oiga señor!—exclamé—no es necesario ir tan rápido.

Finalmente el conductor habló, simplemente para indicar:

—Descuide. Es más seguro ir rápido, las calles son solitarias a esta hora—

Si bien en eso tenía razón, pues resultaba evidente que a esa hora el tránsito no se apilaba. Era inevitable que brotara ante mí, un sinfín de preocupaciones ¿Cuál era el verdadero por qué de su excesiva velocidad? ¿Y si acaso decidiera no detenerse?

Intentaba rebuscar en mi cabeza conjeturas, que me devolvieran la tranquilidad. Pero viajar al interior de aquel atropellado cajón mecánico; se empezaba a tornar en una sensación de caída libre, desde el asiento de una montaña rusa. Presté atención a cada movimiento del conductor, quien continuaba acelerando y esquivando obstáculos; exigiendo los pedales a su máximo, con la misma mirada impasible a través del retrovisor. En un momento dejé de prestar atención a la calle, para concentrarme en lo que haría, si notaba algún proceder anómalo en aquel sujeto. Cuando un golpe secó lanzó mi cabeza contra el respaldo del asiento, e intempestivamente al auto se detuvo. Miré a mí alrededor y la voz del taxista confirmó lo que mis ojos veían:

—Llegamos.

Por un momento no entendí nada. Sentía el estomago revuelto, tenía las manos húmedas. Los ojos brillantes de mi extraño guía, me observaban como lo habían hecho durante todo el camino. Extraje de mi bolsillo unos billetes que superaban el valor del pasaje, se los entregué y sin aguardar el cambio; intenté bajar de aquel vehículo lo antes posible. Afuera no había nadie, tan solo un par de coches aparcados, junto a mi camioneta. Miré hacia adelante, liberándome del aturdimiento y avancé lo más rápido posible, en procura de las escaleras, que apuntaban hacia mi apartamento.

Cuando el sonido del motor anunció la partida del taxi, me detuve un momento, liberando el aire de mis pulmones, que brotó como una fumarola de escarcha.

A mitad de las escaleras me invadió una repentina sensación de terror y de miedo. Como si algo estuviera emergiendo lentamente de la niebla y tornándose nítido. El golpeteo de unos pasos aproximándose resonó en los peldaños. La luz de la lámpara apenas si

iluminaba aquel espacio. De pronto, una sombra se dibujó en la pared, y un olor nauseabundo inundó el ambiente.
Sin embargo, avancé intentando recobrar la compostura, era solo una confusión producto de la noche.

<siempre se forman sombras, cuando la luz ilumina la escalera. No es nada> Me dije a mí mismo. Aun así avancé vacilante, con los nervios de punta, y aguzando los sentidos para comprobar que estaba realmente solo.

Encendí un cigarro para intentar apaciguarme, pero contrario a lo ocurría habitualmente. Su sabor resultó en una desagradable sensación amarga, recorriéndome la garganta hasta asquearme. Busqué el segundo piso, deslizándome por entre el laberinto de peldaños, hasta llegar al apartamento. Introduje la llave y con un envión a la puerta, ingresé a la seguridad de mi espacio. Donde logré advertir el evidente cambio. Rápidamente activé el interruptor de la luz, sintiéndome al fin a salvo.

Encendí otro cigarro, para cotejar si esta vez su sabor era diferente. Al visar que la sensación amarga en mi garganta había desaparecido; lancé una bocanada de humo y alivio. Luego me apresuré a preparar un café, para servir de compañía a mi lento verdugo humeante.

Asentí el ambiente velado de aquel espacio y di un sorbo a la taza, en la silenciosa reserva de la noche. En el convencimiento de que aquellas sensaciones sombrías, era el resultado de mi excesiva difidencia por los sucesos recientes de mi vida. Las mudas y frías paredes finalmente me acogieron, y la lenta procesión se fue apaciguando, desdeñando las trampas de mi ánimo.

Recorrí con determinación el salón, revisando que todo estuviera en orden. Luego me adentré en el corredor que conducía a las habitaciones y el baño; todo lucia idéntico. Desande una vez más la ruta, y reflexione que quizá tales laberintos de confusión, solo habitaban al interior de mi cabeza. Volví al punto de partida y caminé hasta la mesa de dibujo, sintiendo que en mi semblante se esbozaba una sonrisa y observando el bosquejo concluí:

<Rita tiene razón…el diseño es bastante adecuado>

CAPÍTULO XIV, DE LA AMISTAD CON JOHN Y EL CLAUSTRO UNIVERSITARIO

Ya en el sosiego de mi apartamento, regresé a la comodidad de la silla, frente a la consola que sostenía el ordenador. Ignorando banales preocupaciones, me sentía cómodo en mi espacio. Esta vez el aparato funcionó al primer intento de encendido y de sus parlantes escapó un sonido armónico, casi narcótico. Comprobé la limpieza del sistema, revisé la bandeja de mensajes y navegué unos minutos en la web; hasta que mis parpados se hicieron pesados, entonces disfruté de un breve reposo.

Seguido, pedí permiso al cansancio para incorporarme y avanzar unos metros que me condujeron hasta el sofá, donde me instale a la brevedad. Tomé el control remoto y mirando fijamente la tv, di clic en el botón de encendido.

Una vez me colgué el aviso de descanso, aligeré los pies sobre la mesa de centro y pasé por los canales de películas, para detenerme finalmente, en las noticias internacionales. Mis sentidos se adentraron en el anejo de las tragedias humanas, sin sorpresa de aquel común denominador, que estaba a la orden del día.

Solo interrumpí mi soporífera tarea, al mirar la hora y darme cuenta que el tiempo había corrido raudo. Era cerca de medianoche.

Y mi mundo de penumbras se vestía una vez más de insomnio. Una oquedad que se inundaba de silencio, en el designio que revelaba un juicio certero: la ascensión del desvelo. Me incorporé, tomando la cajetilla de mi bolsillo para encender un cigarro y enfilar mi primera visita de la noche, a la biblioteca, que se erigía como un panteón de libros dejados entre renglones. Mis pasos me llevarían al encuentro con la cubierta roja; tantas veces leída, tantas otras, dejada.

Había tenido una semana de contrastes y leer siempre me venía bien.

Me atendí sobre la caratula, donde podía observarse el dibujo de un detective, configurando grafías símiles al personaje de Sherlock Holmes. Y un enorme lente, donde se dibujaba el rostro de una mujer gritando. Aquel dibujo se investía de una particular mixtura entre gracia y misterio.

De inmediato viré para retomar mi ubicación inicial. Pero luego de encender la luz para una mejor lectura, me dispuse, en esta ocasión, sobre la silla de la mesa de dibujo. Descargando sobre esta el libro.

"Madrid, España, 1895…

Ya antes, había repetido ese ejercicio, como un hombre primitivo en torno a una pila de fuego. El resplandor de la bombilla destellaba, provocando un efecto de iluminación que parecía caer en diagonal sobre las hojas del libro. Descargué la mirada sobre las líneas, como un rito repetido tantas veces a la misma hora; como si leer aquella novela me fuera a tomar una vida entera. Las mismas descripciones que ya conocía; el pelo platinado, la barba rala, y las manos secas del protagonista. Sus motivos que ya antes habían sido explicados, era más que una historia en la que me sentía atrapado, empero, sin lograr superar la décima pagina. No porque la historia resultara insostenible, o la creyera cargante; por el contrario me cautivaba de una forma consistente, adentrándome en su ficción, como si yo mismo estuviera íntimamente asociado a ella.

No obstante, contrario a mis conjeturas sobre pasar la noche entera leyendo. Mi encuentro con la vieja obra, se firmó con una ligera somnolencia. Una vez más era derrotado por las grafías, que sobre el papel se alargaban, y se afanaban como un arañazo entre la tinta. Al instante me embargó una sensación de pesadez y mis parpados empezaban a cerrarse con voluntad propia.

La próxima ocasión, estaba seguro, el libro de caratula roja no me vencería. Por ahora era mí deber rehuir, y usar a mi favor aquel agotamiento. Disgregarme en pro del descanso, enfrentando un insomnio que como un poderío invisible, se había apoderado de mi cuerpo; impidiéndome el adecuado descanso durante varios días. Si. El libro rojo podía esperar a nuestro próximo encuentro, mas yo no

resistiría por mucho ese desgastante ritmo. De ese modo terminó la faena, mientras alejaba la vista y cerraba de nuevo su portada de un solo golpe.

Mientras me adentraba en la habitación, y cerraba la puerta tras de mí; tuve que encarar esa soledad y vacío, que Rita, había llenado por un momento. Y a pesar que ya estaba tan acostumbrado a ello, al mirar de reojo en el espejo de la cómoda; mi rostro resultó desconocido. Como si un extraño me hiciera compañía.

Me senté un momento al filo de la cama y me saqué los zapatos, balanceándome en la somnolencia que atravesaba mis sentidos. Entretanto, una débil brisa que se colaba no sé por dónde, fungía de adicional arrumaco. Luego seguí ordenadamente mi instinto y me desplomé al filo de una angosta línea, junto a la mesa de noche. La luz de la conciencia de a poco fue desapareciendo, y tanto la almohada, como la cobija quedaron dispersadas a un costado. Lentamente mi mirada se fundió con el piso de madera, pero antes de dormir profundamente; recordé unas palabras de la mujer de las visiones, que se obligaban difusas al interior de mi cabeza:

"*cuatro grandes cimientos, construidos sobre la maldad del hombre, son tirados por jinetes hacia el lugar que se construye en las afueras de la ciudad*"

Y envuelto en aquel místico éxtasis, finalmente, quedé atrapado en un profundo vacio. Sin el consorcio de enmarañadas imágenes que solían invadir mis sueños. Así yací, sin más objeto que el plácido descanso, en el calor provisto por un jersey y un pantalón que no logré zafarme. Amigado al fin con el ensueño, en un éter disonante de ruidos callejeros y gotas de lluvia, filtrando su rebotar de laminas y vidrios.

Aquella noche a diferencia de tantas otras logré dormir bien, con el silbido del viento como arrullo, sin tener que ocultar la cabeza bajo la almohada, en mi intención de rehuir de la aparición. Fue un descanso tranquilo, placido, suave.

Desperté con el sonido de la alarma, y el cantar de las aves que también se habían habituado a la incesante lluvia. Esa mañana el espacio del apartamento, no me resultaba sofocante. Salí de la cama y

fui hasta el baño, me lavé la cara con el agua helada y me cepillé los dientes; mientras contemplaba mi reflejo en el espejo empañado, y en mi semblante trazaba una sonrisa y un saludo lenitivo. Confortado por la reposada noche me volví y dejé la habitación. Sin reparar en recuerdos ni pensamientos extraños. Cualquier otro amanecer me habría sentido exhausto y vacio, pero ese día, la tregua del insomnio me infundía de nuevos bríos. Tan pronto me adentré en el salón principal, avancé hacia la cocina, fructificando el renovado aliento, para procurar desayunar decentemente esa alborada.

Con la mano derecha abrí la alacena en procura de una sartén, bajo el designio de preparar unos huevos revueltos. Ya puestos sobre la manteca revolví con paciencia, y anticipándome a preparar el café, tomé mientras tanto una taza. El pan se había acabado, empero, no tenía la disposición de salir tan temprano. De modo que el desayuno se limitó al revuelto de huevos, que complementé con un poco de jugo de naranja.

Sentado disfrutando mi colación, me fui relajando paulatinamente y pronto me sumergí, en un sosiego excepcional por esos días. Descubriendo una armonía que fluía con toda naturalidad. Nuevos anhelos se hilvanaron en el entramado del apartamento, y ante la quietud del humedecido ventanal; contemplé un detalle dejado de lado: John, su mensaje, la conversación de hace días e incluso las dudas que sobre la aparición, siendo él un religioso, podría ayudarme a despejar.

Con esta merced, y el último bocado del plato, tomé el teléfono móvil para llamarle. Retornando a un estado de asertividad, tecleé los nueve números fiando la respuesta del otro lado; la cual llegó luego de cuatro timbres. Apenas me reconoció me saludó de forma efusiva:

—¡Mi amigo Dickens! –exclamó su voz escapando del parlante. Sentí una profunda cortedad, por tantos días sin prodigarle siquiera una llamada, empero, no por eso deje de responder su salido con símil calidez:

—Mi apreciado clérigo—me dirigí a John, bromeando con su calidad religiosa.

Desde luego, y en busca de una situación más favorable, me adelanté a excusarme; por la dejadez de esas semanas. En las cuales la distracción me había promovido a conductas antigregarias. Consideré necesario hacer claridad de este tema, pues me inquietaba disipar la estima de una persona, que como John, siempre me había prodigado una amistad sincera, un consejo y comprensión.

—Gabriel, quien debe disculparse soy yo. Me Enteré por Derian, que el otro día viniste a buscarme…

Al instante se dispensó por su prolongada ausencia y el no haber tenido comunicación con Rita o conmigo. Luego me explicó vagamente las razones por las cuales había tenido que ausentarse de la ciudad. Comentó también que el día de mi visita a la parroquia, se había dado una reunión imprevista con el arzobispo. Justamente de esta citación había derivado su imprevisto viaje, primero a Francia y luego a Italia.

—Sí. Amigo. Parece que todos hemos tenido unos días agitados— me precipité en afirmar.

Aguarda un momento Gabriel—dijo John—y del otro lado dirigiéndose a alguien más dejó escapar un alarido:

—¡Dile que luego le llamo!—

Al instante volvió a nuestra conversación y consultó:

–Y bien. ¿Qué piensas si nos reunimos hoy, en horas de la tarde? ¿Tienes tiempo?

Correspondía en este caso inscribir lo pertinente de aquel encuentro. No solo para cruzar unas palabras de amistad, sino porque John reiteró una vez más; la posibilidad de un interesante proyecto, del que prefería hablar personalmente.

Analicé lo oportuno de esa propuesta, y decidido además, a consultar a John, los ambages que daban vueltas en mi cabeza. No dudé en gestionar el beneplácito ante su invitación:

—Claro que si John. En ese caso ¿te parece bien que esté en la parroquia a eso de las 3:00 pm?

—Por supuesto. No hay problema. Ahh… y no olvides abrigarte bien. De paso podrías traer un buen paraguas. jajaja—observó conociendo evidentemente de mi insensata visita de días pasados.

—Claro…claro—respondí—hasta la tarde.

—Hasta luego Gabriel, te espero—

—Bien…adiós—me despedí, terminando la llamada.

Agradecí su invitación, y la oportunidad de dejar el claustro, en que había convertido mi apartamento. Sin duda había en ello dos posibilidades favorables: adelantar algún nuevo proyecto, del que desconocía sus características, pero seguramente, ante lo indicado por John, sería de gran interés. Y además despejar mis dudas respecto de la aparición, con alguien inculcado en el oficio religioso; como también un gran lector y conocedor de diversos temas.

Tácitamente, ese hombre era una de las personas más bondadosas que había conocido, y con tiempo llegué a apreciarlo incluso como una persona frágil; con un corazón demasiado preclaro, para un mundo tan caótico. Ese era John, mi único amigo. Resultaba curioso pero al verlo vestido sin la formalidad del oficio religioso, solo los más atentos acertarían su vocación, o se percatarían que el anillo que lucía en su dedo, era un probo símbolo de devoción.

La historia de mi amistad con John había comenzado diez años atrás, cuando el destino nos había enfilado hacia la misma carrera universitaria: arquitectura. Yo contaba en ese entonces con veinte años de edad y él unos meses menor, aún tenía diecinueve. Al principio, como era de esperar, no tardamos en precipitarnos hacia polémicas conceptuales, en nuestro afán de sobresalir. Esto como consecuencia del liderazgo innato que albergaba nuestro ser. Sin embargo, a lo largo de la convivencia académica, múltiples coincidencias iniciaron a emerger y de a poco empezaron a unirnos. Ambos éramos seguidores del mismo equipo de futbol, como también amantes de la lectura, y por supuesto, apasionados de la arquitectura cada uno desde su propio punto de vista.

A la postre estas semejanzas y oposiciones fortalecieron y enriquecieron nuestra personalidad, nuestro conocimiento y la amistad se hizo perdurable.

A veces recordaba esa época con un dejo nostalgia. La sencillez de las calles de Treum. Una ciudad que en los últimos años había crecido desmesuradamente, dejando de lado su espíritu histórico, y

olvidando que las ciudades no deben dar la espalda a su origen. Calles sencillas de piedra, casas y torres barrocas; campanadas que anunciaban el inicio de la liturgia. Bares de amigos, simples butacas donde perder el tiempo. La pequeña Treum era un lugar acogedor, cálido, de rostros amables. Pero en un breve lapso se había convertido en una metrópoli adicta al urbanismo, incluso yo, siendo arquitecto debía aceptar que todo tiene un límite.

Se trataba de otros tiempos que musitaban nostalgias en mi cabeza. Lo cierto es que conocía dos Treum: la de ayer y la de ahora. Cada una con su propio infortunio a cuestas, con sus miedos, rumores y risas.

Mi mundo de ese entonces estaba definido por la casa materna, las estrictas normas, aun siendo un adulto. Por el respeto y la admiración a mamá, y la severidad de mi padre. Era mi ruta de escape la cátedra, la instrucción, el conocimiento; aquel paraninfo de ladrillos que abrigaba mis sueños. Y frente a los dieciocho peldaños que formaban la escalinata de acceso, acudía a mi cita de cada mañana, con la ilusión de ser un día, un gran arquitecto. Uno que la comunidad señalara, como referente de la ciudad que recorrían sus pasos.

Eran épocas de particular arraigo, hacia diversos y nobles propósitos. Gracias a un buen albur, logrados la mayoría en buena medida. Allí en el claustro universitario, la vida de colegio y la novedosa edad adulta se fundían, se transformaban en una sola. Y una vez pisamos el suelo de aquel nuncio académico, fuimos hombres cargando el peso de la sociedad a sus espaldas. Con la responsabilidad como norma, y no como imposición. Delineando así, un camino recto que nos llevaría al logro de nuestros metas.

A pesar de haber sido John mí gran amigo desde esa época. El primero con quien trabé amistad al llegar por inaugural vez al claustro educativo, fue con el diligente y poco melindroso Wilhem. Quien antes había conocido a Fillipi, el cual vino a parar a nuestra sencilla comunidad, gracias a una promesa; no precisamente de santo, sino por su fama de buscapleitos en la ciudad de Florencia, Italia. El milagro de la amistad terminó por reunirnos, y rebosantes de soltería, concedernos a la tarea de batirnos en las lides de amores frugales, con

las compañeras de clases. Señoritas todas ellas de buena pinta y modales, algunas mas particulares que otras. Y como no existía residencia universitaria, las fiestas se organizaban en la casa de algún estudiante. Principalmente, en la del extrovertido Fillipi, quien vivía a solo cuatro cuadras, en la calle Babieca, en el número 28, 11.

Sin embargo, otro joven estudiante generaba en mi cierta molestia. Uno de aspecto refinado y buenas maneras; con donaire aristocrático. Un poco más bajo que yo, de contextura más gruesa y largos cabellos castaños. A veces tan entusiasta y jovial como Fillipi; semejanza esta que terminó por reunirlos. De ese modo, un día nuestro grupo de amigos aumentó a cuatro integrantes: Wilhem, Fillipi, Dickens y John Afonte, quien provenía de una familia acomodada y poseía un carisma natural, que le valía estar rodeado de mujeres hermosas. Era un sujeto brillante, quien no debía aplicarse demasiado, en la dedicación que si requeríamos otros. Y tal vez, era eso lo que un principio, me había generado cierto sinsabor. En una época en la cual yo mismo, quería ser el centro de atención.

John, había cumplido apenas los diecinueve y rebosaba de energía. Quería divertirse, más que otra cosa. Sus padres eran la guapa señora Sofía, una dama de ascendencia alemana, y su padre un empresario, inversor de biotecnología, un negocio aplicado en el campo de la medicina y la farmacéutica que apenas si despuntaba. Pero cuya proyección, finalmente, daría el crédito a su espíritu pionero.

Sin embargo, todos éramos similares en medio de nuestras propias diferencias. A pesar de provenir de orígenes distintos. Y seguramente la más particular de las coincidencias, fue que transcurridas algunas semanas desde el inicio de clases, todos avanzábamos por las instalaciones como zombis, producto de las noches de trasnocho, provocadas por un hábito didáctico que apenas experimentábamos con tal fiereza. Hasta finalmente tomar el ritmo y adaptarnos a la conmoción que generaba esa nueva vida. De ahí en más mi amistad con John se vio fortalecida.

Y en la singularidad de las clases y trabajos académicos, nos reuníamos generalmente en casa de John o el privilegiado Fillipi, quien además de vivir solo en un suntuoso condominio. Tenía a su disposición una amplia y ampulosa piscina, en la cual durante el verano, en lugar de avocarnos al estudio; terminábamos casi siempre, bebiendo unas cervezas entre bromas y juegos.

De otro lado, poco tenía que envidiar John al extravertido Italiano. Pues su personalidad, para fortuna propia, y agrado de nuestras compañeras, conseguía impresionar a quien le conocía. Era apuesto, alegre, osado, amable, de buen trato, y generoso. De tal modo que por fuerza lograba encantar a las mujeres. De igual modo su patrimonio, juventud, la formación empresarial de su padre; la educación musical de la madre. Reñían con mi propia situación, y lo que para ese momento se vivía al interior de mi casa, donde por el contrario, los conflictos estaban a la orden del día.

<Un teatro de tragedias, en la que mi pobre madre era la victima conforme; frágil, bella, dócil e infértil. Juzgada y cuestionada por un freno de la naturaleza, sin estorbo de sus nobles sentimientos. Y el dolor de verla hundirse en su silencio, en su inútil agobio. En una oferta de convivencia manchada…> En fin no es algo que recuerde con agrado.

Simplemente, concluyamos con que dicha situación, me indujo a la consonante decisión de distanciarme del hogar; para refugiarme en la tranquilidad que confería la casa de los Afonte. Donde había una enorme biblioteca con múltiples libros de: biología, medicina, agronomía, farmacéutica; culinaria, <afición de la madre>. Y por supuesto, arquitectura; al igual que variadas novelas románticas, policiacas y de suspenso. Historias truculentas, malvadas, y misteriosas, capaces de desbordar la imaginación del lector. Como aquel libro de caratula bermellón, que una tarde me obsequiara la madre de John, y el cual reposaba ahora sobre la mesa de dibujo.

Fue así como nació mi amistad con el ahora sacerdote, Afonte. A quien jamás habría imaginado cargar el débito de semejantes

vestiduras. Empero, con el correr del tiempo se tornó en algo habitual, íntimamente ligado a su vida. Y por ende a nuestra amistad.

Recuerdo que fue Una mañana, en que departíamos con Fillipi, Wilhem y otros amigos como acostumbrábamos hacer. Estábamos sentados en una de las escalinatas que da acceso a la señorial plaza de Santa Juana. Es un recuerdo que no se ha borrado de mi memoria y que incluso a pesar de la consumación de los hechos y el trascurso de los años, sigo repasando con la misma nitidez e incredulidad de aquel día. John quien estaba junto a mí, como siempre bromeando; saltando entre los escalones como un chiquillo, o abalanzándose encima del grupo. De pronto se detuvo y con mirada circunspecta me observó, inquiriendo:

—Gabriel…¿Tú crees en Dios?

Su pregunta asomó con un donaire tan imprevisto, que me causó extrañeza, empero, respondí lo que primero que vino a mi mente.

—Por supuesto—le respondí—tal vez, no de la forma tradicional. No soy de los que frecuente la iglesia…pero sin duda creo.

—¿Sabes algo?—continuó—creo que quiero hacerme sacerdote.

En contrasentido. El atisbo de convicción en su mirada, resultó disonante con sus palabras, un tanto débil e irresoluto. Tanto que mi reacción no fue otra que dejar escapar una incontenible risa.

—Jajaja. ¡Tú sacerdote!

Pero debo decir que a pesar de de mirarlo con fijeza, en la expectativa de que concluyera su broma. Contrario a esto, John revalidó su propósito. Incluso días después, me pidió que le acompañara en las averiguaciones.

Así, con todos mis reparos, sin saber por dónde debíamos iniciar, y en la convicción de que se trataba, simplemente, de uno más de sus bizarros caprichos. Una tarde lo acompañé para que se entrevistara con el rector del seminario sacerdotal de Treum. Ese día

habían asistido otros jóvenes con las mismas inquietudes que John. Solo entonces, al ver la expresión en su rostro, luego de haber hablado con el Sacerdote. Supe que era esa su real intención y no una broma llevada a semejante extremo.

No puedo afirmar si su decisión fue la correcta. Aunque siempre se caracterizó por ser una persona bondadosa, leal, solidaria y un buen samaritano. Pienso que es razonable, y como amigo fue difícil entender ese llamado hacia la vida clerical. Pues de algún modo sentí que perdía a un cófrade de festividades y fechorías. Empero, el tiempo me demostraría que ganaba a un fiel amigo, consejero y escucha.

Para su familia tampoco resultó fácil. Su padre quien tenía para él otras expectativas, no estuvo de acuerdo. Y a pesar de lo seguro de su decisión, la oposición de ideas provocaría algunos conflictos entre ellos. ¿Pero quién puede saber las cosas que llevamos por dentro? O ¿cuestionar incluso las decisiones de otro, por más que causen extrañeza? Y en mundo cubierto por el fango, que mejor que un mortal dedicado a salvar almas. Después de todo, el buen John, seguía siendo hijo y amigo. Y el nuevo orden de las cosas no cambiara ese contexto. Al final tanto familia como amigos terminamos por entenderlo. Superando cualquier desavenencia ocasionada por su laudo.

Y si bien fue inevitable que los años de instrucción sacerdotal, el inculcarse al estudio de filosofía y teología; nos distanciaron un poco. Jamás perdimos contacto y siempre que tenia oportunidad me llamaba entusiasmado, para contarme sobre sus clases de psicología, pedagogía; su aprendizaje sobre los sacramentos, la liturgia. Y demás cuestiones ajenas a mi persona. Pero las cuales escuchaba con atención y agrado, al saber que para mi amigo eran importantes.

Y mientras yo cumplía con mi propio deber de garantizarme una vida, Rita llegó para formar parte de mi camino, llenando además el vacio que dejara mi madre, al radicarse en el exterior. Al mismo tiempo surgía entre John y ella un apego y amistad que nos uniría. Rita cercana a las tradiciones religiosas, se sentía maravillada de poder compartir sus inquietudes, con alguien que podía despejarlas de primera mano. Así ambos tuvimos la oportunidad de acompañar a

John en su ordenamiento como Diaconado, paso previo para hacerse sacerdote; lo que le permitía realizar múltiples funciones dentro de la iglesia. Recuerdo que fue uno de los días más felices de su vida, alcanzando un peldaño del que fuera su sueño durante el proceso formativo. A partir de ese momento, su convicción de servir a la comunidad se haría palpable.

CAPÍTULO XV, DE LAS CALLES DE TREUM Y AÑEJAS NOSTALGIAS

A eso de las 2:30 pm, me dispuse a salir. Abandonando mi intestino espacio de hormigón, dejando claro, que tenía una vida que debía continuar. Me despedí del rectángulo que se erigía ante mis ojos: de la mesa de dibujo, la sala, el cuadro; el ventanal, el libro rojo. Enseguida abrasé un cigarrillo, soltando una fumarola que se elevó hacia el techo, y de ahí, cuatro pasos exactos me situaron frente al picaporte que crujió al girar.

Salí con paso ligero, girando luego para cerrar la puerta, desde la cual se adivina al fondo la escalera. La imaginé tan oscura y siniestra como la anterior noche, como el rincón de un subterfugio desconocido.

Me volví dispuesto a enfrentar las calles, que de a poco mi ánimo rehuía. Explorando los escalones, descendiendo por el empinado sendero como si memorizara cada paso, intentando recordar el camino de regreso.

En el último peldaño y al fin libre de quimeras, me persigné, adentrándome en la calle. Un camino de gris asfalto adornado por verde vegetación a los lados, en el parque donde jugaba Michael, en la zona verde del edificio. Me distanciaban del vehículo, al que ambicionaba subir para protegerme del viento; de la intensa lluvia. Y bajo el saliente del edificio que fungía de adecuada barraca, me dispuse a salir corriendo, por aquel sendero que señalaba el camino de ida a la parroquia. Pero apenas asome la cabeza la borrasca se hizo

intensa, realmente semejaba un pequeño diluvio, que recordaba mi anterior visita a la iglesia. Empero, esta vez la visita tendría que dar resultado y en esta ocasión no serian mis pies, sino las ruedas de la cherokee, las que condujeran mis pasos.

Finalmente, en pocos saltos, estuve a salvo dentro del vehículo. Al adentrarme en el asiento, parecía que mi frente sudaba hilos de líquido que descendían desde mi cabeza. Estirado en el confort del sillín, introduje la llave y al instante escuché el motor encenderse. Sentí un profundo alivio, a pesar de los años, mi viejo vehículo se portaba de excepcional manera. Este convencimiento, me evitaba el esfuerzo de pensar en cambiarlo por otro. El ruido cinético y el olor a gasolina, se fundieron con los pensamientos. En un instante estaba girando a la derecha, enfilando en dirección al este, por la alameda que conducía al centro, a la vieja zona de bares y comercios. Tras bordearla, me encontré con una avenida yerma; esquilada por arroyos que arrastrando consigo las basuras, se amontonaban en los sumideros, forzados más allá de su capacidad.

La ciudad era como el extremo de un farallón, atacado por la lluvia; no existía lugar donde refugiarse. En mi mente afloraba la expectativa, que aquel esfuerzo, esta vez sí valiera la pena; rememorando una vez más el fiasco de aquel mediodía. ¡Tendría que ser! pues era el propio John, quien me había invitado.

Continúe mi avance con la mirada afectada por la neblina, con el olor de Treum, que ya ni siquiera sabía a que olía. Si al aroma de café, que escapaba desde las ventanas de algunas casas, o al de la lluvia que se abatía para fundirse en matices de tierra húmeda y vegetación. De una naturaleza lastimada por el asfalto, que reclamaba su lugar. El mismo que le había sido arrebatado por la violenta mano del hombre; por mi propia mano que había contribuido con ello. En esa danza licenciosa se entrelazaban urbanismo y naturaleza, en una lucha perdida para ambos. Pero además de eso, un algo novedoso y desconocido, irrumpía en el viento de Treum. Un tufillo almizclado que mis sentidos podían apreciar, solo a partir de la primera revelación. Un bálsamo que se hacía fétido, en concomitancia, cuando la maldad arreciaba.

El frio era intolerable, y el abrigo insuficiente. Las ramas de los arboles se desgajaban, y mi mirada se derrochaba entre callejas abandonadas. Mientras yo, me hacia un adicto a mis pensamientos; que emprendían a gobernar el interior de mi cabeza, en la absoluta soledad que regía las avenidas. Un monologo inútil en medio de una ciudad que se desdibujaba, vistiéndose de sombras. Cada esquina, cordón y sardinel, cada hidrante; todo edificio se convertía en el trazo surrealista, de un paisaje desleído por la lluvia, por una danza de gotas de agua.

Treum era sin duda un paisajillo singular. Su riqueza era al unísono su propia miseria. El vertiginoso crecimiento se había convertido al mismo tiempo, en la inanición de sus valores. La modernidad la vestía de desastres y vicios. Empero, por primera vez yo conseguía percibirlo; intentando escapar de su concupiscencia.

Confío sepan ustedes comprender, si bien no sería redimido de tales errores; que al menos intentaría ayudar a Treum. Mostrarle el verdadero rostro de los suyos, llevarle a colegir que la suntuosidad de sus mansiones; habitadas por magnates, algunos nacidos en noble cuna. Y otros venidos a más, con la utilidad de negocios que es mejor no conocer. No tenia valía alguna, si se orientaba en oposición a las humildes y grises casas de los marginados; en calles donde el asfalto no alcanza para cubrir los barrizales. No obstante, era a aquellos, a quienes la dignidad les hacia entender, que una mano limpia disfruta mejor de un humilde trozo de pan.

Eso era Treum, cuando se le veía con los ojos de la verdad. Y a cada costado de la vía en un desigual cortejo, se fusionaban la opulencia con la miseria; analogía de aquellas zonas donde el mar se une con los ríos, convirtiéndose en uno solo. Y sin embargo, las tonalidades del agua son tan claramente definibles, que ningún necio podría afirmar que se trata de un todo.

A medida que avanzaba las líneas de la calle se hacían discontinuas, de hecho parecía que en cualquier momento dejaría de surgir la avenida frente a mis ojos y caería por un oscuro barranco, ningún ruido venia desde afuera, a excepción del producido por el motor de unos cuantos vehículos. El pensamiento y el olor a gasolina

me ubicaban de nuevo en un estado de trance, que me permitía maquinalmente seguir conduciendo, con los sentidos entreverados, plenamente confundidos. En uno de los dos o tres giros que creo haber dado, la visión borroneada tras el vidrio empañado de la camioneta, dejó ver la silueta del Cardinale; su arco de ingreso y la lámina de mármol con el aviso de bienvenida.

Sabía que del otro costado se elevaba el edificio, al cual esperaba tener que asistir muchas veces: el B Tower. Y aun en mi estado de semiinconsciencia, las ideas parecieron congregarse por un segundo, para emitir un postulado metódico:

<Debo apurar la presentación de la propuesta> pensé.

Al acercarme, a la esquina en busca de la salida hacia la calle de los Mártires, vi que el acceso estaba bloqueado por un enorme separador; usado por el ayuntamiento cuando realizaba reparaciones de vías. El cual impedía el acceso de mi camioneta.
Se trataba de una defensa infranqueable, que me obligaba a girar y tomar un camino diferente.

Luego de echar reversa, con creciente excitación y sin más remedio, no por mi culpa, sino a causa de la desmaña del tránsito en estos asuntos. Debí enfilar en contravía por un trayecto de la rúa Benedictina, hasta encontrar una nueva salida hacia la calle de los Mártires, a un par de cuadras de la capilla. Estando en aquella intersección, la lluvia se tornó todavía más intensa, los relámpagos amenazantes hacían alarde todo su poder y el aire se hizo pesado; con un aroma dulzón a descomposición que manaba de los cordones asfalticos y se adentraba en la camioneta, aun con las ventanillas cerradas.

Conducir sobrevenía como una verdadera tortura, y solo los pensamientos que se refrendaban entre recuerdos de Rita, mi madre y mi buen amigo, lo hacían llevadero. Procuré entonces llenar la copa vacía de mi mente de clementes memorias.

Recuerdos….recuerdos…recuerdos.

Que se entremezclaban con los bastonazos conmovedores del cielo desgarrado, para avivarme de nostalgias. Libros de arquitectura, novelas policiacas, mi maleta de estudios, proyectos, amigos, metas,

sueños. Una sucesión de imágenes, algunas desprovistas de objetivo. Librerías, futbol, bares, las calles de Treum.

Hasta detener mi reminiscencia en la iconografía de las tardes de pesca junto a mis amigos, en el viejo lago que se extendía a las afueras de la ciudad.

Y esta intención de mi memoria, abría la puerta de una postal vívida; que influía mi alma del aroma del pescado, la carnada, las risas, y el brillo del sol ahora lejano, besando la superficie del agua. Aquel pasatiempo, sin duda, había resistido el peso de la soledad; cuando mis padres decidieron viajar a Italia. Y aquellas personas que estuvieron congregadas a mí alrededor en dicha transición dolorosa, entre ellas Rita y John, podían permitirse un espacio privilegiado en el sentimiento de gratitud que evocaban mis recuerdos.

Cuando mis padres se marcharon, en un inicio sentí la sanción de un castigo inmerecido, pero pronto entendí que era su derecho correr tras sus sueños, buscar el espacio que consideraran adecuado para ellos, y contentarse en sus propias expectativas. Irrefutablemente tuve que adaptarme a ese nuevo escenario, y precipitar cualquier temor a la soledad que albergara mi corazón, de cualquier modo, fue esa la oportunidad para apropiar nuevos sentimientos y emociones que vinieron de la mano de Rita, un par de años después. Desde mis épocas juveniles, había abrigado la esperanza de llevar de la mano a una mujer como ella; ser feliz a su lado, vivir una vida plena y poder viajar por el mundo sin afujías ni complicaciones. Un deseo que se intensificaba con el tiempo y me invitaba a dejar mi sobrevalorada soltería, y las libertades que esta otorgaba; para reemplazarlas por la calidez de las formas femíneas, apegadas a mi cuerpo cada amanecer.

Desde aquel primer día cuando la vi en la universidad, ella había conseguido despertar en mí un deseo de estar a su lado; algo que no había experimentado con ninguna otra.

Pero incluso aquel tiempo compartido y la honestidad del sentimiento que nos prodigamos, no estaba exento de las particularidades de la vida. Así el vestíbulo de la realidad se ocupaba de obligaciones laborales y académicas; de ocupaciones, y compromisos que desgajaban los minutos juntos, e instituían barreras

alrededor de nosotros. Con todo procurábamos evitar que la portezuela del afecto se cerrara y acomodarnos a dichas contingencias.

Eran justamente esos recuerdos los que sobrevenían a mi cabeza, mientras avanzaba cautelosamente bajo la acrecentada lluvia; rumbo a la parroquia para mi encuentro con John.

Y en medio de tantos repasos la intensidad de una mención se hacía intensa: mamá y su viaje a Italia. La separación de aquel ser maternal que asistió mis días de infancia. Y en la retrospectiva de lo que fue, sobresalía el sentimiento de un enlace irrevocable, a pesar de la distancia.

Eran recuerdos de niñez, que se forjaban cercanos: ser sostenido por su mano comprensiva, mientras recorríamos calles hoy ajenas y lejanas. Disfrutar la plenitud de una vida sin afanes; cuando obedeciendo mis impulsos infantiles, me aventaba contra las charcas dejadas por el agua; para escuchar al instante una tierna reprimenda:

—¡Gabriel. Deja eso, vas a enlodar tus zapatos!

Entonces al girar para atender aquel llamado, me encontraba de frente con una sonrisa, dibujada sobre un rostro angelical de finas formas. Cabellos rizados, piel muy nívea y ojos claros. Cada vez que contemplaba aquella fisonomía pensaba:

—Mi madre es única. Es la más hermosa de todas—.

Me resultaba bella, ingeniosa, y exacta, a pesar de sus excesivos formalismos y su convenida pasividad ante un hombre que de héroe tenía muy poco. Pero era justamente eso, su serenidad, lo que la dotaba de tal gracia; en medio de la tortura que debía resultar, convivir con la indiferencia de quien ha obtenido un trofeo inmerecido. Pues a mi padre, tal prerrogativa parecía no importarle en absoluto; a pesar que ella relucía en cualquier recinto que sus delicados pies besaran, llamando al instante la atención del más distraído. Y despertando enseguida el acíbar de las damas que demandaban igualarle en belleza.

De pronto, sentí una profunda añoranza de las viejas épocas junto a mamá. Que se me clavaba en el pecho, y formaba un nudo en mi garganta.

Con todo, a mi padre nada de eso parecía concernirle, y se limitaba a tratarla como una extraña. Mientras, sentado frente a la televisión se consumía junto a su bebida. Y la malgastada mirada se le dilapidaba en el ejercicio de ver correr a los atletas, tras la pelota de futbol en los partidos de liga.

Sé que de la mano de los honestos sentimientos de mamá, jamás abría cerrado la puerta del adiós. Y acierto que su intención no fue lastimarme con su despedida. Empero, esta enseñanza de vida quizá valió para entendernos mejor. Además de precisarme, debo admitirlo, el adecuar mis propias necesidades, objetivos y proyectos.

Con este sentimiento cuajado en mi razonar, pude encumbrarme enseguida hacia nobles y comprensivos sentimientos. Instalado en mi nuevo contexto, me apoyé en la amistad con John; con quien fragüé un trato hermanado, sincero y habitual.

Al principio del viaje me comunicaba permanente con mamá, bien sea por medio de llamadas o correos electrónicos. Confiando que la relación entre ella y mi padre hubiese mejorado, sobre todo para tranquilidad de tan sensitiva mujer. Pero el ruido endeble de sus exiguas confesiones, apenas si permitía denotar el efecto que en su ánimo, había generado el distanciamiento, acompañado por el cambio de país y costumbres. Aunque resultaba inequívoco que sufría, y como de costumbre tendría que hacerlo a solas.

Empero, de a poco pareció arrancarse del pecho aquel agobio, y seguramente, en buena medida gracias a la magia de una región como la toscana. Al tener la fortuna de establecerse en la ciudad de Pisa. Cerca del arrobamiento de sus campiñas, llanuras y majestuosos relieves.

Y es que las colinas metalíferas de sur, o las playas circundadas por montículos reverdecidos de pinares; poco tenían que ver con la vieja casa materna, hoy en manos de otro propietario.
La cual se ubica en la Calle San Lucas, entre la avenida de la Torre Mayor y el rio Treum.

Sin embargo, para mí no existía paisaje más maravilloso que ese. Evocaciones de atardeceres anaranjados que se dilataban en un cielo amplio, que parecía no tener fin. Y es que allí transcurrieron los

mejores días de mi infancia, bajo el cobijo de la acogedora casona. Aquel paisaje ameno y apurado a base de cipreses, inducía en mi aliento infantil un gustillo onírico; que me hacia levantar la cabeza muy temprano en la mañana. Para apurarme, con la bendición de mamá, hacia la camaradería de otros pequeños que vivían cerca de ahí. En la novedad de correr amplios espacios, girando y haciendo molinetes con las manos abiertas, como si quisiera atrapar el viento en ellas.

Recuerdos…recuerdos…recuerdos que se niegan a marchitarse.

¿Pero como describir el día que los juegos infantiles concluyeron? Cuando la vida y el carácter divino de la naturaleza humana emergieron de improvisto; planeando nuevas cosas. Ante mí, la llegada de la edad adulta, mostró un talante disímil. Conflictos familiares, ausencias y tristezas, cuyo colofón fue el viaje de mamá a Italia.

Y como la última bocanada de aire que emerge de los pulmones, se marchó la mujer que me enseñó lo plausible del afecto. Ese día conduje por la línea 21 al aeropuerto de Treum, con la nostalgia de saber que una parte de mí, se marchaba con ella. Al final solo Rita, con su llegada, lograría serenar aquel sentimiento. Con todo, intenté guardar la compostura, respetando su decisión. Mientras conducía la camioneta y por el retrovisor nuestras miradas hablaban de una despedida, que quizá ambos confiábamos seria breve. Mis manos aferradas al volante, se apuraban en llegar al aeropuerto, y solo entonces mi padre profirió una de sus habituales frases:

—¡Con calma, que todos queremos llegar!—

Así era él, simple básico.

Y aunque la respiración se me atascaba en la garganta, no tardó en llegar el momento de la despedida. Múltiples ideas cruzaron mi mente y un sentimiento de vacio se albergó en mi pecho. Era sin duda el estremecimiento de no volver a verle, de una despedía para siempre. El evidenciar que por segunda vez era abandonado; sin más remedio que aceptarlo, en la consideración del adulto que ahora era. Empero, me resultaba insoportable e insensato que optara marcharse

con quien no la apreciaba; como si adoleciera de amor propio. Impedida para notar el fracaso que era su matrimonio. Razón por la cual se sometía sin fuerzas ni lucha. Era lamentable.

Ya en la sala de abordaje, a medida que avanzaban los minutos; el ambiente de la despedida aumentaba mi desconcierto y dolor. La impensada partida se hacía tácita, y el regreso utópico. Me aproximé a mi padre, y nos despedimos con un flemático gesto. Entre nosotros nada había cambiado. Luego giré para ver a mamá, con sus ojos tristes a punto de brotar en llanto. Entonces le prodigué un fuerte abrazo y aproximándome, susurré a su oído:

—¡Si tienes alguna queja de mi, este es el momento!

Pero ella simplemente me abrazo y se alejó en silenció.

Dos horas después, la puerta del terminal me despidió desecho y solitario.

Así fue cómo terminé instalándome en la soledad y entre exiguas comodidades; aturdido por una partida a la que poco a poco me fui acostumbrando. Hasta lograr una vida singular y plena, dejando de lado tristezas y lamentos.

No quedaba más que mi propio destino, mi profesión y lo que había planeando para mí mismo. La desusada soledad inicial de las primeras semanas, se tornó en costumbre. El aire enrarecido de las calles se convirtió en mi propio aire, el que llenaba mi cerebro de ideas. Y sin la pesadez de sentir que había en mi algo indebido y que ese algo, pudiera ser la causa de su partida; continué travesando los aires de Treum, desde otras latitudes. Bosquejando un camino claro, el cual seguir. Y de algún modo, la partida de mamá terminaría por fortalecerme, permitiendo liberar mi propia fuerza; transformando mis temores en seguridad. Dejando fluir la capacidad creativa que siempre había estado latente dentro en mí, tomé lo que quedaba. Y quizá, en la corrección de las maneras o con un sentimiento verdadero; se instituyó entre nosotros un compromiso de reunirnos de nuevo. Su ofrecimiento para radicarme algún día en Italia.

Por supuesto, las promesas con el tiempo se vuelven cantos rotos, y mis propias ocupaciones y su nueva vida. Tornó nuestras conversaciones cada vez más infrecuentes.

CAPÍTULO XVI, DE LA REUNIÓN CON JOHN

Las cuatro llantas de la vieja cherokee atravesaron con pesadez el viejo sendero de piedra que conducía a lo alto de la parroquia. Era una ruta vacía y silenciosa, capaz de agotar incluso a un vehículo de semejante fuerza; aunque el paisaje exhibía una vista conmovedora, un espacio donde la ciudad se había detenido en el tiempo. Pero ese día la maleza crecida, y el verde herbaje que cubría con su manto el contorno del camino, que se mezclaba con el fango dejado por la lluvia; además de la prematura oscuridad. Otorgaban al sendero un aspecto descuidado, sombrío, casi fantasmal.

Calle abajo, aguardaba la vieja parroquia, con un brillo tenue que escapaba de su interior; encumbrada en una zona abierta como un torreón inviolable. Dispuesta con su abovedado que se dilataba en la distancia, perdiéndose entre los muros que la custodiaban. Digna de respeto, misteriosa. En el inequívoco carácter de dejaba entrever la influencia de la congregación religiosa, instituida en el año 1902, por el sacerdote de origen italiano Nicola Martini. Fiel promotor de los valores católicos, quien alentaba a la comunidad a seguir el mensaje de las santas escrituras.

El barroco pórtico del templo religioso, se erguía digno y majestuoso; brillando con un resplandor reservado. De fondo una enorme cruz sostenía la imagen de nuestro señor Jesucristo. Los ventanales pintados en tonos intensos, representaban hieráticos símbolos de una tradición milenaria. Y mensajes en latín que hacían referencia a la vida, la muerte, la resurrección y el perdón.

Noté una emoción familiar cuando intenté abarcar de una sola ojeada aquel edificio, engastado en un montículo, cuya sencillez no reñía con su imponencia. Y desde cuyo interior escapaban las oraciones como una fumarola hacia el cielo.

Era innegable la simetría, decoro, maestría y ahínco con que se había erigido aquel vetusto monumento, tan estimable de ser la casa de Dios. Donde una luz eterna resplandecía, y era inevitable que la

mirada de los fieles se perdiese en tal osadía arquitectónica. Empero, la mía propia se amilanaba ante tal artificio que pretende mutar a simples hombres en Dioses.

Al instante, el escarpado camino se torno más benevolente. El asfalto reemplazó a la piedra, y continué mi camino, dando una ojeada a los feligreses que devotos acudían al cumplimiento de sus tradiciones. Mientras una nueva borrasca matizaba las calles de un halito triste, oscuro y habitual. Transformando el entorno en una selva hostil.

Finalmente y después de tantos días, ahí estaba. Dejé la camioneta aparcada del otro lado de la calle y calculando el mejor trayecto para evitar empaparme. Descendí avivadamente de la camioneta, para luego correr hacia la puerta del despacho parroquial; que dejaba ver su portón entreabierto, sacudido por la ventisca. Con un letrero en su parte superior que rezaba:

<Parroquia de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción>

El particular despacho cural de la iglesia de Treum, era similar en su estilo al resto de los recovecos de la capilla. Estaba ubicada en la primera planta, a la derecha del templo. Se trataba de un espacio de estilo barroco, de suelos y muros con incrustaciones en mármol de color, formando complejos diseños. La luz ingresaba hacia el salón, por una alta ventana de madera de dos hojas con postigones, reforzada tiempo después con remates de aluminio; donde la luminiscencia formaba una suerte de crisol. Al fondo se veía una vieja chimenea sin uso, y sobre esta un cuadro de la natividad. Contiguo, estaba una puerta que daba a la oficina de John. Oficialmente, no era una residencia cural, aunque estaba adecuada con habitación, agua caliente, una pequeña nevera y algunos implementos de hogar.

Camila, la asistente, quien había trabajado ahí por más de quince años, acompañaba a John desde su llegada a la parroquia. Ella era la encargada de algunas cuestiones administrativas, relacionadas con el mantenimiento general de la parroquia; la contratación del personal de aseo y vigilancia, compra de enseres, entre otros.

Cuando finalmente estuve apoyado sobre el rígido marco de madera de la puerta, me encontré con el rostro distraído de Camila.

Quien inmersa en su papeleo no se percató de mi arribo, y tras el escritorio murmuraba, en busca al parecer de algún documento. Alzó la vita y al encontrarse de frente conmigo, en la formalidad aparente, de quien se ve irrumpido en su desbarajuste. Exclamó sonriendo:

—¡Hola Gabriel…sigue por favor!

Crucé la puerta del despacho y me deslicé hacia a ella respondiendo su saludo.

—¿Hola. Cómo estás?—

Camila era una mujer robusta, de unos cuarenta años de edad, pelo castaño y desordenado, que dejaba ver el tiento de las primeras canas; nariz fina adornada por menudos lunares, una sonrisa amplia y unos profundos y fatigados ojos azules.

Ella parpadeó en el agotamiento de su mirada, mientras me observaba con detenimiento; luego me ofreció su mano la cual estreché suavemente. Y de inmediato me invitó a tomar asiento.

—¿Y a que debemos el placer de tu visita, Gabriel?—inquirió Camila sonriendo.

—Bueno. Vengo buscando a John. ¿Dónde está él?—observé.

—John está en Roma— se apresuró a responder—¿No lo sabías?.

—¡Que dices!— exclamé sorprendido—pero…

Mi mirada debió tornarse yerma y mi semblante palidecer al instante, no podía ser cierto. Aunque conociendo su talante bromista la miré poniendo en tela de juicio la probidad de su mensaje. Entonces ella soltó una risotada, evidenciando la broma.

—Jajaja. No es cierto Gabriel. Está aquí en su despacho, pero en este momento se encuentra reunido con alguien. Siéntate y espéralo.

—Ya veo. Casi me agarraste—indiqué riendo, mientras me sentaba.

—No creo que tarde. Aguarda un momento—susurró Camila, avocándose de nuevo a sus labores.

Observando con adherencia un montón de papeles esparcidos por el escritorio, que cubrían casi completamente la superficie.

—¿Y cómo te encuentras Gabriel?—consultó sin levantar la mirada.

—Bien. La verdad, no puedo quejarme.

Me deslicé sobre el asiento mientras esperaba a John, y observaba a la secretaria susurrando y ávidamente, descartando entre documentos, uno que evidentemente estaba traspapelado.

Entretanto, la mirada se me distraía entre las particulares del espacio, y los ojos azules de Camila, desliéndose en la superficie blanquecina de folios. Me percaté entonces que todo su semblante estaba cubierto por lunares amarillosos y casi imperceptibles, que contrastaban con su piel rosácea como un festejo de tonalidades.

La mujer seguía ahí sentada, rebujando papeles, hasta arropar un portarretratos que descansaba sobre el escritorio, y el cual albergaba una fotografía, que no puedo afirmar se trataba de Camila, o de alguna familiar más joven. Aunque podía imaginar, que si era ella durante épocas mejores.

Con toda suerte su insistente pesquisa tendría que dar resultados, a menos que un secreto mayor cobijara aquel documento y este jamás hubiera formado parte de tal desacuerdo de información. El ambiente empezaba a tornarse espeso, cargante y aquella atmosfera de solemnidad se infiltraba hasta la oficina y de ahí a mis oídos, mientras los dedos regordetes de Camila, y su ojos vencidos parecían eternizar se en una inútil batalla.

A pesar de haber asistido en repetidas ocasiones a esa parroquia, sentía una inusual aprehensión en aquel recinto de ángulos imperfectos; escasos espacios y techo inalcanzable. Desde mi ubicación, era factible escuchar los murmullos y oraciones de los creyentes, que se atrapaban en el eco de una bóveda cerrada, Y a través de una pequeña abertura que comunicaba el despacho con el santuario, se evidenciaba el blanqueado fondo de la iglesia; Iluminado con un resplandor que se hundía sobre las iconografías religiosas y un par de cuadros muy al estilo de Alonso Cano, mas no podría asegurar que se tratara de este artista y tampoco llegué a comentarlo con John.

Hacia el fondo unas viejas sillas de madera, en su mayoría desocupadas y algunas mujeres inclinadas de rodillas, con sus parpados cerrados, coreando suplicas imperceptibles.

—¿Estás segura que lo que buscas está ahí? No pude evitar irrumpir los dominios de su agobio.

Y es que al mismo tiempo experimentaba una sensación de incompetencia, desde mi impasible ubicación. Mientras aquel tanteo del espacio espiritual, acompañado de la portezuela abierta que dejaba colar el frío de la calle, además de mi ropaje un tanto húmedo; se sumaban como una mixtura de factores que pasmaba mis huesos.

Al segundo, Camila abrió de nuevo los labios y gesticuló otras palabras, en la construcción de un improvisado coloquio; tácitamente excluyente de su enfática diligencia.

—Gabriel, ¿y cómo va tu trabajo?

—Bien, bastante bien—asentí y apliqué ídem principio de comunicación.

—Hace frío ¿verdad?—dije. Procurando hacer un poco de tiempo a la demora de mí amigo.

—Es cierto—asentó ella—y parece que esta lluvia no va a terminar nunca—

El mutismo se apresuró de nuevo y durante varios minutos más. Camila se limitó a revolver papeles, descargar la mirada sobre ellos; levantar la vista para sonreír artificialmente, y retornar de inmediato a su pesquisa.

—Descuida, haz de cuenta que no estoy aquí— indiqué como único avío de asistencia—¿o quieres que te ayude en algo?

—Discúlpame, Gabriel, lo que ocurre es que este documento…—indicó con verdadera expresión de desazón, dibujada con un trazo firme en su rostro—Es solo que a veces entre tantos papeles, justo el que necesitas termina por extraviarse. Pero descuida aquí debe estar. Te ruego me excuses, por mi desatención.

—¿Cómo crees? Te entiendo perfectamente. También a veces me ocurre—expresé con ánimo confortador.

Y continúe esperando, con los dedos entrelazados, mientras Camila, revolcaba documentos como si buscara algún tesoro.

De modo que no postergué el merodeo e insistí una vez más:

–En serio. ¿Puedo ayudar en algo?

Pero justo en ese instante pareció acertar lo que buscaba y su gesto se bautizó en un rebosante ¡Eureka!

—¡Aquí está! Gracias Gabriel—exclamó con una iluminada sonrisa. Observando el documento enganchado entre sus dedos.

Y de inmediato procedió a devorar el texto con mirada acuciosa, como si no quisiera perder ningún detalle de la hoja.

—Dios, mío. ¿Ves como son las cosas? —acotó con evidente alivio.

La miré con cierta incógnita, esperando que su frase llegara hacia una conclusión distinta de aquella aserción. Pero inclinó la cabeza, para continuar sumida en aquellas líneas.

En ese instante fuimos importunados por hombre que provino de la nada, quien asomando su cabeza por la puerta, observó como si buscara a alguien al interior de la oficina cural.

La luz del día cada vez se hacía menor, a pesar de ser apenas las cinco de la tarde.

El hombre sonrió, con mirada desorientada y de inmediato, dando un paso hacia atrás; abrió la puerta de un gracioso baile, en el cual sacudía las manos como si nadara.

Agucé la mirada para observarlo.

Y el levantó la vista observándome pausadamente. De pronto, entre tambaleos y a punto de perder el equilibrio, se detuvo y mientras se rascaba la parte posterior de cabeza, indicó:

—Necesito algo de usted. Digo, de algún modo todos necesitamos escuchar lo que usted sabe—

Lo que había sido hasta ese momento un gracioso fandanguillo del hombre, tomó una connotación distinta. Me incorporé de inmediato para allegarme a él e invitarle a replicar sus palabras.

—¡Déjalo. En ocasiones viene por aquí! Intervino Camila, deduciendo en mi acto una reconvención—es solo un ebrio.

Pero alcancé a adelantarme solo dos pasos, cuando la voz de John, emergió desde su oficina; al mismo tiempo que un hombre alto, de facciones finas dejaba el recinto.

—¡Camila! ¿Ya llegó Gabriel?

La respuesta fue estorbada por la despedida del hombre que salía.

—Hasta luego.

—Hasta luego, caballero. Que tenga buena tarde— Expresó la secretaria.

—Hasta luego—repliqué yo, como un eco de su voz.

El hombre cruzó el portal y se adentró en la calle. Entonces Camila pudo responder la consulta.

—Sí, John. Ya está aquí.

—¡Pasa, Gabriel. Pasa!—masculló este desde el interior de su oficina.

En ese momento giré, para buscar al extravagante ebrio. Pero su silueta había desaparecido.

Camila extendió su brazo, y con un ademán me invitó a seguir. Entonces me dispensé con ella, y avancé los pocos metros que separaban el salón principal del despacho cural.

—¡Mi amigo Dickens! —dijo John, en voz alta, al verme.

Estaba sentado en su silla y escribía algo en el ordenador portátil. Según parecía, el despacho del John se había convertido en un improvisado campamento.

—¡Vamos, entra!— farfulló incorporándose con pesadez de su asiento, para luego allegarse hasta mí. Avanzando con una gran sonrisa dibujada en el rostro. Acto seguido me brindó un sincero abrazo, y luego me observó como si le causara asombro verme después de tanto tiempo.

—Toma asiento por favor—invitó.

CAPÍTULO XVII, EL PROYECTO DE REMODELACIÓN DE LA CAPILLA

El despacho era un espacio pequeño de unos veintiocho metros cuadrados y paredes blanquecinas. Al fondo del cual se

ubicaba el escritorio de John, donde descansaba un sillón de brazos en madera tallada; con asiento y respaldo cubiertos en terciopelo. Frente a este permanecía una sencilla silla en madera también tapizada en terciopelo granate, y en el fondo otra igual reposaba contigua a la puerta de acceso. Encima de esta se levantaba un cuadro con la imagen de un arcángel y de fondo una pequeña biblioteca, con textos varios de consulta y diversos temas, seguramente, de interés para John o relacionados con su trabajo.

Me tomó suavemente del brazo conduciéndome en dirección a la silla, la cual desplegó y con un ademán me invitó a sentarme. Luego bordeó su escritorio para regresar a su asiento.

—Gabriel, gracias por aceptar mi invitación. Me da gusto verte. Hace mucho no nos reuníamos—observó.

Seguido me miró fijamente. Su mirada se notaba cansada, como si llevara largo tiempo inculcado en sus labores.

—¿Quieres tomar algo? —consultó a continuación.

—Estoy bien. Gracias. Tal vez, un café, pero más tarde. Ahora cuéntame cómo van tus asuntos— indagué.

—Bien Gabriel. Gracias al señor—dijo. Entretanto, repasaba algunos documentos desparramados sobre el escritorio.

Sus ojos se quedaron un instante observando algunos de ellos, que luego depositó en la cajonera del escritorio. Para luego frotar sus manos una contra la otra ahuyentando el frio.

—Bien, amigo y me dirás ¿Por qué estoy aquí?. Siento verdadera curiosidad de aquel importante asunto, tantos días dilatado— expresé.

John sonrió, mientras abría un sobre que había conservado en su mano y extraía el documento que este contenía.

—Dame un segundo—pidió mientras leía pausadamente las líneas de aquel escrito.

Luego levantó la mirada y sus ojos agotados me observaron de nuevo, alumbrándose en una señal de regocijo.

—Gabriel. Creo que podríamos participar en un proyecto, que sé atraerá tu interés—afirmó.

Lo observé detenidamente aguardando su premisa, mientras hurgaba en mi mente otro asunto que también prendía mi merodeo: se trataba del asunto de la relevación. Que incluso en la distracción de la visita, no lograba sacar de mi cabeza. Y es que confiaba plenamente que al comentarlo con él, me resultaría útil su discreción, consejo y apoyo. Para conseguir pacificar mis pensamientos atormentados por tan pesada carga. Y acaso John, con su adecuada erudición, podría entender de mejor manera aquello que cargaba mi ánimo de insomnio y ansiedad.

Pero al repasar los hechos, en mi discernimiento brotó una gran aureola de duda y mientras descargaba los codos sobre el escritorio. Y los ojos de John me auscultaban, como si supiera que estaba a punto de expresar algo; me di cuenta que ni siquiera un balbuceo, emergería de ellos. Por más que revolvía mis pensamientos, estos se negaban a renunciar al terreno íntimo que ocupaban, en un evidente subterfugio. Por el contrario una inédita conmoción abrigó mi ser, atravesando mis entrañas y presionando mi pecho. Entonces la voz de John concluyó mi titubeo, arrastrándome hacia el terreno de la propuesta que tenia para mí.

—Bien, amigo. Todo indica que…—en ese instante se contuvo—

—¿Gabriel puedo preguntar algo? ¿Te encuentras bien? Estás pálido.

—Descuida. Es solo un leve dolor de cabeza…—balbuceé— pero sigue. ¿Me decías?…

—Gabriel, acompáñame—invitó John calzándose su abrigo, para luego ponerse de pie y adelantarse por el pasillo hacia la salida.

—Al dejar el despacho, Camila, nos observó y él le devolvió la mirada. Luego consultó ¿Aun no llaman?

—Todavía no—respondió ella en una suerte de código secreto.

Entonces continuamos en dirección a la puerta, rumbo a la calle. Las gotas de lluvia se descolgaban por el tejaroz y la acera estaba completamente empapada.

—¡Vaya frio!—indicó John—no entiendo como haces para tolerarlo.

Algunas sombras se delineaban en la calle, pero no eran personas, sino las siluetas que al contraste con la luz, simulaban seres alargados y misteriosos.

Me acomodé a un costado, bajo el dintel de la puerta y John se quedó de pie junto a mí; observando con distracción la riada. Como si su mente se inundara de disimuladas inquietudes. Enseguida expresó:

—Este lugar es un símbolo, Gabriel, el santuario de la ciudad. Cada ladrillo, cada columna y traviesa que ves; conserva un trozo del alma de quienes pasaron por aquí, antes que nosotros. De aquellos que vivieron este templo como su sueño y quienes lo edificaron y modelaron a través del tiempo. Cada vez que descargas la mirada sobre sus formas estás viendo el espíritu de Treum; la fuerza que ha ido perdiendo con el transcurso de los años. Este edificio, Gabriel, se ha hecho viejo junto a la ciudad; esperando que algún día una mano renovadora lo dote de un nuevo brío.

Seguí sus palabras sin entender, hacia donde se dirigía. Entonces giró dando una ojeada al interior del recinto y continuó:

—Gabriel, lo que ves…

En ese instante también yo viré, para no perder de vista sus, hasta entonces, herméticas reflexiones.

—Lo que ves frente a ti, puede ser el proyecto de remodelación más importante que hayamos llevado a cabo—anunció.

De forma imprevista concluyó su inusitado discurso y su mirada penetrante se posó en mí. Girando hacia otro asunto completamente disímil.

—¿Recuerdas como eran las cosas cuando estábamos en la universidad?

—¡Claro que lo recuerdo! Que feliz y despreocupado era todo en esos tiempos—Aprobé con un gesto.

—Así es y pareciera que la gente, hoy no lo entiende—aseveró John.

En ese momento, tomé de mi bolsillo la cajetilla de cigarros y extrayendo uno, se lo alcancé. Pero con una señal de la mano lo rechazó.

—Gracias, Gabriel. Ya no fumo.

Por mi parte, sentía gran ansiedad por fumar. Pero me sentí cohibido por su respuesta e intenté regresar el tabaco a su sitio.

—Jajaja. No te preocupes amigo—rio él. El que yo no fume, no quiere decir que tú no puedas hacerlo. Vamos sigue.

Me sentí aliviado, y sin esperas extraje el encendedor, tomando una vez más el cigarro entre mis dedos, y dejando escapar al instante una bocanada de humo.

—Seguro ¿no te molesta?

—No descuida—aseguró él.

—Como te decía, a nadie parece interesarle. Pero tenemos a Dios de nuestro lado—continuó.

—En eso tienes razón—Asentí.

Sintiendo que era el momento propicio para hablar de la aparición y su mensaje. Pero todavía tenía la sensación de que la voz se me quebraría a mitad de la garganta y no alcanzaría a prorrumpir media palabra. De cualquier modo terminó por escapárseme la oportunidad cuando John, impidiendo mi propósito, consultó:

—¿Quieres café?

Suspiré ante los intríngulis que frenaban mi averiguación y acepté su ofrecimiento.

—Por supuesto, me sentaría bien en este momento.

John avanzó lentamente, despidiéndose del portón, para adentrarse en la estancia y el mismo se anticipó hacia la esquina; donde aguardaba una greca eléctrica, dispuesta sobre una mesa cubierta por un mantel de satén fucsia.

Luego tomándose su tiempo, esperó ceremoniosamente a que la cafetera liberara el líquido, descargando un par de tazas, sobre unas bandejitas redondas. Enseguida del interior de una azucarera de cerámica con motivos de flores, extrajo unos cubos; como si se tratara

de pequeñas perlas arrebatadas a un tesoro. Por último introdujo una cucharilla en cada vaso humeante. Y se apuró en regresar a mi encuentro.

Entretanto yo, en mi soledad, me distraía con formar nubarrones de humo que escapaban del cigarro hacia la rúa.

—¡Ya ves. Servicio a la mesa!—bromeó al regresar.

—Gracias amigo. Tendré en cuenta la buena atención, para visitarte con más frecuencia—dije, sosteniendo con una mano, la bebida que mi buen amigo, me alcanzaba.

—¿Escuchas lo que dice? —dijo John dirigiendo su mirada a Camila, mientras sonreía —. ¡Vaya interés el de algunas personas!

—Jajaja. Ni decirlo amigo, ni decirlo—corroboré entre risas.

—Bien Gabriel regresemos adentro. Puede que a ti el frio no te haga mella, pero yo me estoy congelando—expresó John, mientras tomaba un sorbo de café.

Mientras nos adentrábamos, hizo un mohín a la secretaria y ella negó con un gesto. Evidentemente algún asunto daba vueltas en su cabeza. También su semblante lo denotaba. Empero no me atreví a preguntar. Y seguimos avanzando con caminar pausado.

Tan pronto regresamos a la comodidad de la oficina, luego de sentarnos, John me miró, mientras acariciaba con delicadeza una biblia reposada sobre el escritorio y con la otra mano, tomaba la taza para beber un poco más de café.

¿Estás seguro que no has tenido quebrantos de salud, Gabriel? Te notas realmente pálido—indagó enseguida.

Solo atiné mirarlo en silencio, libertando en mi memoria el eufemismo de sucesos de las recientes semanas, y la razón disimulada de aquella visita, que convenía con el conocer lo que él mismo, tenía para referirme. John tenía razón, lo sabía. Era evidente el menoscabo de mi semblante, a causa de los días de insomnio, y la dejadez alimenticia. Ya ni siquiera recordaba la última vez que había tenido una buena cena.

De pronto la revelación, los mensajes, y voces anónimas se articularon en mi cabeza. La inquietud me tomó por sorpresa, y un

desvanecimiento similar al del día anterior, agobió mi cuerpo, en el abrazo repentino de la inconsciencia.

Cuando salí de aquel brete psíquico, sentí como si mi ser consiguiera liberarse de una fuerza que envolvía mi humanidad. Vencido, supe que aquel desconocido poderío, impediría a cualquier costo que esa tarde revelara mi secreto. No era el momento indicado.

Con ambas manos descargadas sobre el escritorio y el tazón de café vacio, en medio de ellas. Levanté la cabeza y me encontré de nuevo con los ojos de John, quien me observaba fijamente, con un dejo de curiosidad y el asombro.

—Entonces, ¿qué era lo que me decías?

—¿Qué?...

—Sí. Dijiste que querías consultarme sobre un asunto. Algo que había ocurrido en los últimos días. Pero de pronto, te quedaste callado, con la mirada extraviada. ¿Qué ocurre?

—¿Qué dices? No…no sé…—indiqué irreflexivamente.

Sintiéndome cansado, y preso de ansiedad por encender un cigarro. Inquieto por aquel lapsus de mis pensamientos, y reflexionando respecto de la misteriosa conducta, que fecundaba en mi, tantas incógnitas. Mientras John, me miraba fijamente sin atinar frase.

—Ya veo, es otra de tus bromas—sonrió John, arqueando las cejas.

Empero, por más que me esforzara, no recordaba nada de ese breve lapso y en la premisa de encubrir mi denso proceder; enfilé hacia el asunto de Hamm, como excusa que distrajera la atención de John. Y fue sobre este tema que hablamos amplia y fluidamente. Lo cual evidentemente, obró como un lenitivo a las preocupaciones de ambos.

Las palabras de John transitaban alrededor de las ventajas del proyecto, y el regocijo de que aquella oportunidad pudiera ser mía. Sintiéndose motivado en dar sus opiniones y consejos, e incluso hizo alusión de algunos contactos con políticos de la ciudad, que podrían eventualmente, brindarme cualquier tipo de ayuda, de llegar a

requerirse. Y mientras hablaba, yo encontraba el sentido a lo que decía y por un instante conseguía relegarme de mis angustias.

—A veces, la ventura emerge del modo más imprevisto— afirmó—pero te mereces una oportunidad como esta.

—Sí, Dios quiere, así será—indiqué.

—Dios, siempre quiere, amigo—aseveró él— ya te lo decía desde que estábamos en la universidad, que la buena fortuna sonreiría un día. Al final parece que tuve razón.

—Ni modo amigo, así es—asentí.

La charla agasajó gradualmente mi ánimo, y la tarde avanzó rápidamente. De pronto la impaciencia y las extravagancias de mis pensamientos se iban. Y la amistad del buen John me contagiaba de pragmatismo. Mientras sus ojos se avivaban en la superficie de la escribanía, de donde tomaba documentos que transponía en otro lugar. Para luego asir una hoja de papel, donde bosquejaba las ideas que quería ofrecerme para el proyecto Hamm.

Al hablar sobre la corporación alemana y la posibilidad de formar parte de la importante obra, mis palabras sonaron con el eco de un fragor renovado en mis oídos. Lograba escucharme y sentir que era una persona diferente en ese momento. Y al interior de mi cabeza una voz replicaba:

<Solo quiero volver a mi vida de siempre>

John quedó en silenció por un momento, y tras tomar un sobre del interior de la cajonera, lo puso en mis manos.

Entonces nuestro silencio, dejó escuchar las plegarias de los feligreses, que como un susurro atravesaba la distancia que separaba el despacho de la capilla.

Tomé el sobre e indagué con curiosidad:

—¿Qué es esto?

—Vamos, Léelo. Pidió John.

De inmediato extraje el documento e inicie a examinarlo.

Este hablaba sobre la autorización para un proyecto de remodelación de la capilla. Palabras más palabras menos, mencionaba la importancia de su concepción histórica, la necesidad de mantenerla en pie por los próximos años, y la posibilidad de un convenio entre la

ciudad y un consorcio financiero local, quienes aportarían el capital necesario para conservar en adecuadas condiciones aquella heredad cultural y religiosa de Treum. El manuscrito hacía mención también de algunos nombres, que se avocaban a este proyecto. Entre los que sobresalió uno de ellos: el del senador Gorky. Esto llamó mi atención, pues ya era la tercera vez que tenia mención de él. Finalmente, llegando al pie de página del documento, los firmantes ratificaban su compromiso de seguir trabajando por el patrimonio de la ciudad.

—Nada ocurre por casualidad amigo—indicó John, cambiando la modulación de su voz—confío que con lo de Hamm, tengas tiempo para nosotros y este significativo proyecto.

—¿Me estás diciendo que...?

—Así es—Asintió, mientras recibía de regreso el sobre.

—Es una broma. ¿Verdad?

—Como crees, que jugaría con algo como esto—dijo elevando sus manos—Gabriel, bienvenido al proyecto de remodelación de la capilla. Por supuesto, si quieres aceptarlo.

De inmediato miré a mí alrededor, y mi cabeza divagó sobre las múltiples opciones y el indiscutible potencial de aquella reforma.

Me sentí estremecido. Por mi cabeza jamás habría cruzado la idea, de adelantar una tarea semejante. Realmente me conmovía y no acertaba las palabras para agradecer a John, tenerme en cuenta, justamente a mí, para tan enaltecido quehacer. Pero al mismo tiempo mi mente se quedaba en blanco, para luego inundarse de duda, puesto que no bastaba con mi entusiasmo y dedicación para recabarme en un área la cual adolecía de la experticia suficiente.

—¿Y qué idea tienes?—pregunté.

—Esta es una joya arquitectónica de la ciudad— dijo John, elevando la mirada, y señalando las paredes—te anticipo que debemos ser conservadores en nuestra propuesta.

Los ojos se le iluminaban tan solo al plantearlo.

Pero al mismo tiempo de agradecer su infinita devoción y confianza hacia mi trabajo, sentí una sensación de vacío recorriéndome en las entrañas.

Aquel propósito era algo totalmente disímil a lo que hubiese hecho antes. Y por un momento quedé mirando a John con cierta incredulidad, y así lo expresé:

—No lo sé, amigo, ¿Estás seguro? Tal vez este rediseño necesite de atención más calificada.

—No digas tonterías —dijo enseguida—.Tu y yo Pertenecemos a una clase única de arquitectos. Capaces de leer las estructuras con toda claridad. Ya verás que no será tan complicado.

—Sí, es cierto —dije, simplemente por responder.

—Así es —aceptó John, sonriendo.

—Te lo digo—comentó de nuevo con celeridad— Yo te conozco bien colega, y sé que no tendrás reparo en lucirse.

—Supongo—respondí—No puede ser tan complejo. Ya antes nos hablaban en la universidad sobre este tipo de reformas, y de algún modo esa información ha quedado alojado en los recuerdos. Ya emergerá cuando sea el momento justo.

John asintió con un gesto de la cabeza.

—Eso sí. No olvides la municipalidad.

—¿La municipalidad?

<La municipalidad, claro>, recordé.

La petición explicita del ayuntamiento era que las construcciones históricas, conservaran cuando menos el 70% de sus características originales. Y en esa formalidad los gastos se elevaban por el asunto de la preservación. Esa construcción pos supuesto era un emblema, un algo, que a pesar de ser imperfecto por venir de la mano del hombre, estaba más cerca de la perfección que cualquier otra cosa.

Me sentí cada minuto más motivado, en la convicción de mis capacidades. En realidad mi fascinación con el proyecto de la iglesia no tenía nada que ver con lo espiritual; pasaba únicamente por un interés arquitectónico y la evidente relevancia histórica que el edificio albergaba.

Me interesaban, claro, los detalles estructurales, la correcta proporción, y la secuencia lógica de los elementos visuales. En eso me enfocaría, entre otras cosas.

Dejé escapar una bocanada de aire de mis pulmones, mientras seguía con la mirada los acuciosos detalles que albergaba aquella obra, mis pensamientos seguían aferrados a ese espacio, a la atención de cada forma.

De repente apareció Camila a toda velocidad, y se detuvo ante el respaldar de mi asiento, apoyando sus manos sobre este. Y con fuerza en su entonación se dirigió a John, quien clavó su mirada en ella.

—¡John. La llamada del monseñor!

Presté atención a sus gestos mientras hablaban y noté que la amplia sonrisa de John, se abatía mientras se incorporaba de su silla.

—Recibiré la llamada en tu escritorio—indicó él, pidiendo permiso y saliendo del despacho. Dejando a Camila, ahí conmigo. Quien me miró con rostro intranquilo.

—¿Ocurre algo Camila?—pregunté.

—Hmmm. No lo sé—liberó un prolongado suspiro—Dios, permita que no. Pero no indicó nada más.

Dada la reacción y el tono de su respuesta, concluí que no debía propiamente, insistir al respecto. Lo más probable es que su desazón fuera una ligera impresión mía o una exageración de sus ademanes. Y De cualquier modo, aunque mi análisis sobre el hierático asunto, que se entreveraba en aquel salón, estuviera acertado. No necesariamente entrometerme, solucionaría algo o instauraría una confidencia de parte de la secretaria. De modo que continué sentado, mirando con aire distraído la estructura del aposento. Y me desuní de las circunstancias que importunaban a John y Camila.

<No puede ser tan grave> susurraron mis pensamientos <en los recintos sagrados, se instituyen acasos menos delicados, de los que padecemos los simples mortales>

No sé porque fui tan simplista entonces, omitiendo que el destino a veces profiere enseñanzas sorprendentes en cualquier espacio y lugar. Y que mi obligación cuando menos era saber si podía ser de ayuda a mi amigo. Entonces me sentí un poco amilanado y egoísta.

En el secreto de su privacidad, John sostuvo una conversación de unos cuatro minutos. Camila se resistió a importunarlo; quedándose a mi lado sin pronunciar más palabras, en un acuerdo de silencio que maquinalmente, también yo, había firmado. Así aguardamos su regreso sin tan siquiera mirarnos.

Un instante después John ingresó de nuevo al salón, y ella de inmediato dejó el recinto. Cuando sus ojos se cruzaron hubo un dialogo que no requirió de palabras; el brillo de un barrunto, cuyo origen solo ellos conocían.

Y mi acuerdo de resistirme a cualquier indiscreción, fue demolido al ver la expresión de desasosiego en el rostro de mi amigo.

—¿John, ocurre algo grave? ¿Dime si te puedo ayudar en algo?

Solo entonces volvió en sí.

–No Gabriel. Realmente no. Solo asuntos de la curia…pero nada de qué preocuparse. Es que…—

Pensé que la singular entelequia de mi mente seria despejada, y que a continuación conocería la razón de tal nerviosismo. Pero manifiestamente, existía un dejo de prudencia en su entonación.

—Es el monseñor, que ha llamado para pedirme un favor —prosiguió John con voz cansina, mientras tomaba asiento.

Ensayé mantenerme sereno, y no asediarle con preguntas si quería pisar en terreno firme. Lo conocía bien, y sabía que insistir no serviría de mucho.

Quien mejor que yo, podía entender que en ocasiones, no acertamos las palabras adecuadas para expresar una preocupación. Empero, aguardé unos minutos y probé examinar de nuevo.

—John, sabes que lo que necesites puedes contar conmigo.

—Gracias, amigo. En verdad no…no te preocupes.

Mi propia experiencia me indicaba que en esos casos, la soledad y la meditación, son la mejor manera de hallar respuestas. Concluí entonces ante su azoramiento, y sellando, aun cuando el mismo no lo dijera, que podría tratarse de un algo privado. Lo mejor sería dejarlo atender, en la tranquilidad de su espacio, aquel asunto. Además se hacía de noche, y más tarde pensaba reunirme con Rita.

—Bueno, amigo. Te dejo tranquilo, espero que puedas solucionar tu inquietud, sea lo que sea. Y ya sabes, cualquier cosa me avisas.

El simplemente sonrió encogiéndose de hombros. Intuyendo la sensatez de mi decisión y agradeciendo el haberle acompañado aquella tarde lluviosa, como también recordado viejos tiempos.

—Soy yo quien agradece tu tiempo, y generosidad—dije prodigándole un abrazo.

—Aguarda. Te acompaño a la salida—insistió él.

Al salir me despedí de la secretaria con un guiño.

—Adiós Camila. Nos vemos otro día—

—Gracias Gabriel por visitarnos y no olvides el camino de regreso—concluyó con una sonrisa y un gesto de la mano.

—No lo haré—certifiqué y sin más, avancé por el pasillo en busca del portón.

—Envíale mis saludos a Rita—solicitó John.

—Por supuesto, que sí—asentí.

Entonces me despedí agradeciendo sus atenciones. El se acercó descargando las manos sobre mis hombros y luego girando el brazo por mi espalda, me dio un abrazo.

—Gabriel, cuídate. Y ya sabes que seguimos en contacto.

—Así será, mi amigo, y de nuevo gracias.

Nos despedimos, quedando de reunirnos en breve y crucé el quicio de la puerta, para adentrarme en la oscura penumbra que instituía en un corredor misterioso la calle. No hube avanzando dos pasos, cuando mi ánimo se derrumbó hacia la conmoción del vacío y el abatimiento. Era como si solo tocar el suelo de Treum, mi vigor se esfumara, trasmutando en lasitud y desasosiego.

Corrí hasta la camioneta y el trayecto aparentó un cosmos ajeno y recóndito, como si cientos de sombras se abalanzaran en contra mía, rodeándome de una oscuridad espesa. El ambiente de inmediato se enrareció, y un escalofrió recorrió mi cuerpo. Certificando mi horror, con lo que a continuación vieron mis ojos:

En la distancia vi que una silueta anónima se allegaba a toda velocidad viniendo en mi dirección. Cuando estuvo a un par de pasos se detuvo

de golpe frente a mí, quedé inmóvil prendido por el pánico al advertir su aspecto. Su rostro era equívoco, vagamente reconocible; como una costra de escarcha, una suerte de pavesa pálida que se rompía. Sin comisuras en los labios, un cuello muy largo y delgado del que sobresalía una pronunciada nuez y surgía bajo sus ojos llenos de arrugas, una nariz alargada. Tuve suficientes motivos para salir corriendo, pero mis músculos estaban entumecidos, para intentar siquiera subir al coche. Incluso ahí, completamente a oscuras, aquella imagen parecía tan sólida como para tratarse de una ficción de mi mente.

Acababa de dejar la parroquia, de modo que aquello no era una pesadilla, ni una ilusión; era algo que estaba viviendo de forma consciente, con todo el espanto que generaba.

Su piel al igual que la de los otros, era del color de la ceniza, y sus venas parecían refulgir bajo su dermis. Me miró y su rostro puedo asegurar era el de un demonio. ¿Cuándo acabaría esta pesadilla? era como si esos espantos, supieran donde encontrarme, o tácitamente quisieran reunirse conmigo.

En la confusión que se erigía, las formas espectrales de su fisonomía despuntaban en medio de la neblina. Escrutado en la débil luminiscencia de un candil del alumbrado público, se certificaba la etérea veracidad que acertaban mis ojos.

Estaba completamente atónito, entumecido de pánico. De pronto sentí que alguien se detenía a mis espaldas, podía escuchar su tenue respiración, y ver su sombra reflejada a mis pies, irradiada por el mismo candil. Sin aviso una mano se descargó sobre mi hombro. Fui incapaz de girar, sin el menor atisbo de lo que allí aguardaba. ¿Acaso otro tenebroso espectro?

Empero, mi agitado ánimo se apaciguó cuando escuché una voz que me hablaba, solo entonces pude virar.

Se trataba de John quien había regresado para acompañarme y traía un paraguas en su mano. Para entonces el inusitado visitante, se había esfumado, dejando tan solo un ligero aroma a pudrición.

—Amigo, te llamé, pero avanzaste demasiado rápido. Y noté que te detuviste al llegar aquí. ¿No encuentras las llaves del auto?

Por unos segundos transité por los entresijos de mi cabeza, completamente empapado por la lluvia, espantado y palpitante. Mientras buscaba una explicación que no rodeara de monomanía mi explicación. Y la mirada de John a pocos centímetros de mí, intentando salvaguardarme del aguacero, esperaba en una vacilante pausa mi respuesta. Pero en mi mente solo había penumbras y en mi voz silencio.

Superado el trance, intenté sonreír y fingir que su suposición era acertada ¿Qué otra cosa podía hacer? Reconociendo en su rostro una expresión de extrañeza ante mi conducta.

—Discúlpame John, sabes que soy un tanto despistado. Aquí están las llaves. De nuevo gracias, y no vayas a pescar un catarro por mi culpa. Vamos vuelve a la parroquia—dije mientras estrechaba su mano y ascendía lentamente a la cherokee.

—Bien, Gabriel. Te llamo, para reunirnos de nuevo. Adiós.

Instauré mi bitácora mental, para adentrarme en las avenidas de Treum, sintiéndome todavía afectado por el desusado encuentro. Las piernas me temblaban y sentía las entrañas revueltas. Finalmente conseguí rehacer mis pensamientos y en medio de tal escabrosidad, encender el motor, avanzando por el callejón que se dividía ante mis ojos.

En el trayecto de regreso conseguí reunir el aplomo suficiente y en la concepción de la lógica, acerté un atinado sedativo: llamar a Rita. Saber si nos reuniríamos esa noche y entre sus brazos, conseguir alejar las imágenes de horror y las voces que una vez más iniciaban a atormentar mis pensamientos. Ansiaba encontrarme con ella, tal vez pasar por su casa, que se encontraba más cerca de la parroquia, esa era mi perspectiva.

A medida que avanzaba, el silencio de las calles se hacía profundo; estorbado tan solo por el zumbido de la lluvia golpeando contra las ventanas del auto y forjando una sinfonía impasible y narcótica. Encendí la radio, y el sonido que surgía de los parlantes, intensificaba el efecto. Estaba empezando a adormilarme, y todo a mí alrededor parecía un lejano susurro. De inmediato, sin detener la camioneta, tomé el teléfono móvil y tecleé el número de Rita.

Intenté la comunicación dos, tres veces. Pero no hubo respuesta.

CAPÍTULO XVIII, EL PLACER BALSÁMICO DE LA COMPAÑÍA DE RITA

Aquella noche tendría secuelas terribles. El acontecimiento que habría querido fuera solo un sueño, definiría de ahí en más, el futuro de Treum y sus habitantes, el mío propio. Desde entonces las visiones se sucederían con mayor frecuencia. Y aquel plano hasta entonces quimérico, cruzaría el portal a nuestro mundo; acechando las almas. Corriendo como un torrente maligno en la sangre de los condenados.

Quebrantando su voluntad, condenado su espíritu, empujándolos violentamente a una existencia de pecado. A una vida de ignominia.

Mientras conducía, las luces de los semáforos eran centelleos difusos. Intenté comunicarme de nuevo Rita, pero resultó infructuoso; por alguna razón temí por ella, presentí que pudiera estar en peligro.

Mis pensamientos se hicieron cada instante más densos e imprecisos, y el único hilo que me unía a la cordura, me advertía del riesgo de causar un accidente; puesto que ante mis ojos no existía una mínima señal de la calle, los edificios ni las personas. Solo una densa y oscura bruma por la cual avanzaba, dibujando en mi mente un camino recto. Entretanto, voces emergidas de la nada violentaban mi cabeza, bisbiseos incógnitos; iconografías que se entrecruzaban. Imágenes de pasquines repugnantes, lamentos, hambre; violencia, enfermedad política, corrupción. Mi cabeza explotaría en miles de fragmentos, ya no podía tolerarlo. Tuve que descargar con fuerza mi pie sobre el freno y una violenta sacudida me lanzó contra la cabrilla.

Respiré profundo, y en la agonía que se dilataba cerré los ojos, ensayando alejar aquel azote de mis pensamientos. Aguardé un momento, aligerando mi cabeza en el tablero. Sentía un nudo en la garganta, que además estaba reseca, impaciente por beber algo de líquido. Poco a poco me sobrepuse, y al mirar a mí alrededor, me

encontré justo sobre la acera donde siempre aparcaba mi cherokee. Sin entender cómo, ya estaba en casa.

<¿Qué pasa contigo Gabriel?> Busqué respuesta en mis palabras.

Volví a mirar con asombro, pero terminé por aceptar que tampoco aquello tendría explicación. Mientras retiraba las llaves del interruptor de encendido del auto, subí hasta el tope las ventanillas y descendí mansamente de la camioneta; sintiendo al instante un fuerte mareo que me obligó a soportarme contra la carrocería.

No comprendía del todo, el propósito incontrolable que agobiaba mi vida. Y aun sabiendo que nada de lo acontecido era un sueño, debí infundirme de arresto, para seguir el rumbo que anunciaba el oscuro pasillo; confiando no ser tomado una vez más por sorpresa. Entretanto, con cada paso, cargaba en mi pensamiento aquel rostro ceniza, su mirada, y los inexistentes labios. Mi andar era rápido y mi espíritu vacilaba en la singular sensación, que abrigaba mi pensamiento.

Caminé unos veinte pasos hasta atravesar el campo que rodeaba la calzada, guiado por la imprecisa luz del farol. Levanté la mirada para observar los apartamentos que se extendían más allá; la mayoría de ellos a oscuras. El mío apenas si se distinguía. Y a poca distancia el del pequeño Michael.

¡Pobre niño! Ni siquiera a él lo estaba ayudando ¿entonces cual era realmente mi tarea? Debí reconocer que hasta ese momento, no había sido realmente útil.

Aquel atisbo de culpabilidad, me siguió hasta las escaleras que me adentraban al edificio. La calle no era de mi agrado, pero tampoco esos umbríos peldaños eran un alivio. Busqué en mis bolsillos las llaves del apartamento; en ese momento tropecé y estuve a punto de resbalarme. La escalinata era una trampa húmeda y oscura. Afuera el bramido de los relámpagos era incesante, y el agua chapoteaba por todos lados; a pesar de ello me sujeté de la barandilla húmeda, rozando con los dedos el frio relieve de la estructura. Doblé y al fin tropecé con el camino a mi residencia; apuré esos últimos pasos que me dejaron frente al picaporte

metálico. Introduje a tientas la llave y giré la cerradura. Fue un alivio cuando la puerta se entreabrió y una sutil claridad iluminó mis ojos.

Al abrir llenamente, el resplandor de la bombilla me tomó por sorpresa, deslumbrándome, y un aliento cálido lisonjeó mi rostro. Tal vez un descuido de mi parte, aunque no recordaba haber encendido la calefacción. Empero, no quería sembrar más suspicacias en mi mente; tan solo anhelaba dejarme caer sobre el sofá, cerrar los ojos y recuperarme por completo. De modo que allí fue a donde me dirigí primero, luego de cerrar la puerta.

Me desplomé en el asiento, sacándome los zapatos. Y avivado de angustia, intenté descansar con la cabeza apoyada sobre el espaldar. Las imágenes en mi mente iban y venían, sacudiendo mi ánimo como la pleamar al atardecer. Mi descanso era trozado por el filoso cuchillo de la incertidumbre y las noches de insomnio. No entendía cómo habiendo estado frente a Rita y John, quienes habrían podido darme un consejo, había optado por aquel silencio que ya no conseguía cargar sobre mis hombros.

Estaba inmerso en tales divagaciones y en mi paciente espera, cuando sentí que alguien se aproximaba; delineando la sombra de su cuerpo sobre el asiento. El aire en mis pulmones se liberó agitado, y mi corazón pulsó en un violento brío. Podía notar el calor de la respiración escapando por mis fosas nasales, tenía la garganta y los labios resecos; sin tener la menor idea de cómo reaccionar, sin saber si aquel ser que se aproximaba era un asaltante o se trataba una vez más de la mujer de las visiones.

Aquel inesperado visitante se detuvo justo a mis espaldas, tras el asiento. Debí haber reaccionado en ese momento, pero me sentí paralizado; resignado a mi trágico destino. Tenso sobre el sofá, suplicándole a mis músculos que se activaran. En medio del arrebato de mis emociones unas manos rodearon mi cara; en ese momento casi se me detuvo el corazón. Tembloroso quise liberarme de su abrigo, pero noté al instante que las manos eran suaves y pequeñas. Sin duda era una mujer y claramente no podía tratarse de quien me visitaba en las noches, dejando inéditos mensajes.

Giré liberándome de la secreta caricia, y encontré la mirada de Rita que se posaba sobre la mía, desasiendo el misterio con su bella sonrisa.

—Hola amor. Es tarde. ¿Dónde estabas?—inquirió, abrazándose a mi pecho y apoyando su cabeza sobre la mía.

Sin percatarse que yo, aún temblaba, sin lograr salir de la conmoción que había causado su repentina llegada.

—Te he esperado por más de dos horas ¿Dónde estabas amor?—preguntó una vez más.

—¡Mírate estas empapado!—continuó al comprobar mis ropas húmedas—ve a cambiarte.

Dejé de divagar por un momento, y de regreso hacia el sendero de la lógica; la invité a acomodarse junto a mí, en el asiento. Y es que mi distracción de los últimos días, parecía estarme jugando malas pasadas como esa, reflexioné un instante. Recordando que hace algún tiempo había entregado a Rita, una copia de la llave del mi apartamento; para que ella pudiera visitarme cuando quisiera o esperarme, como esa noche, cuando tardaba más de lo acostumbrado. Sin embargo, hace mucho que no lo hacía, en parte por la delicada situación emocional de doña Selena, que la impelía a pasar la mayor parte de su tiempo libre junto a ella.

Últimamente todo parecía una locura, pero mi corazón se fue sosegando. La tensión dio paso al abrazo de su cuerpo y de inmediato la conexión de mis neuronas volvió a su cauce, con un prolongado beso de bienvenida.

—Me diste un susto terrible, pero me encanta que estés aquí—afirmé sonriendo.

—¡Vaya, y es que ahora estoy asustando!—dijo ella riendo.

—Solo un poco—asenté, envolviéndola con fuerza entre mis brazos.

—¡Amor, estas completamente mojado y hace un frio terrible!—aseveró Rita, en reivindicación de lo que dijera minutos antes.

—Si Cariño. Ya voy a…— zanjé con un gesto el resto de la frase. Mientras me incorporaba, dirigiéndome a la habitación— A propósito, hoy visité a John. Ya te digo lo que hablamos.

—Bien, amor. Te prepararé un café, mientras tanto.

—¡Prefiero un trago de whisky. En verdad lo necesito! En la alacena debe haber una botella—farfullé desde el pasillo.

—Bien. Iré a buscarlo.

Me adentré en la habitación y luego de sacarme la ropa mojada, aunque en principio lo dudé, segundos después me encontraba desnudo bajo la regadera, dispuesto a tomar un baño.

Me instalé bajo la gélida cascada, liberándome de los hedores de Treum; de la niebla, el temor y los recuerdos. Erigiendo nuevos perfiles de optimismo; de los que hacían parte Rita, la propuesta para Hamm, en la que debía encaminarme a la mayor brevedad y la posibilidad de la remodelación de la capilla. Esto devolvía mis pies a la tierra, y los minutos bajo la ducha reconfortaban esos lineamientos.

Minutos después dejé el cuarto de baño sintiéndome renovado, me acomodé dentro de la bata, y apuré mis pasos. Cuando empezaba a escoger las prendas secas y limpias. Escuché la voz de Rita desde la cocina.

—¡Amor, ponte algo cómodo! ¿Imagino que no saldremos a ningún lado? ¿Verdad?

No entendí su premisa, puesto que supuse tendría que acompañarla cuando menos a su casa. Así que me apuré en dejar el cuarto, todavía vistiendo la salida de baño y unas viejas sandalias.

—¿Que dices? ¿Acaso, no te llevo a casa?

—Hoy no.

—No entiendo— dije aproximándome a ella. Pensando que se trataba de una respuesta poco corriente y la curiosidad me hizo querer saber a qué se refería.

—Ya te explico—dijo—quédate así, te ves guapo.

Entonces sonrió, tendiendo la bebida hacia mí. Agradecí, y alargué el brazo para recibirla.

—¿La quería con hielo?

—No. Así está perfecta. Gracias Cariño—Ahora sácame de esta incógnita. ¿Trajiste en el coche o te irás en taxi? Si es por mí, no tengo inconveniente en llevarte.

—Nada de eso amor— Hoy me quedaré contigo. Claro si tú quieres.

—¿De qué hablas? Y tu mamá. Le avisaste.—¿No vas a llamarla?

—¿Por qué te preocupas tanto, Gabriel? Todo está bien.

——Claro. Pero como casi nunca la dejas sola.

—Sí, lo sé. Y perdona. Pero entendí que también necesitamos tiempo para nosotros.

Noté una serenidad en las palabras de Rita, que corrió cualquier velo de duda.

— Además un día de ausencia, no cambiará las cosas. Mamá no necesita de mí. Necesita que papá vuelva—afirmó en un susurro que quebró su tono de voz.

– Entiendo –Asentí con prudencia.

—De cualquier modo hablé con ella y lo comprendió, si es lo que te preocupa—sonrió de nuevo.

La tomé de la cintura y la besé, mientras la tomaba de la mano para regresar al asiento.

—Nunca te haría daño, Rita—expresé, sin entender del todo el desusado origen de esa frase.

Tanto, que incluso a ella pareció causarle extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—Olvídalo. Más bien quise decir, que voy a estar ahí para protegerte siempre, de cualquier cosa.

—Te quiero Gabriel—afirmó ella, acariciando mi rostro.

Nos sentamos, descargué el vaso en la mesa de centro y al instante nos fundimos en una caricia; que astilló el pudor de la noche. Ajenos a cualquier vergüenza. Tomé lo que la buena fortuna me ofrecía, y no dudé en sumergirme dentro de su cuerpo, mientras me deshacía de su ropa íntima; recorriendo con los labios cada tramo de esa piel tibia y perfumada.

Ebrios de pasión y desnudos sobre el sofá, nos sacudimos en un íntimo madrigal libidinoso. Ella confió su cuerpo en mí, y yo lo inundé con mi sexo; extasiándonos en un prolongado gemido que ahuyentó cualquier otro pensamiento. Jadeante concluí entre sus senos, sintiendo que la muerte y la vida se fundían en un solo verso.

<Te quiero Rita>

Cuando los efectos de la pasión y el whisky menguaron, nos apropiamos en un atento retozo. Hasta que el desvanecimiento de la quimera nos devolvió a la realidad. Rita se alejó un poco, tomando del suelo sus prendas regadas por el piso, luego me alcanzó la bata para que me vistiera. Y de inmediato se incorporó yendo camino al baño para asearse.

De regreso me desarmó su sonrisa, la besé de nuevo y enseguida encendimos la televisión; quedándonos inmóviles en un arrumaco que, anhelé durara por siempre.

—¿Me dices que visitaste a John? —dijo Rita, consumiendo el silencio.

Asentí en señal de afirmación.

—¿Y cómo te fue?

—Bastante bien. Preguntó por ti y te envió saludos. Además no vas a creer lo que me propuso.

Rita observó con gesto expectante.

—Dime ¿Qué es?

—Algo realmente sorpresivo—indiqué—y esta vez, no voy a dudar en decírtelo.

—¡Vamos cuéntame! me tienes en ascuas.

De inmediato referí cada detalle de mi reunión con John, expresando con atentas pinceladas nuestra conversación, aupando mi punto de vista y mi interés en formar parte de aquel llamativo proyecto.

Entretanto, ella mi miraba con solícita aplicación; entusiasmada al notar mi propio regocijo.

—¡Es maravilloso que puedan trabajar juntos— Expresó Rita— Es decir, hay tantas cosas que podrían hacer.

—Sí, en verdad es increíble. Aunque la reforma tiene sus limitantes, por este tema del patrimonio histórico. Pero en realidad es una oportunidad única.

Rita estaba evidentemente congraciada con la noticia. Consciente del efecto positivo que esto generaba en mi ánimo.

Descargó suavemente su ser contra mi pecho, de forma que el ensortijado cabello acariciaba mi rostro y su delicado aroma se impregnaba en mí; liberando una gracia balsámica en mi alma. Complaciendo el simple placer de sentir el latir de dos corazones que se amaban.

Esa entrañable connivencia me invitó a encomendarme en ella, a revelar mis intestinos arcanos, y en un súbito impulso mencioné que existía algo más que debía revelarle. A pesar de mis negaciones, estaba dispuesto a salvar la puerta de mi secreto, en la complacencia de revelarlo a la persona indicada. De la forma que concerniera, bien fuera en el camino de la comprensión, la incredulidad o la risa de Rita. Tomé el último sorbo de whisky, sintiendo que el amargo sabor del alcohol se tornaba en un liberador elixir.

—¿Que es lo que debes decirme?—preguntó Rita con curiosidad. Retirando delicadamente su cabeza de mí pecho.

—Y bien, amor. Dime que debo saber.

Sabía que lo que iba a decirle la tomaría por sorpresa, seguramente, por su cabeza cruzaban un sinfín de asuntos que nada tenían que ver. Y no acertaba por dónde empezar, mientras observaba su mirada ansiosa.

Me puse de pie, sin acertar el extremo del hilo que desplegaría aquel entresijo de confusión e incorporándome atravesé el salón, en dirección del ventanal.

Desconcertado, afiné la vista para hurgar cada rincón del salón, hasta tropezar con mi propio reflejo. Por un instante permanecí silente, mirándome con ojos desconocidos en el reflejo brillante del mirador, ajustado con su fijador metálico. Aquel detalle me sorprendió un poco. Aquel símbolo que conocía y me resultaba familiar. No sé por qué, pero esperaba que en cualquier momento, saliera despedido

desde su lugar, y terminara impactando mi humanidad, precisándome al silencio.

Me alejé unos pasos hacia la cajonera del escritorio, donde yacía el ordenador, y de esta extraje un paquete abierto de cigarros. Había distintos sitios donde los acopiaba, desde la última vez que me había quedado sin ellos.

—Gabriel ¿Cuántas veces hemos hablado sobre ese habito? Sabes que te hace daño.

—Es solo un cigarro cariño—indiqué con tono incomodo, ante su reconvención. Sabía que el tabaco era un regicida sigiloso. Pero en ese momento no lo dejaría, pese a sus sermones no lo haría, no todavía.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué misterio abriga lo que vas decirme?—Preguntó Rita aferrada al descansabrazos del sofá, con semblante impaciente.

Suspiré y me volví un instante al ventanal, despidiéndome del espacio abierto de la sala.

—No ocurre nada, descuida—mentí ocultando mi desazón.

—Pero si acabas de decirme…

— Sé lo que dije—interrumpí. Retirando el fijador, y corriendo la hoja de vidrio.

Permitiendo que el viento húmedo se colara al interior del recinto, arriesgado ante el mísero y oscuro callejón, azotado por la lluvia. Tomé un cigarro y el encendedor que también había extraído de la cajonera, y omití cualquier vigilancia a la reclamación de Rita.

La miré y su semblante se infundió de un enojo momentáneo, que ruborizó sus mejillas. Pero lentamente fue esbozándose una retraída sonrisa en su rostro.

—Solo digo que debes cuidar tu salud ¿lo entiendes?

—No es nada. Pronto lo dejaré. Dije dejando escapar el humo hacia la calle.

Me sentí vacío al observar el largo pasillo que formaba el callejón, mientras mantenía el cigarro agarrado entre los dedos. Desde ahí simulaba una lóbrega fila, como un camino al cadalso.

Precisaba abandonar la ambigüedad que embargaba mis días y mis noches; esperaba que no ocurriera lo mismo que en la reunión con John. Esta vez aspiraba poder confiar a Rita los hechos, tal cual habían ocurrido. Y empezaba a sentir un vehemente afán por descargar de mis hombros aquel peso rodeado de misterio. Regresar de nuevo a mi vida habitual y hallar en el consuelo de otros la lógica que yo mismo no conseguía encontrar. Giré dando un repaso al salón, recordando que velado en el techo, se ocultaban recortes de revistas y diarios; los cuales pensé tomar y presentar como prueba de que yo no era el único que había vivido una experiencia similar.

Respiré profundamente para atinar el aliento que liberara la primera palabra, entretanto, Rita me observaba con ansiedad. Quién sabe con cuantas ideas equivocas cruzarían su mente, ante mi silencio reflexivo. Con todo, permanecía dispuesta en el sofá en un acto de estoica caridad; sin resolverse a dictaminar sentencia ni reproche a mi afonía. Quizá temiendo que mis palabras, se ramificaran como un agobio a su ánimo.

Las dos sillas que reposaban rayanas al sofá principal, proyectaban su delicada silueta en el fondo del salón. Su quietud y atisbo ansioso, me recordaba que era yo quien debía hablar. Dar el paso definitivo en la sublime certeza y convicción, de relatar mi historia con la lucidez que demandaba. Ahí de pie, en la prefectura de su mirada, no había marcha atrás; no podría engañarle con una excusa. Entrecruzó las manos sobre las piernas y se reclinó hacia adelante; observándome fijamente esta vez con gesto precisado, en un reclamo silencioso que amonestaba:

<¡Habla de una buena vez!>

CAPÍTULO XIX, DE LA ESPERADA CONFESIÓN

Finalmente, en un arranque de emotividad y sin estándares narrativos; inicié el relato que se ahogaba en mi garganta. Logrando articular las primeras frases:

—Bueno cariño, no sé ni cómo decirte esto—indiqué.

Tenía el firme impulso de sacarme de encima aquel pesado acuerdo de silencio. Aunque Rita creo, a causa de mis rodeos, terminó por aventurar en su mente una confesión totalmente disímil. Incorporándose del sofá se allegó a mí, con el semblante descompuesto y la mirada mortificada. Presentía seguramente lo peor. El ambiente se cargó de silencio, hasta que su trémula voz articuló:

—Podrías cerrar la ventana…y…

…Y decirme que es lo que pasa.—pidió con tono inquieto.

Entendí en ese momento que sus pensamientos, afloraban de malos entendidos. Y extendiendo mis brazos, hice un gesto para que se aproximara; cerré de nuevo el ventanal y la acogí en un cálido estrujón, acariciando enseguida su cabello.

—Ven aquí mi chiquilla. No imagines cosas que no son. Solo escúchame un momento—hablé con firmeza. Ya no había vuelta atrás.

—Veras, la otra noche…de esto hace unas semanas. Ocurrió algo muy extraño. Estoy seguro de estar despierto, cuando de pronto veo esta silueta desconocida que emerge de la nada y empieza a hablarme…

Rita elevó la mirada y dejando mi cobijo, se dispuso frente a mí con rostro circunspecto.

—¿De qué hablas?

—Permíteme continuar—solicité— en realidad, necesito tratar este asunto con alguien. Como te decía, debían ser las dos o tres de la mañana, no lo sé. Y una mujer, por su aspecto concluí seria la virgen, que sé yo. Lo que recuerdo es que inició a hablar sobre asuntos que hasta entonces no logré entender.

—Gabriel ¿hablas en serio?—preguntó Rita, con halito de suspicacia.

—Te lo aseguro, cariño. Para que inventaría una historia tan absurda.

—Pero ¿Y qué fue lo que ocurrió ¿Cómo era ella? ¿Por qué piensas que era la virgen?

—Bueno, es decir. Su aspecto, y lo que he investigado luego…—indiqué.

—¿Lo que has investigado? Gabriel ¿Por qué apenas me dices esto?

Al mirar el gesto desencajado de Rita. Sentí que la explicación enfilaba hacia una ruidosa emboscada de recriminaciones, que frenaría mi relato. Empero, no revelé el motivo por el cual no se lo había dicho.

Aquella revelación proponía interpretaciones tan poco convencionales que sin duda resultarían controvertidas. De modo que simplemente me quedé inmóvil y en silencio frente a ella, luego me volví, avanzando rumbo al sofá.

—Gabriel, entiéndeme. Vienes y me dices esto como si nada, luego de "algunas semanas"…

En ese momento sentí que debía ahorrarme el impulso que me movía a referir dicha confesión; no tenía interés en pasar por inverosímil. Y decir la verdad, parecía estar resultando más simple para mi, que para ella.

Sentado en el sillón, empecé a sentir que mi particular historia debía quedarse conmigo. Pero entonces Rita se aproximó y abrazándome, pidió disculpas por su reacción; animándome a proseguir con los pormenores de mí relato. Reembolsando la débil esperanza de que pudiera entenderme.

Al minuto siguiente era ella misma quien me hacía preguntas al respecto:

—Y dime ¿cuál era su aspecto? Y ¿Cómo es eso que has estado averiguando al respecto?

De modo que compartí mis recuerdos más vividos con ella:

—Bueno, sabes que nunca me he recabado a filosofías ni religiones. Pero la mujer de la que hablo, aunque no logré distinguir claramente su semblante. Vestía una túnica semejante a la de la virgen, cuando menos en la forma que ha sido descrita a lo largo de la historia. Y en esencia me he remitido a investigar un poco sobre tratados religiosos y textos, sobre la iconografía del culto mariano; el concepto de la virgen dentro de la religión católica. El arte y los símbolos que rodean su imagen.

Así proseguí con denuedo redentor en el afán de liberar aquella tribulación neurasténica, que se empeñaba en arruinar mi vida. Dedicando cada segundo a pormenorizar las frases y desvelamientos que recordaba.

—Ya veo—asintió Rita.

En cuyos ojos se desplegaba un evidente gesto de incredulidad. No obstante, se extendía en indagar, como si ella misma procurara hacerse una imagen mental de lo que le describía.

Pero a medida que avanzaba en mi recitación, tenía la sensación de que realmente ella no me entendía. Y me esforzaba por hacerle creer que si bien, yo no era un experto en aquellos temas; estaba convencido que no se trataba de una alucinación venida de las ficciones de mi mente. Empero, Rita oyó aquellas palabras, que probablemente le parecieron absurdas. Y empezó a discurrir sobre sus propias conjeturas que en un momento parecieron no tener colofón.

Luego pasó su mano cariñosamente por mi pelo y mirándome fijamente preguntó:

—¿Y John? ¿Crees que sepa algo del tema?

—No creo que sea un experto—observé—pero, seguramente, el mejor que nadie puede orientarme—indiqué.

—Claro, entiendo—afirmó ella—¿no se lo comentaste durante tu visita?

—No. Como te dije, hablamos de otros asuntos, se hizo tarde y…

—Bueno amor desde mi propio desconocimiento, diría que esto debe tener una explicación—interrumpió ella con aparente gesto comprensivo.

Aunque no sabía si se trataba de un simple aticismo para disfrazar la pregunta que, seguramente, estaría rondando su mente:

<¿Gabriel acaso has enloquecido?>

No sabía si aquello era tan solo una perdida inagotable de energía, y tenía algún sentido seguir hablando con ella.

Y eso que todavía no corría el velo, sobre el compromiso que había adquirido de compartir con otros aquellos mensajes. Pero su gesto parecía realmente solidario.

—¿Y qué sentiste en ese momento?—curioseó a continuación.

—No sabría como explicarlo, pero teniendo en cuenta los hechos de esa noche...—asentí—Teniendo en cuenta los hechos de esa noche, sería ingenuo decir que no tuve miedo.

Después de tanto sigilo a borbotones emergió, el profundo y amargo conocimiento de un secreto, revelado. Cual fuere la consecuencia me sentí licenciado de una pesada carga.

Por otra parte los pensamientos de Rita, sin duda debían divagar sobre múltiples especulaciones. ¿Cómo no poner en tela de juicio mi conducta? ¿Quién podría creer que un apático religioso como yo, de pronto describiera espirituales visiones y denunciara la vida como un infecto derroche de placeres?. Empero, su observación final, reconoció disentir de ese postulado:

—No tengo duda que existen otros mundos más allá de este, que no comprendemos—afirmó, para luego prodigarme un prolongado abrazo—hablaremos con John y el nos dirá que hacer. Tómalo con calma, ya habrá una explicación.

—Claro—respondí escuetamente.

—¿Quieres salir un rato?—pregunté a continuación.

Rita negó con la cabeza.

—Está bien. Y seguro, ¿no hay inconveniente en que te quedes?—dije cambiando de tema.

—¿Qué?—pareció no escucharme.

—Digo que si no hay ningún problema en quedarte. Por tu mamá. ¿Estás segura de dejarla sola?

—Amor. A pesar de las circunstancias, aplicarme a cada uno de sus caprichos me parece injusto, no solo conmigo, también con ella. Por favor, no te preocupes. Además pedí el favor a una vecina, para que estuviera pendiente de ella—aseguró—Mejor hagamos otra cosa o vayamos a la cama. Hoy quiero disfrutar del tiempo a tu lado.

En eso tenía razón, asimismo, me venía bien el descanso y poder convocarme el día siguiente hacia la propuesta que pensaba

presentar a Holbein. Mis ideas que antes eran un confuso remolino, se apaciguaban estando junto a ella.

Rita sin cambiar de postura, echó un vistazo a la televisión. La guía de programación no mostró nada interesante, de modo que la apagó al momento. El reloj de pared marcaba las once menos quince. Ella por supuesto, debía marcharse temprano para regresar a casa. Y avivadamente se puso de pie tomando mi mano.

—¡Vamos a la cama!. Te ves cansado. Y estoy segura que no has dormido bien estos días.

—Aguarda un momento—dije, tomando el vaso que descansaba, en la mesita de centro, para llevarlo hasta la cocina.

Cariño, no comiste nada ¿quieres que pidamos algo a domicilio? Consulté.

No te preocupes, antes de venir, comí un emparedado en la universidad—dijo ella—quien no comió nada fuiste tú ¿quieres que te prepare algo?

—Descuida, no tengo hambre—aseguré, volviendo hacia ella. Y abrazándola por la cintura nos dirigimos al cuarto.

—¿Estás seguro?

—Sí. Lo estoy. Vamos.

Entramos a la habitación y el eco de las gotas de lluvia golpeando la ventana, podía escucharse como un letárgico siseo. Encendí la luz, y ella avanzó rumbo al baño.

–Me gusta la idea de tenerte a mi lado cada noche—afirmé sentado al borde de la cama.

–Si lo prefieres así. Solo debes pedirlo–Sonrió ella. Regresando hacia mí, mientras se sacaba la blusa.

—Bien. Creo que tendré que acertar la forma de hacerlo—dije.

Ella sonrió, dándome un abrazo.

Apuré las últimas caricias sobre la tibieza de su piel, pero noté que el vapor de su cuerpo se iba enfriando y su mirada lucia agotada. Adiviné su cansancio y la invité a acostarse a mi lado, protegidos por las tibias sábanas. Me pidió que dejara la luz encendida un momento. Y a los pocos minutos, ella dormía como un ángel sobre el plexo de

mi pecho. Incliné la cabeza para mirarla, preguntándome si ese hombre que protegía sus sueños; era un simple desconocido. El mismo que cada mañana se me aparecía en el espejo, devolviéndome una mirada exánime; contenida entre un rostro mustio y un cabello despeinado.

—Necesito unas vacaciones—murmuré, acariciando su larga melena.

—Duerme bien—dije a continuación besando sus labios, antes de apagar la luz.

Su respiración próxima a mi oído era un arrullo, que me infundía de un profundo letargo. Dejé que mis parpados se cerraran, y sin estar completamente dormido tuve una aterradora pesadilla:

Me encontraba en un cementerio, de pie junto a una tumba, en la cual había decenas de cabezas de cordero; comidas por los gusanos. Entretanto, observaba impresionado sin poder moverme. En aquel lugar oscuro y flemático, múltiples voces murmuraban nombres desconocidos. Al instante, caminando entre las demás tumbas, aparecía una mujer joven. Por su fisonomía, en un principio creí que se trataba de Rita; pero al aproximarse el reflejo de la luna revelaba su rostro: era la madre de Michael. Quien traía algo consigo, algo que portaba en sus manos, pero no pude ver de qué se trataba. Reaccioné espantado, y como un resorte terminé sentando en la cama.

—¿Qué ocurre amor? ¿Tuviste una pesadilla?—me observó Rita con semblante somnoliento.

—Fue algo extraño—respondí, sin querer entrar en detalles—sigue durmiendo cariño. Disculpa.

—Ven. Recuéstate aquí conmigo—invitó ella rodeándome el cuello con el brazo y empujándome tiernamente hacia su cuerpo.

Luego alzó su mirada agotada para verme, con su dulce sonrisa y semblante adormilado. Entonces mansamente se dejó conducir de nuevo hacia el mundo del ensueño.

A pesar de estar junto a Rita, tampoco esa noche fue diferente para el descanso de mi cuerpo y pude ver el amanecer y como las tinieblas terminaron por cerrarse sobre Treum. Oscureciendo por completo la calle que lograba dibujarse más allá de la ventana, la cual

se cubría con un manto blanquecino, que depositaba la niebla sobre ella. A pesar de estar encendida la calefacción, por primera vez sentí un agudo frio que se colaba entre las cobijas. Y el cuerpo de Rita se suspendía en un roce gélido, podía sentir su mano sobre mi pierna, que cada tanto aligeraba breves estremecimientos.

El tiempo corrió rápidamente, el crepitar de los relámpagos no disminuía, y la lluvia era al mismo tiempo un tarareo que adormecía, pero no bastaba para conciliar mi sueño. El viento chocando contra la ventana era como un susurro, atrapado en un laberinto del que no encontraba salida.

El barullo de ruidos que se fundían con la lluvia en las calles, asaltando el silencio de la noche, me distraía. Esa noche no me acompañarían las voces misteriosas de mi soledad, y tener a Rita junto a mí, me hacia anhelar la monotonía de dormir cada día junto a ella. Sentir su cuerpo rozando el mío, y bajo el auxilio del tic tac del reloj, como una suave canción aburrida, dejar que mis parpados se tornaran pesados, y mis pensamientos distantes.

El tiempo se hizo lento, y mi vigilia se depositaba sobre las delicadas formas que yacían a mi lado. Por momentos ansiaba despertarla de su letargo, y así disfrutar su sensualidad, acariciarla aun cuando el sopor del sueño la llenara de inconsciencia. Empero, ella continuaba imperturbable, inventando gestos con sus labios. Tal vez soñaba, y yo confiaba me incluyera en esos sueños. Era ese mi consuelo, mientras el ruido en las calles se hacía débil; resignando tan solo su respiración y la mía.

De pronto, el cuarto principió a tornarse difuso, me sentí flotando en el aire, y cada vez menos pensamientos navegaron por mi mente; como si la conciencia escapara de mí para ir hacia otro plano. Finalmente, conseguí dormir por un instante, con la grata sensación de saber que ella permanecía a mi lado.

La mañana siguiente ensalmó sus minutos sobre la noche, emergiendo el día sin el fulgor del sol. Rita permanecía envuelta bajo las sábanas, dejando ver tan solo su rostro, su cabello despeinado y la curvatura de su hombro. La observé revolviéndose sobre la cama, y experimenté una sensación de regocijo.

Amaneció e inicié a encarar un nuevo día, con el confort de aquel desusado regocijo; aquella historia que se terminaría en la mañana, en los pasos perdidos de un amor cruzando la puerta. En el irrecuperable tiempo que quedaba en el pasado. Mientras aguardaba sentado al filo de la cama reconocía el rostro de Rita, inscrito en cada célula de mi cuerpo. Me puse de pie y luego de ir al baño, cepillarme los dientes y enjuagarme la cara; recorrí la habitación hasta detenerme en la ventana. Eran las seis y diez minutos. Mis recelos y temores despertaban con la luz del día, con la silueta de la calle. Sin embargo, intenté infundirme de ánimo y convencerme que ese sería un gran día. Los pocos minutos de sueño y la compañía de Rita, me habían revitalizado. Todos mis reparos y reconcomios tendrían que irse con el viento frío, volar en el aire hasta perderse. Necesitaba modelar la propuesta para Hamm, y reunirme lo antes posible con Holbein; también llamar a John, y contarle lo que Rita ya sabía. Escuchar su consejo y seguir con mi vida.

A pesar del fuerte invierno, ese año no había nevado. Esto aminoraba la fatiga de luchar contra la enorme costra, que en otras épocas se apoderaba de las calles; venciendo el ánimo del más aguerrido. Podría parecer insensato, pero cuando menos esa lluvia, permitía llevar a medias una vida; solo era cuestión de aperarse un buen paraguas y un abrigo. Metí las manos en la bata y me quedé distraído en el paisaje gris que se alejaba hasta perderse.

Yo no era un ángel redentor, ni mucho menos. Era tan solo un hombre asustado y confundido.

Corrí la cortina para ver mejor el parque donde jugaban Michael y sus amigos, este lucia solitario, hasta ser pincelado por la silueta de un anciano, que avanzaba lento, del otro extremo de la reja.

Alcé la mirada al cielo, buscando un rayo de luminiscencia, y en ese momento sentí la sensación de ser observado. De inmediato giré y me encontré con la sonrisa de Rita, nuestras miradas se cruzaron. Ella sonrió de nuevo, se puso de pie, avanzó y se detuvo a mi lado; tan cerca de mí que sentí que éramos uno solo.

—¿Qué miras tan distraído?

La abracé, sujetándome a esa bendición, que en poco seria cosa del pasado. Y con un gesto la invité a echar un vistazo a esas calles tristes.

—¡Ayy. Que frio!—dijo aferrándose todavía más a mi cuerpo.

Y nos quedamos un par de minutos, leyendo las soledades que emergían ante nosotros.

Luego observé su rostro distraído, con el corazón gritando que la retuviera a mi lado; mientras ella se desprendía de mi abrazo, abriéndose camino hacia el baño. Sostuve su imagen conmigo y luego corrí tras de ella.

—Démonos un baño juntos—invité sin decoro.

Ella se sonrojó, cual si fuera una niña.

—Hace frío—certificó de nuevo.

—Lo sé. Te envolveré con el calor de mi cuerpo.

Bajo la regadera me aferré su rostro, a su piel dócil. Cada centímetro de su cuerpo era el más suave pétalo de una rosa. Pero los minutos corrieron azorados y celosos, apremiando el sosiego. Ella musitó un último chillido libidinoso que se fundió con el estertor de mi cuerpo.

—No quiero que te marches —murmuré sin aliento.

Me abrazó con fuerza y permaneció en silencio.

Luego de vestirnos, dejamos el cuarto y buscamos en el silencio las frases que dilataran la despedida.

—¿Quieres comer algo?—preguntó ella.

La miré, dándome cuenta de lo poco que había en la alacena y mucho menos en la nevera.

—Tel vez, debería ir y comprar algo—indiqué—alguna tienda ya debe estar abierta.

—¿A esta hora? Son las seis de la mañana—dijo ella. Cruzando el umbral de la puerta.

—Bueno, yo solo tomaré un poco de café—indiqué.

—Descuida—dijo ella—Vi unos huevos en el refrigerador, si no están rancios, haré una tortilla.

—Está bien—asentí, siguiendo sus pasos hasta la cocina.

Rita se detuvo unos metros más allá frente al mesón lleno de trastes, tasas, vasos; cucharas, y aparatos eléctricos. Canturreando una canción que trascendió desconocida a mis oídos. Luego abriendo la puerta se asomó al interior de la nevera.

—¡Buena cosa!—tarareó con ironía. Al ver el yermo espectáculo que se batía ante sus ojos.

Sonreí sonrojado. Con la plausible impresión que su posterior silencio, era evidente muestra de desagrado.

Rita me observó de refilón mientras registraba el anacrónico vacío, y con su mano alcanzaba cuatro huevos, que descansaban en un rincón desolado; junto a un frasco de leche vinagre y dos naranjas podridas que tomó con fastidio para lanzar a la basurera.

—¿Hace cuanto no vas de compras? – preguntó con semblante asqueado y mirada asesina, mientras su mano liberaba la fermentada carga.

Imaginé cuantas ideas rondarían por su cabeza, y ocultándome de su antipatía; no dude en dejar la cocina y adentrarme en dirección de la sala, dejándola sola en sus reflexiones. Todo artificio, cualquier esfuerzo, por encontrar una solución que acallara nuestra fatiga, resultaba inútil.

Estaba sentado en el sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados cuando noté su presencia.

Ella vino a mí con un par de tazas humeantes y bienolientes a café. Su rostro lucia impaciente, como era natural, para alguien habituado a un estricto orden y pulcritud. Debo aceptarlo, yo era la antítesis de aquello.

—No te preocupes, esperemos media hora más y saldremos a buscar algo de comer. ¿Tienes afán?

—Por mí no hay prisa —dijo acomodándose en una esquina del sofá, mientras descargaba las tazas sobre la mesa de centro.

— Confía en mí—sonreí cínicamente, haciendo un guiño que pareció no causarle gracia.

Mientras sorbía un trago de café que apuró en su garganta, observó a su alrededor como si inspeccionara cada rincón del apartamento. Para enterarse de cuanta carencia la rodeaba.

—Gabriel, quieres confiar en mí por favor—dijo con mirada afligida—necesitas dinero o alguna cosa. Tienes algún tipo de problema.

—No pude contener la risa ante su semblante de abatimiento y su preocupación sincera. Pero al instante me sentí avergonzado, considerando que su indagación surgía de mi evidente abandono.

—No cariño, cómo crees. Acepto que he sido descuidado los últimos días, respecto de mi alimentación y otras cosas, pero no tiene nada que ver eso.

—De acuerdo, pero si llegara a pasar…

—Ven conmigo, sígueme—dijo a continuación. Bebiendo otro poco de la taza.

—¿Qué ocurre?—inquirí, gustando la mitad de mi café de un solo sorbo. Siguiendo el impulso que su mano invitaba.

—Vamos ¡Date prisa!—indicó. Llevándome hacia el ventanal y tomando en sus manos la cortina—¿Qué notas aquí?

—No lo sé—

—¿No lo sabes, Gabriel? Esto está sucio.

—Bueno, sí. Está un poco empolvado.

Luego echó a andar por cada rincón del salón, conmigo tras de ella, como si fuera un chiquillo.

Y en el trayecto hicimos cuatro o cinco paradas, que espolearon mi vergüenza; al mismo compás que amainaron su ánimo. Hasta detenernos en el cruce del salón y el pasillo que conducía a las habitaciones.

Evidentemente en cada rincón habitaba el polvo y el descuido. Vestidos por una funda de polvo, las cortinas respiraban un gusto postrado que se descolgaba hasta los muebles; incluso el calefactor, la cocina. La suciedad parecía dilatarse y disiparse en el aire con un halito gris de espectral melancolía espectral. Rita miró por último el piso licenciosamente abierto a la mugre. Y su mirada lo expresó todo, lo pude reconocer de inmediato. Era justo el momento de una limpieza

a fondo. Vi la tierra abrirse y mis pies quedar atrapados en ella, en una sensación de encogimiento.

—¿Gabriel?— su mirada se incrustó en mi piel—. Esto es una emergencia.

Nos adentramos en el corredor. Rita suspiró y yo la seguí a regañadientes.

—Cariño no es necesario—dije—yo me encargo de limpiar esta noche.

Me detuve frente al baño. Pero se adivinaba en el ambiente su respuesta y su mirada petrificada certificó lo que su tono caustico legalizara a continuación:

—Por favor Gabriel, vamos de una buena vez. ¿Tienes implementos de aseo?

Me sentí incomodo, aferrado a un hilo de dignidad cada vez más delgado. Pero ya no había reversa.

Enseguida Rita se adentró en los confines del aseo, con trapero en mano; observándome aturdida ante el evidente abandono del lugar. Escrutó con su mirada el retrete, el lavabo cerúleo; sus ojos se desplazaron con ánimo bilioso por las manchas amarillentas. Hurgó en la habitación, en la cama desaliñada, en las mesitas polvorientas. Inspeccionando con ánimo inquisidor cada arista de la vivienda.

No cabía duda que aquello era totalmente necesario, y después de unos minutos; las superficies difusas de los muebles, las ventanas, cortinas y todos los bártulos relucían en un cambalache inexpresable.

Abochornado, incliné la mirada y abrazándome a ella, expresé mi agradecimiento. Eran las ocho y diez de la mañana. Un minuto después salimos para dejarla en casa.

CAPÍTULO XX, DE LOS CORDEROS DEGOLLADOS Y LA MUJER ASESINADA

Luego de dejar a Rita en la puerta de su casa y despedirme con un fuerte abrazo, un beso y una sonrisa. Regresé al apartamento con

una mezcla de sentimientos. Por un lado, la nostalgia de la grata compañía perdida y por el otro, la revitalizante energía que esa noche de descanso me proveía; para avocarme hacia asuntos tan importantes, como realizar mi presentación formal para Hamm. Era necesario aprovechar ese impulso y no dejar pasar mucho tiempo.

Así que al llegar, en breve, estuve parado frente a la mesa de dibujo; adentrándome en aquella substancial tarea. Dispuesto a consolidar mi idea, definiendo representaciones pictóricas; trazando nuevas líneas, tomando en mis manos la regla T, escala, plantillas y escuadras, que descargaba sobre el pliego distendido sobre la rígida superficie. El lápiz se abría paso entre la delicadeza de la hoja, brotando a la superficie y descendiendo nuevamente sobre ella; siguiendo el patrón instintivo de las formas, con natural obediencia. La blanca desnudez del papel se cargaba de líneas, se vestía de grafías e insignias que susurraban espacios. Medidas que se acercaban o separaban según mi exigencia; líneas invisibles, señales indicativas. Entonces mi vista enfocaba otro espacio, y en dirección de este, se sentía atraída por la criatura de la creatividad, que danzaba en mi cabeza; para hacerse visible, transcurridos unos minutos.

Surgieron de inmediato nuevas ideas, desatascando el punto en el cual quedara días antes. Hacia un cálculo aquí otro allá, y toda esa mixtura de conceptos iniciaba a proveer de vida aquel papel que, tensado, se dejaba acariciar por el clamor y el esfuerzo de mis ideas. Las cuales resonaban como un eco, que se transformaba en líneas, códigos y valores.

Luego borraba alguna línea equivocada y representaba enseguida un círculo en algún extremo. Siempre teniendo en cuenta la escala y aquello que buscaba indicar; apoyándome en alguna observación escrita, valores numéricos, y cotas que indicaban espesores. Todo esto transfigurado en un conjunto que rápidamente, daba forma a la idea que había en mi mente.

Este ejercicio me renovaba el aliento como un soplo de vida, un estallido de adrenalina recorriendo mi cuerpo. Entre breves chispazos de genialidad que me emocionaban. Lo mismo podía durar seis minutos que seis horas sin sentirme agotado; entre metros que se

hacían breves en el papel y ciclópeos en mi cabeza. Un espacio antes destrozado por la mano del hombre, de pronto retomaba vida y se colmaba de visitantes. De contrastes que en el folio, representaban arboles, subidas y bajadas, terrazas; caracolas, estacionamientos, y espacios abiertos. En un alboroto de trazos que confiaba, serian tenidos en cuenta.

Entre tanto, mi mirada se recreaba placida, adentrándose en la medida que abarcaba una totalidad; sostenía en los extremos por mis pulgares. Me sentí asombrado, complacido, y con el corazón trepidante de emociones.

Se distinguían ahora señales de vida en el nuevo centro comercial. Callejones, cubiertas, escaleras eléctricas; plazoletas de comida, almacenes. Salvaguardando a los visitantes del inclemente sol o de la incesante lluvia.

Miles de metros cuadrados de extensión; ampliándose sobre esa plataforma de papel que de pronto emergía ante mis ojos. Estaba seguro que tan solo en tres o cuatro días estaría concluida mi idea, y definida completamente la distribución de espacios. Por supuesto, antes tomaría unas horas para ir por mi propia cuenta y visitar los terrenos que Hamm, había dispuesto para las construcción. Y así conocer de primera mano los suelos, y su edificabilidad. Empero, por ahora, la internet resultaba un útil recurso para consultar en el ordenador, la página web del ayuntamiento, y de ese modo recabar alguna información al respecto.

Luego de dejar de lado mi tarea, pasé al escritorio donde una vez descargué mi dedo en el botón de encendido, esperé pacientemente a que el ordenador autorizara mi ingreso. Ya en la barra del explorador, tecleé la información que buscaba y aguardé que cargara la página. Durante unos minutos me limité a permanecer sentado frente al aparato, contemplando la escasa información que la página del ayuntamiento consignaba. Destacando en el proyector, lo que pudiera resultarme útil. La parpadeante luz y las horas delineando estructuras, habían conseguido agotarme, y la mirada se me tornaba nubosa. Así que luego de revisar, también, algunos correos; cerré las ventanas y anuncios que

estaban abiertos y consideré tomar un descanso. Era necesario ejercitar las piernas y dar un respiro a las ideas, e Incorporándome de la silla me adelante hasta el pasillo. Llegando en breve al baño, donde luego de apreciar los contornos exhaustos de mi semblante; zambullí la cabeza en el lavabo, consintiendo que la frescura del agua me renovara. Luego tomé la toallita azul que se descolgaba en una esquina y enjugué mi rostro. Para salir de nuevo, esta vez en dirección del salón; donde luego de tomar asiento, encendí la televisión y pegué la mirada a los contornos de la caja negra; que desde su velada pantalla dejaba escapar las imágenes a color.

Como de costumbre la programación se cargó de un ganso que empezó a sacarme de quicio, por supuesto, no había mucho que destacar respecto de los resultados televisivos. Todo concernía a curtidas películas, obtusas series televisivas, programas musicales; hasta detenerme en uno de los canales de noticias. Confiando acertar autentica información de calidad. Desgraciadamente las noticias destacadas eran nefastas en su mayoría. Pero lo que siguió continuación me resultaría particularmente extraño, se trataba de un informe de última hora, y su distintivo era que estaba relacionado con nuestra comunidad. Hasta ese momento creí haberlo visto todo, y cuando iniciaba a hártame de los machacados informes, emergió la crudeza de esa noticia que incluso alteró el semblante de la bermeja presentadora quien, seguramente, habría presentado informes mucho mas descarnados. Empero, este sin duda, lograba generar aprehensión en el ánimo del más experto.

El anunció de la nota vino acompañado por una melodía, que indicaba la avenencia de un informe relevante. Esto supuso mi inmediata atención.

Desgraciadamente, este caso pondría a Treum en la mira de los medios de comunicación. Y para mi pasmo guardaba una alarmante afinidad con la pesadilla de la noche anterior, el mismo sueño que había conseguido despertar a Rita en medio de mi alteración, y el cual no le había relatado. Me embargó un amargo sinsabor, el sentimiento de una expiación difícil de definir. El

desconcierto, el recelo y el horror oprimieron mi pecho. Hubiese querido desmentir aquello que atestiguaban mis sentidos y que la voz de la periodista repitió en varias ocasiones:

<¡En un hecho sin precedentes la comunidad de Treum, despertó esta mañana con una macabra noticia. Que parece sacada de un cuento de horror…>

Di una mirada escéptica al anuncio, recorriendo las imágenes que confirmaban el hecho; para descubrir con horror el foso inequívoco de aquel desenlace. En el centro de un círculo formado por siete corderos degollados, yacía el cuerpo desnudo y sin vida de una joven mujer, con su tórax destazado y el corazón extraído, según indicaba el medio informativo. El retrato no podía resultar más horroroso. Preso de consternación, mi mirada se detuvo en la pantalla, entrecerré los ojos queriendo desmentir aquello que la razón exhibía como auténtico. Metí la mano en el bolsillo y saqué un cigarro de su caja, que encendí enseguida. ¿Qué era eso? ¿Qué mensaje enviaba?

La línea de sangre de los animales, con sus cabezas apenas sujetadas a la cerviz, se unía en una oscura armonía con el cuerpo de la desdichada víctima. Era un cuadro pavoroso.

Aterrado al ver que aquella descomunal y retorcida escena, sentí que las piernas me temblaban; que se me encajaba un profundo vacio en el pecho. Sin embargo, no pude evitar convocarme en la escena, que resultaba surrealista. Brotando como un símbolo desconcertante de maldad, carente de sentido; una simbología siniestra, que caía como un trueno hiriente sobre Treum. Despertando de súbito a sus habitantes.

<¡No podía ser cierto, algo como eso no debía ocurrir!>

Cuando la presentadora acabó de trasmitir la noticia, y sin haber comido nada ese día, aparté del café que Rita me preparara. Me incorporé de un brinco, con un frío súbito recorriéndome el cuerpo; no tardé en correr al baño, para devolver los intestinos sobre el lavabo, escupiendo enseguida el mal sabor de la bilis que se apremiaba en mi garganta. Recordando aquel cuerpo desnudo que yacía sobre un tejido purpúreo que relumbraba como tela de satín lavada por la lluvia. Imaginando las manos del asesino deslizándose sobre la piel cálida de

la víctima, por su cuello, sus pechos, sus caderas y muslos, despojando sus prendas, arrancado su vida, elevándose en su ritual demencial. Para luego observar con cinismo la expresión final de unos ojos que se extinguían y las suplicas, que sucumbían entre los labios. Culminando su embestida mortal, para recabarse luego hacia las inocentes bestias, que entre bramidos blanqueaban sus ojos, al ser decapitadas por el filo de la locura que penetraba con saña desgarrando piel y musculo.

Sentí que me faltaba el aire. Mientras permanecía allí paralizado, observando por espacio de unos minutos, mi propio rostro en el espejo. Imaginando al parricida realizando ese sencillo acto, luego de acometer su crimen. Y con total simpleza, frente al pequeño lavabo rebosado de agua, limpiando la sangre de las manos. Viendo como las gotas se fundían en él, alargándose como si de fumarolas de humo se tratara.

Aún jadeante y atónito, sin comprender como un ser humano podía colegir acto semejante, arrastre mis pies y mi aliento de nuevo hasta la sala, no quería ni siquiera enfrentar la televisión de nuevo y rápidamente apagué el aparato.

Sin duda era un asunto relevante, ese asesinato se convertía en noticia destacada no solo en Treum, sino en todos los medios nacionales. Las imágenes del cuerpo, el inédito rito que se cristianizaba en mensaje. La muerte tendida en el suelo, y la inexplicable razón de mi vaticinio respecto del hecho. Acaso ¿Era un mensaje dirigido a mí? ¿Me era anunciado que la relevación se cumplía y que mi distracción me había avocado a otros asuntos?

Lo cierto es que hubo dolor en aquel paraje lejano, y el eco de unos gritos que nadie escuchó. La mano de la muerte atravesando las costillas; el centelleo de la locura abriéndose paso entre la carne, dejando un vacio en el lugar donde antes había un corazón palpitante. Una mano asesina y desconocida se congregaba en Treum.

En el lugar emplazado sobre el vértice del rio, entre el trazado de los campos de trigo; en medio de las cuatro puntas que forman la planicie de la esmeralda. Campos rebosantes de vida, pero ese día fatídico, manchados de muerte, de delirantes sombras asesinas.

Se rumoreó que la mujer, era esposa de un granjero desaparecido, quien para llevar a cabo sus planes de progreso; había invertido sus ahorros en algunos negocios poco lucrativos, y ante el revés económico, probablemente enloquecido. Este en su capricho y luego de acabar con la vida de su compañera; había decidido albergar por siempre la humilde cabaña, con sus únicas posesiones, para entonces escapar con rumbo desconocido.

Una historia tácitamente apócrifa, y dotada de un sinnúmero de vacios. Pero las autoridades de Treum quienes se conformaban con poco, pretendían tapar con cal y agua ese suceso, y luego enterrarlo en el olvido.

El cadáver por otra parte, fue encontrado solo tres días después del fatídico evento, en la granja ubicada a las postrimerías de la ciudad.

Dos arrieros de la zona encontraron el sitio, al intuir una conducta inusitada en las aves de rapiña que sobrevolaban el lugar.
Frente a la sospecha de un hecho desventurado y la ausencia de los dueños de casa, optaron los carreteros adentrarse en la vivienda de dos habitaciones; para constatar la macabra contingencia. La vecina no era muy conocida, además el lugar era solitario y lejano. Esto pudo facilitar el lance regicida del o los asesinos; proveyendo el tiempo suficiente para concluir la matanza.

A la postre la información entregada a la policía fue escasa y así se mantuvo por largo tiempo. Las cicatrices del cuerpo fenecido, durarían mucho más que la memoria colectiva de los ciudadanos, y pocas semanas terminarían por cubrir el cuerpo de olvido. También la incógnita del paradero del esposo, así se mantuvo.

Si antes me resultaba tortuoso conciliar el sueño, esa noche, si que no conseguiría cerrar los ojos. Después de lo que había visto, la realidad estallaba ante mi mirada aterrada; las especulaciones se hacían reales. La exigua agudeza de las autoridades, simplemente dejaría ese crimen impune como tantos otros. Atentados, crímenes, enfrentamientos, balaceras, violaciones y asaltos. Era la violencia de la edad media, trasladándose a la moderna Treum, y en medio de ello,

yo era adoptado como un caballero de la virgen, para enfrentarme a la maldad del mundo.

Necesitaba reunirme cuanto antes con John y pedir su consejo. Tal adversidad, fue una extraña interrupción en la calma de la ciudad, cuando menos por unos días. La mayoría estuvo paranoica desde entonces, las cartas estaban echadas y la siniestra partida comenzaba su juego, apuntando en dirección de la ciudadanía.

También mi mundo desde entonces se pondría al revés, y mi mirada tendría que mantenerse enfocaba en aquello; con las ideas agolpándoseme en la mente inundada de angustias, ensayando abarcar las implicaciones de todo aquello.

Y mirando el largo pasillo que se burlaba de mi, bajo el ventanal; con la frente pegada a este me di cuenta que era el momento de actuar. Contuve la respiración y clavé mis ojos en la calleja. La imagen era clara y aterradora, no requería someterse a juicio alguno, era simple y consistente. El tiempo era anunciado y mi mano llevaría la espada que conduciría a Treum por el camino del arrepentimiento.

Los dedos con garras de la maldad, serian desterrados de aquellos confines y bendecirían el renacimiento de la comunidad. En el inequívoco y amenazador escenario que se erigía, necesitaba de aliados. Rita y John serían los adecuados. Un halito invisible cubría la ciudad, uno que solo yo conseguía ver. En ese momento sentí que el mundo era un error, que debía ser corregido.

Tomé el teléfono móvil, para marcar el número de Rita, quería reunirme con ella y John, lo antes posible.

Así que abrí la libreta de teléfonos del aparato, y después de un infructuoso intento tras otro; de oprimir la tecla de marcado una y otra vez, estaba a punto de perder la paciencia.

<No. Ninguna respuesta> me repetía con el eco del aviso del buzón de mensajes.

—¿Si, diga? —respondió finalmente, una voz desconocida del otro lado.

—Disculpe, con quien hablo.

—¿A quién necesita? —interpeló mi interlocutor, alargándose en un silencio que concluyó con la caída de la llamada.

—Supuse que había marcado equivocadamente, pero el corroborar en la pantalla del aparato el número coincidía. ¿Acaso uno de sus compañeros de clase había contestado?

No quise dar vueltas al asunto, era una simple casualidad. Más tarde la llamaría.

Después de colgar quise contactar a John o ir hasta la parroquia, contrario a eso no hice otra cosa que caminar de un lado para otro; con la ansiedad mordiéndome los dedos de los pies. Hasta detenerme una vez más frente al vidrio del ventanal, mirando de nuevo el callejón. Parado de pronto en aquel territorio desconocido e incómodo ante la situación que se establecía, seguido de una breve pausa decidí hacer esa llamada.

Esta vez, bastaron tres pausados timbres para tener respuesta.

—Si diga—sonó una voz del otro lado.

—Hola John ¿Cómo estas amigo?—saludé con cierto dejo de vacilación.

—Gabriel, como te va. Que sorpresa—respondió con decisión.

Su voz sonaba serena como de costumbre, al mismo tiempo que mis palabras parecían imprecisas; sin saber por dónde dar inicio a mi solicitud de reunirnos. Además no sabía que tan atareado se encontraba, o si ahí mismo, se encontraría en medio de una misa o qué sé yo. Esta última reflexión me resultó bastante estúpida.

¡Imaginen ustedes un sacerdote, contestando una llamada a mitad de liturgia! <Un momento, estoy recibiendo una llamada de Dios> bromearía algún mentecato desde la fila de butacas.

Supongo que su reacción fue de sorpresa, pues nos habíamos reunido hace tan solo dos días y acostumbraba muy poco llamarle. Sin embargo, confiaba que no lo considerara una coacción por el asunto de la reforma parroquial. Y precisamente me adelanté a liquidar cualquier conjetura a ese respecto.

—Estoy bastante bien—dije a continuación, y seguí con la más majadera de las excusas—solo llamaba a saludarte.

—Bien. Pues gracias— acotó él, infiriendo justamente lo que había querido obviar— parece que vamos bastante bien con lo del proyecto. Confío tenerte noticias en breve.

Y prosiguió sin darme tiempo a pretextos:

—A propósito como va lo tuyo con Hamm y la propuesta.

¡Ahí fue donde acerté una salida a mi encrucijada!

—Bien, amigo. He avanzado bastante y precisamente de eso quería hablarte, pues me interesa mucho tu consejo al respecto.

—Vaya, pues me halaga que consultes mi humilde punto de vista.

—Sabes que siempre lo he hecho.

—Bien y ¿cuándo podríamos vernos?—observó él— Mañana debo viajar a la capital, pero estaré de regreso el viernes. Si te parece nos vemos ese día.

Sentí una ligera decepción, pues me promovía un verdadero apremio por hablarle; además tampoco quería dilatar por mucho ese tema. Máxime ahora que ya lo había comentado con Rita, y estaba dispuesto a revelarlo también a él.

Pero las circunstancias escapaban a mi control y no estaba preparado para esa respuesta, de modo que después de un breve análisis y aun sintiéndome un poco coaccionado sugerí:

—Y hoy, John. ¿Te quedaría difícil vernos?

—Bueno, hoy…—dudó por un instante.

John siempre había sido directo al hablar. Esa era una de las cualidades que más admiraba en él, de hecho, en cualquier persona lo consideraba un verdadero atributo.

—Discúlpame. ¿Estás diciendo que este asunto no puede esperar hasta el fin de semana?

—Me temo que no. Al parecer Holbein sale de viaje el viernes con rumbo a Berlin, según me indicó su secretaria—me vi obligado a mentir— Y bueno, quisiera que ¿por qué no? llevara la propuesta consigo.

—Ya veo, mi apreciado Dickens. Déjame yo miro que puedo hacer. Como te decía lo de la reforma también avanza por buen cauce. Justamente esta tarde debo reunirme con la arquidiócesis, que está muy interesada en poner fecha y día al asunto. Como puedes ver los rayos de un buen albur parecen iluminar en medio de tanta lluvia.

—Bueno en eso estoy de acuerdo, pero…

—Mira Gabriel—interrumpió John— si te deje entrar en este proyecto es porque confió en ti. De hecho fue el primer nombre que consideré. Y por supuesto, tú debes estar enterado de los pormenores. Así que hagamos lo siguiente: si puedes recibirme tarde en la noche, pasaré por tu casa. No te aseguró a qué hora.

—Claro que te esperaré gustosamente. Veré si Rita, también puede acompañarnos. Ella tiene muchas ganas de verte. Y gracias amigo, verás que si todo sale según lo planeado; volverá a ser como en los viejos tiempos—expresé con entusiasmo.

—Bien, Gabriel, quedamos hasta la noche. Un fuerte abrazo amigo.

—De acuerdo, te espero. Adiós John.

Guardé el teléfono en mi bolsillo y enseguida sentí la vibración coreada por el repicar del ringtone, se trataba precisamente de Rita, lo más probable es que me estuviera regresando la llamada.

—Hola cariño—saludé—te estuve llamando, pero me contestó otra persona.

—Amor, tu no me has llamado—afirmó ella—no tengo llamadas tuyas. Además ¿Quién iba a contestar mi teléfono?

—Qué extraño—indiqué, respondió alguien con un dejillo juvenil.

—Ya deja de bromear amor—se reafirmó ella—¿y dime que te ha tenido tan ocupado, como para no llamarme y salirte con esta excusa?

—Pero…

No supe que decir, cada vez más, lo inusual parecía formar parte de mi realidad y conociéndola bien, reconocí en su tono una expresión de certeza. Así que cambie de tema.

—¿Y qué vas a hacer hoy?—pregunté con tono ampuloso.

—Bueno concluido un examen de lengua extranjera, confío poder ir a casa y descansar un poco. Después de vernos por supuesto—indicó Rita— ¿Por qué?

En un inédito designio que hablaba de encontrarnos ese día, ella misma certificaba lo que yo pensaba decirle. Pero aun escarbando en el fondo de mi memoria, no podía descifrar en qué momento previo

lo habíamos acordado. Los vacios en mis recuerdos iniciaban a preocuparme.

—Por supuesto, cariño. Como habíamos acordado—fingí—Solo quería saber si paso a recogerte para invitarte a almorzar.

—¡Claro, que rico!—asentó ella—A eso de la una de la tarde, creo que estaré libre.

—Perfecto, de cualquier modo, voy saliendo de una vez.

—Ok. Amor, entonces te espero—dijo despidiéndose.

Terminé la llamada, metí el aparato en el bolsillo del suéter y de inmediato me dispuse a dejar el apartamento. Eran las doce y veinte minutos del mediodía, tenía el tiempo justo para llegar. Di la vuelta, tomé las llaves que descansaban sobre el escritorio y alcanzando la salida, me aventuré en la calle. Pero antes tomé el ultimo cigarro que descansaba en un rincón de la cajetilla y exhalando el aire viciado que inundaba mis pulmones; emprendí el descenso por la escalera. Ensayando poner en orden mis ideas; fue entonces cuando me di cuenta que las pistas de la revelación empezaban a ser coherentes, más de lo que en un principio había calculado. Por increíble que pareciera, toda esa información estaba estrechamente ligada con Treum y conmigo. Era simple y contundente.

CAPÍTULO XXI, RECORDANDO EL CRIMEN DE LOS CORDEROS

Liberé otra bocanada de humo y corrí hacia la camioneta, hasta superar el pasadizo dejando atrás los pequeños estallidos del agua impactados por mi calzado. Ya con la puerta abierta accedí a la cherokee, encendí el motor y tomé el volante para escapar de la línea de vehículos. Descendí ambas ventanillas tan solo un par de centímetros y activando la luz direccional di un sutil giro a la cabrilla.

Encendí la radio y conduje atravesando la piel asfáltica de Treum, con la mirada enfocada en la calle, y el retrovisor; en la previsión de mi ubicación en relación con otros conductores, que por

cierto, no eran muchos. Mientras iba conduciendo, distraído en las pequeñas gotas que se aferraban al parabrisas, para ser expulsadas de inmediato por las plumillas. Rememoraba el buen día, que había pasado junto a Rita, el cual se arruinara poco después con la infausta noticia en la televisión.

<Parece que los buenos días, ya no duran mucho> rumié.

Y entre estas conjeturas seguí camino, atento al espejo que señalaba la distancia de otros vehículos; reconociendo al mismo tiempo las calles que me ubicaban en dirección de mi destino. En cada semáforo, dos o tres vehículos más se apilaban frente a mí, señal de que a medida que avanzaba el tráfico se tornaba más pesado y de las diversas intersecciones emergían nuevos coches y motocicletas.

Suavemente presioné los pedales en una señal de parada, cuando de pronto prorrumpió en el retrovisor un rostro fantasmagórico; el cual emergió de la nada como una neblina en el espejo. Se trataba de una fisonomía claramente humana, pero de origen espectral. Su sorpresiva aparición y la palidez que formaba el perfil desconocido, me conmovieron y llenaron de pánico; obligándome a detener en seco la camioneta. Giré para mirar hacia atrás, congelado de pánico. Sin colegir el origen de aquello que para entonces ya había desaparecido.

<Carajo ¿Qué es lo que pasa?> Suspiré con frustración. Libertando la calma, para seguir conduciendo.

Unos minutos después, al alcanzar la fachada de la universidad, busqué un sitio donde aparcarme; mirando hacia uno y otro lado de la estructura, atrapada entre amplias rúas. Hasta que logré ubicarme en un espacio libre. El desfile de universitarios se apilaba rumbo a la calle, entretanto, otros apenas iniciaban clases y rebosantes de energía accedían por la escalinata de acceso a la entrada principal. Estando ahí, regresó a mi mente la imagen del espectro extravagante y pavoroso que había visto hace unos minutos. Y ensayando distraerme observé mi rostro en el espejo notando unas pronunciadas ojeras y la acentuación de un agotamiento que reñía con su habitual armonía.

<Si mamá pudiera verme, ella que tanto se ufanaba ante sus amigas del atractivo de su hijo>

Bajé de nuevo la mirada concluyendo mi ejercicio de fútil vanidad. Cerré los ojos y oprimí las sienes para ahuyentar una sutil jaqueca que empezaba a insinuarse. Al reparar de nuevo el claustro educativo; hacia donde apuntara la vista, encontraba jóvenes estudiantes de caminar afanoso. No se parecían en lo más mínimo a nosotros en aquellas épocas estudiantiles. La mayoría de ellos eran altos, delgados y bien perfilados; muchos de ellos con singulares peinados. Sin duda su aspecto destacaba mas juvenil que el que tuviéramos nosotros años antes. Incluso los educadores lucían más lozanos.

En ese momento aparcó junto a mí, un Volkswagen Jetta, de color negro. Eché un vistazo y de este descendió una jovencita que no superaría los dieciocho años de edad. La cual al descender del vehículo, me prodigó una amigable sonrisa. Quizá conjeturó que yo era un docente. Me distraje observando su cálida figura que se alejaba. Fue entonces cuando escuché una voz susurrando a mi oído, y noté la presencia de alguien junto a mi puerta. Levanté la mirada y me tomó por sorpresa encontrar a Rita mirándome fijamente.

Abrí la puerta, dando media vuelta para salir del vehículo y saludarla. Cuando descendí un súbito viento frío me envolvió, pero al instante su cálido abrazo y un beso sosegaron aquella impávida brisa. Ella sonrió y yo caí perdido en su mirada.

—Hola cariño ¿ya terminaron tus clases? –dije al girar para apuntarme hacia la dirección contraria y abrir la puerta del pasajero.

—Sí, amor. Enseguida, teníamos clase de costos, pero simplemente había que entregar un taller que hicimos previamente. Así que ya estoy libre—sonrió mientras se sentaba.

Le devolví la sonrisa antes de cerrar la puerta, para transferirme enseguida al puesto del piloto.

—Y bien, ¿Qué tal el día?—indagué. Mientras activaba el motor y volvía la dirección dando marcha atrás, para luego avanzar hacia la izquierda y dejar el aparcamiento.

—Bien, nada nuevo—indicó ella.

Entretanto, reconociendo algunos rostros se despedía con diplomacia.

Cruzamos frente a los bloques de salones, y nos encaminamos hacia la salida; tomando la ruta de la Calle Babieca, para adentrarnos luego en la autopista.

Atrás quedó la silueta del recinto educativo, los estudiantes y las asignaturas. Adelante aguardaba el, esta vez, atestado camino. Conduje con calma a pesar de la hora y el incomodo sonido de cláxones ardorosos.

Luego de unos minutos empecé a descolgar camino al sureste, mientras Rita sentada a mi lado acariciaba mi cabello, o se distraía en mirar en el espejo sus rizos alborotados por el viento.

—¿Puedo cerrar la ventanilla?—musitó con evidente frío.

—Por supuesto, cariño. No me había percatado—dije excusándome.

Durante el trayecto no habló mucho, su bello rostro parecía sacudido por alguna pena y sus ojos se incluían en la distracción del camino lluvioso.

—¿Ocurre algo?—consulté.

—No ¿por qué? –respondió ella, liberando una sonrisa oxigenada en sus dientecitos blancos.

Continué atento al camino, mientras acariciaba su muslo, entre cada cambio de velocidades. Y conversábamos un poco sobre sus estudios y como había ido el día. Empero, seguía teniendo la impresión de que Rita se sentía ansiosa por alguna razón que yo ignoraba. A pesar de que con muestras de afecto me rodeaba la cintura con el brazo o apoyaba su mano sobre mi hombro.

Agucé un poco el acelerador, cuando doblamos en la esquina de la calle de la Marina y quedó dentro de mi campo visual el perfil del restaurante. Lo bastante grande como para divisarse a esa distancia, aun en medio de la calina que sinuosa invadía la calleja; formando un laberinto pluvioso que se descolgaba desde los aleros de aquel paraje histórico.

Cuando llegamos, el estacionamiento del restaurante estaba repleto. Me deslicé con afán, en dirección a las sombras que proyectaba el único sitio libre. Rita sonrió al notar mi avidez.

Finalmente, estuvimos frente al grueso cristal que separaba la acera de los convidados, y en cuya superficie podía leerse comedor "Casa del Cerro". Se trataba de un restaurante típico instituido rayano a la avenida 37, a dos calles de la autopista. El cual había descubierto una tarde en que atendía algunos asuntos cerca de ahí, y a donde llegué accidentalmente, buscando un lugar disponible para almorzar. Desde ese día acostumbraba ir, si tenía la oportunidad, azuzado por la buena comida y el espacio sobrio.

Las luces anunciaron nuestro arribo, detuve el coche y me abrevié en salir para luego ir a por Rita.

—Ya llegamos —susurré, tomando su suave y pequeña mano para guiarla hacia la entrada.

Avanzando desde el extremo de la edificación, donde quedó aparcada la camioneta, nos dirigimos directamente a la entrada que apuntaba en dirección al este. Enseguida fuimos atendidos por un portero que paraguas en mano, salió para favorecernos de la lluvia. Rita se adelantó y yo agradecí la asistencia del hombre.

—Adelante, sigan por favor—invitó con voz ronca, que parecía salir de la nada.

Una vez ingresamos a la protección del techado, me percaté que desde nuestra posición y dado el perfil arquitectónico de la construcción. Se dificultaba ver el interior, pero no costaba colegir que la ocupación era completa y que instalarnos seria una labor de paciencia, afortunadamente, ninguno de los dos parecía tener premura.

– ¿Me permiten? –dijo el conserje, señalando nuestros abrigos, los cuales nos sacamos y el descargó a la brevedad sobre una percha dispuesta a un par de metros de la salida.

A continuación con un gesto de su mano, nos invitó a adentrarnos en el selecto espacio y avanzados pocos pasos, nos reunió con otro empleado quien vestía uniforme de camisa blanca y chaleco color borgoña.

—Este es Felipe, quien los asistirá con la ubicación— presentó con formalidad.

El asistente inclinó levemente su cabeza en señal de saludo y tanto Rita como respondimos en igual avenencia su cordialidad.

—¿Hay algo mas en que pueda ayudarles?—preguntó el portero.

—Así estamos bien. Descuide.

—Con permiso y bienvenidos—se despidió por último.

Evidentemente el establecimiento se encontraba repleto a pesar de la hora, y no se veía ninguna mesa libre. Lo cual fue corroborado por el mesero.

—Tendrán que disculparnos, el día de hoy hemos tenido una gran afluencia. Pero en breve dispondremos de una mesa. Les pido un permiso—solicitó.

—Siga—dije.

—Es un sitio muy agradable—observó Rita, quien no conocía el refectorio previamente.

—Gracias por invitarme—añadió a continuación.

Sonreí con timidez y antes de decir nada. En ese momento regresó el camarero.

—Podríamos ubicar una mesa en ese espacio—dijo señalando el único hueco libre—si ustedes están de acuerdo.

Pero justo entonces un grupo de amigas, que por su acento deduje serian británicas, se pusieron de pie. Liberando una mesa, luego de dejar el correspondiente pago.

Obvié con un gesto, lo evidente y de inmediato el asistente hizo un gesto para instalarnos en esta. Seguido se dispuso tras una de las sillas para hacer espacio a Rita, quien agradeciendo se instaló cómodamente.

—Gracias. Disculpe las molestias—expresé yo, antes de tomar asiento.

—No es ninguna molestia. Disculpen ustedes la tardanza—observó y enseguida nos alcanzó el menú.

—¿Desean beber…?—preguntó.

—Puedo recomendarles el vino tinto de la casa—indicó enseguida, con un gesto que señalaba la carta.

—Solo agua para mí—apuntó Rita.

—Estoy de acuerdo con el vino, gracias—dije yo.

—Muy bien, con permiso—expresó el servicial hombre, retirándose para darnos espacio de elegir.

Sentamos en extremos opuestos, con las sillas en oposición. Miramos a nuestro alrededor la treintena de mesas, donde ejecutivos, turistas y demás se imbuían en sus asuntos, hablando plácidamente.

Mi olfato se agasajaba de aromas, y me estomago crujía de ansiedad.

Finalmente me decanté por un solomillo en salsa de vino tinto, y Rita por unos canelones rellenos, hicimos el pedido al mesero y aguardamos pacientemente mientras hablábamos sobre diversos asuntos.

—Y cuéntame ¿cómo va lo del proyecto y el plano que me enseñaste el otro día?—curioseó ella.

—Bien cariño, estoy a punto de concluir mi idea, y presentarla cuanto antes a Holbein.

Ella sonrió con ternura reforzando mi convicción:

—Amor debo felicitarte. Estoy segura que serás el mejor arquitecto de la ciudad.

—Bueno, gracias por eso.

—Tal vez Holbein esté esperando ver tus planos y bosquejos —se aventuró Rita—E incluso ya cuente con tu ayuda, después de la charla que tuvieron.

Negué con un gesto.

—En realidad, no creo que nadie, excepto tú, sea tan entusiasta al respecto. Y prefiero no ensillar sin tener el caballo—expresé.

Rita quedó en silencio por un instante, mientras me observaba.

—Claro, aunque confío en eso—dije sonriendo, tasando su honrado comentario y mí seca respuesta.

En ese momento apareció el mesero con las bebidas.

—En un instante estarán listos sus platos ¿desean alguna otra cosa?

—Así estamos bien gracias—dijimos al unísono los dos, consintiendo su alejamiento.

—Amor ¿y te enteraste por las noticias de lo ocurrido?

—¿A qué te refieres?—inquirí sin inscribir con exactitud lo que enunciaba.

—¡Lo del asesinato!—murmuró ella, desparramando los ojos.

Entendí hacia donde apuntaba eso.

—Si de algo me enteré—respondí queriendo restar importancia al asunto—algún desquiciado seguramente.

—Eso es evidente, pero crees ¿qué significa?—insistió Rita.

Me generó muchas dudas responder aquella pregunta y correr el velo respecto del significado, de algo que yo mismo apenas si comprendía. Resultaba demasiado espinoso en ese momento.

En el fondo estaba seguro que significaba algo, quizá un mensaje. Uno que el perturbado quería revelar al mundo. Fundamentalmente, una alegoría de la vida y la muerte. Tal vez, ambicionaba mandar una señal. Era esa mi interpretación. No por ello dejaba de resultarme brutal y extraño. Fue eso lo que dije.

Rita asintió.

—¿Algún extraño culto? Piensas que podría ser.

—No lo creo—corregí—Incluso, desde tiempos inmemoriales, algunas culturas, basan sus creencias religiosas en sacrificios de sangre. Como símbolo de reparación a sus deidades.

Rita me observó con extrañeza, con un dejo de incredulidad. Probablemente dudando que un crimen semejante pudiera contener un significado religioso.

Yo mismo sentí cierta perplejidad una vez que lo dije, de modo que di un giro hacia otra dirección.

—Cariño, esto no está nada bien. Pienso que nuestros gobernantes podrían hacerlo un poco mejor y tomar cuando menos algunas precauciones.

– ¿A qué te refieres?

– La policía cariño. Vienen y dan la cara con todo desparpajo, dando a entender que no pueden hacer nada.

—Lo preocupante es que se trate de algún grupo de delincuentes queriendo tomar el pulso a la autoridad—observó ella.

—Lo que sea. Lo cierto es que hace mucho esta ciudad está enferma y nadie ha querido verlo.

—No lo sé, tal vez tienes razón—interrumpió ella—; de un tiempo para acá nadie puede estar tan bien como quiere.

—Es lamentable—dije.

Ella quedó en silencio, en un lapsus que arrebató sus pensamientos.

—¿Que dices? Pregunto luego de un rato.

La repetición es la forma más sencilla de reforzar la distracción y fue ahí cuando noté que Rita, no se comportaba de forma natural ese día. De hecho su postura enfatizaba un claro acento de desidia y el escaso interés respecto de un tema, que aun cuando se precisaba en tratarlo, parecía disfrazar el fondo de sus verdaderas preocupaciones.

Me quedé observándola en silencio por un instante y noté que ella simplemente, se pasaba la mano acariciándose el cabello, sin percatarse siquiera que mi respuesta no había llegado.

—Rita ¿te ocurre algo?

—No…es….solo que…

Su frase se entrecortó y en la liberación del aliento, noté de pronto, una inflexión de tristeza que se ocultaba tras sus palabras y que seguramente era ajena, al tema que tratábamos. De modo que pregunté sin preámbulos.

—¿Cariño algo te agobia?

Las señales de su rostro fueron reveladoras y lo que se ocultaba en su corazón brotó en forma de lágrimas en sus ojos.

– Gabriel, es que he tratado de ser fuerte. Perdona que me comporte así—De improviso musitó con voz trémula.

– Rita, te he dicho que si tienes problemas o necesitas ayuda con tus asuntos familiares, puedes decirme.

A mis palabras siguió un silencio frío y profundo que duró unos segundos.

– ¿Qué puedes hacer tú? ¿Qué puedo hacer yo misma?—soltó de golpe Rita, haciéndose eco de mis palabras–

–Ni siquiera sé que ocurre exactamente. Desde la partida de papá, estoy suponiendo razones que mi madre no ha sabido explicar.

De hecho creo que ni ella misma lo sabe—sonó bastante ambigua la reflexión de Rita.

–Te entiendo, y de verdad lo siento. Sé que es difícil—dije comprendiendo sus sentimientos.

—Toma, bebe un poco. Te hará bien —dije alcanzándole un poco de agua.

Rita tomo sorbo del vaso. Y yo, entretanto, me serví una copa de vino tinto.

Ella no dijo nada más, y enseguida respirando profundo, secó sus lágrimas e intentó calmarse. Como si hubiese liberado un nudo que le apretaba la garganta. Tornando de inmediato a la conversación primigenia.

–Ha sido realmente horrible ¿no crees? ¿Cómo alguien comete un crimen tan brutal y sigue viviendo como si nada?

—Una verdadera mierda—asentí con enojo. Siguiendo la corriente—sé, que si la comunidad lograra ponerles las manos encima…

–No lo sé –dijo ella–. A veces la gente es tan permisiva.

Esta vez fui yo quien vaciló inspirando hondo, y reviviendo la sanguinaria imagen en mi mente.

—Es…simplemente, es repulsivo. Mejor hablemos de otro asunto—dije sintiéndome tenso.

Tan pronto concluí la frase, apareció el humeante y bienoliente pedido. Percibí un olor apetitoso al ver pasar el plato por delante de mis ojos. Y luego del agradecimiento a nuestro mecenas. Me lancé a dar cuenta de ello sin miramientos ni delicadezas.

Pero bastó con ver la carne trozada en el plato, para revivir las imágenes del cuerpo mutilado; me sentí repugnado enseguida, fastidiado, tentado a lanzarlo contra la pared.

<Solo esto me faltaba, que ahora tampoco pueda comer> susurré en mi mente con enojo.

Mientras Rita, me observaba callada, simplemente, con una sonrisa esbozada en el rostro. Y yo seguía en un iba y venía, dando

vueltas al músculo aderezado sin atreverme a tomar el primer bocado.

<¡Mierda, y se me ocurre pedir carne!> pensé.

<No es tan grave, solo corta un bocado Gabriel, además huele muy bien>Repetía en mi cabeza.

Durante el almuerzo Rita estuvo muy callada. Y yo sintiendo un nudo en el estomago, apenas si pude probar un bocado a punto de reventar en arcadas. Lo que juzgué en inicio una romántica velada, empezó a tornarse incomodo, merced a las preocupaciones de ambos. Por momentos regresaba a mi memoria la imagen del cadáver, sin acertar porque me causaba tanto impacto. Entretanto, Rita, suspiraba cada tanto como si estuviera a punto de atorarse con el suave bocado de pasta. Me vi tentado a consultar de nuevo, su estado de ánimo, pero su mirada pesarosa obviaba cualquier consulta.

Así en silencio terminamos de cenar. Con un gesto llamé al mesero, cancelé el valor de la cuenta, dejando una propina que consideré generosa, mientras este se disponía a recoger los platos. Agradecimos y nos despedimos, para luego avanzar con andar lento hacia la salida, afuera nos esperaba la calle lluviosa.

¿Me permiten?—indicó el portero, alcanzándonos los abrigos.

Cruzamos el quicio del portón, quedando en regresar ante la sugerencia del hombre, quien con señorío se avocó a atender otros comensales que ingresaban en ese momento.

Rita y yo nos observamos fijamente sin saber que pensada cada uno, como si el silencio fuera nuestro dialogo.

CAPÍTULO XXII, DE LA EXTRAVAGANTE VISITA A CASA DE RITA

Con sentimientos tan lejanos pero a la vez tan vivos, tan novedosos y rutinarios; me detuve ante ella dejando clavar la mirada en el suelo, sin saber que decirle. No pretendía agobiar aun más su estado de ánimo.

Me sentía tan desusado, y embargado por incómodos sentimientos que me detuve con las manos apoyadas en la camioneta, a pesar de la lluvia, para examinar un momento la ciudad. Aguijoneado por un deseo de paz; tan vehemente como una embestida, y tan penetrante, que unido a mi repentina desolación lograba provocarme alucinaciones.

Mi imaginación, que hasta esa mañana fuera un plácido espacio de sueños y proyectos; materializó ante mis ojos un mundo de quimeras y espantos que brotaban del suelo y abarcaban la calle en una irreal extravagancia.

Identificaba claramente las proporciones y distancias de la calle, pero figuraba esta una tierra fangosa bajo un cielo granate. Cuyo suelo irrigado por la lluvia instituía un denso lodo, que fieramente se adhería a los zapatos; en medio de una suerte de selva asfáltica, rodeada de edificios que se izaban como palmeras enormes y exageradas. Cuyos transeúntes eran seres monstruosos, deformados, con brazos como ramajes, ojos nacarados, dientes rancios y cabezas hinchadas. Y el reflejo sobre las edificaciones, ahora palmeras, se multiplicaba superando la altura de estos. La mirada de quienes transitaban era un acecho, presto al ataque de sus nudosas manos provistas de garras. Sacudí la cabeza para ahuyentar la imagen.

—¿Qué ocurre? —Me encontré con la mirada fija de Rita, preguntado con desconcierto— ¿Te sientes bien?

—Claro, subamos al auto— Tenía un trabazón de ideas en la cabeza pero había vuelto a la realidad. De cualquier modo ella preguntó una vez más.

—Estoy bien —contesté, todavía sorprendido por la intensidad de la inusual escena—Lo siento —me disculpé luego. Y ya a bordo del auto, emprendimos el camino de regreso.

No tardaríamos demasiado en llegar allí, supuse que el silencio imprevisto apresuraría el camino. Pero de pronto los dos nos miramos, y Rita esbozó una sonrisa, que enseguida se transformó en una risa amplia.

—Discúlpame, arruine el día. Dijo pasando su brazo por mi espalda y recostando su cabeza en mi hombro—¿me perdonas?

—Eso no es cierto. Ambos parecíamos estar en otro mundo, así que no tienes por qué disculparte—afirmé—¿vas a tu casa?

—Sí. ¿Pero no estás disgustado?

—En absoluto, ya te lo dije.

–¿Y qué harás esta noche?—preguntó pasando a otro tema.

—Esta noche probablemente venga John a visitarme.

—¿Si?¿Por qué no me dijiste antes?

—Bueno, realmente no hubo el momento—indiqué con gesto de obviedad.

No era considerable la distancia que nos separaba de su residencia, empero, el tiempo que recurrió abarcar el camino, resultó suficiente para levantar los ánimos. Realmente conduje lentamente para aprovechar esos minutos antes de despedirnos. Por otra parte solo eran las cuatro de la tarde. Y mientras escuchaba la voz de Rita, ahora más confortada, prestaba atención al camino.

Avanzaba y podía escuchar el rozar de las plumillas sobre el parabrisas, finalmente, miré a mi alrededor acertando los contornos de la calle predicamento y sin sorpresas llegamos a nuestro destino.

Me detuve y apagué el motor. Resultó complaciente el viaje hasta su casa. Rita abrió la puerta haciéndose camino a la salida.

—Cariño ¿no vas a despedirte?—pregunté extrañado.

—Gabriel, ¿no pasas a saludar?—observó ella en contestación.

—Ehhh…claro que sí—Sonreí apenado.

—¿Quieres dejar la camioneta en la cochera? Amor—consultó Rita.

—Así está bien. Está habituada a la lluvia—

Ella sonrió por mi comentario.

Dejé el coche estacionado a un costado de la carretera. Y descendí para avanzar el trayecto hasta la entrada, tomando la mano de Rita.

Pero sentí cierta agitación, sabiendo que había sido distraído y poco considerado respecto de los inconvenientes de la señora Selene.

En fin, más allá de algunas probables interpelaciones y reproches peripuestos de simuladas risas, consideré que no sería tan grave.

En medio de mis introspectivas conjeturas, nos acercamos con celeridad a la puerta. Rita comprobó que en el interior de su bolso, estuviera la llave, la introdujo y dio un giro completo a la cerradura. Empujé la puerta por ella y enseguida nos adentramos en la vivienda.

—Mamá ya llegué—dijo al cruzar el umbral.

No hubo respuesta y avanzamos hasta la sala, el diseño de esa construcción siempre me había resultado extravagante, particularmente la zona de la sala a la cual se accedía por un altillo de dos escalones, que reñía con el nivelado del resto del piso.

Los techos eran relativamente bajos y el tablado del piso, bosquejaba formas que mareaban. Al fondo se descubría un espacio amplio y rectangular. El salón estaba amparado por un enorme crucifijo en una pared adyacente; pendía de la cubierta una lámpara tipo holandesa de ocho luces y engastado en la pared un cuadro con un paisaje alpino. Los muebles en madera de cedro rojo, tallada a mano con acabado mate, ondeaban en un extremo de la estancia; donde trascendían insuficientes para el dilatado espacio. En uno de ellos reposaba la señora Selene, vestida con un camisón oscuro, y mirada distraída.

La escena me inspiraba una vaga sensación de temor, empero, apreté los dientes e ingresé. No era un sitio que propiamente adoleciera de estética, sin embargo, no conseguía sentirme a gusto.

Recorrí con la mirada las paredes en la incómoda sensación de querer salir de ese lugar.

No tenía ninguna idea preconcebida de lo que iba a decir, pero tácitamente aquel no era un lugar en que quisiera estar. No sentía la más a mínima admiración por aquel confinado espacio; donde simplemente luego de saludar, sin obtener respuesta, aguardé en silencio.

Rita me observó ruborizada y se excusó por la señora.

—No te preocupes, así es con todos los que vienen. Es solo que su estado de ánimo cada vez es más singular, por decirlo de algún modo. A veces yo misma, no sé cómo tratarla.

—No pasa nada—murmuré, sintiendo consideración por la situación que la acongojaba. Era realmente triste ver su rostro desconcertado.

Luego se aproximó y la saludó con un beso, gesto que la señora apenas si atendió.

Pocos meses antes esa misma mujer destacaba por su sonrisa amplia y finas facciones, pero de aquello quedaba muy poco. La tristeza eclipsaba su mirada, y tal vez, en el fondo de su alma, la lenta tortura de la ausencia de su esposo, la convertía en aquel retrato amargado posado sobre un sillón.

—Ven siéntate—invitó Rita con un gesto.

—Buenas noches señora Selene, ¿Cómo está usted?—saludé de nuevo. Apenas si levantó la mirada para observarme, no obstante, me reconoció y en esta ocasión respondió el saludo.

—Gabriel ¿Cómo le va?—contestó lacónicamente.

Lo que sentí al aproximarme, no podría llamarse precisamente una reacción de alegría por mi llegada. Sino más bien una expresión de decepción al verme, evidenciada en el análisis exhaustivo de su mirada que sobrevino a continuación.

Rita se excusó y se alejó en dirección a la cocina, para traer unas bebidas y unos medicamentos recetados a su madre.

—¿Quieres café o soda?—farfulló desde la arista del salón.

—Una soda, estaría bien. Gracias—resondí.

La señora Selene tenía una expresión de desconcierto, de no estar preparada para recibir visitas; incluso parecía un poco intimidada, y solo conservaba un tenue brillo de su otrora orgulloso aire. Me senté frente a ella sintiendo que el volumen del aire se hacía pesado. En pocos minutos también yo me sentí intimidado por la fiereza de sus ojos calvados en los míos. De inmediato reflexioné que esa pobre mujer había enloquecido, pero sentí que era mi obligación sobrellevar la situación con entereza, y evitar la agitación de mi ánimo. Con la buena voluntad de acompañar a Rita, durante unos

minutos, en la situación que ella debía tolerar a diario. Es posible que solo fuera impresión mía, y que la señora tan solo quisiera estar sola, pero al repasar su aspecto se notaba que evidentemente, algo no andaba bien del todo. Algo que solo ella misma en su cabeza sabía. A continuación estalló en una mueca incomprensible, incoherente desde cualquier estado de sanidad mental. Su conducta empezaba a resultar extravagante. Y mi acompañamiento ningún bien hacia al incomodo contexto. Me incorporé lentamente y me dirigí hacia la cocina donde estaba Rita.

—Creo que debería irme, parece que tu mamá no se siente bien.

Rita me miró en un prolongado gesto de amargura, en un himno de desconsuelo que brotaba de sus ojos tristes, sin encontrar palabras que definieran su aflicción. Y sin decir nada fue de inmediato a atender a la señora.

<Mamá quieres ir a tu cuarto> murmuró a su oído.

Pero la mujer respondió a su pregunta con un bramido. Seguido de un rotundo no.

Regresé a la sala y encontré a Rita con semblante fatigado. En mi completa ignorancia no entendía que lo único que pedía era mi compañía, el apoyo que horas antes había ofrecido. Tenía razón, lidiar con semejante situación debía resultar agobiante. Por supuesto, no tenía a quien acudir, estaban salas en esa ciudad. Y mi tierna amada no era más que una sirvienta avocada a paliar las tristezas de un orate; empujado a un mundo fachoso por obra del amor. Volvimos a congregarnos los tres en la sala, y yo regresé tímidamente a mi asiento, con un aviso de alarma que me invitaba a salir corriendo de aquella vivienda. Pero cuando la mirada de Rita se cruzó con la mía, supe que no debía hacerlo. Su único alivio era mi presencia.

Reconocí los signos, las confusiones de su desdicha. Reconocí el momento y el lugar en medio del cual me encontraba. Respiré la soledad y el vacio. Que brotaban de aquel hogar fortuitamente declinado. En la inexistente conversación con la señora Selene, no conseguí hallar un subterfugio, que me permitiera soportar aquellos dilatados minutos.

¿Cómo era posible que estuviera en semejante escenario? me cubrí la frente con las manos y cerré los ojos un instante; impacientado al verme atrapado en medio de tal confusión. Donde todo parecía salirse de lo normal, como una transmutación ilusoria en torno mío. Entonces el salón adquirió un carácter singular que reñía con su aspecto normal. Cerré de nuevo los ojos.

Pero en aquel instante me sentí dominado por una sensación de vacío, como si realmente estuviera solo; levanté los parpados y alcé la mirada. Advirtiendo el pesado e irracional atisbo de aquella mujer que seguía frente a mí, incrementando mi molestia. Me sentía atrapado entre el mueble y la pared contra la cual el espaldar apuntaba. Entonces ideé una maniobra para abstraerla de su ensimismamiento, no sé cómo pudo ocurrírseme algo tan estúpido. Lo entendería más tarde gracias a su reacción.

Había hecho esa suposición equivocada, pues meses antes la señora estaría comentando sobre la familia, las reuniones de club con sus amigas; la ciudad, esto y aquello. De modo que me dejé llevar y terminé soltándola lo que resultaría una bomba, como si nada.

—Señora Selene ¿Y qué noticias hay sobre su esposo?

Dada la respuesta, podría decirse que hasta entonces la velada había sido maravillosa.

De pronto el ambiente se enrareció de un halito turbio, la pesada neblina de la calle pareció tamizarse de imprevisto en el salón y tuve que encontrarme con el furor asesino en la mirada de la mujer. Quien en una rara lontananza, floreció en una explosión de excitación y resentimiento.

—¿El señor Abrante? ¡Al señor Abrante tal vez no lo volvamos a ver Gabriel. Gracias a la corrupción de los políticos de esta ciudad!.

En silencio tuve que aceptar la premisa, sin la menor idea de dónde encontrar el principio y fin de ella.

–¡Si Gabriel, Rita debe haberte contado las razones por las cuales mi esposo tuvo que salir corriendo de esta ciudad!—

Por supuesto no era así. Y yo no tenía la menor idea de la referencia que hacia la señora. Y lo único que quería era acertar una ruta de escape.

La mirada melancólica mutó en un gesto de rabia, y las aguas cálidas de sus emociones sulfuraron de agitación. Los retintines de mis palabras habían activado un furor reprimido, una queja de golpe y porrazo. Que en ese punto parecía incontrolable.

Al fin después de casi media hora, apareció Rita. Quien llegó impulsada por la prisa del aquelarre. Traía consigo una soda y un vaso de agua soportados en una bandeja que descargó de inmediato en la mesa de centro.

—¿Qué pasó mamá?

—¿Rita no le has contado a Gabriel sobre el honorable senador Gorky y sus amigos?—espetó doña Selene con la mirada cristalizada de obcecación.

—¡Mamá, por favor, Gabriel no está interesado en ese asunto!—recriminó Rita.

Pero fue inevitable que la señora continuara su vehemente devenir. Gesticulando, dejando escapar delirantes risotadas, y agitando las manos con ademanes frenéticos.

<¿Gorky? de nuevo aquel nombre ¿Qué tenía que ver en todo esto?>pensé.

El estoicismo de Rita fue puesto a prueba y de un bramido avivado de impaciencia acalló a su madre:

—¡Ya basta mamá…no tienes derecho!

Solo así, la mujer volvió a su moderado silencio.

Resultó verdaderamente lamentable al caos, que mis palabras provocaron y de inmediato me disculpe con Rita, quien me observó con semblante melancólico.

—Perdóname. No es tu culpa amor. Será mejor que te vayas—pidió con voz vacilante y las manos temblorosas.

Me sentí culpable de haber alterado aquel tronado cerebro, y profundamente avergonzado me puse de pie.

—Te acompaño a la salida—dijo ella.

—¿Seguro estarás bien?—consulté.

—Descuida, ya estoy acostumbrada—expresó con un gesto mustio, mientras abandonábamos el salón.

—Hasta luego señora Selene, que tenga usted una buena noche—me despedí.

—Adiós Gabriel—respondió la señora, con una inflexión de sequedad.

Como si juzgara mi falta de reacción ante su clamor. Entonces me sentí condolido de la mujer, en medio de la confusión que reinaba mi cabeza, ante su extraño comportamiento.

—¿Cariño que fue todo eso. A que se refería tu madre? ¿Quieres decirme?.

Ella levantó la mirada y fue como si una lanza me atravesara.

—No es nada Gabriel. Ella culpa a todos por su desdicha, simplemente es eso—y continuó—Por ahora creo que es mejor que nos veamos otro día. Te agradezco haber venido—indicó abriendo la puerta.

Luego sin entusiasmo ni emociones me dio un gélido beso.

Salí sin entender que sentimientos ahondaban en su corazón, pero no tenía ningún sentido insistir. Y acelerando el paso para acortar la distancia, me dirigí a la camioneta mientras la puerta se cerraba.

Un asunto equivoco parecía emerger en aquel hogar, empero, mientras ella no quisiera hablar del asunto, era poco lo que yo podía hacer. Poner un anillo en su dedo tampoco sería solución, evidentemente, Rita no dejaría sola a su madre. Y ni siquiera en un exótico tanteo, convenía yo, cohabitar en aquel particular escenario.

Lleno de dudas encendí el vehículo, y volví a adueñarme de la calle, para girar en medio de la lluvia hasta mi apartamento. Ya era de noche y Treum se vestía de sombras; siluetas singulares y macabras que surgían como entidades alargadas y misteriosas. Las cuales parecían descolgarse desde los alares de los edificios, llevando hasta el estremecimiento mis sentidos.

Pero contrarrestaba esa sensación, pensando en otros asuntos, entre ellos la visita de John, quien sabría aconsejarme.

Ininterrumpidamente seguí mi camino, con la maquinaria de la cherokee queriendo fallar; tendría que llevarla cuanto antes para una revisión mecánica, había sido bastante descuidado al respecto.

Por un momento todo funcionaba normalmente, pero ganados unos metros, parecía interrumpirse el flujo de gasolina, o quizá se tratara del alternador, realmente no podía saberlo.

Sin embargo, continué entre la sombría perspectiva que dibujaba la ciudad; la pasmosa composición de edificios entre luces y sombras, y el susurro del viento como voces misteriosas. Pero en medio de un paraje solitario, de manera intempestiva se detuvo la camioneta.

Intenté dándole al arranque unas diez veces pero resultó inútil, luego pasé el cambio a segunda, y bajando de la camioneta ensayé hundir el pie en el embrague. La obviedad me saltó en la cara: estaba solo en medio de la nada y por mis propios medios no conseguiría mover el pesado vehículo. Además me encontraba en un lugar oscuro.

Busqué una linterna y me disponía a levantar el capó en un último intento de hallar solución, antes de tener que dejar el coche abandonado para regresar con ayuda; que seguramente a esa hora y con el latoso clima sería difícil de encontrar. Para entonces la lluvia me había empapado. De pronto levanté la mirada y a unos veinticinco metros, me encontré con la sorpresiva silueta de un coche estacionado al lado de la carretera.

De inmediato decidí ir en su búsqueda, entreviendo que pudiera continuar su marcha y así perder mi única oportunidad de auxilio. Cuando menos podría tener un cable dúplex, si el inconveniente de mi camioneta era causado por la batería, o prestarme cualquier tipo de ayuda adicional.

Corrí hasta su ubicación y estando a veinte pasos pude distinguirlo claramente; parecía estar aparcado a un extremo de la calle, como si hiciera tiempo al cambio de luz, justo bajo el semáforo. Se trataba de un Fiat negro convertible modelo 79. Apenas llegué me di cuenta que el techo de lona estaba recogido. Al dar una ojeada esperaba ver al conductor en su asiento. Pero al detenerme junto a el auto no vi a nadie en la acera, o dentro del coche, y al parecer tampoco

en los alrededores, ni en la distancia que mi visual lograba captar; rebusqué con la mirada entre la penumbra, y me resultó bastante extraño. Aunque decidí continuar esperando. Lo de la capota retraída en medio de tal chubasco carecía de sentido ¿Y si al igual que yo, también él necesitaba ayuda? ¿Si había sufrido algún desperfecto mecánico?

No contaba con ningún tipo de amparo en medio de la lluvia y el agua se descolgaba desde mi cabello, filtrándose hacia los ojos. Bajé un segundo la mirada, y mis ojos tropezaron con algo sorpresivo: una especie de soga. Centré mi atención en el objeto y en efecto confirmé que era una gruesa cuerda de sisal, anudada en los extremos; tirada en el suelo, y manchada con una sustancia roja que se desleía lentamente. Por mi cabeza cruzó de inmediato la idea de que pudiera ser sangre, y recordé al unísono el crimen visto en la noticias.

Y ¿Si la persona que había abandonado el auto estaba herida? Aun con el sentimiento de temor y los pensamientos que cruzaban mi cabeza, decidí seguir en el sitio y llamar para ver si alguna respuesta.

—¡Holaaa!, ¿hay alguien ahí?, ¿necesita ayuda?

—¿Holaaaa…?

No hubo ninguna señal.

<Gabriel deberías irte de aquí> me dije a mí mismo, empero, decidí seguir allí, en la oscuridad, observando con detalle cada movimiento, en busca de señales del conductor.

La recóndita y lluviosa noche atrapada en el silencio; tan solo irrumpida por el llanto del cielo, mutaba el lugar en un oscuro panteón. En el cual el auto abandonado se erigía como alegoría del más subrepticio misterio. Debí aguardar durante unos diez minutos, con los pies prestos a prender carrera si me encontraba frente a alguna amenaza.

Persistí un poco más en mi llamado, con ídem resultado.

<Debo avisar a la policía, es lo más indicado> conjeturé. Retomando el camino hacia mi vehículo, ahora lleno de aprensión y sin saber qué decisión tomaría.

Subí de nuevo a la cherokee. Cuando menos para resguardarme de la lluvia e intentar la llamada al número de

emergencias. No me resultó sorpresivo encontrarme sin señal. ¿Qué más podía esperar de una noche como esa?

Atónito y pleno de resquemor maldije aquel albur, y en un intento desesperado di otro impulso al arranque, para mi sorpresa, el sonido del motor emergió con toda claridad. Enseguida emprendí mi camino sin adicionales conjeturas, solo quería llegar a casa cuanto antes, y confiaba que John, no lo hubiera hecho antes.

Conduje lentamente, hasta pasar por el sitio donde tenía la certeza se encontraba el fiat, y lo que vino a continuación no podría resultar más fachoso: en ese lugar ya no había vestigios del auto.

Por inverosímil que resultó dejé el suceso de lado y proseguí. Expeditamente tomé la ruta de la autopista, no quería seguir conduciendo por las sinuosidades insondables de Treum. A menos de un kilómetro de ahí, se elevaba el edificio de apartamentos. En pocos minutos crucé la avenida sin ningún tipo de inconveniente mecánico. En el trayecto me encontré con la silueta del palacio de artes, la magnificencia del ayuntamiento elevándose en la distancia y el viaducto de los mártires sostenido por gruesas columnas.

Bajando enseguida por la calle de los comercios, donde fui bendecido por el resplandor de las luces; para en breve adentrarme hacia los pasadizos de la calle Centro Alto. Al llegar aparqué, detuve la maquinaria, salí del coche y avancé por el pasillo asfaltico; hasta inscribirme en las escaleras que conducían al segundo piso. Sintiendo que la ciudad se me hundía en la carne y en el alma, sin embargo, algo de regocijo acompañaba mis pasos: esperar que John pudiera dar algo de luz a mis incógnitas, o simplemente sentirme compensado, por el sencillo ejercicio de regresar a casa.

CAPÍTULO XXIII, DE LA VISITA DE JOHN Y SU CONSEJO

En el edificio reinaba un solemne silencio que instituía su habitual soledad. El viento colándose entre las concavidades de sus formas, era como un suspiro que me acompañaba al subir las gradas.

Finalmente, hube de llegar a mi vivienda. Al girar el picaporte aquel espacio se descubrió como un cálido palacio que acogía mi agotamiento,

La puerta se abrió por completo, avancé dos pasos y me detuve luego de cerrarla tras de mí. El reloj de pared anunciaba las ocho de la noche.

Desembarqué pues en la seguridad de mi espacio e inicié a adosarme a la cotidianidad que alejaba de la excéntrica calle. Caminé silenciosamente hacia el teléfono, confirmando una llamada desconocida y un par de mensajes ininteligibles; pude acertar que ninguno de los dos era de John. Saqué mi teléfono móvil revalidando que no hubiese llamadas suyas. De ahí me aproximé al ventanal. Todo lo que se oía era el tintineo de las gotas sobre el vidrio, sin embargo, al acercarme me pareció advertir un aroma inusual, además del ventanal abierto; lo cual captó completamente mi atención ¿Era posible que alguien entrara en mi apartamento durante mi ausencia?

Observé el callejón, ahí en el lado opuesto, podía verse el reducido apartamento de Michael, casi como un reflejo del mío. A través de la delgada cortina se insinuaba la silueta de la joven madre, probablemente preparando los alimentos. También el pequeño niño se notaba correteando en aquel espacio, y resultaban para mi, dos siluetas conocidas y ajenas que se filtraban hasta mis ojos.

Apenas hube advertido esta imagen, mi frente se frunció, mis ojos se entrecerraron y contraje los labios en una expresión de rabia que se reflejaba en el vidrio. Recordé enseguida el albur oscuro y maligno cuya definición ignoraba, pero que ciertamente se erigía en la humilde vivienda. Estaba dispuesto, esa misma semana, a dejar de lado cualquier cortesía y confrontar a la progenitora, exigiendo explicaciones de lo que ahí ocurría.

Me encontraba de pie frente al ventanal mirando el apartamento y el pasadizo, cuando el olor viciado se tornó más intenso; bajé la vista intentando acertar de donde provenía, pero la oscuridad estorbaba cualquier conjetura. De modo que solo pude levantar la cabeza, encogerme de brazos y alejarme en dirección a la sala; donde aligeré mi desaliento en una de las sillas, descolgando los

brazos y estirando las piernas. En ese momento el desusado sonido del timbre me tomó por sorpresa.

Miré desconcertado. Pero de inmediato atiné que debía ser John quien arribaba, volví la espalda al sillón y me dirigí para atender con premura. Giré el picaporte, la cadenilla no estaba puesta, así que la puerta se abrió de un solo golpe.

—¡Gabriel, amigo! —rugió la voz de John al verme. Con su habitual expresión de alegría, y sus ojos desparramados.

—Hola amigo. Ven, sigue—invité.

Este se adentró en el apartamento y con sus brazos abiertos me prodigo un cálido abrazo.

—Gracias por venir amigo—expresé.

El me miró solemnemente y adoptó de inmediato un tono alegre.

—¡Es una visita de trabajo. Mi apreciado colega! —respondió con viveza y una sonrisa.

Asentí con la cabeza, recibí su abrigo y le señalé el asiento para que se pusiera cómodo. Se instaló en él y de un pequeño maletín que casi siempre llevaba consigo, extrajo un documento que descargó sobre la mesita de centro.

—¿Que quieres tomar amigo?—indagué.

—Si tienes whisky, me vendría bien uno para el frio—indicó.

—Gabriel ¿Tu no enciendes la calefacción?—agregó a continuación.

Al mismo tiempo que servía las bebidas, sonreí recordando que al parecer solo yo toleraba la baja temperatura.

—Disculpa John, ya mismo le activo—indiqué mientras volvía a su encuentro y descargaba los vasos llenos de whisky sobre la mesa. Junto al documento que él había depositado ahí.

—¿Qué es esa carta?—pregunté mientras programa la calefacción para climatizar el apartamento.

—¡Ya verás amigo, ya verás. Ten paciencia!—farfulló.

No tardé y me senté junto a él, en el sillón contiguo.

—Bueno amigo mira—dijo señalando la carta—

Empecé a leer.

—A nadie le amarga un dulce ¿verdad?—expresó.

Y parecía ser cierto, puesto que el documento indicaba la inminencia del proyecto de reforma de la parroquia e incluso hacía una breve referencia al presupuesto destinado. Algo que resultaba relumbrante.

—¿Qué piensas?—dijo John, mirándome con gesto iluminado.

—¡John, esto es grandioso!

—Te lo dije—asintió él.

Era una noticia condenadamente buena e invertía todas mis preocupaciones, dejando unos buenos billetes en mi bolsillo, los cuales definitivamente, necesitaba. Me sentí emocionado y de un solo sorbo, tomé medio vaso de la bebida que logró aceitar la ronquera que había dejado en mi voz el regocijo de la noticia.

—Gracias amigo. Este proyecto es una gran oportunidad—indiqué.

—No tienes que agradecerme Gabriel. Lo hago porque confío en tu trabajo.

Fue el momento justo para pedir también su opinión, respecto del bosquejo para el proyecto Hamm.

Nos pusimos de pie y John, se situó frente al plano para encontrarse con los trazos, que definían las formas del centro comercial. Luego pedí su consejo, y sentándose de inmediato en el banco, el mismo empezó a sugerirme buenas ideas. Tanto que terminamos trazando algunas líneas adicionales. Sin duda, el buen John, sabía lo que hacía y al notar su entusiasmo; no entendía como había optado por la vida religiosa, en lugar de la arquitectura. Cerca de cuarenta minutos estuvimos avocados a dicha tarea, pero se hacía tarde y John debía regresar a su casa.

Estaba tan distraído entre proyectos de reformas y centros comerciales, que no presté toda la atención que debería al asunto de la revelación. Pero de pronto este asunto zumbó en mi cabeza.

En ese momento John regresó de nuevo al sillón de la sala, y observando el documento que traía consigo, lo tomó en sus manos para regresarlo al maletín.

—Bueno Gabriel, gracias por el whisky. Pero es tarde y debo irme—expresó.

Entonces lo tomé por el brazo.

—Aguarda un momento John, hay otra consulta que debo hacerte. Podrías esperar un momento.

John me miró con un dejo de asombro.

—Sí, claro —contestó finalmente.

Por la expresión en mi rostro, debió conjeturar que se trataba de algo delicado.

—¿Referente a…? –preguntó él—. ¿Tienes algún inconveniente? —preguntó enseguida.

—No. No es eso. Se trata de algo que tal vez te sorprenda, pero estoy seguro no te será ajeno.

Entonces me sumergí en aquel mundo de imágenes y sensaciones desconocidas; de personajes míticos que se antojaban reales. Y arrastrado hasta el momento mismo de la primera revelación, sentí que el aire se enrarecía y me deslizaba por un túnel repleto de misteriosos sortilegios. Así inicié la narración de mi historia, mientras John me observaba con ojos cansados, seguramente el sueño y la fatiga lo rondaban, empero, escuchaba con atención mis palabras.

Cuál sería su sorpresa ante semejante confesión que rescataba creencias ancestrales, y en mi relato se perpetuaba como rondando sobre aspectos que seguramente el conocía mejor que yo.

—Amigo, sabes que jamás he sido un hombre recabado a la religión, de hecho consideraría que a veces estoy en la acera contraria. Claro esto no tengo que decirlo, tú me conoces bastante bien. Pero en verdad necesito entender de qué se trata este asunto y disponer de información para aclarar este excepcional predicamento.

—Descuida Gabriel, te aseguro que a través de mi labor pastoral he visto de todo— dijo John, de modo que esto no me sorprende.

—Está claro que no puedo decir por qué este símbolo religioso ha aparecido en mi vida repentinamente—indiqué— Lo que sí puedo afirmar es que se trata de una divinidad y no de algo maléfico.

Nuestra conversación sobre el tema se fue tornando más rara e iba en dirección a un intercambio de aturdidas miradas. Cuando nada parecía estar claro. Y todo el tiempo y esfuerzo lo dedicaba a ayudarme, en parte, con reseñas de lo dicho por la mujer de las revelaciones. Intentando poner en orden el anejo de vaticinios, haciendo paradas y reflexiones a medio camino, sobre un tema que apenas entendía a pesar de mis prolongadas lecturas. Pero todo aquello parecía adolecer de pies o cabeza, una vez que inicié a enumerarlo. Empero, mi piadoso interlocutor parecía escuchar atento, más con resignación que con intelecto. Entretanto, yo me esforzaba en la intimidad de mi confesión, de las múltiples noches de insomnio, y aquel pequeño mundo privado que se había encumbrado a mí alrededor.

En ese instante me mostré tan comunicativo como podía ser, y aclaré cada detalle de lo sucedido, buscando en las instantáneas que liberaba mi mente, además algunas de las palabras y asuntos revelados. Mientras John escuchaba atento, sorprendido, por supuesto, haciendo algún comentario que consideraba oportuno. Intentando acertar la lógica de mis palabras.

—Sé que todas las religiones del mundo se sostienen en buena medida sobre el pilar de los mitos e invenciones—afirmé—cuando menos así lo veo, y entiendo que de algún modo eso sea la fe. Básicamente creer. Pero en el sentido estricto, puedo asegurar que esto que he visto es real.

—¿Cómo era la mujer de tu sueño Gabriel? –indagó John.

—No era un sueño amigo–aclaré, describiendo en detalle su aspecto físico—¿Qué crees que pueda significar?

– Bueno, es un poco extraño –aseveró.

– Te aseguró que últimamente todo ha sido extraño –contesté, sin atreverme a develar el extraño aspecto que podía notar en algunas personas, además de los oscuros espectros que parecían brotar en las calles de Treum.

– ¿Y eso? –inquirió con indagación.

No respondí su pregunta.

—Sí. Es realmente extraño—recalcó una vez más, en voz baja—podría tratarse de una revelación Mariana, sin embargo, aunque no soy experto en el tema… la descripción que haces de esta mujer, pareciera no coincidir del todo con la tradición.

—¿Qué dices?— examiné extrañado.

–Bueno. Como te dije no estoy seguro, así que preferiría hablar con el monseñor, y no sé, consultar su opinión al respecto.

—¿Quieres decir que si fue una aparición de la virgen, su aspecto no coincide con otros desvelamientos? –indagué.

John se removió en su asiento.

—Aparentemente no. Sin embargo, debemos ahondar en el tema. Como te dije antes no soy experto—replicó él.

—Pero, ¿No crees que sea posible que el mensaje esconda alguna suerte de clave, que pueda ser interpretada por algún especialista en el tema? —

Evidentemente, John estaba desconcertado, boquiabierto, incluso cuando en mi tono de voz no atinaba una burla. Era notorio su abrumador desconcierto; un signo de interrogación se elevaba en el aire. Mientras permanecía asido a su silla, ensayando acertar en mis palabras algún carácter de lucidez, que aplicara lógica a mi historia. Pero evidentemente su autosugestión resultaba mucho menor que la mía.

—No lo sé, la verdad Gabriel, podría tratarse de cualquier cosa. Me refiero a que si bien esta clase de fenómenos son comunes, no es habitual que…

—¿No es habitual que John?, ¿Que le ocurran a un escéptico como yo?—inferí.

—No. No me refiero a eso, simplemente acometo que analicemos todas las posibles variables de lo sucedido.

—Te comprendo. Sé a qué te refieres—dije—¿quieres otro whisky?

—Sí. Te agradezco.

—Seco ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Recuerdas algo más? ¿Cómo era su acento, su mirada, su fisonomía? Además de lo que ya me describiste— investigó John, mientras yo descargaba la bebida en los vasos y regresaba a la sala.

—¡Claro que sí!—respondí—tengo su imagen latente en mi memoria, desde la primera noche de la aparición

—Es extraño—se dijo para sí mismo, como si ensayara responder las preguntas que en mi embebecimiento, yo no conseguía responder.

Entretanto, bebió un trago del vaso lleno de whisky que sostenía en su mano.

—Eso es precisamente lo insólito —asenté irrumpiendo su reflexión —.La primera vez que la vi pensé que se trataba de un sueño, pero amigo, los encuentros han sido repetitivos, incluso cuando apenas me meto en la cama, y cada vez traen un mensaje consigo.

—¿Qué piensas?— examiné.

—No, no lo sabría. Realmente me dejas perplejo, porque es algo tan complejo que te lleva a pensar en muchas cosas—se removió de nuevo en su asiento y bebió otro trago.

—De cualquier forma, Gabriel, la conclusión es que debemos ser prudentes e indagar a fondo. No resulta conveniente exponer un tema de tal complejidad abiertamente, algunas personas podrían malinterpretarlo—Observó John—consideraré sacar mis propias conclusiones y consultarlo cuanto antes con el monseñor. Sé que su aporte será muy valioso.

—Tienes razón amigo, no hay más remedio. Espero que lo que te dije no haya una resultado una locura.

—Claro que no. Ahora debo irme—observó mientras descargaba el vaso en la mesita—Esta misma semana te llamaré para informarte que he averiguado.

—Gracias de nuevo John.

—Es con todo gusto Gabriel. Y procura estar tranquilo.

Nos incorporamos, él se adelantó y yo le seguí, con las ideas congregándose en medio de la distracción, pero en el inequívoco que John me prestaría la ayuda adecuada.

El ruido de la lluvia parecía débil, quizá se allegaban mejores tiempos—pensé.

Me adelanté para girar el aldabón y abrir la puerta, en efecto el viento era débil, pero el frio que se colaba intenso.

La puerta abierta aguardó la despedida de aquel buen amigo, me sentía como si me hubiera confesado, como si quitara un pecado de mis hombros, aunque no lo fuera. Mi lucha interna parecía aliviarse, al haber comentado los hechos con otras personas.
Humildemente incliné mi cabeza y John prodigó su bendición, era la primera vez que lo hacía y me resultó bastante curioso aquel ritual.

Luego nos dimos un abrazo y le alcancé su abrigo.

—Bueno. Cuídate amigo—dije—De nuevo gracias.

El sonrió.

—Será mejor que me valla, las calles últimamente parecen no ser seguras—observó.

—Es cierto—asentí.

—Adiós Gabriel. Te llamaré.

—Adiós John.

Luego se introdujo en el pasillo hasta desaparecer en la escalinata. Giré pensativo, cerrando la puerta y avanzando mansamente al interior cálido que me aguardaba. Allí estaba aquel espacio vacío, adornado de forma básica con su sala, la mesa de dibujo en un extremo, la cocina al fondo; el escritorio con la computadora, el viejo cuadro y el reloj de pared que señalaba las once menos diez minutos.

Me sentí aliviado ante la conclusión de John, no obstante, como el mismo dijera era forzoso el reconcomio respecto de ese tema. Cuando menos no me consideraba un trastornado mental, portador de una historia sin validez, por el contrario denotó interés e incluso entusiasmo en develar aquel misterio.

CAPÍTULO XXIV, LA PROPUESTA PARA EL CENTRO COMERCIAL

Contrario a mis conjeturas el agua arreció de repente, y el silencio que se hacía más profundo a medida que avanzaba la noche. Tan solo se interrumpía con el estallido de las gotas de lluvia en el ventanal, un ligero susurro, que se hacía sordo hasta que caía la siguiente gota.

Sentí el peso de la ropa que se había secado sobre mi cuerpo.

<Uno de estos días pescaría una neumonía>—pensé.

Luego de recoger los vasos de la mesa, todavía con whisky en su interior, y llevarlos hasta la cocina; revisé una vez más el ventanal para corroborar que estuviera asegurado.

Afuera el callejón lucia sombrío, sin embargo, saludé la calle y con el corazón lleno de vacío, me aparté del vidrio que reflejaba la luz de la bombilla en la sala.

Todo parecía estar en orden, aunque tenía las pantorrillas entumecidas y los dedos inusualmente agarrotados. Hice un pequeño ejercicio de estiramiento y regresé a la cocina intentado vigorizarme. Abrí la alacena, luego la nevera, dándome cuenta que escaseaban los víveres. Tendría que comprar algunas cosas, pero evidentemente no sería esa noche. De modo que ahogué la fatiga preparando un poco de café y fumando un cigarro.

Luego de tomar la gabardina que había descargado en el respaldo del asiento, apagué las luces y caminé por el pasillo hasta la habitación. Apenas crucé la puerta me saqué los zapatos de una sola sacudida y de inmediato me libré del castigo del pantalón y la camisa.

Avancé un par de pasos y de un salto me metí en la cama, deslizándome bajo la cobija, pero al segundo me incorporé de nuevo; recordando apagar la calefacción que únicamente había activado por complacer a John.

Al instante regresé y entre las sombras de la noche ensayé cautivar a las hadas del sueño. Con los ojos completamente abiertos contemplé la cerrazón, que en el gregario de sutiles resplandores que

se endosaban desde la calle; simulaba siluetas que hace mucho no me generaban espanto.

Empecé a sospechar que tampoco esa vez, convocaría en mis parpados la compañía el sueño; de modo que encendí la lámpara que reposaba sobre la mesita de noche. Pero su luz fulguraba como una pequeña luciérnaga en la más espesa bruma.

En el sinsabor de tal lobreguez me esforcé por conquistar cuando menos unos minutos de sueño. Y en este adiestramiento me distraía, cuando fui exaltado por el brillo de la conjetura de John, mi fantasía volvió a contemplar aquel rostro, que cubierto en su túnica, se alzaba en el aire. Era como si estuviera de nuevo ante mí, como si su aliento fuera un céfiro gélido y paralizante.

Adiviné en ese instante de recuerdos y pensamientos, un delgado hilito de sueño que debía aprovechar de inmediato. Enseguida cerré los ojos y me tendí boca abajo reposando la cabeza sobre la almohada.

Y al segundo acerté una suavidad sobre la cual me encumbraba, como si el demonio del insomnio me diera un respiro. Acaricié con mis manos la suavidad de la almohada y en el inexcusable reposo, al fin a caí en la fantasía del ensueño. En una plena sensación de gozo, que a continuación me condujo a un profundo letargo de sueños. Imágenes quiméricas en las cuales podía verme a mí mismo, infiltrándome en las aguas cristalinas de un rio, en el cual jugueteaba con las rocas y la arena. Pero al segundo las placidas iconografías se tornaban violentas y la fantasía mutaba en pesadilla. Una en la que mi cuerpo giraba sin control lanzado con ímpetu por una fuerza desconocida, en medio de la más profunda oscuridad. Y voces como el sonido de campanillas, que provenían de lugares desconocidos estremecían mis oídos. En breve, se instituían lamentos mezclados con risas y el llanto de un chiquillo. Entonces veía al pequeño Michael quien dormía en la habitación con su madre, al parecer porque en las noches despertaba presa del pánico a causa de terribles pesadillas que agobiaban su descanso. En ese momento debí luchar y sacudir la cabeza con tanta fibra, que conseguí despertarme en medio de la oscuridad que persistía.

Si bien el sueño no era tan terrible, mi corazón bombeaba preso de agitación e incluso estando despierto; era como si las extrañas voces persistieran, cruzando por el aire hasta mis oídos.

Al intentar incorporarme sentí una sensación claramente aterradora, como si mi cuerpo luchara por recobrar su control y no pudiera conseguirlo. Entonces vi que una sombra se movía en medio de las tinieblas; no pude intuir que era, mas estaba seguro que no era la mujer de las visiones. Por el contrario sentía que esta cosa desconocida se aprestaba a hacerme daño. En absoluto estaba dormido, lo sabía. Finalmente, en un arranque logré incorporarme, encender la luz y sentarme al filo de la cama. No había nadie allí. Levanté la mirada y escudriñé por cada rincón, me sentía todavía estupefacto, flotando en una pausa de tiempo constante y la sensación de alguien observándome se mantenía. Tembloroso bajé de la cama, calzándome unas sandalias y avancé hasta el baño, para refrescar mi rostro con un poco de agua. Los días sin sueño me tenían completamente desorientado, y mi mente adolecía de cualquier lucidez; esa fue mi conjetura, una vez que el agua gélida me conjuró.

Cuando dejaba el baño escuché un fuerte sonido en la sala, como un taconazo en el piso, antecedido por un rasgar de uñas.

Salí de la habitación encendiendo también la luz del pasillo y ansiosamente traté de acertar el origen del ruido; pero ya no se oía nada. Allí donde intuí el origen de aquel eco, pasé buena parte de la madrugada escudriñando. Todavía con el rumor somnoliento a cuestas y el vívido sonido de aquel golpeteo, similar al taconazo de un zapato sobre el piso de madera, precedido por los arañazos de un alma desesperada; arrastrada hacia un fin fatídico. Si. Era como si alguien hubiera sido arrastrado por mi piso. Pero desde que salí del cuarto, no pude encontrar ningún rastro de la intrusión en mi espacio. Como tampoco se repitió nuevamente el ruido. No se oía, absolutamente nada.

<¿Qué hora es?> me pregunté, levantando la cabeza desde mi posición de husmeador. Eran las 5:20 am. ¿Cuántas horas llevaba en esa inútil tarea. Dos, tres?

No podía saberlo, el tiempo últimamente era demasiado incongruente. A veces iba demasiado rápido y otras agobiantemente lento. Como fuera, ya amanecía y no podía pasármela el resto de la mañana, tendido en el suelo hurgando las huellas de una criatura que probablemente, había emergido de mis sueños, para hacerse real solo en mi cabeza.

Próxima la luz del amanecer, no sentí que corriera peligro, resultó tácito que además de mi persona no había nadie más en la casa.

<¡Por Dios, que está pasando>–exclamé, avanzando hacia la sala.

Sentado en el sofá dejé que la mañana avanzará un poco más, luego pensé en ponerme de pie, y avocarme a terminar cuanto antes la propuesta para Holbein. Con el firme propósito de concluirla ese día, en la premisa de entregarla antes del fin de semana. Pero recordé que adolecía de víveres, aunque eso se remediaba fácilmente con una visita al mercado. Esta vez no podía negarme a salir, sentía el estómago vacío.

De modo que decidí darme a esa tarea, antes de adéntrame en el cosmos de la arquitectura. Luego de ducharme y calzarme enseguida una sudadera con capucha, que hace algún tiempo tenía abandonada en un rincón del guardarropa. Me apresuré para tardar el menor tiempo posible, lanzándome por el pasillo hacia la salida, y abriendo la puerta di ese dolorido paso hacia otra mañana lluviosa.

Cuando alcancé el final de los escalones recordé mi promesa de ayudar al pequeño Michael, a quien hace días no veía. La calle estaba completamente húmeda y el turbión provocaba una sensación de mareo al adentrarse en el. Al llegar a la puerta vecina di tres toques secos y firmes; aguardé un instante sin obtener respuesta, de modo que insistí una vez más con idéntico resultado. Las emociones se me revolvían en el interior, mientras ordenaba mis ideas en pro de conservar la calma, concentrarme y expresarme de la forma más correcta cuando la mujer atendiera. Lo cual nunca sucedió. Desorbité los ojos hacia un pequeño espacio entre la cortina y la ventana, por el cual se filtraba el interior de la modesta y corriente vivienda. Donde podía verse una lámpara de pedestal, unos muebles viejos; la cocina,

una silla plástica frente al mueble del ordenador. Pero no había rastros de Michael o la madre.

Inspiré hondo y recordé que probablemente lo estaría llevando al transporte escolar, aunque me pareció temprano para eso, empero, no tenía sentido seguir ahí de pie como un fisgón.

Giré y salí de nuevo a la calle con cierta sensación de enfadado. Y avancé por la acera pasando por delante del edificio, rumiando por la lluvia que jamás cesaría. Otro día que iniciaba así, con aquella fiesta diluviana; con nubes en el cielo que se alineaban para dejar escapar su infinito llanto, como un triste coro sepulcral. El viento fuerte se azotaba contra los muros y ventanas como pisadas de caballos, galopando una llanura, y en las calles el agua borboteaba espumosa.

A pocos metros aguardaba serena mi coraza protectora, apuré los músculos y en breve mis pasos me ubicaron en la cherokee. Con mi objetivo definido abrí la puerta, subí e inicié a conducir en dirección a la zona de comercios. Al llegar ascendí por una pequeña rampa y me detuve frente al supermercado. Apagué el motor y descendí con el objeto de acopiar lo necesario.

Aceleré las compras lo más que pude, sin fijarme en marcas ni precios, y me inscribí rápidamente en la fila de pago.

—Buen día señor—saludó la cajera. Extendiendo la mano para registrar mis artículos.

—Como está señorita—respondí el saludo.

Aguardé pacientemente que la encargada contabilizara en la máquina registradora la suma de los productos.

—Gracias dije con ligereza. Y al instante salí con un par de paquetes, uno en cada mano y una caja de cigarros en el bolsillo.

Llegué a la esquina donde dejé la camioneta y mientras sostenía la puerta abierta descargué los paquetes, di la vuelta; me apunté en el asiento del conductor, encendí el motor y emprendí el camino de regreso.

En la parada me encontré con otros conductores que aguardaban al cambio de semáforo, y una anciana me saludó amablemente. Cuando la luz anunció el paso, cada quien tomó su camino.

Bien entrado en la avenida, la lluvia provocaba arroyos que se habían hecho habituales y fuertes relámpagos advertían el advenimiento de un temporal. Más allá de eso había poco tráfico y no tardé en regresar al apartamento. Donde improvisé un desayuno con huevos revueltos, tostadas, y café negro. Que merendé ahí mismo sobre el mesón.

De ahí me dirigí a la mesa de trabajo, con la esperanza de terminar de una buena vez la propuesta. Tomé mis herramientas de dibujo en la firme intención de vaciar mi cabeza de ideas. Con la esperanza de que la prisa del día fuera benévola.

El mundo entero se redujo a esos objetos inanimados, como una infección recorriendo mi cuerpo. No podía pensar en nada más, mirando fijamente líneas y trazos sin inferir que el tiempo corría a toda velocidad. Mi mente albergaba el génesis de aquel proyecto que concluiría a como diera lugar.

Entre las formas que emergían me sentía feliz, sumergido un momento entre bosquejos y alzados; para luego saltar al ordenador y documentarme del trabajo de Stan Allen, César Pelli, o Santiago Calatrava. Imaginando un día ser tan grande como ellos.

El resto del día la pasé aguijoneado por aquel arresto creativo, y no hubo nada que pudiese contenerme. Podría haberme quedado una semana delineando caracteres, antes de percatarme del tiempo transcurrido. Mi estado de ánimo era ferviente y me alegré sobremanera, al comprobar que paulatinamente mi idea cobraba la vitalidad que acometía infundirle. De ese modo, continué haciendo ajustes y poniendo orden en las ideas que continuaban esparciéndose sobre el pliego, como un regalo divino que lentamente vaciaba mi cabeza. De pronto emergió ante mí la silueta de aquel castillo moderno, que entre muros, subterráneos y columnas; iba ofreciendo un aspecto pleno de vitalidad.

A pesar de sentirme cansado, no resultaba en absoluto torturante y el lápiz continuaba marchando con fluidez. Haciéndome sentir un corazón vivo y latente dentro de la carne que cubría los músculos del tórax.

Pero de pronto emergió en medio de aquel silencio, el sonido del golpetear en la puerta; una interrupción inesperada de la que no conseguí acertar su procedencia. No se me ocurría quien podía importunar mi tarea ¿Acaso Rita o tal vez John? Solo entonces me percaté de la hora mientras avanzaba hacia la puerta. Eran las cinco menos quince. ¡Vaya que era tarde! Y había olvidado por completo llamar a Rita.

<¿Será ella?> pensé.

Pero al abrir sin retirar todavía la cadena, me encontré con el rostro acaecido de un mozalbete de escasos años; uniformado de overol naranja con blanco y un caso de motocicleta en la mano.

– ¿Si? dígame –pregunté.

– Traigo correspondencia para el señor Gabriel Dickens.

—Claro. Puede entregármela—indiqué sin abrir del todo, forzando al cartero a estirar su brazo entre el espacio abierto y el marco de la puerta.

– Debe firmar aquí—indicó señalando el comprobante de entrega y alcanzándome un esfero.

– Que tenga buen día –se despidió, luego con tono amable.

De cualquier modo me alegré de abandonar por un instante mi tarea, puesto que iniciaba a sentir un fuerte dolor en el cuello, ardor en los ojos, y la garganta reseca. Aproveché el momento para ir a la cocina y servirme un poco de zumo de naranja, cruzando de nuevo el salón, rumbo a la silla del escritorio. Me mostré sorprendido por la correspondencia a mi nombre, la cual abrí de inmediato.

Se trataba de una carta que enviaba mamá desde Italia, aquello me resultó una grata distracción. En ella me refería sobre distintas cosas: la torre inclinada, la Piazza dei Cavalieri, el Baptisterio, el Duomo y hasta el Camposanto, o las maravillosas riberas del rio Arno. Su descripción dejaba poco quehacer a la imaginación, y se adobaba en el esmero del turista embelesado.

Me mantuve concentrado en las palabras escritas en el papel, y terminé de leerla al cabo de un par de minutos, convocando mis emociones en los vocablos de su despedida:

"Hijo, siento todo lo que has pasado. Y el haber estado fuera tanto tiempo. Tú sabes las razones por las que me fui, pero mi instinto maternal me dice que te encuentras bien. Siempre tendrás un lugar en mi corazón. Te deseo lo mejor"

Mamá.

Dejé escapar un suspiro doblando de nuevo el papel, y lo dejé escurrir entre mis dedos guardándolo en la cajonera. Entonces tecleé con el dedo indicé en el ordenador, para regresar a mis tareas.

Aun cuando sus excusas me resultaron un tanto chocarreras y su tono un poco artificial. En realidad me alivió tener noticias suyas, y saber que al fin las cosas parecían mejorar para ella. No podía desconocer que era una mujer realmente encantadora. Seguramente la persona más agradable que había conocido; sin duda merecía lo mejor. Y su carta me transfirió de la inflexión de entusiasmo que describía en sus grafías.

Permanecí sentado con las rodillas juntas y las manos recogidas sobre el teclado. Preguntándome cómo era posible sentir esa nostalgia por alguien que hace tanto había partido y de quien el pliegue de sus labios, apenas si se abría para hablar unos minutos por teléfono. Pero así era, y no cabecearía sobre ese asunto.

Tal y como había acordado dedicaría el resto de la jornada a concluir mi estimado propósito de entregar a Holbein, una presentación destacable.

Pero antes de eso me puse de pie, y en el equilibrio de la lasitud que estimulaban la hora y la lluvia, y seguramente la falta de almuerzo. Caminé hacia el ventanal, al cual me llevó la perspicacia de saber si Michael y su antecesora ya estaban de regreso. Este ejercicio lo repetí sistemáticamente durante toda la tarde, evidenciando una prolongada ausencia que era visible a través de la cortina.

Antes de retomar el camino del diseño, saqué el teléfono móvil de mi bolsillo para llamar a Rita. Como de costumbre, el buzón de mensajes se tragó un par de minutos, antes que ella contestara.

—Hola cariño—saludé al obtener respuesta.

—Hola ¿todo bien?—respondió ella y me resultó muy fácil colegir su estado de ánimo.

—¿Algún problema?— indagué con voz serena queriéndola hacer sentir en confianza.

—No. Nada, todo bien. Solo un leve catarro—aseguró—¿y tu como estas?

—Bien… Bastante bien. Terminando la propuesta para Hamm.

—Ya veo ¿y cuando la entregaras?

—Pues la verdad estaba pensando llevarla mañana mismo.

—Que bien ¿y en cuanto tiempo tienes respuesta?

—Bueno, realmente todo depende de Holbein. Es él quien debe revisar mi propuesta y decidir si se ajusta a lo que Hamm está buscando—dije, evidentemente más emocionado que ella.

De pronto hubo un silencio del otro lado.

—Hola—dije de nuevo.

—Sí. Aquí estoy—respondió Rita del otro lado con un reconocible tono de tristeza que me resultó inesperado. Dada la buena noticia que le estaba refiriendo. Y que supuse, también sería motivo de alegría para ella.

—Dime Rita ¿ocurre algo?

—No porque lo piensas—sonrió disimuladamente.

—Tal vez sea por tu tono de voz ¿no lo crees?

Ella hizo una pausa y contestó transcurrido un rato.

—Mira lo siento. Es solo que en este momento voy conduciendo, y sabes que esto no se me da muy bien—indicó como si se le formara un nudo en la garganta.

—Bien, si tú lo dices—asentí.

Me incliné a pesar que simplemente se trataba de un mal día, como nos ocurre a todos. Y quise hacerlo sencillo despidiéndome enseguida.

—Bien cariño, que tengas una buena tarde. Te llamo luego.

Sentí que algo se me escapaba, pero no pude acertar que era. Sabía que ella estaba triste por su situación familiar, pero creí acertar algo más en su voz que se inflamaba con cada respuesta.

—Adiós. Te llamo luego—se despidió con cierto ahogo, como si evitara decir cualquier otra cosa.

Interrumpí la llamada y me encogí de hombros desconcertado, seguro de que algo ocurría. Luego dirigí la mirada a la mesa de dibujo, lo cierto es que no había tiempo de distracciones, y el desaliento de Rita, era la excusa ideal para evitar nuevas interrupciones.

Clavé los ojos sobre el folio como un cazador en su presa y sin más palabras me proveí de mis herramientas. El reloj consumió rápidamente los minutos restantes de la tarde.

Sonreí cuando consideré cumplido mi proyecto, viendo la grandiosa coherencia con mi idea inicial. Sin duda confiaba que mi esmero me daría ventaja.

Al concluir mi dedicado quehacer, me desplomé en la habitual tradición del sofá, frente a la tele. La tarde fue traicionada por las manecillas del reloj, que sin aviso se amancebaron con la noche. Un resuello frío y un manto nevoso cubrían el apartamento y en el ventanal se resbalaba como pesadas gotas que se abatían hacia el suelo. El envés del edificio de Michael apenas se distinguía. Me aupé de mi descanso apurando el paso para dar una última ojeada; el resquicio del callejón era un lugar sombrío. Me encontraba sosegado con la cabeza clavada en el vidrio, corroborando la inusitada ausencia de mis vecinos. Cuando de pronto un golpe seco acompañado de un grito, impactando contra el vidrio, me lanzó hacia atrás.

—¿Quién anda ahí? –inquirí con voz trémula, pero nadie respondió.

Seguido vino un bisbiseo que sobrepasaba el ventanal cerrado, a través del cual podía escucharse, como un lamento que se extendía por el callejón. Finalmente, con las piernas temblorosas me asomé, pero no vi a nadie.

Respiré profundo e intenté recobrar la calma, supuse que sólo se trataba de uno de los vagabundos, que se infiltraba en aquel corredor. Y que mi mente estaba sobredimensionando el temo; de cualquier modo no bajaría a comprobarlo. Era un fastidio ¿Cómo podía pasar algo así? Sin que las autoridades hicieran algo por evitarlo, a pesar de las constantes quejas de los moradores. Pero que más podía esperarme, una acción ejemplar de quienes correspondía. Claro que no. La inseguridad no responde al llamado de la ley.

No requerí de otro sobresalto para desistir de mis pesquisas, revisé que el ventanal estuviera bien asegurado, y avancé hasta la cocina, empero, me siguió una innegable inquietud por el hecho reciente ¿si realmente alguien podía acceder al segundo piso e ingresarse en el apartamento? Aunque remota, era una posibilidad, y solo me quedaba confiar que esto no ocurriera durante mi ausencia.
Abrí la alacena y tomé un par de rodajas de pan que extraje de su bolsa, luego saqué una soda del frigorífico y me dirigí al sofá; encendí la televisión e hice un espacio para las noticias.

Una hora después, el eco de mis pasos rechinando en el suelo de pinotea, me siguió por el pasillo hasta la habitación. Mi cuerpo encalló en el cuarto, agotado pero sin sueño. Me había convertido en el bedel de las noches de Treum y me inquietaba un día más sin lograr un adecuado descanso. Me saqué la camisa de la sudadera, los zapatos y las medias; descargándolas sobre la cómoda y con la decepción de mis ojos completamente despiertos, me tendí en la cama. Apagué la luz, pero el rubor exiguo de un fanal de la calle, era suficiente para avivar mi desvelo. Y a pesar del entusiasmo que convenía presentar la mañana siguiente mi propuesta a Holbein, apenas si dormité durante toda la madrugada, abriendo y cerrando los ojos todo el tiempo.

CAPÍTULO XXV, DE NUEVO EN LAS OFICINAS DE HAMM

Al otro día, temprano, luego de una revisión general, volví a pensar que me alegraba el aspecto de mi trabajo. El cambio en mi estado de ánimo era notorio esa mañana. Sin embargo, transcurrido un momento mientras repasaba las formas del plano y los alzados, me invadió cierta reserva que luego se convirtió en duda, ¿acaso me estaría precipitando al llevarlos sin cita previa? Tenía la mente nubosa, y advertí que solo hasta esa mañana dudaba de mi propósito. Empero, me limité a ajustarme a mi plan, pasara lo que pasara.

<No, no. De ninguna manera. Esto está decidido>me dije a mí mismo. En la convicción de encontrarme con una noticia positiva.

Liberé los planos de su rígido soporte para enseguida enrollarlos, sabiéndome afortunado por el talento que tenia. De inmediato tomé un par de portaplanos e introduje en ellos mi adeudo y mis sueños. En ellos reposaba una muestra de idoneidad. No era simplemente que le estuviera sacando brillo a mi propio ego, tenía la certeza de ello.

Una ducha rápida, un prolijo afeitado y un sastre color gris Oxford, uno de los únicos dos que tenia, me dejaron suficientemente presentable. Para ese instante había logrado despejar mis dudas. Pensé en tomar un café antes, pero soslayé esa opción y me dirigí directo a la puerta luego de tomar los portaplanos y dar una última ojeada a mi carta de presentación, que tenia lista en el ordenador hace unos días y la cual había impreso la noche anterior.

Asomé la cabeza por puerta, salí a paso rápido y poco después estaba cruzando las calles de Treum.

Media hora me tomó personarme en la fachada de la suntuosa B Tower. Luego de aparcarme en el costado contrario, como el día anterior, crucé la calle y me enclavé en el edificio dispuesto a presentar mi propuesta. Al llegar reinaba un profundo silencio que se intensificaba en la oquedad del espacio.

Me aproximé al lobby y saludé al guarda. En la recepción había un par de jóvenes ejecutivos que hablaban con él, de modo que aguardé mi turno. Entretanto, me distraje en los detalles arquitectónicos de aquella amplia superficie.

Luego de algunas indicaciones, los dos hombres fueron directo a los ascensores. Entonces el guarda se dirigió a mí:

—Buen día, ¿En qué puedo ayudarlo?

—Gracias. Buenos días—respondí el saludo— me dirijo a la oficina 508.

—¿Tiene usted cita?—indagó.

—La verdad no. Simplemente he venido a dejar unos documentos para el doctor Holbein—

—Aguarde un momento por favor—dijo el hombre mirándome atentamente.

Luego tomó el teléfono del mostrador y marcó un par de números. Entretanto, yo aguardaba impaciente que me permitiera seguir. Al instante dirigiéndome nuevamente la palabra preguntó:

—¿Su nombre?

—Dickens…Gabriel Dickens—indiqué.

Un bisbiseo escapaba por el parlante telefónico, mientras el hombre anunciaba mi arribo:

—Si buenos días. El señor Gabriel Dickens viene a dejar unos documentos para el doctor—dijo mi interlocutor, haciendo un ademán en señal de espera. Mientras el inentendible cuchicheo se podía escuchar desde mi ubicación. Enseguida descargando el auricular anunció:

—Puede seguir señor ¿conoce la oficina?

—Si claro. Gracias, con permiso—dije virando hacia la derecha y avanzando unos ocho metros hacia la zona de elevadores, rayano a las escaleras.

Me detuve frente a la cancilla de matiz argento y oprimí el botón de llamado, aguardando pacientemente que la pesada caja metálica se descolgara hacia el primer piso.

Al cabo de dos minutos se abrieron las puertas. Para entonces no podía saber que tan cerca o lejos estaba la buena fortuna. Lo único cierto es que el ascensor acortaría la asunción de mi nerviosismo.

Asenté el botón señalado con el número cinco, y sujetando la puerta esperé que subieran una señora ataviada con vestido floreado y un hombre joven de traje deportivo. Retrocedí un par de pasos y seguí sin moverme el resto del trayecto.

La señora quien se quedó en el piso tercero, antes de salir volvió por un instante y con un gesto pareció despedirse. Sonreí y asenté con la cabeza.

El viaje del cesto de metal hasta mi destino tomó tan solo un breve un instante.

Cuando salí al pasadizo que conducía a la oficina me sentí pequeño, declinado al incierto destino en medio de toda esa magnificencia; minúsculo en aquel alargado espacio. Respiré profundo y avancé con pasos largos. Entre más rápido me anunciara menos tiempo consentiría a mis dudas.

Al fin ahí estaba *“oficina 508 Consorcio Hamm”*

<Uno, dos, tres> contabilicé, tomando una bocanada de aire, antes de tocar la puerta.

Toc…toc…toc di tres golpes suaves pero firmes.

Del interior del salón escapaba una voz, probablemente la menuda secretaria hablando con su jefe o atendiendo una llamada telefónica. Enseguida el taconear de pasos aproximándose me hicieron sentir más ansioso. De inmediato el crujir férreo del aldabón se acopló en mis oídos, y la puerta inicio a entreabrirse. Al instante lo hizo completamente. Descubriendo la sonrisa de la secretaria esta vez ataviada con unas gruesas gafas, que en mi visita anterior no recordaba que portara.

—Buenos días señor Dickens, por favor siga—invitó.

—Con su permiso Lidia—dije al ingresarme en la oficina—¿le molesta si la llamo por su nombre?—inquirí atendiendo el nombre del carnet.

—Claro que no. Descuide—dijo ella sonriendo—¿Dice que trae la propuesta para el señor Holbein?—

—Si justamente a eso vengo—asentí.

—Sígame por favor. Tomé asiento—invitó al instante haciendo un gesto—¿Usted y el doctor, ya habían hablado?

—La verdad no desde nuestra reunión—indiqué—

Seguramente le resultaba extraño que me presentara sin aviso, pero de cualquier modo me tranquilicé, pensando que el propio Holbein, había solicitado mi propuesta formal, para el proyecto.

Me senté por un momento, mientras desenvainaba los documentos, bosquejos y demás pliegos que incluía mi propuesta, entretanto, ella regresó a su puesto de trabajo.

Una vez confirmé que todo estuviera en orden. Me aproximé hasta su escritorio para entregarlos, ella les dio un vistazo, ladeando la cabeza de un lado a otro, como si tomara nota del diseño, repitiendo el mismo ejercicio con cada pliego. Ante su aparente interés aguardé que ella hiciera algún comentario, pero sin decir nada al respecto, clavó su mirada en mí y transcurrido un instante espetó sonriente:

—Bien señor Dickens, yo se los entregó al doctor Holbein.

En sus ojos, el contacto con el espejo de las gafas centelleaba el reflejo del aplique led que iluminaba la oficina. Me distraje en ese detalle y en una fotografía en forma de cuadro que había a sus espaldas. No sé por qué como si esperara escuchar de sus labios, alguna otra palabra que nunca brotó.

—¿A propósito como esta él doctor?— atañí como excusa, para constatar su presencia y de paso probar si podría atenderme unos minutos.

—Ahh…él está muy bien. Bastante atareado como de costumbre—respondió ella— como si pretendería anular cualquier intento mío por reunirme con su jefe.

—Ya veo—asentí con desencanto.

—Así es señor Dickens—continuó ella acrecentando una sonrisa en su rostro—el doctor Holbein estará ausente de la ciudad unos días, pero apenas llegue le entregaré los documentos. Puede estar tranquilo.

Quise que me tragara la tierra, mientras la menuda mujer siempre cordial y sonriente, continuaba mirándome con sus pequeños ojos color turquesa, escondidos tras los gruesos espejuelos.

—Bueno, creo que eso era todo. Mil gracias señorita. Confío que nos veamos de nuevo—dije en procura de sus buenos oficios, para la pronta entrega de los documentos que acababa de dejar en sus manos. Pero de pronto sentí que aquella frase, había tintineado cargada de un virtual coqueteo. Lo cual en absoluto era mi intención.

—Descuide señor Dickens. Cuando me comuniqué con el doctor le daré el recado de su visita. Y apenas él regrese tendrá su propuesta en el escritorio—aseveró ella descartando cualquier posibilidad de malinterpretar mi comentario.

—Gracias nuevamente Lidia y hasta luego—me despedí.

Ella se puso de pie y me acompañó hasta la puerta.

—Hasta pronto—expresé de nuevo.

—Hasta luego, que tenga buen día—respondió ella.

Dejé la oficina pensando que en manos de aquella enclenque mujercita quedaba mi futuro, sin embargo, su talante afable, me imbuía de tranquilidad y la seguridad que mi idea llegaría a manos de Holbein. Desandando por el pasillo me detuve en el ascensor. No había nadie más. Pero pronto apareció una mujer de edad avanzada. Por coincidencia La misma que viera antes, quien sonrió de nuevo. Cuando la puerta se abrió cedí el paso y ella ingresó.

—Gracias—dijo con una voz mustia y trémula a la vez.

—¿A qué piso se dirige señora?—inquirí siendo amable.

—El tercero está bien joven.

Al instante señalé su número y enseguida el del lobby hacia donde me dirigía. Mientras descendíamos, esa ancianita seguía con su mirada clavada en mí, lo cual resultaba un poco molesto. Finalmente, en el tercer piso se detuvo el ascensor.

—Aquí está bien Gabriel—Indicó de pronto con una voz solida que no era la suya.

Al abrirse las puertas de elevador giró hacia mí, pero su mirada y semblante era otro. Un algo misterioso, como un fortuito visitante que viniendo de la nada, se encarnaba ocupando el lugar de la

anciana. Un ser inédito emergido de la sombras que avanzó sigilosamente hasta mi presencia. Para luego desaparecer frente a mis ojos como una exhalación en el viento.

Las puertas se cerraron y las piernas se me aflojaban. El botón del lobby se había cancelado, así que me incliné y con la mano temblorosa, lo oprimí de nuevo.

Salí apresuradamente del edificio y caminé casi corriendo en dirección a la avenida, con la sensación de aquel espectro sobre mí.

Necesitaba cuanto antes un café y un cigarro.

Retomé la calle donde la borrasca instituía un sempiterno manantial, que afluía por la avenida mutándola en un regato. Levanté la mirada y crucé rápidamente la calle. Necesitaba ese café para tranquilizarme. Llegué a la fachada del Cardinale, en cuyo interior se instituía el lujo del concepto y las atenciones que se ofrendaban en su interior. Pensé en abordar la camioneta y marcharme de ahí, en lugar de eso inicié a caminar nerviosamente, haciendo caso omiso de la lluvia. Sintiendo un tremendo frío que me subía por el cuerpo; intentando procesar lo que había sucedido hace escasos minutos. Miré en todas las direcciones, pero no acertaba ninguna cafetería en los alrededores. Finalmente, visualicé un café en la esquina de Santa Teresa, y Castro; contiguo al edificio de la compañía Brester, fabricante de filtros para aires acondicionados. Avancé muy rápido adentrándome en el local y de inmediato pedí un café doble y un cigarro mientras miraba el reloj: constatando que eran once en punto.

A medida que el tiempo iba pasando, empecé a tranquilizarme y me distraje con la perspectiva de la gente, saliendo y entrando de los edificios; corriendo de un lado para otro como un batallón de hormigas.

Sabía que tendría que habituarme a cosas como la que había ocurrido en el B Tower, aunque careciera de cualquier lógica. Entendí que la maldad rondaba las calles de Treum.

Después de conjurarme en la amarga bebida y el humo en mis pulmones, una vez pagué la cuenta retorné a la ubicación de mi camioneta. Mientras regresaba, trataba de organizar las ideas dentro de

mi cabeza que repentinamente resultó un verdadero hervidero de voces.

<De seguir así— pensé—no tardaría en volverme loco>

A medida que me iba acercando a la camioneta, aparcada al otro extremo del B Tower, sentí que un escalofrío que me recorría el cuerpo. La de la anciana era una de las imágenes más extrañas que había visto en mi vida.

Mientras avanzaba, crucé junto a dos militares fuertemente armados, quienes saludaron al verme. Respondí a su reverencia, y al fin llegué hasta la camioneta, abrí la puerta apresuradamente y de inmediato me instalé frente a los comandos. Al escudriñar la avenida que se instituía en un lóbrego pasadizo. Pensé que podría haber imaginado la sombría escena. Algo que no resultaba descabellado después de los días de insomnio ¿era posible?

Pero al mismo tiempo estaba convencido que se trataba de algo más. Al mirar por la ventanilla veía el oscuro rostro de la ciudad, huérfana del sol que se había marchado sin aviso. Y resultaba particular el sino de maldad que la cobijaba; su descenso hacia inframundos de dolor y fuego era palpable. Me sorprendía y acongojaba esa visión, al sentirme infecundo en mi labor; reflexionando que tan solo hace unos semanas, aquel imperio destruido era mi cotidianidad.

Cuantas protervas acciones, cuantos deslices temerarios; el último fulgorcillo de luz, que para Treum se apagaba. Un pilón de vergüenza, de hermanos agrediendo a sus hermanos. ¡Cuántas veces más aplastaría la inquina esas calles, empujando hacia un lóbrego rincón a sus vecinos asustados!

Por ahora me aguardaba el regreso, concluí descargando el pie en el acelerador y aun en medio de aquel caos, rutilantes luces brillaban para mí: Hamm, la reforma de la parroquia, el afecto de Rita. Precisaba encauzarme sobre aquel camino. En efecto, minutos después había olvidado mis lamentos y remembranzas. De nada servía desandar sobre lo andado, y la fantasía simplemente nutría de ansiedad mi aliento.

CAPÍTULO XXVI, LOS ANHELOS PARECEN CRISTALIZARSE

La semana siguiente fue particularmente solitaria, sin mayor actividad. Intenté contactar con Rita, pero en las pocas ocasiones que conseguí hacerlo, ella parecía eludirme. Tampoco conseguí hablar con John esos días, le había llamado en dos ocasiones y dejado mensajes con Camila. Sabía que en condiciones habituales, habría respondido de inmediato, pero manifiestamente, su silencio se instituía sobre las múltiples obligaciones que acarreaba su labor eucarística.

Durante casi toda esa semana no salí de casa, sentía una profunda impaciencia tan solo cruzar el umbral de la puerta; necesitaba reconstruir mi vida. Erradicar de mi mente aquellas voces que susurraban, retornar a un pasado habitual.

Pero una noche, toda la antipatía que sentía por la conducta humana volvió a hacerse presente. Y me asombró comprobar cómo la poca dignidad aflora con toda sus picardía, en las almas corroídas de los mortales.

Aquel era el mensaje que la noche del jueves me enseñaría, corroborando lo que sabía desde un principio. Sin embargo, esto no era excusa para aliviar el desasosiego en mi corazón y la resistencia de mi ánimo hacia tales procederes. En las arraigadas citas en el ventanal, entre las cuales transcurrían mis noches, en la alerta de una llamada que no llegaba; correos electrónicos repletos de spam, y las páginas del libro de caratula roja, del cual no conseguía avanzar más allá de la introducción. En esta distracción se disciplinaba mi aliento, probando sosegar el golpe de la ansiedad matizado de continuo azote. Y una noche en que mi frente se descargaba sobre aquel impávido vidrio, noté algo que al cabo de un rato mis ojos certificaron irrebatible.

El frío se tamizaba en forma de escarcha sobre la translúcida superficie. Empero, no sofocaba por completo la visibilidad que desde mi torreón, apuntaba al sur de aquel callejón oscuro, que se desplegaba ante mi mirada. Durante toda la semana había espiado el

apartamento de Michael, hasta convencerme que la familia se habría ausentado o incluso renunciado a vivir en aquel espacio, y un sentimiento de tribulación me guiaba por el camino de la culpa. En la pavorosa angustia de imaginar aquel niño indefenso en manos de una atolondrada madre.

Entre dichas reflexiones me conmovía esa noche, dispuesto a apuntalar el cortinaje para marchar a mi cuarto. Cuando bajé la vista y me tropecé con una escena inesperada. En medio de aquel angostillo oscuro, la piel de dos amantes se entrecruzaba en medio de caricias salpicadas por la lluvia. Un hombre lisonjeaba las nalgas y muslos desnudos en una ostentación de pericia amatoria; seguida de besos y estrujones compulsivos, que de seguir así conducirían hacia un camino inapropiado. Me aprestaba a dar por terminado aquel bochornoso espectáculo, en el que las carnes estaban a punto de enclavarse en una sola; como recordatorio del gobierno primigenio e instintivo de la especie humana. De pronto sentí una sensación de quebranto al reconocer el inevitable retrato que develó el celaje noctívago. Era innegable, la silueta femenina que se hastiaba de caricias, no era otra que la madre de Michael, entregada en artes libidinosas con su amante.

El encuentro al que asistían esa noche mis ojos, acordaba una especial contrariedad; no porque fuera yo un puritano, sino por la historia que alterna se entrelazaba a la de aquella liviana mujer. La del desdichado niño a quien un acaso nefasto, ligaba con aquella que en ese instante se olvidaba de pudores y de los cuidados que requería su hijo.

De cualquier modo no me sorprendió su proceder, ya estaba al tanto de su naturaleza ineficaz. Y mientras seguía adaptando la vista ante tal lobreguez, y frente a mis narices se revelaba el proceder impúdico de mi vecina; fui sorprendido por el llamado de la puerta. Giré y lentamente avancé por el salón hacia esta, pensando que podría tratarse de Rita, quien llegaba a visitarme. Giré el picaporte esperando ver su rostro, pero al hacerlo un viento álgido, acompañado por un olor nauseabundo se proyectó hacia mí; como si una entidad maligna hubiese ingresado. Cerré de inmediato, sintiéndome agobiado al

instante, con la mirada nublada, nauseas, mareo, a tal punto que pensé me desplomaría ahí mismo.

Advertía claramente un olor repugnante que recorría por el aire húmedo, como una deleznable traza de algo protervo. Y las voces que en ocasiones surgían en mi mente, ahora retumbaban con intensidad; como si mi cabeza se revistiera de una aglomeración de personas conferenciando entres ellas.

Avancé hacia el salón descargando mi mano derecha sobre la mesa de dibujo, en la antesala de un inevitable desvanecimiento. Mi respirar era agitado, y un dolor de cabeza muy intenso se me encajaba en las sienes. Apoyando enseguida la otra mano me enganché en el asiento, manifiestamente preocupado por mi salud.

De inmediato lancé mi cabeza contra el respaldar, tumbándome boca arriba, y la luz del reflector que era intensa, de a poco se fue liquidando; luego de un solo golpe mis ojos se cerraron. La sensación era como caer en un profundo abismo, pero al instante volví en mi.

Cuando abrí los ojos la transpiración de mi cuerpo me llevó a apreciar como si una descarga de adrenalina me hubiera sido administrada. Mi respiración se había normalizado y la luz blanca en el techo refulgía con su brillo habitual; al escrutar los alrededores, todo lucia familiar. Pensé que se trataría de algún bajón de la tensión arterial por el reiterado descuido a mi salud. Pero en mi cabeza parecía haber fragmentos de recuerdos difusos, además me vi sorprendido por lo que evidenciaba el reloj de pared, al parecer durante ese lapso que sentí demasiado breve, había transcurrido poco más de media hora. Pensé en lo irracional de todo ese asunto, y más aún cuando a continuación mi mirada se encajó en un trozo de papel librado sobre la mesa en cuyas márgenes, había unas anotaciones escritas con letras torcidas, hechas al parecer por un rotulador negro que se encontraba al lado.

Una revelación misteriosa brotaba de aquel texto. Pero ¿Había realmente algo que no me resultara extraño? Ahora que mis sentidos estaban alerta y la realidad se descotaba plausible ante mis ojos.

Completamente recuperado retorné al ventanal, afuera ya no había nadie. Entonces fui hasta la cocina y comí un par de tostadas con mermelada y tomé un vaso de café. Dirigiéndome luego al cuarto, donde después de cepillarme los dientes, y desvestirme me introduje en la cama; con la agitación de pensar que también esa noche estaría rodeada de desvelos y emociones opresivas. En medio de la oscuridad surgían sombras alargadas, que ya no generaban respuesta en mi macilento estado de ánimo. Y la negrura instituía la habitación en una enorme bóveda, en la que mi cuerpo cansado añoraba un esquivo respiro.

Recostado de lado concentré la mirada en la pared del fondo, dando la espalda a la ventana, y notando el reflejo sutil del fanal de la calle, que apenas se insinuaba sobre el blanco muro. Aquel insignificante detalle fue la distracción en mi desvelo.

La mañana siguiente, me decidí a concluir la sofocante espera, dejando de lado la formalidad de la etiqueta.

Aquel amanecer, hice antesala un par de horas antes de salir del apartamento, con la férrea intención de obtener una cita con Holbein. El trabajo escaseaba y realmente necesitaba que alguno de los proyectos que tenía entre manos, empezara a dar frutos.

Me vestí con mediana formalidad, y tomé una maleta en la que introduje algunos apuntes, era eso o dejar que la ansiedad me siguiera comiendo las entrañas. Y seguramente habría obviado dicho impulso, si mis condiciones fueran otras, pero en ese momento sentí que poco tenía que perder.

Primero pasé por el apartamento de Michael, dando tres toques firmes y sonoros sobre la puerta, obteniendo idéntico resultado al del día anterior ¿acaso la madre lo habría entregado a algún familiar, con quien pudiera estar mejor? Calculé esta probabilidad, pero era menester confrontarle y saberlo de sus propios labios. Lo cual sería irrealizable por el momento. Di media vuelta, descendí avivadamente los escalones, caminé hasta la avenida. Antes de abrir la puerta me persigné un par de veces y ya metido en la cherokee, la saqué del arcén e inicié el viaje a la B Tower.

Ahora, rumbo a las oficinas de Hamm, miraba por la ventanilla y veía el oscuro amanecer con su preconizado atavío de lluvia. <De seguir así el sol olvidaría el camino de regreso y la tempestad ganaría la batalla>pensé.

Al llegar al edificio y adéntrame en el lobby, me encontré con un nuevo portero, al que saludé amablemente, indicando que me dirigía a la oficina 508.

El hombre indagó si yo tenía cita, y con aire de seguridad como si formara parte de la compañía le dije

–Anuncie por favor que está aquí Gabriel Dickens—

El hombre descolgó el auricular, y enseguida marcó los dos números. Al instante levantó la mirada observándome y para mi sorpresa indicó;

—Siga señor Dickens—señalando el área de ascensores.

—Gracias—dije un tanto desconcertado, mientras me adentraba rápidamente en el vestíbulo.

Sin embargo, a medida que me acercaba a los ascensores, el recuerdo del espectro de aquel día, emergió como un nítido reflejo en mis pensamientos. De pronto, cuando el artefacto se detuvo en seco y sus puertas se abrieron dejando ver el reflejo mineral de su interior, me sentí ansioso con la sola idea de tener que ingresar en aquel espacio vacío. Y dando espera a otros visitantes demoré su marcha, hasta que dos jóvenes amigas y hombre adulto accedieron a su interior.

Resultó un alivio haber sido el primero en dejar el elevador, y despidiéndome de mis acompañantes, enfilé hacia la oficina de Holbein.

Volví para fijarme en el elevador que se alejaba, y una sensación de horror se incorporó en mi cuerpo, recordando la espantosa y extraña imagen en mi visita anterior. Resultó una desconcertante evocación. Con el corazón latiendo aceleradamente, me planté tan pronto como pude frente a la puerta de la oficina. Ahí estaba. Esperando que la menuda secretaria escondida detrás de sus gruesos lentes, viniera a mí encuentro. Toc…toc se pudo escuchar el eco de mis nudillos al impactar la puerta. Muchas ideas parpadeaban

en mi cabeza; incertidumbres, expectativas y miedos que durante los segundos de espera, se hacían levadura en mi ánimo. Seguro que la secretaria ya vendría corriendo a atender, en cualquier momento el sonido de su vocecita llegaría a mis oídos. Por alguna razón, tal vez por la tardanza, elevé la mirada corroborando estar realmente en la oficina 508.

Como un sonido de alarma saltaba el corazón en mi pecho. Todo estaba en silencio; el pasillo, el interior de la oficina. Mientras seguía aguardando impaciente. Fue entonces cuando la escuché viniendo desde el interior para romper esa molesta afonía; lentamente su voz se atenuaba, en el indicio de que concluía una llamada telefónica para venir a atender al imprudente visitante.

Me acerqué un poco más, respiré hondo; relajé los músculos, organicé mi cabello y ajusté mi traje.

Finalmente, mi impaciencia concluyó con el rechinar de la puerta al abrirse, y el sonriente rostro de Lidia descubriéndose como una aura benefactora.

—Buenos días—saludé.

—Buen día señor Dickens—respondió ella—por favor siga.

—Debo pedirle disculpas por la intromisión de aparecer aquí sin previa cita. Es que pasaba…

—No, en absoluto, descuide—interrumpió ella contoneándose de regreso al amplio espacio del salón que contenía la sala de espera y su escritorio.

—Por favor tome asiento señor Dickens.

—Gabriel. Puede llamarme Gabriel—dije sonriendo, mientras me sentaba en un extremo del cómodo sillón y ella regresaba a su puesto.

Me volvió la sonrisa de vuelta y consultó:

—¿Le puedo ofrecer algo? ¿Agua, café, un refresco?

—Así estoy bien, le agradezco inmensamente—dije, acometiendo no abusar de su clemente atención.

—De acuerdo. Veré si el doctor puede atenderlo ahora—indicó, para luego murmurar haciendo un grácil guiño—está reunido con alguien.

—Entiendo. No hay problema, puedo esperar—aseveré en su mismo tono vocal.

Ya instalada en su asiento, Lidia descolgó el teléfono que inició a repiquetear en ese instante. Desde mi ubicación su voz era una sutil inflexión, que apenas si permitía distinguir las palabras. A tientas buscó en el escritorio su libreta, mientras hablaba y tomó algunos apuntes. Luego de terminar la llamada me miró y esta vez el reflejo de las lámparas era una irradiación profunda que disimulaba sus ojos claros.

Entretanto, yo, con nerviosismo encendido aguardaba que la menuda mujer tomara el teléfono de una buena vez, anunciando a su jefe mi llegada. Mientras me hundía en la cómoda placidez de aquel mueble, que para un insomne resultaba un ejercicio soporífero. No tardó en anublarse la imagen de la foto tras de Lidia, el escritorio y hasta ella misma.

<Apúrate mujer me estoy quedando dormido> Aulló mi conciencia intentando mantenerme despierto.

Finalmente, Lidia descolgó de nuevo el auricular y al momento inició a conferenciar.

—Doctor, espero no interrumpirlo. Uno de los arquitectos, Gabriel Dickens, quiere saber si puede atenderlo hoy.

—Claro. Doctor, dígame. Hmm…Ya veo.

Mientras ella hablaba desde la distancia le observaba con ánimo fisgón, y la mirada fija en sus gestos. Ella sonreía, arrugaba el seño, luego asentía. Era como una pantomima plena de incógnitas para mí. Que solo conseguía entretenerme haciendo círculos sobre los magazines descargados en la mesilla de la recepción.

—¡Gabriel!—farfulló Lidia llamando mi atención—el doctor lo atenderá ahora.

—¿Ahora?

—Sí. Como le dije, está reunido con alguien, pero no hay inconveniente.

Entonces incorporándose, hizo un gesto con la mano, invitándome a seguirla. Al llegar al despacho de Holbein, ella misma

empujó la puerta, y despidiéndose con una reverencia y una sonrisa, dio media vuelta.

Miré a Hobein, intimidado como si esperara escuchar de sus labios algo como:

¿Quién se ha creído señor Dickens para aparecerse sin mi permiso?

Contrario a eso, en un amable gesto me invitó a aproximarme.

En ese momento, al notar que Holbein realmente se encontraba reunido con alguien; un céfiro de culpabilidad me recorrió el cuerpo, por haberme abandonado al impulso de mi impaciencia. Sentí el envite de pedir disculpas y salir de aquel lugar, pero entonces recordé que no tenía alternativa si quería garantizarme la subsistencia. Al final me infundí de arrojo, crucé el quicio de la puerta y avancé ante su señal con un denuedo de seguridad a cuestas.

Cuando me aproximé, Holbien, luego del saludo me presentó formalmente a su acompañante; quien era uno de los ingenieros de la compañía. Me volví para acercarme a él y saludarlo. Su aspecto era sereno, pero resuelto y sus ojos tenían un tornasol marrón profundo. Vestía traje formal color plata y guindado en una tirilla que le rodeaba el cuello, un carnet con nombre y apellido que lo identificaba como funcionario de la compañía.

Era joven, quizá de unos treinta años, con cabello oscuro y cejas pronunciadas, casi de mi misma estatura. El hombre se incorporó y alargó su mano para saludarme.

—Un gusto señor, soy Juan Carlos Navarro, del departamento de ingeniera de la corporación Hamm—observó mirándome fijamente.

—Es un placer conocerlo ingeniero. Soy Gabriel Dickens—indiqué estrechando su mano.

Entretanto, el corpulento Holbein quien tras el escritorio observaba con una sonrisa, se puso de pie e hizo un gesto indicándome que esperara. Entonces con deferencia se despidió del coligado.

Cuando este dejó la oficina me invitó a tomar asiento y con un dejo de sorpresa en la mirada escrutó:

—Y bien, señor Dickens —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

Me volví hacia él en un gesto de sempiterna espera. Sin explanación del ardid, que me llevaba hasta su despacho, en un claro abuso a su hospitalidad. Y mientras mi interlocutor aguardaba por respuesta, solo atiné sentirme profundamente incomodo, revolviéndome en el asiento, con la cabeza exangüe de ideas.

El director me observó de nuevo, limitándose a descargar algunos folios dentro de la cajonera.

Al momento pude reaccionar.

—Doctor, simplemente estaba cerca y pasé un momento. La verdad quería saber qué opina de mi propuesta.

—¡Por supuesto!—exclamó con una sonrisa, mientras clavaba sus ojos en los míos— Ya he visto su propuesta.

Sentí que se formaba un nudo en mi estomago. Y me pareció que su mirada se llenaba de un centelleo extraño. Solo pude asentir apocadamente, mientras aguardaba la respuesta que me sacaría de aquella silla o me ganaría un puesto, en la compañía de la cual ansiaba formar parte.

Enseguida Holbein volvió a tomar el hilo de la charla.

—Descuide Gabriel. Precisamente estuvimos viendo algunas propuestas con la junta directiva, y en realidad la suya nos pareció bastante interesante y aterrizada a la realidad.

Me sentí honrado por sus palabras. Era un admirador de Hamm, no solo de sus proyectos de inversión, sino también del trabajo investigativo en otras areas. Incluso en alguna ocasión, estando aún en la universidad habíamos leído un artículo, que destacaba a la compañía como pionera en el uso de nuevos materiales estructurales, e impulsora del avance de la arquitectura, y las políticas ambientales, por eso esa sencilla observación, resultaba más que un espaldarazo, la señal de que mi carrera iba por el camino correcto.

—Un análisis interesante. —Hizo una pausa Holbein.

—Sí, claro. Eso espero—sonreí.

En ese instante hizo espacio para tomar unos apuntes en una agenda, y luego de las notaciones sin abandonar el curso del tema, prosiguió:

—Justamente le pedí a mi secretaria que se comunicara con usted para reunirnos el próximo martes. No obstante, aprovechando su visita, voy a explicar brevemente lo que hablamos.

Entonces inició a exponerme que el nuevo centro comercial, se extendería por más de veinte mil metros cuadrados. Y la intención de Holbein, en representación de Hamm, era que armonizara perfectamente con el entorno. Pero además se mantuviera en el tiempo como un símbolo de modernidad y abundancia. Las ideas iban desde la prestancia del costoso mármol, hasta la sencillez del vidrio y el aluminio. Indicó también, que aun cuando los elegidos eran buenos terrenos; los estudios demostraban que constantemente aquel espacio, se convertía en una zona cenagosa. Sobre todo en épocas de invierno tan fuertes como esa. Empero, la compañía confiaba que aquel impase fuera fácilmente superable.

—Claro. Hacemos lo mejor que podemos—Sonrió con falsa modestia—En realidad muchas veces, el nombre de las compañías que aparecen asociadas a importantes proyectos como este; también lo hacen sobre cuestionamientos y demandas. Ya usted sabe de esto señor Dickens, así es el urbanismo. Máxime cuando se ha construido un nombre como el nuestro—indicó luego en tono bromista.

—Es la naturaleza humana —añadí— lo importante es trascender por nuestros logros y no por mera casualidad, o peor aun por desaciertos.

Durante la entrevista continuamos hablando sobre temas bastante técnicos y especializados, modernismo arquitectónico, y demás, que a Holbein parecían apasionarle. Quien con evidente entusiasmo, me guió por el camino de confidencias y pasadizos que usualmente, solo son tratados con el personal encargado del proyecto. Y empecé a notar en su tono de voz, algo que de a poco me imbuía de confianza. Pues de pronto parecía estar pormenorizando conmigo los apartes más relevantes de su conversación con la junta directiva.

—Gabriel, usted como arquitecto conoce las presiones que sobrevienen a proyectos de esta magnitud—dijo.

—Por supuesto— respondí— sin tener la menor idea de las sinuosidades de una inversión semejante.

—En fin lo que el consorcio busca— prosiguió sin dejar de andar sobre el camino que había iniciado— es que este proyecto se materialice a la mayor brevedad. Sobra decir que tendremos que realizar un trabajo concienzudo sin menoscabo del avance vertiginoso.

—¿Entiende a lo que me refiero?—constató enseguida.

—Desde luego. Así debe ser señor—ratifiqué.

Ahora mi desconcierto pasaba a convertirse en el nerviosismo de saber si mis conjeturas eran acertadas ¿Acaso esa charla indicaba lo que estaba imaginando?

<No puede ser tan fácil> pensé. Pero los hechos demostraban que sí, y la sonrisa en mi semblante iniciaba a tornarse imborrable. Cuando menos hasta ese momento.

Sentía que un hombre con su experiencia y bagaje profesional, no tendría por qué revelar secretos semejantes a un perfecto desconocido. Y mis pensamientos solo podían concluir una cosa: la desaparición de todo misterio y la implicación que ello tenía para mi futuro. De momento lo único que faltaba era la confirmación venida de su propia boca.

—Bueno parece que definidos los terrenos, la maquinaria; los potenciales diseños, el equipo y otros aspectos necesarios. Estamos en una línea de acción ideal—observó Holbein—incluso el tema de los recursos ya está muy adelantado con los bancos. Y por supuesto, todavía más importante: la comunidad demanda estos nuevos beneficios.

—¡Magnifico! –exclamé sintiéndome parte de aquello, aun cuando no había recibido ninguna validación de su parte.

—¿Señor Dickens podría recordarme quién lo recomendó para este proyecto? —Espetó Holbein de sopetón—

Esa pregunta me generó inquietud, puesto que mi currículo había llegado hasta ahí por mi propia gestión.

Pero al instante el propio director devolvió el alma a mi cuerpo.

—O ¿Usted nos contacto por su iniciativa?

—Así es señor. Supe que llegaban a la ciudad y mi deseo desde siempre, ha sido formar parte de un conglomerado tan importante—fui totalmente honesto.

—Bien Gabriel, me alegra escuchar eso. Pues debemos comenzar lo antes posible—expresó levantándose de su solio de cuero con detalles de acero pulido en el apoyabrazos y base cromada, y extendiendo su mano hacia mí dijo:

—¡Bienvenido a la corporación Hamm!

Mientras Holbein pronunciaba aquellas palabras, me daba cuenta de la emoción que afloraba en mi rostro, dibujando la más amplia sonrisa. Simplemente no terminaba por dar crédito a lo que oía. Ahora la luz que tanto había esperado fulguraba con brío.

CAPÍTULO XXVII, DANDO LA BUENA NOTICIA

Al concluir, el director me miró inmóvil por unos segundos. Luego tomó de su escritorio una carpeta que contenía documentos, para venir entonces a mi encuentro. Enseguida posó amigablemente su mano derecha en mi hombro, estudiándome con sus ojos pardos, y guiándome hacia la salida.

—Gracias doctor Holbein, estoy a su disposición a partir de este momento—expresé con mirada expectante.

—Gracias a usted Gabriel por su interés en formar parte de este desarrollo comercial. Confío que en unos días tengamos una reunión con el resto del personal y la junta directiva; para ultimar detalles sobre la forma de contratación, estrategias a seguir, formulación de equipos de trabajo. Legislación y demás concerniente al proyecto—indicó mientras caminábamos hasta la recepción donde aguardaba la secretaria, quien sonrió al vernos.

Entonces Holbein concluyó:

—Lidia estará en contacto con usted para darle aviso de la fecha.

Entretanto, entregó a la mujer el legajo que ella descargó de inmediato en la bandeja papelera.

—Estaremos en contacto señor Dickens—mencionó Holbein, antes de regresar a su oficina. Se despidió estrechando mi mano, y aproveché para reiterarle mis agradecimientos.

Entonces quedé solo con Lidia, quien amablemente dejó su puesto, acompañándome hacia la salida.

—Hasta pronto señor Dickens—dijo

—Hasta luego Lidia y gracias por su valiosa colaboración—respondí y salí camino al pasillo en busca del ascensor.

Luego de tanta expectativa y manos sudorosas, un par de palabras me proveían la noticia que tanto había esperado. No importaban mis indiscreciones, el resultado no podía ser mejor.

Múltiples sentimientos confluían dentro de mí ser. Todo parecía tan simple, que por momentos me costaba darle crédito. Y más allá aguardaba el elevador que mi regocijo conjuraba de espantos.

Sonreí. Y cuando la puerta se abrió, no tuve recelo de la soledad que se instituía al interior del recinto de latón, accedí a este y oprimí el botón de descenso.

Al llegar al lobby me despedí del portero y también le agradecí, alejándome en dirección a la salida del B Tower, con la mirada rumbosa de emoción.

Era exactamente el desenlace que había esperado, y contando los pasos llegué hasta la camioneta, a la cual subí con el júbilo como compañero de viaje. La noticia que acababa de recibir me cambiaba la vida.

Sonreí de nuevo plácidamente, mientras me encaminaba de regreso a casa.

Quería hablar cuanto antes con Rita, independiente de su estado de ánimo y distanciamiento de los últimos días. Eso era lo que realmente importaba. Podía ser el inicio de algo muy positivo para ambos, para lo que soñábamos y hacia donde queríamos dirigirnos.

Finalmente, mis manos giraron el volante y las calles de Treum fueron un paisaje distinto que a pesar de la lluvia se iluminaba

de esperanza; Permitiendo que una estrella de la buena fortuna brillara para mí.

En el camino marqué el número telefónico de Rita un par de veces, sin obtener respuesta. Luego llamé a John, para darle la buena nueva. No podía esperar a llegar al apartamento, tenía que decírselo a alguien.

Avancé por las calles de una Treum atrapada bajo su cielo cenizo, completamente ajeno al florón líquido que anegaba sus avenidas. Como tampoco conseguí comunicarme con John, decidí escribir un mensaje de texto.

<Amigo, no vas a creerlo. Por favor devuélveme la llamada, hay algo que debo contarte> tecleé suspirando de entusiasmo.

De pronto, el manto de nubes que cubría el cielo, transformó el día en un hondo ensombrecer. Eché a correr por la avenida principal eludiendo las descargas eléctricas que rasgaban el viento en su convulsivo lamento. La ciudad se abatió en una fosca calina y la visibilidad se tornó casi nula. Por fortuna en breve alcancé la zona de parqueo frente al edificio y descendí de la cherokee, en medio de un clima digno de una tormenta en altamar. Se acercaba el mediodía, y el frío esta vez sí que era intenso. Apuré el paso pero al poco tiempo estaba corriendo, para salvaguardarme de aquel diluvio que se volcaba sobre mi cabeza. Logré alcanzar la marquesina del edificio con el bramido de aquella fiera tormenta a mis espaldas. No se veía un alma en las calles, y los escalones de acceso estaban tan filtrados que parecían estar llanamente a merced del clima. Subí con cuidado de no resbalar en medio de aquel emparado camino. El mediodía se tornó nebuloso, tanto que oscurecía la ruta de acceso. Abrevié el andar, apuré la cerradura y pronto estuve al interior de la seguridad que prodigaba el salón principal, como una franja de claridad en medio de la anticipada penumbra.

En ese momento repicó mi teléfono celular, era John, regresando la llamada.

—Hola Gabriel, acabo de recibir tu mensaje—exclamó del otro lado.

—¿Qué tal amigo? ¿Cómo van tus cosas?—saludé.

—Bien, Gabriel no había podido llamarte, pero ya averigüé algo respecto de lo que hablamos el otro día—indicó con voz animada.

—Ohh, que bien. Gracias—dije.

—Pero primero, dime que es lo que tienes para contarme.

—No vas a creerlo John—expresé con entusiasmo—hoy estuve reunido con Holbein. Y no imaginas lo que me dijo.

Hice una breve pausa.

—Hombre no me digas ¿Es lo que imagino?

Finalmente, hablé con tono satisfecho y una inevitable sonrisa; reconociendo el marcado acento de complacencia de mi amigo.

—Señor, perdone usted, pero está hablando con un funcionario de la empresa Hamm—solté con dejo bromista.

—¡Pues vaya que lo has conseguido mi amigo!—exclamó John—Cuánto me alegro.

—Gracias John, tú sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento.

—¿Y existe alguna posibilidad de que le hagas campo a un viejo amigo?—bromeó.

—Vamos, pues claro. ¿Qué te parece ser mi asistente—proclamé riendo, henchido de jactancia.

—Ya en serio Gabriel—dijo a continuación John—Quien busca y persevera consigue sus objetivos. En verdad te felicito.

—Bueno, esto hay que celebrarlo al igual que el proyecto de nuestra capilla—exclamé con alegría—.Espero que ya tengamos luz verde para iniciar la remodelación.

—De hecho, podría darte esa sorpresa en pocos días—Afirmó John.

—Y pasando a otro tema, ¿me dices que averiguaste…?—pregunté.

—Bueno hablé con monseñor y como esperaba su respuesta fue conservadora y prudente—indicó.

—¿Qué quiere decir eso?

—Ya sabes, esta clase de temas requiere de una investigación profunda y concluyente.

—Entiendo.

Quedé en silencio aguardando que el continuara.

—De cualquier modo, Monseñor cree que nunca el llamado de la santidad es accidental—observó John—y según dijo, piensa que el mensaje, es un intento no solo de acercar a la comunidad a sus guardianes espirituales; sino que contiene un asunto importante. Algo que está a punto de ocurrir y podría no ser fácil de entender.

La mención que hacía John era determinante, yo mismo pensaba de ese modo. Máxime cuando estaba claro que las cosas parecían empeorar, desde que viera por primera vez aquella imagen, y escuchara sus misteriosas palabras.

Y aquella falsa tranquilidad que simulaba regir la ciudad, podía ser tan solo un manto de distracción; un escape a lo que se escondía en su trasfondo y atormentaba las almas perdidas.

—Creo lo mismo—asentí.

Mientras él hacia una pausa. Sentí la garganta reseca. Me percaté de que no sabía nada sobre religión, santos o apariciones. Más allá de algún canal de televisión, unas revistas y recortes de periódico; no tenía ninguna experiencia en esos asuntos.

Entonces mientras progresaba la conversación y John intentaba concentrarse en lo mencionado por la autoridad clerical; el reflejo de algo inesperado empezó a emerger. Corriendo el pasador de una puerta que hasta entonces no consideraba terminaría atravesando.

Según me dijo, su recomendación era que visitara a un medico amigo suyo de nombre Bernard Clark. Un psiquiatra a quien, de acuerdo a sus palabras, el mismo había pedido orientación en alguna ocasión.

—Sí. Pero no entiendo—dije extrañado.

—Como dije me parece importante descartar cualquier variable.

—Aja— Asentí con incertidumbre—continua por favor.

—Bueno, pues si te reúnes con Clark, estoy seguro que es la persona idónea para aconsejarte respecto de algunos temas y de paso, vamos buscando una audiencia con el monseñor.

—Ya veo—dije frunciendo el seño, sin que la idea me gustara en absoluto.

—Sé que puede sonar raro Gabriel, pero teniendo en cuenta las circunstancias me parece una buena idea.

—¿Amigo, realmente crees que sea…?

Interrumpiendo John me exhortó de nuevo:

–Mira Gabriel, debemos asimilar todas las opciones. Por supuesto nadie está insinuando que sufras algún desequilibrio. De hecho la sede eclesiástica, aplica este proceso en la mayoría de casos similares al tuyo.

—Bueno tal vez tengas razón—titubeé—¿Pero acaso crees que lo que te mencioné es producto de la fantasía?

—No, no es eso —aclaró John—.

Quedé pensativo y en silencio por unos momentos. Parecía claro que John estaba buscando explicar la aparición, desde una óptica muy distinta a la que yo imaginaba. Debo confesar que al principio me sentí un poco traicionado. Pero de manera repentina, aun teniendo mis restricciones, lo consideré una opción para reforzar mi convencimiento. En el fondo la de John, era una actitud que parecía comprensible. Yo mismo lo había calculado desde un inicio.

—Este doctor no es lo que imaginas Gabriel —prosiguió John—visítalo y habla con él. Es toda una autoridad en temas de psiquiatra, pero también un buen consejero. No lo mires con prejuicio. Pues cualquier información que pueda darte será bastante valiosa.

—¿Te soy honesto? No estoy convencido de esto—observé

—Gabriel, ¿serías tan amable de escucharme esta vez? —insistió John. Señalando las supuestas ventajas de reunirme con Clark—vamos toma un papel y un esfero y escribe el dato que voy a darte.

—Aguarda un momento—dije y al instante regresé con la libreta de apuntes.

—Bien dime.

A medida que John hablaba iba concibiendo mayor desconfianza a su propuesta, y avanzaba deprisa en dirección

contraria. Me cruzaron múltiples ideas por la cabeza y empezó a emerger un sentimiento de hastío y duda.

—Amigo, Clark es un hombre bastante influyente en el campo de la psicología local. Es más, sus técnicas podrían ayudarnos a descubrir lo que ocurre o cuando menos a despejar el camino y tomar la dirección adecuada. No lo tomes a mal, te reitero que en casos como el tuyo, la iglesia siempre descarta primero algunas opciones. No sientas que estoy dudando de lo que me dijiste.

Su insistencia me enfiló hacia la disuasión de mi punto de vista.

—¿Gabriel? ¿lo harás?

—Sí, si claro—dije con molestia—Mira Lo siento. En realidad, tengo algo que solucionar ahora mismo. Nos vemos luego.

Y de inmediato colgué.

Giré y miré a mi alrededor con aliento desanimado. Me costaba creer que mi mejor amigo, considerara que necesitaba de un psiquiatra.

<¿Qué pasa con John ¿de dónde saca semejante conjetura?>

No quería tener nada que ver con ningún loquero. No era capaz de pensar que mi visión tuviera una explicación psiquiátrica, y que las inscripciones y mensajes fuera una irrelevancia. Pero mis conclusiones se tornaban ambiguas y no descartaba que John tuviera razón, cuando menos en lo que concernía al proceso que la propia iglesia establece. Finalmente entendí, que incluso la mística debe someterse al juicio de la ciencia, y que de algún modo necesitaba ese aval, si quería ganar aliados en mi lucha. Otra cosa era, que por el momento mi cabeza solo se enfocaba en la buena noticia recibida ese día.

De pronto me sentí en medio de un limbo, como si el ser contratado por Hamm me devolviera a un mundo real, donde el asunto de la revelación no tenía cabida. ¿Y si aquello desaparecía de pronto? Y las visiones y voces se iban.

<Sería lo ideal> pensé— <ya veremos>

Me tranquilizó esa idea, y me sometí por completo al juicio de la razón. En medio de la esplendida oportunidad que se presentaba,

me asomé al ventanal y no pude evitar reírme ¿Cómo era posible que mi propio amigo me sugiriera un psiquiatra? ¿Tan desequilibrado lucia?

En ese momento me dejé contagiar de nuevo por mi entusiasmo inicial. Sin sospechar que aquella calma y alegría de las cuales disfruté brevemente tan solo eran el preludio a lo que vendría después.

Mientras telefoneaba nuevamente a Rita, miré distraído por el ventanal; viendo los arboles azotados por la borrasca y nevados como pálidos espectros, que se doblaban con estremecimiento atacados por una fuerza vigorosa. Los observé durante el largo lapso que parecieron durar los cinco repiques previos a la respuesta proveniente del otro lado.

—Hola—se liberó la suave voz por el parlante.

—¿Qué tal cariño? ¿Estás bien?—

—Sí. Lo estoy—respondió ella—¿puedo llamarte luego? Estoy en clases en este momento.

—Descuida no hay problema—dije.

—Bien. Adiós—se despidió.

Desconcertado por el tono en la voz de Rita, me quedé un momento más frente al ventanal, intentando despejarme de cualquier suspicacia. Aunque infaliblemente aquella llamada había conseguido alterarme él ánimo. En oposición y acudiendo a la renovada confianza que me había inspirado Holbein, me aficioné en otros asuntos. Entre ellos calentar en el horno microondas, la cena procesada que había almacenado hace unos días junto a otras compras. Después de la merienda, un café fuertemente aromatizado y un cigarro; el escritorio con el ordenador dispuesto en el aguardaba.

La gastada aflicción emocional de Rita, tendría sus puntos de vista desconocidos para mí. Pero confiaba que en su momento, cuando menos, me hiciera saber si algo tenía que ver conmigo.

Con todo, me fié que no fuese tan grave, y concluí que Rita tan solo cumplía las directrices que sus malos días femeninos le daban.

Situado en la silla bajé la mirada y acomodé los pies uno sobre el otro, clavando los ojos en la pantalla; en el ejercicio tranquilizador de recorrer las páginas de los correos repletas de spam. Con el reverente interés de acertar algún mensaje interesante, pero ese día no lo hallaría.

Luego di un breve recorrido por las redes sociales, retomando el hilo de publicaciones de conocidos y amigos, entre otros, Wilhem y Fillipi. Algunos arquitectos, maestros de obra y ayudantes, que en su momento habían compartido o colaborado conmigo; en pequeños proyectos. Y con quienes quería conservar la cercanía ahora que se presentaba esta gran oportunidad.

Estaba pensando nuevamente en Rita, cuando repicó el teléfono móvil, y como si de una premonición se tratara, la llamada entrante era de ella.

Alcancé el teléfono y cuidadosamente oprimí la tecla de respuesta.

—Hola amor, discúlpame—expresó sentidamente—he tenido unos pésimos días y te he cargado mi estado de ánimo.

—Nada de eso cariño—dije—¿ha ocurrido algo? ¿Hay algún problema?

—Es solo…lo mismo de siempre. Creo que soy débil para sobrellevarlo.

—No digas eso. Eres una mujer muy valiente.

—Bueno, parece que eres un mal lector de emociones—sonrió ella—porque me cuesta creer lo que dices.

—Todos tenemos malos días, verás que todo mejorará muy pronto—expresé con aliento optimista.

—Mira Gabriel, sé que mi conducta de estos últimos días ha sido algo fachosa. En verdad te pido disculpas—espetó ella con voz quebradiza—¿crees que podamos vernos hoy?

—Obviamente—asentí—¿quieres que te recoja?

—Por supuesto. ¿Podríamos vernos en la universidad?—dijo con tono aliviado.

—Claro. ¿A qué hora quieres que pase?

—¿Puedes a eso de las tres?

—No hay problema, ahí nos vemos. Te llamo al llegar.

—Gracias.

—Descuida.

—Oye. Te quiero—dijo antes de concluir la llamada.

Con el inesperado giro de la conversación me sentí animado; consciente de todas las pequeñas cosas que implica llevar una relación. Hablar con ella fue suficiente para querer dejar precipitadamente el apartamento. Pero solo era la una y media de la tarde. Aguardé unos minutos más con la ansiedad creciendo dentro de mí y apenas el reloj señaló las dos y quince minutos, tomé mi abrigo y salí.

Afuera la lluvia persistía con su acelerada precipitación, y mis pies parecían transitar en medio de un canal de riego.

Contuve la respiración y formulé mantenerme en mis casillas. No podía culpar a Rita por el traspié de dejar el apartamento en medio del vendaval, y de cualquier manera era sugestivo que su disipación anímica hubiese mejorado. Además estaba ansioso por llegar a la universidad y relatarle la gran noticia.

Estos detalles afloraron en mi ánimo y me permitieron soslayar el sobresalto de las calles, y la brisa helada que se juntaba en el parabrisas como un etéreo celaje.

Pasé vías y avenidas hasta llegar a mi destino, y sin salir del coche, telefoneé para saber donde se encontraba.

Di un par de vueltas sin acertar su presencia, hasta cuando escuché el eco de una voz que a lo lejos me llamaba, era ella, resguardada bajo el baldaquín de uno de los edificios del claustro educativo.

Sonreí al verla tiritando de frío y me aproximé de inmediato. Iba vestida de forma natural con un índigo, camiseta, zapatillas y un abrigo azul.

Ignoré la lluvia y fui a su encuentro.

—¡Hola amor!— se arrojó sobre mis brazos en un cálido abrazo—Gracias por venir.

—Descuida cariño—dije sacudiendo la cabeza—¿vamos?

—Claro ¿podemos ir a un pub aquí cerca?

—Sí. Dime ¿donde es?—acepté.

Me alegraba que todo pareciera volver a la normalidad entre nosotros.

Al llegar al establecimiento, fuimos atendidos por una camarera que nos ubicó una mesa; de inmediato nos sentamos, pedimos cerveza y empezamos a charlar.

Mantuve mi mirada fija en sus ojos, escuchando todo lo que tenia para contar y era raro, porque las líneas parecían escapar de sus labios sin sonido; como si se diluyera frente a mí. Un extraño efecto que debía ser otro juego de mi mente.

—Ya hemos hablado de mí. Ahora dime ¿Cómo van tus proyectos? preguntó.

Torcí el gesto fingiendo que no había novedades en mi cotidianidad. Pero ligeramente la comisura de mis labios se arqueó en una amplia sonrisa.

—¿Qué?—exclamó ella—algo pasó, cuéntame.

—¡Cariño estas frente al nuevo empleado de la corporación Hamm! –finalmente solté.

—¿Quee? No puedo creerlo—dijo ella emocionada, arqueando su cuerpo hacia mí y ladeando la cabeza para darme un beso—¡Felicidades! Es la mejor noticia.

—Me alegro que te haga feliz—observé.

—Pero, por supuesto. Es maravilloso—replicó en voz alta, tomando un sorbo de cerveza.

El resto de la tarde nos relajamos, reímos, y festejamos con unos tragos más la buena nueva. Hasta llevarla a su casa a eso de las seis, cuando Treum iniciaba a oscurecer. Sin embargo, durante el tiempo que compartí con Rita, a pesar de la aparente naturalidad de nuestra cita. Aprecié un indeliberado desapego de su parte, incluso los besos de sus labios se ahogaron en un torrente desafecto. A lo cual preferí restar importancia.

—Ahí está la entrada. Buena suerte—dije al estacionar frente a su casa. Prodigándole luego un abrazo.

—¿No quieres pasar?

—La verdad tengo un asunto que atender.

Rita respiró hondo y bajó del coche.

—Bueno tú sabrás—replicó con incomodidad.

No quise extenderme en el tema, de modo que encendí el auto y partí.

—Nos vemos luego—me despedí.

—Bien, adiós—respondió ásperamente.

CAPÍTULO XXVIII, ESPERANDO ANSIOSAMENTE UNA LLAMADA

De regreso a casa el vientre del cielo se rompía, y de sus entrañas brotaba un monstruo que rugía, como si su grito fuera un lamento de dolor. Era incontrolable. Conduje lo mejor que pude, casi adivinando la sinuosidad de las calles; alejándome de cualquier luz que percibiera cercana, para evitar chocar contra otro auto. No era fácil controlar la camioneta, y seguramente, lo mejor era dimitir del intento de seguir conduciendo ¿pero donde estacionar? Si no existía camino seguro.

En lugar de tentar a la suerte, continué sobre los límites de mis sentidos hasta alcanzar el edificio. Al salir de la camioneta, entendí la dimensión real de aquel implacable temporal que prendía las alarmas del desastre y no solo estas; sino que los fuertes relámpagos activaban también las de los coches con su bufido atronador. Recibí una llamada de Rita, apenas bajaba un pie del coche, pero enseguida regresé al resguardo de la cabina.

—Sí. Hola.

El ruido de varias alarmas activadas era tan fuerte que apenas permitía escuchar la conversación. Finalmente cesó y suspirando, agradecí la consagrada calma. Afuera, el resplandor pálido de los faros halógenos del coche hería el sendero asfaltico borroneado por la lluvia y el crujido de las ventanas golpeadas por las gotas, se afinaba en un canto letárgico; en su lucha por salvar la barrera hasta caer en el suelo grisáceo.

Al fin pude escuchar la voz de Rita a través del teléfono.

—Hola…ho…la amor…—se entrecortó la comunicación, hasta concluir la llamada. Aguardé un momento y luego intenté llamarla de vuelta, pero la conexión fue imposible.

Como pude escapé hacia el apartamento. Y una vez me amparé en su interior, fui hasta el ventanal, el cual era empujado por una potente fuerza que apremiaba desclavarlo de su marco.

Miré hacia un cielo que hecho añicos, repentinamente se matizó de azul, un azul inmaculado a pesar de la hora. Acosados por el fuerte vendaval los edificios y sus ventanales eran castigados con inclemencia. También los arboles más pequeños eran desarraigados del suelo. La tormenta no prorrogó interrumpir el fluido eléctrico, y acto seguido la tonalidad de los nubarrones transitó del azul al verde, cruzando en pocos minutos hacia un matiz naranja, y de este al amarillo. Hasta concluir en visos encarnados, que daban al reino celestial un aspecto sombrío, que oscureció por completo las calles de Treum.

No conseguía apartar la mirada de aquel extraño fenómeno, que incluso desconcertaría a un experto en meteorología. Parecía inverosímil, pero ahí estaba, a la vista de todos. Era como si el fin del mundo se aviniera.

Ensayé imaginar los minutos finales de aquella comunidad, el horror de verse atrapados por su confusión; la ilógica carga de sus pecados.

De pie junto al ventanal, advertí en el cielo las señales apocalípticas y en las oscuras nubes se formaban bestias capaces de convertir al hombre en inestables estatuas de piedra, que el suave golpe de la mano del viento podía derribar.

Entonces sentí que todo retomaba sentido: mi labor, mi sacrificio.

Un par de horas después del extraño evento, el tumulto de nubes oscuras se había dispersado y las inusitadas luces del cielo se apagaron, empero, la lluvia no cesó. Pero el hasta entonces ignorado mensaje se congregaría en las vidas de los ciudadanos a partir de

entonces; el momento estaba iniciando, era la hora del asenso hacia planos desconocidos. Pude reconocerlo de inmediato.

Mientras observaba me embargó un profundo dolor, como púas adentrándose en mi cabeza, rompiendo la piel; avanzando hasta el músculo, y lacerando mi cerebro. Padecimiento seguido por una oleada de voces, con sus murmuraciones confusas.

Tuve que alejarme en dirección al escritorio y tomar asiento. Con la visión nublada, intentando llenar mis pulmones de oxigeno; mientras descargaba la espalda en el respaldar del asiento, sintiendo que levemente el malestar disminuía. Oprimí las sienes con los pulgares y así aguardé un momento hasta sentirme completamente recuperado. Luego cerré los ojos intentando entender que estaba pasando, pero tan pronto como había llegado el ramalazo desaparecía. Así que no podía asegurar que se tratara de una condición clínica.

Continué sentado por unos minutos en idéntica posición, hasta percibir en los distantes intersticios de mí atontada cabeza, un poco de sueño.

Giré el cuello de un lado para otro, pero el dolor que hasta hace poco me taladraba las sienes, parecía haberse disipado por completo.

Una vez concluido el estado de turbación, el letargo se hizo cada vez mayor. Y resultó una sensación alentadora, al colegir que esa noche podría dormir, puesto que el feraz sopor, era disímil de cualquier otro que hubiera sentido los últimos días.

No quise perder tiempo y dejando la silla; apagué un par de luces que estaban encendidas. Irrumpiéndome de inmediato en el pasillo oscuro, que ofrecía una visión misteriosa. Mis pasos tenues enfocaban el camino y el ensueño reverberaba en mis parpados, apuntando al descanso.

Al entrar en la habitación la puerta estaba abierta y la cerré tras de mí. Escruté la estancia con ojos cansados, vacío de cualquier de aliento; luego seguí la dirección señalada y con sigilo, me inscribí bajo las sabanas para no espantar el adormecimiento. Una sensación cómoda fue el último reflejo de mi mente. Y esa noche gocé la

sensación de la siesta. Cuando menos hasta las tres de la mañana, hora en que fui sacudido por el centelleo astral de una nueva aparición.

Extrañamente esa vez no tuve miedo, aun cuando resultaba un advenimiento inesperado. El escalofrío que estremeciera mi cuerpo la primera noche y el profundo pánico que suspendiera mis sentidos, habían desaparecido. Ahora estaba frente a ella, como si fuera un devoto creyente, que acertaba la paz en los vocablos de la entidad divina. Y su voz se albergaba con naturalidad en mi mente y alma, llenándome de expectativas más no de temor.

Concluida la revelación, volví a notar que me invadía la somnolencia; un profundo letargo que arrebataba mi conocimiento. Y como un eco lejano nuevas voces. Sabía que estaba sentado al filo de la cama, mientras la visión se me iba nublando. Pero antes de desplomarme en un soporífero sueño, recordé las palabras de John ¿Acaso estaba imaginando todo aquello?

Sin embargo, desde entonces las revelaciones empezaron a sucederse con mayor frecuencia, unas seguidas de otras. Antiguos misterios fueron revelados como espada que atravesaba la piel, y convertía a la ciudad en una gran tumba de almas errantes. La maldad era un maestro hábil en sus juegos, y a su paso dejaba brotar una línea roja de muerte; la comunidad lentamente era empujada a su destino, y un largo y oscuro túnel me distanciaba de ellos, pero la voz de la mujer guiaría mis pasos.

Aunque pasé unos días bastante tranquilos, empezaba a completarse una semana desde mi reunión con Holbein, y me impacientaba que su llamada no llegara. No era un periodo excesivamente ocupado en mi vida y me distraía entre bosquejos, correos, redes sociales y un par de encuentros apresurados y desprovistos de apego, con Rita y su chocante cambio de humor.

Así se completó una semana, si bien como dije antes calmosa para mí, resultó la peor de todas para Treum, durante ese tiempo estuve prácticamente confinado a mi espacio personal. Escuchando en silencio los terribles informes noticiosos, en los cuales se revelaba la animadversión, que conducía a la comunidad hacia un camino de odio asesino. Para sumar sólo de vez en cuando algún breve comentario

deportivo o de farándula; evitando entorpecer aquello que para los medios de comunicación realmente vendía. Borbotones de corrupción que fluían como el elixir conspicuo de una sociedad moderna ¡Vaya chiste! Llamarle de esta manera.

Tan solo una semana, solo eso.

Asesinatos, secuestros, tráfico, miseria, protestas, violaciones, abusos, vientos de guerra, recorrí las pantalla con celeridad, viendo los avances informativos y un par de líneas en cada titular, finalmente, todo ello logró cortarme la respiración ¡No…no quería saber más de eso! Era siempre lo mismo.

Enjambres de abejas sin colmena que vagaban errantes por el mundo, llenando las calles de miseria. Una broma sin gracia, una tragedia sin llanto; todo ocurriendo al mismo tiempo. En cada ciudad del mundo, incluso en Treum.

Los canales amarillistas mal llamados medios de comunicación, servían solo a sus propios propósitos; sin razón ni justicia. Se alimentaban de las tragedias cotidianas, con morbo se abalanzaban al escándalo, promovido por almas descarriadas sedientas de poder y figuración; ensombreciendo el corazón de la comunidad.

El mes anterior para mi desazón, la ciudad había sido incluido en el top de las más problemáticas e inseguras; sus otrora fascinantes calles se tornaron en un devenir de calamidades. En el blanco de las tragedias personales de sus habitantes. Y esta semana revalidaba dicho albur.

El mensaje que enviaba la ciudad de Treum, era claro, solo los más valientes podrían sobrevivir aquel caos; sin que los sentimientos se le hicieran añicos. Por desgracia, todos aquellos hechos se incrementaban, y se relataban escalofriantes historias que llegaban a mis oídos.

De a poco me convertí en un hombre enclaustrado entre cuatro paredes, cuyas escasas distracciones pasaban por navegar en la web y bosquejar diseños arquitectónicos que probablemente nunca verían la luz.

Eventualmente salía, para comprar víveres o intentar contactar a Michael y su joven madre; los cuales inicié a persuadirme, parecían

haber dejado el barrio. Al regresar al apartamento me sentía totalmente derrotado, avanzando por un laberinto sin salida; con un sentimiento de culpa que me embargaba.

Una sombra macabra desgarraba la piel de Treum. Las heridas sangrantes de sus ciudadanos, de a poco, suscitaron un mandato sorprendentemente; la comunidad decidió hacer justicia por su cuenta. Pero sus presunciones apuntaban hacia múltiples y confusas direcciones, y la tinta de los periódicos y los medios televisivos no hacía más que exacerbar los ánimos con sus imágenes explicitas.

Se trata de algo común en tiempos de crisis. El poder reinante se aplica a la justicia por medio de la represión. Y cuando aquellos que deben impartirla fallan, del ideario común emergen los símbolos de anarquía y degradación de la sociedad.

La asimetría que adjudicaba la maldad, logró convertir en poco tiempo a Treum, en un vago reflejo del resplandor alguna vez conseguido; un simple rescoldo sofocado que en su interior alentaba un corazón marchito.

En el ojalá de una citación que no llegaba, inspiraba hondo ensayando santiguarme por un instante de la frustración que sentía.

La mañana del viernes decidí llamar a la Corporación Hamm, y aquilatar con la cordial Lidia algún tipo de información, esperaba que me comprendiera y sentía que en realidad podría hacerlo. Empero, al contestar, me ratificó que la reunión todavía no se programaba y que ella estaría atenta a notificarme cuando así se lo ordenaran.

Con amargura concluí la llamada, sabiendo por experiencia propia que cuando un asunto se dilata de esa manera, nada bueno puede venir tras eso. Mi infructuosa consulta me dejó aún más desesperado; amargado me senté en el sofá y encendí un cigarro, con la mirada distante en el horizonte de la sala. Sin conclusiones ni pensamientos.

Los minutos se hicieron horas y la noche me sorprendió de nuevo solo. El furor de mi ánimo me recordaba la mortalidad de los días. Ellos siempre sucumben y nosotros trascendemos al crepúsculo, simplemente para ver morir otro día.

Con todo mi desanimo decidí dejar atrás el encierro, en un reflejo de adaptación. Tomé el teléfono móvil para llamar a John, puesto que con Rita acababa de colgar hace unos minutos, y esa noche tampoco nos reuniríamos. Mientras esperaba respuesta el desasosiego suspiraba en mi pecho, tal vez, no estaba dando el tiempo suficiente a la llamada de Holbein. Esas cosas siempre tardan, solo hay que esperar el momento justo. Ese resultaba un análisis asimilable y conforme de una persona madura. Pero insuficiente para aminorar el estrés que condujo mis pasos, luego de terminar la llamada sin obtener contestación.

Fumé de nuevo y pronto mis pasos me habían conducido directamente a la salida; ahora estaba en la calle parado sobre el sardinel, frente a la camioneta. Con la inminente premisa de adentrarme en las noches de Treum.

La parroquia se instituía como el único fin de mi trayecto. El repiquetear del teléfono móvil trajo consigo esa confirmación inesperada; al observar una llamada perdida de John. Luego de tres intentos fallidos por lograr la comunicación y un par de mensajes de texto sin respuesta, el colofón de mi mente fue tácito

<Me reuniré con John>

Al llegar la capilla que siempre estaba inundada de luz y feligreses; noté que aquella noche se veía lóbrega y deshabitada, envuelta en una atmósfera de frialdad.

Aparqué y luego me dirigí al despacho cural, pero la puerta estaba cerrada, lo cual me generó extrañeza. Sin embargo, di unos toques suaves e hice antesala a la respuesta. La lluvia lloriqueaba sobre la cornisa y las gotas caían en mi cabeza. Tres o cuatro minutos y otro golpetear en el tablón de madera, me convencieron que no había nadie. Entonces, con aliento resignado di la vuelta hacia la entrada principal de la parroquia. Pérfidamente me volvió a ganar la imprudencia, como ocurriera hace ya muchos días, claro, el contexto esta vez era completamente distinto. Bajo el tejaroz de la portezuela principal, observé con atención si John estaría celebrando la liturgia en el espacio pleno de sillas y ocioso de feligreses. De pronto oí el suave susurro de una voz desconocida, que escapaba del interior del

santo templo. Y mientras prestaba atención me resultó confuso encontrarme con la figura de otro sacerdote; que tintineando una campanilla daba inició a la ceremonia.

Sin cambiar de sitio eché un vistazo al interior, donde se podía apreciar el altar mayor con su solio, la imagen de Jesucristo liberándose de su yugo; un mural con la imagen de la virgen, además del resplandor lumínico de modernas luces, que reñían con la consonancia de la antigua construcción. El nuevo sacerdote a diferencia de John llevaba gafas, era regordete y su cabello platinado casi blanco. Aquel detalle me sorprendió y probé comunicarme con John una vez más, pero la llamada fue directamente al buzón de mensajes.

Desconcertado alcé la vista para dar una última mirada, y me percaté que del interior algunos ojos se clavaban en mi reflejo sobre la puerta.

Mi fisgoneo se detuvo en seco, y en medio del espacio abierto, mis pasos avanzaron rápidamente en busca de la salida.

<Supongo que John estará de viaje. Eso debe ser> me dije. Mientras conducía de regreso al apartamento. Intentando orientarme en medio de la brumosa noche.

En la acostumbrada luz del semáforo con su refulgencia rojiza, me detuve. Aguardando que el cambio me permitiera seguir transitando las avenidas solitarias; a pesar del intenso frío llevaba la ventanilla casi a media altura y mientras aguardaba encendí un cigarro.

De repente, sentí a mis espaldas una presencia aproximándose, que en breve estuvo a mi lado. Giré para observar de quien se trataba, rogando que no fuese un asaltante. Entonces me encontré con un hombre de fisonomía desagradable y perfil brutal; vestido con traje negro. El reflejo del semáforo dejaba a la vista un rostro deformado y retorcido, y su contextura era robusta pero gibada. Con vigor descargó su mano sobre mi hombro, y los ojos purpúreos bajo las cejas fruncidas me miraron fijamente; al principio sin exclamar dicción. Luego con toda naturalidad pareció querer simplemente una limosna,

sin embargo, al instante como arrebatado por una entidad misteriosa inició a pronunciar incoherencias mezcladas con oraciones:

"señor tu eres mi pastor…

Seguido de un par de plegarias más y al instante continuó señalándome y exclamó:

"Tú has sido elegido, tu portas el mensaje…egoísta…egoísta"

De inmediato pisé el acelerador, sin precisar si el semáforo había cambiado; sintiendo una energía adversa que fluía en el ambiente.

Avancé lleno de pánico sin discernir el extraño reniego de aquel sujeto. Pero poco después entendí que ese algo anómalo, que se cernía en la realidad de Treum, estaba relacionado con la revelación que yo pretendía ignorar.

Reinaba la noche y mis sentidos se activaron, en un estrepito de voces; como ruidos entremezclados al interior de mi cabeza, que traían consigo una sensación de incontrolable enervamiento. Probé escuchar con silenciosa resignación la terrible barahúnda que invadía mi cráneo, limitado de cualquier pensamiento; evitando interrumpir los sonidos que emergían a borbotones en el impulso de esas voces.

Poco después la noche emergió como cualquier otra, en cualquier punto de la ciudad: personas, comercios, agentes policiales, y luces iniciando a apagarse al interior de los apartamentos. También yo ansié alcanzar el descanso, y de aquel objetivo me separaban cuando mucho cinco minutos. Mientras conducía la cherokee en dirección al norte, acorté camino por un viejo sendero alterno a la avenida principal, conocido como la ruta 28. Una vieja carretera deteriorada, pero que en ese momento consideré un camino más seguro para mí.

Pronto apareció la silueta de la callejuela de acceso, antepuesta a la efigie de la torre de apartamentos, y luego las luces del parque a medio iluminar.

Apunté hacia la bahía de parking, entretanto, recordaba la promesa que albergaba, y que hace poco no habría sospechado. No resultaba una visión en absoluto romántica sino por el contrario

abrumadora. Era agobiante reflexionar la enorme lista de cosas por hacer y discurrir sobre el resultado de llegar a fracasar.

Me vi obligado a espiar mi propia conducta, a escrutar el lóbrego pasillo de la renuencia, que me había llevado a soslayar el designio de la revelación.

Al llegar a casa fui directamente al cuarto de baño y enjuagué mi rostro. Cuando levanté la mirada para observarme en el espejo, resultó evidente que la tensión acumulada, había pasado factura a mi mente y a mi cuerpo. Era obvio, bastaba con observarme, no necesitaba que otros lo corroboraran. Me había convertido en un simple reflejo de lo que era; mi mirada indefinida y dudosa había perdido la vivacidad, atrapada entre unos ojos gastados y exangües. La barba rala reverdecía en el mentón cuadrado, y el cabello en las sienes empezaba a adornarse de disimuladas canas.

CAPÍTULO XXIX, PROYECTOS QUE SE ARRUINAN

Durante la noche había despertando varias veces sobresaltado. A causa de sueños repletos de escenarios extraños sombríos.

De pronto mi entorpecido descanso fue estorbado por el repicar del teléfono móvil. Al abrir los ojos observé el cuarto desconcertado, sin saber si era el día o la noche, pues la iluminación era exigua. En un principio creí que el silbido provenía de la alarma, pero al estirar la mano hasta la mesita para oprimir el botón, me di cuenta que se trataba de llamada, pero el número telefónico era desconocido. Me incorporé lentamente aún soñoliento, mientras me sentaba al filo de la cama. Estiré los pies en el suelo que parecía un trozo de roca ártica, y el frío me caló hasta las pantorrillas, quedé inmóvil en esa posición y con torpeza respondí:

—¿Si, Diga?

—Hola Gabriel—dijo una voz del otro lado.

<¿Qué hora es?> rumié tomando el reloj de pulso para constatar. Eran las ocho de la mañana.

La comunicación se escuchaba entrecortada y me resultaba dificultoso reconocer el acento de mi interlocutor.

—Gabri…el…me…oy…es—escapaba un molesto murmullo por el altavoz.

—Holaaa…No puedo escucharlo. Intente comunicarse de nuevo—indiqué cortando la comunicación.

Desconcertado, me quedé un momento más en la cama, intentando desatascarme de las sabanas. Desde hace un par de días, me costaba un poco más despertarme. Aguardé por un instante, que la llamada se repitiera.

—Hola—Respondí de nuevo, mientras me ponía de pie y me dirigía a la cocina para prepararme una taza de café.

—Siento haberte despertado, Gabriel —dijo la voz de John con una inflexión que sonaba grave, casi arrebatada por la preocupación —Tengo que decirte algo. Acabo de recibir una llamada…

—¿Qué tal amigo? ¿Cómo estás?—saludé.

—Hola Gabriel, ¿te encuentras bien? Tu voz suena extraña.

—Si estoy bien—respondí aletargado, arrastrando los pies por el pasillo hasta el salón principal.

—Quisiera que nos reuniéramos. Te llamo para confirmar.

—Claro, no hay problema—dije.

—Y…Gabriel—dudó un momento— ¿Recuerdas el proyecto de la remodelación de la parroquia?

Por supuesto, que lo recordaba solo tenía dos opciones laborales por esos días, ambas extraordinarias, una era el centro comercial de Hamm, y el otro, el proyecto de remodelación.

—Claro que lo recuerdo, amigo, ¿Cómo va eso?—pregunté.

—Bueno, precisamente por eso te llamaba—dijo con una voz que sonaba distante, mientras yo vertía un poco de café en la cafetera— Parece que no podrá ser por ahora, pues se presentaron algunos inconvenientes con autorizaciones y papeleo, ya sabes, cuestiones de burocracia que escapan a nuestro alcance—

Quedé en silencio, ante el impacto ocasionado por la noticia que John me daba—

—Lo siento amigo. Te llamo para reunirnos— dijo del otro lado de la línea. Y al instante interrumpió la llamada.

El café estuvo listo y serví una taza, mientras se me removían las entrañas y los pensamientos. Del otro lado aguardaba el sofá. Con amargura recorrí el trayecto hasta este. La vida se revelaba ahora como un escenario dolorido en el que mi buena suerte empezaba a extinguirse. Con fatiga y el aliento minado pasé la mirada por aquel espacio que se instauraba en aislamiento, el más adusto de todos.

Laboriosamente intenté imbuirme de confianza, recogiendo los restos de la perspectiva que quedaba: el proyecto Hamm. Más que nunca necesitaba de esa llamada.

Pero ese infortunio no debía socavar mi certidumbre. Al fin de cuentas difícilmente habría podido dedicar el adecuado tiempo a los dos proyectos, prefería verlo de ese modo. Aunque una ligera sensación de nauseas persistía en mi organismo luego de la confidencia hecha por John.

<Tampoco es como para lanzarme a las vías del tren> me dije, descargando la taza humeante en la mesa, y adosándome en la silla.

Mi espíritu era crítico pero ahora que la perspectiva cambiaba por completo; me sentí acometido por un aire de resignación. No disponía de muchos recursos en mi cuenta, era un asunto puntual, mi situación no era buena. Y me molestaba el estoicismo con que debía afrontarlo, pero comprendí que por el momento era un camino de una sola vía.

Desde esa hora estuve sentado en la sala con la mirada perdida, atrapado en el vacío; en el carecer de todo, en una fingida paciencia. Hasta decidirme a llamar a Rita quien parecía tampoco disponer de tiempo para mí. Los veinte minutos que dudé marcar ese número representaban la espera de un condenado, y su respuesta del otro lado de la línea seguramente sería la soga y el nudo. Al fin, inspiré profundamente saliendo de mi fijación depresiva y decidí darle a la tecla de llamada.

Sospeché que, como de costumbre no contestaría, pero esta vez fueron suficientes dos timbres antes de escuchar un austero:

—Hola.

Acudiendo a un poco de la suerte que parecía escasear y un empujoncito del buen humor que no tenia, saludé con cordialidad y afecto.

—Hola cariño.

Me aventuré en esa excursión hacia la voluble personalidad de Rita. Con la autosugestión de que aquello no resultaría en exceso cargante, para el poco denuedo que me quedaba. Algo incómodo esperé su respuesta, presto a la inhumana displicencia de su voz, que era como un viento frio colándose por el parlante del teléfono móvil.

De ese modo caminé por los recovecos de su aparente desánimo, hasta aproximarme a mis propias desventuras, en el humano instinto de adherir en una frase de apoyo. Y Rita pareció notar que el desasosiego que emergía en mis palabras era sincero. Con todos los inconvenientes que habían sobrevenido, estaba claro que necesita cuando menos hablarlo con alguien. Mientras la procesión iba por dentro.

—Es una lástima. En realidad lo lamento—dijo con inflexión poco creativa—Sé cuánto te entusiasmaba el proyecto de remodelación de la parroquia.

Ese fue el toque mágico de su voz que no reconfortó nada, ni una pizca mi agobio. Me sentí decepcionado.

– Sí. En verdad es una lástima –coincidí.

—Pero Gabriel,—caviló—todavía tienes el proyecto del centro comercial. No te desanimes, también es una gran oportunidad.

Creí que me entendería pero no lo hizo, pareció no entender nada. Y siguió dando rodeos sobre deliberaciones que yo mismo había hecho.

No era sorpresa, también mi relación con ella parecía estar decayendo. Al igual que su dicción declinada que pronto cruzó hacia el límite del susurro. Era evidente que tanto ella como yo, estábamos hastiados con esa llamada que concluyó a los pocos minutos.

<¡Vaya el remedio resultó peor!>espeté con desánimo, reclinando mi cabeza en el mueble.

Luego me encogí de hombros y extendí las piernas, fijando la mirada en el reloj de pared y su tic tac. No tenía nada que hacer, en el

apartamento no encontraría nada que mitigara mi disgusto. Entonces lo vi con claridad, no podía echar por tierra los años que me unían a Rita. Al fin de cuentas una relación es apoyarse el uno al otro. Y lo que habíamos vivido últimamente no resultaba fácil para ninguno de los dos. Éramos como desconocidos queriendo encontrarse, pero a la vez protegiendo cada quien sus propios secretos. Mi ánimo estaba demasiado bajo, como para seguir atrapado entre aquellos altos muros.

Rápidamente llegué a la conclusión de ir a buscarla a la universidad, sabía que ese día tenía clase y quizá visitarla por sorpresa mejoraría su disposición.

Antes de salir me invité de nuevo al ventanal, a husmear el apartamento de Michael. Las cortinas situadas en la misma posición ratificaban su partida. Entonces ¿por qué la madre estaba con su amante, ese día bajo la lluvia? carecía de sentido. No obstante, mi premisa era ridícula, puesto que cualquiera, incluso ella o el mismo Michael, pueden regresar un día a su viejo barrio para visitar amigos, o amantes como en este caso. Y es que para ello no existen limitaciones normativas que lo prohíban. Solo eso faltaría que también el ayuntamiento nos diga cómo, donde y cuando pararnos.

Suspiré silenciosamente, llevándome las manos a la barbilla.

<Pobre niño, fui el mayor de los egoístas dejándole solo> me incordió la culpa.

Calculé tanto mi apoyo que este jamás había llegado. Con tristeza me volví hacia el salón y en una breve fracción de segundo dudé de mi intención de salir, sin embargo, mi mirada se asentó en la puerta y el camino fue señalado. Tenía la mano descargada en la aldaba, cuando sonó el móvil, era una llamada de Rita.

—Hola, Gabriel—saludó con el mismo acento de pena que ya se hacía habitual.

Esto me generó disgusto y respondí ásperamente:

—¿Qué tal?

Entonces su voz balbuceó, como si quisiera dejar escapar de sus labios palabras que no conseguía articular.

—Escúchame Rita, justamente pensaba ir a la universidad, si quieres nos encontramos allí—observé.

Imaginaba cualquier respuesta menos la que vino a continuación, empapando como un glacial cubetazo de agua:

—No. No vengas—

—¿Ahhh?—farfullé irritado—¿Qué es lo que ocurre Rita? ¿Quieres decirme de una buena vez?

En ese momento nuestras voces iniciaron a aumentar de tono, y de pronto de su garganta, emergieron incoherentes reproches, como un flujo continuo de quejas absurdas.

Así que no tardé en exponer también los míos, en una sucesión de reclamos mutuos que se encontraron a medio camino.

Su enojo se hizo visible. Entonces cada quien elevó aún más la voz en la intención de someter al otro, como un fuego que se tornaba inextinguible.

—Adiós Gabriel, voy a colgar— encumbró de golpe su voz.

—Pero ¿Qué pasa? —pregunté sonriendo cáusticamente.

—Nada. Simplemente eso —repuso secamente.

—¿Cómo, es eso que vas a colgar? ¿Así no más?

—Sí, así no más.

—Pero ¿Por qué?

Rita se silenció por un momento. Incluso pensé que realmente había cancelado la llamada.

—Rita ¿sigues ahí?

—Gabriel, deduzco que no estás del mejor ánimo— mascullló al rato— tal vez sea mejor que hablemos otro día.

<Sí, creo que si>, respondí mentalmente, intentando orientar mis ideas. Sin embargo, me mantuve en la conversación.

—Por Dios, Rita, no sé qué quieres de mí—solté con enojo.

—Que puedas ser alguien más o menos corriente —reclamó Rita con inflexión impaciente—Me parece que nuestra relación también es importante. Y no solo tus asuntos que parecen requerir la totalidad de tu tiempo.

En ese momento hice una pausa, atendiendo aquel irrazonable enfrentamiento de culpas.

Cuando de pronto, entre sollozos Rita musitó:

—Lo siento. Estoy cansada de todo —

Me tomó solo un segundo darme cuenta que había dejado de ser la persona indicada para ella. Entendí que estaba a punto de perderla.

Y el primer pensamiento que me vino a la cabeza, fue proponer un fin de semana, juntos en la cabaña de mis padres.

Cuando lo mencioné identifiqué un sutil cambio en su voz, como un dejo de alivio, que la liberaba del infortunado ahínco que nos batía en aquel conflicto.

¿Qué piensas?—inquirí—¿quieres intentarlo? Reencontrarnos lejos del barullo de esta ciudad.

—¿Es una invitación? –preguntó con acento renovado.

—Claro que lo es. Pasaremos un par de días rodeados de tranquilidad. En la cabaña de mis padres y dejaremos atrás este caos.

Rita sonrió dándose cuenta que mis palabras eran sinceras.

—Bueno, si me gustaría. Pero pongo una condición. —dijo con tono circunspecto—

—Lo que tu digas—asentí.

—Iremos a descansar olvidando todo. Dejando de lado preocupaciones— expresó con pleno convencimiento.

—Muy bien, será lo que tu digas —ratifiqué—. Es nuestro acuerdo.

A la luz de este subterfugio los faros del conflicto se apagaron. Y en el reflejo de las palabras de Rita brotó una reafirmada paz.

Acordamos que se quedaría ese fin de semana compartiendo con su progenitora, y de ese modo abonando el terreno que le permitiera acompañarme el feriado siguiente a la cabaña. Creo que ambos percibimos un sentimiento de agradecimiento, ante la solución pacifica de una insensata disputa. A pesar de los inconvenientes que atravesáramos, no podíamos endilgar al otro una carga semejante.

Tras un largo rato hablando de otros temas, concluimos la llamada, dejé la puerta y mientras caminaba por el salón, me alivié los hombros y el cuello con un masaje.

De no hacer tanto frío habría dejado la puerta abierta, para no sentirme desolado, por el contrario congregué mi soledad en medio

del salón, sin saber que haría. Debía almorzar pero en lugar de apuntar a la calle, opté por el castigo de un pisto en lata calentado al horno. Luego me contenté sin más, con tomar el libro de caratula roja y echarme en el sofá a leer un rato. Solidificando la burla de mis solitarios razonamientos. Tuve tiempo, antes de avocarme a la lectura, de preparar mi café y junto al pocillo, sobre la mesa, descargar los cigarros y el teléfono.

Obligado en estas condiciones, consentí no levantarme el resto de la tarde; instalé los codos sobre la superficie dúctil del asiento y en un cojín reposé la cabeza. Para hacerme hueco entre las líneas de la que parecía ser la historia si fin, dada las múltiples repeticiones a las que le había sometido, sin pasar de la pagina seis según calculé.

Pero el ruido, el inequívoco ruido de las gotas de lluvia en el ventanal, yuxtapuesto en cada línea que leía fue una distracción sedante. Tomé un par de sorbos de café para distraer el entumecimiento de los parpados, y sin darme cuenta quedé atrapado en un estado onírico inusitado. Curioso es el recuerdo de ese día, y difícil de reflexionar, puesto que todo alrededor era habitual, incluso el propio libro que permanecía en mis manos, empero, al mismo tiempo me sabía dormido, con la cabeza apoyada en el cojín.

De pronto me hizo levantar la cabeza, el sonido de una alarma que se proyectaba hacia mis oídos. Pero no era realmente una alarma, sino el repicar del teléfono móvil; abrí los ojos y di media vuelta a punto de caer del diván, seguido me incorporé para encender la luz, puesto que estaba oscuro.

No conseguí despertarme por completo, avanzando como un autómata.

En la oscuridad continuaba el repiqueo de la aguda melodía del teléfono, un sonido penetrante que me resultaba familiar. A tientas busqué el interruptor de la pared y encendí la luz. Con los ojos entrecerrados miré a mi alrededor y acerté las formas del habitual salón, el escritorio; la cocina con sus alacenas de madera caoba, el color de las paredes; el sofá principal junto a la mesita de centro, todo igual. Sin embargo, como si una voz ajena a la mía murmurara dentro de mi cabeza, emergió una desatinada incógnita:

¿Dónde estoy?
Mi mirada coincidió con el ventanal que lentamente la neblina empañó.

Tomé el teléfono y oprimí la tecla de respuesta.

—¿Si, diga?

—¿Señor Dickens? —Exclamó del otro lado una voz grave de hombre—Espero no interrumpirlo.

Confuso, miré el reloj de pared. Eran las 07:23 pm. Si la hora era correcta, había descansado por más de seis horas, sin duda, mi cuerpo sentía la escasez del descanso, y necesitaba cuanto antes dormir profundamente. ¡Quien carajos llamaba!

—Le habla el director de la empresa Hamm. Lamento molestarlo, pero se ha presentado un inconveniente y me gustaría que nos reuniéramos el lunes a primera hora, si no hay inconveniente.

Apenas iniciaba a orientarme en la realidad de aquel espacio.

—¿Una reunión?—corroboré mientras caminaba desorientado y me sentaba en la silla frente al ordenador portátil, agarrando un post it arrugado para tomar nota.

Luego emití un –uhmm digame—que escapó de mis labios como un bufido.

La voz que hablaba era como un murmullo distante, que estimulaba a mi mano a escribir irreflexivamente, unas líneas sobre el pequeño trozo de papel.

Al finalizar la llamada, mi cabeza se abatió sobre el escritorio, en un completo estado inconsciencia.

Entonces en lo profundo de aquel hipnos, tuve una pesadilla que bastó para expatriarme de los terrenos de Morfeo, y sacarme de golpe del tálamo de abenuz que eran mis sueños.

Las imágenes venían a mi mente como retratos que cobraban forma, para luego cambiar de aspecto, y en ellas notaba claramente, mi edificio, la parroquia, la cabaña y el lago. En medio del ensueño los seguía con la mirada, entonces un olor putrefacto corrompía el aire, y la fuerte lluvia instituía una traza de alivio al acariciar mi rostro, en ese justo momento desperté. Y atronado intenté aguzar los sentidos en ese espacio sutilmente iluminado.

<¿Qué carajos?> objeté.

Luego incliné la mirada en dirección al escritorio y me encontré con el post it, garabateado con mi letra.

<¡Mierda! ¿Qué es esto?> rezongué al darme cuenta del mensaje, que relucía mas como un jeroglífico que como una nota.

“Hamm, Holbein, Lunes, reunión”

<¡Carajo. Holbein llamó! ¿Gabriel que pasa contigo?> exclamé con afanosa angustia, mientras buscaba con la mirada la efigie del reloj que señalaba las 9:23 pm.

Para colmo el día siguiente era domingo. Tendría que esperar y llamar a su secretaria el lunes a primera hora.

CAPÍTULO XXX, EN CASA PENSANDO CÓMO DIVULGAR EL MENSAJE

Enseguida me levanté de la silla agitando las manos en gesto de consternación. Sintiéndome tenso atravesé el salón para dirigirme al cuarto, y seguir reposando en un letargo que parecía sin fin. Al mismo tiempo, solo atinaba burlarme de mi mismo.

¿Acaso Holbein, se habría dado cuenta? Estaba literalmente dormido al hablar con él. Y si lo sabia no existía un elemental pretexto para excusar semejante absurdo.

Mi mente se atornillaba en ese pensamiento, pero la noche parecía ensancharse y disiparse en mi descanso, con un aire benévolo.

Sin embargo, al cruzar el cuarto y adentrarme entre las sabanas, justo en el instante en que me disponía a dormir a fondo. Sentí como un viento se descolgaba por la ventana agitando la cortina y llegando hacia mí, perfumado en una fragancia singular que conocía. Entonces vi como se abría el portal velado que dejaba emerger la visión de la mujer; atendí este particular fenómeno, mirando fijamente sin ningún dejo de miedo. Poco después, percibí sus pequeños pies flotando en el aire. Repasando luego cada detalle desde sus manos

delicadas, sus finas facciones, hasta el color del velo que cubría su cabeza.

A diferencia de las veces anteriores, en esta ocasión anhelaba conocer su mensaje; saber si ella tendría respuestas para mí. Hasta ese momento no decía nada, solo me observaba con sus ojos tristes.

Todo avanzó con sencillez, casi con naturalidad. No me sentía confundido, y brotaba en mí un sentimiento compasivo. Me apliqué en atenderle saliendo de las sabanas y sentándome al borde de la cama; el céfiro que irradiaba su presencia era como una suave caricia que abanicaba la habitación. En ese umbral desconocido aguardé paciente su mensaje, hasta escuchar sus palabras viajando en el aire. Me miró fijamente, tanto que pude reconocer el color de sus ojos.

—Gabriel, es necesario que tomes la espada en nombre del señor. El momento es ahora.

Fueron esas las palabras que entendí enseguida, sabía que debía actuar; era absolutamente necesario, era un camino marcado e ineludible. Levanté la mirada viendo como su imagen se diluía y mi vista solo se detuvo cuando la oscuridad se hizo profunda.

El resto de la noche fui incapaz de dormir, y en el reposo de mi cabeza sobre la almohada; divagué libremente sobre los límites de mi labor. Disfrutando la serenidad de la noche, la calle nublada cuya silueta plomiza se colaba por la ventaba.

Reflexioné que me vendría bien adentrarme en esa llanura donde se instituía la cabaña, previamente a cumplir mi designio y también antes que Hamm y su proyecto, absorbieran todo mi tiempo. No me lo pensé dos veces, ni seguiría riñendo con entidades divinas; alguna recompensa me depararía en el futuro. La decepción por la remodelación de la parroquia lentamente se había ido y las cosas con Rita mejoraban. Debía ser de ese modo, todo ocurre por una razón. Al instante quise disfrutar del sosiego de mi alma.

Esa mañana de domingo me sentí infundido de energía, como si la visita de la mujer reconfortara mi aliento. Aunque no pude pegar el ojo, tampoco me sentía agotado. El descanso del día anterior tendría mucho que ver. Cuando el sonido agudo de la alarma del móvil tintinó, dejé la cama y fui directo al baño para refrescar mi rostro en el

lavabo. Al salir todo me parecía desemejante, como si estuviera en un sitio ajeno a mi habitual apartamento; la habitación, sus paredes blancas y contornos con espacio suficiente para una cama ancha; el amplio cuarto de baño, el closet en madera, la cómoda en un extremo. Más allá, una onerosa cortina que enmarcaba el recuadro de la ventana, y afuera se extendía una ciudad que aunque lluviosa relucía con un fulgor inusitado.

Luego de calzarme un viejo pantalón de sudadera, un chaleco y unas playeras. Me volví accionado por ese nuevo impulso, al mismo tiempo sintiéndome aliviado, con un aire optimista. No, no sabía a ciencia cierta por qué, pero lo único que importaba era no sentirme contrariado como estaba a menudo. Me puse en camino a la sala y esos primeros minutos de la mañana los dediqué a consentirme con un buen desayuno de tortilla, tostadas, jugo de naranja y café en un poco de leche. Realmente gocé de esa tregua que me daba. Y con un profundo alivio distendí la rigidez de los músculos, para concederme un breve descanso en el sofá, frente al televisor.

Como era de esperar los informativos no presentaban noticias alentadoras. El número de defunciones, asaltos y violaciones aumentaba; anegando como una peste que lo cubría todo, diseminándose por doquier. Las advertencias estaban y el rumor de peligro se cernía sobre la servidumbre de la maldad, quien negada y encubierta, seguía haciendo estragos en cada ciudad del mundo y también en las calles de Treum. Donde el prematuro invierno llenaba los canales, favoreciendo la propagación de plagas.

Por mi parte prefería centrarme en torno a la revelación, conservando la prudencia. Si bien las imágenes eran por demás siniestras, y escalofriantes; mi presencia en ese escenario no podía garantizar la integridad de todos, para eso estaban las autoridades. Sin embargo, reconocí que el impacto de mis actos debía ser notorio en cada rincón de Treum.

<Supongo que no tiene sentido acusar a quien ha causado tal daño, si de algún modo la propia muerte ha originado nueva vida> me dije.

Mi trabajo estaba claro, dejando de lado números y estadísticas, debía reconciliar esa ciudad por más extraño que resultara.

No quería seguir atestando mi cabeza de aquella basura televisiva, y saliendo del sofá, luego de apagar la televisión; me situé frente al ordenador discurriendo sobre las estrategias para propagar el mensaje. ¿Qué haría primero?.

Ingresé a la web y mientras revisaba algunos correos, y me entretenía con el bodrio en que se habían convertido las redes sociales. Aguardaba que la rigidez de las ideas cediera, para iluminarme con una alguna idea brillante. Concedido a esta tarea con las piernas distendidas y la espalda recta; navegué por una y otra página de la red. Entonces recordé mi lugar disimulado en el cielo falso, donde había apilado alguna información. De inmediato trepé en la silla y corrí la loseta de escayola que ocultaba mi secreto, extrayendo los recortes de periódicos, revistas e impresiones.

De pronto sentí un entumecimiento en las piernas, como si una naturaleza pérfida se convirtiera en un agresivo soplo, que estuvo a punto de hacerme perder el equilibrio. Rápidamente junté los pies y de un salto llegué al suelo, flexionando las rodillas al caer para compensar el peso de mi cuerpo.

Y el efecto de la caída, tal vez, sirvió para remover los pensamientos, pues enseguida concluí que todo el asunto podría girar en torno a registrar un blog en la web.

Ya en marcha, ingresé a los servidores que ofrecían este tipo de páginas y elegí la opción que consideré más adecuada. No tenía experiencia en ese tipo de cosas, pero con mi creatividad alcanzó para realizar una tarea decente. Dediqué a este quehacer entre tres y cuatro horas de intenso y concentrado trabajo mental; hasta que las fuerzas, las ideas y las dicciones se fundieron con el agotamiento. Me tomé un respiro y observé mi obra prácticamente concluida. Aquella página, sin duda, legitimaba la fibra de mi conocimiento para aquellos lectores, que como yo, creían en el mensaje.

<¡No está mal. Nada mal> me felicité.

Maravillado de la inspiración súbita que parecía infundirme frases y conceptos cargados de exquisita lógica y extraordinaria fuerza narrativa; llevada con minuciosidad milimétrica, que lograba destacar el valor de mis palabras.

Luego de la pausa, estirar las piernas y fumar un cigarro, volví a mi silla. Corrigiendo algunos detalles, destacando notas, registrando mi dirección de contacto, editando alguna reflexión, y revalidando que el blog tendría cuando menos seis enlaces principales.

<Hay que ver lo que has hecho, Gabriel> dije con orgullo, camino a concluir mi tarea de ese día; la que confiaba seguir alimentado con información que recabara a lo largo de la semana.

Rectifiqué que todo estuviera bien equilibrado, que el diseño resultara lo suficientemente amigable y que la velocidad del servidor elegido fuera medianamente digna; sin permanentes caídas ni defectos visuales.

Confiaba ganar adeptos a la mayor brevedad, de modo que incluí, con cierta reserva, una lista nombres y correos electrónicos para invitarlos a visitar mi página.

Tampoco quería pecar de excesos ni mucho menos ser señalado de fanático religioso, gestor de una secta; idolatra o predicador. De modo que procuré no resultar excesivo.

Pero acababa de ver las noticas y no podía evitar que el creciente aumento de hechos delictivos; acrecentara mi angustia y aumentara mis sospechas de que algo sombrío y destructivo se apoderaba de la ciudad.

Ese fue el primigenio avance de una labor dilatada por tantos días, y sentí que la sola idea de haber dado ese primer paso, me cambiaba.

Persuadido del adecuado diseño que aquella bitácora digital que, de ahí en más me convertía en bloguero.

<¡Vaya palabra cargada de un deje graciosillo! El efecto de las tecnologías y su impacto en la sociedad. Hasta el diccionario de la Real Academia, será distinto en breve gracias a ello>—conjeturé.

Retrocedí afianzado en mi asiento, liberando el teclado y echándome un descanso entre los humos del cigarro.

En ese punto, sonó el teléfono.

<¿Dónde lo habré dejado?> inquirí mirando en todas las direcciones, hasta acertar la ubicación exacta de donde provenía el sonido: el mesón de la cocina.

Me incorporé y corrí hasta ahí para responder la llamada, di la vuelta al aparato y reconocí el numero entrante, era John.

—Hola mi apreciado sacerdote—saludé con gracia.

—Señor arquitecto, respondió el en ídem designio.

—¿Cómo estás amigo? Dije enseguida—— Siento mi comportamiento de ayer. La verdad creo que no asimilé muy bien tu consejo.

—Y que lo digas—observó él—Pero no lo tomes a mal. Lo que digo, es que vayas y hables con Clark, no lo descartes. De cualquier modo si te parece inútil, pues no regresas y ya.

—Si ¿verdad? Tampoco parece la gran cosa. Quizá lo haga—afirmé.

—Claro. Solo dile que vas de mi parte y ya está.

—Ya veremos ¿pero? ¿y el costo de la consulta?—examiné.

—No te preocupes ¿Cuándo piensas ir?

—Bueno…bueno, que no he afirmado que lo haga.

—Jejeje…—soltó una risotada—¡Gabriel…Gabriel! tan testarudo como siempre.

—Bueno, no es eso. Solo que prefiero no asegurar, ya sabes cómo da vueltas el mundo.

—En eso tienes razón. ¿Pero dime como has estado?

—Bien, amigo. Preparándome para la semana que llega ¿y tú?

—Podría decirse que bien. Un poco afligido por el proyecto de reforma de la iglesia.

—Sí, es una verdadera lástima…

—Aguarda un momento —interrumpió John.

Y oí que murmuraba algo del otro lado, probablemente dirigiéndose a Camila, su asistente. A los pocos instantes se escuchó de nuevo su voz.

—¿En dónde estábamos?—consultó, y enseguida, el mismo acotó la conversación—Ahh… si la remodelación, es una

contrariedad. Pero ya sabes cómo es esto y cuando no depende de uno mismo.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, en estos proyectos entra y sale todo el mundo—indicó con tono enfadado—Un político aquí, el ayuntamiento allá y mas allá el monseñor. Y terminan siendo tantos que al final nada concluyen.

—Ni hablar, te sobra razón en eso—asentí.

—Pero finalmente ¿crees que se llevará a cabo?—consulté, en la esperanza de que así fuera.

—En realidad no lo sé, es lo que te digo. Aquí nadie da respuesta—comentó con indignación.

—¡No me digas! —exclamé contrariado.

—Pero bueno, habrá que pensar en otras cosas—afirmó.

Esas palabras me hicieron recordar que mi voluntad ya enfilaba hacia otro designio. Y percibí una sensación de gozo.

—Por supuesto—corroboré.

—Gabriel, tengo que cortar —Interrumpió de pronto—te llamaré luego para conversar un rato.

—Ok, amigo, que estés bien.

—Adiós Gabriel y saludos a Rita, hace rato que no la veo.

—Claro, también ella pregunta por ti.

—Bien, adiós.

—Hasta pronto John— me despedí.

Despacio, me dejé caer en el mueble en medio de un gran bostezo, que extrajo todo mi agotamiento.

Volví a concentrarme en lo que estaba haciendo, delimitando otras puntuales estrategias; con la meticulosa intención de alcanzar mí meta, de divulgar el mensaje de forma expedita y adecuada. Un montón de ideas me venían a la mente, pero al instante descartaba la mayoría de ellas. Y en esa pausa transitoria, encontré la adecuada continuidad de mi quehacer, antes que nada llamaría a Rita:

Tomé el teléfono, busqué en la agenda su nombre y hundí la tecla.

Tuuu…Tuuuu… timbró un buen rato, antes que contestara.

—¿Si dígame?— respondió una voz desconocida del otro lado.

—Sí, buena tarde ¿está Rita ahí?

—¿Quién?

Evidentemente debí marcado un número errado.

—Le pido disculpas, me he equivocado. Tenga buena tarde— dije concluyendo la llamada.

Pero antes de marcar nuevamente, me detuve para ver la pantalla del teléfono. Entonces no tuve duda, el número era el de Rita, identificado con su nombre.

<¿Qué pasa? Musité <¿Será alguna tonta burla de sus amigos?>

Con disgusto volví a probar. Dispuesto a poner en su sitio al bromista. De nuevo los timbres largos y agudos, que se interrumpieron con el sonido de respuesta.

—¿Hola? Prorrumpió esta vez la voz de Rita.

—Cariño que es lo que pasa con…—iba a aligerar mi disgusto, pero me contuve al instante.

—¿Con qué?— examinó ella.

—No es nada. Olvídalo—dije sin desgastarme en nimiedades.

—¿Cómo estas cariño? Te he extrañado—expresé.

—Sí, bien ¿y tú?—respondió irreflexivamente, como si algo la constriñera de su saludo habitual.

—Ya veo ¿y cómo va todo?

—¿De qué?—dijo enteramente desviada de nuestra conversación.

—De todo, de tus estudios, tu mamá, lo que sea—insistí con evidente molestia, pero eludiendo una nueva confrontación.

—Ahh…muy bien—espetó.

Su imprecisión iniciaba a impacientarme, resultaba extraño y comenzaba a generarme desconfianza.

—Y ¿estás en tu casa?—.

Pasó un instante, como si se distrajera en otro asunto y luego respondió sin mayores detalles:

—Sí. En casa—

Mi ánimo se llenaba de suspicacia, a tal punto que me vi tentado a decirle que me comunicara con doña Selene. En lugar de eso me contuve y pregunté por ella.

—¿Y tu mamá como sigue?

—Ya sabes, todo con ella es tan inusitado.

—Claro, lo entiendo—asentí con ansiedad—¿y estas ocupada?

—No. ¿Por qué?—volvió a responder sin más.

Mi corazón estaba empezando a sentirse aguijoneado por su tonillo impávido; necesitaba que me dijera algo. Algo que despejara mis dudas, era eso o dar por terminada la llamada. Me sentía realmente agitado, imaginando en mi cabeza escenas absurdas, que se sucedían de aquel lado vedado para mí.

Así pasamos unos cinco minutos en el juego de extraer palabras con ganzúa, de parte mía. Intentando empezar temas que no llegaron a ningún puerto. Si que era extraño, cargante, antipático. Y entre los caminos que tuve por elegir, solo acerté el de la despedida.

—Luego te llamo cariño—dije con una devoción, que me provino forzosa desde las entrañas revueltas de mi enfado.

—Ok. Adiós—

Descolgué el aparato e intenté ser imparcial, no emitir juicios y pensar en otra cosa; antes que hacerme añicos la cabeza entre conclusiones aligeradas, por el ardor de mis sentimientos. De inmediato dejé el sofá y regresé a la silla del escritorio. Y el resto de la tarde transcurrió entre mi nuevo blog, algunos bosquejos liberados en la mesa de dibujo, como recreo al cansancio; un par de tazas de café y diez cigarrillos. Sabía exactamente cuántos, porque los había contado en la mañana al extraer el primero.

CAPÍTULO XXXI, EL REVÉS DEL PROYECTO HAMM

Después de una noche relativamente cómoda, pero sin sueño. Finalmente, llegó el momento que tanto había esperado: ir a la B

Tower y reunirme con Holbein. Antes llamé a su secretaria para confirmar que la nota, no era producto de mi fantasía. Y mi entusiasmo creció en la confirmación de sus palabras:

La reunión era concretamente a las diez de la mañana de ese lunes.

El tedio era lo que menos me conducía ese día. A pesar del purgatorio del desvelo y la inconmensurable lluvia me sentía activo, y una taza de café terminó por reconfortarme todavía más. Después de una atendida rasurada y una vigorizante ducha; me vestí un sastre color marrón que poco usaba, y zapatos formales de cuero negro. Mientras salía de casa imaginaba la comodidad de una oficina en el majestuoso edificio, no tan lujosa como la de Holbein, claro, pero sí bastante cómoda. Los inertes y cargantes días quedarían atrás.

Mirando fijamente la calleja que llevaba a la salida, mi cabeza se sofocaba de pensamientos; entre los acordes del gorgoteo de la lluvia que ignoré por completo, como si no pudiera mojarme.

La excitación de esa primera reunión de trabajo me abstraía de cualquier aburrimiento, brillando como un intenso fulgor en medio la bruma.

Al llegar a la oficina luego de saludar a la secretaria, me encontré con el resto de la manada: tres arquitectos, dos ingenieros, una persona de costos y alguien más de quien no recuerdo su función en la compañía. Cruzamos algunas palabras en la formalidad de la presentación y al cabo de diez minutos, nos adentramos en la sala de juntas donde aguardaba Holbein, asistido por uno de sus auxiliares.

Holbein saludó en voz alta, dando la bienvenida e invitándonos a tomar asiento.

Reprimí un suspiro nervioso y me acomodé en la segunda línea del tendido de sillas, rayano a otro arquitecto. De inmediato, Holbein nos llamó a cada uno por nuestro nombre y agradeció la asistencia. Luego clavó la mirada en las imágenes que un proyector, operado por su joven asistente, recreaba en su pantalla sobre la pared.

Hasta ahí no había nada que pudiera alertarnos sobre alguna anomalía; era fácil pensar que todo iba de maravilla, pero de pronto al iniciar la exposición, el tono del director inició a matizarse con un

deje de alarma y muy diligente catequizó que la razón de dicha cita, era justamente una contrariedad y no una buena nueva.

Caminó hacia la izquierda, luego del otro lado y con el apuntador iba indicando cifras, estadísticas, normas y ejemplos que pronto me di cuenta, apuntaban en una dirección equivoca. Seguí con cuidado, al igual que los demás, la explanación del director y con cada frase la tensión se incrementaba ¿Era necesaria tal antesala? ¿Por qué no decía de una vez lo que ocurría? Y se explayaba en nociones que ningún bien hacían a la ansiedad que ya crecía en la salón.

Minutos después el viento y las palabras soplaron en la dirección correcta, que en este caso sería la equivocada, para quienes permanecíamos en esas sillas. Para ese momento el instinto ya avisaba lo que vendría a continuación.

Holbein pasó los gruesos dedos de su mano de boxeador, por el cabello oxigenado; sin poder ignorar la alteración que lo embargaba.

Seguido empujó el apuntador desde la palma de la mano hacia los dedos índice y pulgar.

—Lamento tener que decirles, que se ha presentado un inconveniente—dijo enseguida.

—En tiempos pasados, la zona donde pensamos construir la superficie comercial; fue una excavación minera—indicó señalando la proyección en la pantalla— y precisamente esto hace su suelo inestable.—En épocas de verano asemeja a un desierto—continuó— pero durante el invierno…hizo una pausa.

—La tierra aquí es blanda e inestable —continuó, señalando con el apuntador las imágenes—.Es imposible de recorrer incluso para las maquinas más livianas— Se endureció su voz.

En ese momento me pregunté cómo carajos habíamos llegado hasta ese punto. Mientras veía al robusto Holbein dando explicaciones técnicas al inconveniente generado. No podía pensar claramente, intentaba comprender como una compañía como esa; permitía que un proyecto semejante eclipsara por un cálculo errado. No era posible. Y Aún así, ahí estábamos, mirándonos unos a otros con desazón. Me sentí abatido.

En lugar de la buena noticia que tanto había esperado, sólo escuché la vacilación e indecisión del director; atascado en trilladas excusas que propendían acertar explicación a lo ocurrido. La sorpresa no pudo resultar más desagradable. La pesadumbre se apoderó de mí, ensamblado y atónito en la silla.

Holbein hizo una pausa.

—Infortunadamente el ayuntamiento, y los políticos de esta ciudad tampoco han sido muy colaborativos.

—¿Qué tan malo es esto? —preguntó uno de los arquitectos, sentado a mi lado. Con la mirada plena de expectación.

—¿Que creen ustedes caballeros?—observó el director obviando los detalles.

—Simplemente— declaró a continuación—resulta imposible levantar una edificación semejante en ese terreno.

—¿Eso significa?—inquirió otro de los presentes.

—Eso significa que necesitaremos encontrar otro terreno con medidas similares y una ubicación idónea.

Todos escuchábamos atentos en un conferido furor, que en vista de los hechos no daba cabida a soluciones, cuando menos prontas. Y tratando de expresar mi punto de vista o aportar algo coherente, formulé una factible salida:

En la zona marginal de la ciudad se elevaban una serie de propiedades, de las cuales ateniéndose a la regulación urbanística se había marcado la valoración, y expropiación de muchas de ellas. Y de lograr gestionarse un acuerdo con el ayuntamiento, su uso podría contribuir a mejorar las carencias y deficiencias de esa zona, al tiempo que dotaría a Treum de su anhelado proyecto.

Al oír esa idea, rápidamente todos convinieron que podía resultar coherente. Pero se puso de manifiesto, una vez más, que las deficiencias normativas y algunas carencias en la interpretación de la ley de ordenación territorial de Treum, planteaban un vacío jurídico precisamente relacionado con el uso de esos suelos.

Los ánimos empezaban a avivarse, parecía no haber salida a semejante encrucijada. Y ni siquiera la poderosa influencia de la alemana Hamm, acertaba una salida. Parecía absurdo pero así era, la

ciudad quien sería la mayor beneficiada; era al mismo tiempo el mayor obstáculo al proyecto.

Incluso uno de los arquitectos apuntó en tono sarcástico:

—Pobre Treum, tal vez estamos condenados a vivir de negocios de esquina.

Podía suponerse pavoroso para el desarrollo de la ciudad, pero era cierto y asentí con la cabeza ante sus acordes palabras.

—Sí, es increíble—dijo otro.

Por otra parte Holbein, parecía agradecido por el apoyo que nada le aportaba.

—Ante todo, señores—espetó— vale la pena agotar cuanto recurso exista. Nuestra compañía juzgó adecuado este proyecto para esta ciudad; y generalmente conseguimos lo que queremos—afirmó con tono seguro.

Que no bastó para sacarnos de la impaciencia de no saber, si su certeza señalaba hacia meses o incluso años; antes de alcanzar una ejecución favorable. Tiempo que para ellos era una nimiedad, pero evidentemente para quienes estábamos ahí, resultaba una eternidad.

Y para reforzar el efecto de sus palabras, Holbein concluyó:

—¡Imaginen lo que se diría de Hamm, si este proyecto no se realiza…esto se llevara a cabo se los aseguró y ustedes serán tenidos en cuenta.

La reunión fue breve, y ningún sentido tenía seguir andando sobre supuestos. De modo que Holbein, reiteró sus disculpas en nombre de la compañía, y autorizó nuestra partida.

El director manifestaba un extraordinario positivismo del que tácitamente los demás adolecíamos, mientras nos despedíamos de él y avanzábamos hacia la salida.

Resultó una sorpresa demasiado desagradable.

—Seguiremos en contacto, hasta luego y gracias por su asistencia—Declaró con voz potente, despidiéndose luego con un gesto de su mano.

Volví a buscarlo con la mirada por última vez, mientras salía de ahí. Quise vaciar mi mente de todo pensamiento, pero sentía temor de esa despedida, mientras leía el aviso de la Corporación Hamm en

una pared lateral. Me parecía imposible que algo como eso hubieses ocurrido, pero no dudaba que fuera cierto y acertaba de donde provenía; ahora la maldad era mi enemiga y haría todo por destruirme.

Afuera en el pasillo, se notaba la ansiedad que nos hacía a todos igualitarios. Los arquitectos caminaban de un lado para otro, con el arrebato que se cortaba en palabras lanzadas al viento. Comentarios, agitación y ademanes que causaba el estremecimiento de una noticia inesperada.

Sabían a qué atenerse. Habían desembarcado en la mañana con la convicción de la mejor oportunidad de sus vidas, y ahora se iban sin nada, con las manos vacías y un amplio camino de incertidumbres por delante.

Me sujeté de la pared sintiendo que se me cortaba la respiración, que mi paciencia y dedicación de nada servían. Permanecí inmóvil por un momento. Luego seguí mi camino dejando atrás a los demás, cuando llegué al ascensor su arribo demoró más de lo habitual; entonces decidí bajar por las escaleras contiguas a este. Y cada paso era como una soga atada al cuello que apretaba cada vez más fuerte. Al llegar al lobby la intensa luz de las lámparas se me clavó en los ojos. Incluso el portero consultó si me sentía bien, cuando me despedí.

—No lo sé—murmuré con la cabeza revuelta de confusión.

Luego me lancé a la calle avanzando con vacilación. La cherokee me aguardaba en frente. Miré por última vez la fachada del B Tower y hundí mis pies en la charca que antes era una rúa.

El frío de la mañana se adhería en el rostro dejando una sutil capa de rocío. Me sentí un desconocido al entrar en el automóvil. Me negaba a aceptarlo, pero se me acababa la confianza. Una vez me senté introduje la llave ajustándola en el arranque y la giré suavemente; mirando desolado esas vías que me resultaban irreconocibles. El viento gélido me cubrió como una mortaja. Había un par de coches cubriendo el mío y con incomodidad conseguí liberarme; entonces me di cuenta que el olor a gasolina era más fuerte de lo habitual, pero desconocía la causa, y la única solución fue bajar al tope la ventanilla.

—¡Que mierda es todo esto!—exclamé con voz rígida.

Aun así tuve que emprender la marcha prestando atención a las paradas, semáforos, transeúntes; los vidrios empañados y mi alma vacía. Todo fundido en una amalgama infausta que me vencía por completo.

El cielo oscuro se abatía y los costados de la camioneta estaban tan fríos que parecía viajar dentro de un contenedor de carnes. Me sentía agarrotado, intentando acomodarme en el asiento como mejor podía; también me sentía cansado, con un dolor de cabeza martilleando en las sienes. Quería llegar a casa, aliviar el dolor que sentía; cerrar la puerta y escapar de Treum.

Doblé en la esquina que anunciaba la llegada y salí de la cherokee, sintiendo que la vida se me iba en cada charca. En cada prolongado suspiro, en las gotas de lluvia.

Al abrir la puerta disfruté del silencio que albergaba ese salón. Avancé y di una ojeada a la biblioteca, donde reposaba el libro rojo ¿Esta vez sí lo leería? Podía ser, tenía tiempo de sobra. Tal vez luego.

Enseguida me asomé al ventanal. Ese mismo que daba al callejón, donde en la noche, los adictos se refugiaban para dejar escapar sus fumarolas o relucir el brillo de una aguja; y las amantes sinvergüenzas se regodeaban en el manoseo de su piel grisácea, venas brotadas y rostros disformes. La noticia de Holbein llegaba para condenarme. Mi soledad era una expiación. Rita apenas si llamaba, pero tampoco me sentía de ánimo para verla. Una sensación de culpa se descargó en mí, como si todo aquello lo ocasionara mi conducta al ignorar el mensaje.

Las gotas golpeaban con fuerza el ventanal, golpeaban mi alma. Empezaba a odiar esa ciudad. Giré y me aproximé al escritorio, encendí el ordenador y esperé un minuto sin tomar asiento. Luego me retiré en dirección al baño donde enjuagué mis manos, y elevé la mirada observando mi reflejo en el espejo; un segundo después hice exactamente lo mismo, percatándome que mi conducta errática no era un deja vu. Esa misma acción la había realizado antes.

–Hola de nuevo Gabriel—me dije mientras inclinaba mi cabeza, y cortaba el fluido del agua.

Y por primera vez, contemplé la opción que John me planteaba: visitar al doctor Clark.

Pasé una semana agitada. No pude escribir nada en el blog, aunque lo intenté varias veces; tampoco el dibujo o la lectura resultaron adecuada distracción.

Salía a caminar y de pronto me encontraba en medio de calles oscuras, cuya luz temerosa servía de fanal a mi memoria confundida. Eran caminos sórdidos que se erigían como un reino de vergüenza, como una aplastante ironía que se remataba en cada esquina hosca y peligrosa; donde la humanidad no emergía como aquello que conocemos, sino en forma de entidades oscuras y amenazantes.

Era un sentimiento chocante; miraba con antipatía a todo el mundo. Preguntándome por qué la realidad no puede ser algo más simple, por qué el destino no es imparcial y elige a los corruptos, viciosos y asesinos como sus propios aliados. Inicié a enemistarme con la vida, pero la experiencia indica que a veces las cosas no son lo que parece y pronto me daría cuenta, que todo aquello era la extraordinaria preparación de mi camino.

Solo hasta el día miércoles me comuniqué con Rita, llegaban las seis de la tarde y me sentía agarrotado, hambriento y con un fuerte dolor de cabeza. Esos días no me había alimentado nada bien, y tampoco conseguía conciliar el sueño. Las voces en mi cabeza se habían intensificado haciéndose habituales y la noche anterior otra aparición me había constreñido a aplicarme en mi misión. Por lo cual toda la mañana y parte de la tarde la dediqué a enviar correos y actualizar el blog. Pero mi avance era lento, sentía temor de no lograr la conclusión de mi obra, de que llegara el momento de un terrible juicio y fermentado el castigo; en medio de tales martirios todos señalaran mi apatía. Estaba exhausto, sintiendo un fuerte ramalazo entre nuca y espalda. Me pasé la mano intentando distender los músculos, luego me froté el cabello y los ojos, antes de marcar el número telefónico. El golpeteo incesante martilleándome las sienes, se amplificaba con el silbar de la llamada. Todo resultaba una penitencia, me sentía aislado y distanciado de la vida que hasta hace poco tenía.

Al contestar Rita me dijo que se encontraba en la universidad, y mis sospechas del día anterior emergieron de nuevo. Era muy tarde para que estuviera en clases, concluí y quizá simplemente no quería decirme la verdad sobre donde estaba.

—¿Y qué estás haciendo?—consulté.

—Ehhh…estoy entregando un trabajo de ciencias…—Rita no terminó la frase y enseguida cambió de tema.

—¿Y tu como estas?—examinó a continuación, evidentemente queriendo evadir sus asuntos. Deteniéndome en la penumbra de la duda.

Pero en una reválida de confianza, opté llevar la conversación hacia la meta que buscaba; no era otra que convencerla de pasar ese fin de semana en la cabaña.

—¿Y cuanto tiempo nos quedaríamos?—preguntó con duda.

—Desde el viernes en la noche y regresaríamos el domingo—indiqué.

Su voz se tornó vacilante, mientras transitaba sobre el camino de las excusas. Sin percatarse que yo lo notaba.

—A ver…ehhh…es que tendría que organizar algunas cosas antes.

—Rita son solo dos días—observé arrinconándola.

—Sí, pero…¿y mamá?—examinó—¿no podría ser otro día?

—¿Rita, realmente crees que otro día sea diferente?—pregunté con el aliento cayendo al suelo.

Ella demoró un instante para responderme.

—Bueno, parece imposible posponerlo—dijo con sarcasmo, como si se tratara de una penitencia y no de un descanso.

—Mira Rita si no quieres…—dije, empezando a dudar de hacerlo.

Me sentía perdido al hablar como ella. Su cabeza era como un rompecabezas que no entendía.

—Bueno, discúlpame, pero tengo mis razones aunque no te parezcan validas—espetó con voz grave.

—Claro que lo entiendo, pero no me parecen tan poderosas—afirmé tenso. Quedando expectante a su respuesta.

—Discúlpame Gabriel—dijo a continuación— no empecemos una nueva discusión por esto. Hagamos lo siguiente: encargaré a alguien del cuidado de mamá y nos encontramos el viernes ¿te parece?

—¿Estás convencida?

— Si. Tranquilo—dijo con un hilo de voz que se convertía en susurro.

Aquella última línea no me generaba convicción, pero al menos había aceptado y dejado de lado sus excusas absurdas. Estando en la cabaña seguramente, todo cambiaria.

—Debo colgar—.dijo al instante—quedamos el viernes, un beso.

—Ok. Nos vemos ese día. Te llamo para confirmar.

Cuando descargué el teléfono el corazón me latía con fuerza. Me volví hacia el ventanal para contemplar la oscuridad de la prematura noche, y a lo lejos la silueta de la carretera, disminuida por el advenimiento de las sombras. Ahí a un par de kilómetros se encontraba esa línea de luces intermitentes, donde unos pocos automóviles se daban a la marcha.

CAPÍTULO XXXII, MICHAEL

Me invadía el desconcierto y la impaciencia. Una sacudida de estremecimiento que hace tiempo no sentía, la cual aguijoneaba mi aliento. Durante unos diez minutos, seguí con la mirada aquel angostillo de pecados; mientras reconstruía en mi memoria lo que había sido mi vida. Un pasado sencillo, pero dentro de todo llevadero.

Empero, la viveza de las espeluznantes imágenes que acometían mi realidad volvió a hacerse presente esa noche, y seria convocado una vez más al espectáculo horrendo, que la maldad exhibía ante mis ojos.

En esa tarea de distracción seguía, desempañando el ventanal con la mano; cuando constate con asombro un hecho inesperado. Una imagen que creía parte de un pasado infausto, pero que emergía en las

entrañas de aquel callejón; entre contenedores de basura oxidados y con él, claro, más horror y confusión.

Aspiré hondo y me agarré del marco de la ventana, para atender la imagen que la oscuridad de la noche me presentaba.

Para mi asombro allí sobre el suelo deslucido y empapado del protervo pasadizo; en medio del círculo áureo que proyectaba el reflector del poste de luz. Siendo apenas las siete de la noche, emergió la silueta del pequeño Michael. Ajusté la mirada persuadiéndome que mis ojos no me engañaban. De repente lo vi con claridad, no tuve duda, se trataba de él. Acompañando por un hombre adulto con el que conferenciaba en medio de la lluvia; dibujando gestos con sus manos y señalando en dirección de los apartamentos.

El hombre era de tez blanca y contextura media, quizá de unos cincuenta años; traje desaliñado, hombros encogidos. Pelo entrecano escaseado en la coronilla, y nariz aplastada. Ambos estaban a poca distancia, por lo que podía notar con claridad su inconfundible su aspecto.

<¿Quién es ese sujeto?> mascullé con extrañeza.

No le había visto antes ¿quizás un pariente?¿Tal vez el padre? Parecía muy viejo para serlo.

Encendí un cigarro, devolviendo de inmediato la mirada a mi torre de vigilancia; divagando entre múltiples teorías. Pero decidido a fijar mi atención en cada movimiento del sujeto. Mientras seguía contemplando la escena, aspiré hondo y clavé la mirada en la negrura de la noche; sintiendo un escalofrió que me recorría el cuerpo, al desconocer las intenciones de dicha entrevista.

Al poco tiempo noté en su semblante la particularidad anómala que en piel y venas emergía. Entonces aquel hombre mutó en un espectro; un ser ceniza pálido que se detenía en ese valle de sombras frente al pequeño Michael. El matiz de sus brazos se reflejaba en el fulgor de la lámpara de pedestal que iluminaba el callejón. Entretanto, con la mirada enterrada en el suelo conferenciaba con el pequeño. Pero en lugar de actuar observé por un momento más al desconocido desde el ventanal, con mirada inquisitiva; mientras este

dialogaba distraído con el niño y al mismo tiempo gesticulaba y señalaba con sus manos, sin notar mi presencia a poca distancia.

<Pero si era el padre o algún pariente ¿por qué citarse en el callejón solitario y oscuro y no dentro de la vivienda?>

Sin duda la soledad de la noche despuntaba con léxicos misteriosos; contradicciones que se liberaban al viento. Cerré los ojos escudriñando en mi mente un proceder adecuado.

Al levantar la vista, para ver de nuevo hacia dónde estaban los conferenciantes; vi con tremor una visión aterradora: el reflejo de la luz dejaba notar aquel aspecto pavoroso también en la piel del pequeño. Era demasiado. Las piernas me temblaban sobre el suelo de madera donde estaban apoyadas, y el grito de mi alma clamaba entereza. El apartamento se hizo celda, y sobre mi ser cayó la pesada penumbra de la realidad.

A través del ventanal brotaba una pregunta sin respuesta ¿acaso las almas inocentes, no siempre están exentas de pecado?

<¿Corría peligro el pequeño? ¿Se contagiaba de la maldad del adulto?>

En aquel túnel se perdía la inocencia, me sorprendió sobremanera el hecho, y raptado por un impulso redentor liberé el ventanal para dejar inscribirse las sombras cubiertas de lluvia y misterio.

—¡Michael!—corrió mi voz como un eco que se propagó por el callejón.

—¡Michael….! Aullé de nuevo.

Entonces el pequeño giró y avanzó un par de pasos hacia mí, levantando su mirada bajo el cabello desordenado por la lluvia. De pronto, el adulto escapó de mi mirada desapareciendo como un fantasma. Dejando tan solo el espacio libre donde antes estaba.

Continué hablando con el niño.

—Espérame ahí pequeño— indiqué saliendo a toda prisa del apartamento, en dirección al pasadizo.

Al llegar Michael no estaba, corrí de un lado para otro buscándolo y llamándolo entre gritos, sin tener respuesta.

<¿Estaba en peligro?>

Sentí un temblor que me sacudía, estaba aterrado casi al punto del delirio. De pronto escuché un ruido, como el chapoteo de la lluvia cuando alguien corre en medio de las charcas. Dudé por un momento, pero en seguida desde un rincón oscuro provino una risita, alguna clase de jugueteo que escapaba desde aquella arista, encubierta por la opacidad de la noche. Entonces avancé con indecisión tomando mi teléfono móvil para iluminar el lugar de donde surgía el ruido.

—Ji,ji,ji…Era tácitamente la risa de un niño.

Estuve cada vez más cerca.

De nuevo la risita juguetona, esta vez seguida de una suerte de ronda infantil:

Se perdió mi corderito,
Yo lo llamo desde aquí,
Se perdió mi corderito,
Esta vez, vas a morir.

—Ji,ji,ji…ji,ji,ji.

Escudriñé la arista con el corazón a punto de saltar del pecho ¿De qué estaba hablando el pequeño? ¿Qué era eso?.

El teléfono móvil temblaba en mi mano.

—Michael… ¿Eres tú?

—Michael, eres tú ¿te encuentras bien? –insistí.

En el primer vistazo apenas si pude distinguir el fulgor de sus ojos en la oscuridad, y supe por el movimiento de estos, que hacia un gesto de negación con la cabeza. Luego llevando su dedo índice hasta sus labios en señal de silencio, murmuró.

Señor Dickens cuatro corderitos vienen hasta aquí.

—¿Qué dices Michael? por el amor de Dios, sal de ahí— demandé.

—Señor Dickens la mujer ya viene. Tiene que irse, ella está muy enojada.

—¡Ven pequeño sal de ese lugar!— requerí extendiendo mi mano para alcanzar la suya.

Pero caí al suelo y quedé pegado contra el muro opuesto, ante el horror que germinó enseguida; fue un total desconcierto que me tomó por sorpresa. Ahora Michael, saliendo lentamente de su

escondite, era un demonio más que se presentaba ante mí y su mirada era como una descarga malévola que me escrutaba. De inmediato me invadió el pavor.

—Descuide señor Dickens, yo estoy bien—dijo suavemente con una voz que no era la suya y desapareció al instante de mi vista.

Quedé ahí languidecido, atónito, extraviado en medio de la borrasca; todavía asido de espaldas al muro. Volví la cabeza cuando el lamento de las sirenas de ambulancia, los cláxones, y la lluvia golpeando los contenedores metálicos me trajo de nuevo a la realidad. Entonces respiré hondo intentando recuperar el aliento. Luego me incorporé, di media vuelta y escapé a mi apartamento.

A medida que avanzaba imaginaba que alguno de ellos aparecería tomándome de improviso, saltando sobre mí y clavando sus garras en mi dermis como bestias salvajes. Y ahí mismo terminaría mi existencia, con el cráneo hundido en una charca, sin la ayuda de nadie, en medio de aquel lugar realmente aislado. La fuerte tormenta me impedía ir a toda velocidad, la soledad de aquel callejón se hacía peligrosa y mi juicio lleno de razonamientos y miedos de nada me servía.

Al llegar a la escalera me detuve un segundo y miré hacia atrás, confiando que los espectros no tuvieran las narices encima de mío. Las palabras de Michael se acunaban como un murmullo en mi cabeza, a medida que subía los peldaños de la escalera. Di una última ojeada por encima del hombro, cuando alcancé el segundo piso, entonces percibí el mismo olor nauseabundo que a veces se adentraba por el ventanal.

La lobreguez circundaba todo el piso, y mientras intentaba introducir la llave en la ranura con mis dedos temblorosos; sentía que en cualquier momento sería atrapado por uno de esos seres siniestros.

¿La fiereza de la maldad me seguía? ¿Eran esos sus fantasmas que venían a mortificarme?

Al fin conseguí abrir la puerta, ingresar y desplomarme sobre el suelo, glacial como la nieve en invierno. La misma que ese año no habíamos visto y había sido reemplazada por aquel aguacero interminable.

<¿Estaba enloqueciendo?>

Me sentí débil. Elevé la mirada para buscar el reloj de pared, este señalaba las ocho menos cuarto. Tragué saliva que circuló espesa y amarga por mi garganta. Esperé en esa misma posición queriendo negarme lo que acaba de ver, pero las sombras del recuerdo permanecían intactas.

Mientras daba vueltas al horroroso capítulo vivido, mi propia voz inició a tararear aquella retorcida melodía infantil. Y me vi envuelto en medio de ella intentando desentrañar su alarmante relación, con el crimen ocurrido hace días a las afueras de Treum. Luego me arrastré hasta al borde de la pared junto a la puerta, y enseguida evité seguir dando vueltas sobre un asunto que podía ser mera coincidencia.

El reloj y sus campanadas señalaron las ocho en punto, y saltó a mi cabeza una preocupación: si realmente ese pequeño allá afuera era Michael, y era mi propia cabeza quien me estaba jugando malas pasadas.

¿Acaso había dejado a un niño de siete años, afuera en medio de la intemperie, por una alucinación producto de mi cansancio y ansiedad que se fundían en extrañas perspectivas?

Empezó a tomar fuerza la idea de visitar a Clark, el amigo psiquiatra de John.

De cualquier modo permanecí consternado y en la misma ubicación, sintiendo la ropa emparamada que se adhería a la pared. Por un momento cerré las ojos, y encorvando la espalda para caer luego de rodillas; con la cabeza inclinada en gesto de humildad y aceptación. Oré por la salvación de todos y la mía propia, exiliando el dolor que embargaba mi alma, acallando el clamor de las voces en mi cabeza.

<Purifícame con tu santidad, limpia mis pecados>, invocaba. Recitando a las vez algunas oraciones aprendidas, de las épocas en que acompañaba a mamá a la iglesia.

La fuerza de la oración me reconfortó e infundió de arrestos para ponerme de pie,

Marché por el pasillo hacia la habitación, mirando furtivamente en dirección del ventanal; el salón, la cocina, el escritorio. Como si desconfiara que de alguno de esos rincones emergiera un nuevo espantajo.

Estaba seguro que no era una alucinación, esas cosas eran demasiado reales para serlo. Una y otra vez repasaba el recuerdo en mi memoria, y cada vez era igual de aterrador. Algo demasiado oscuro se ceñía sobre Treum, preñándola de horror.

Y tan desesperadamente como me saqué la ropa mojada, me deslicé bajo la ducha para despegarme el olor a pudrición; fuego y muerte que sentía adherido a mi dermis. Tenía la cabeza a punto de estallar y de nuevo las desconocidas voces, que el abrazo del agua gélida parecía acallar. Al salir del baño me sentí mucho mejor e instalándome dentro de mi bata toalla, me puse unas sandalias y regresé al salón principal.

Una vez en la sala me acomodé en el sofá principal y puse la señal de televisión. Como de costumbre las noticias desesperadamente trágicas, empero, me sumergí en las imágenes, y la voz de la guapa presentadora, como un calmante para olvidar lo sucedido.

Sobre la mesa de centro se escurría un cigarro queriendo escapar de su caja; lo tomé con dos dedos y en la otra mano sostuve el encendedor, el cual dejé durante un buen rato quemando su flama. Luego encendí el tabaco en una larga aspirada.

Me distraje un poco, pero era forzoso ignorar que algo había sucedido.

Así estuve por un rato, ajustado en el sillón, concentrado en la señal televisiva, lanzando bocanadas de humo hacia el aire. Pero vaya remedio al que pretendía acudir como respuesta a mi desasosiego:

“Balacera en escuela deja veinte muertos…encuentran cuerpo de niña desaparecida…joven se suicida…nuevo ataque de grupo terrorista…”

Contra toda clemencia la maldad se hallaba reflejada, ensalzada y difundida por los medios de comunicación; que glorificaban con ansioso morbo los brutales asesinatos, y las públicas

inconveniencias de un mundo ridículamente confundido. Quebrantando incesantemente la obra y a su creador.

<¡Es suficiente!> imprequé.

Allí estaba la respuesta a cualquier incógnita, el refutar de cualquier duda. Las palabras de la mujer de mis visiones, mutadas en dolorosas imágenes. Demonios burlándose de nosotros, retándonos; tentándonos a sucumbir.

<No son conscientes de lo que han provocado>—murmuré para mis adentros, mirando la oscuridad que lo invadía todo a su paso.

Estaba a punto de escapar de esa ciudad, pero lo quisiera o no tenía una responsabilidad ineludible.

<Muy bien. Tal vez ha llegado el momento de hacer un acto de fe, ¿no crees? debes tomar tu decisión> observé, como si hablara con otra persona.

Dejando el sofá, avancé con duda hacia el ventanal para cerrar la cortina; miré de reojo, pero solo encontré un espacio desierto y ligeramente iluminado. Por un segundo mi mirada captó el reflejo de mi rostro en el vidrio. Y puedo asegurar que no reconocí a la persona que veía en frente. La barba oscura, un rostro alargado, nariz pronunciada y levemente torcida. Casi no me observaba en el espejo, pero podía distinguir perfectamente mi fisonomía. Este hecho me sorprendió sobremanera, pero tantas cosas pasaban por mi cabeza, que por irracional que resulte, no le di mayor importancia.

<Al fin de cuentas el mundo no es de la carne, sino del espíritu> me dije.

CAPÍTULO XXXIII, ADENTRÁNDOSE EN LOS TERRENOS DE LA CABAÑA

En la mañana a primera hora salí del apartamento, para conseguir provisiones. Apenas estuve afuera recordé lo sucedido: el horror, la oscuridad. Rayano estaban las escaleras que conducían al apartamento de Michael, y en el fondo mi duda pasaba por la

veracidad de lo que había visto. No era mucho lo que podía perder yendo a confirmar; asumí que en la mañana los espectros no pueden causar daño. Unos minutos después, regresé al apartamento del pequeño y su madre, con los fragmentos de recuerdo que pasaron de ser una remembranza desordenada a unirse en una sola pieza. Uno, dos, tres pasos temerosos, y en la distancia se erigía la puerta marrón como la entrada a un lugar clandestino y umbroso. La flama de mi aliento se agitaba en cada metro que ganaba como si estuviera a punto de lanzarme a un oscuro abismo.

Estando a solo centímetros de la entrada suspiré profundo, persignándome enseguida.

<Vamos a ver> dije infundiéndome de aliento, llamando tres veces con un toque firme de los nudillos.

Esperé junto a la puerta sin obtener respuesta, parecía que no había nadie; bajé la mirada para escarbar por entre la abertura de la cortina que cubría la ventana. La cual deslucía empolvada y exactamente en la misma posición desde hace varios días; en una clara señal que hace mucho nadie vivía en ese lugar. Seguí un rato más a un par de pasos del acceso, desconcertado en aquel camino de sombras que instituía un inapropiado contexto. Todo parecía carecer de sentido, cualquier conjetura era estéril y con la mirada distante di el primer paso para descender la escalera y hacer lo único que podía: dejar de lado aquel asunto, al menos por el momento.

Me abatí en cada peldaño contándolos uno a uno; señalando mi frustración, guardándome mi ansiedad. Vagando por un laberinto que me cortaba el aliento.

Al día siguiente, viernes, llegó el momento esperado. Luego de llamar a Rita y confirmar nuestro encuentro, estuve paseándome ansiosamente por todo el salón aguardando su arribo. Me alegré de tener cuando menos esa opción de distracción. Ya esperaría la semana siguiente para iniciar a reorganizar mi vida y avocarme al asunto del mensaje.

Hacia las seis de la tarde se escuchó el llamado en la puerta. Me apresuré en abrir y en efecto era ella.

—Hola cariño—saludé recibiendo su maleta e invitándole a pasar.

—Hola—respondió ella el saludo con un parco beso.

Tomé el maletín y lo descargué en un sillón. Habría preferido un saludo más efusivo, pero tampoco dejaría que eso minara mi ánimo. Seria a su modo, al fin de cuentas se había presentado. Era eso lo que importaba.

—¿Y tu mamá? ¿Cómo está ella?

—Se encuentra bien. He contratado una persona para que se encargue de su cuidado durante mi ausencia. Y seguramente, me seguirá ayudando en eso.

—Ya veo. ¿y tú? ¿Cómo sigue tu estado de ánimo?

—Yo estoy bien—dijo—sin preguntar siquiera por mis asuntos, o el proyecto Hamm, la parroquia, John.... Como si nada de eso importara. No podía entender que ocurría con ella.

—¿Salimos ya?

—Si claro—asintió.

Tomé mi equipaje, agarré el suyo y dejamos el apartamento, para abordar la cherokee. Mientras avanzábamos ella continuaba distraída. Me anticipé para abrirle la puerta y abrí el maletero donde descargué las valijas.

El viaje hasta la periferia de Treum era relativamente corto y por la ruta 32 que era la que llevaba a la salida; resultaba bastante descongestionado. Hasta enfilar por la ruta sur, que en sentido opuesto, era un congestionado cordón vehicular por donde transitaban principalmente vehículos de carga que venían desde la capital.

Rita continuaba con su mirada fría y distante; reclinó un poco su silla y descargó suavemente la cabeza, con los ojos clavados en el camino.

No era tan encantadora como antes, y su actitud iniciaba a demoler el entusiasmo de esa mañana. Mientras parecía estar a afianzada en pensamientos desconocidos para mí.

Su ánimo feroz y amargo apenas si dejaba ver un sutil reflejo de satisfacción, y aun cuando mi propósito no era presionarla; también mi aliento se amargaba contagiado por el de ella.

—Rita, ¿realmente querías venir conmigo? –rompí el silencio.

—Tranquilo amor. Si estoy aquí, es porque es de ese modo— respondió tajantemente, ignorando mi mirada.

Mi respiración se aceleró y me aferré con fuerza al volante.

<Cuando lleguemos todo irá bien> farfullé en mi mente.

Ensayando ahogar la creciente decepción, a medida que me adentraba en la línea recta que formaba la amplia avenida; avanzando entre la borrasca que se intensificaba y los recuerdos de la noche anterior, que evidentemente en ausencia de una buena compañía; seguirían como una reserva sumarial en mi mente.

En su distracción Rita miraba a través de la ventanilla, y yo me encumbraba en el pedal, ignorando las señales de velocidad máxima permitida; devorando la capa asfáltica con las ruedas, acelerando cada vez más. Hasta que surgió un amplio campo verde cultivado de olivos, frente a nosotros. Destacando en medio de ellos, los surcos que entre la sombra de los arboles; insinuaban los terrenos del fracasado proyecto Hamm y más adelante, una sutil sugerencia de la aproximación a la zona de lagos.

Luego hacia la derecha atravesamos un corredor oscuro, antepuesto al túnel de San Pedro; donde un aviso anunciaba sus 932 metros.

A medida que nos acercábamos emergió a nuestro costado la silueta de un coche. El vehículo que se aproximaba mientras nos adentrábamos en el enorme túnel, que llevaba al suroeste hacia la capital; me causó curiosidad por su semejanza con el Fiat negro que había visto aparcado a la orilla de la avenida hace días. El conductor vestía una americana marrón con caperuza cubriendo su cabeza, y los ojos hundidos tras esta apenas eran visibles. Giró por un instante para observarnos, haciendo un cambio de luces.

Rita lo miró de reojo y con cierta suspicacia observó:

—No respondas. Me produjo escalofrío solo verlo. Creo que hace un rato nos sigue.

—No pasa nada— indiqué—solo es otro conductor queriendo ser amable.

—Igual, no le prestes atención. Es lo más sensato.

—Bueno, si tu lo dices—sonreí evidenciando su recelo.

De inmediato el otro coche aceleró adentrándose en el túnel y lo perdimos de vista en pocos minutos.

A pesar de avanzar a gran velocidad seguía sin acertar la silueta de la cabaña.

Me había propuesto llegar antes del tiempo límite, al punto medio entre la cabaña y el lago, pero para lograrlo debía apuntar hacia un atajo que reducía buena parte del trayecto. Así que una vez superé el túnel, por la fuerza del impulso me vi avocado a hacerlo. Pequé de falta de corrección al no hacerle saber mi decisión a Rita, quien pareció contrariada al verme girar bruscamente a la derecha; siendo asaltada por la sorpresa de una cuestión hasta ese instante ignota. Pero la cual expliqué de inmediato haciéndole comprender que conocía perfectamente aquellos terrenos y que el acortamiento del camino, resultaba ineludible si queríamos llegar a tiempo; para lograr un poco de luminosidad antes de instalarnos.

Al avanzar, las ruedas de la camioneta iban abriendo surcos en la tierra húmeda; como heridas obradas en una delicada dermis. Y la resonancia de la lluvia, el lodo y el motor; era como el afligido sollozo de una martirizada e indefensa víctima.

Aquella luminiscencia etérea me trajo a la memoria las experiencias de antaño, cuando visitábamos la cabaña en compañía de mamá. Pero esos mismos recuerdos traían consigo la secreta afinidad de memorias dejadas de lado; recuerdos dolorosos de la distancia que nos separaba. Las últimas noches había soñado con ella. Los años desde su partida parecían décadas, y extrañamente la forma de su rostro en mi evocación, se fundía con el de la mujer de las visiones, y luego con el de Rita; como si se tratara de la misma persona. Su última carta parecía ahora tan lejana, y las llamadas eran cada vez más escasas.

<Fue otra vida. La que importa es esta> Mascullé.

—¿Qué dijiste?—curioseó Rita siguiendo el hilo de mis murmuraciones.

—Nada importante, solo hacia cálculos de algo relacionado con un proyecto que tengo entre manos…luego te diré de qué se trata—disimulé.

La travesía me resultaba conocida iba por el lago, pasando por delante de un complejo de pequeñas cabañas y subiendo por un terraplén; hasta llegar a un angosto camino que se extendía en un brazo bifurcado, cuya izquierda debía tomar.

Contemplaba toda aquella belleza que desfilaba ante mis ojos, tan natural que me oprimía el corazón. Y podía respirar de nuevo, en aspiraciones profundas y revitalizadoras; lejos de la atmósfera putrefacta de Treum, convertida en un pantano de perdiciones.

La extensión de aquella llanura era considerable. No conocía su dimensión exacta, pero si era sorprendente la anchura de aquel corredor, a lejos sembrado de olivos; que conducía a una planicie vasta, en cuyo espacio se separaban cada vez más, unos cuantos cobertizos.

La camioneta se deslizaba rápidamente por la improvisada carretera, que se hacía angosta, a medida que dejábamos atrás las propiedades demarcadas con poste y alambre. Entretanto, nos adentrarnos en búsqueda de nuestro objetivo. Mientras Rita seguía sin comentar nada, recostada en los incómodos asientos; siguiendo con la mirada el camino que a veces se perdía entre la maleza. Simplemente observaba el paisaje, luego con inquietud me daba una ojeada. Pero al instante volvía su sosiego al notar que era un conductor habituado a tales grafías y particularidades del camino.

—Habríamos esperado el amanecer para salir ¿no crees?—indicó.

—Aunque no estuviera oscureciendo, tampoco tendríamos buena visibilidad—indiqué—como puedes ver en esta zona la vegetación se torna mucho más espesa.

El tiempo de alguna forma se congelaba estando ahí, se entremezclaba con una música provenida de ningún lugar. Mientras la sencillez de aquel espacio conmovía los sentidos, como el suave roce de unos dedos recorriendo la piel. Era la fusión de la naturaleza en todas sus formas; un vínculo simbólico entre el hombre y el entorno

que un día abandonara. Un viaje casi místico, en eso se tornaba la llegada a la cabaña.

No necesité mucho para orientarme. Había transitado ese camino tantas veces, que el bosque resultaba un rostro familiar para mí, y conocía al dedillo todos sus ángulos y sinuosidades. Contrario a Rita quien temía que nos extraviáramos, jamás dudé de la ruta y seguí instintivamente el camino que me condujo en la dirección y la respuesta que buscaba.

Un recodo del camino adyacente al lago anunció el arribo. Me abrí camino y crucé el pequeño ejido, buscando el mejor sitio para aparcar cerca de la entrada.

Al fin llegó el momento tan ansiado, para dejar atrás aquel purgatorio que agobiaba mi vida; la cabaña emergía como el lugar indicado para purgar el abatimiento. Confiaba que también el de Rita.

Supongo que desde siempre, la vieja cabaña, había sido mi forma de desconectarme del caos del mundo, de relajarme e inactivo ver la luz del amanecer; reposado en la escalinata de acceso a la vivienda. Me encomendaba a ese lenitivo, para sofocar las voces que cada vez con mayor intensidad invadían mi cabeza y para ese momento mis pensamientos solo se ocupaban en pasar un par de días maravillosos. Distanciados de la trivialidad de Treum.

Pero al mirar a Rita. En su semblante no se notaba entusiasmo, y se advertía en el repetido gesto de su rostro, que le encantaban las particularidades de la modernidad y no la sencillez del campo.

No la presionaría, sabía que pocos minutos después empezaría a tomarle gusto a todo el asunto, y contrario a lo que yo conjeturara en ese instante, seria quien más disfrutaría la estadía.

Volví para observarla mientras ella descendía del auto, y persistí en mi empeño de no dejarme contagiar por su tedio; me indigestaba su actitud, pero el poder de la naturaleza obraría su efecto. No había razón para dudarlo.

A excepción de nosotros, no había personas en kilómetros a la redonda, era la oportunidad ideal para disfrutar de la particular tranquilidad que escaseaba en Treum.

Seguía lloviendo, y en aquel entorno húmedo y pastoso, sobresalía la residencia como una filigrana engastada en medio de la nada.

—¿Te gusta? —pregunté al salir de la camioneta

Rita frunció el ceño. Al parecer no muy convencida, mientras tomaba su maleta.

—¿Te ayudo con eso?— examiné.

—No. Descuida yo lo hago.

Caminé hacia ella, y me incliné hacia delante para darle un abrazo, que ella respondió con un suave beso; mientras sostenía su mirada como si escrutara intensamente dentro de mis pensamientos con sus ojos avellana.

—Me preguntaba si podríamos entrar —dijo con voz apagada, cuando iniciábamos a empaparnos.

—Por supuesto. Lo siento—indiqué apurándome a buscar la llave para abrir la puerta.

Entonces ella avanzó sigilosamente, y yo la seguí de cerca. Apurándome en encender las luces. Luego salí para sacar de la camioneta el resto de las cosas, pero antes de hacerlo me detuve bajo el dintel de la puerta y observé en la distancia, el sosegado reposo de la fuente de agua que aparecía como la entrada a un mundo desconocido. Encaminándome enseguida hacia la cherokee. Al instante ingresé de nuevo a la cabaña pendiente del cambio de ánimo de Rita, mientras ella removía sus manos una contra otra en el grifo lavabo.

No quería pensar en nada ni llenar mi cabeza de suspicacias; solo quería tener un par de días especiales. Me adelanté hacia su posición y la rodeé por la cintura con mis brazos. Sintiendo un ingente deseo por poseer su cuerpo tembloroso. Excitado fui hasta el borde de su blusa y dejé caer lentamente la tiranta, contemplado su hombro desnudo que inicié a besarle; subiendo luego hasta sus labios, para descender una vez recorriendo cada centímetro delicado y perfecto. Su piel era fresca, bruñida, nívea y ahí justo bajo su barbilla; luego de superar el cuello y los hombros, su pecho dejaba emerger un par de

senos redondeados y perfectos, sugestionando mi mente de sueños sicalípticos.

En ese instante alzó la vista para observarme, y contempló con una sonrisa mis ansias de poseerla; evidentes en la plausible erección de mi cuerpo. Pero concluyó la magia con una revelación inesperada.

—Amor. No puedo hacerlo. Estoy en mis días.

Con repentina turbación, mi ánimo cayó postrado de rodillas ante semejante develamiento. La voz que en mi cabeza susurraba que la hiciera mía se acalló de inmediato. Y mientras observaba su rostro apenado, por un momento creí advertir en su semblante similitud con el rostro de la mujer de las revelaciones, luego con mi madre. Hasta interrumpirme en la liberación de su ser, con estimable disgusto.

—¿Estás enojado, Gabriel?—inquirió—esto es algo natural. No es mi culpa.

—No he dicho que no lo sea—respondí tajantemente.

—Hay muchas maneras de amar y de querer —respondió con voz cansada—.Te imaginarás lo que es nuestra relación ahora. Eres tan distinto, a la persona que conocía.

—¿Y a que viene esto? ¿Distinto de qué manera?

—Sabes lo que quiero decir.

—No. Pues no lo sé—bramé con irritación—A decir verdad, pienso si alguien ha cambiado últimamente eres tú.

—Pues, tengo mis razones que evidentemente no entiendes—refutó ella.

– Bueno, pues supongo que tendré que llenarme de paciencia y fuerza de voluntad ¿verdad? –solté con desconsuelo.

—¿Y por qué no lo haces? —Preguntó allegándose a mí—Es como se supone que sea. Amor, una relación es un ejercicio de paciencia y dialogo—observó luego.

Sacudí los hombros y dejé que una expresión de desencanto rompiera el viento. Luego suspiré en una alargada nota de resignación.

—Muy bien, si tu lo dices.

—Ya habrá tiempo y voy a compensarte ¿Si?—afirmó.

—Bueno, dejemos de lado esta conversación —exterioricé—.

Rita me miró con un dejo de tristeza. Luego permaneció callada y al cabo de un rato preguntó con voz apagada:

—¿Qué pasa contigo Gabriel?

—Jaaa…¿Qué pasa conmigo?—inquirí con sarcasmo—Vaya que el león juzga por su condición.

Al mirarla noté que por su rostro iniciaban a caer un par de lágrimas silenciosas, entonces conmovido le di un abrazo.

—Vamos cariño, perdóname. Pasa que, he estado demasiado tenso últimamente.

Someramente reconciliamos nuestras diferencias esa noche, pero durante los dos días que nos quedamos por petición de ella, pues yo habría corrido al instante de regreso. Nos vimos a la cara como un par de desconocidos, y lo que en un principio calculé maravilloso, terminó siendo un derrotero terrible, que apabulló todavía más mi ánimo.

CAPÍTULO XXXIV, EL REGRESO A TREUM

El ansiado reposo que remató aderezado de ansiedades y peripuesto de desasosiegos, concluyó el día domingo con el sonido de una melodía destemplada en el teléfono móvil.

<Domingo 01:30 pm>

Desfilaba el mediodía y debíamos retornar a una realidad, que dadas las circunstancias, no emergía tan distinta al interior de la cabaña. Desde donde brotó tomado de la mano un amor inexplicablemente talado.

Al pie del lago me despedí con aflicción de la mágica natura, eximiéndole de cualquier culpa, pues era la propia locura de los amantes la que mancillaba de amargura sus terrenos.

—No quisieras regresar ¿Verdad?—examinó Rita reuniéndose conmigo, en un drama arrogante que invadió el ambiente. Y asiendo mi desconsuelo con las manos entrecruzadas en mi pecho, continuó—Todo esto es tan diferente.

Y si que lo era, completamente disímil de cómo lo había planeado. Pero diez dedos entrelazados no cambiarían nada, no resultaban suficientes para abatir la trabazón de emociones que se formaba en mi tórax.

—¡Vámonos! –Requerí, regresando a la cabaña—debemos empacar.

Entonces me siguió con un dejo de resignación y sensatez.

De pie junto a ella me sentí como un viajero con un desconocido compañero de asiento; mirando con recelo cada quien sus maletas, mientras las descargábamos en el baúl del coche.

Al cabo de unos minutos cerré la puerta, luego de asegurarme de haber dejado todo tal como lo había encontrado. Subí a la camioneta y sin formalidades dejé que Rita hiciera lo propio de su lado. Nos quedamos en silencio y el único ruido fue el rugido del motor abandonando aquella planada. Luego me adentré en aquel corredor enfangado, calculando cuando tiempo me tomaría el regreso; mientras salvaba las sinuosidades del camino y me dirigía de vuelta a Treum a toda velocidad.

Rita se sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón para llamar a la señora Selene, según dijo, pero lo que hizo realmente fue verificar primero si tenía llamadas perdidas; conducta repetida también un par de veces en la cabaña.

Verificó y verificó levantando el teléfono en el aire pero no conseguía señal.

—Por estos lados hay muy mala recepción—observé, con la mirada concentrada en el camino.

—Si ya lo note—asintió con desidia.

En cuestión de veinte minutos superamos el valle, hasta llegar al límite donde se esbozó el perfil de la autopista.

—El acceso a la carretera debe estar aquí cerca —dije.

—Tal vez por aquí tengas suerte—indiqué luego en referencia a la llamada.

—Gracias—dijo ella con un sutil dejo de preocupación.

Era posible que me ocultara algo. Mis pensamientos empezaban a enfilar en esa dirección, pero a menos que su propia honestidad lo revelara, solo quedaba fingir que no lo notaba.

Rita digitó un número telefónico y probó comunicarse, pero luego de tres intentos fallidos se convenció que no habría respuesta; entonces tecleó un mensaje de texto.

Esto último me causo extrañeza

<¿Un mensaje de texto para su madre? Bien allá ella. No soy vigía de nadie> pensé.

Durante nuestra estadía en la cabaña parecía muy cautelosa, incluso recelosa con el aparato móvil; abiertamente mis sospechas apuntaban en una dirección que mi corazón se negaba a maliciar.

Intenté concentrarme en conducir, ningún bien me hacia esa clase de sentimientos.

Al alcanzar la autopista por desgracia tropezamos con todo el flujo vehicular que llegaba para proveer a Treum.

<Tendré que ser yo quien inicie una conversación, porque el regreso será muy demorado> rumié en mi cabeza.

—¿Sabías que el proyecto Hamm se retrasó? Empecé diciendo.

—¿Qué…? No. No lo sabía, ¿por qué no me dijiste?

—Bueno tal vez porque estaba muy ocupada resguardando tu teléfono de mi vista.

—¿Vamos a empezar de nuevo Gabriel?

—Tienes razón. Lo siento—me excusé—

—Pero y dime ¿Qué fue lo que pasó?—inquirió.

—Que te puedo decir. Esta semana otros arquitectos y yo, junto con un personal de la empresa nos reunimos con Holbein.

—Si ya veo ¿y qué ocurrió?

—¿Notaste las condiciones del terreno cuando íbamos hacia la cabaña?—tomé como ejemplo.

—Bueno no sé mucho de eso. Tú lo sabes—indicó ella.

—Claro, te explico.

Entonces inicié a detallar los pormenores de lo hablado con Holbein, y toda la frustración que no solo para mi traía esta desavenencia.

Ahora que Rita lo sabía, su conducta pareció tornarse más condescendiente. Se daba cuenta que también yo tenía razones para no estar del mejor ánimo, y se comportó más amigable el resto del camino; en el cual solo podíamos avanzar a poco más de cuarenta kilómetros por hora.

—¡No vamos a llegar nunca –exclamé.

—Tranquilo, concéntrate en el camino y respira profundo—dijo ella.

—Por supuesto—sonreí. Intentando consagrarme en inexistentes iconografías plenas y felices.

En medio de la aniquilante sucesión de camiones de carga escoltados por pequeños coches, y el infernal ruido de cláxones que taladraba los oídos. Una verdadera pesadilla de tráfico vehicular; el anticipo de un caos de ciudad, que avanzaba entre cambios de semáforo.

Era tan intensa la lluvia que la defensa de la cherokee, sonaba como si fuera golpeada por pequeños guijarros, y las plumillas apenas si lograban desprender las gotas del parabrisas.

<Dios, nunca vamos a salir de esta autopista> exclamé golpeando la cabrilla.

—Tranquilo amor—expresó Rita acariciando con su mano mi regazo—lo importante es llegar. Qué más da la hora.

—Está bien, seguiré tu consejo—dije llenando mis pulmones de aire.

Era tan lento nuestro avancé que Rita no tardó en adormecerse, y peor todavía, la escasa luminiscencia de la tarde inició a abatirse.

Sin copiloto que mi distrajera, las voces en mi cabeza ocuparon su sitio y empezaron a murmurar discordancias léxicas, entre las cuales solo una se hacía nítida y perceptible.

<El mensaje Gabriel…el mensaje. Gabriel, el mensaje…el mensaje…>

—¡Ya basta!— prorrumpí vehemente, creyendo haberlo pensado. Pero de pronto Rita, de un solo brinco despertó, observándome extrañada y desorientada.

—¿Qué ocurre?

—No es nada cariño, disculpa. No quise alarmarte. Sigue descansando por favor— manifesté mientras acariciaba su hombro— es solo que esta maldita avenida pareciera no tener fin.

Resultaba inconcebible pero ya empezaba a oscurecer, y las luces de los autos eran faros intermitentes que se borroneaban con la lluvia.

Apenas si lograba distinguirse Treum a la distancia. Y alineados en medio de una inacabable fila; el único remedio era una paciencia de la que yo adolecía. Según parecía los papeles se habían intercambiado y ahora Rita de mejor semblante, seguía sin apartar la mirada de aquel caos, casi con una risita burlona al notar mi enojo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Tú qué piensas?— la miré, mientras objetaba con un gesto de la cabeza el tremendo galimatías que se abría ente mis ojos.

De pronto estábamos a solo un par de kilómetros de Treum, y la puerta de acceso de aquel infierno, se transfiguraba en el paraíso mismo. Lo importante era alcanzar aquel habitual terreno.

—¡Amor, llegamos! —dijo Rita con tono vivificado. Apenas nos inscribimos en las luces de los faroles del alumbrado público, y los primeros autos ajenos a nuestra dilatada caravana. Motocicletas, sonido de cláxones, silbido de motores. Eso era Treum.

—Rita sonrió como si estuviera en un parque de diversiones.

—Si cariño, ya estamos de regreso—confirmé con pesadumbre.

No había nada diferente en aquella ciudad, nada que atrapara el interés del oído o de la vista; descontado la inmensa monotonía de un paisaje hostil y habitual. Frustración, violencia, y un aroma nauseabundo despedido por las basuras acumuladas en las esquinas; donde las ratas habían edificado su hábitat. Los rayos del sol solo llameaban en nuestros recuerdos, y bajo mis pies, los pedales del auto se movían con el automatismo de la mecánica muscular. Entretanto,

las llantas de la cherokee me arrastraban de nuevo hacia un devenir aciago; en el cual mi vida se atascaba poco a poco. El lecho de asfalto exhibía el castigo de los años y las luces de múltiples coches deslumbraban la vista, vistiendo la noche profunda, con una luminiscencia falsa.

Suspirando alcé la vista y contemplé la otrora deslumbrante silueta de Treum. Al suroeste, del otro lado del rio Santa Teresa, la Torre del ayuntamiento, junto al complejo de servicios públicos. Y Justo al lado el parque central, que en la distancia parecía cruzado por el arco de uno de los puentes elevados de la avenida principal. Del otro extremo hacia el noroeste, se erigía la colina coronada por las suntuosas construcciones de los barrios de los ricos y poderosos, y un esbozo del altozano del edificio central de la universidad.

Allí, en oposición, al extremo norte, calculé mi edificio; que no resultaba visible. Y separada por una estrecha carretera, el camino que conducía a la calle predicamento; el hogar de mi frustrada princesa, algunos kilómetros adelante.

Por más que agucé el oído, de los labios de Rita no escapó otra palabra. Al interior del vehículo todo se hizo silencio, ni siquiera la radio sonaba. No recordé haberla apagado yo. Quizá fue ella, seguramente tampoco la música alegraba su corazón.

Treum alimentaba a sus muertos en vida, mientras yo me perdía en reflexiones, entre mis propias ideas. Viendo un vagabundo quien yacía junto al arcén, desprevenido de los motociclistas que pasaban por su costado a punto de rozarlo, arrollarlo, llevarlo consigo. Ese era el talante una ciudad sin Dios ni ley, que se amamantaba de un seno pleno de indolencia.

Conduje durante minutos interminables, licenciando que en mi nostalgia emergieran todas las memorias fueran malas o buenas, y que circularan en su azar sin patíbulo.

Hice una parada frenando en seco, y Rita terminó impulsada hacia adelante, a punto de golpear de su cabeza.

—¿Qué paso?—se ajustó con sobresalto en su asiento.

—Que llegamos—indiqué.

— ¿Tan rápido?—dudo ella.

Simplemente respondí, señalando con un gesto la entrada de su casa, a pocos metros.

—Gracias, por la invitación—expresó—supongo que no quieres entrar.

—¡Adivinaste!—dije desde el extremo contrario, sin recabarme en abrir su puerta.

—Que bien—frunció el seño.

—¿Quieres que te descargue tu maleta?—dije saliendo del vehículo.

—Descuida, yo puedo. Solo…déjame sacarla—observó con molestia.

Una gran distancia parecía emerger entre nosotros.

De un solo envión tomó sus cosas, evidentemente se le helaba la sangre no por el frio sino por el disgusto, y dando media vuelta, con dirección inequívoca apuró el paso hacia la entrada.

—Oye, no te despides.

—Otro día. Y gracias de nuevo.

—Bien, adiós. Saludos a tu mamá.

Supongo que en ese momento había demasiados altibajos entre nosotros, y duramente nos infringíamos dolor uno al otro, sin razón aparente. Giré y despacio regresé al interior de la cherokee, puse marcha atrás, di un leve tirón al timón y luego me impulsé haciendo rechinar los neumáticos. Miré desde el retrovisor por última vez su silueta apesadumbrada, que se perdió entre le caliginosa sombra de la noche. Mientras conducía vino a mi mente un recuerdo que abría la puerta del remordimiento. Y es que tras varios meses de relación, en mi reminiscencia no albergaba el haber compartido mayores cosas con ella, la señora Selene, o el señor Abrante antes que este se marchara.

Dentro de la naturaleza brumosa de mis propios comportamientos, supe que era poco lo que había dado por ella o su familia, o por entender la cruz que cargaban por la desdicha de una separación obligada. De pronto me vi envuelto en un sentimiento pesaroso, Rita confiaba en mí y a cambio le envolvía en mi particular mundo de secretos y egoísmos. En lugar de extender mi mano para

ella, escucharla y acogerla en mis brazos, cuando era eso lo único que había pedido.

Pero a medida que me influía de estos pensamientos, una sensación de rabia y frustración me envolvía, y mi reflexión se hacía imprecisa; como si alguien más habitara al interior de mi cabeza y tomara el mando de mis emociones, haciéndome rígido e inclemente.

<Vamos, Gabriel, no todo lo que ocurre es culpa tuya>murmuré. Enfocándome en el camino y en la señal de un conductor que al cruzar por mi lado, me indicó que llevaba encendidas las luces altas de la camioneta, las cuales ajusté enseguida.

Miré la hora. Eran las 8:30.

Solo ansiaba llegar pronto a casa y descansar un poco. El regreso a Treum había resultado aplastante Me sentía aturdido, con la cabeza llameando como si prendiera en fuego. La oscuridad se perfilaba en sibilinas pesadillas, espectros de piel ceniza y voces que retumbaban en mi cabeza. A diferencia de los apacibles terrenos rurales, incluso con el decaído ánimo de Rita. En la ciudad se abría paso toda la agitación que se iba apoderando de los sentidos, en una sacudida intranquilizadora y sombría; como si del ingreso a un oscuro panteón repleto de almas, se tratara. Y el fulgor de las lámparas, no era más que el disimulo del fuego que consumía a los condenados.

Sin embargo, con el correr del tiempo el estremecimiento se haría hábito, y la rutina me ayudaría a ignorar lo que en inicio espantaba mis sentidos.

Transcurridos unos minutos aterricé en el muelle asfaltico donde siempre aparcaba; estaba realmente exhausto y al salir la lluvia se sentía como el golpe de un ladrillo sobre la cabeza. Apenas descargué los pies sobre el pavimento se escuchó un ruido, algo similar al gruñido de un animal.

Inmediatamente apuré el paso, sintiendo vagamente la misma sensación que ya conocía; la cual se corroboraba con el olor nauseabundo que por adición la secundaba. Busqué vacilante el pasadizo que me llevaba a las escaleras, sintiéndome espiado; intuía una presencia oculta tras una acacia de tres espinas, que se elevaba en medio de la zona verde frente a las torres.

Levanté la mirada en dirección a las ventanas de los apartamentos, por si llegara a necesitar ayuda, cuando menos alguien pudiera oírme. En uno de ellos vi a un hombre sentado sobre una silla, mirando hacia la calle; en el otro una pequeña niña jugueteaba con su muñeca. La silueta del tercer piso era una mujer con sus manos apoyadas sobre el canto del ventanal; todos ellos parecieron verme mientras avanzaba por aquel desfiladero oscuro y subrepticio. Por el contrario el apartamento de Michael se notaba oscuro, sin señales de vida. Continué deslizándose por el reborde, y cuando estuve a pocos pasos del acceso a la escalera, percibí que el atisbo de mis vecinos me eludía; la pequeña cerró de inmediato la cortina, la mujer ladeó su cabeza mirando apuntando en otra dirección y el hombre, incorporándose de su sillón, desapareció al interior de la vivienda.

Simplemente, ahí me dejaban a merced de un peligro ignoto; su solidaridad se estorbaba sin razón. Sacudí la cabeza con amargura y continué mi marcha.

Bajé la mirada y me inscribí en los escalones descargando una mano sobre la barra humedecida por la lluvia. Entretanto, en la otra llevaba mi bagaje.

<No necesito de ellos> murmuré.

El acceso entero respiraba un olor mortecino y las gradas además de empapadas estaban llenas de lodo.

<¡Qué lugar particular era ese!> La sensación de resquemor me acompañó el resto del trayecto. Pero el temor se diluyó al alcanzar el segundo piso.

Cuando finalmente abrí, sentí el alivio de regresar a casa dejando atrás las disputas con Rita. En comparación, esta vez resultaba mejor la soledad del apartamento, que una tediosa compañía en la cabaña.

Una vez descargué la maleta que se sentía como llevar una pesada roca; preparé café y lo acompañé como siempre de un cigarro, mientras examinaba cada rincón de la vivienda: las habitaciones, baños, el salón y el ventanal. Pensé revisar también los correos electrónicos y el blog, pero me sentía cansado y decidí intentar dormir.

CAPÍTULO XXXV, EL ENGAÑO DE RITA

Esa noche tuve un extraño sueño que recordé vagamente al amanecer, en el cual la voz de un hombre inquiría:

<¿*Gabriel Dickens ¿por quién esperas*>

En la mañana desperté pensando en Rita, volviendo a las mismas conclusiones de la noche anterior. Luego de desayunar unos huevos revueltos con café y jugo de naranja; fui al ventanal para airearme un poco y fumar un cigarro. Me quedé distraído mirando la calle y pensando, mientras mis músculos se contraían por el frío; lo cual no me resultaba en absoluto molesto. Volví a pensar en ella, en cuantos asuntos cruzarían por su mente; observé los demás apartamentos con sus cortinas siempre cerradas. Recordé también a Michael, y cavilé en lo difícil que era su vida, aunque jamás hubiera dicho una sola palabra al respecto. La lluvia era brillante, provista de un platinado refulgente que se abatía en el angostillo; ese mismo donde el pequeño me diera el susto de mi vida. Al instante Rita volvió a ocupar mis pensamientos, ¿Qué estaría haciendo a esa hora? ¿Preparándose para ir a la universidad? ¿Comiendo una tostada a la vez que pensaba en mí, como yo en ella?

Dejé el ventanal y me volví para descansar sobre el sillón, frente al ordenador. Lo encendí enseguida y revisé algunos correos. Más de lo mismo: publicidad, un mensaje de John poco relevante para mí, algo relacionado con un evento en la parroquia. Y cosas de ese estilo. Pasé a las redes sociales para encontrar la invitación de absurdos juegos y aplicaciones. Y concluí, dando un respiro, por adentrarme en el blog y saber si alguien lo habría leído. Resultó una verdadera sorpresa cuando revisé el marcador de visitas que señalaba trescientos cincuenta accesos a mi página; además de veinticinco seguidores y un par de mensajes.

<¡Vaya!> contemplé con admiración.

Por primera vez sentí que en realidad tomaba relevancia mi tarea, me sentí agradecido con esas personas que se habían tomado la

molestia de leer mis reflexiones; pero a la vez emergió la sensación de un compromiso ineludible. Después de algunas divagaciones inicié a escribir con soltura, sintiendo ese pequeño espacio que me pertenecía y en el cual podía sentirme útil. No objeté las consecuencias de esos primeros contactos, simplemente me infundí de aliento, para continuar por el sendero que anunciaba ese primer paso.

De pronto, el aroma de la esperanza brotaba, y las palabras e imágenes grabadas en mi mente, fluyeron hacia la pantalla del aparato. Sentí la facultad de expresarme libremente, de instituir un vínculo con esos hasta ese momento desconocidos, que iniciaban a confiar en mí.

Esa mañana centelleaba una pequeña luz, que de ahí en más, gradualmente florecería. Sin vacilación, me sentí como un hombre capaz de divulgar aquel gran misterio que me era transmitido. Y en la rebotica de mi espontánea creación literaria, publiqué un par de notas con pensamientos, análisis y conjeturas propias.

En mi ideario mental iniciaba a incubarse una suerte de doctrina, que todavía bastante primigenia, a la postre impactaría en todo Treum; trayendo a sus ciudadanos una inesperada enseñanza.

Finalmente, en poco menos de una hora, concluí mis escritos. Lo único que faltaba era enlazar los correos de mis seguidores, para que recibieran las actualizaciones de primera mano y así lo hice.

Había concluido y me sentí pleno, seguro de lo que hacía. Mamá estaría orgullosa de mí cuando se enterara.

Quedé un momento en silencio, dándome tiempo para asimilar aquel pequeño triunfo. Evidentemente algunas personas no bromeaban con hechos tan contundentes. Sentí que llevaba mucho tiempo aguardando ese preciso momento; aquella sensación embriagante que me impulsara hacia el triunfo. Después de tantas noches sin dormir, esperando ansioso acertar un punto de partida y ese día estuve seguro de hacerlo. Con todo, en el fondo de mis reflexiones me seguía pareciendo increíble.

Empero, las palabras de la mujer me infundían de fortaleza. Y más ahora. Era simple ¿Cómo no hacerlo, si sabía tantas cosas?

Con la seguridad de poder influir en el destino de muchos, me persuadía de una paciencia inefable, propia de un elegido.

Persignándome agradecí aquella expiación que me concedía adentrarme en los terrenos de Dios, purgando de paso mis propios pecados; toda ofensa que por desconocimiento hubiese atentado contra los propósitos divinos.

Pero dicho indulto requería esfuerzo y sacrificio. Los enemigos de Dios, serian ahora los míos. Nada estaba asegurado y el camino sería demasiado tortuoso. En breve lo entendería.

Enseguida mis pensamientos mudaron hacia Rita, tal vez estaría hasta tarde en la universidad, ¿y si la visitaba para invitarle el almuerzo? Quizá podríamos ir al mismo restaurante del otro día. Me dilaté sobre el asiento rumiando esa idea. Eran las diez y media de la mañana. Me pareció sensato visitarla por sorpresa y ofrecerle una disculpa, decirle que entendía por lo que estaba pasando; la ausencia de su padre y la salud deteriorada de la madre. Una docena de veces lo dudé y en la misma proporción acerté el mismo camino.

Extraído de meditaciones, salté del asiento y me apuré en alistarme para salir; busqué desesperadamente una camisa y un pantalón limpios. Me di una ducha y en veinte minutos estaba de pie en frente a la puerta.

Me infundí de un inusitado y desbordado alivio, estaba preparado para su rechazo dado lo ocurrido la noche anterior; pero a la vez me sentía seguro de hacerle ver que todo era un malentendido, propiciado por la ansiedad de los dos.

Arropado por la fría mañana fui hasta la camioneta y conduje entre repetidas paradas, con la radio encendida como adecuada distracción; mientras tarareaba alguna canción conocida. Seguía percibiendo aquel molesto olor a gasolina que, descuidadamente, había obviado revisar. Dentro de la cabina circulaba el frio que se adentraba por las ventanillas a medio subir, quizá la única razón para no morir asfixiado al interior de la cherokee.

Con un dejo de indecisión y las manos sudorosas llegué a la entrada del paraninfo educativo; mientras me repetía que era lo mejor que podía hacerse. El dialogo siempre conviene para aclaras las diferencias.

<Vamos Gabriel, hazlo> me infundí de valor mientras descendía del coche.

Por mi cabeza circulaban todas las ideas imaginables, menos lo que mis ojos verían a continuación. Avancé un par de pasos en el sentido de la entrada y justo en ese instante, el pálido resplandor de la mañana dejó ver la silueta de Rita. Quien avanzando con andar resuelto por la calleja de acceso de la facultad, se detuvo de pronto como quien espera una cita. La reconocí de inmediato. Podría haberlo hecho en medio de la más concurrida multitud. Sentí una inicial emoción que no tardó en mutar en desconcierto, pensé e imaginé tantas cosas que no supe cómo reaccionar en ese momento.

De pronto la vi tropezar con un desconocido, imaginé que accidentalmente. Hasta comprender que realmente se trataba de un encuentro, el cual de inmediato tornó en una plática provista de risas y mimos.

Entonces ella avanzó hacia él para encontrarse en un cálido saludo; la escena trajo a mi cabeza todas las disparidades posibles, dejándome con la mente revuelta.

Aquello me sorprendió. La certidumbre de mis emociones era clara y efectiva. Los metros que me separaban de ellos eran suficientes para controlar mi arremetida, pero no mi visión, que claramente develaba un engaño. No había forma de disuadir mis pensamientos como un raptor llevándose mi juicio.

<No es posible> me repetía.

Mientras mis sentidos se activaban, y luchaba por contenerlos dentro del plano de la cordura y al menos fue así por unos minutos. Pero automáticamente avancé hacia el ampuloso acceso que me distanciaba de ellos; donde los muros revestidos de mármol se empinaban coronados por sus rejas y con cada paso, una voz desconocida retumbaba en mi cabeza.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Sintiéndome invadido por una sensación que no había tenido en años. La más profunda cólera, un arrebato acompañado del temor a perderle; de la agitación por haber sido engañado. De un saltó llegué a la entrada, casi corriendo hacia ellos, pero llegando a la reja me detuve.

<¿ Donde voy así? Esto simplemente ha terminado. Debí suponer que la maldad cobraría su precio>

Lo que había sido hasta entonces un vago sentimiento, una leve duda de familiaridad se tornó en angustia; en un dolor punzante. Y atribulado estuve a punto de brotar en llanto. Una emoción completamente novedosa y extraña.

Aquello que nunca había estimado, de pronto me resultaba cargante y doloroso.

Repentinamente algo en su piel, en la expresión de su rostro cambió; sobrecogiendo intensamente mi corazón. Sentí un latido acompañado de dolor como nunca antes había sido. Me resultaba insoportablemente conmovedor, presenciar el adeudo de maldad que apresaba su ser, la perversidad que le había sido inoculada.

Solo atiné tomar mi teléfono móvil y retratar en una fotografía la punzante escena, para luego correr con halito delirante hacia la camioneta.

Arrancado bruscamente de mi mundo de ensueño, busqué desesperadamente una respuesta. Me planteé distintas maneras de hacerle frente, desde exigirle una verdad pura y simple, que probablemente negaría; hasta reclamarle con firmeza para que confesara todo. Aunque en el fondo para lo único que no estaba preparado era para la verdad que emergería.

Repasaba en mi mente una y otra vez aquella escena, formándome ideas sobre como habíamos llegado a ese punto; cuáles eran sus motivos para semejante conducta. Llevado por la angustia, por la divagación del por qué, solté en llanto. Un sollozo cargado de rabia, mientras con el puño golpeaba la cabrilla y luchaba por sacarme de la cabeza aquella imagen.

Consternado retorné al apartamento y maldije una y otra vez, por mi desdicha, desbordando mi rabia contra todo lo que encontraba mi paso. Hasta que el punto de la extenuación me condujo a una de los sillones de la sala.

Pacificado por la descarga de adrenalina tomé el móvil, y la llamé de inmediato. El tintineo de la melodía de espera me resultó más gravoso que de costumbre, hasta recibir su respuesta.

—Sí. Hola—Saludó.

—¡Te quiero ver en seguida! —espeté con furor en la voz.

—¿Qué…ahora? Estoy en clases.

—Rita, necesito que vengas ahora mismo— exigí.

—Pero ¿Qué ocurre?

—Solo ven, tenemos que hablar—

—Por supuesto, pero termino clases a la una de la tarde. Nos veremos apenas salga.

—Te espero aquí en el apartamento—respondí.

Ella pareció vacilar.

Luego respondió:

—Está bien. Llegaré a eso de las dos.

Rita no tenía idea de donde iba a parar esa conversación, segura de que todo estaba bien como siempre.

A las dos menos diez minutos llamaron a la puerta, era ella.

La invité a seguir y pareció querer acercarse para saludarme, pero la rechacé enseguida.

—¿Qué ocurre? Me preocupó tu tono de voz cuando llamaste. ¿Pasó algo malo?

Metí la mano en el bolsillo y tomé nuevamente el teléfono móvil, para enseñarle la fotografía. Mientras la observaba con profunda reprobación.

Y como la confirmación de una vergüenza que se revelaba, volvió la mirada para observarme. De inmediato la noté afectada. No esperaba verse traicionada por su propio ánimo, delatada; con el rostro sonrosado por la culpa.

— ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?—fingió estar desconcertada.

Con una actitud desfachatada y vergonzosa, con el peso aligerado de las malas acciones.

—Rita puede que mi mente no haya sido muy lógica los últimos días, pero esto es una pista del camino que debo tomar.

—Que quieres decir. Estas malinterpretando todo, ¿Cuándo tomaste esta fotografía?

—Rita no hace falta…—dije con aliento entrecortado— sólo déjame, necesito asimilar lo que esto implicaba.

—¿Me estás diciendo que crees que te engaño? ¡Por Dios, Gabriel, no entiendes!

Miré con escepticismo su rostro descompuesto, su expresión de angustia; el llanto a punto de brotar en sus ojos. Era poco lo que quedaba por decir. La conocía perfectamente, no quería caer de nuevo en sus mentiras.

—Pues en eso te equivocas. Y me duele infinitamente que pienses esto de mí—dijo con voz débil y dolorida —¿Cómo puedes pensarlo?—repuso de nuevo, esta vez, dejando escapar una lagrima.

Y sentándose en el sillón, se llevó las manos a la cara ocultando su desdicha.

Era enorme la brecha que de repente había nacido entre nosotros. El motivo seguía sujeto en mis manos, la prueba que no requería refutación.

Creo que tal vez ella tenía la esperanza de que yo lograra perdonarla, sin embargo, mis pensamientos solo pasaban por alejarme de su lado.

Rita se removió en el asiento. Me miró de nuevo y con voz suplicante imprecó:

—¡Maldita sea, porque piensas eso!

—Yo no pienso nada Rita, simplemente contemplo los hechos y ahora entiendo tus cambios de ánimo.

Aquellas palabras parecieron tocar las fibras sensibles de Rita, mi frialdad y distanciamiento al expresar mi dictamen; no tardaron en desmoronarla y hacer emerger un incontenible llanto, que la manga de su camisa resultaba insuficiente para contener.

—La ubicuidad de la corrupción humana está presente en todos nosotros—añadí—Trasciende nuestra moral y más allá de los principios, sin duda, cualquiera puede extraviar el camino. Rita no es casualidad lo que pasó, todo es determinado por Dios, nuestro creador.

—¡Un momento!—dijo con mirada extrañada—¿De qué rayos hablas, Gabriel?

—¿Ah no Rita? ¿Vas a negarlo?—respondí con una expresión irónica—.¿Has visto…has visto? Dije alcanzándole nuevamente el teléfono, el cual rechazó con un manotazo.

—Sí, claro Gabriel. Lo que veo es a dos compañeros de estudios saludándose. Lo que no sé es ¿Qué viste tú?

—Exacto. No sabes lo que vi y por eso piensas que negándolo harás que lo olvide. Al demonio Rita, tú eras la persona en la que más confiaba.

—¿Sí? Vaya voto de confianza.

—Sí. El…—me ahogué en una exclamación inconclusa.

—No es posible—dijo ella incorporándose y dando media vuelta en busca de la salida.

La miré con indecisión encerrándome en mi caparazón de orgullo.

Luego me miró y asintió con un gesto de antipatía. Ahí estaba sin saber cómo justificar lo que había pasado. Finalmente, giró el picaporte y dejó el apartamento.

Tuve que dejarla ir, seguir hasta el final, no podía dar marcha atrás. Y de haber esperado tan solo un segundo más, seguramente la habría acogido en mis brazos y mi espíritu vacilante se habría rendido ante ella.

CAPÍTULO XXXVI, ANSIEDAD Y DECISIONES INESPERADAS

Caminé dando círculos por toda la sala con la ansiedad comiéndome las entrañas, apuraba el andar y me asomaba al ventanal, luego giraba y con pasos cortos retornaba a la sala. La tensión me llevaba por un camino entre la vida y la muerte, las voces en mi cabeza susurraban como si vinieran de adentro hacia mi oído. Alrededor todo era igual, previsible, solitario y monótono. Y habitaba tanta confusión al interior de mi cráneo, que no conseguía prestar atención ni a mis propios pensamientos. Entonces mi reminiscencia se llenaba con su rostro, y su sonrisa, pero al instante la odiaba.

Solo quería salir de ahí, tomar un poco de aire, olvidar la lluvia que cada vez sonaba mas fuerte arremetiendo contra el ventanal.

Todo había cambiado en un segundo, y en el fondo mi corazón entendía que no era casualidad. Temí que las revelaciones se materializaran cada vez más expeditas y precisas, que el terrible desenlace sobreviniera en breve. Que mi labor y sacrificio fuera inútil.

Me estremecí. Era tan similar lo que sucedía, tan coincidente con las palabras de aquella mujer, que resultaba tremendamente abrumador.

Volví a buscar con la mirada el callejón, ensayando vaciar en el, todos mis pensamientos, pero supe que la única solución era salir cuanto antes de aquel apartamento.

Me recabé en la evasiva, y devoré los escalones en pocos segundos. Ya en la ribera del edificio miré al cielo reclamando por una respuesta que no llegaría. Luego en medio de la borrasca, totalmente ajeno la voracidad clima, avancé en busca de la entrada del parque donde solía jugar el pequeño Michael. Ahí, me senté solitario en uno de sus bancos. Mi ánimo estaba ensombrecido por el abatimiento, mientras observaba las aves y los arboles. Solo podía pensar en la desesperada melancolía que albergaba mi alma.

Había apostado por aquel milagro religioso, pero ahora todo en mi vida era sombrío; vago, lejano. Me quedaba solo de nuevo, sin el apoyo de Rita, tal vez si el de John, mamá o alguno de mis antiguos amigos.

Las dudas me torturaban, estaba completamente perdido.

En medio de los árboles agitados por la borrasca, continúe sentado por largo rato; consintiendo que la lluvia me empapara. Sentí que mi vida pasaba frente a mis ojos mojados por el agua y el llanto.

Me sentía víctima de un lóbrego y aciago destino, recordando amargamente sus dulces caricias y agotando mi débil intento por llamarla. Debí fumar diez cigarros amparos bajo la americana, de los cuales cuando menos cinco terminaron arruinados por la lluvia.

Veía a mí alrededor y lo único que acertaba era un simple valle de sombras, derrochando muerte y dolor por doquier.

Enseguida escuché el repicar del teléfono móvil, como pude lo resguardé de la ventisca para poder contestar. El número telefónico era el de John.

<¡Vaya que los amigos parecen, cuando se les necesita!>

Enseguida levanté el auricular y oí una voz que sonaba mas como un gruñido.

– Hola, Gabriel. Perdona que llame de improviso...ehh…pero Rita, me ha dicho que tuvieron un altercado.

– En cierto sentido—dije con fría inflexión en la voz—aunque yo no lo llamaría de ese modo.

– ¿Qué es lo que está pasando Gabriel? –Inquirió John, haciéndose eco de mi respuesta.

—Luego te cuento amigo ¿solo llamabas para eso?

—Claro que no. Pero sabes que me preocupo por ustedes.

—Si, lo sé. Discúlpame—afirmé.

—Además podría tenerte una buena noticia. No te aseguro nada, pero prefiero de cualquier modo que hablemos personalmente. Me avisas cuando puedas venir—dijo él.

—Claro. Lo haré—respondí—a propósito sobre tu amigo el psiquiatra…

—¿Vas a ir?—interrumpió enseguida John.

—Bueno, quizá—continué—pero y la consulta o la cita, en fin ¿cómo funciona? ¿Qué debo hacer?

—Descuida. Simplemente comunícate con su secretaria—indicó—¿Aún tienes el número que te di?

—Si lo conservo.

—De acuerdo. Dile que llamas de parte del padre Afonte. Y ella te indicara cuando Clark tenga un espacio para verte.

—Ya veo, pero…

—No. No te preocupes por nada más. Yo me encargo de todo, solo llama—aseguró él.

—Ok. Lo haré—confirmé—y gracias, ya hablaremos de otras cosas, cuando vaya a verte.

—Por supuesto, me confirmas el día. Adiós amigo.

—Claro. Adiós—me despedí cortando la comunicación.

Los días siguientes en un esfuerzo por distraer mis pensamientos, me sumergí en las páginas del blog, cada vez con más visitantes, a diferencia de los seguidores cuya cantidad no aumentaba. También me hundía entre pliegos, bosquejos y diseños en la mesa de dibujo, buscando un resurgir a la muerte lenta de mi estado de ánimo. O entre libros cuyas páginas saltaba buscando entre líneas sosegar mi alma.

Con los sentimientos entrecruzados transité una perenne semana, sin manifiesto colofón.

Poco a poco mi existencia había quedado limitada al exclusivo espacio de mi apartamento; a deslizarme por la sala sosteniendo una de taza de café y un cigarro en cada mano. Ahí, me amparaba de aquellos días lluviosos, con la convicción de que un impulso inesperado acometería la solución de mis dilemas.

Mis sentimientos y emociones eran las de hombre solitario. Confusos e intensos, dentro de una marcada insociabilidad; graves y extrañamente cargados de una incontrolable tristeza. Sentía que las imágenes y estremecimiento de mi mente no se esfumarían y me aferraba a un intento de ánimo infructuoso.

Al verme al espejo encontraba una apariencia espectral, pálida y rígida, en aquel lúgubre viaje que iniciaba.

El día jueves me sorprendió con irrefutables ansias de huir, ambiciones de vivir otra vida; de liberarme del yugo de esa ciudad opresora. Dejar atrás mi obra, abandonarlo todo: mi obstinación, mis sueños.

De pronto, me encontré dominado por un profundo desasosiego. Pensando que marcharme era la única salida. Buscar las estaciones primaverales y tardes alegres de otros confines.

Realmente ansiaba un cambio, una vida espontánea, días de holgazanería, y un aire diferente que llevara oxigenado renovado a mis venas. Ansiaba salir de ese lugar, quizá reunirme con mamá. Bastaría con darle un abrazo, y descansar en su regazo para sentirme nuevamente libre.

Pero al mismo tiempo pensé en mi labor, pensé en aquel paraje solitario que recorrerían los habitantes de Treum, si llegaba a

abandonarlos, medité lo que podría ocurrir si ignoraba el mensaje ¿Qué sería de mi vida? ¿Qué castigo sobrevendría por mi desacato? Acaso errar sin rumbo ni propósito, e incluso en el paciente esfuerzo del olvido, me resultaría insuficiente lavar mis culpas.

Me molestaba saber los obstáculos que subyacían ante mí. La conmoción, la nulidad y el sentirme vencido.

En lugar de eso decidí llamar al consultorio de Clark. John, había mencionado que era un buen consejero, y decidí tomar su generosa oferta, nada perdía.

Al mismo tiempo, escudriñé algunos contactos laborales dejados de lado. Con la expectativa de que me permitieran algún espacio para ganarme la vida. Ya no importaba si se trataba de insignificantes trabajos, que no tendrían relevancia alguna para el orden arquitectónico de la ciudad. Empero, debía garantizar mi subsistencia, o desplomarme en la silla y esperar a morir; de las dos opciones tomé la primera.

Y en una ampulosa expiración saqué el aire de mis pulmones, para enseguida digitar un número telefónico que hasta hace unos días ni siquiera contemplaba.

Busqué la nota borroneaba, que estaba seguro había dejado en la cajonera del escritorio y repasé en mi mente las mejores ideas que se me ocurrían para explicar a su secretaria que quería una cita con Clark.

El teléfono sonó, dos, tres, cuatro veces hasta escucharse el clic del receptor al descolgar.

—Consultorio del Doctor Clark, muy buenos días. Habla Miranda ¿En qué puedo ayudarle?

—Ehhh…si, buenos días señorita— mascullé—es que…llamo de parte del padre John, John Afonte. El me dijo que el doctor Clark podría atenderme—solté finalmente.

—Claro, no hay problema—dijo ella con voz segura—¿y su nombre es?

—Gabriel, mi nombre es Gabriel Dickens.

—¿Dice que es recomendado del padre Afonte?

—Sí. Fue él quien me dio este número.

—Deme un momento por favor señor Dickens.

Callado pero impaciente aguardé la respuesta de la secretaria, mientras escuchaba el auricular descargándose seguramente en la superficie rígida del escritorio.

La agitación se me disparaba y me sentía nervioso.

Al fondo se escuchaba el tenue hilo de una voz, y el sutil golpeteó de las teclas de un ordenador.

—Bien, señor Dickens—exclamó con energía la mujer, tomando de nuevo el aparato.

—¿Le parece bien si el doctor, lo atiende el lunes a las dos de la tarde?

—¿El lunes?

– Si el lunes. ¿o prefiere agendar otra fecha?

—No. No, el lunes está bien. A las dos ¿Verdad?

—Si señor Dickens.

—De acuerdo señorita–dije liberando un disimulado un suspiro–. A esa hora estaré ahí, ¿podría por favor confirmarme la dirección?

—Por supuesto. ¿Puede tomar nota?—confirmó ella.

Enseguida me dio las indicaciones, y mientras escribía sentía una mezcolanza de emociones; como una comadreja asustada saliendo de su cálida madriguera subterránea, para enfrentarse a terrenos desconocidos. Me despedí y agradecí la atención de la asistente, concluyendo la llamada y retornando al caos de mi propio peregrinaje.

Confiaba que aquella decisión de la que tanto dudaba sirviera de algo y que Clark tuviera la respuesta que mi propia lógica, no conseguía discernir ni articular en ese momento.

Los minutos siguientes se convirtieron en años, en una pausa perenne en la cual las manecillas del reloj lucían tan irresolutas como mi ánimo, simplemente no avanzaban como si el tiempo se hubiera detenido para mí.

En esa agobiante espera llegó la hora de la cena. Era momento de tantear si mi organismo toleraría un bocado. Fui hasta la cocina y saqué el contenido de una lata de atún que calenté en el horno, de la cual apenas si probé un bocado. También preparé café, llené una taza

y luego regresé al sofá para encender la televisión, sabiendo que me esperaba una noche demasiado larga, que se anunciaba en las horas dilatadas que absorbían mi exiguo aliento. Pensé que jamás terminaría ese día.

Sin intentar nadar contra corriente, dejando que las aguas del desvelo me arrastraran en una confinada resignación; partí a la yermada y glacial cama. Daba igual estar en el salón frente a la computadora, o en la habitación. Era lo mismo cualquier rincón de aquel apartamento.

Me recogí bajo las sabanas sin una pizca de sueño, mirando hacia el techado; a la vez que me sentía desfallecido, famélico y rabioso. La maravillosa vida de hace unas semanas había desaparecido en un instante y acto seguido, me dejaba en esa mísera situación, solo, con el aliento arrebatado, con el dolor de la perdida, una vez más.

Y en el sopor de la agonía, una nueva aparición sobrevino, esta vez la mujer me precisó a continuar mi tarea, indicándome que un tiempo oscuro y de horror se allegaba. Era inminente.

El gusto de sus palabras me vino amargo ¿Cuál era la recompensa para mí? Si, podría parecer egoísta, pero dadas las circunstancias fue una idea que cruzó por mi mente y aun cuando no lo expresé; como si ella pudiera ver dentro de mi cabeza, me aseguró que aquel sobreprecio en mi labor seria compensado.

Y como la medicación a un dolor las palabras de la visión me apaciguaron, aliviando la agonía.

CAPÍTULO XXXVII, EN EL CONSULTORIO DE CLARK

Los dos siguientes días se hizo larga la espera. En cierta forma la cita con Clark era el único plan que tenia. Rita no llamaba ni para una disculpa y con John intenté comunicarme, pero la llamada ingresaba al buzón. Ese apartamento con su diseño singular y el improbable ventanal con su curioso y terrorífico callejón, se instituía

como una vieja ergástula en medio de una isla; mi alcatraz personal, donde se articulaba mi drama.

Era singular que la única razón que me motivaba a salir de ahí, fuera la rehuida cita con el loquero. Pero sin duda había tocado fondo. Quizá mi error había sido mudarme a ese lugar, terminé por creer que detrás de esas paredes se abría un portal a otro mundo; por el cual atravesaba la mujer de las visiones, y en lugar de una vivienda aquello era un lugar de tránsito para criaturas espectrales. Por lo tanto, resultado de esa inesperada eventualidad, se me había confundido con un emisario divino, a mí, un pobre ocupante que apenas si tenía con que cubrir el costo del alquiler. ¡Vaya contingencia!

Y pensar que yo mismo había insistido con vehemencia al casero para obtener el lugar.

Medio siglo o unas horas, el tiempo ya no importaba parecía igual y la consulta clínica fulguraba lejana.

Finalmente llegó el lunes. Acucioso por la fuerza de la inacción salí del apartamento; por fortuna el sol ya no existía, no pensé que volviera para iluminar a Treum, de lo contrario habría muerto calcinado como un vampiro. Y es que hasta la indeterminada brillantez del atardecer, me abrasaba la mirada.

Al llegar a la dirección señalada por la secretaria, me encontré con un inmejorable listón de asfalto que formaba la calle, asemejando una tela gris y alisada que se extendía hacia la lejanía; hasta chocar con el caos de la avenida Paseo de los Santos, rayana a la avenida 37. La clínica se ubicaba en el edificio de placa: <Calle 8, 28 06>.

Se trataba de una estructura arquitectónica moderna que no destemplaba en absoluto con el talante del sector en general; la dirección apuntada en un post it indicaba el piso 4, consultorio 4C.

Al llegar me percaté que todavía conservaba a cuestas la vacilación respecto del asunto, y mientras trazaba lentamente el camino hacia la recepción del edificio sentía el corazón helado. Ni siquiera concebía por qué dócilmente accedía acudir a esa cita, como si me sintiera obligado por mi amistad con John.

En el lobby un afable portero regordete, de cejas pobladas y sonrisa jovial, saludó simpáticamente.

—Señor tenga usted buen día, ¿a qué consultorio se dirige?

—Gracias, busco el consultorio 4C, caballero—respondí

—¡Ahhhh… viene con el doctor Clark!—exclamó

<Bueno….cuando menos parece acreditado>cavilé.

Entretanto, repasaba con curioso interés la distribución espacial de aquel vestíbulo, cuyos trazos se desalineaban y recomponían como un bosquejo en mi cabeza. De inmediato me sentí identificado con sus formas, aquella estructura se ajustaba por completo a mi complacencia arquitectónica, casi al punto de deleitar mis sentidos. Incluso siendo un espacio gobernado por la soledad, que coronaba un gran reloj circular de pared, y un enorme cuadro impresionista de un artista desconocido para mí.

<Jamás fui experto en pintura>.

En estas singulares estaba imbuido, sin percatarme siquiera del momento en el cual el portero anunció mi llegada, si es que efectivamente lo había hecho. Empero, sin preguntar nada más ni siquiera mi nombre, me señaló el camino hacia los modernos ascensores, indicándome que podía seguir.

Agradecí su amabilidad y continué mi camino.

Cuando las puertas del elevador se abrieron mi mirada se encontró con un altisonante espacio, en el cual se notaban cuatro puertas de símil madera toscana: una de ellas que daba al fondo a mano derecha, dejaba ver un aviso en letras doradas con el numero 4C.

<Bien, aquí estamos>murmuré adentrándome en el corredor alfombrado.

Antes de ingresar al consultorio di dos o tres pasos irresolutos y me detuve, sacudí la cabeza y en voz baja mascullé:

<No puedo hacerlo>

Pero al instante en un arranque involuntario, ya estaba anunciándome con tres toques suaves en la puerta.

—Siga—Exclamó una voz melodiosa desde el interior.

– Buenos días –Saludé con tono dubitativo, luego de empujar suavemente la puerta. No sabía si estar ahí era bueno o malo, ni

siquiera entendía por qué estaba parado en la puerta comprobando el ámbito de aquel salón. Sin embargo, avancé hacia la secretaria.

La consulta contaba de una sala de espera con un sofá seccional en cuero negro de tres cuerpos, una mesa de centro giratoria y dos sillas en oposición a cada lado de esta, tras el sillón principal a un metro y medio de altura enganchado en la pared había un moderno cuadro en fondo negro con un diseño de líneas blancas divergentes, que contrastaba con la pintura también blanca del salón, adyacente a este se enmarcaba en un recuadro negro un amplio ventanal. Frente a la sala, en un escritorio ejecutivo de madera cedro, estaba la secretaria en su sillón, como el delta de un admirable espacio que se remataba en una puerta corrediza, que asumí conducía al consultorio de Clark.

—Buenos días, bienvenido mi nombre es Miranda ¿En qué puedo ayudarle?

De pronto se puso de pie luciendo una perfecta figura, encuadrada en un tono de piel Caribe, su bronceado era perfecto. Era una mujer alta, de pelo azabache, mirada expresiva y sonrisa amplia y vivaz; envuelta en un vestido blanco a la atura de la rodilla que dejaba notar unas amplias caderas. Sus ojos eran color marrón, la barbilla delineada al igual que una fina nariz. Rasgos propiamente latinos. Humedeció sus labios granate mientras se allegaba hacia mí, extendiendo su delicada mano con largos y delgados dedos, para saludarme.

El aroma de su perfume era embriagador, y solo rozar su piel sentí una descarga de energía recorriéndome el cuerpo, quedé enmudecido por un instante, hasta conseguir salir de mi trance y recordar la razón por la cual me encontraba ahí.

—Buen día, señorita busco al doctor Clark—

—Ya veo—dijo ella—siga por favor tomé asiento—indicó guiándome hacia la sala de espera—ya informo al doctor su llegada.

—Gracias, Miranda ¿dijo usted que se llama?

—Sí, ese es mi nombre—dijo con una sonrisa mientras regresaba a su escritorio, entretanto, yo prestaba atención a sus movimientos, sin poder apartar la mirada de sus perfiladas formas.

Su cautivadora y sensual presencia combinaba con el tono de voz suave que escapaba de sus labios, verla resultaba un verdadero deleite para los ojos.

—Es usted Gabriel Dickens ¿verdad?—dijo.

—Es correcto —puntualicé—. Hablamos el otro día…y ahora—balbuceé sin saber cómo explicar mi dudosa presencia en ese sitio— Bueno…quedé en que vendría hoy.

—Claro—dijo escuetamente, mientras iniciaba a leer algunos documentos de manera precipitada; descargándolos sobre la bandeja papelera. Entretanto, yo me encogía cada vez en el asiento. Eventualmente ella, elevaba la mirada y durante unos segundos me prodigaba una sonrisa, sin la intención de concluir su labor en la cual se infundía al instante.

En el ansia de la espera, empecé a cavilar que realmente no requería de un terapeuta para conocerme a mí mismo: reconocía perfectamente mis emociones, vivencias, y como estas habían definido mi personalidad a lo largo de los años. Pero ahí seguía, observando a la distante y bella asistente. Solo podía inferir que mi presencia en esa particular sala, se daba por motivos completamente ajenos a mi voluntad. Con todo, aguarde el tiempo requerido para ser atendido por el médico.

Ella levantó la mirada de nuevo para observarme, e intentando romper el hielo con algún comentario, que irrumpiera la tensión que fluía por mi cuerpo. Esbocé una sonrisa tímida calculando lo que diría a continuación. Tal vez una frase ridícula, que me pusiera a salvo del nerviosismo que me causaba tal beldad y en efecto me incorporé y anticipándome hasta su escritorio y dije la primera sandez que se me ocurrió:

—Ehhh…Gracias, Miranda. ¿Hace cuanto que trabaja con el doctor?

Ella me miró con un deje de extrañeza.

<Vaya pregunta. Imagino que habrá pensado ¿a qué carajos viene este loco con esa indagación?>

—Hace un par de años ¿por qué?—indicó.

—Bueno en verdad, que el doctor debe disfrutar los beneficios de su trabajo, tiene que ser un placer llegar cada mañana y encontrarse con una mujer tan bella.

No me cabía duda que aquel comentario había sobrevenido un tanto extraño. Sin embargo, ella sonrió, no sé si ante mi observación o por el gesto avergonzado que a continuación se me dibujó en el rostro.

—Gracias señor Dickens, no es fácil encontrar pacientes tan galantes entre quienes nos visitan—volvió a reír de nuevo.

—Bueno, a decir verdad no estoy aquí como paciente, solo vine a hablar con el doctor Clark, por recomendación de un amigo—dije intentando romper el hielo.

Justo en ese instante el sonido del teléfono interrumpió la charla. Miranda descolgó el auricular y su dulce voz, indagó con la misma retahíla aprendida de memoria:

—Consultorio del doctor Clark, bla..bla…bla ¿en qué puedo ayudarle?

Habló un par de minutos y cuando terminó la llamada me miró de nuevo:

—Señor Dickens disculpe la interrupción. ¿Me decía?

La secretaria me escuchaba con desconectada atención, evidentemente inmersa en sus asuntos y yo empezaba a sentirme minúsculo tratando de expresar mis atropelladas ideas. De modo que con un gesto regresé al lugar del que no debí haberme movido.

—Nada, descuide—seguiré esperando al doctor—

—Claro, en un instante lo atenderá—sonrió de nuevo.

Me recliné una vez más en la silla, como si la desazón de estar en ese consultorio me venciera de un golpe. Pero no tarde en incorporarme de nuevo, y avanzar hacia la ventana para imbuirme de los sonidos y el caos de la calle. Observé la fingida calma de Treum, irrumpida por el transitar de los coches y la fuerte brisa que anunciaba el arreciar de la borrasca.

—Qué clima ¿verdad?—emergió de los labios de Miranda, irrumpiendo mi divagación.

De inmediato giré para mirarla, confortado por el alivio que me prodigaba su voz.

—Sí, es terrible. Creo que hemos hecho muy poco por la salud del planeta, y estas son las consecuencias—dije regresando al sofá.

—Es totalmente cierto— asintió ella.

—Veré, si el doctor ya lo puedo atender—murmuró enseguida dulcemente.

Incorporándose y avanzando por el recibidor directamente a la puerta del consultorio. Sin duda mis ojos se sentían agradados por lo que veían, una compañía como esa le haría el trabajo más fácil a cualquiera.

Permanecí en el sillón escuchando el tenue sonido de las gotas de lluvia que iniciaban a excitarse golpeando el vidrio, mientras Miranda con toda su suntuosidad avanzaba por el pasillo hacia la oficina del psiquiatra.

<¡Vaya, trasero! Rumié en mi mente.

Transcurrió un instante y cuando la asistente regresó me incorporé, distendiendo las articulaciones y aflojando los músculos.

—Señor Dickens, aguarde solo un minuto, y puede pasar al consultorio—observó.

—Gracias, Miranda.

Ella regresó a su puesto, y en la distracción de su trabajo hacía gestos con su delicada naricita, o frunciendo el seño; completamente entretenida en sus asuntos. Luego ajustaba el cuello de su blusa y cada movimiento por sutil que fuera, surgía cargado de un dejo de sensualidad.

Era curioso el efecto que aquella inédita beldad causaba en mí.

El teléfono tintinó, y la voz de Miranda se escuchó de nuevo.

—Ya puede pasar señor Dickens—indicó enseguida, señalando la puerta del consultorio.

—Gracias—asentí con un gesto. Dejé el asiento, liberé el aire de mis pulmones lentamente; flexioné el cuello de un lado a otro y me sentí tácitamente excedido. Al fin de cuentas como John dijera, era una simple charla, y no la inminencia de salir del consultorio con una camisa de fuerza.

Avancé y con sutileza me aproximé a la puerta.

Con el impulso de la expectativa, sintiendo la inquietud de mi ser; empujé suavemente la puerta, y observé el consultorio y a Clark detrás del escritorio.

—Siga, Gabriel—invitó mientras se sacaba las gafas.

Dejé escapar una bocanada de aire, me encogí de hombros y avancé con duda.

—¿Como esta doctor?

—Bien Gabriel, vamos entra—invitó.

Clark era un hombre mayor de cabellos platinados y escasos; cuando me acerqué él se puso de pie estrechando mi mano, mientras me observaba calzándose de nuevo las gafas.

Me llamo la atención ver una gran cantidad de diplomas y reconocimientos que tenía colgados en la pared, en el tenor de un despacho con predisposición minimalista: paredes blancas, dos enormes espirales de bambú ubicadas en los extremos del salón; una moderna telvisión led suspendida sobre un soporte de pared. Un sillón reclinable tapizado en cuero marrón, una biblioteca repleta de libros y dos grandes ventanales que señalaban hacia la avenida principal, cubiertos por cortinas color beige.

—Bienvenido Gabriel—dijo enseguida con voz ronca. Para regresar de inmediato a la comodidad de su sillón de cuero.

Luego me pidió tomara asiento.

Solo verlo me hizo preguntarme si me quedaría tiempo suficiente para escuchar sus consejos, y si realmente alguno de ellos podría resultarme útil, o si en algún momento moriría de tedio, atracado en aquel sillón. Cuando el único paliativo para mi extenuado animo debía ser un cigarro, que en cada pausa humeante me restableciera de las malévolas trampas de mi mente.

Luego me miró sonriente, con su nariz ganchuda que emergía en medio de las gafas, y la pulcritud de su aspecto no bastaba para sacarse la singularidad de su fisonomía: el rostro pálido, el mentón alargado, las orejas grandes y el cabello desordenado formaban un liado mosaico.

Clark parecía más ido que yo. Era mi primera sesión pero sentía que no regresaría, mientras él auscultaba las razones por la

cuales yo, había terminado en aquel salón. Y una de ellas erala fuente altruista que me impulsaba hasta ahí.

—Gabriel ¿Hace cuanto conoce a John?

—Hace algunos años, doctor—respondí.

—¿Lo considera un buen amigo?—continuo él.

—Por supuesto, diría que es mi mejor amigo—dije.

Sin cambiar de postura, echó un vistazo a su agenda, acomodada junto a un calendario que tenía en el escritorio; luego echó su silla hacia atrás quedando un momento cubierto por la pantalla del ordenador y fuera de mi vista. Por el ruido de papeles pareció rebuscar algo dentro del cajón, y al segundo estuvo de nuevo ante mí con semblante risueño y una lapicera en la mano.

—¡Aquí está! Exclamó, aproximando unos centímetros su silla.

Observé el reloj de pared que tenia colgado en su consultorio, ansioso por que la cita concluyera. Este señalaba las tres menos veinte de la tarde.

Clark pareció distenderse y mirándome indicó:

– Nunca antes había venido a consulta. ¿Verdad?

—No que yo recuerde—señalé con un poco de humor.

Enseguida Clark se puso de pie, cruzando la habitación con brío hasta uno de los ventanales; llevando en su mano la libreta que había tomado hace un instante. Abrió la cortina y apuntó la mirada hacia la calle.

Su comportamiento empezaba a desconcertarme, a lo mejor tenía un concepto preconcebido de lo que era una consulta psiquiátrica.

El ruido de la lluvia golpeando la ventana, era inconfundible y habitual. Seguí sentado esperando que Clark continuara.

Transcurridos unos segundos apartó los ojos de la ventana y avanzó tres pasos hacia mí, hasta detenerse para dirigirme la palabra; giré y lo observé con una sensación de impaciencia. No me gustaba sentirme indefenso a merced de una sesión que no entendía, esperaba que fuera solo una charla informal de unos pocos minutos, pero ahora era observado como un bicho raro por los ojos penetrantes de Clark;

quien giró y de nuevo inició a pasearse por el salón casi delirantemente. Tuve la tentación de salir corriendo, en lugar de eso respondí a una serie de preguntas que inició a formularme; las cuales parecían señalar en direcciones disimiles. Relacionadas con mi profesión, edad, familia, hoobies; gustos, enfermedades, entre otras cosas. Luego me pidió exponer las razones que me llevaban a acudir a esa consulta, mientras él tomaba atenta nota de lo que yo refería.

Al cabo de unos minutos regresó a su asiento, y rebuscó de nuevo en el escritorio, interrumpiendo la charla. Al instante con una sonrisa retomó el hilo de la sesión. Mientras descargaba una mano contra su barbilla y con la otra seguía escribiendo sus apuntes.

De pronto mi teléfono móvil empezó a repicar con insistencia, lo tomé para atender, dándome cuenta que era una llamada de Rita, pero Clark con un gesto me indicó que debía apagarlo.

Asentí sin menoscabo de su razón, pero de inmediato me sentí inquieto y agobiado por esa llamada. Entretanto, Clark solicitaba que siguiera detallando los pormenores de mi vida.

Cuando juzgué que no tenía más que decir, el inició a realizarme algunas preguntas bastante explícitas.

—¿Gabriel usted consume o ha consumido habitualmente alcohol o drogas?

—No—respondí sucintamente sin que mis labios lograran articular un complemento para esa negación.

—¿Tiene algún tipo de manía o adicción?—continuó Clark.

—La verdad doctor es que soy fumador—respondí— y eventualmente bebo una cerveza. Pero el tabaco es algo muy habitual—añadí en estricto rigor a la verdad.

Así continuó la charla por unos minutos más, alrededor de una hora; profundizando en algunos otros aspectos. Quise mencionar el asunto de la aparición, pero me sentí abreviado de hacerlo; considerando que dado el carácter científico de su profesión, no consensuaría conmigo en la veracidad de este hecho. Seguramente, más adelante, si es que decidía volver, lo comentaría.

– Intente recordar lo que hemos hablado esta tarde –sugirió Clark–. Pienso que podría ser un buen inicio para su

tratamiento. Por hoy. la sesión ha terminado. Nos veremos la próxima semana.

<¿La próxima semana?> pensé mirando al doctor <la verdad es que no me gusta esto. No lo encuentro benéfico>

Sin embargo, omití expresarlo y estrechando su mano, abandoné el consultorio.

—¡Gabriel! –llamó desde su escritorio, antes de que cruzara la puerta—pídale a Miranda que agende la cita para el próximo lunes a las ocho.

—Bien, doctor lo haré.

Terminaba la consulta, habiéndonos despedido y quedado en visitarlo de nuevo, de algún modo sentí que me serviría desahogarme con él, de pronto brotó una percepción de confianza, que al primer minuto de conocerlo no creí posible.

Salí del consultorio, e indiqué a la bella secretaria lo expresado por Clark, ella asentó la observación y entonces me despedí aproximándome y estrechando su mano. Para luego dirigirme al pasillo, subir al elevador y retornar al lobby de acceso, donde agradecí al portero regordete, marchando enseguida de regreso al apartamento.

CAPÍTULO XXXVIII, SALVANDO A UNA JOVEN MUJER

Instalado en el vacío de un universo solitario y privado, donde nada nuevo emergía, y la monotonía pintaba de silencio las paredes; transitó el acabamiento de la semana. Lo que si me resultó excepcional fue el conducir de mí parecer que se influía de anhelo por regresar a la consulta, y en mi mente extravagante surgía la causa de tal empeño, que, por supuesto, no eran Clark y sus consejos; sino que se vestía de forma femínea, de sensualidad y cadencia, y cuyo nombre en concordancia significaba fantasía, una maravilla de origen latino llamada Miranda.

Pero más allá de aquel impulso instintivo, mi mente se emponzoñaba de las partículas de dolor por la pérdida de Rita, quien se malgastaba en llamadas que yo jamás contestaría, era inevitable el dolor que con cada repique de su número se anunciaba, pero en ese instante singular de mi existencia, ignorar su suplica de perdón me venía más razonable.

Ya no le necesitaba, quizá el destino aguardaba para mí otros campos verdes y floridos, donde yacer bajo la apacible caricia de un cálido seno.

En este somero cosmos de emociones interfectas y renovadas, resurgían, claro, asuntos en acrecencia dramáticos: entre los cuales sobresalían dos nuevas revelaciones de contenido alarmante que ponderaban medidas urgentes de mi parte, y cuya grafía señalaba el advenimiento de conmociones para Treum.

La sola idea me inquietaba, y de confiarme en lo que había logrado hasta ese momento, el desenlace sería inevitable. Necesitaba idear otra estrategia, el blog definitivamente parecía haber perdido fuerza, y los seguidores con los cuales mantenía comunicación, de pronto se habían esfumado.

Esa misma semana recibí una llamada de mamá después de tantos días; creo que me hizo bien escucharla, pero a la vez resultaba intolerable saber que una vez descargara el articular, aquel hilo que nos unía se rompería de nuevo. Empero, hablamos durante varios minutos. Pero al igual que en conversaciones anteriores, sentí que ella solo buscaba dispensarse por su abandono y una sensación de culpa que arrastraba consigo. Y entre mis ahogos, a pesar de sentir las entrañas vacías, era yo quien terminaba por brindarle consuelo; entendiendo que la decisión de volver a estar juntos no dependía de ella y su débil carácter, el vaivén de sus palabras lo denotaba. No obstante, en su ardor de madre aseguraba que todo estaría bien y que podía contar con ella ¡Si supiera lo que realmente ocurría! Ni siquiera podía decírselo, no a menos que sus dicciones vinieran cargadas de alguna certeza, de lo contrario tendría que seguir solo en esa agotadora lucha.

En un momento llegué a sentirme desconfiado también de ella, no quería que fuera de ese modo, pero no estaba seguro de nada y empezaba a sospechar de todos.

—Adiós mamá—me despedí con rigidez.

—Cuídate Gabriel—dijo ella con voz entrecortada.

El voluntario destierro al que me había sometido tendría que acabarse, lo sabía. Máxime ahora cuando evidentemente mi tarea resultaba insuficiente, y sentía que me quedaba cada vez más solo. Este sentimiento me molestaba, destinado sin duda a buscar las soluciones requeridas; adentrándome en las propias calles de Treum. En ocasiones las voces en mi cabeza se tornaban totalmente diáfanas, y otras veces me sentía desconectado de todo; como si mi mente y mi cuerpo existieran en disímiles latitudes, donde mis pensamientos parecían emerger sobreexcedidos, sin lineamiento alguno.

En un momento los asuntos que antes me agobiaban parecían lejanos, resultando un alivio sentir que no alteraban mis emociones. Pero de pronto me invadía la ansiedad, una profunda tristeza sin origen que al instante se esfumaba. Al verme en el espejo ni siquiera conseguía reconocerme.

En cualquiera de estos contextos era como si personas distintas tomaran el control de mi cuerpo, era justamente en los momentos de lucidez, cuando algunas de esas voces certificaban la premisa de inscribirme en las noches oscuras y lluviosas de Treum, para cumplir a cabalidad mi misión.

Y precisamente siendo la noche del jueves me infundí de valor para adentrarme en la insensibilidad de esas callejas, y probarme a mi mismo de lo que era capaz. Tomé la camioneta y conduje por las oquedades de la ciudad, en una fluctuante resolución que me impulsó en dos, tres y hasta cuatro ocasiones, acercarme a las criaturas que como sombras erraban por los rincones de Treum. Sin embargo, resultaba más aventurado de lo que pensaba. Debía conjeturar su reacción, su fuerza; las garras que reemplazaban las uñas, con las cuales seguramente podían causar un profundo daño. Algunos de ellos gruñían al verme, sin duda la agresividad formaba parte del ser oscuro que los poseía; ya no eran personas sino monstruos y yo tenía que

entenderlo. Dudoso proseguí mi camino después de atravesar el parque de los Alcázares, avanzando por la rúa que conducía al viejo cementerio, adyacente a la estación oriente del tranvía, y abandonado hace algunos años, como un monumento al descuido. En un gesto muy propio de Treum. Un triste olvido de lapidas, cruces y nombres.

Sentía pánico, pero recobré el aliento y saqué fuerzas suficientes para precisar a ese pueblo impío a lanzarse hacia los pies sangrantes de nuestro señor Jesucristo. Sabiendo que nada cordial seria mi batalla, contra el sombrío regente que guiaba sus pasos hacia un mundo superficial y de pecado.

Estos seres oscuros abundaban en Treum, en cada rincón, por todas partes; despreciables aberraciones en cuya piel el reflejo de la maldad era patente. Ensalzados en su conducta pecaminosa difundían a los cuatro vientos las virtudes de la carne. Era una época brutal que solo hasta entonces yo mismo distinguía, y mal aconsejado por mi raciocinio había ignorado todo ese tiempo, pero mis ojos ahora veían con claridad diáfana.

Fue en la intersección de la avenida Plaza de Vijes, y autopista donde súbitamente encontré a quien sería la primera de mis seguidores; justo bajo la curvatura del puente, en medio de las sombras. Su rostro era casi infantil, aunque luego comentaría tener veinte años, su piel era ceniza y sus venas carmesíes. Era uno de ellos.

Permanecía sola en aquella saliente. Sus zapatos eran diminutos al igual que sus senos que se desnudaban bajo la blusa blanca y humedecida por la lluvia. Su cabello era negro, largo y ensortijado, caía hasta sus hombros cubriendo a su paso parte del rostro; la piel era de un tono plateado opaco, surcada por gruesos filones que trasportaban su sangre contaminada. Las formas femíneas alguna vez delicadas, ahora rodeadas por la maldad, la mutaban en otro engendro deforme.

La lluvia tintineaba sobre el asfalto mientras ella permanecía inmutable, como si no consiguiera verme a través de sus ojos pálidos. Pero al menor movimiento giraba la cabeza en busca del ruido, empero, su mirada no enfocaba a ninguna parte; era como un cadáver sepultado y extraído de nuevo para ser dejado en aquella esquina.

Entre sollozos suplicaba por ayuda. Era paciente, de mirada distante y temerosa; aparqué junto al cordón asfaltico y descendí de la camioneta acercándome a ella. Su dicción no era habitual y supe tiempo después al conocer a otros, que era esto característico en su enfermedad. Algunos eran lascivos, tal vez porque de ese modo podían contagiar a otros. Empero fui piadoso, le pedí que no me lastimara, pues tampoco yo le causaría daño.

Las circunstancias de aquel encuentro son confusas, como la misma noche caliginosa.

Recuerdo que al instante, de nuevo al interior de la cherokee, avanzábamos sobre el puente por encima del angosto canal de aguas. Evidentemente sufría, le ofrecí mi abrigo, y ella extendió su mano asiéndome por el brazo, la dermis era caliente como fuego, pero no quemaba, ni era esa la forma de contagiarse. Por tanto no era el roce sino la aceptación de la maldad lo que los convertía. Juntos avanzamos por el camino que conduce a los bajos de Cuenca, aproximándonos al viejo canal de San Ricardo, desde donde podía verse el reloj de la catedral anunciando las once menos diez minutos.

Treum estaba habitualmente oscura, silenciosa y vacía. Con la exigua luz del cielo extinguiéndose en lo alto y la lluvia bañaba los cuerpos de las entidades siniestras que surgían a nuestro paso.

Emergió desde las profundidades de su garganta una especie de rugido lastimero, prolongado, convulsivo y manifiestamente terrible; entonces la voz de la joven mujer se tornó en una exclamación vociferante. Frené en seco tomando distancia, completamente estremecido, mientras sus ojos decolorados apenas si lograban enfocar una mirada irregular y cristalizada. Sin embargo, me llené de valor, entendiendo mi profundo compromiso y obré lo posible por devolver la calma a su alma atormentada. Ahí mismo conseguí extirpar de su pecho la maldad que fluía entre mis dedos como una corriente espesa y caliginosa.

A partir de ese momento, quedarían atrás los días cuando recorría Treum estupefacto y despavorido, desde entonces salía de cuando en cuando a cumplir mi labor de salvar almas. Muchos de esos pobres extraviados accedían voluntariamente acompañarme; los gritos

y lamentos se habían ido. Ahí estaba yo de pie luchando por salvar tantos como pudiera, aun cuando resultara extenuante.

Claro está que esa primera noche luego de dejar a la joven mujer, en un lugar seguro y ser cristianado por el agradecimiento de su llanto catártico. Regresé al apartamento en medio de una crisis nerviosa, trémulo, sintiendo que miles de seres oscuros iban tras de mí; ahora la maldad lo sabía, conocía mi rostro y entendía que iba tras de ella.

Alterado aparqué la camioneta y corrí por el callejón para alcanzar las gradas. Abrí la puerta desplomándome en el suelo, en estado catatónico, sin poder lograr que mis músculos respondieran; como si estuviera desconectado del mundo, repitiendo frases que ni yo mismo conseguía entender. Así debí permanecer varios minutos, hasta ir recuperando lentamente la calma, sin que desapareciera por completo el ardor que en mi pecho había ocasionado aquel evento.

Necesitaba hablar con alguien, no para revelar lo ocurrido, sino para evitar sentirme solo. Lentamente logré impulsarme hacia arriba.

Saliendo del estado frenético y recuperándome de la rigidez de los músculos de mis piernas, logré lentamente impulsarme hacia arriba.

Todavía con miedo y mirando alrededor, hasta posar los ojos en el ventanal que se cubría de una niebla asfixiante; recuperé mi postura y avancé hacia el sofá donde me dejé caer de nuevo, sin lograr explicarme como lo había logrado. Encendí de inmediato la televisión en un canal cualquiera, tan solo para escuchar una voz distinta de la mía; pero al observar mis brazos, estos tenían restos de una sustancia que evidentemente apuntaba ser sangre. Empero, no era la mía. Debía ser de la joven, probablemente alguna vena había colapsado producto de la presión sanguínea; asqueado corrí hasta el cuarto de baño y estregué con fuerza para liberarme de aquella emulsión pegajosa y nauseabunda. Estuve a punto de vomitar, pero había tan poco en mi estomago, que un par de arcadas solo liberaron restos de bilis amarga en dirección a mi garganta.

El pasillo de regreso a la sala me pareció más angosto de lo habitual, como si aquel apartamento se redujera de tamaño a punto de colapsar, sin embargo, ensayé recuperar la calma, y liberar mi mente del horrible retrato de la jovencita luchando con vigor mientras era eximida del pecado. Mi cabeza se sentía aplastada por un grave peso. Un gran favor conferí a Treum esa noche, pero el costo era un tremendo agotamiento, y la incertidumbre por las represalias que traería consigo la maldad. Debía acercarme a Dios, lo indicado era buscar a unos de sus emisarios y quien mejor que John.

Tomé el teléfono móvil y oprimí la tecla de marcado rápido, había intentado comunicarme infructuosamente con él durante toda la semana, pero esta vez conté con suerte.

—Hola mi apreciado Dickens—saludó—¡Vaya hora! ¿Ocurre algo?

—Disculpa que llame a esta hora—dije apocado—percatándome de lo irracional de mi llamada.

–Descuida me alegra oírte después de tantos días, Gabriel. Solo que estoy bastante sorprendido. Dime qué pasa.

—No…no es nada grave—observé en realidad lo siento. Te llamo mañana.

—¡Vamos! Amigo, si no pudiera hablar te lo diría. ¿Cuéntame que ocurre? Sé que algo pasa, se nota en tu voz. ¿Siguen los problemas con Rita?

—La verdad es que no sé qué pensar sobre eso. Las cosas no van muy para mí, y los últimos días apenas si he conciliado el sueño.

—Pero y ¿fuiste a hablar con Clark?

—Sí, me reuní con el este lunes. Justamente por eso te estaba llamado.

—Sí, amigo lo sé. He visto tus llamadas. Pero no te imaginas lo que han sido estos días. Discúlpame.—indicó.

—Descuida, sé que tienes ocupaciones—observé—pero y cuéntame ¿cómo va todo?

—Bueno, que te digo…—se interrumpió de pronto—dame un segundo.

Al instante continuó.

—Bien, Gabriel, algo aquí y allá. Pero mejor por qué no vienes, este fin de semana y hablamos un rato.

—Sí, tienes razón. Te llamo antes, ahora sigue descansando.

—Claro, nos vemos. Adiós.

—Adiós.

<Todo va a estar bien> respiré al descolgar.

Mi mirada distraída se enfocó entonces en el ventanal, y tuve la ligera intención de moverme hasta allá, pero mientras avanzaba cambié de opinión, dando un giro y alejándome en dirección al cuarto. Necesitaba descansar, dejar de lado, al menos esa noche, mis grotescos miedos. Y aunque el apartamento, concretamente el cuarto me resultaba un lugar hostil, al reflexionar otra probable noche de desvelo; por alguna razón ya no me resultaba tan irritante como antes, de algún modo, aquel recuadro de ligereza arquitectónica era una fuente de protección.

Con andar cauteloso crucé el pasillo, luego de apagar las luces, para quedar atrapado en medio de la nevada noche; convencido que podría manejar la situación. Controlar mis temores, salir avante de la confusión que me guiaba.

Por supuesto, luego de inscribirme en el frio tálamo, el sueño vino intermitente, y las voces en mi cabeza resultaron una compañía lúcidamente dispuesta que acompañaba la vigilia.

En la mañana sentí un repentino cambio de actitud, luego de un café y unas tostadas; seguidas por la nicotina humeante del tabaco, tomé ventaja de mi aliento, para enviar algunos curriculum vitae, a diferentes oficinas de empleo. Enseguida revisé correos electrónicos, un par de mensajes de Rita, y otro de un seguidor de mi blog, en el cual me avoqué al segundo.

Con entusiasmo confié que mi estrategia surtiría algún efecto bola de nieve, por el contrario empecé a darme cuenta que el mundo no accedería tan fácilmente como yo esperaba. Y me vi sorprendido por una labor más espinosa de lo que calculaba. Con todo, no desfallecería en mi objetivo para que aquel cosmos espiritual produjera una impresión profunda y duradera.

Aunque tuviese que propagar el mensaje como fuera, por cada rincón de Treum, en residencias, centros educativos, universidades; por medio de folletos informativos, y también a través de correos electrónicos.

Pero por desgracia no recibir hasta entonces la respuesta que esperaba, me generaba una sensación de insuficiencia que me llevaba a dudar de la solidez de mi proyecto y el estremecimiento de que mi esfuerzo se derrumbara.

Empero, en el fondo sabía que la humanidad siempre teme aquello que no entiende y aun en los momentos más solitarios y críticos de mi encierro; razonaba cuántas vidas conseguiría salvar, puesto que contaba con la bendición de Dios. Ninguna fuerza oscura me dañaría, así, íntimamente ligado a mi convicción, me daba aliento para tolerar cada nuevo día.

<No tenia por que esconderme. Habían pasado semanas, desde aquel primer día. Y sabía que estaba conminado a hacerlo>

CAPÍTULO XXXIX, UNA PRODUCTIVA VISITA AL CONSULTORIO DE CLARK

Sólo había sido otra semana larga y monótona atrapado en aquel claustro tortuosamente instituido en un opaco destierro.

Llegado el lunes, puntualmente, a las ocho arribé a la consulta. Y a partir de ese día, cada sesión iría mejor que la otra, sin mayores sobresaltos. Aunque esa en particular llegó a convertirse en algún punto, casi en una lucha de voluntades entre médico y paciente. Empero, en adelante todo sería más fluido.

En la formalidad del saludo curioso del portero, una vez autorizado mi acceso me adentré de nuevo en el edificio. Tan pronto el elevador cerró sus puertas me atasqué en un nerviosismo inesperado, e inmediatamente el recuerdo de la bella Miranda se encajó en mi pensamiento.

Al minuto estaba golpeteando la puerta y su reconocible voz exclamó:

—Siga, por favor— desde el interior de la consulta.

La puerta se abrió y examiné con la mirada aquel despacho clínico.

Ella permanecía en su escritorio, y en breve yo estaba ante ella saludando. Luego nos quedamos viendo como si fuéramos dos viejos conocidos.

—Señor Dickens buenos días. Bienvenido.

—Hola Miranda. Que gusto verla—expresé sin miramientos.

Acto seguido me dio un recado que serviría de excusa para dejar fluir una conversación que me permitiera conocerla mejor.

Sin que ella misma me invitara, me inscribí en una silla ejecutiva frente a su puesto.

—Con permiso—dije antes de reclinarme.

—Claro, siga señor Dickens—invitó con un gesto tardío—El doctor Clark demorará solo un instante en arribar.

—Ya veo ¿Todavía no llega?

—No. Pero seguro ya debe estar en camino.

Nunca fui un mujeriego, precisamente por no haberlo sido, en algunas ocasiones perdí la oportunidad de entablar conversación con una bella dama. Pero esa era una oportunidad que realmente habría lamentado desaprovechar.

No resultó demasiado complicado entrar en conversación, a propósito de sus propias excusas por la tardanza de Clark. Y mi intención de suprimir de mi persona cualquier aura de demencia que me empujaba hasta ahí.

Ya en ese momento pensaba en invitarle a tomar algo:

<Creo que sería un poco osado>repliqué en mi mente, queriendo salirme por la tangente y continué sobre otro asunto.

—Yo…nunca antes había venido a este tipo de consulta— indiqué irresoluto.

—Descuide señor Dickens. Puede resultar extraño para algunas personas, pero siempre lo he considerado una actitud acertada.

Todos necesitamos a veces un buen consejo— afirmó con una sonrisa amplia.

—Bueno, sobre eso no dudo. Además tengo la impresión de que el doctor es alguien decididamente acertado. Resulta evidente por la elección de su asistente.

Ella sonrió.

—Seguramente, en eso usted exagera—dijo sonrojada.

—¿Por qué te sonrojas?—continué aprovechando la tácita oportunidad, que ella misma brindada de proseguir la conversación— Es algo natural anotar el privilegio de tanta belleza. Máxime cuando se tiene frente a los ojos y resulta innegable.

—Vaya que es usted un hombre galante, señor Dickens…

—Puedes llamarme Gabriel—interrumpí pleno de confianza— ¿o existe algún impedimento ético o algo similar?

Ella rio.

—No. Claro que no. Pero bueno, usted sabe que algunos pacientes son reticentes, respecto de la forma en la que una debe dirigirse a ellos.

—Bueno en este caso, Miranda, no me veas como un paciente. Porque creo que la única razón que me impulsó de nuevo aquí, esta justo en frente en mío. Claro, sin menoscabo de la profesionalidad del doctor.

La asistente se sonrojó de nuevo.

—Bueno, Gabriel, también es importante valorar las sesiones con el doctor Clark. Él es alguien con un verdadero talento— Más que mi jefe se ha convertido en amigo y consejero—reflexionó luego.

—Por supuesto, y reitero que no pongo en tela de juicio su saber. Pero acostumbro no mentir…

Justo en ese instante el sonido de la puerta nos tomó por sorpresa, irrumpiendo en medio de mi deliberación. Se trataba del psiquiatra cuya figura emergió bajo el dintel de la puerta.

—Buenos días— Saludó, apuntando su mirada hacia el escritorio.

—Buen día doctor—Respondió la asistente.

Y como un eco mi voz coreó el saludo.

—Hola Gabriel, disculpe la demora— observó enseguida el doctor, mientras se allegaba a nosotros.

—¿Algún pendiente?—consultó dirigiéndose a Miranda.

—Por el momento no—indicó ella— solo el señor Dickens, que lo espera hace un momento.

—Bien— exhaló Clark—sígame por favor Gabriel—invitó enseguida señalándome el camino a la consulta.

Y luego de inscribirnos en el salón cerró la puerta para no ser estorbados.

—Sentémonos aquí—señaló un área adecuada en un extremo, frente a uno de los ventanales. En la que había un par de cómodos sillones en cuero frente a una mesita de centro.

Así hicimos quedando uno frente al otro. El doctor hizo un breve silencio de meditación y luego habló:

—¿Cómo se siente Gabriel?

—Bien doctor.

—¿Hay algo en particular sobre lo que quiera hablar?

—No, en realidad no—observé.

Me miró con una sonrisa que por alguna razón calculé despectiva.

—Aguardé un momento—dijo a continuación—poniéndose de pie.

<Estos loqueros son todos unos charlatanes> comenté en mi mente.

Clark se adentró un instante en su escritorio rebuscando en un cajón y finalmente, regresó al sillón trayendo en su mano unas hojas con dibujos, que extendió de inmediato sobre la mesa de centro. Las cuales parecían más bien manchones de tinta.

—Haremos lo siguiente—indicó descargando diez láminas como esas, algunas eran a blanco y negro y otras de colores, pero todas coincidían en su vaga morfología; lo que parecía tornarlas especialmente sugerentes.

Las miré simplemente por seguir el hilo.

—Ahora observará detenidamente cada una de estas figuras e indicará lo que ve en ellas.

—No lo entiendo doctor. Explíquese—inquirí—son solo manchas de tinta.

—Justamente de eso se trata esta prueba Gabriel—explicó—examinará las hojas de forma sucesiva, me dirá lo que ve en ellas y en qué lugar se manifiesta esa forma que ha percibido.

—Ya entiendo, doctor—dije con gesto de admiración.

Finalizado el ejercicio, pasamos a otros temas en los que al igual que la sesión anterior, el doctor siguió consultando y pidiendome que ampliara aspectos de mi propia vida y relación con los demás.

Al principio percibí un denuedo artificial, casi arrogante en las palabras de Clark. Pero transcurridos unos minutos, estas se abrieron camino hacia la comprensión de mi mente. Era como si en realidad el doctor me conociera de antes y entendiera con nítida fluidez mi vida.

Entonces continuó hablando, haciendo una pausa innecesaria en algunos momentos; dejando que la ansiedad se arraigara en mis emociones. Conduciéndome inesperadamente hacia un pasado cargante.

– Evidentemente hay algunos asuntos que no le gusta tratar –espetó Clark–. Pero quiero preguntarle ¿Por qué lo prefiere así?

Me sentí desconcertado.

– Creo no entenderlo doctor ¿a qué se refiere?

–Por ejemplo, podríamos empezar por hablar de sus padres—señaló.

—¿De mis padres?—inquirí con cierta sorpresa.

—De sus padres biológicos, específicamente, señor Dickens.

—Me temo…que—vacilé—es un tema que prefiero no…

—Por favor corríjame si no estoy en lo cierto—persistió Clark—pero es usted hijo adoptivo ¿Verdad?

– Si lo soy –dije encogiéndome de hombros—y continué sintiendo que un dejo de furor me recorría el cuerpo— pero encuentro que pueden haber temas más importantes que ese.

– Es probable—aseveró él—pero no siempre podremos hablar de aquello que resulte agradable o interesante ¿verdad?

El doctor Clark hizo un breve silencio de meditación, luego habló.

—En ese caso, supongo que usted sabe algo de sus padres biológicos. Pero ¿coincidieron alguna vez?

—Le diré algo—expresé con molestia— independiente de que eso sea cierto, siempre he creído que padres son los que crían.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, pero no es casualidad que usted esté aquí, y necesitamos encontrar la raíz de sus conflictos—aseguró él y prosiguió:

—Así que ¿Entiende usted que quienes le formaron no son su propia sangre?

—Está claro que no tengo nada más qué decir—murmuré tajantemente.

Clark quedó un momento en silencio y luego acotó:

—La niñez suele ser la edad más oportuna, pero también la más breve—y continuó rumiando—Pienso que la sangre poco tiene que ver, si la formación y el afecto se abandonan por otros intereses.

—¿A qué se refiere? Suspiré con hastío.

Ya no quería seguir dando vueltas sobre ese asunto. No por miedo o tristeza, sino porque aquel secreto relevante para él, a mi me resultaba trivial. Empero, Clark insistía, tal vez, intuyendo un contenido fascinante y acertado en su observación.

Durante algunos minutos que percibí sempiternos, él siguió consultando y yo soltando con amargura mis respuestas; encadenado en el diván y observando con molestia al psiquiatra que escarbaba entre mis recuerdos, con porfiada fijeza.

—Mire doctor—dije con reciedumbre—lo único que busco es tener una vida normal, habitual, si se quiere rutinaria. Volver a ser el mismo que era.

– Para lograrlo va a necesitar ayuda Gabriel y todo el esfuerzo de su parte. Pero advierto en sus palabras e intenciones un importante avance—observó Clark.

—Para concluir –dijo–, es importante que esté en contacto con sus familiares y ellos conozcan su intención de buscar ayuda—luego finalizó con una sonrisa:

—Bueno, Gabriel, por hoy hemos terminado la sesión. Nos veremos la próxima semana.

Me incorporé del diván y me aproximé a él para estrechar su mano

—Que tenga buen día, doctor—dije despidiéndome.

—Hasta luego, Gabriel.

De a poco, dejé de lado la sensación de contrariedad que me cruzaba el ánimo, a causa de la conversación.

<Se supone que así debe ser>me dije antes de proseguir hacia el salón donde aguardaba Miranda. Al cruzar la puerta encontré en la sala de espera a una joven mujer y su acompañante, con los cuales la secretaria departía.

Apenas salí viró para observarme, y de inmediato dirigiendo su atención en mí persona inició a conferenciar con tono amable:

—Gabriel, ¿Cómo estuvo la reunión?

—Bien Miranda. Gracias—dije apocadamente, mientras la joven que aguardaba sentada en el sillón, y el hombre que le acompañaba, me observaban esbozando una sonrisa de cortesía.

En ese instante repicó el receptor sobre el escritorio y la sensual asistente atendió al segundo el llamado.

—Si doctor, claro—dijo—enseguida.

De inmediato dirigió su mirada a los visitantes.

—El doctor los puede atender ahora—indicó señalando la puerta de la consulta.

Y en la prolongación de sus palabras viajando por el viento, la pareja, con dominante pasividad se desatascó del cómodo sofá; abriéndose paso en el salón, al mismo tiempo que yo me allegaba hacia Miranda. Finalmente, sus siluetas se perdieron tras la puerta que suavemente se cerró y quedé a solas con ella, a solo un par de pasos.

—¿Puedo sentarme?—consulté descargando una mano sobre el respaldar de la silla.

—Claro, sigue—señaló la secretaria con un gesto.

Estando frente a Miranda, la idea de cambiar mis juicios, razones y angustias tomaban un inesperado brío.

La frecuencia de mis pulsaciones cardiacas se alteraba, y la idea de invitarle a salir tomaba forma, en contra de mi propia tendencia y maneras. Inquieto ante la idea de su rechazo, la urgencia de las palabras escaseaba. Pero el genio de la expectativa abrió mis labios para darme un envite de necesaria confianza; entonces sus ojos expresivos me observaron fijamente y vuelto de mi desconcierto pensé en la mejor excusa.

— Se supone que no debería estar lloviendo—dije.

—¿Por qué lo dices?—examinó ella.

—Pues…acabo de ver el sol brillando justo en frente mío—indiqué en clara alusión a su belleza.

Su rostro se pintó de rubor, sin embargo, rió tácitamente complacida.

Entretanto, y a pesar del evidente home run y la cálida charla; me sentía nervioso y emocionado. Tanto que no atinaba que otra cosa decir, o como dar el siguiente paso, que me pusiera sobre el sendero de una invitación a cenar o cuando menos tomar un café.

—A propósito Miranda—continué— ¿tienes planes al mediodía? O algún admirador que te espere. Aunque no sé si eso deba darse por descontado, puesto que una mujer tan bella seguramente no sale sola.

—¿Por qué la curiosidad?—inquirió ella sonriendo.

—La verdad, lo pregunto para saber por dónde empezar para invitarte a tomar un café o alguna otra bebida—indiqué con los ojos a punto de saltar de sus cuencas.

—No hace falta que se moleste. Ya ha sido bastante amable. Además estoy acostumbrada a arreglármelas sola—espetó ella arrugando de inmediato la frente y cambiando el tono en su voz.

Eso me desconcertó, y concluí que a lo mejor había resultado demasiado porfiado; de modo que me vi impelido a excusarme:

—Te pido disculpas si mi propuesta te incomodó, no era mi intención hacerte sentir presionada. Además te aseguro que…

En ese momento repicó el teléfono y ella desvió la mirada acercando su mano al moderno aparato.

—Consultorio del Doctor Clark, buenos días…

Cuando concluyó la llamada me puse de pie para despedirme, evidentemente menguado en mis intenciones ante su inesperada reacción.

—Bueno, creo que debería irme—suspiré con paciente resignación.

En ese instante ella giró para observarme con sus ojos penetrantes y de pronto sonrió mientras tomaba mi mano.

—Gabriel las casualidades no existen, por alguna razón encuentras a alguien en la calle, en un despacho, en la fila del bus, y al mirarlo a los ojos quedas a solo una murmuración de conocerle y entrar en su vida. No tomes a mal lo que dije. Es solo que no quiero que te molestes o te formes falsas expectativas.

—Pero Miranda invitarte un café no es en absoluto una molestia —insistí—.Además, no pretendo nada diferente de conocerte un poco mejor.

—Bueno, es que no lo sé…—dudó ella.

—Vamos— exhorté

—¿A dónde? —preguntó ella.

—A cenar fuera, tomar un refresco, lo que tú quieras —respondí.

—¿Dónde? —preguntó de nuevo. Esta vez delineando una nueva sonrisa en sus labios.

—A cualquier lugar, simplemente salgamos, ya encontraremos algo—observé.

—¿Siempre actúas igual?—examinó.

—Te aseguro que es la primera vez que resulto tan persistente ante alguien—aseguré— Así que iré hasta el sillón—dije señalándolo y enseguida proseguí—me tumbaré sobre él y esperaré a que el ultimo paciente de la mañana deje la consulta.

Miranda no pudo contener una risotada, que se esforzó por disimular cubriendo sus labios con una mano.

—¿Qué dices?—indagué.

—Está bien, pero ahora vete, antes que venga el doctor Clark— emplazó ella.

—¿Es eso, un sí?—confirmé.

En ese momento tomó del escritorio un post it y un esfero con el cual anotó un número móvil.

—Gabriel, este es mi número personal—respondió— cuando quieras me llamas, no descarto aceptar tu invitación, y tal vez tomemos algo uno de estos días; si es que sigues con la misma idea.

—Por supuesto, que lo haré—dije tomando el papelito y guardándolo en el bolsillo de la americana que llevaba puesta.

Aunque mis planes no habían ido del todo como pensaba; no encontré en sus palabras un implícito rechazo, y henchido de ánimo me despedí, dejando la consulta y ratificando que le llamaría.

CAPÍTULO XL, DEL NACIENTE INTERÉS EN MIRANDA

Esa mañana al cruzar el paso de salida del edificio, que me condujo hacia la lluviosa calleja; sentí una vaga sensación de alivio. El sonido del golpeteo de las gotas, sobre cada superficie rígida que instituía el suburbio ya no resultaba molesto. Pero al mismo tiempo me inundó la sensación del rapto de mi alma; en la azarosa idea de la soledad e inquietudes que se diferían: el viejo apartamento y el remedio que sus paredes me negaban, mis maltrechas finanzas; los días distantes de mi relación con Rita, las altas murallas de Treum que se erigían como una reclusión para el alma. Era la ambigüedad de lo pleno y lo apremiante, entre las nuevas expectativas que planteaba la bella asistente de Clark y las restricciones de mi vida, que una breve y agradable platica obviaban de mi pensamiento.

La gélida brisa me lisonjeaba con su ventear solícito, y el sonido de la borrasca era como el susurro emotivo de los lobos, averiguando por su manada. Una tonadilla sostenida, nostálgica y profunda que atraía las grafías misteriosas, de una ciudad sumergida en las tinieblas. Entonces yo mutaba en un macho aislado y solitario que en su quejido buscaba escapar de la amenaza.

Inspiré buscando mi camioneta a pocos pasos de distancia. El frío se me acuñaba entre los pliegues de la chaqueta, y distraído

avancé hasta hacerme eco en el bramido intenso de una ambulancia, y un par de cláxones ansiosos. Era la disonancia de notas, eufonías, voces y colores que convivían en una inesperada lluvia interminable. Al subir a la cherokee dejé al tope los vidrios, desertando afuera aquel germinal caos; volví la mirada a la carretera seguro de lo inevitable de mi destino.

¿Acaso Miranda me devolvería a la cotidianidad de mis tardes? Era difícil saberlo, apenas si hallaba una traza de formalismo en aquel número telefónico anotado en un post it.

Respiré dos veces sacando de mi sistema la oscuridad de mi desvelo, y en treinta minutos calculé el tiempo para volver a casa. Todavía seguro que las cosas podían resultar mejor, a pesar de todo.

Era consciente que tendría que hacer algunos cambios en mi vida, en la cuantificación de mis pendientes sociales y laborales; entre los cuales se incluía todo aquello de la revelación, cuyo lineamiento todavía no conseguía definir. Aunque me negara, por supuesto, los propios incidentes del azar me ubicarían una y otra vez en dicho escenario.

Mientras meditaba, en lugar de ir a casa, a medio camino tomé la ruta que conduce al centro, hacia la vieja zona de comercios; donde aún quedaban un par de oficinas de arquitectos, con los cuales había colaborado meses antes. Necesitaba cuanto antes acertar una excusa que me situara de nuevo en el escenario laboral y eso hice. Pasé por ambas firmas, saludé a viejos conocidos, y entre bufonadas gasté un par de horas; participando del juego de exhibir las opiniones, formación y conceptos. Sin sugerir en momento alguno, mi imperiosa necesidad de estar en aquellos lugares, después de todo, esto de la arquitectura es un asunto de influencias y consideré razonable, revelarme como un profesional capaz de contribuir y no por el contrario de arponear proyectos.

Al parecer deje una buena impresión entre aquellos colegas, de los cuales me despedí con la misma fina sutileza que había aparecido; no sin antes subrayar en medio de risas la idoneidad de mis capacidades. Por supuesto, y ante sus ojos, no por mera necesidad sino

más bien por un vigor altruista que me impulsaba a colaborar con otros y legar mí profunda erudición.

Confiaba que mi altisonante acto rindiera sus frutos en breve, pero apenas crucé la puerta de la segunda de las oficinas; dude que alguien en dichas sociedades prestara atención e hiciera hueco en sus escritorios, para alguien que apenas si habían visto en semanas. Además mi propia experiencia sugería que la mella política y económica de los últimos tiempos, convertía la profesión del arquitecto en una escandalosa rapiña de supervivencia y no en el bello arte que siempre ha sido.

Al llegar a casa mis pensamientos enfermaban de claror. En ocasiones sentía que mi razón era manipulada por una fuerza externa; como un pasajero que de pronto asaltaba mi puesto, para mutar en el conductor de mis actos.

Una parte de mi decía que no prestara atención a este asunto, pero otra emergía moderada y parecía increpar una alerta inminente. Empero, no conseguía echar de ver el origen de estas emociones. Por tanto, mi distracción era retomar algunos contactos de correo y redes sociales y como un despistado que se aviene de la nada; dejar un mensaje para ellos. Con mis seguidores era otro asunto, de pronto, algunos parecían entusiasmarse con mis temas; el blog se multiplicaba de visitas y unos cuantos mensajes empezaban a ocupar espacio en el inbox.

Ya en la noche, sintiendo un poco de hambre, decidí salir a conseguir un emparedado y comprar unos cigarros. Abandoné el edificio y enfilé hacia el autoservicio más cercano; al llegar estacioné en la bahía habilitada para dicho fin, y enseguida salí del vehículo. Pero apenas me di vuelta me encontré con la inesperada mirada de un hombre, que a un par de metros me observaba. En un principio deduje que sería algún tipo de valet parking contratado por el establecimiento, sin embargo, al repararle detalladamente me encontré con un hombre de imagen majestuosa; vestido galantemente. Con cierto halito de sofisticación que lo envolvía, y evidentemente afectado por la marca de la maldad delatada en su fisonomía.

En ese momento me causó curiosidad saber que no podía distinguir si alguna vez habían sido negros, blancos, amarillos, indios o de alguna etnia; puesto que el tono de su piel los hacía idénticos. Eran como una nueva especie desconocida, capaz de las peores aberraciones.

Sus grandes ojos me miraron fijamente, pero el color de estos era como mármol, carente de vida. Aunque extrañamente podía percibir el lugar en el que yo me encontraba, y contrario a los que viera anteriormente, este se dirigía a mí con educada dicción, haciéndome saber que también él conocía el mensaje, y así quiso revelarlo, clamando luego por mi ayuda.

No obstante, tuve que desistir de mi impulso inicial por socorrerlo, al intuir que podría tratarse de una trampa tendida por el aliento inicuo que gobernaba Treum. A pesar de su insistencia me negué a participar en algo que se ataviaba de recelo; de un juego que podía resultarme peligroso. Sus exhalaciones jadeantes manaban hacia mí un olor putrefacto y solo hasta refrendar la firme decisión de ingresar al market, que emergía en mi pensamiento; conseguí que abriera paso. Mientras me alejaba olfateó como una bestia que husmea la cercanía de su presa. Pero en lugar de la agresión que calculé factible, dio media vuelta y se alejó con avanzar paciente. En ese momento me sentí inusualmente sacudido, tal vez esas infelices criaturas clamaban por una ayuda que solo yo podía brindarles.

Levanté la mirada viéndolo alejarse y me vi tentado a llamarlo y decirle que esperara, pero al instante desapareció de mi vista. Viré de un lado a otro buscándolo en medio de la noche relucida por la luz del almacén, sin lograr hallarlo.

Luego sacudí la cabeza con desazón, comprendiendo que mi labor era un asunto de veinticuatro horas, y que tendría que ser pertinaz en mi tarea.

No puedo negar que sentí un fugaz remordimiento, no obstante, con sutileza proseguí mi camino adentrándome en el local de víveres.

Después de todo, la amenaza seguía latente en cada esquina y habría momentos en los que, seguramente, nada podría hacer. Con ese sinsabor regresé al apartamento luego de las compras.

En la noche después de removerme en la cama con la ansiedad del insomnio, conseguí dormir un par de horas, en los minutos en los cuales una profunda oscuridad se anteponía al alba. Durante este letargo narcótico tuve misceláneos y confusos sueños. Al despertar recordé vívidamente uno de ellos: se trataba de un recuerdo de infancia olvidado hasta entonces. Una tarde, siendo aún pequeño, solté la mano de mamá, y terminé por extraviarme en el almacén que visitamos ese día; hasta ser encontrado por una hermosa y joven dependiente del lugar, quien al verme sollozante, esbozando una sonrisa y extendiendo su mano exclamó:

—No te preocupes. Vamos a buscar a tu mami.

Luego, me condujo hasta un punto de atención, donde mortificada aguardaba mamá. Al verla me lancé en sus brazos y ella me cobijó bajo su abrigo. En ese instante giré para agradecer a la muchacha, pero solo había dejado el eco de su voz llevada por el viento hasta mis oídos.

—¡Nunca más estarás solo!

Aquel sueño me hizo rememorar el semblante angelical de la jovencita, sus cabellos largos y sus ojos tristes. Era el mismo rostro de la mujer de las visiones. Pero no podía ser, era solo un juego de mi mente.

Al día siguiente mientras me debatía entre morir de tedio, o marcar el número de Rita, sin lograr que John respondiera mis llamados. Me la pasé la mayor parte del tiempo escribiendo en el blog y revisando las páginas de empleo en la intención de aplicar para algunas vacantes afines con mi profesión. Como la mayoría de los días ese también se convirtió en el lamento de un solitario.

Cada tanto daba una ojeada a la televisión en busca de la distracción infructuosa de sus anuncios, oyendo las machacadas noticias; las quejas y lamentos de una urbe decadente, atrapada entre la cruel conducta de sus habitantes. Corrupción y sexo que se hacían

concubinas de un estamento infecto. Y en su repaso avivaban la llama de mi deber, mi adeudo por abofetear el rostro de la maldad.

El singular espacio del piso que refugiaba mi cuerpo, se fusionaba con mi piel. El ventanal me esperaba en la distancia susurrando el nombre del pequeño Michael, ¿Qué habría sido de su vida? de Rita ¿se habría olvidado de mi? de mi madre ¿estaba mejor sin tener noticias de su hijo? de John ¿su último favor era dejarme en manos de Clark?

Desfallecía entre los pensamientos de un acaso realmente infortunado y al parecer mi vida cotidiana se resumiría en una charla psicológica, una vez por semana. Entonces escuché entre el terrible silencio irrumpido por el murmullo de la televisión, el propio latir de mi corazón como un impulso asesino; un agitar colérico que irrumpía en mi pecho y lanzaba a borbotones sangre hacia mi torrente sanguíneo, una descarga de adrenalina, de furor y de rabia. ¡Estaba jodido!

En el ojalá de mejores venturas, me imbuí el resto de la semana entre coloquios virtuales con mis seguidores; algunos pocos que lentamente se entusiasmaban y sentían afinidad por mis conjeturas religiosas.

Inspiraba hondo una bocanada de humo, y tomaba varias tazas de café durante el día. En las noches de insomnio también procuraba hacer de mi tiempo un algo útil, y crear algunos volantes con información de la revelación para iniciar a repartirlos en diferentes puntos de la ciudad. Además escapaba de mi amargura, distrayéndome en las noches brumosas de treum, en busca de almas necesitadas de auxilio, aun así, nada de eso parecía llenar el vacío de mi existencia.

Y en la coincidencia de algunos hechos ignorados por la mayoría, que a la postre tendrían que entender por si solos. Aguardaba el momento de regresar a la terapia con Clark, y reencontrarme con el único pábulo que me impulsaba a ello: compartir algunas palabras con aquella morena esbelta, de labios epicúreos y formas voluptuosas; quien tan solo me prodigaba algún breve comentario benévolo, evitando seguramente estorbar la ética de su labor o quizá en la cábala de no inmiscuirse con el tocado paciente de su jefe.

En la siguiente terapia con el psiquiatra, aunque busqué acercarme a ella, Miranda, liberó en el ambiente de la consulta una conducta peculiarmente distante; disímil de sus habituales maneras. También esa semana se había negado a responder mis llamados, un par de ellos. Sin que yo intuyera la razón de su distanciamiento, pero sentía que en realidad el asunto pasaba por una simple política de no asociarse con los pacientes de Clark. Estando al corriente en mi poca experiencia sobre el tema, de las reservas que en ocasiones se tiene en la relación, personal médico y paciente. Prefería creer eso a conjeturar un tajante rechazo de su parte.

Empero, aunque intenté acercarme a ella para aclarar mis dudas, tuve que conformarme en el ejercicio de seguirla con la mirada a través del corredor central que conducía al despacho del doctor. Me sorprendió darme cuenta que era aun más bonita de lo que imaginaba: su frescura, sus cálidos movimientos; el aroma de su perfume, y ese halo de misterioso femenino que la envolvía, y que se perfeccionaba en su espalda desnuda bajo un escote pronunciado. Esa mujer realmente empezaba a interesarme, mucho más que las sesiones con Clark, algo inútiles desde mi perspectiva.

CAPÍTULO XLI, DEL RITUAL DE LOS CONDENADOS

Los días siguientes la providencia se presentó ambivalente, por una parte escasearon las opciones labores, pero de otro lado un inesperado envite fortaleció mi tesón de divulgar el mensaje. Opté por seguir mi propia doctrina con tanto rigor como podía y hacerla parte de mi vida cotidiana. Y en un nivel de entrega que jamás habría imaginado, no tardé en acertar el resultado de mi sacrificio. Al cabo de poco tiempo la comunidad pareció iniciar a entender la importancia de mi mensaje y la penitencia que ello requería. En los diversos niveles de la sociedad empecé a encontrar adeptos que, tímidos se acercaban para avocarse a la revelación. Parejas de esposos, comerciantes, jardineros; vecinos y cualquiera que en su momento hubiese sentido la

necesidad de un cambio o interpretado las señales de un nimbo pérfido acechando a la comunidad. No tardaron en llegar algunos de ellos hasta mi puerta, aquellos que optaban por la austeridad de las creencias y compartían mi meta de instituir una mejor sociedad; incluso si hacerlo resultara una verdadera proeza. Esta respuesta fue la bocanada de aliento que tanto había esperado, ya no me sentía solo, ahora otros sabían de los tiempos oscuros que regían a Treum; los dramas que aquejaban la ciudad. Así mi diligencia en medio de aquel dogma se vio fortalecida.

Las palabras de la mujer de las visiones hacían eco en mi cabeza, vigorizando mi compromiso:

"*Sabrás cuanta maldad existe en sus corazones, cuando en su piel veas el color de la muerte*"

Esa misma semana programé la primera de las reuniones. Asistieron cuatro personas, lo establecí de ese modo y mi estrategia fue hacerlo siempre con esa cantidad. No sentí temor al verlos. Algunos de ellos luchaban contra la maldad que rondaba perversamente su ser y su conciencia, y se revalidaba en el antipático aspecto de su piel. Fue así como corroboré mi pensamiento inicial, en la exaltación del deber cumplido. Con el corazón atenuado por la compasión, dejando de lado el estrés y con la ansiedad de fumar reemplazada por el calor del cobijo que velaba mis pensamientos. Casi que gimoteaban por ayuda para liberar su suplicio, entretanto, yo prestaba toda atención a las instrucciones que como las grafías de un manual se inscribían en mi mente.

En un acto de simpleza, inicialmente, tomábamos el liquido de vida, que nacido de la naturaleza unge al hombre y a la señal establecida, nos sentábamos pacientes formando un círculo tomados de las manos; conmigo en medio de ellos.

Esa primera sesión resultó, claro, un tanto confusa y agitada dada mi inexperiencia, pero de ahí en más, todo fluyó con naturalidad. De pronto se escuchaba una especie de silbido frenético que escapaba con agitación de sus fosas nasales, las lágrimas se apretujaban en sus ojos; se agolpaban como un nudo en la garganta. Luego de una breve espera se tornaban conformes entre leves estertores; una, dos, tres

veces hasta emitir de nuevo un largo quejido que se hacía cada vez más corto. La visión recuperaba su aspecto, los ojos se enfocaban y la cabeza se abatía levemente hacia el suelo; seguido en menos de cinco o seis minutos, paulatinamente, el color platinado se esfumaba, dando paso a una palidez que de a poco se matizaba del color purpúreo natural del cuerpo y la dermis parecía tornar a su estado normal. Entonces mi voz profería dicciones inéditas, venidas extrañamente de un lenguaje desconocido. La convulsiva presión de sus cuerpos y sus manos temblorosas, pronto retornaba a la normalidad, y yacían pacientes esperando recuperarse. Al final el cuerpo tenso se relajaba por completo.

Nunca…nunca olvidaba la sensación de alivio que aquel acto de fe me prodigaba. Cada rostro, cada sonrisa de agradecimiento.

Luego me daba vuelta para contemplar la cara expectante de mis seguidores, a punto de estallar en llanto, conmovido; extasiado de mi propia palabra.

Ahí estaba casi adentrándome en sus entrañas, sanándolos por su propia decisión; descifrando de pronto el enigma que me había agobiado durante semanas. Aquel mensaje cifrado que en cada nueva reunión se revelaba concluyente.

Ellos parecían desconcertados al principio. Luego...solo puedo recordar que ya no estaba ninguno, habían vuelto a su hogar en paz con Dios, libres de pecado.

Con el tiempo, casi espontáneamente desarrollé un talento, un impulso innato para comunicar las revelaciones; reafirmando cada vez más mi convicción, hasta ascender a un sitial digno, constante y tenaz, capaz de superar los múltiples obstáculos. Mientras la masa burguesa se revolvía en sus orgías de ambición, y como figuras fenecidas, la tonalidad ceniza y venas fulgentes revelaban el grado de maldad que anidaba en sus corazones.

No tardó Treum en convertirse en una ciudad miserable, digna de su perversa interpretación de los valores morales; acosada por la repugnancia y la indecorosa conducta de sus ciudadanos. Erigida como otro símbolo del vicio y la veleidad que trae consigo rendirse ante entidades malignas. Su indigno devenir empujaba a Treum hacia

el abismo y la condenación eterna. Algunos, claro está, habían elegido su yugo, y aceptado la deshonra de desviarse del camino espiritual, pero sus censurables conductas terminarían por lanzarlos de rodillas, suplicar y justificar sus imperdonables actos.

En algunos casos la maldad provocaba tanto daño que el cuerpo no podía siquiera contener la desmedida cantidad de sangre que emergía desde los vasos sanguíneos. Y al poco tiempo el enfermo moría ahogado en su propia sangre, en medio de espantosas convulsiones, hasta sumirse en un final desvanecimiento.

Por supuesto, que el ayuntamiento no era ajeno a esto, pero la corrupción de los regentes concertados en sus butacas de oro y amancebados con los espíritus malignos, acrecentaba la criminalidad reinante. Treum se sumía en la agitación y la inminencia de la muerte, engendrada de la más profunda inmoralidad.

Empero, mi certidumbre espiritual obraría la superación de muchas de esas almas errantes. Y a pesar de la extenuación corporal, del vicio del tabaco, de la pasión por mi trabajo; eso era algo más que una observación: era el resultado de una experiencia íntimamente vívida, la fórmula de la vida y la gloria en la obra de Dios.

Capaz de asentir una profunda compasión en mi ser, y en la facultad de perdonar sus actos, preparé mi estratagema bélica contra las fuerzas del mal. Aquel milagro de vida que me revelara la mujer de las visiones, hablaba sobre asuntos que tácitamente se sucedían; era irrebatible que el otrora acento de misterio se revelaba a hora como evidencias cotidianas.

Entonces pude renacer con nueva dignidad y vigor, y apreciar la simpleza de la obra del creador; asentando mi propio sello sobre ella. Más allá de todo conocimiento, y lejano de cualquier apatía, extraje de sus corazones la agobiante maldad que demolía su existencia.

Desde ese momento trabajé hasta el límite del agotamiento, en medio de sueños abrumados; sintiendo que mis parpados caían anhelantes de un sueño que rehuía su cobijo. Con todo, me mantuve firme, erguido en mi intención moralista de dar aliento a esas almas poco favorecidas; exigiendo su voluntad para luchar contra el poderío

inicuo y administrarse hacia los senderos espirituales como única vía de salvación.

Retomando lo que dije antes, esa semana tuvo un matiz ambivalente. Siendo el día jueves, recibí una llamada telefónica.

—Buenos días, con el arquitecto Gabriel Dickens—saludó simpáticamente una voz femenina, mudándome hacia aires disímiles sobre quien podría ser mi interlocutor.

—Sí, con el habla.

Pero enseguida dejó escapar una risotada delatando la trastada.

—Hola Gabriel, hablas con Camila la asistente de John— No aplazó por más tiempo la elocuencia en su saludo.

—¿Que tal Camila? –Respondí riendo—La verdad me agarraste. No logré reconocer tu voz. ¿Pero y como va todo? ¿Qué puedes decirme de mi apreciado amigo John?

—Bueno, justamente por eso te llamaba—observó ella—el pobre John anda tan atareado que apenas…

En ese momento las palabras de la asistente se enredaron como si el auricular fuera una barricada que impedía su escape.

—¿Camila…Camila? ¿Hola?

—No…te…escuc…John…¿Hol..a Gabr…i..el?

—¿Camila me oyes?—retiré la bocina de mi oreja y le di una sacudida al teléfono, queriendo recuperar la llamada.

—¿Hola?

—Hola Gabriel ¿me escuchas?

—Sí, ahora sí. Parece que este aparato está fallando ¿me decías?—indiqué.

—Sí, digo que ya sabes cómo anda de ocupado últimamente—observó en alusión a John—y últimamente lo he notado mas ansioso de lo habitual.

—¿Por qué lo dices? ¿Has notado algo extraño?

—Bueno no. Ya lo conoces siempre tan reservado—señaló—pero no era esa la razón de mi llamada.

—Bueno, entonces dime ¿a qué debo el placer?

—Pues, esta mañana antes de salir lo noté preocupado—dijo Camila—no entendí muy bien lo que dijo al despedirse—continuó—

pero creo que deberías venir a verlo. Sé que son buenos amigos, por eso me atrevo a pedírtelo.

—Bien ¿y cuándo?

—Por eso te llamo ¿has hablado con él estos días?— farfulló la asistente— a veces cuando está en su despacho, parece tan distante y otras tan agitado.

—Ya veo—mascullé— Pero la verdad no he podido comunicarme con él estos días.

—Ya sabes, puede que no sea nada—prosiguió ella—creo que carga demasiados asuntos en la cabeza.

—Puede ser. Quizá tengas razón, debería ir a visitarlo. Este fin de semana lo haré ¿sabes si estará?

—El sábado seguramente lo encuentras.

—Bien, eso haré. Agradezco tu llamada Camila.

—En absoluto, soy yo quien agradezco el haberme atendido. Gracias Gabriel y que tengas una buena tarde.

—Adiós Camila—dije pulsando el botón que finalizó la llamada.

Ya saben cómo es esto, a veces pensamos que los inconvenientes solo revolotean encima de nuestra cabeza. Aunque esta vez sentí que debía visitar a mi amigo y conocer el origen de su agobio.

El viernes fue un facsímil de la mayoría de mis días. Ocupado en escribir una líneas a mis seguidores, y hacer antesala a la caída de la noche; para salir y dejar algunos volantes con información del mensaje, en mercados, centros educativos y parques. Para luego consagrarme a la búsqueda de las mutaciones humanas, esos mismos rasgos deformados que antes me generaban una sensación de pavor y que ahora resultaban una llamada de auxilio.

Ya en la mañana del sábado, luego de atender mis compromisos previos; preparar una cena rápida en el mesón y atorarme de afanes en el mesón de la cocina. Enjuagué mi boca, me calcé la americana y me dirigí a la parroquia.

Al salir, luego de descender rápidamente los escalones, mis pasos recorrieron el espacio lineal y ceniciento que en su colofón se

incrustaba en el extremo la avenida; la cual desacordaba sus formas para dar espacio a la bahía asfáltica, donde descansaba mi cherokee.

Una vez conquistada la distancia, con el reflejo de mi cuerpo anunciando mi arribo, de inmediato subí al coche y dispuse la marcha.

Las calles se embebían de agua como una vieja esponja que no resistía mas liquido, y que a chorros lo dejaba escapar por los desagües. Al cabo de veinte minutos estuve en la parroquia. Transitaba la mañana camino al mediodía, y pude llegar antes del tiempo calculado gracias a los minutos que ahorré tomando una ruta distinta. Se trataba de un desusado trayecto que desembocaba en la parte trasera de la ermita, donde se formaba una concavidad de pilares erigidos tiempo atrás, para encumbrar un espacio de turismo histórico; proyecto abandonado a medias, que había transfigurado en un adefesio yuxtapuesto a la ya maltrecha arquitectura de la ciudad. Mientras reducía la velocidad, ahí junto a una de las seis columnas que se erigían señalando al cielo, con extrañeza divisé a un hombre acompañado por un pequeño niño.

Inicialmente, concluí que se trataría de un padre y su hijo que departían en aquel lugar. Pero durante un segundo, me pareció reconocer las formas de aquella silueta masculina, cuando acababa de girar en una espiral en la cual debía estacionar la camioneta; puesto que aquella era una antigua vía rematada en ese punto, sin enlace con las avenidas principales aledañas al templo.

Me detuve y salí del vehículo, girando de inmediato para atender la escena que se sucedía entre aquellos asociados y sus asuntos domésticos.

Pero entonces mis sentidos se aseguraron sobre un retrato que envió una andanada de horror por el torrente sanguíneo de mi cuerpo. Simplemente no podía dar crédito a lo que veía.

Mi corazón sabía que aquel infortunado hallazgo supondría un cambio radical en la existencia de Treum, la de sus habitantes, la mía propia. Y que de nada servía mi momento de apócrifa gloria, cuando valorara las implicaciones de aquello a lo cual mis tardíos pasos me acercaban, refrendando la consternación que quería anular de mi cabeza. Aquel hombre acompañado por el pequeño niño, era John.

Entrecerré los ojos y miré con fijeza para borrar cualquier espejismo que probara jugarme la peor de las trastadas. Por la ubicación del pilar ninguno de los dos conseguía verme, y tampoco parecían haberse percatado del arribo de la camioneta.

Cuando finalmente me interrumpí frente a ellos, encontré el contexto más grotesco que mis ojos apreciaran: la mano del niño sosteniendo la fuente inapropiada del sexo del adulto; quien con una expresión plácida en sus ojos se distraía en el afán de aquel quehacer impúdico.

<¿Qué debí imaginar? La explicita escena por si misma describía todo>

La enfermedad que se alivia en la inocencia, el ejercer más vil de un corrupto; que fácilmente embelesa de maldad en una lozana e inocente alma que confía en su autoridad moral, sin atenderse del proceder maligno de su carne.

En la acentuación de la rabia no logré contener la tensión que recorría mis sienes como fuego avivando mi cabeza.

Argumentos no faltaron para mi inmediato devenir y cerré un golpe contra su mentón, cuyo movimiento liberó un crujir y envió una bocanada de vapor incoloro hacia mi rostro.

El segundo golpe fue como un rayo impactándole el pecho, seguramente, causando un dolor que debió colarse por las costillas hasta los pulmones. No conseguía interrumpirme y mis pensamientos se aglutinaban en un desenfreno de justicia que cerraba la puerta de mi razonar; era imposible controlar el envión de los músculos comprimidos de mis manos, que descargaban la furia de aquel revés sobre su humanidad.

No pude pensar por un solo segundo, ni recordar la amistad que nos había unido por tantos años. Para mí era solo otro monstruo, cuyos ojos eyectados observaban como el delicado velo que cubría su pecado, se abatía dejándolo al descubierto; revolcándose en una inmundicia que sólo le permitía arrastrarse hacia excusas sin sentido. En medio de aquella barricada que se instauraba como una heredad de malevolencia.

John murmuró algo mientras se derrumbaba en el suelo encharcado. Acto seguido se arrodilló e intentó incorporarse, pero abruptamente fue lanzado de nuevo por un estacazo de mi rodilla, que remolcó su cuerpo unos centímetros sobre la tierra.

Enseguida elevó la mirada, mientras dejaba escapar un prolongado suspiro e intentaba apoyarse con una de sus manos. Fue en ese momento que me lancé sobre él. Para ese instante el pequeño niño había escapado ni siquiera pude percatarme en qué dirección. Con un testarazo que se repitió una segunda vez impedí que se incorporara.

John quedó por un instante tumbado de boca y cuando le rodeé el cuello con el brazo, lo escuché murmurar mientras forcejeaba por liberarse:

<Tranquilo, Gabriel. Perdóname>

De pronto un olor a sangre, y a humedad, trepando hasta mi nariz contuvo mi feroz castigo. Entretanto, John viró para observarme desde el suelo, con sus ojos más abiertos de lo habitual y una expresión de arrepentimiento dibujada en ellos.

Su cuerpo se sacudía con espasmos involuntarios y sus manos temblorosas se aferraban a la tierra.

Finalmente, permití que se levantara. Con el rostro empapado de lodo, mientras intentaba sostenerse en pie, bamboleándose como un péndulo. Tembloroso se soportó sobre una de las columnas, tenía el labio desgarrado que dejaba escapar un hilo de sangre y mientras me observaba se llevó una mano hasta el hombro con gesto de dolor.

—Mira…mira Gabriel, esto no es lo que parece—aseguraban sus palabras impulsadas por falsas excusas; en un murmullo que intentaba acallar la culpa de su corazón.

Y entre lágrimas sus frases se fundían con la lluvia, y se escurrían en medio de aquel monumento que se erigía como el sepulcro de su decencia, de nuestra amistad.

—¿Cómo pudiste hacer algo así John?—se elevó mi voz con inflexión de reproche—¡por Dios, eres un sacerdote!

—¡No, Gabriel…espera!—dudó un segundo y luego repitió con voz cansina:

—No es lo que parece.

Luego cerró los ojos y aspiró profusamente por la nariz, buscando recobrar el aliento.

No pude evitar el profundo estremecimiento ante aquel alarido de injusticia, que como un grito penetrante, liberaba de nuevo la sucesión de voces que provenían desde el abismo de mi cabeza. El fracaso de mi obra volvió para reclamarle, mientras John permanecía allí parado; invadido por el miedo y la vergüenza. Con el rostro salpicado de barro y los indicios de la golpiza dibujados en la cara.

De pronto desvió la mirada, fijándola en un alboroto que se aproximaba, también yo viré para observar. Se trataba de un reducido grupo de personas liderados por Derian, el acolito de la iglesia.

— ¿Dónde están? ¿Donde están? –vociferaban en la distancia.

—Ya los veo—dijo uno de ellos y en pocos minutos llegaron del otro lado hasta nuestra posición. Luego sin mediar palabra un hombre corpulento, me asestó un golpe en la barbilla que me dejó tendido en el suelo.

Pronto me vi envuelto en medio de una trifulca de gritos, empujones y señalamientos. Toda una locura que emergía ante mis ojos. Enseguida aparecieron dos patrullas de las cuales descendieron cuatro uniformados, quienes siguiendo el protocolo policial, me arrinconaron y capturaron. En cuestión de diez minutos la patrulla se estaba abriendo camino, entre el fluido tráfico de la Calle Termopilas, una ruta que conducía a la comisaria, donde deduje sería llevado.

Derian y el desconocido que me había golpeado quienes iban en el otro coche policial, me lanzaban miradas iracundas en cada parada que debíamos hacer. Entretanto, yo me hundía en el asiento trasero de la patrulla con las manos asidas contra la espalda por unos precintos plásticos.

— ¿De qué me están acusando?—pregunté ofuscado. Entendiendo hasta ese momento una razón, que por supuesto, ellos desconocían.

El policía que conducía me miró con disgusto a través del retrovisor.

—Creo que tengo derecho a saberlo—insistí.

La indignación pareció acabar con su paciencia

— ¡Cállate ya!—ordenó el uniformado.

Los policías permanecieron silenciosos durante el trayecto, hasta que el horizonte señaló la silueta de la estación. Un minuto después la patrulla frenó de golpe frente al claustro policial. El que iba en el puesto del pasajero descendió, y enseguida abrió la puerta trasera donde yo me encontraba, empujándome luego hacia atrás y sacándome con un violento impulso. Seguido puso su mano sobre mi hombro, mientras el otro descendía del automóvil y a empellones, me escoltaron hasta el interior de la comisaria. También el coche que nos seguía arribó y al instante, los testigos junto a los otros uniformados ingresaron al establecimiento.

CAPÍTULO XLII, UNA CONFESIÓN PIADOSA

Al adentrarnos en el recinto los demás policías me observaron, ahí estaba en medio de la deslumbrante ironía que planteaban los hechos; con el sentido común hecho trizas, la mano derecha dolorida, y la sensación pegajosa del barro en mis brazos.

Desconcertado, fui puesto en una sala en la que había varias sillas frente a una mesa metálica. Un secretario quien llevaba en su mano un ordenador, Derian; el desconocido, que resultó ser simplemente, un feligrés quien aguardaba el inicio de la ceremonia esa mañana y los agentes que me conducían, tomaron asiento.

Todos se miraron a la cara.

Yo permanecí de pie y el uniformado que me escoltaba, quien permanecía a mi lado; dio un paso adelante, hizo espacio en una de las butacas y me impulsó de un empujón hacia esta, donde caí sentado.

<Vaya humillación para alguien que solo propendía justicia> cavilé.

En ese instante ingresó un oficial, tácitamente, el comandante de los otros. Quien se sentó del otro extremo junto a dos de sus hombres.

— ¿Con que este es?—inquirió estudiando con la mirada.

—Sí, señor, pensamos que iba a matar al padre John—se adelantó el feligrés. Evidentemente sin la menor idea de los pormenores del incidente.

—Sí, pero no lo hizo—observó—el superior—y le voy a pedir que solo hable cuando se lo indiqué— amonestó cortantemente al hombre.

—Está claro que esta mañana ha ocurrido algo que no debió pasar nunca—indicó luego adentrándose en el terreno de los acontecimientos.

—Señor Dickens, ¿Usted conoce bien al padre John? —prosiguió el uniformado.

Por un instante quedé perplejo sin poder rebelarme, ante el impacto de los sorpresivos hechos que habían suscitado mi conducta. Pero entendí que no era momento de meditaciones ni de bosquejar incógnitas sobre lo ocurrido. Lo irrefutable era que precisaba dar una explicación consistente a las autoridades sobre mi proceder, y no podía simplemente decir que había golpeado a un sacerdote por ser un abusador; máxime cuando este era mi amigo. Sin duda podría afectar irremediablemente su imagen o por el contrario mis palabras serian tomadas como una torpe excusa para justificar mis actos.

Asentí, mientras hacía lo posible por no quedarme rezagado y atender cada detalle que albergara mi mente.

—En realidad sí—respondí—nos conocemos desde la universidad. Ambos estudiamos la misma carrera, además hemos sido amigos desde entonces.

El capitán pareció sorprendido. A su vez el secretario tomaba apuntes de cada palabra en una libreta. Y yo empecé a idear una excusa que al final, seguramente, sorprendería a todos.

<Siendo el día…el señor Gabriel Dickens se presentó en los alrededores de la parroquia Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, ubicada en…el testigo presente quien se identifica con el nombre de…asegura que junto a otras personas, tuvo que contener al señor Dickens a quien sorprendió agrediendo al párroco John Afonte, quien se encontraba en estado de indefensión…>

—¿Y por qué fue hasta la parroquia esta mañana?— continuó el copioso interrogatorio.

—Verá, oficial—indiqué pausadamente—eventualmente me reúno con John, incluso estábamos tratando el asunto de una remodelación estructural que requiere la capilla...

El policía anotó algo en un cuadernillo, enseguida se puso de pie y empezó a caminar de un lado para otro frente a mí. Luego se detuvo y fijó su mirada sin dejar de hablar.

—Y bien, dígame ¿Quién propuso la reunión de la que habla?

La pregunta me pareció extraña, sin embargo, respondí titubeante ante lo ambiguo de esa contestación.

—Bueno, debo aclarar que el motivo de la visita no estaba relacionado con el proyecto que le mencione.

—¿Entonces por qué lo visitó?— irrumpió el hombre.

—Verá. Su secretaria se puso en contacto conmigo esta semana y me dijo que John…—con cada palabra que brotaba de mis labios, entendía lo enmarañado del asunto—es decir, como mencioné antes somos amigos, y ella quería que me reuniera con él. Además pensé reiterarle mi total disposición para el proyecto antes mencionado.

El sujeto pareció tomar con suspicacia mi respuesta.

—De modo que no lo citó el propio cura ¿verdad?—observó— Es eso lo que usted dice. Sino que fue su secretaria quien le pidió que lo visitara.

—Sí, señor, es lo que digo—asentí.

—No sé, hay un asunto que no encaja del todo señor Dickens—afirmó él.

—¿Y que será Capitán?

—Usted afirma que el padre, es decir no él, sino la secretaria lo citó en la parroquia—examinó—lo cual ya de por si resulta bastante singular, pero además en lugar de aparcar en el frontón de la misma; decidió vadearla por una calle que entre otras cosas es solo de tránsito peatonal…

—Yo no sabía eso—interrumpí—

—No sé. Supongamos que así ocurrieron las cosas. Entonces dígame ¿Qué fue lo que sucedió realmente? ¿Cuál fue el motivo de la agresión?

Salivé mi garganta, percatándome del fárrago que se instituía en el ambiente.

—Bueno, este…

<El señor Dickens asegura que el motivo del ataque fue…inició de nuevo a exponer el secretario>

Y a continuación vendría mi bizarra explicación de lo sucedido:

—Hacia el mediodía me dirigí a la parroquia en busca de mi amigo John, quien es párroco de la mencionada iglesia, conduje mi camioneta por la antigua rúa de los Amparos hasta llegar a la parte ulterior del templo; al lugar conocido popularmente como los “pilares del olvido”…—

En ese momento mi historia no era más que una vaguedad en procura de lograr por una parte mi exculpación y de algún modo también la de John; mientras los presentes esperaban con avidez el esclarecimiento de algo que parecía adolecer de explicación.

Pero entonces tropecé con un impedimento: exculpar a John, significaba inculparme yo mismo. Miré a mí alrededor y todos los ojos señalaban hacia mí con halito inquisidor. Respiré profundamente y proseguí con la única excusa que me atravesó la mente en ese instante. La que calculé podría tener comprobación, incluso a menoscabo de mi propia dignidad:

—Como decía, una vez estuve en proximidades de la parroquia, luego de aparcar mi vehículo y descender del mismo, avancé en busca de la entrada principal y de pronto bajo aquellos pilares…—

En ese momento un líquido amargo me recorrió por la garganta, al tener que guardar un secreto semejante ¿Qué debía hacer? Era una cargante incógnita. Y fue como si los pliegues de mis labios se cerraban, rememorando la terrible imagen que martirizaba mis pensamientos.

No obstante, segundos después continúe con mi declaración. Entretanto, los presentes asomaban su cabeza hacia la silla en la cual me hallaba sentado, observándome detenidamente; en espera del agobiante desenlace. Mientras yo procuraba organizar las ideas en mi cabeza.

En el salón el ambiente empezaba a llenarse de rigidez. El mensaje que enviaba la gesticulación de los policías, el secretario y el testigo era manifiesto. Así que rebusqué en mi mente, entre la lista de posibles excusas la que tuvieran cabida, y finalmente, logré destrabar la confesión.

—En síntesis, debo decirles que al aproximarme en procura del acceso principal de la iglesia, me tropecé con una circunstancia que, seguramente, mi mente pudo haber malinterpretado. Debo hacer un paréntesis respecto de esta condición. Y es que últimamente he padecido fuertes crisis de ansiedad, acompañadas por insomnio; lo cual ha menoscabado mi bienestar emocional, provocando en algunas ocasiones todo un galimatías en mi percepción de la realidad. De esto y puedo probarlo, claro, ha derivado la necesidad de tener que visitar a un psiquiatra, pero concluyó que tomará tiempo corregir mi errada percepción de las cosas.

—¡Señor Dickens!—exclamó con excitación la voz del comandante—podría de una buena vez, tener usted la bondad de elucidar el tema que nos concierne, y la razón de encontrarnos congregados este mediodía. Sin tener que sobrellevar sus divagaciones.

—Por supuesto—dije tragando grueso—disculpe usted si mi testimonio se manifiesta dilatado. Como dije antes estoy convencido, sin ser un experto en el asunto, que la ansiedad y falta de sueño, son el detonante de la reacción que motivó la inusual agresión a mi amigo sacerdote.

—¡Que carajos dice!—farfulló una voz en el salón, de la que no atiné su procedencia.

—Si ¡Señores! Así es. Confundí a este hombre de Dios con un maleante, un aberrado que ultrajaba a una niña. Es esa mi confesión y concurro a su sentido de indulgencia respecto de esta terrible

confusión—tuve que mentir, inventar una fábula artificiosa que cubriera las espaldas de John y concluir esbozando una tímida sonrisa propendiendo aliviar la mirada de antipatía de todos los presentes.

—¿Está diciendo que atacó a un hombre de Dios, sin motivo alguno?

—No, exactamente. Le repito que se trató de una infortunada confusión— Insistí con la certeza que mi historia seria concluyente.

Dando pie a una salida provechosa para todos. Al menos eso creí hasta que dos uniformados se aproximaron, tomándome por los brazos sin ninguna sutileza, y conminándome a incorporarme de mi butaca.

—¡Está bien señor Dickens!—exclamó el capitán—tal vez su estadía en este acogedor lugar, aclare un poco sus ideas y pueda relatarnos algo más sensato.

—Escuche ¿es necesario esto?—farfullé mientras el uniformado tomaba de nuevo el cuadernillo y mirando a uno de sus hombres, ordenaba.

—¡Métanlo en un calabozo!

CAPÍTULO XLIII, UNOS DÍAS DE RECLUSIÓN

Contrario a mi sentir, el comandante no consideró una exageración apuntar al vértice de una precisa justicia, y con perfección cristiana, por supuesto, desde mi óptica demasiado anárquica. Lanzarme al fondo de una celda oscura, fría, con parches de humedad por doquier y anónimos delirantes, de quienes habían habitado esos exiguos metros cuadrados antes de mí. A la cual se accedía, luego de salvar un camino laberintico de altas paredes, tan empinadas como la celda misma.

Ahí homogeneizado con cualquier delincuente pasé algunos días; en el interior de aquella cámara salvaguardada por barrotes, donde solo era posible dar una ojeada a la galería que se dilataba hasta llegar muy lejos y perderse como un oscuro puntito en la distancia.

Por el contrario, el interior de mi provisional hábitat era tan reducido que apenas si necesitaba dar dos pasos para alcanzar una litera metálica, tan rígida y gélida como la misma pared; en cuyo pináculo con aire equivocado se instauraba el retrete bajo un reducido y amarillento lavabo.

Empero, una inusitada particularidad albergaba aquella mazmorra, ventilada por una exigua ventanita a gran altura; no entendí ¿para qué? si de cualquier modo ningún ser humano cabria en ella. Razonable era que la razón no pasaba por un asunto de seguridad, sino otra que yo ignoraba. Y desde aquella claraboya se abatía un hilo de luz prístino que al llegar al suelo parecía inundar toda la habitación ¿Luz del sol? No podía ser. Sin embargo, no profundicé en las particularidades de aquel fenómeno, como tampoco contabilicé los días de mi aislamiento, e inadvertidamente fue como si estar en aquel lugar me confiriera la paz y armonía de las que hace mucho adolecía mi ser. Lo cual, claro, no significa que el hastío del confinamiento no estuviera presente.

Apresado en la reducida celda, mis pensamientos se liberaron, y exhalé en una pausa de satisfacción, pues de algún modo, sentí que la maldad no podría seguirme hasta ese rincón distanciado de todo. Confiaba que sus pasos se extraviaran en aquel laberinto y quedara, allí, confinada por siempre.

Este pensamiento liberó en mi rostro una vaga sonrisa.

Y al caer la noche una verdadera sorpresa vendría articulada a mi cautiverio, como una original elección de mi cuerpo: sin declinar el pringoso bastidor que soportaba en su superficie un deslucido colchón, desmandado de cualquier miramiento; me arrimé a este, palpando el desnivelado envoltorio sobre el cual me acosté enseguida. Seguido mis labios pidieron por la expiación de mi alma y al segundo en medio de la oscura y sepulcral celda cerré los ojos y asombrosamente, alcancé el sueño en medio de aquella condición inhumana. Entonces mis fantasías me condujeron por parajes novedosos. Luego no hubo nada más que una oscura profundidad, hacia la cual me deslicé rumbo a la inconsciencia.

En efecto dormí esa noche y al despertar me sentí consagrado en el descanso. Me recliné al borde del tálamo y agradecí la ventura inexplicable de aquel hecho.

En la mañana la comisaría, desbordaba de ruido que llegaba como un eco jadeante hasta mi sitio, y en breve aparecía algún uniformado quien con el sonido de su bastón policial aligerado sobre las barras de hierro llamaba mi atención.

En particular uno de ellos resultó amable, se apellidaba Gómez, el cual a juzgar por su actitud cordial, también consideró exagerada mi pena. De cualquier modo y aunque sabía que mi retención no se dilataría por mucho, puesto que el delito era menor y la justicia jamás querría rayar en el abuso. Supe por boca de este joven gendarme, de unos escasos veintidós años de edad, que el “buen” John, no había presentado cargos. Seguramente un arreglo justo ante mi silencio.

Gómez era un buen lector al igual que yo, lo que facilitó el desarrollo de cierta empatía entre nosotros, era un muchacho sencillo, quien por su trabajo sabia lo cargante que puede resultar la vida al interior de una correccional. De modo que solícitamente me proveía cigarros y el diario matinal, lo cual me valía para disipar los tediosos días de encierro.

También conseguía tocar el violón de mis haraganes días, en la distracción que proveía juntar la oreja, sobre el frío muro y escuchar el ajetreo de los coches cruzando la avenida, entre el sonido entrecortado de sus cláxones. Y desde esa ubicación mirar de reojo la pequeña lucerna que como un intrincado ardid negaba el aluvión que subyugaba la urbe; dejando escapar entre las seccionadas formas del muro, una sierpe de luz que se apeaba contra el suelo de oscura argamasa, como un mítico custodio a mi presidio

Otras veces me imbuía en considerar los agravantes de la actitud de John, quien me apresté a colegir, era solo otra víctima de la maldad. Que ante mis ojos revelaba la descarnada realidad de mi obra, la inevitable correlación que no discernía entre amigos y ajenos, y la presencia de aquella potencia inicua en cada estamento de Treum.

Pasar el rato en aquel calabozo, era solo la célebre acción de la justicia por yerma que resulte. Empero, de la cual también puede extraerse alguna enseñanza. Así contaba mis pasos, en lugar de los días, en medio de aquellos tres metros cuadrados, y aun la monotonía resultaba un desusado cambio.

Naturalmente entendí que todo delito conlleva un castigo, y que la fortuna y gloria de la libertad serian soslayadas un instante. Sin embargo, agradecí el alivio que prodigaba el descanso conseguido en dicho confinamiento. En relación con la comida, claro, no podría decirse lo mismo. No por ingratitud. Pero cierto era que los cigarros, el café, venido de la propia colación de los guardianes y el diario matutino; no convertían aquel perímetro en un salón del Cardinale, y el alimento provenido del puchero poco diestro de un cocinero ignoto; por lo general venia equipado de judías con la estampa del gorgojo, panes duros o un salobre revuelto de huevos con patata.

Empezaba a sentirme como un náufrago atorado en un viejo buque a merced de la pleamar.

En el ejercicio de desplomarme sobre el rígido catre me encontraba una mañana; con la mirada ondeada en el disimulado rayo de luz que se alargaba hacia el suelo, pertinaz e irrazonable, y en su viaje adormilaba mis parpados. Tan solo el golpetear de mis nudillos sobre el muro conseguía mantenerme despierto. Cerré por un instante los ojos y de pronto, sentí un aliento fresco que se aproximaba como un manto; para luego resbalarse por mi rostro en forma de la suave caricia de unas manos. En un principio sentí escalofrío, infiriendo que se tratara de la mujer de las visiones quien venía a visitarme hasta mi expatriado recinto. Pero entonces desapreté el tul que recubría mis ojos, para encontrarme sorpresivamente con la mirada de Rita. No había resquicio de duda, era ella.

Mientras leía su rostro en el espasmo de la más subterránea perplejidad, ella acicaló mi pelo.

—Hola Gabriel ¿como estas?— saludó luego, con la mayor naturalidad del mundo.

Por obviedad no conseguía entender nada, incluso en el tácito dictamen de no estar habitando al interior de un sueño.

—Que haces aquí ¿Como entraste?

—Eso no importa—murmuró acallando mis labios.

No superaba la conmoción que su presencia traía en la forma de una caricia insospechada, que fluía por mi dermis hasta adentrarse en las oquedades de mi corazón. Y el eco de sus palabras recorría el sórdido claustro hasta abovedarse en mis oídos.

Me acometió la idea de que realmente se tratara de un simple sueño, pero de momento solo atiné sentarme a su lado; en la inquietante duda que su presencia y palabras no acallaban.

Mencionó enseguida, sin mayores explicaciones ni reparos, los hechos de los últimos días, cuatro para ser exactos según dijo. Yo simplemente escuchaba sin mascullar alguno, sin conseguir escapar del deslumbramiento ante los bizarros hechos.

—Gabriel ¿Qué fue lo que ocurrió?—dijo—debes decirme.

—No es nada—dije escuetamente.

—Tu mejor amigo, acaba de pasar tres días hospitalizado por tu agresión—mencionó—¿y dices que no es nada?

Apenas hizo esta observación, el transitar de mi mente tornó por el oscuro callejón de los pecados ocultos. Tampoco a ella podía revelarle lo ocurrido, a pesar de todo no quería someterle a un suplicio semejante, pues también John era su amigo.

Fue como si el entrechocar de luces fulgentes cegara mis ojos y recuerdos, y desanduviera la calleja gris por la que pocos segundos antes había cruzado.

—No, pasó nada—reiteré.

En ese instante su mirada se encandiló de lágrimas, y como hojas marchitas sus parpados declinaron el inicial gesto vivificado que parecían traer consigo.

Ausculté su semblante y me sentí enternecido, supe enseguida que aún la amaba. Entonces acaricié su larga cabellera que serpenteaba al tacto de mis dedos. Y de nuevo me sentí decepcionado al recordar la razón de nuestra ruptura. Allí estaba

Rita, sus labios, su silueta, sentada junto a mí como si nada; en el umbral de las mentiras que una vez dijera. ¿Por qué era capaz de mirarme a los ojos? No podía entenderlo.

Abandoné su cabello y luego de tragar saliva me alejé de su lado, poniéndome de pie frente a ella.

—¿Qué haces aquí Rita?

—Solo quería saber cómo estabas…—abrevió sus palabras.

De ese modo inició a truncarse la mañana, en el bálsamo de la antigua traición. Con aliento frío la observé, comprimí los sentimientos y sentencié:

—Deberías irte Rita.

Ella alzó la vista y me observó fijamente.

Entonces mis ojos se aligeraron casi a punto de brotar en llanto.

—Rita ¿Por qué lo hiciste?—inquirí desolado.

—Hacer ¿Qué? Gabriel.

—Tú sabes a lo que me refiero—insistí.

—En el fondo sabes que te equivocas—aseveró ella— Y no te imaginas cuanto me duele que pienses eso.

—¿Qué podría pensar? Si vi como te le acercabas, noté tu mirada, tu risa. En ese momento sentí…

—Gabriel, perdóname si hice algo que tú malinterpretaste—interrumpió con voz abatida—

Pero en ese momento tuve la sensación que sus palabras no eran honestas, y solo fingía para ser perdonada. Me quedé en silencio; completamente decaído. Luego sentí como su mano acariciaba la mía.

Era cierto que la amaba, en la misma medida que detestaba su voluntariosa porfía, pero el agotamiento me vencía. Sabía que no había esperanza para nosotros, puesto que las huellas de la maldad estaban en cada centímetro de su cuerpo.

—¿Cómo puedes pensar esto de mi?—susurró su voz quebradiza.

—No lo sé, solo déjame —repuse casi sollozando.

Entonces suavemente me impulsó a sentarme nuevamente junto a ella, y me acarició el rostro con delicadeza.

– Hasta este momento te has limitado a afrontar con temor, una situación en la que te sientes atrapado, sofocado y extinto. Tus finanzas, tu carrera, familia y amigos, se han visto afectados. Pero en todo este embrollo has de acertar una salida adecuada—expresó sobre un lineamiento completamente disímil, con una voz que además no era la suya.

—Te has hecho mucho daño—continuó, pero no es tu culpa.

—¿Qué dices?—observé extrañado.

Máxime aun porque sus palabras parecían pensamientos emergidos de mi propia cabeza.

Evidentemente me hacía daño verla y así lo indiqué.

—Rita, por favor. Tal vez hablemos luego, pero ahora te pido que te marches— exhorté, trenzando las manos sobre mi rostro y cerrando los ojos, con la aflicción que se me obstruía la garganta.

Al cabo de unos segundos la celda se inundó de silencio. Observé de nuevo, pero Rita ya no estaba, era todavía más extraño, pues el sonido estridente de la reja deslizándose sobre su riel no había delatado su partida. Entretanto, atrapado en un evidente estado de ecolalia, solo conseguía remachar sus palabras, como si mi voz fuera su eco.

—No ha sido mi culpa, no ha sido mi culpa.

Cuando me liberé de aquella monomanía, resultó evidente lo insólito de aquel evento; quedé pasmado por un instante, hasta reaccionar y enfilar contra la reja.

—¡Noooo…!—exclamé y con la nariz pegada a los barrotes empecé a gritar –¡Guardia…guardia! Hasta que apareció Gómez, para atender mi clamor—

—¿Que ocurre Dickens? ¿Qué son esos alaridos?

—Gómez hazme un favor— rogué —acaba de salir una joven que vino a verme, de tez blanca y cabellos rizados.

—¿Quién?—dudó el policía—

—¡Escúchame! Insistí—acaba de salir, debiste verla.

—¡Aquí no había nadie Dickens!—Exclamó.

Para ese momento Rita ya debía haber abandonado la comisaria y seguramente, Gómez al no estar de turno, llanamente

ignoraba su visita o quizá me estaba jugando una broma sin estimar el apremio de mi solicitud.

—Gómez ¿Quién era el guarda de turn0? Dime— exhorté.

—Dickens, te aseguro que aquí no vino nadie—aseveró el uniformado—solo observa la reja y te darás cuenta—continuó señalando el seguro de la misma.

Era inútil, había perdido la oportunidad en aquel juego tonto y con frustración exclamé:

—¡Al demonio!—

Entretanto, Gómez desparramaba sus ojos, queriendo seguramente mantener la broma, sin advertir mi monumental disgusto.

—Vamos, hombre. Nadie vino a visitarte, ya deja eso—reiteró esta vez con firmeza.

—¡Ya olvídalo!—protesté mientras regresaba a mi frío catre.

Desde ese día no volví a saber de Rita, y al parecer nuestra separación fue un laudo concluyente. Sentado al filo de la ruginosa litera tomé una bocanada de aire, y hojeé las paredes que me rodeaban dejando aletear mis recuerdos hacia estaciones felices. Dos días después fui liberado, la puerta de la celda se abrió y al desandar los pasos que me condujeron por aquel laberinto esbocé una retraída sonrisa, incluso me invadió un leve temor ¿Qué otras azares acechaban las calles de esa ciudad ruinosa?

Salir de ahí, no era como un renacimiento, sino más bien como caminar por el cadalso hacia una lenta muerte.

Ya de vuelta en el salón principal, me esperaba el comandante, Gómez y otros agentes, además de dos que me escoltaban.

Probablemente y no sé por qué, había algo de nostalgia en esa despedida.

—Espero que haya sido cómoda su estadía señor Dickens—Sonrió el oficial.

Lo miré de reojo sin responder nada, mientras me dirigía a la ventanilla donde aguardaban mis efectos personales; que me fueron entregados por el funcionario a cargo, luego de firmar un documento.

Parecía estar todo en orden: billetera, reloj, el teléfono móvil, las llaves del apartamento…excepto las de la cherokee.

—Amigo, faltan las llaves de mi coche—observé.

—¿De qué?

—Sí, de mi camioneta. Alguien debió tomarlas ¿no?

—Señor, lo que acabo de entregarle es todo lo que está registrado en el documento de ingreso.

—¡Mierda!—exclamé y todos me observaron sorprendidos.

—¡Mierda…!— Bramé una vez más—¡mi camioneta! ¿Alguno de ustedes la trajo? ¿Dónde están las llaves?

La atmosfera se tornó especialmente tensa, los guardias se observaron unos a otros sin emitir vocablo y solo Gómez, atinó abrir la boca.

—Dickens lo que hay en el reporte de ingreso, es lo único que traías—señaló.

—¿Pero cómo?... —examiné con ansiedad.

Y prensando luego los molares, contuve el que consideraba un justo insulto contra los uniformados ante tamaño descuido. ¿Por qué ninguno había tenido la sutileza de ordenar que el vehículo fuera traslado a seguro confinamiento?

Parecía que la secuencia de calamidades no terminaba

<¿O acaso estos, suponían que yo mismo, estando detenido hubiese adelantado tal tramite?>

Con semblante descompuesto y andar nervioso, abandoné a toda prisa la comisaria en dirección a la vieja parroquia.

Al abrirse la puerta de la comisaria recordé de inmediato la franja de luz en la celda. La respuesta de su origen permanecía como una incógnita, que no despejaría regresando hasta los guardias.

El frío y la lluvia que bien recordaba, se avinieron como un vehemente efluvio sobre mi rostro, que lastimaba al roce con la piel.

Ahí estaba situado, con unos escasos billetes para tomar un taxi y lograr noticias de mi vehículo, en el último lugar al que querría haber asistido.

CAPÍTULO XLIV, LIBERADO DE UN INJUSTO CASTIGO

De nuevo en la calle, Treum se revelaba como un lugar decadente. Me dirigí a la avenida y abordé un taxi, acomodándome en el asiento posterior del mismo; luego di las indicaciones al conductor quien de inmediato emprendió el camino.

Con la inquietud reverberada en los nudillos golpeaba la ventana, y cada tanto el conductor me observaba sin proferir vocablo. En una franja de tiempo, la claridad de la imagen de la parroquia anunció mi arribo. Bajé del auto, cancelé el valor del servicio y de inmediato enfilé hacia la parte dorsal del templo, camino a la calle donde había quedado aparcada la camioneta. Un aire glacial me recorrió el cuerpo, y se incrementó con cada paso que daba.

Me dirigí allí, aunque tenía la sugestión que otra sorpresa desagradable aguardaba por mí. La imagen de los pretéritos muros de la santa abadía, eran los únicos testigos de mí avanzar furtivo, empero, sentía la presencia de cientos de ojos observándome; como si aquellos tabiques no existieran y desde el interior pudiera ser husmeado por los feligreses.

Finalmente, el santuario abrió paso a la zona de los pilares, que a la distancia disimulaba la calle donde confiaba encontrar mi vieja cherokee.

Mis ropas empapadas y la lluvia indiferente me subyugaban con su inclemencia, y el exiguo albor del velado mediodía no revelaba silueta alguna del otro extremo, hacia el cual apuntaba mi mirada mientras aceleraba cada paso.

En medio de la penumbra que agobiaba el día, mis pasos se hicieron intermitentes apenas pisé el suelo encharcado bajo los pilares. No fue distinto de aquella mañana, era como vivir todo de nuevo, como si en cualquier momento el perfil de John y aquel pequeño niño fueran a emerger.

Aquel lugar se me antojaba sórdido y adverso, disímil del espacio indiferente que siempre había sido. Finalmente, alcancé el

extremo que se unía con la rúa, y enseguida el desasosiego me invadió. La cherokee no estaba.

Por un instante me vi asaltado por el pensamiento de que algún extraño la hubiese convertido en objeto de sus fechorías, probablemente, nada quedaba de ella y en ese instante estaría siendo vendida como repuesto en el mercado negro. Casi me pareció, distinguir la marca de sus neumáticos en el asfalto enlodado. Me invadió un amargo sobresalto, mi viejo y fiel vehículo se esfumaba sin más.

Quedé ahí varado sin saber qué hacer, junto a una columna, bajo el castigo inclemente de la lluvia y los relámpagos amenazantes.

Nada repararía el daño que la maldad estaba causando, ingenuamente me había enfrentado a un contrincante demasiado poderoso, que en pocas semanas conseguía despojarme de todo lo que tenia. Claramente mi plan para derrotarla era cándido, pero inútil.

Viré para adentrarme en el espacio oval que formaban aquellas pilastras que anhelaba olvidar para siempre, avancé con sigilo como si garras oscuras que emergían desde el suelo, quisieran atraparme impidiendo mi avancé; convertirse en enredaderas que rodearían mi cuerpo hasta convertirlo en uno más de esos pilares.

El viento soplaba con inclemencia, y como un sutil murmullo me avisaba que estar del lado correcto, empezaba a cobrar un precio demasiado alto.

Sacudí la cabeza con desconsuelo, arrastré mis pies y tropecé los dedos contra el lodo; como si golpeara a ese monstruo que pretendía emerger de las entrañas de la tierra. Luego pasé la mano por mi rostro enjugándome la lluvia. Sentí un agarrotamiento en el estomago, la garganta inflamada a punto de colapsar empujada por las amígdalas, y los músculos de brazos y piernas piqueteados por un punzón vibrante.

Era el aliento de la tormenta obrando su efecto, que en medio de aquel seto pretendía ultimarme, con todo, logré mantener la cabeza erguida, a pesar del cargante velo de tristeza que envolvía mi alma.

Cerca de ahí, y por un momento creí estar alucinando, en medio de la borrasca se alzaba una imagen solitaria que parecía aproximarse, me detuve y sequé el agua de mis ojos. Entre la fragosidad de las gotas advertí al instante una forma humana, que en la distancia relucía como un espectro, pero a quien pude reconocer por la particularidad de su caminar: se trataba de Derian, quien parecía venir a mi encuentro. La lluvia le había mojado la piel, el cabello, pegado la camisa a su flacucho cuerpo, y solo era posible reconocerlo por la característica antes mencionada.

Apenas estuvo frente a mí quise extenderle la mano en expresión de saludo, pero advertí de inmediato su enemistad conmigo. El ardor de los acontecimientos todavía reverberaba en su pecho.

De cualquier modo aproveché su arribo para preguntarle si sabía algo de mi camioneta.

Me miró con sus ojos fuliginosos de rencor, y secamente respondió que sí.

De tal suerte que me aventuré en sostener una conversación ahí mismo, bajo el canto de agua que bañaba nuestras cabezas.

El respondía cada pregunta con mirar acusador, hasta dejar entreabierto el hecho de que la camioneta, al parecer, estaba en un sitio seguro.

—¿Derian, sabes algo de John? ¿Cómo se encuentra?— esto último debió resultar un inquirir sínico para él, quien se limitó a fruncir el seño y hacer caso omiso de mi pregunta.

Luego se ajustó la montura de sus gafas y murmuró:

–Es curiosa la amistad –

—¿Y esa reflexión Derian?

—Lo digo porque me resulta un poco extraño, lo que ocurrió entre usted y John—indicó—no creo que él quiera verlo.

—Bueno, no te parece un poco excepcional hacer referencias como esa, respecto de una amistad que no conoces.

—De cualquier modo sería mejor que no vuelva— Apuntó. Esto último sonó como una advertencia

Esta vez tampoco yo, respondí nada.

Me pregunté si debía referirle al muchacho los hechos, quizá como un aviso de precaución respecto de algo que el ignoraba.

Contrario a eso suspiré agotado, entendiendo que los oídos de Derian serian sordos, respecto de cualquier aclaración. Además la borrasca bajo la cual estábamos, iniciaba a hacerse insostenible, y quise salí de ese lugar cuanto antes.

—Y bien Derian ¿podría decirme que sabe de mi camioneta? Examiné.

El joven atendía mis palabras sin disimular el furor que le embargaba la mirada. Me auscultaba como si quisiera leer mis pensamientos, pero la simpatía de antaño se había esfumado. El pobre estaba convencido de su misión de salvaguardar los intereses de un hombre santo.

<Pobre ingenuo, deberías ocuparte de tus propios asuntos> pensé.

—Su camioneta está estacionada en el ala izquierda de la iglesia—espetó con sequedad—aquí están sus llaves—continuó llevando su mano al bolsillo de la camisa y entregándomelas junto a un paquete de cigarros completamente empapado.

Asentí recibiéndolos.

—Gracias Derian.

El simplemente suspiró en un último resuello de cólera.

—Hasta luego Derian—me despedí.

Entonces se volvió con aspereza y con andar frenético cruzó el espacio donde se elevaban los pilares, hasta perderse en la distancia.

Yo aguardé un instante y seguí el camino en ídem dirección, para recoger mí vehículo, confiando no tropezar con John. Por ahora no me interesaba hablar con él.

Mi pecho estaba vacío. El don que me había sido otorgado parecía venir seguido de un inmerecido castigo, la desilusión invadía mi aliento extenuado. Se me hizo doloroso sostener mis pensamientos, apuntar hacia el horizonte; ennoblecerme en medio de aquellas primeras batallas perdidas contra el poder inicuo que regia la ciudad.

Me apuré hacia la camioneta con pasos firmes y al adentrarme en ella, permanecí sentado por unos segundos con la mirada extraviada y las manos cruzadas sobre el volante.

Treum era una sombra, sobre la cual la lluvia caía vertical y presurosa, sin liberar los grilletes de aquel castigo; un cosmos reducido a nada. Mi mano trémula activó el encendido del auto, de reojo observé el acceso a la iglesia, y con un conclusivo suspiro emprendí la marcha.

Tan solo podía anhelar regresar a la cabaña y en aquel lugar tornarme en una suerte de eremita para jamás volver a Treum.

Necesitaba el consuelo que nunca hallaría en aquel tendido asfaltico adornado de torpes edificios, erigidos con arbitrariedad.

Giré la dirección para salir de ahí, observé mi rostro demacrado en el espejo retrovisor y mientras avanzaba el sonido del motor era un retumbo lejano. Solo quería regresar al apartamento, tomar una ducha y refugiarme unos días en la cabaña. Estaba seguro de ello.

El medidor de velocidad subiendo y bajando, los altos semáforos obligándome a detenerme; los recuerdos emergiendo en mi memoria. La acera con sus transeúntes apurados, las dos de la tarde anunciadas en el reloj de la avenida Mudéjar. Nunca había visto a Treum, con los ojos que la apreciaba esa tarde; tan decadente, tan vacía.

En sentido inverso tomé la avenida del Castellón, evidentemente, queriendo ausentarme unas horas más del apartamento. Evadiendo su analogía con el presidio que acababa de abandonar.

Crucé pampa vieja al nororiente, hasta encontrarme con la antigua subdivisión de los canales de Vigía Fuenmayor, y más adelante la histórica rotonda de Santa Luisa. Todos ellos lugares añejos de un Treum histórico, plenos de anécdotas y secretos guardados al interior de sus adoquines. Y cuya cimentación, todavía traspiraba el aliento de antiguas conquistas olvidadas en el tiempo.

Ya en la vieja y solitaria calle de los espejos, antaño engalanada por asiduos visitantes, me detuve.

Ahora solo los solitarios visitaban aquel lugar conformado por dos zonas: Rio bajo y distrito de Fontal, los dos administrativamente abandonados. Algunos aseguraban que era una zona peligrosa, empero, nunca lo creí. Era evidente que muy pocos llegaban, hasta el lugar de casas y establecimientos abandonados. El cual formaba probablemente la parte más antigua de Treum, donde el ojo atento incluso podría ver los espectros de aquellos que un día llenaron de gloria aquel suelo.

Las grandes alturas de sus muros describían un espíritu guerrero y determinado. La vocación de sus herreros, alfareros y artesanos, de los cuales aún sobrevivía una pequeña muestra. Y solo en ese lugar podía inspirarse el aroma del hierro calentado en la fragua y colado hasta convertirse en chapa; en la calidad superior que una mano callosa convierte en arte. Esa era sin duda, la magia de aquel lugar, la que nadie recordaba. El misterio de la forja, conocido por un puñado de privilegiados atrapados en el tiempo, en épocas remotas donde el honor se empuñaba y no se compraba como ahora.

En medio de la vocación de esos tozudos comerciantes y artesanos de sueños, me determiné a pasar el rato; distraído en una maestría ignota para mí. Y sentí que estaba a salvo de todo en medio de aquella fortificación, cuyos altos muros ahora me protegían.

Muralla, ciudadela, casas rancias, plaza e historia; el rico patrimonio despreciado. El legado de generaciones olvidadas, la belleza engalanada de simpleza. Por un momento conseguí la paz que buscaba, incluso la lluvia era mansa en esas estribaciones.

Simplemente quería verlo. Cada pequeño detalle, cada arista; la noción de un tiempo perdido. El olvido, los rostros desconocidos, las miradas ajenas.

Me reconforté en un par de horas de alejamiento, pero debía llegar a casa, al insulso espacio citadino que aguardaba mi arribo.

De regreso al apartamento no sabía por dónde empezar, simplemente las cosas no eran como antes. Conseguía entender perfectamente lo solo que estaba, y la cabaña emergía de nuevo como la dirección correcta.

Rita, mi madre, John, Miranda, Clark, incluso el pequeño Michael; todos ellos seguían presentes en mi memoria, pero cada uno ausente a su manera. Lo cierto era que acertar una solución en mi vida era imperioso. Lo primero que hice apenas me adentré en mi espacio, fue instalarme en la silla frente al escritorio y digitar la clave de acceso al blog de las revelaciones. Nunca habría imaginado como creció en esos pocos días el número de visitantes, que prácticamente duplicaban su cifra.

No obstante, solo encontré un mensaje concreto. Era de una chica, es decir de ella y su hermana; preocupadas al igual que yo por la agobiante situación social y económica de Treum. Pero concretamente por un asunto familiar relacionado con su padre y un cambio brusco en la personalidad de este. Yo sabía lo que ocurría: era la maldad retándome de nuevo. En este mensaje la joven fue bastante concreta, incluso al dejar anotado su número de contacto. Evidentemente necesitaban ayuda para recuperar la tranquilidad de su hogar.

De inmediato revisé mi dirección de correo electrónico, en cuya bandeja de entrada había algunos saludos y opiniones. Nada determinado.

Tuve que pensar bien las cosas, incluso recuperar mi aliento redentor era una labor desgastante. Lo dude por un buen rato.

Me puse de pie para ir hacia el cuarto, deslizarme al baño y darme la ducha que precisaba hace tanto. Muchas cosas habitaban dentro de mí en ese momento, entre ellas, la duda de contactar a esas muchachas. Dilaté al máximo el tiempo que pasé bajo la renovadora aspersión, y mis pensamientos uno a uno fueron colapsando, hasta convertirse en las voces que usualmente habitaban al interior de mi cabeza.

Sequé mi cuerpo con una toalla y franqueé el quicio del cuarto de baño, dirigiéndome hacia la cama; en la cual me senté un instante. Permanecí inmóvil observando las gotas de lluvia que caían sobre la ventana y luego se deslizaban por el vidrio hasta perderse dando espacio a otras, en un monótono juego.

Tantas trabas presentaba el camino que apenas si quería moverme de ese sitio.

Pero sabia el nombre de la chica, tenía su número ¿debía llamarla?

¿Seguiría con aquella labor que, como un portazo en la cara abatía mi existencia?

¿Pues qué era lo que debía concluir?

Empero, un pensamiento instó a devolverme el aliento: la mujer de las visiones, en su momento, me había dicho que así seria, que fuera paciente, y ya llegaría mi recompensa.

Lentamente recuperé mi ánimo decaído, sabía que la maldad me perseguía e intentaba dañarme por medio de quienes quería, pero hacerme débil y resignarme a la derrota no me libraría de ella.

Como un resorte me incorporé de la cama, dispuesto a responder y ayudar a quien solicitaba mi auxilio. Me calcé una sudadera, tomé el teléfono móvil descargado antes en la mesa de noche y dejé el cuarto para retornar al salón.

Sin embargo aquella llamada nunca pudo realizarse. Luego de seis intentos y constantes desvíos al buzón de mensajes desistí.

En la distante reminiscencia de antaño me senté en el sillón, en medio de una soledad vehemente y despótica; dando una ojeada al apartamento. Sintiéndome como un objeto decorativo más, como el reflejo de alguien que una vez estuvo vivo. No podía comprender el embrollo en el que me encontraba envuelto. Las palabras de la mujer de las visiones me venían insuficientes, y cuando apenas iniciaba a confiar en los consejos de Clark e interesarme en su secretaria, todo se derrumbaba por mi agresión a John. Mirando la escena me resultaba evidente que mi presencia en aquel consultorio era inadecuada, máxime cuando el propio John era quien me había puesto en ese sitio, gracias a su amistad con el doctor. Era un asunto notable.

Y mientras oscilaba en ansias, me levanté de nuevo para establecerme frente al ventanal; dando una mirada a una calle que cada vez me resultaba más desconocida. Estar ahí, fue escuchar de nuevo las risas de Michael y sus amigos; la joven madre aguardando en el apartamento, aislada en la inseguridad de aquel espacio.

Entonces mi mente se fijó sobre una fantasía horrorosa: la inexperta progenitora siendo destazada como un cerdo por una mano desconocida que furtiva le acechaba. La sangre salpicando por doquier, embebiendo el piso de madera, las paredes, el vidrio.

En aquel lapsus delirante, junto a la ventana apareció un hombre cuyas facciones reconocí al segundo: su cabellera plateada, tez blanca y aspecto desaliñado. Eran las mismas del sujeto que encontrara hablando con Michael en el callejón. De pronto sus ojos penetrantes se posaron en mí como si me observara desde el otro extremo. Sin bajar la mirada se dirigió, calculé, hacia la entrada principal de la vivienda. Desde mi sitio no podía ver lo que hacía, pero deduje el tiempo que tardaría abriendo la puerta y bajando los escalones hasta impulsarse a la salida.

Aquel espejismo se perpetuaba tan vívido, que apenas si lograba concebir que aquello realmente no estaba ocurriendo. El subrepticio misterio que recreaba mi mente alucinada, lo ubicó minutos después frente a mi ventana; tenía manchas de sangre por doquier y marcas de viejas heridas en su rostro. A pesar de tratarse de una alucinación, yo estaba temblando, mientras él seguía observándome y gesticulando palabras que no conseguían escucharse al interior del apartamento. Me eché para atrás en un lance de pánico, me faltaba el aire y corrí preso de horror hacia el lavabo, donde bañé mi rostro ahuyentando la horripilante quimera. Mi imaginación me mentía, jugaba conmigo.

Aquel hombre no existía, lo sabía. Pero sentía que seguía ahí, esperando. Y no conseguía ahuyentar el miedo que como un viento gélido me invadió de ansiedad.

¿Qué ficciones horribles instituían mis pensamientos? de inmediato me alejé de aquel espacio y decidí que ese mismo anochecer partiría a la cabaña. Necesitaba reordenar mis ideas, y al regresar tomaría las decisiones a que hubiera lugar.

La verdad no fue algo que planeara minuciosamente. Lo único que llevé conmigo fue un par de mudas de ropa, mi teléfono, el libro de caratula roja que estaba decidido a concluir, en los dos días

que programé duraría mi retiro. También un paquete de cigarros y un poco de café.

CAPÍTULO XLV, O DE LA CONFRONTACIÓN CON UN CONDENADO

Ese mismo atardecer partí, a eso de las cinco menos veinte de la tarde. Luego de embalar anárquicamente dentro de un morral mis pertenencias y dejar el descuidado apartamento; tomé la camioneta, mirando a mi alrededor con el recelo de ser tomado por sorpresa.

Cruzando la vía de la Calle Centro Alto, salí por la autopista para tomar por la ruta 32 como tantas veces antes hiciera. Antes pasé por una estación de servicio para cargar combustible, puesto que el medidor había descendido dramáticamente, y revisar de paso los niveles generales de líquidos del coche.

Esta vez mi única compañía era la suave música que dejaban escapar los parlantes de la radio y resistían un extraño ruido que parecía emerger del interior de la cherokee, como un quejido lastimero sin ninguna procedencia.

A pesar del esfuerzo por articular una fortaleza fundamental en mi humanidad, no encontraba razones que encumbraran mi ánimo.

El atardecer se volvía noche, las palabras de la radio música; la lluvia voces, el silencio sombras, y a su vez, estas mutaban en espectros. La sensación de alivio de los cuatro días de presidio, abruptamente estallaba en un resoplido de horror, de ceniza y muerte; de la sangre de los condenados, llevando un torrente de maldad corriendo presuroso hacia su pecho.

Continué conduciendo entre sombras, observando por el retrovisor, hundiendo a fondo el embrague; subiendo y bajando cambios. Avizor de los monstruos de Treum, que eran cazadores de una vulgar estirpe, quienes sentían el miedo de sus víctimas, y se proyectaban sobre ellas para conferirse en sus almas. Como un parasito que se alimentaba de sus más bajos instintos.

Un breve trayecto me condujo hacia una gasolinera ubicada a un costado de la autopista, a esa hora una pequeña fila de autos aguardaba para ser atendidos. Enfilé hacia la derecha para dirigirme hacia la entrada de la estación y luego me inscribí en la línea de espera.

Había además de los clientes, un par de vendedores que departían con otro que se les aproximó llegando desde el bancal pedaleando una bicicleta.

En breve, detrás de la Cherokee se estacionaron un par de autos más, y los que estaban delante mío, uno a uno fueron liberando espacio.

Estaba próximo a llegar mi turno.

En ese momento un mancebo dejó caer sobre el asiento del pasajero un diario local, pensé que accidentalmente, pero al verlo repetir el quehacer en otros coches; concluí que su impertinencia era deliberaba.

El imprudente repartidor miró antes dentro de la camioneta, como si comprobara que hubiera alguien al volante, y cuando concluyó su fisgoneo, lanzó un periódico sobre el asiento del pasajero.

– ¿Cuánto? —pregunté con disgusto.

Esperaba su respuesta, cuando lo vi alejarse a prisa y me di cuenta que se trataba del mismo que viera antes en su bicicleta.

Desplegué el periódico, era el diario matinal de Treum, sin embargo, le di una ojeada, mientras esperaba. Veamos…veamos, farfullé:

Repasé con semblante ausente los titulares que retrataban un mundo subyugado por el crimen. Violaciones, abusos, corrupción y la ciudadanía en clara inferioridad ante ellos. La modernidad conducía a ninguna parte y el emblema de la ciudad era la tragedia constante.

Uno de esos encabezados, consiguió mi atención:

<Senador Gorky implicado en caso de corrupción>

¡Gorky!—recordaba su nombre. De inmediato me introduje en el contenido de la nota.

“Comisiones, presiones y sobornos ilegales podrían salpicar la imagen del senador Gorky y algunos políticos de la ciudad, según

detallan recientes investigaciones…a las penurias económicas padecidas por la ciudad de Treum en los últimos meses, podría sumarse un nuevo escándalo de corrupción…

Estas prácticas corruptas parecen haber salpicado a varios activistas políticos de la comunidad, sostiene el informe de la comisión investigadora. Concesiones indebidas, que han afectado incluso grandes inversiones en la ciudad, como la proyectada por compañías como la alemana Hamm…

Pese a las sanciones...”

<¡Vaya!> exclamé sorprendido.

Sin duda, la corrupción se había convertido en una realidad de bolsillo para la ciudad. Y aunque hechos semejantes se repetían casi todos los días y a veces terminaban en una fingida calma. Esa nota en particular me hizo divagar sobre los lóbregos asuntos que cobijaba Treum. De nuevo arreciaba el oscuro régimen de la maldad y alguna indirecta relación tenia conmigo.

—¡Venga, vamos!— me apuró en ese instante un joven bombero, señalando el sitio donde debía ubicarme.

—Buenas noches—saludé.

—Buenas noches amigo. ¿Cuánto cargará?

Al verlo, advertí con asombro el inusual aspecto del flacucho muchacho, quien tenía una cabeza alargada; ojos hundidos, nariz y mentón pronunciados y un rostro muy pálido, encuadrado en un cabello bruno. Y su voz parecía una invocación lejana, proveniente de sus entrañas y no de su garganta.

Le alcancé un billete y con un gesto indiqué que ese sería el valor. El asintió y luego de cargar el combustible, agradeció la compra.

Me alejé del surtidor, despedí y salí de nuevo a la avenida para continuar mi camino.

Retornar a la cabaña era como un momento de transición en mi propia vida. Me dirigí por la autopista, transitando un espacio que se hacía tranquilo.

La ruta 32 estaba vacía. Recordé a Rita, al cruzar la extensión del túnel de San Pedro y los días de habíamos pasados

juntos, en el lugar al cual ahora me dirigía. Esta vez no me acompañaba la silueta de ningún otro coche y flanqueado únicamente por mi soledad, evoqué también las épocas de niñez. Cuando viajaba con mis padres y sentado en el asiento trasero del auto, me entretenía en el percibir como los ruidos de la ciudad se desvanecían lentamente. La sensación de ser seguido y observado desaparecía, pero cada tanto como un golpe seco que se sofocaba en la cajuela, emergía un rumor del cual no acertaba su procedencia y que tampoco podía detenerme a corroborar en el sitio desguarnecido que era la carretera. Con todo, estaba seguro de estar solo, y no dedicaba mayor trascendencia respecto de aquel ruido, ya lo revisaría al arribar a la cabaña.

De pronto, al enfocar la mirada en el horizonte, descubrí que me estaba adentrando a ese lugar que calculaba relativamente lejano, pero que sentía había transitado en una breve fracción de tiempo.

Sabía que había conducido varios kilómetros, aunque no podía recordar el último trecho; como si mi mente circulara por un estado de trance.

Extrañamente al llegar a la cabaña, me encontré con un lugar que ya no resplandecía como el paradisiaco espectáculo de pocas semanas atrás, cuando había compartido la estadía con Rita.

Me detuve, respiré profundo y me embargó un sentimiento de profunda nostalgia. Al internarme en los terrenos de aquel bohío una mística neblina se erigía como una fuente subrepticia rumoreando inconfesables secretos; provocando una desagradable conmoción apenas cruzar esos umbrales. Los verdes campos mutaban en un lodazal, las aguas del lago se revelaban oscuras; la vivienda en si misma deslucía. Era como internarse en un mundo desconocido, a pesar de las múltiples jornadas en que mi ser había sido cobijado por el abrigo de esa heredad.

Apagué el motor y descendí de la camioneta, trayendo conmigo el morral. De inmediato me dirigí al cofre para verificar alguna anomalía, que ocasionaría el molesto sonido que provocaba el vehículo, pero todo parecía en orden. Seguido me dirigí con cautela para inspeccionar el portaequipaje que aparté con cuidado. No hizo falta otro movimiento, para que un fuerte rugido sordo, prolongado en

una fuerte sacudida estuviera a punto de lanzarme al suelo. Intenté cerrar la tapa pero resultó infructuoso. Miré pasmado e inmóvil, concluyendo que se trataría de algún animal. El tiempo quedó suspendido y mi respiración entrecortada. Al instante se escuchó un nuevo golpe esta vez tan fuerte que creí que la cajuela se haría pedazos. Miré la cavidad en medio de una oscuridad que se hacía insondable, presó de un escalofrío que subía por la espalda.

Esperaba que en cualquier momento la desconocida fiera salvaje me cayera encima. La lamina del auto retumbó por tercera ocasión, ahí grabado bajo el ramaje de la noche estaba un inminente peligro, las líneas escritas de un azar inesperado. Un brusco y estentóreo movimiento elevó la portezuela, y liberada con bravosidad saltó una silueta de perfil humanoide, mientras yo, con la dificultad de mis músculos congelados intentaba echarme para atrás.

De repente como venido de la nada, me sobrecogió un golpe que me dobló contra el suelo, y cuando caía logré distinguir con claridad la fisonomía de la bestia: era un hombre; más que eso un fantasma pálido que se abalanzó sobre mí. Al instante todo se hizo oscuro.

Apenas repuesto de la terrible sorpresa, como si un caballo me hubiese golpeado el pecho, intenté transponerme a un lugar seguro. Empero, inmediatamente el espectro me agredió con garras puntiagudas, y sus ojos subterráneos y fantasmales fijaron su mirada asesina en mi humanidad.

Sorprendido con el escalofrío de terror que me inmovilizaba, solo podía pensar que moriría en aquel lugar lejano. La cabeza del monstruo estaba tan cerca de la mía, que escuchaba su resoplar jadeante, y sentía su babeo deslizándose en mi frente, fundiéndose con la lluvia. Aquella blasfemia de la naturaleza tenía el mismo origen de los otros, pero este resultaba más violento que cualquiera que hubiera visto antes; y flameaba el pánico en mí ser, sintiéndome vencido. En lo alto, el cielo oscuro y su llanto que bañaba mi rostro eran testigos de mi fin a manos de la repúgnate criatura; cuya mirada como lívido jaspe parecía ser lo último que mis ojos verían. La tragedia aleteaba y el furioso ataque no se detenía, pero de pronto arrastrado sobre el

boscaje oscuro que se instituía como el panteón de mi cuerpo, mis músculos lograron activarse y dar un giro que me permitió controlar por un segundo, a la furiosa creación de la maldad. Y aglutinados en una fiera lucha, rodamos hasta el borde del lago. Su voz era como un gruñido incesante y sus dientes interpolados intentaban lastimarme, cortar mi carne al igual que lo hacían sus uñas. Mis manos oprimieron sus ojos como el blanco que calculé más sensible, con el deseo de liberarme, y buscar un espacio abierto por el cual escapar. Entonces pareció estremecerse de dolor, y sus brazos fuertes y nervudos, me redimieron un instante que aproveché para intentar escabullirme. Pero en un envite de resolución se aventó con fuerza sobre mi cuerpo y el impulso de su ataque me desprendió del suelo elevándome por el aire, hasta aterrizar como un tronco en el espacio abierto y líquido del lago. El agua corrió por mi garganta y mis ojos, y todo se tornó borroso.

Sentí como si cayera lentamente hasta las profundidades de la marisma, y los viejos recuerdos familiares desfilaran en mi memoria. Luego un largo silencio cobijó mi ser.

Sin embargo, súbitamente, en un concluyente instinto de supervivencia abrí los ojos, para encontrarme con la esclerótica rojiza de mi atacante, e intentando repeler su arremetida me defendí como pude; golpeándole con dificultad y asiéndole por el cuello, para mudar mi tumba de agua en la suya. Ahí estaba luchando por mi vida, como nunca antes hubiera hecho, en un envite casi estoico. Trenzado en un batallar que se dilató por varios minutos.

Las entrañas me dolían, la cabeza reventaba y un adormecimiento me envolvía, entretanto, era impedido de salir a la superficie para tomar aire, por las manos del monstruo que como ramas se hacían a mis pies. Era una guerra a muerte e incluso bajo el agua sus bramidos podían escucharse.

<Sal del agua, Gabriel. Sal del agua> repetía una voz en mi cabeza.

De pronto, al abrirse un pequeño espacio a la superficie, sentí la rotura de su apresamiento, seguido de una suerte de mugido lastimero. Su pálida fisonomía pareció vencerse hacia el fondo del lago, y sellar probablemente su viaje a los terrenos de hades. Como un

trueno atravesando mis pulmones se adentró una bocanada de aire y sentí la liberación al salir a la superficie. Mientras un final roce me despedía de aquella horripilante y descarnada criatura, símbolo de la maldad que me atacaba con toda su ferocidad.

Luego unas cuantas brazadas me ubicaron a la orilla sobre la tierra fangosa y ahí me desplomé inconsciente.

Transcurridos unos minutos en medio de la hipotermia que lo abrigaba, mi cuerpo demolido pareció reaccionar maquinalmente. Solté un tenue alarido, que llegó hasta mis oídos para despertarme, elevé la mirada encontrándome con el oscuro cielo y la borrasca que se deprimía. Entonces mi corazón inició a palpitar aceleradamente, movido de tremor y oscuros presagios. Desalentado, tomé los restos de vitalidad que me quedaban, me pasé la por la frente retirando la humedad de ella, e intenté incorporarme para continuar mi camino vadeando el amplio lago, hasta que tuve a mi alcance la visión de la cabaña, que en ese momento se me antojaba un considerado oasis de anheladas de bendiciones. Habría preferido manejar mi camioneta de regreso, pero estaba tan exhausto que apenas si conseguía moverme, avanzando entre la bruma como si caminara por corredores intrincados, entre los cuales irrumpía completamente aterrorizado. La cabaña y la cherokee, no eran más que un perfil borroso de formas geométricas.

Miré hacia la entrada y distinguí, al avanzar un poco más, algo que había adelante, junto a la llanta derecha de la camioneta; a poco menos de quince metros. Parecía ser una linterna engastada en el fango la cual todavía encendida, iluminaba en dirección al lago; cuya luz formaba una silueta brillante en medio del agua, que resaltaba en la penumbra.

El suelo chasqueó mientras me abría paso, movido más por el instinto que por la reflexión. Crucé a toda prisa el trayecto que me distanciaba del vehículo y por ende de la entrada principal de la vivienda y tomé lo que en efecto era una linterna, cuya procedencia desconocía, pero me venía bastante útil en tan desesperadas circunstancias.

De inmediato me puse frente a la puerta, sin saber si las llaves de la cabaña seguían en mis pantalones o estarían en el fondo del lago. Removí cada uno de los bolsillos abriendo paso entre agua, lodo y maleza, hasta tantear una superficie rígida y fría. Se trataba de las llaves que por fortuna no había perdido en aquel forcejeo.

Abrí de par en par, tomé la mochila empapada que había quedado sobre la escalerilla de acceso al pórtico y apenas moviendo mis piernas me adentré en el salón vacio y oscuro, pero antes de darme cuenta estaba nuevamente en el suelo.

Sentía la cabeza como si hubiese sido disparada por un rifle, el esternón me ardía y los brazos y piernas adolecían de reacción. También la frente me flameaba de dolor, mientras luchaba por incorporarme. Pero apenas si logré ponerme de rodillas y empujar la puerta.

Tanto afuera como adentro reinaba la oscuridad, ni un pequeño brillo fulguraba en ninguna dirección. Y afuera el aguacero arremetía, indicando que no podría salir de ahí. Era demasiado peligroso, acaso más que resguárdame en aquel sitio.

Hice un último esfuerzo por levantarme. La espalda, los hombros y el abdomen me dolían, y un árido rumor se colaba por el resquicio de la puerta. Al fin logré lo que buscaba con esfuerzo: mantener erguidas las piernas y empezar a avanzar hacia el interior de la cabaña, en busca del interruptor de luz. Como la más anhelada bendición, la luz se proyectó sobre la cerrazón noctívaga.

Luego me acerqué al viejo comedor de madera, e hice espacio en una silla para intentar recobrar el aliento.

Nada de eso me resultaba familiar y el afán de aprovechar los beneficios que provee la soledad, como una adecuada medida clínica, que dejara atrás mis excesivas preocupaciones; me había puesto en mayores apuros. Sentí rabia mezclada con el miedo de enfrentarme a esas oscuras fuerzas que creía controladas; sentí enojo por tener que sostener la pesada carga que el creador había puesto en mis hombros.

Estar de nuevo en aquella cabaña no era en absoluto propicio para dispersarme del mundo de paranoia que era Treum. De hecho la

locura parecía seguirme a donde iba y adentrarme en los terrenos de natura lucia ahora como el peor error.

Ni siquiera acertaba si aquel espanto era real o el producto de la ficción. Pero imaginar su cuerpo inerte, cerca de la superficie reposada del lago, atrayéndose hacia la orilla, fusionándose con el fango. Empezó a inundarme de ansiedades que lentamente me iban carcomiendo. ¿Qué pasaría si era descubierto, si brotaba del agua y se hacía visible?

Todos sabían que aquella era la cabaña de mis padres, y una incógnita rondó mis pensamientos ¿Qué ocurriría si la policía encontraba el cuerpo? ¿Cómo podría explicar que había aniquilado a aquella entidad en defensa propia?

Me invadió un profundo dolor que se internó en mis entrañas, subiendo por mis costillas y apuntando hacia mi cabeza. Las voces reaparecieron y eran como un murmullo hablándome al oído.

—No fue tu culpa Gabriel, no fue tu culpa.

Sabía bien lo que debía hacer, comprendí que ellos no entenderían, que eran lacayos al servicio de la maldad, y no dudarían en usar cualquier excusa en mi contra. Entendí que debía esperar la mañana, y escudriñar en el lago, si es que los restos estaban a la vista. Mientras pensaba en ello me saqué la ropa calada sobre mis músculos, tendría que quedarme desnudo, puesto que todo lo demás estaba permeado. Así esperaría hasta el amanecer en una atenta vigilia.

Luego de cavilar estos asuntos, me incorporé, aseguré la puerta de acceso y fui hasta la cama donde me tendí boca arriba con los ojos abiertos, los brazos cruzados bajo la cabeza y las piernas extendidas. Confiado que aquella fuerza brutal, no regresara para dañarme.

Dejé la luz encendida y observé mi cuerpo, donde se marcaban algunas pequeñas heridas, menores de lo calculado y que hasta ese momento había preferido obviar. En mi brazo izquierdo se notaba una larga línea rojiza que atravesaba desde el codo hacia la muñeca. Sobre mi pecho podían distinguirse claramente, marcas de rasguños, uno de los cuales sangraba exiguamente, y en los nudillos de la mano derecha unos pequeños puntitos rojizos. A excepción de

eso y algunos moretones, lo demás era prácticamente casi imperceptible.

En esa posición me encontraba cuando un repentino estado onírico empezó a envolverme. Dormité un poco y mi ensueño se cargaba de iconografías surrealistas que instituían fantasías ajenas a la realidad, pasando luego al siniestro acontecimiento y su impacto que estremecía mi mente. A pesar de ello no conseguía despertarme. El espejismo se volvía entonces un ruido; el eco de una pulsación y un tenue gemido. Seguido una velada silueta avanzaba hasta el lago y luego de hacer una breve pausa se zambullía desde la orilla.

Las montañas como crestas distantes, parecían descender junto a una espesa niebla que las coreaba, y ocultas tras estas, se avecinaban misteriosas sombras como un ejército de almas rutilantes, oscuras y malignas, prestas a conquistar aquella explanada. Los aromas se fundían con voces, lamentos agonizantes y cuerpos mutilados; como si una ignota entidad demandara un espacio suyo. Todo era tan singular que desperté lleno de tremor, sobrecogido por el miedo. Al mirar alrededor recordé que estaba en la cabaña, y el resto de la noche no pude pegar los parpados.

El arribo de la mañana fue un alivio, a pesar de despertar con escalofríos a causa de la prolongada inmersión en el agua y la falta de abrigo.

Me apresuré en tomar madera seca que había al interior de la vivienda, con el ánimo de prender una fogata. Y luego de atizar la vieja chimenea, preparé un poco de café y encendí un cigarro.

No me entusiasmaba la idea de tener que salir, pero al mismo tiempo quería abandonar ese lugar cuanto antes. La sola idea de acercarme a la puerta sin saber que aguardaba del otro lado, me intranquilizaba, empero, la única ruta era esa, y aun cuando del otro extremo solo aguardaran incertidumbres, ese era un paso que tendría que dar.

Apagué las luces, aspiré hondo, volví a calzarme la ropa todavía húmeda. Finalmente, tomé el maletín y evitando rodeos mis pasos se impulsaron hacia la salida, enfocándome únicamente en subir

de inmediato a la camioneta. Metí la mano en el bolsillo, agarré las llaves y aseguré la puerta; para luego correr hasta el coche.

Pero cuando estaba a punto de entrar me pareció escuchar ruidos que provenían del lago. El aliento se me cortó, sin embargo, y a pesar del temor que sentía giré para observar. Dándome cuenta que solo se trataba de garzas descendiendo en el agua y contrario a lo que pensaba el horizonte lucia apacible, circunscrito en un amansamiento de la lluvia; lo que me imbuyó de aliento para atisbar las aguas reposadas del lago. Incluso avancé titubeante en esa dirección, asomándome tímidamente desde el extremo de la orilla y apostándome a pocos metros, para estudiar aquel depósito cerúleo, que susurraba un arcano oculto bajo sus aguas.

Continué leyendo en silencio aquel retrato que liaba mis pensamientos, descartando que algún cuerpo flotara en la superficie. Me acerqué un poco más e inspeccioné desde lo alto los perfiles del lago, encuadrados en un espacio radial y acaricié la posibilidad de que todo aquello fuera solo un sueño. Era eso o quizá la bestia había sobrevivido y escapado, mientras yo me ocultaba al interior de la cabaña. Lo cierto es que esto me tranquilizó todavía más. Y aunque próximo a la orilla, llamó mi atención encontrar una espadilla de madera y una larga soga enmohecida, restándole importancia, giré para tomar el camino de regreso. De cualquier modo, no quería pasar otra noche ahí.

CAPÍTULO XLVI, INVESTIGACIONES SOBRE UN CRIMEN

Avancé sin más vacilaciones, deslizándome en silencio dentro de la cherokee. Me sentía relativamente tranquilo y seguro, salvo el palpitar un tanto agitado de mi corazón y una persistente molestia en el tórax; que se revelaba como una quemazón que emergía desde mis entrañas. Causando un reflejo de dolor que subía hasta mi garganta.

Sin embargo, al acomodarme en el asiento me sentí un poco mareado, tanto que tuve que asirme del timón y descargar la cabeza un

instante contra este. Cuando juzgué que me recuperaba un poco, sacudí la cabeza y me obligué a atenderme en la salida de aquel lugar; aunque el dolor en el pecho persistía y al tragar saliva sentía un tácito ardor recorriéndome el gaznate. Así que tomé una abundante bocanada de aire, que al salir de mis pulmones se devolvió en forma de tosido, acompañado por un carraspeo.

Puse el auto marcha atrás, giré la llave de encendido y luego viré hacia la derecha acelerando un poco. Adentrándome en aquel callizo enlodado que guiaba hacia la salida. Doblé adelante a unos doscientos metros y tomé la vía que entre florestas, conducía a la autopista, aceleré un poco más y las llantas de la camioneta rechinaron estorbadas por el fango. Minutos después perdí de vista la cabaña, cuya silueta desapareció para dar paso al despoblado terreno; por el que conduje a poco más de sesenta kilómetros por hora, buscando la salida. Cuando la carretera estuvo a la vista hundí un el acelerador, y el ruido de bocinas no tardó en avisar mi inscripción en el trafico.

Aumenté la velocidad y me encaminé de nuevo a Treum, confundido por el malestar que me agobiaba; el cual se confundió con el olor a gasolina que expelía la vieja cherokee, lo que no hacia ningún favor a mi bienestar.

Sintonicé una emisora en el estéreo y subí un poco el volumen intentando ahogar cualquier pensamiento, dejando que mis sentidos se enfocaran únicamente en la vía. No quería que las arbitrarias voces ni las preocupaciones ocuparan mi cabeza.

Conduje adelantando algunos autos, esperando adentrarme en mi decadente ciudad. Algunas veces esperé paciente y otras avancé sobrepasando la lentitud de algunos conductores, casi que ignorando lo que sucedía a mi alrededor. Las cornetas repicaban y vibraban con su eco lanzado al viento, apurando a quienes se movían más despacio.

No era mi caso, por tanto no prestaba atención de ello.

Terminado el suspenso del largo trayecto, el momento de consternación se revelaba, la elipsis de los terrenos de la cabaña era asunto de antaño y Treum se vestía con su máscara de galimatías.

El continuo torbellino que vestía la ciudad, se adentró por entre la ventana a medio subir del coche, como tiniebla helada que lo envolvía todo y se ramificaba congelando mis dedos.

Me apuré en subir las ventanillas, presó de un intenso escalofrió. Sentí que mi mente desvariaba atacada por un estado febril. Alrededor mío había transeúntes, edificios, bullicio, coches. La mayoría de los rostros eran simples deformidades, difíciles de acertar como seres humanos.

Con angustia intenté apurar el paso, pero la obstrucción de la vía impedía mi avance, y como un autómata me esforzaba por concentrarme en las líneas del camino, confinado en aquel espacio ardoroso de carburante.

El padecimiento en mi pecho era intenso, tanto que casi no conseguía ignorarlo. No sé cuanto tardé, pero de pronto reconocí las formas de la calle Centro Alto, donde me detuve. Mientras aparcaba la camioneta me sentía incomodo, con vértigo, un intenso dolor de cabeza, además de picor en la garganta y un resoplido punzante en los pulmones.

Tomé el camino habitual de acceso al edificio, sintiendo algunas miradas furtivas que me espiaban desde los apartamentos; las ignoré y seguí avanzando, aun cuando no me disgustara.

Los nubarrones se congregaban en las alturas y la lluvia me apaleaba con violencia, pero no tomaría mucho llegar a mi resguardo. Otra vez estaba en ese mundo antipático, y apenas pisé el primer escalón, mi mente se cargó de iconografías, voces, clamores, pensamientos fútiles y preocupaciones.

Deslicé lentamente la mano por la barandilla mojada, imprevisor de los sonidos del aire glacial solazándose entre los recovecos de la edificación. Y silenciosamente puse un pie delante del otro, con los hombros encogidos y la mirada abatida.

Concluí el recorrido de las escaleras y alcancé la puerta del apartamento, la cual percibí deslucida. Empero, abrir e ingresar al salón fue como un grito de vida, contenido en los estertores de mi pecho. Casi no podía respirar y los potentes ronquidos variaron hacia una profusa tos que rasgaba mi interior.

Me apuré hacia el cuarto para cambiarme de ropa, con un dejo de preocupación respecto de mi salud. La puerta del dormitorio se abrió y con sigiló seguí hasta la cama, sacándome al instante la ropa todavía humedecida.

Me puse de pie y fui hasta la cómoda, apenas consiguiendo sostenerme. Me sentía débil y embotado, mientras me calzaba un pantalón de sudadera, un abrigo y unas sandalias. Luego giré y me dirigí de nuevo a la cama. La respiración se me entrecortaba entre breves expectoraciones, intenté retirar el cobertor para tenderme, pero seguramente debí desmayarme afectado el fogaje del estado febril que arremetía contra mí ser.

En medio de la semiinconsciencia, encorvado como un feto en el vientre de la madre; eventualmente conseguía levantar los parpados y ver mi dermis rojiza a causa de la calentura. Estaba deshidratado, con la garganta seca y los labios resquebrajados, entre tenues oleadas de dolor. Abatido, ni siquiera conseguí levantarme para ir a por unos analgésicos. Y en medio de esas punzadas de dolor alcancé a dormitar un momento.

Estaba en medio de aquel aturdimiento, del ir y venir de la inconsciencia; cuando escuché el golpetear insistente en la puerta de entrada. No imaginé quien seria y quise obviar el llamado, pero este se repitió un par de veces con afanosa insistencia.

Entonces con el dolor penetrante que invadía mis músculos, abrí los ojos, bañado en un sudor que me envolvía la frente y caía hasta los parpados. Intentar incorporarme fue como sentir el abrazo de una pitón rodeándome, y el dolor inició a remitirse por cada centímetro de mi cuerpo. Me levanté como pude, confiando que el visitante ya se habría marchado, no obstante, casi sin fuerzas avancé para confirmar el llamado.

Apenas entreabrí me encontré con el mirar acucioso de un hombre uniformado, quien se me acercó preguntando:

—¿Como está señor? ¿Es usted Gabriel Dickens?

—Si ¿por qué? —Respondí serenamente—soy Gabriel Dickens.

El sujeto me miró con cierto asombro.

—¿Se encuentra bien, señor?—indagó enseguida.

—Sí. Un poco indispuesto. Pero nada serio—observé—

—¿Señor Dickens? podemos hablar con usted. —solicitó el sujeto peripuesto con uniforme azul oscuro, acompañado por otro vestido exactamente igual. Primero con inflexión agitada, que luego dio pasó a un tono seco casi autoritario—. Soy el teniente Fermín Ibáñez, de la Policía.

Quedé sorprendido y en silencio por un instante.

—¿La Policía?—corroboré.

—Sí, podría atendernos un momento. Quisiéramos hacerle algunas preguntas.

Seguí observando a través de la puerta entreabierta. El que me hablaba era un hombre de contextura similar a la mía, pero lo diferenciaba la forma redondeada de su rostro, los ojos abultados y la frente angosta; el otro simplemente atendía en silencio nuestro dialogo. Aunque no cabía duda que el uniforme era de la institución oficial que mencionaba, dudé por un instante dejarlos pasar. Sin embargo, al momento retiré la cadenilla, mientras sus ojos oscuros parecían escrutarme.

—¿Qué sucede?—pregunté de inmediato, cuando ingresó el uniformado escoltado por el otro, de estatura un poco menor, delgado, de cabello castaño y ojos avellana, quien se dispuso a su lado.

—¿Podemos seguir?—solicitó el agente.

—¿Ocurre algo malo?—insistí.

—Solo queremos hacerle algunas preguntas—afirmó.

Me invadió una sensación de malestar, empero, los invité a seguir y tomar asiento.

—Cómo seguramente lo sabe, las recientes semanas la ciudad se ha visto afectada por una serie de delitos—continuó, mientras se acomodaba en el sillón junto a su compañero.

—El último caso con el que hemos tropezado…—dijo haciendo una pausa, mientras tomaba una agenda y rebuscaba entre sus páginas, para continuar enseguida.

—Como le decía…—prosiguió, dejando escapar un dilatado suspiro y en un epítome me alcanzó un par de fotografías que había extraído del interior de la libreta.

De inmediato supe que algo realmente malo pasaba, mientras los uniformados me observaban con rostro circunspecto.

Cuando miré las imágenes quedé congelado.

Eran las fotos del cadáver de un hombre, no un joven, sino alguien entrado en años; de cabello cano, contextura gruesa y mentón ancho.

El interior de mi ser se conmocionó, mientras seguía con la vista dispuesta sobre las estremecedoras imágenes. Sentí sorpresa mezclada con confusión, luego mi estomago dio paso a una profunda repulsión, una asonada en mis entrañas a punto de explotar en arcadas.

—¿Quién pudo hacer algo así?—miré a los agentes con rostro pesaroso.

—Créame señor Dickens, que tampoco nosotros entendemos como alguien puede actuar de esa manera—contrajo el semblante el funcionario.

—A decir verdad, confiamos que usted nos ayude a encontrar esa respuesta—señaló al instante—¿conoce al hombre de las fotografías?

Las imágenes eran aterradoras, y aun cuando al primer vistazo ya tenía la respuesta; incliné nuevamente la cabeza para prestar atención. Esta vez sentí un hondo vacio entremezclado con miedo, era extraño ver el cuerpo de aquel desdichado. Eso me generaba una sensación desconcertante, una profunda lastima, a pesar de que no le reconocía y así se los hice saber a los policías.

—No entiendo el por qué de esta indagación—examiné.

—Señor Dickens, verá, el cuerpo fue encontrado a la orilla de un lago que comunica tres terrenos de propietarios diferentes. Uno de ellos pertenece a sus padres— espetó el agente—¿Ahora entiende la razón de mi pregunta?

—Ya veo—asentí.

—El cadáver fue encontrado por un muchacho que paseaba por el lugar con dos de sus amigos. Mientras cruzaban lo encontraron atascado entre la maleza—señaló.

—Realmente es una tragedia—aseveré—pero dudo que yo pueda serles de utilidad.

Aunque el sujeto remarcó el hecho de que los tres propietarios estaban siendo indagados y dada la oleada de crímenes el ayuntamiento quería dar claridad inmediata al asunto. Me llamó la atención su premura, usualmente la autoridad de Treum no era tan expeditiva.

Además no estaba seguro de mi respuesta, puesto que probablemente, yo era el único que había estado en ese lugar justo ese día. Sentí temor y un profundo desasosiego, sin acertar mi respuesta. Ya ni siquiera sabía que era cierto o falso, pero de lo que estaba seguro es que las fotografías revelaban la imagen de un hombre, y no del monstruo contra el cual yo había batallado la noche anterior. No existía analogía entre ellos, pero en mi cabeza emergió una conjetura, dada la horripilante muerte del desdichado: quizá era el propio engendro, a quien creí muerto, el que le había asesinado. Empero, abrir la boca para relatar mi historia, no resultaría convincente en ese momento y mi decisión pasó por guardar silencio.

Tenía que aferrarme a la convicción de que la autoridades, harían su mejor esfuerzo por revelar aquel misterio, sin que mi nombre se viera asociado, e intentando desviar la atención de mi persona, ensayé mostrarme sorprendido y curioso:

—Entonces, ¿Cómo ha llegado el sujeto hasta el lago? ¿En su propio vehículo o creen que alguien más lo habrá llevado?

El uniformado negó con la cabeza.

—No sabemos cómo llegó, pensamos que estaría acompañado por alguien, pero la lluvia ha borrado las huellas de los neumáticos. Una posibilidad es que quizá conocía a su atacante, puesto que se trata de un hombre corpulento; de modo que es factible deducir que el asesino debió ganarse su confianza y tomarlo por sorpresa.

—De un tiempo a la fecha parece que nadie está seguro ¿verdad?—anoté—y de inmediato vinieron a mi cabeza las palabras

de la mujer de la revelación. La maldad rondaba cerca y me retaba a seguir su juego.

—El atacante debió tomarlo desde atrás y apoyando todo su peso sumergirlo en el agua— indicó extendiendo de nuevo la foto hacia mí.

—¿Y no pudo haberse hecho esto él mismo?—escruté intentando aportar otro punto de vista—¿no creen que se trate de un suicidio?

—No. Estamos seguros de eso, puesto que hay señales de lucha, y la marca de un corte en su espalda, tal vez, provocado por el pasador de una correa o la presión de un reloj de mano—siguió el uniformado quien siempre había hablado durante la reunión, y me observaba de manera extraña, casi señalándome con su mirada clavada en mí, como si creyera que yo ocultaba algo.

Me sentía confuso.

Luego miró el reloj de pared e incorporándose del sillón se dirigió a mí.

—Señor Dickens, debemos irnos. Pero le reitero que toda la ayuda que pueda brindarnos es importante para resolver este caso.

Apenas si le presté atención mientras le entregaba de vuelta los retratos, sintiendo todavía el escalofrío que me congelaba los músculos.

Entretanto, el otro también se puso de pie.

Sin poder colegir las intenciones de aquella aparente visita rutinaria, los acompañé hasta la puerta, nos estrechamos las manos y salieron, pero antes el uniformado que nunca hablaba, extrajo una lapicera de su bolsillo, y escribió un número telefónico sobre una tarjeta, la cual me extendió. Para finalmente articular unas breves palabras:

—Señor si sabe o recuerda algo no dude comunicarse con nosotros.

—Por supuesto—indiqué, mientras atravesaban el marco de la salida— si…hay algo que contribuya al esclarecimiento de este delito, estaré presto a brindar mi colaboración.

Diciendo esto último me despedí:

–Que tengan buena noche oficiales.

—¡Hasta luego señor Dickens!—

Cerré la puerta sobrecogido y percibí en sus preguntas el anuncio de un azar; no quería verme envuelto en líos, al parecer, ni siquiera había acabado con el monstruo y de algún modo eso me hacía sentir mejor, al no tener las manos manchadas con sangre. Pero quizá mi ligereza al no cumplir a cabalidad mi misión había terminado por causar otra tragedia.

Caminé silencioso y cabizbajo de regreso a la habitación, experimentando una sensación de revoltura en el estomago; como un crujido a punto de liberar mis intestinos.

Treum se pintaba de un fuliginoso desamparo, con la maldad y sus huestes como inquilinas. Y esa misma semana tendría noticia de tres crímenes similares.

Con cada paso que daba recordaba el pálido y desnudo cuerpo sin vida, que en las fotografías se notaba en una posición inusual: con las manos entrecruzadas en el abdomen y podría decirse con un gesto final de complacencia. Más abrumador aún, su pecho estaba abierto y junto al cadáver descansaba el corazón extraído. Entrecerré los ojos para tolerar la dureza de aquella imagen, y tuve que hacer un esfuerzo para no vomitar. Continúe hacia el cuarto sin lograr entender como alguien haría algo semejante.

Antes de meterme en la cama tomé una ducha y me di una desprolija afeitada, en la intención de distraerme mientras aclaraba las ideas. Pero apenas si conseguía disminuir la angustia que se rehusaba a liberar mi mente, atacada por la terrorífica imagen de aquel cuerpo mutilado.

Se cerraba el cerco sobre la ciudad.

CAPÍTULO XLVII, UNA SINIESTRA BESTIA RONDANDO EL EDIFICIO

El aire se cargó de presagios, entretanto, yo salía del baño sintiéndome mareado, a punto de perder el equilibrio. Desplome que evitaba el tabique que sostenía la puerta.

No pienso que haya querido vivir solo, pero ahora que Rita que no estaba a mi lado, ese parecía ser un camino viable; una introspección que me impulsaba a ser autónomo incluso en la enfermedad. Así que me dirigí al viejo botiquín arrebujado en el closet, donde recordé guardaba algunos analgésicos junto a otros medicamentos. La caja blanca era una antigüedad metálica heredada de una abuela que nunca conocí y en su tapa tenia pintada una desteñida cruz de color rojo. La abrí y tomé un par de pastillas, luego salí del dormitorio para ir por un poco de líquido y no atragantarme con el medicamento.

Mientras caminaba pensé de nuevo en el muerto, y cuando me senté en el sillón, luego de servirme un vaso de agua, seguí pensando en él. Y mis pensamientos se extendieron como un vademécum de los crímenes sucedidos en las últimas semanas. Me pareció escuchar la voz de cada víctima, sus quejidos y finales estertores.

Pensé en lo que estaba sucediendo con Treum, y el diagnostico equivocado que parecían hacer las autoridades; me sentí aterrado y un sinsabor ácido recorrió mi garganta. Humedecí mis labios con saliva y enseguida abrí la boca descargando las pastillas en mi lengua, para luego tragarlas de un solo impulso salvado con un sorbo de agua.

Una desagradable pulsación activaba los latidos de mi corazón, era una mezcla de ansiedad y frustración; intenté sosegarme enciendo la televisión, y fui consciente de mi extrema soledad más que desagradable. En el impulso que aquel aislamiento generaba, quise llamar a Rita, dejarle saber que a pesar de lo ocurrido todavía la extrañaba y prefería cuando menos un acuerdo amistoso que nos permitiera seguir compartiendo tiempo juntos.

El rutinario Gabriel Dickens emergía con las obsesiones de su vida yerma, con la expectativa de una existencia segura y cotidiana, pero cuando me disponía a marcar el número telefónico; el sonoro repicar del receptor fijo irrumpió mi tarea.

Entonces seguí el sonido y dudé si contestar, pero el tintinar fue persistente, como si tal cosa fuera una emergencia. Me generó disgusto aquel molesto ruido que parecía no querer detenerse, y a regañadientes me puse de pie.

<Que odioso cuando la gente es tan insistente> rumié levantando el auricular.

Sin embargo, a pesar de mi reticencia fue una sorpresa escuchar la voz que provenía del otro lado, descubrí con claridad una inflexión conocida: era Miranda, la asistente de Clark, de quien pensé no volvería a tener noticias dado el incidente con John.

—Buena tarde—farfulló—¿hablo con Gabriel Dickens?

—Sí, él habla—respondí con cierto nerviosismo.

—Hola Gabriel habla con Miranda…

—Sé con quién hablo—interrumpí—¿Cómo estás Miranda?

Entonces luego de saludar continuó musitando despacio, casi pausada en cada frase, dejando correr el asunto de su llamada.

Al principio, no sé por qué, creí que me reclamaría y cerraría con llave cualquier posibilidad de volver a la consulta. Aunque podía notar un acento de amabilidad en sus palabras.

—Bueno, el motivo de llamada es…—se pausó un segundo— consultar la razón de su ausencia en las sesiones con el doctor, queremos saber si tiene algún tipo de inconveniente. Recuerde además que el costo de esas citas ha sido previamente cancelado.

En ese momento no acerté ni siquiera una excusa por mas fachosa que resultara.

—Miranda…ehhh…sabe, es que…

Un prolongado silencio se apoderó del aparato telefónico, Luego de la incómoda pausa la voz de la joven, me hizo saber que continuaba en la línea.

—Descuide Gabriel, no es mi intención forzarlo. Simplemente, queremos saber si está interesado en continuar con su

consulta—continuó explicando—no hay ningún problema en convenirlo. Por el contrario, si su deseo es no regresar. Deberá presentar un informe aclarando las razones, entonces procederemos a la devolución de los valores anticipados.

—Humm, ya veo—mascullé.

—Sin embargo, no creo que sea buena idea abandonar la terapia. Es solo una observación personal—señaló con voz indulgente.

<Debería cuando menos haber llamado> dije para mí, sintiéndome avergonzado.

Pero mi mayor preocupación seguía siendo el altercado con John. Aunque sintiera que no había infringido la ley, solo ayudado a un inocente. De cualquier modo, eso era algo que solo yo sabia y me resultaba molesto tener que cargar con ello.

Me pasó por la cabeza regresar a la terapia, como ella señalaba y comentarlo con Clark, pero ese era un terreno demasiado espinoso, además evidentemente él y John eran cercanos.

Ante mi nueva tardanza reflexiva, Miranda prosiguió.

—Algunas personas tienen por costumbre dejar la consulta sin explicación alguna, o van y vienen a su antojo, lo cual tampoco es bueno—observó.

Inspiré hondo.

—No lo sé Miranda—titubeé.

—Gabriel, no pretendo hacer una evaluación, yo no he estudiado psiquiatría. Pero si he observado el trabajo del doctor y sé que con algo de tiempo y esfuerzo de su parte todo podrá ir mejor—aseguró.

Aquel juego de palabras dejó poco margen a excusas.

—Mire Gabriel, algunas personas tienen la arrogancia de creer que pueden hacerlo todo solas, que no necesitan un consejo o una palabra de apoyo. En verdad creo que no es su caso—indicó—y si estoy insistiendo es porque estoy segura que su vida familiar, social y laboral puede verse beneficiada si acepta seguir asistiendo a la consulta.

Mientras la escuchaba, en un rincón de mi corazón albergaba la esperanza de que todo volviera a su cauce y sus palabras me condescendían un nuevo impulso.

Trató de convencerme, empáticamente, durante un par de minutos más y en realidad lo estaba consiguiendo.

Luego, con rapidez, mis pensamientos irresolutos empezaron a afianzarse. La forma en que Miranda se dirigía a mí, me hizo sentir mejor y brilló un tenue fulgor frente a mis ojos.

—Es su decisión Gabriel ¿lo hará?

—Asentí con la cabeza y entonces lo corroboré:

—Está bien, iré. ¿Cuándo sería?

— ¿Le parece bien el jueves a las diez?

—Claro, ahí estaré—confirmé—

—De acuerdo Gabriel, en ese caso, hasta el jueves.

—Adiós, Miranda y Gracias.

—No hay de qué, adiós Gabriel.

Al descolgar el receptor supe que no debía descartar esa opción, era como la respuesta a mi soledad, y se presentaba también, la posibilidad de encontrarme de nuevo con Miranda. Podía suceder que en un afortunado giro ella se fijara en mí, y a su vez fuese el bálsamo a mi amargura. Este último pensamiento lo intuí un tanto frívolo, pero concluí que no debía avergonzarme de la naturaleza que lo establecía, pues era mi derecho no querer estar solo.

En ese caso bastaría con desdeñar el desagradable recuerdo de lo ocurrido con John, y en el simple impulso promovido por el propio Clark y su secretaria regresar a la terapia; a una fracción de tiempo que ocupara mis horas. Me sentí satisfecho con esa posibilidad. Y completamente convenido con mí propia conciencia, retomé las visitas al psiquiatra.

Este juicio me pareció consistente y me tranquilizó bastante, tanto como para irme a descansar un rato, y aguardar que los analgésicos surtieran efecto. Con serenidad me dirigí de nuevo a la habitación y me recosté un momento, miré el reloj y eran las seis menos diez de la tarde. A medida que fue pasando el tiempo empecé a sentirme mejor, y rayano las ocho decidí levantarme.

Con mi cuerpo y espíritu retocados, avancé al salón y encendiendo el ordenador revisé el blog y los correos; había nuevos visitantes y mensajes que provenían de todas las estratificaciones sociales. Se trataba de apuntes fortuitos y otros que parecían destinar mayor trascendencia a los comentarios.

El azar de los recientes hechos promovía de ese modo nuevos encuentros, uno de ellos el día miércoles en la noche. Esta vez asistieron cuatro personas: tres mujeres, y un hombre. En un principio, sentí temor rememorando los hechos de la cabaña, pero esta vez mis visitantes parecían no estar profundamente contaminados, empero, si era visible la grafía de la maldad en sus cuerpos, su mirada, y los sonidos emitidos por sus labios. Con ellos dediqué algunos minutos a explicar la revelación, su profundo contenido y la imperiosa necesidad de mostrar a otros estas enseñanzas. Mi planteamiento evidenciaba convencimiento en sus semblantes y conmovidos asentaban a cada una de mis palabras.

—Queridos amigos, como ven, en medio de este caos creado por el hombre, subyace una esperanza. Que antiguas civilizaciones antes que nosotros supieron entender y apreciar, concibiendo la perfección del plan de Dios, del cual hoy nos hemos alejado. Pero es la naturaleza misma de su sabiduría la que nos reúne este día, de la mano de este humilde servidor elegido por su santo designio, vendrá la reconciliación de aquellos que quieran escuchar este mensaje— Vinieron a mí elocuentes palabras y mi voz parecía reverberar de emoción.

Continué, mientras ellos escuchaban en silencio:

—Hay misterios ocultos en lugares que no imaginaríamos. ¿Cuántos de nosotros aseguramos honrar al señor, a los santos, la divinidad de la virgen? y ni siquiera entendemos de que se trata, celebramos fiestas en su nombre, pero en las calles negamos ayuda al necesitado. Ignoramos al que sufre, y luego nos regocijamos en tradiciones idólatras. Desdeñamos nuestra naturaleza divina, arrastrados por el pecado, llevados por el inmundo halito de la maldad.

Luego de unos minutos descarté sin más cualquier duda, y la combinación de mis frases con la iniciativa de mis manos, en una destreza versada me soliviantó a liberar la melancolía que agobiaba aquellas almas. Instantes después la maldad los liberaba, mis decisiones eran precisas y se reducía el tiempo de la ceremonia de manumisión. Solo recibir aquel premio de libertad dibujaba en sus rostros un gesto de alivio, que era a la vez mi propio lenitivo a pesar del cansancio.

Esa noche cuando los asistentes se marcharon, sentí una especie de vértigo, y las voces en mi cabeza, que hablaban de temas ignotos; caminé en dirección al ventanal para airearme un poco, y estaba en esa posición consintiendo que el céfiro noctívago bañara mi rostro, cuando me encontré con una visión estremecedora.

Un chocante ruido provino del callejón, y apoyado contra el muro asomé la cabeza por el ventanal entreabierto, intentando atinar el origen de aquel sonido que asemejaba el bufar de una bestia. La oscuridad era caprichosa y sobre ella solo se dibujaban siluetas, como fantasmas que deambulaban en busca de alivio. Permanecí templado en mi pesquisa, mientras las gotas de lluvia se estrellaban contra el vidrio salpicando mi rostro; de pronto el rugido se hizo prolongado, símil al bramido de un lobo y la lobreguez desabrigó una forma bruna que se fundía con la noche. De sus ojos emanaba un fulgor, como el extremo de un tabaco encendido iluminando la penumbra.

Sentí espanto y me distancié de inmediato del ventanal, trancándolo al instante con cerrojo. Pero al buscar el barrote que siempre usaba como seguro, me preocupó no encontrarlo ¿Dónde estaría, si siempre permanecía en ese sitio?

No obstante, seguí auscultando desde ahí la escena que se desarrollaba. A pesar de las tinieblas, el reflector del alumbrado público temporizó la silueta de la bestia que arrastraba consigo, algo que por su aspecto parecían ser huesos con tiras de musculo adheridas a ellos, y otros trozos que se hundían en el fuliginoso asfalto bajo las patas del animal, que eran como pezuñas rematadas en afiladas garras.

Seguí escrutando el umbroso pasadizo, cavilando si la escena era una ficción de mis sentidos; lo que fácilmente se podría colegir, al

mirar la luz rojiza que escapaba por los ojos de la bestia, como luces rutilantes en medio de la noche. Un sistema de iluminación apropiadamente adaptado en aquel animal enorme y feroz, que en un afán progresivo destrozaba piel, musculo y hueso de su presa; la cual manifiestamente no era un ave o algún otro pequeño animal. Por el tamaño deduje que los restos serian de un cerdo, una pequeña res o por qué no, algún chaval de la comarca; circular por esta final hipótesis me estremeció e invadió de escalofrío. Si era de esa manera nada habría por hacer, y el transitar distraído de algún vecino por el pasillo, en la mañana, haría visible la obra de horror que la penumbra ahora ocultaba. Opté deliberar que tan macabro raciocinio era consecuencia de los efectos negativos de la fiebre, si realmente algo así ocurriera, alguien se daría cuenta, bien sea por los gritos o la desaparición de su familiar.

Al mismo tiempo que desdeñaba mi anacrónico postulado, rastreaba el andar del animal, cuyo perfil se alargaba iluminado por el candil. Por todas partes caían los restos que sus afilados colmillos rasgaban, lo cuales engullía de inmediato. Por momentos su efigie se perdía en la negrura del callejón, para luego emerger con su mirar de fuego, y avanzar lentamente zarandeando la cabeza e impactando los huesos contra el suelo. Enseguida se velaba y reaparecía de nuevo, con sus fauces que resoplaban un sonido sofocado ¿Era posible que nadie más en los edificios, se hubiese percatado de su presencia? Así parecía, puesto que la única ventana que revelaba la presencia de alguien, era la mía.

Me sentí confundido. Aquello no podía ser un perro. Entonces me encaminé hacia el teléfono pensando en llamar a las autoridades de control de animales, pero la comunicación fue imposible; mi otra opción era la policía pero sentí aprensión de hacerlo.

Para ese momento, los ruidos se habían convertido en baladros, y emergió una enorme preocupación en mí, ¿podía tratarse de un lobo?

Alimentado en mis especulaciones, dimití por un momento dirigirme de nuevo al ventanal, pero a los pocos minutos quise corroborar si la misteriosa aparición continuaba apostada en ese sitio.

¿Qué era ese animal? Y ¿Por qué se había visto atraído hasta ahí? Justo frente a mi ventana.

¿Qué pasaría cuando terminara su comida? Acaso ¿Buscaría la entrada de los apartamentos?

Las líneas de un peligro inminente se trazaban en aquel pasadizo sombrío, que como una cámara subterránea guardaba un incognito secreto, el cual más bien parecía sacado de alguna leyenda de horror.

Inspeccioné de nuevo el sitio y fue como si en ese momento, el simulado ardid de mi mente me liberara. Me esforcé durante varios minutos, incluso con el ventanal abierto, en buscar a la monstruosa creación, pero no hubo señales de esta ni de los desperdigados restos. Nada, solo un angostillo oscuro.

De cualquier modo, el día siguiente antes de asistir a la cita en el consultorio, programada por Miranda. Pasé antes por el callejón con el fin de recabar pruebas de la tangible existencia de aquella aberración. Los resultados fueron infructuosos, como si aquello nunca hubiera pasado; ni una sutil señal se exhibía en aquel dilatado espacio. Y cada vez apuntaba más a mi imaginación, al descuido de mi salud y las noches de insomnio, como la que acababa de concluir.

Transcurrió casi media hora de mi inútil pesquisa, sin que mi exploración diera resultado. Otro enigma sin respuesta, un arcano desconocido; el cruce hacia un mundo alienado cuyos laudos apuntaban en dirección mía. Ya no podía soportarlo, tal vez, Clark realmente pudiera ayudarme.

Empezaba a desesperarme a creer que un mundo delirante habitaba en mi cabeza. Mientras seguía ahí de pie, me convencía que aquel pasadizo no era el osario de ninguna criatura y aun la bestia más voraz, dejaría alguna señal de su paso. Incliné la cabeza hundiendo los ojos en el pavimento, una y otra vez, avanzando con aliento frenético por el angosto y largo pasillo, queriendo acertar la prueba que diera razón a mi desconcierto.

¡Ahí no había nada…Absolutamente nada!

Con resignación tuve que dar la vuelta, y seguir adelante hacia la salida, con toda mi carga de desesperanzas a cuestas, en medio de un luengo silencio.

Ya en la cabecera del edificio me detuve un instante, con los ojos fijos en el horizonte; apreciando el llanto incontrolable del cielo, que me había acompañado cada día. Al instante desplegué las piernas y me escabullí hacia la calle, hasta mi vieja, rustica y fiel camioneta. Para imbuirme de inmediato en sus entrañas mecánicas y protectoras.

CAPÍTULO XLVIII, RETOMANDO LAS TERAPIAS

Envuelto todavía en las dudas de regresar a la terapia, tomé el camino al consultorio; mirando la calle con extrañeza, como si yo mismo fuera una entidad extraña y ajena. De pronto me vi impelido por el sentimiento de contactar a mi madre, John y Rita, quienes me había abandonado o era yo quien les dejaba a su suerte. Mi pecho se cargó de un dolor incapaz de liberarme, impulsándome a la ansiedad del sollozo. A una expresión común de la tristeza que embargaba mi ser, no obstante, me contuve y seguí mi avanzar. Todavía sintiéndome miserable, juzgando que tocaba el fondo del abismo profundo en que se había convertido mi vida.

Entre consideraciones como esa, serpenteé en medio de las calles sinuosas de Treum, saboreando la amarga bilis que subía hasta mi garganta y dejando que las filtraciones de la ventisca entraran por el reducido espacio que quedaba en la ventanilla.

Hice un recuento de los ultrajes en mi contra, una memoria de la insurrecta conducta de los habitantes de esa pequeña ciudad; entre los cuales se incluían mis propios familiares y amigos. Me sentí avergonzado de ellos, pero a la vez vigorizado en la idea de también ayudarlos, como hiciera con otros que aun siendo desconocidos venían a mi encuentro.

Decidí que buscaría a John ese mismo día, para hablar con él y tener la oportunidad de su explicación. Eran años de amistad que nos

habían unido. No resultaba algo corriente o de poco valor, ni era yo el regidor de la moral de John, quizá existían instancias superiores definidas para tal fin. Simplemente me veía como alguien capaz de contribuir a la salvación de su alma, por medio del mensaje.

Al llegar a mi cita estuve un rato dando vueltas alrededor del edificio, ensayando contender contra una fuerza oscura que obstaculizaba mi objetivo y me impedía recorrer los metros que me separaban de la consulta. Me sentí sofocado, observado por demonios de rostros disformes y piel ceniza.

El corazón se me abatía en el pecho, pero sabía bien que debía ingresar a ese edificio, así que me abrí camino entre el trafico y buscando un espacio libre aparqué a la orilla del camino.

Azorado por mis dudas, recobré el aliento y me mantuve en la idea de presentarme en la terapia. Intentando calmarme crucé la calle y estuve de cara en la entrada de la torre, ingresé me acomodé frente al portero y saludé, este con familiaridad respondió mi saludo y autorizó mi ingreso.

<no te preocupes, Gabriel, todo estará bien>me dije.

Avancé con decisión y me adentré en el lobby hasta llegar a los ascensores que demoraron más de lo habitual, por lo cual decidí tomar las escaleras, Seguí el trayecto de aquel camino angosto hasta detenerme en el acceso al cuarto piso, recorrí el pasadizo con convicción sesgada, pero finalmente frente a la puerta contuve el aire y en un impulso final me inscribí en la sala.

Miré indeciso a Miranda. Quien luego de saludarme me licenció a seguir y sentarme con su habitual formalidad.

—Gracias Miranda—dije, entretanto, me ajusté en el cómodo sillón.

Mientras observaba a la secretaria en sus acuciosas labores, me preguntaba si realmente mis conflictos existenciales se desvelarían ahí dentro, y si en aquella búsqueda desesperada por resolver los misteriosos que me circundaban, tendría algo de valor la insubstancial charla con un vejete de aspecto trastornado. Era suficiente de engañarme, la única razón por la que había regresado estaba en frente mío. Con toda su profesionalidad y motivos que la impulsaban a

querer ayudarme, sin convenir que la única solución estaba entre su piel y sus cabellos, era ella el cáliz que podía aliviar mi sed.

—Elevó la mirada para verme, se ajustó la solapa del vestido y sonrió.

Le devolví la sonrisa de vuelta, entrelacé las manos en un dejo de convicción y espeté:

—Miranda, ¿Sabes cuál es la razón por la que decidí volver?

—No entiendo la pregunta—examinó ella—supongo que lo considera un aporte valioso en su vida.

—¿Eso supones?—inquirí—Ah, y por favor, no me hables de usted, creo que ya habíamos superado esa etapa.

Al principio me miró desconcertada, pero luego rió locuazmente.

—Es verdad, discúlpame—dijo.

—Y bien ¿somos amigos?—indagué.

Quedó en silencio un instante, y noté que su deseo de compostura estaba evidentemente relacionado con su trabajo y no con el rechazo a mi persona.

—Ahí lo tienes —dijo a continuación—. Te di mi número telefónico y nunca llamaste. Es lo único que sé.

—¿Y cómo lo sabes?—observé.

Y a continuación le pedí que tomara su teléfono móvil.

—¿Para qué?—examinó.

—Vamos, hazlo.

Dudosa extrajo el aparato del cajón del escritorio, y en ese momento, extrayendo del bolsillo el mío, marqué el número que ella me diera hace días. De inmediato el tintinar melódico del móvil inundó el salón.

—Cuando revises, verás que tienes otras llamadas de este número—indiqué.

Se sonrojó, y luego tañó las teclas del receptor.

—Listo, ya lo anoté en mi agenda—sonrió.

<Pues sí, Gabriel, esto parece ir por buen camino> dije para mis adentros.

En ese momento recibió una llamada que interrumpió la charla. Respondió con el acostumbrado saludo, mientras asentía con la cabeza y miraba con ojos serenos pero distraídos hacia mi dirección.

—Claro, ¿en qué puedo ayudarle? —Dijo llevando la vista a su libreta de apuntes—y continuó hablando en voz baja—en este momento se encuentra ocupado. Por supuesto, le daré su mensaje en cuanto pueda.

—Si habla con Miranda, su asistente—indicó sosteniendo con semblante circunspecto el auricular.

—Gracias. Igual para usted. Que tenga un buen día—dijo antes de colgar.

—¿En qué íbamos? —preguntó observándome.

—¿Puedo preguntarte algo? —respondí pasando a otro asunto.

—Claro, dime—esbozó una tímida sonrisa.

—¿Esta vez, si aceptarás mi invitación a tomar algo?

—Bueno, la verdad no sé, tal vez debemos limitarnos a los terrenos de la consulta ¿no crees?—dudó.

—Muy bien, te propongo algo—dije— para que no sientas que hay una proximidad inadecuada entre los dos. Encontrémonos en algún lugar, como dos perfectos desconocidos que comparten mesa por coincidencia.

—Bueno parece una idea extraña, ¿crees que sea lo adecuado?—rió.

—Claro, así estaremos tranquilos de no violar ninguna norma ética.

—Muy bien —dijo volviendo la mirada para teclear algo en el ordenador—Acepto tu propuesta.

Me disponía a agregar algo más, cuando salió un paciente del despacho, acompañado por el propio Clark, quien al verme se aproximó y saludó cordialmente estrechando mi mano con firmeza.

– Me alegra verle Gabriel. Aunque debo decir que es un poco inesperado—dijo examinándome de arriba abajo.

– Gracias por recibirme, doctor.

—Pasemos a la consulta—invitó enseguida con un gesto de su mano.

Cuando atravesamos la puerta me miró y observó:

– Tiene un aspecto terrible Gabriel. ¿Ha tenido algún tipo de inconveniente?

–La verdad, doctor, hace días no duermo muy bien –admití, mientras tomaba asiento.

—Entiendo –dijo Clark con cautela—, creo que tendremos que explorar todas las posibilidades. Por ahora ¿quisiera contarme el motivo de su ausencia en las dos anteriores consultas?

De inmediato recordé el incidente con John. El doctor parecía no estar enterado o quizá fingía para que yo mismo, le narrara lo ocurrido.

La verdad es que no sabía que responder, mientras el mantenía su mirada fija aguardando mi respuesta.

—Bien, Gabriel ya hablaremos de ello—inspiró con rapidez— ¿Sobre qué quiere hablar? ¿Por qué razón no ha dormido bien? ¿Quiere decirme?

Agradecí su gesto condescendiente y en compensación intenté ser más fluido que en las citas anteriores.

—Verá doctor, a veces tengo pesadillas y en otras ocasiones apenas si puedo pegar el ojo durante toda la noche—señalé—también me siento ansioso la mayor parte del tiempo.

Ese fue el límite de mis revelaciones, pues me pareció prudente aguardar, para adentrarme en los detalles escabrosos que atormentaban mi vida.

A continuación el hizo una pregunta que le pareció obvia.

—Gabriel actualmente consume algún medicamento o está pasando por alguna crisis que considere esté derivando en esta anomalía.

No eran pocas las cosas que imaginaba e inicié relatando por ejemplo, mis apuros económicos, el fin de mi relación con Rita; la lejanía de mi madre, entre otras. Claro, que obvie el inconveniente con John. Tampoco él hizo ninguna mención y empecé a concebir que realmente lo ignorara.

—Gabriel debo preguntarle ¿Ha ocurrido algo en su niñez? ¿Algún evento doloroso que nunca haya comentado con nadie?

Esta última pregunta me hizo salivar más de lo normal, y poco imaginaba lo que vino a continuación: como un orfeón de voces se saturó mi cabeza, las mismas que escuchaba con frecuencia pero esta vez multiplicadas de forma exponencial. Al mismo tiempo que rostros familiares y desconocidos emergían haciéndose palmarios; como si realmente estuvieran ahí coreando dicciones incongruentes.

No sé cuanto duró aquel lapsus, pero al volver en mi, el despacho se delegó en un silencio sepulcral. El doctor me observaba sorprendido. Y al instante quiso confortarme con voz de aliento, respecto de algo que yo ignoraba.

—¿Cómo se siente Gabriel?

Había ocurrido algo muy extraño, que yo evidentemente desconocía.

—¿Qué pasó doctor?

El me miró con familiaridad.

—Todo estará bien, Gabriel—aseguró—pienso que la relación materna filial está instituida sobre el pilar de pequeñas mentiras bondadosas, pero cuando esto se sale de contexto provoca un daño evidente, de cualquier modo usted no debe sentirse culpable.

—¿De qué habla doctor? No entiendo nada de lo que dice—inquirí.

—Pero si acaba de decirme…—espetó Clark con tono asombrado y se contuvo.

—¿Qué fue lo que dije?

—¿En realidad no recuerda nada?

—No tendría por qué mentirle—afirmé.

—En fin, creo que…—se le amarraron nuevamente las palabras en la lengua y poniéndose de pie; el doctor empezó a dar vueltas por el salón y a murmurar con gesto acucioso, sacudiendo la cabeza.

En algún momento colegí que no tenía sentido prestar atención a su desvarío y entonces me distraje en su libreta de apuntes que estaba abierta y fisgoneé algunos nombres; en un juego de adivinanza por traducir sus garabatos.

Al rato Clark soltó el aire de sus pulmones y se acercó de regresó al asiento cuyo respaldar casi alcanzaba la pared, entretanto yo, con paciencia le esperaba.

Tomó una libreta del escritorio y musitó hablando consigo mismo, algo que no pude entenderle.

—¿Y bien doctor?—indagué.

—Espera un momento Gabriel.

Eso hice mientras descargaba una pierna sobre la otra, y esperé, sintiendo que lo único que quería era que terminara la consulta; a pesar que el doctor era un viejo bonachón, con el cual empezaba a hacerse entretenido hablar. Además de distraerme con sus manías.

—Mire Gabriel, nada es casual. Y sin duda existe un origen para su padecimiento emocional. Hay cosas que parecieran no tener explicación, pero cuya raíz es fácil detectar. Seguramente, muchos asuntos de su pasado que usted ha querido borrar, son la razón de lo que señala—dijo con voz sentenciosa.

En ese momento temí que mi calvario fuera peor de lo que creía, y que en realidad tuviera un origen psiquiátrico, lo cual hasta entonces había descartado.

—Lo importante es que regrese a las terapias, que intente poner todo de su parte y que me permita encontrar la raíz de su ansiedad—observó.

La voz del viejo doctor sonó como un susurro paternal que cruzó hasta mis oídos.

Me estremecí pensando que él sabía algo que, evidentemente, yo ignoraba.

Y tan solo asentí con un aliento anémico, abatiendo la mirada. Clark permaneció sentado con la vista extraviada en la libreta que había tomado antes, sosteniendo una lapicera en su mano.

Alcé de nuevo la vista para observarlo, mientras escribía con presteza, y su alargada barbilla apuntando hacia el escritorio. Luego se detuvo en seco y en el rellano de su garabatear me miró fijamente, separando enseguida la hoja en la cual había escrito. La cual extendió para detener al instante en frente mío.

Crucé la mirada por las líneas ilegibles.

—¿Qué es esto doctor?—inquirí queriendo descifrar aquel acertijo— flux…clum…lmm…

—Son medicamentos Gabriel que le harán sentir mejor: fluoxetina y clonazepam.

—¿Y para qué sirven?

—Le ayudaran con su problema de ansiedad e insomnio—respondió escuetamente—¿Es usted alérgico a algún medicamento—preguntó enseguida.

—No, que yo sepa doctor—indiqué—pero ¿cree que sea necesario?—proseguí reticente a tomar lo que me recetaba.

Pero haciendo caso omiso de mis reparos, prosiguió:

—Lo tomará inicialmente por cuatro semanas y ya veremos la respuesta del medicamento—señaló—de cualquier modo si siente alguna reacción adversa como ansiedad, dolor de cabeza, nausea; alucinaciones o empeoramiento del insomnio me lo comunica inmediatamente.

¡Vaya que aquellos medicamentos parecían tender a empeorar lo que ya sentía!, sin embargo, no refuté el dictamen de Clark y tomé la formula guardándola en el bolsillo del abrigo.

—¿En este momento está tomando antibióticos, algún tipo de medicamento o antidepresivos?—indagó al instante.

—No doctor—respondí—solo tomé un par de analgésicos esta semana, para controlar un estado febril. Aparte de eso, nada más.

—Bien, Gabriel tomé el medicamento en las dosis que indiqué en la formula y veremos cuál ha sido su avance la próxima semana que nos reunamos.

—Está bien doctor, así lo haré.

—Bueno, Gabriel que tenga un buen día—Se despidió Clark.

—Hasta luego Doctor, y gracias—

Me incorporé sintiéndome inquieto con la idea la medicación, y mis pasos sonaron como retumbos que me guiaron a la salida; acompañados por una voz que parecía gritar al interior de mi cabeza:

¡Vete de aquí Gabriel, y nunca vuelvas!

Pero esta voz se sosegó apenas salí y encontré los ojos de Miranda observándome.

—¿Y cómo estuvo la sesión?—susurró al segundo.

—Estuvo bien—respondí en idéntico tono y valí la oportunidad para revalidar la propuesta de salir juntos—¿Y bien? ¿Te espero afuera del edificio?

Ella sonrió, y sentí un cosquilleo recorriéndome las entrañas, en una nueva andanada de emociones.

La miré atentamente, finalmente, me mostró una sonrisa amplia que enseguida comprendí era de aprobación; de inmediato experimente una sensación de regocijo. Aunque ella parecía no terminar por decidirse, cuando menos no lo expresaba con palabras. Afortunadamente mi cabeza ya no era el hervidero de hace algunos minutos, cuando había dejado la consulta.

Empezaba a sentirme nervioso y tonto de seguir ahí parado, sin obtener la afirmación que esperaba y en un presuroso afán por moverme de mi sitio insistí.

—Bueno ¿Qué me respondes?

Esta pregunta pareció determinante para concluir su reflexión y destacando sus objeciones murmuró, haciendo un gesto para que me acercara:

—Mira Gabriel, esta decisión no quiere decir nada. Primero sabes que este es mi trabajo y segundo es necesario que nos encontremos afuera.

—Por supuesto— asentí—yo mismo lo propuse.

—Sí, lo sé—corroboró—en ese caso veámonos a la entrada del edificio. Ya casi es mi hora de almuerzo ¿estás de acuerdo?

—Perfecto—confirmé con un gesto de la cabeza—nos vemos afuera. Adiós—concluí entre susurros.

Dejé la oficina y me dirigí al ascensor para bajar en este. Cuando se abrieron las puertas platinadas me adentré en el pequeño espacio de aquella moderna arca de metal, y me distraje viendo como las puertas se cerraban rápidamente, emitiendo un sutil crujido.

—Primer piso por favor— indiqué a un joven que estaba parado justo frente a los botones.

El oprimió y de inmediato el artilugio mecánico empezó a descender.

Parecía que todo había concluido en un distinguido acuerdo, del que yo mismo dudara, pero ahí estaba a punto de encontrarme con la bella Miranda.

En el segundo piso se detuvo el elevador y accedieron otras personas que saludaron al ingresar. Entretanto yo, distraído, me alargaba en reflexiones sobre donde invitarla.

No era algo que me volviera loco, pues se notaba que era una mujer sencilla. Y no calculé necesario deslumbrarla con una invitación ostentosa.

El aparato se detuvo en el primero piso, las puertas se abrieron y todos descendimos. Salí del edificio y me dispuse rayano a la entrada, aguardando con ansiedad el arribo de la secretaria.

Ausculté la hora, eran las doce menos quince minutos, luego alcé la mirada y reconocí esas calles que me invadían el alma de un viento helado, que se ahogó en un suspiro.

Por el umbral del edificio empezaron a transitar los funcionarios que salían a esa hora: rostros afanados, gabardinas, trajes, americanas y paraguas en un desfile de pasos presurosos.

La lluvia caía verticalmente y con fuerza, las siluetas se perdían dando paso a otras nuevas; pieles temblorosas, a veces sonrientes, otras jadeantes. Y en esa singular duplicación todavía no asomaba el rostro de Miranda.

Miré de nuevo la hora. Faltaba un minuto para el mediodía, ya llegaría, agitando su melena y prodigándome una tímida sonrisa; humedeciendo sus labios, mojando su piel con la lluvia hasta rayar en los límites de una sensualidad que le exudaba por los poros. Solo ella podía iluminar una ciudad que deslucía imprecisa a causa de la calina.

En medio de la espera quise fumar pero me pareció inadecuado y me conformé con el solaz de ver estrellarse las gotas contra las suelas de mis zapatos, mientras aguardaba bajo el tejaroz del edificio.

Los relámpagos se avenían como estallidos metálicos, el tiempo trascurría y yo, simplemente, atisbaba ese lugar antes admirable que era Treum.

El reloj señaló las doce y diez minutos, y de pronto empecé a creer que no vendría, me sentí tenso, casi convencido de haber fracasado en mi cortejo. Suspiré con un sentimiento de resignación mezclado con enojo. Y saqué un cigarro de su cajilla para intentar calmarme.

—Hola Gabriel—pronunció de pronto mi nombre una suave voz.

Me volví con rapidez y mi mirada se cruzó con la suya, ahí estaba Miranda ante mí, cumpliendo nuestro acuerdo de encontrarnos.

De inmediato regresé el tabaco a su sitio y sonreí. Viendo su hermosa cara y sus hombros desnudos. Apenas si la conocía, pero quería abrazarme a su cuerpo. Me sentí sin aliento era más hermosa de lo que recordaba. Pero al mismo tiempo pensé en Rita, y sentí una punzada en el pecho.

Nos miramos, y busqué palabras que no emergieron de mi léxico. Aquella fue la primera cita con Miranda. No sé cuantas hubo después.

Al instante ella misma descorrió la cortina del silencio.

—¿Bien Gabriel donde iremos?

—Vamos—dije extendiendo mi brazo para cruzar el suyo—¿Quieres almorzar? —indagué.

—Preferiría algo ligero—observó ella blandiendo una sonrisa—No sé tal vez una ensalada o algo por el estilo.

A pesar de que las calles languidecían, ella parecía tener la facultad de transformar aquel paisaje.

Serenamente se asió a mi brazo y con un brillo especial dibujado en sus ojos me miró.

—¿Hay algún sitió en particular al que quieras ir?—consulté.

—Justo a un par de cuadras, en la calle de Sor Juana, existe un lugar sencillo y discreto.

—¿Quieres ir ahí? –corroboré.

—Sí, está bien o a donde tú quieras—señaló.

—Creo que ese sitio estará bien—sonreí.

En medio de la lluvia que centelleaba, corrimos hasta la camioneta y nos aventuramos al lugar que ella había elegido. Ubicado en una pequeña calleja que se desprendía de la avenida 37.

Todo prometía una agradable velada.

—Tú y el doctor Clark… —dijo Miranda observándome— ¿Se conocían de antes?

Me pareció extraña su pregunta.

Y negando con la cabeza procesé la consulta y respondí:

—No, en absoluto, de hecho es la primera vez que visito un terapeuta.

Así continuamos unos segundos más comentando otros asuntos, hasta que la cherokee se detuvo en seco con un leve estremecimiento. Y sus puertas se abrieron como un sarcófago de latón, liberándonos en dirección a una edificación barroca, adecuada con un amplio vestíbulo de acceso.

Observé detalladamente el lugar mientras nos adentrábamos, era un inmueble de tres pisos de alto con pilastras adosadas a la fachada central y una caprichosa claraboya justo encima del acceso; en las alturas ménsulas con motivos de ángeles custodiaban la entrada, y al interior en un amplio salón, un bellísimo zócalo de azulejos cerámicos otorgaba solemnidad al lugar.

—¿Ya habías venido a este lugar?—preguntó Miranda.

—La verdad no lo conocía. Es bastante agradable—dije.

Nos dirigimos directamente al interior, hacia una sección contigua donde nos abordó un mesero.

– Buena tarde ¿Mesa para dos? –preguntó con cortesía.

– Sí Gracias.

– ¿Prefieren sentarte cerca a la barra o a la salida?

– De ser posible, en una de las mesas del fondo.

El empleado giró, viendo una mesa vacía y asintió.

– Síganme. Por favor—invitó con la mayor diligencia y unas vez instalados nos alcanzó la carta.

—¿Les apetece un vino mientras tanto? —preguntó el camarero.

—No gracias, así está bien.

Entonces volvió la cabeza como si observara la llegada de más comensales y alargó la vista hacia nosotros.

—¿Desean pedir ahora?

—Sí, claro. Para mí, una ensalada escalibada—dijo Miranda y enseguida me miró.

—Unos macarrones, están bien para mí—observé.

—Enseguida—asentó con una venia y se alejó en dirección al ala norte del establecimiento.

Mientras el mesero llegaba cargando en sus manos la bandeja con la cena humeante, una delgada franja de familiaridad brotaba entre nosotros. Y entre risas seguimos el camino de la conversación, que de pronto, enfiló hacia un ángulo extravagante, abriéndose camino una cuestión que no habría imaginado.

Las carcajadas cesaron, y Miranda, me observó fijamente iniciando a explicarme cómo el doctor Clark le había tendido la mano cuando más necesitaba. Señaló que de ahí derivaba su profunda admiración hacia él, en una progresión cada vez mayor, no solo porque le hubiese brindado la oportunidad de aquel trabajo de asistente. Sino que tiempo atrás cuando ella misma confundiera esa gratitud con atracción, el afamado doctor había establecido un precedente de recta conducta. De ahí el equivalente de una relación que podría decirse, según sus propias palabras, había mutado a un vínculo paternal. Motivo por el cual sentía tanto miramiento de involucrarse con personas relacionadas con Clark y el consultorio.

Me sorprendió su revelación, teniendo en cuenta la edad avanzada de Clark, pero también entendí que en ocasiones las jóvenes se deslumbran ante el ingenio de sus mentores, de modo que no la cuestioné ni hubo mayor indagación de mi parte y la conversación prosiguió por senderos de disímil naturaleza. Sin embargo, en su mirada advertí que no era completamente honesta y que algún arcano se ocultaba en sus palabras.

A pesar de eso entre consultas e invitaciones a almorzar comenzaríamos una relación, en la cual nunca me sentí cómodo del todo.

CAPÍTULO XLIX, DE JOHN, LA CITACIÓN Y MIRADA

Luego de dejar a Miranda en la entrada del edificio, tomé el camino de la autopista para dirigirme a la parroquia y hablar con John e intentar sanar aquella cicatriz que había dejado el terrible suceso de aquella mañana. Pero al adentrarme en el despacho cural me encontré con la sorpresa de que curiosamente, y en coincidencia con aquel hecho, John había sido transferido a otra parroquia. A regañadientes, en medio de todas las reticencias posibles, Camila, accedió decirme cual era esa parroquia.

Me despedí y salí de nuevo, pensé en regresar a casa e intentar antes llamar a John; en lugar de eso gestioné el dirigirme a la nueva parroquia y dar por terminado ese asunto, ahora que contaba con el impulso para hacerlo. Esa reflexión me pareció sensata y confiaba obtener positivos resultados, en mi intención de ayudar a John después de todo lo que había pasado.

Di un par de vueltas para salir de ahí y tomar la ruta de la Calle de los Mártires, que en uno de sus desvíos apuntaba hacia la calleja de San Pedro; un angosto carril que se extendía detrás de la nueva capilla donde ofrendaba John y el cual atravesaba entre otros sectores, la barriada Castillo de la Reina.

Enfrenté un sentimiento de conmiseración al pensar en el sitio al que había sido transferido. Conocía de la ubicación de la iglesia porque esta emergía en medio de una zona descuidada, en cuyos bajos se establecían algunos bares góticos; en el cuadrante de la calle del Arcipreste y Ramados por un lado y Vieja leña y Corrada por el otro. Era una capilla dañada por la inclemencia del tiempo, cuyo deterioro progresivo había sido ignorado por la curia y el ayuntamiento.

Tal vez, de ese modo, John estaba enfrentando sus propios demonios en la gestión de lavar sus culpas. A medida que avanzaba la ansiedad me ganaba espacio, y la serenidad inicial desaparecía

lentamente; así que decidí detenerme a medio camino, arribar a un café, y esperar un rato mientras fumaba un cigarro.

Junto a la puerta del establecimiento contemplé el gris atardecer, entretanto, el humeante tabaco se consumía y me reafirmaba en la necesidad de salir para continuar mi camino. Inferí el hecho de que John no estaría interesado en hablar conmigo, pero de cualquier manera quería ofrecerle mi ayuda y permitir que revelara las razones que lo empujaban a su reprobable conducta.

Pagué al empleado un café doble que había tomado y me dirigí afuera, el lugar era solitario y las calles descuidadas. Conduje el automóvil hasta vislumbrar la iconografía de la iglesia, que reconocí enseguida. Miré de reojo, y de pronto, me tomó por sorpresa ver a John parado frente a un viejo portón, despidiéndose de un jovencito mientras cruzaba con mirada azorada la calle. No quise conjeturar nada. Luego continuó caminando hasta llegar a una T, en cuyo costado había detenido mi cherokee, justo frente a unos contenedores de basura.

Era una calleja descuidada, repleta de basura a unas cuadras de la iglesia. No se veía un alma. Me pareció extrañó encontrarlo en ese lugar e intenté aproximarme; descendí del coche y caminé unos metros en medio de la lluvia. Siguiendo con mirada atenta su trasegar, él intuyendo una presencia cercana giró para verme, inicialmente con gesto sibilino, que luego mudó en sorpresa, casi temor.

Se quedó parado, inmutable, observándome. Era claro que le había tomado por sorpresa. Pensé en acercarme para hablarme, pero su semblante se tornó agitado, desesperanzado. No contaba con semejante reacción a pesar de lo sucedido antes; una amistad de muchos años nos unía, pero él seguía auscultándome con sus ojos desparramados, petrificado como si viera a un desconocido. Me acerqué de una sola zancada y en mi mente el rigor férreo de confrontar su estado se hizo todavía más firme. Empero, al verlo de cerca perdí la esperanza de que otra fuera la razón de su proceder, puesto que su piel y sus ojos delataban el sino de la maldad. Una subterránea conmoción emergió en mí, como si de repente una roca me golpeara la cabeza, haciéndome perder la conciencia. Me sentí

invadido por un arranque desconocido, con la sensación de haberme convertido en otro ser; mi mente no funcionaba con su habitual raciocinio, y una energía inusitada me recorría las venas.

A pesar de ello, y con la mirada brumosa intenté acercarme a John, tomarlo del brazo y hacerle saber que no corría peligro. En lugar de eso su reacción fue torpe, y me empujó con irracionalidad, con todo, yo permanecí firme en mi decisión de hablarle. Luego sin una palabra emprendió a correr por el camino que conducía a la parroquia; desprovisto de cualquier razonar. Y yo me impelía tras él, intentando que me escuchara.

Cuando habíamos transitado un par de cuadras, se adentró en un angostillo sin salida, giró y me observó con mirada delirante:

—¿Qué haces Gabriel?

—Vamos, amigo. Debo hablar contigo—insistí.

Pero el persistía en su decisión de huir, intentando asirse de un muro que sus brazos no alcanzaban.

En un momento ofreció tanta resistencia, que me sentí decepcionado, y regresé a la calleja principal dejándolo solo; mientras me miraba con una extraña expresión de abatimiento, completamente desfallecido.

Su comportamiento me resultó demasiado anómalo. En sus ojos se había diluido la amistad de tantos años.

El regreso al apartamento fue un viaje por un túnel oscuro. Me miré en el retrovisor escrutando quien era, en que me había convertido. Y no sé por qué razón recordé a Michael y creí acertar su rostro en el espejo. Después fijé los ojos en la vía pensando en la bella Miranda, enamorada del anciano; con sus cabellos y sus labios carnosos recorriendo la piel arrugada del vejete. Entonces sentí rabia, celos, aunque no existiera razón para ello y en ningún momento hubiese sugerido que las cosas habían ocurrido de esa forma.

Estaba cansado, harto de todo. Quería largarme de Treum, pero el idiota esposo de mamá lo impedía. Eso sentí en ese momento, no sé la razón que me impulsaba a esos oscuros sentimientos.

Me apreté los labios, y luché contra esas arrugas espirituales, precisándome a llenarme de valor para ordenar mi vida, incluso si en

ella ya no estuviera el amor, la amistad o la familia. Era Gabriel y Treum, quienes debían ser uno solo. Esta inusitada introspección me hizo sentir mejor.

Después de detenerme en una farmacia para comprar los medicamentos recetados por Clark, con aliento descorazonado seguí hasta el apartamento y al abrir la puerta me encontré con el colofón de las penurias de los últimos días, de ahí en más la maldad sentenciaría mi desdicha.

La liberación que concebía al regresar bajo el amparo de los muros protectores de la vivienda, fue interrumpida por una inesperada correspondencia, impulsada bajo la puerta. Se trataba de una nota con sello judicial, por supuesto, mis ansiedades se encumbraron con sola verla y con manos temblorosas la tomé del suelo, revalidando que en efecto estaba dirigida a mi persona.

Luego de cerrar y avanzar hasta el sillón para tomar asiento, paulatinamente abrí el sobre para revisar el contenido, suspiré hondo sin sospechar el motivo de la misiva, que preferiría haber desdeñado. Finalmente desplegué el documento y mis ojos se clavaron en el con contrariado asombro.

“Señor Gabriel Dickens…ciudad…”

Palabras más, palabras menos se me citaba a declaración por el asunto del asesinato del hombre, por el cual habían preguntado antes los uniformados.

Juzgué en la actitud de las autoridades un proceder insensato, y el aire que disfrutaba libremente se entrecortó en mi garganta.

“El ministerio de justicia…”

“Presentarse el día…en la señalada sede judicial, a las 09:00 de la mañana…a decidido citarlo para que se sirva declarar en la investigación por el homicidio del señor…”

“Hace constar esta providencia con fecha…emitida por el tribunal de justicia de la comunidad de Treum”

La maldad era compensada.

—¿Acaso acometían convertirme en el chivo expiatorio de su ineptitud?—.

Esa era la justicia de Treum. Si un asaltante se mostrara ante ellos y arrebatara sus bienes, seguramente, no serian capaces de señalarlo—murmuré en mi soledad, ahora plena de desazón.

Mi mirada se posó sobre el documento mientras lo descargaba en la mesa de centro. Instintivamente me invadió un profundo miedo, sacudí la cabeza con nerviosismo; sentí la vista nublada y al instante brotaron un par de lágrimas de mis ojos, que enseguida froté con mi mano. Sentí que era un niño atrapado en un laberinto oscuro, clamando a gritos por mi madre; me incorporé y fui hasta el ventanal donde tantas veces había sido un acucioso centinela y entonces seguí mi reflejo en el vidrio. Me detuve frente a este y miré en silencio con rostro estupefacto el semblante de Michael, le seguí por un instante y era como si me hablara, como si intentara decirme algo. Me cubrí el rostro con ánimo desesperado, asaltado por las ficciones de mi mente, y me desplomé de rodillas sobre el suelo; atemorizado, pasmado. En medio de una oscuridad que rasgaba mi pecho como filosas cuchillas.

De pronto, ante mi desfilaron espectros cuya presencia sentía pero mis ojos se negaban a verlos. Murmuraban, hablaban, gritaban y bramaban a mi oído. Manifiestos en una penumbra que acaecía despiadadamente sobre mis hombros.

Mi aliento se perdió en el repicar furioso de mi pecho, y los fantasmas se batieron en retirada; enseguida abrí los ojos, posando mi mirada en aquel espacio, sintiendo un sabor en la garganta, amargo como veneno. Una profunda negrura había emergido, ya no importaba la hora; en Treum todo se hacía oscuro y las horas del día perdían su relevancia. Ahí mismo en ese sitio tragué los medicamentos recetados por Clark, que llevaba el bolsillo; creyendo que estos me ayudarían. Los pasé con mi propia saliva y me desplomé en el suelo arqueado sobre mi abdomen, en aquel rincón del apartamento.

Intentar dormitar fue un tránsito lento y doloroso, hacia un mundo de pesadillas, sobre la superficie gélida del suelo. La medicación pareció ser un fiasco, y no tener el efecto somnífero que esperaba. A los pocos minutos tuve que sentarme de nuevo, apoyado sobre el muro bajo el ventanal, sumido en una depresión que no sintiera nunca antes.

Intenté tragarme mi tristeza, afrontar la pesada realidad con valentía, mientras delineaba las líneas de la madera con los dedos.

En una extraña paradoja se convirtió mi vida, y desesperadamente intenté continuar con ella; proveyéndola de sueños en medio de las charadas que el destino planteaba.

Abrumado pasé la noche en ese sitio, una noche demasiado dilatada; cavilando los riesgos que instauraba aquella carta. No conseguí liberarme del fatalismo que me embargaba, presintiendo oscuros albures cerniéndose sobre mi cabeza.

La noche se convirtió en un siglo y no esperé que un rayo de luz iluminara la mañana; la única forma de advertir su arribo fue viendo el reloj colgado en su antepecho. Eran las ocho y decidí llamar a Miranda, quien respondió después de tres timbres.

Al escuchar su voz noté que había cierto progreso en la forma en que nos comunicábamos, aunque le pareció temprano para mi llamada y me hizo saberlo. Empero, seguimos hablando un largo rato. Nada interesante, pero suficiente para abstraerme de mí drama.

El camino viable para mi desahogo era salir un rato y respirar el viento lluvioso de la ciudad; de modo que la invité a tomar un café, almorzar o venir a casa si ella quería. Pensé que sería reticente, pero no le pareció mala idea y obtuve su revalidación al decirme que conocería mi casa la tarde del sábado.

Así, sin tener nada que hacer, con pocos mensajes de mis seguidores y una disminución evidente en las visitas al blog. Entre tazas de café, cigarros y el medicamento de Clark, aguardé su arribo. Apenas si salí un par de veces en esos dos días. La calle había vuelto a ser un lugar odioso para mí.

Finalmente, el sábado a las tres de la tarde golpearon la puerta. Mi ánimo estaba tan avivado que por alguna razón, creí seria la policía quien venía a buscarme por el caso del homicidio, al cual había sido citado. Avancé dudoso hasta la puerta pensando que tal vez habían adelantado la indagación y con tono irresoluto pregunté:

—¿Quién es? —

—Hola Gabriel. Soy yo, Miranda.

Suspiré de alivio y abrí la puerta para encontrarme con el bello rostro de la asistente.

—Hola—saludó con agrado—estas pálido ¿Qué pasó?—observó al momento.

—Nada. Debe ser el reflejo de la luz—sonreí—Pero vamos sigue.

Miranda portaba su abrigo en la mano, el cual extendió hasta mi y avanzó al interior de la vivienda, reparando todo a su alrededor.

—¿Vives solo?

—Sí, claro—musité.

—¿Quieres salir a tomar algo o nos quedamos aquí?—examiné de inmediato.

—No. Ya almorcé—dijo ella—si tienes un poco de soda, te recibo.

—Claro. Siéntate por favor—invité, mientras cerraba la puerta y me dirigía a la cocina.

—Es bonito tu apartamento—espetó.

—Bueno, pues gracias. Cuando quieras…— expresé con complacencia, sosteniendo en la mano el vaso que traía para ella.

—Gracias—dijo, descargándolo en la mesa.

Me senté y empezamos a hablar.

Dijo que su sueño era ser algún día terapeuta como Clark, aunque reconocía que no se trataba de un camino fácil.

También habló de la admiración que sentía por el trabajo de su jefe. Y a menudo sus palabras emergían con una verdadera emoción, cada vez que lo mencionaba. Casi una devoción hacia su persona.

Sentada en el diván me observaba con sus ojos expresivos, y yo no conseguía lograr que se enfocara en asunto diferente a los de su trabajo o la admiración por el vejete, que precedía cualquier otro asunto. No sabía a qué método recurrir para sacarla de su embelesamiento, y lograr cuando menos un poco de afecto y reconocimiento hacia mí.

En lugar de sentirme agradado por su visita, empecé a tornarme impaciente. Llevábamos una hora de conversación en torno a

lo mismo, rondando sobre los aspavientos de la bella secretaria, que apuntaban hacia una tacita atracción por su jefe.

¡Qué carajos hacia ahí conmigo! ¿Acaso yo era su paño de lágrimas?

<Por Dios Miranda Tengo mis propios problemas>grité en mi mente.

Evidentemente no conseguía frenar sus innecesarias referencias sobre Clark.

Cuando tosí un poco y al instante lo hice de nuevo, se puso de pie y cambió de puesto para sentarse al lado mío. Como si entendiera mi molestia.

—¿Te estoy aburriendo con mi charla Gabriel?—inquirió.

—No, descuida—fingí—se que te apasiona lo que haces.

– Bueno, pero ya está bien, hemos hablado todo el tiempo de mi. Ahora cuéntame sobre tu vida.

Suspiré.

—Bien ¿Qué puedo decirte? temo que no hay mucho para contar. Soy solo un arquitecto más con sus sueños de posteridad a cuestas.

Ella sonrió.

—Pero la arquitectura ofrece muchas oportunidades ¿verdad?—dijo a continuación.

<Si, supieras> pensé.

—Si, por supuesto—dije enseguida—las ciudades todo el tiempo están creciendo y cambiando y ahí es donde entramos nosotros.

La plática empezó a hacerse más amena, al menos por un momento.

Pero los dudosos nubarrones de su relación con el buen doctor, emergieron no sé en qué momento; hasta culminar nuestra cita, apenas habiéndonos dado un beso durante todo el transcurso de la tarde.

Miranda se incorporó y la acompañé hasta la salida. No me ofrecí a llevarla, puesto que no me sentía de ánimo en buena medida gracias a ella.

– Bueno, Gabriel, nos veremos en la terapia. Espero que esta vez sí sigas—sonrió.

—Claro—respondí lánguidamente.

Antes de marcharse sonrió de nuevo, y se despidió con un beso.

– Que estés bien Miranda. Nos vemos el jueves.

El resto del día transcurrió con la pesadez habitual. Miranda deslucía como la ventura emocional que había calculado, y mis sospechas hacia ella, respecto del veterano medico, se incrementaban. Consideré mejor no invertir significativos sentimientos en ello, para más adelante no llevarme una sorpresa.

Claro, de algo me servía su compañía y su cargada conversa, y omitía mis propios intereses con tal de estar acompañado. Fui paciente respecto de esto hasta que con precisión, empecé a notar que era utilizado, en un delimitado interés de la secretaria por sofocar su amor hacia el anciano. Desde entonces estuve alerta, evaluando cada una de sus frases que entre paréntesis revelaban, lo que sus palabras no expresaban abiertamente.

CAPÍTULO L, LA PRIMERA DILIGENCIA JUDICIAL

La noche anterior a la citación no conseguí dormir ni un segundo, ni el amparo de las cobijas, los medicamentos recetados por Clark o mis propias palabras de aliento resultaron de ayuda. Fue una jornada que me empujó a la mañana, exhausto, con el ánimo hecho trizas. Revisé antes el inbox de correos y el blog, y entre las huestes de seguidores que esperaba encontrar, solo tropecé con algo de spam y un par de visitas a mis artículos sobre las revelaciones.

Empero, con paciente resignación tuve que contener el impulso de ir en contravía del dictamen judicial; tomar una ducha y vestido prolijamente dar media vuelta y enfilar hacia la calle. Para ver si de repente la agitación que me encausaba era liberada, al tropezar con las vaguedades de la justicia. Con indeterminación, miedo y

ansiedad me dirigí hasta la camioneta, y la rutina de la ley era un pesado grillete que arrastré con cada paso.

Con la fluctuación de mis emociones y la carta que cargaba en el bolsillo del abrigo, me sentí cautivo en una encrucijada, a la que además se sumó el correr presuroso de los minutos. No sabía las implicaciones de llegar tarde a esa citación, pero ya tendría tiempo de idear una excusa si tal situación se daba. Era mejor que simplemente no llegar, pero incluso semejante idea cruzaba mi mente, aunque me supiera libre de cualquier cuenta con el sistema penal.

<¡Maldición! ¡Qué molesta resulta la justicia, trasegando sus descuidos sobre los ciudadanos de bien!>

Me sentí ofuscado contemplando el caos de la ciudad, llevando sobre el lomo la turbación de aquel inesperado edicto. Miré el reloj concluyendo que se hacía tarde, de ningún modo llegaría a la hora señalada.

Conduje tan rápido como pude, hundiendo a fondo el pie en el acelerador, y descendiendo por una empinada arteria que conectaba con la Calle de la Fortaleza, que a su vez pasaba por Centinela del Rey, donde se elevaba el edificio del tribunal judicial.

Todo era habitual, incluso mi aliento entrecortado, la riada incontenible, autos, personas, la misma Treum. Me adelanté tan rápido como pude, el agua se escurría por la ventana entreabierta del coche. De pronto, me detuvo un semáforo. Mi atoramiento aumentó en la medida de su tardanza.

—¡Malditos semáforos!—renegué. Entretanto, echaba una ojeada precoupada aguardando el cambio a verde. Sin sospechar el albur de aquella carrera frenética, que sería el inicio de mis cuitas.

El camino parecía contraerse y volverse de medio carril, entre la profusión de autos, un nuevo semáforo

<¡Dios...Dios…!>

Encendí el radio, la cual confirmó mis peores presunciones. Eran las ocho y cincuenta y dos minutos.

<¡Ocho y cincuenta y dos! Nunca voy a llegar> bramé. Castigando el claxon, impeliendo el transitar de los demás conductores. Maldiciendo una y otra vez la lentitud del tráfico.

Parecía imposible salir de aquella avenida, y superar la multitud de vehículos que se agolparon a esa hora. Di reversa un par de metros sin cuidado de las señales de tránsito y crucé por un cordón alterno que se bifurcaba atravesando el suburbio; el cual reconocí como un útil atajo para desembocar en la avenida y de ahí, retomar la Calle Fortaleza. Unas cuadras más adelante di la vuelta y aquel impulso me puso de nuevo en la ruta señalada. Suspiré aliviado cuando me adentré en Centinela del Rey, pero apenas tropecé con la silueta de la torre judicial; una oleada de consternación se me cuajó en las entrañas.

Con inevitable aprensión conduje hasta la zona de parqueo, eran las nueve y dos minutos. Corrí presuroso hacia la recepción del edificio, donde explique a un guarda la razón de mi presencia en ese sitio; este respondió el saludo, me pidió identificarme y luego autorizó mi acceso.

Ya ingresado en el edificio resultaba evidente la rutina de la justicia en todo su fervor; aquellas sesiones dilatadas por minutos en los cuales la poderosa acción del sistema, dejaba a unos cuantos desasosegados y vencidos y a otros en medio de enérgicas protestas.

¿Cuál sería mi caso? no podía saberlo por el momento, no hasta hallar el juzgado de instrucción número 5.

Con tan poco tiempo para perder, me apuré en ubicarme dentro de la sala, y consultar a quien sabía la ubicación del juzgado que buscaba.

Lejos de donde estaba al extremo de un ancho pasillo, una señorita me señaló el sitio a que pasaría en breve. Todo asunto que tuviera pendiente en mi cabeza se borró en ese momento, y el único sostén de mi ánimo era la convicción de que aquel trámite era tan solo una rutina del proceso judicial.

Me asocié a esta idea y llenando mis pulmones de aire, caminé hacia la entrada del pequeño despacho; en el cual entre papeleos aguardaban un par de funcionarios y una secretaria, que saludó al verme. Quince minutos me demoraban de la hora convenida.

Di una ojeada al espacio antes de entremeterme en aquella área y contuve el aire luego de saludar.

—Buenos días señorita, dije aproximándome al mesón de madera que me separaba de ella—luego enseñándole el documento expliqué:

—Me ha llegado esta citación para el día de hoy.

Ella la examinó asintiendo con la cabeza y luego elevando la mirada indicó:

—Aguarde un momento señor Dickens.

Frente al recibidor permanecí sintiendo los pies como pesados bloques de yeso, dominado por el nerviosismo, aguardando una causa que no entendía. Escuché el zumbido de las voces en mi cabeza como un tañido lejano y agradecí en ese momento su cáustica compañía.

El recinto era sofocante y brumoso, por momentos parecía que no había aire suficiente para las personas que lo ocupaban, o era simplemente que la ansiedad me estaba ahogando.

La joven finalmente descargó su teléfono y tecleó tres números aligerando sus dedos suavemente sobre las teclas. Aguardó un momento y observándome de nuevo sonrió. Luego apartó la mirada en el instante que un murmullo escapó por el auricular.

—Sí, doctor—dijo enseguida—es el señor Gabriel Dickens, tenia citación a las nueve.

Entonces tomando un legajo de la consola me devolvió la carta que antes le había enseñado y se puso de pie, dirigiéndose al fondo de la dependencia.

—Aguardé un momento—indicó.

Solo asentí con un gesto de la cabeza.

Ella siguió hasta un recinto, mientras mi ser se inundaba de impaciencia; observando su silueta perderse tras una puerta de madera caoba. Desde donde emergió unos segundos después hasta llegar de nuevo frente a mí.

—Puede seguir señor Dickens—dijo señalando un espacio por el cual acceder hasta el lugar del cual, ella, acababa de salir.

Ingresé atravesando el espacio de escritorios, en el cual la secretaria y sus compañeros se ocupaban en su quehacer; sintiendo los dedos fríos, como recién salidos de una hielera.

Caminé lentamente por el gélido espacio con el corazón latiendo frenéticamente, deseando con todas mis ansias poder regresar al apartamento, y dejar atrás cualquier asunto que me convocara en ese cargante lugar. Cada paso era un estadillo de impaciencia, y los pocos metros de distancia se difirieron en una perennidad.

Finalmente, en el preciso momento que estuve bajo el dintel de la puerta; me encontré con la mirada penetrante de un hombre de aspecto recio, sentado en su diván detrás de un enorme escritorio; Descansado con el aspecto de un caballero medieval. Debía tener unos sesenta años, y al enterarse de mi arribo saludó de inmediato.

—Señor Dickens—dijo con voz grave—siga por favor y tome asiento.

A su indicación me fui hasta el escritorio y empecé a sentir que me desplomaría viendo la mutación que su fisonomía inició a sufrir apenas estuve en su presencia. Con todo, hice espacio en el asiento y me acomodé frente a él.

Sus ojos se abrieron, y la metamorfosis de su ser fue diferente a cualquier otra que hubiese apreciado antes y al romper de nuevo el silencio, sus palabras sonaron distintas. No podía imaginar lo que ocurría e inspirándome de valor, con las pulsaciones a punto de detonar, intenté continuar la diligencia.

Anhelando con todas mis fuerzas que el tiempo volara y no tener que esperar ante la presencia intimidante de aquel empleado judicial, variado en un espeluznante espectro. Tuve la tentación de salir corriendo y obviar cualquier pesquisa de alguien en quien, por supuesto, no confiaba.

Empero, el individuo inició a aligerar las razones de la convocatoria, y estimular mi comprensión sobre el por qué de mi presencia ahí. Según explicó, resultaba importante para aclarar los hechos que habían suscitado el asesinato de aquel hombre, en los terrenos aledaños a la propiedad de mis padres. Esto claro, abría la puerta de una exhaustiva investigación que el honorable tribunal debía establecer. El hombre de aspecto recio, ahora una simple monstruosidad de voz gangosa, similar al zumbido de un insecto; aseguró que yo no estaba siendo inculpado. De inmediato sentí un

profundo alivio, sin maliciar los oscuros nubarrones que en cierne despuntaban esa mañana.

Echado en su diván, el juez Martínez, como se apellidaba; dedicó la jornada a unos formalismos que a veces sentía rayaba en la ironía. Describiendo la furia del ataque contra ese hombre, siendo gráfico en señalamientos y con expresión imperturbable, creyéndome un ingenuo, parecía tenderme migas de queso en una ratonera.

—La mañana del homicidio que menciono—musitó de pronto, el funcionario—¿Dónde se encontraba usted señor Dickens?

Recordé las fotografías que me habían enseñado los policías, y inmediato advertí que la maldad se precisaba en contra mía, y que aquel interrogatorio no era tan cándido como aquel aseguraba.

Sin saber que responder, aseguré que ese día me encontraba en casa aquejado por un quebranto de salud.

En un ademan escéptico el sujeto continuó con sus preguntas, y la opacidad de mi declaratoria se hacía cada vez más oscura.

La estampida de preguntas parecía repetirse con diferentes enfoques, algunas veces repletas de contradicciones, evidentemente, deliberadas por parte de mi interlocutor y yo me esforzaba en medio de la audiencia, decidido a evitar verme inculpado.

La voz del empleado judicial era un eco tortuoso, y al interior de mi ser crecía la ansiedad, quería irme, pero escuchaba los pasos de la maldad que se aproximaba para asirme entre sus brazos. Y mi única escapatoria era una puerta a mis espaldas, que se cerró de golpe empujada por un céfiro inesperado.

Salivé mi garganta y seguí respondiendo las preguntas que provenían del velado vocablo de mi entrevistador.

Sus ojos no brillaban, eran opacos, y los labios no necesitaban abrirse para emitir las palabras; las venas y arterias de su cuerpo, estaban sangrando hasta filtrarse por el casimir de su traje.

—Hay personas que olvidan sus delitos y otras que no ¿no le parece señor Dickens?—señaló y continuó enseguida—de cualquier modo la justicia siempre está para recordarles.

Luego descargó su dedo índice sobre el escritorio y golpeó un par de veces la superficie.

—Aquí no estamos para cuestionar la verdad de nadie—observó—sino la consistencia de las pruebas.

—No le entiendo—balbuceé.

—Señor Dickens la justicia no es una quimera, sino una plausible realidad—diciendo esto su mirada se angostó sobre mí y se incorporó de su escritorio extendiendo su mano para estrechar la mía.

—Tal vez, nos veamos de nuevo, señor—dijo—le agradezco su comparecencia.

—Hasta luego señor Martínez—respondí queriendo dejar aquel recinto de inmediato.

Eran las diez de la mañana.

Salí de aquel edificio barroco de cuatro plantas, cuya historia reñía con el impartimiento de justicia que aplicaba el tribunal de Treum. Caminé rumbo al ala izquierda situada en el ángulo opuesto de la calle fortaleza, donde estaba la zona de parqueo.

En aquellos metros sentí que la ciudad todavía conservaba un sutil vestigio de su historia. Contiguo podía verse la plaza de Santa Fe, desde la cual se extendían viejas edificaciones que una vez fueran instituciones bancarias, y que ahora en su mayoría eran utilizadas por el ayuntamiento, y algunas de sus dependencias administrativas. En el centro de esta se erigía la estatua del fundador de la ciudad.

Continué caminando por aquel trayecto que minutos antes apenas si distinguiera, y me reservé el derecho de que aquel vestigio de grandeza arquitectónica, me exculpara de mi agobio. En el final tramo, adyacente a la iglesia de San Sinforiano, me persigné y continúe mi camino hasta llegar a la camioneta.

Dejé aquel cuadrante de antiguas paredes porticadas y tomando la avenida me adentré en las entrañas de la ciudad, de regreso al apartamento.

En el semáforo del antiguo palacio de artes me detuve, en la intersección de la rúa que llevaba a la calle centro alto. En medio del tránsito se dibujaba la vieja fechada del otrora lugar de encuentro cultural. Sobrecogido quedé con la mirada perdida en un espacio vacío. Me sentí parte de la calle, de la lluvia, del ruido, estando físicamente, pero dejando volar mi alma hacia disimiles planos.

Regresé a mi cuerpo sintiendo agujas que me punzaban la cabeza y con el ánimo torcido atendí el cambio de luz. A pesar de haber quedado atrás, la audiencia seguía siendo un asunto velado, y una corazonada me advertía de un inminente peligro. La lluvia bañaba las calles que se empapaban como un fieltro carmesí. La entrevista con aquel magistrado había sido inconsistente, percibía algo dentro de ella que no conseguía discernir, y sentía que la veracidad de mis palabras era puesta en tela de juicio. No conseguía que esa idea se desvaneciera de mis razonar, y me sentía recorriendo un camino de penumbras.

—En ese momento, y aunque lo hubiera deliberado tantas veces, en esta ocasión era un impresión indeleble, quería irme de Treum.

No me importaba decepcionar a Miranda, y sus engaños, tampoco la amistad con John tenía valía alguna. Y Rita solo estaba en mis sueños, y en espejismos que la mostraban cruzando la calle.

Sentado en la silla del conductor, esta idea cruzó firmemente mis pensamientos; inclinándome completamente hacia ella.

El aviso de paso del semáforo fue una eternidad. Arranqué con la mirada concentrada en la húmeda calle y bajé unos centímetros el vidrio; eché un último vistazo a la fachada del edificio de arte y luego sin apartar la vista del camino, conduje hasta la torre de apartamentos.

Hace demasiados días que no hablaba con mamá y dudaba de la forma en que podía conseguir su respaldo para concretar mi viaje. Antes éramos una familia, ahora no podía saber qué tipo de relación teníamos. La correspondencia escaseaba y al parecer la frágil proporción de antaño ya no existía.

Regresé al apartamento y esa misma tarde, inicié a empacar mis pertenencias sin saber si realmente me iría. Durante años había dilatado una decisión que en ese momento apreciaba inminente.

En la noche me distraje revisando algunos correos y el blog, juzgué que tampoco mis seguidores irían a necesitarme.

Estaba imbuido en esa labor cuando de pronto sonó el timbre de la puerta. El reloj señalaba las ocho y veintidós minutos.

—¿Quién es?

—Soy yo, Miranda.

—¿Miranda?

—Me abres por favor.

Enseguida abrí y la encontré ahí de pie, en medio de las sombras que instauraba el corredor, cuyo reflector parecía haberse fundido.

—Hola Miranda ¡que sorpresa! Sigue. Invité esperando que ella saludara.

Pero no lo hizo y se adentró camino a la sala.

—Gabriel, necesito hablar contigo—indicó con evidente tirantez en la voz.

—¿Qué ocurre?—inquirí cerrando la puerta y volviéndome para sentarme frente a ella.

Quien se quedó por un instante observándome fijamente, como si aguardara la explicación de una cuestión implantada, que yo ignoraba por completo. De modo que quise saber la razón concreta de su perplejidad.

—¿Qué pasa Miranda?

Evidentemente sobrecogida, me auscultó con una mirada profunda, y seguido con agitación en la voz espetó:

—¿Quién eres tú, Gabriel?

Desconcertado ante tal interpelación ajusté la mirada.

—No te entiendo.

Más allá, no puedo recordar nada de lo ocurrido, excepto por vagos fragmentos en los cuales me veía discutiendo acaloradamente con Miranda.

—¡Callate! Por qué dices eso—repliqué con dureza.

—Tú no entiendes nada—continué— ¿Con quién has comentado esto?

—Entonces ayúdame a entenderlo— reclamó ella.

—¿Por qué me juzgas? Tú no me conoces—dije.

Al instante solo recuerdo sombras, voces, gritos. Un galimatías que explotó en mi cabeza. Miranda rodeada por mis brazos temblorosos que con furia la lanzaron contra el suelo. Pero nada de eso parecía ser real, era como un sueño que yo percibía lejano.

Y una voz que incesante repetía.

<¡Ayúdenme…ayúdenme!>

Cuando volví en mí, estaba sentado al filo de la cama con las manos temblorosas, y el frasco de medicamentos abierto, con píldoras regadas por todos lados, entretanto, en un estado catatónico repetía:

<¿Qué hiciste Gabriel, que hiciste?>

Pensé en lo peor, y corrí hacia la sala en busca de Miranda, pero al revisar cada rincón del apartamento, no hallé ningún indicio de ella. No pude comprender lo que había sucedido, y el reloj de pared señalaba las 11:35 pm.

CAPÍTULO LI, LA DESAPARICIÓN DE MIRANDA

Con todo el poder de su malignidad el insomnio me acompañó esa noche. Múltiples dudas me rondaban sobre lo ocurrido con Miranda, aunque solo podría tener una respuesta al día siguiente, puesto que era tarde para llamarle. Peor todavía, no sabía si aquella discusión efectivamente se había dado. La madrugada desplegó sus alas con sus avisos de espanto, deuda, angustia y miedo. La incertidumbre me empujó hacia el juego de los medicamentos y como no acertaba saber cuántas píldoras debían quedar en el recipiente, decidí tomar otra; mientras las sugerencias de un efluvio gaseoso dibujaban formas en el vidrio de la ventana. Después de darle muchas vueltas al asunto de Miranda, zanjé no instituir un halito de alarma, al día siguiente la llamaría y tendría noticias de ella.

Concluido ese episodio decidí salir y acomodarme en algún rincón de la sala. Las manecillas del reloj señalaban las tres, una hora que parecía hacerse coincidente en mi desvelo de los últimos días. Tomé la cajetilla de cigarros y encendiendo uno salí del cuarto, liberado en medio del rumor de figuras espectrales que como sombras se convocaban ante mí, murmurando dicciones extrañas, y otras veces gritos que parecían brotar de la propia sala de mi apartamento.

¿La inconsciencia del sueño interrumpido? O ¿verdaderas manifestaciones sombrías? ¿Pesadillas o el producto de la

inmaterialidad que acechaba en la oscuridad? Podía ser cualquier cosa, en medio de una sensación gélida que con libertad subyugaba aquel espacio; filtrándose a través de un ventanal que incluso cerrado mil veces, siempre se abría de nuevo en un sobrecogedor y enigmático albur.

3:05 am. El viento trajo consigo un aroma familiar, no obstante, inesperado. Se trataba del notorio perfume de Rita, cuya naturaleza subyugó la umbría que regentaba la soledad de esos muros; era como si su presencia física me acompañara. Enseguida me dejé caer suavemente en el sofá, encendí otro cigarro y disfruté del pavor que me preservaba en aquel ambiente cerrado. Los demonios no lograrían espantarme, lo cierto es que hace mucho convivía entre ellos.

El natural desgaste del desvelo, la inadecuada alimentación; el tabaco, la ansiedad y una fuerte tos, me dieron un aviso preventivo lanzándome a la cama los siguientes dos días. Con Miranda no logré comunicarme, cada una de las llamadas ingresó de inmediato al buzón y en el número del consultorio nadie respondía. Era solo otra relación frustrada.

Lejos de poder llevar a cabo mi plan de retirada, quedé conminado al encierro, con un menoscabo de mi salud cada vez más cierto. Al final del segundo día a eso de las siete de la noche, conseguí aupar un poco de aliento y vestirme un índigo con una americana para salir en busca de medicinas. La calle parecía una declaración de guerra, empero, sin reparar en evasivas, conduje hasta la farmacia. La cherokee parecía un buque azotado por la marea, así de fuerte era el viento que sojuzgaba la ciudad.

A lo lejos vi el aviso blanco con letras azules, y me congregué junto a otros dos autos en la entrada. Con intermitentes vahídos caminé hacia el abacero, conversé con él y le expliqué mi sintomatología. Debió aconsejarme debidamente, puesto que salí de ahí con una pequeña bolsa y una factura, en medio de confusas y entrecortadas imágenes. Rebasé los otros coches hasta alcanzar la camioneta, deseoso de retornar al apartamento cuanto antes.

Marchar la corta distancia desde la avenida hasta el edifico, fue acudir al marco del apocalipsis de una ciudad que moría de a poco; ajena a los esplendores y riquezas de un pasado olvidado. Azotada por la maldad, trastornada al ritmo de la inconsciencia de los espectros que la habitaban.

Después de la estratagema que resultó conducir un par de cuadras, volví a instalarme en la seguridad de mi entorno, a pesar que se manifestaba oscuro e incierto. Luego de sentarme en el sofá, con dedos trémulos extraje el contenido de su envoltorio, y lo sostuve en la mano; parecía ser un jarabe, la verdad poco me importó leer lo que era, confié en el droguista y bebí una cucharada; descargando luego el frasco sobre la mesa de centro y declinando entonces mi cabeza hacia atrás.

Confiaba que tomar aquel líquido desabrido reconfortara mi cuerpo, mi garganta y cabeza que era como una trinchera de guerra, en la que no cesaban las explosiones.

Toda clase de ruidos parecían provenir de diferentes lugares y apenas conseguía tolerarlos; sin poder emitir ninguna queja. Al cerrarse la noche solo podía preguntarme si dormiría, si volverían las pesadillas o aparecería de nuevo la mujer de las revelaciones.

En medio de mis tristes penalidades cavilé un fallo en mi labor y sentí que en cualquier momento partiría sin gloria ninguna, entretanto, la cabeza se me henchía como golpeada por un bate y sentía los labios y la piel agrietadas por la fiebre.

Eran peores condiciones que las del día anterior, y por primera vez en largo tiempo sentía un intenso frio, como si los rigores del invierno me golpearan con toda su intensidad.

Las paredes eran un refugio húmedo y luctuoso. Cerca al televisor la mesa de dibujo, más allá el escritorio con el ordenador, en la pared el reloj y el cuadro desteñido, en el cual los niños ya no sonreían; luego la biblioteca y la cocina en el fondo. Y en medio de todo, el ventanal, que parecía saludarme o invitarme a lanzarme por él.

Llevando las manos a mi rostro dejé que un nimbo de vapor caliente emergiera de mis pulmones, en forma de tosido. Me

imaginaba en medio de una estación eterna en aquel mueble; mientras el sudor me escurría por la frente, las axilas y el pecho.

Tomé el control remoto tirado al otro extremo del sofá y encendí la televisión; luego extendí la piernas, pero sentí dolor al hacerlo y tuve que recogerme de nuevo encorvado sobre mi propio abdomen.

Informes terribles, desapariciones, muertes, violaciones y nuevos enemigos políticos. Los habitantes de las ciudades ignoraban voluntariamente a su Dios, y yo no podría hacer nada para cambiarlo; después de medir fuerzas con la maldad, esta había ganado, y me estaba destrozando por dentro. Guerra…solo guerra, la misma ansiedad en los rostros de cada víctima y tras de ellos la imagen de la parca aguardando el momento propicio. El jardín del edén ya no existía, hace mucho que fuimos desterrados, y la carrera furiosa de los ávidos consumidores de adversidades jamás terminaría.

En un momento, el tránsito de la enfermedad pareció dar paso al efecto calmante de la poción; los desvaríos menguaron y la fiebre cedió terreno. Empecé a sentirme mejor, en la conmiseración de mi aliento. Al mirar el reloj, habían desembocado las nueve y media de la noche.

Veinte minutos después fui a la habitación, me saqué la ropa doblando con esmero los pantalones, y la cazadora que descargué sobre la cómoda. La camisa y las medias cayeron sobre la silla y al instante me deje caer en la cama. La noche me enfrentó a la temida congoja de sueños perturbadores, como acertijos indescifrables; murmullos que iban y venían, lamentos sumidos en la profunda oscuridad. Ansioso por dormir tomé la medicación recetada por Clark, y quizá el agotamiento terminó por vencerme. Transcurrida aproximadamente una hora me quedé dormido en mi viejo tálamo; guardando la esperanza de que el alivio de mi cuerpo hubiese contagiado el de mi alma. Pero no existía medicamento tan potente y en el promontorio del ensueño se aunaron los repetitivos y funestos escenarios, voces y suplicas. A pesar de ello conseguí adormilarme por momentos en medio de una quimera sombría; en la cual veía a Miranda reposando a mi lado, pero enseguida su cuerpo se cubría de

sangre, de rigidez mortuoria; mientras yo probaba reanimar su impávido ser, de repente su pecho se abría como una ostra destazada por la roca, la piel se tornaba de arcilla y la mirada perdía el brillo extinguiéndose para siempre.

Desperté sobresaltado, estas alucinaciones parecían tan vívidas, tan reales, que una simiente de espanto germinó dando frutos, y aterrado me senté sobre la cama, entonces sentí el roce glacial de una mano recorriéndome la espalda. Pero al girar no había nadie.

¿Qué podían significar esas inquietudes de mis sueños? Como recuerdos retorcidos de algo que evidentemente no había pasado. Desperté transpirando de preocupación o quizá por el obrar de la medicina. Lo cierto es que esta sensación me acompañó hasta el amanecer.

La mañana se desplegó brumosa como siempre, mientras yo intentaba aclarar las ideas. De inmediato sentándome en la cama me saqué la ropa y sintiéndome con mayores bríos, decidí tomar una ducha y afeitarme. Dejé que la fuerza del agua reconfortara mi cuerpo y aclarara mis ideas.

La terrorífica imagen de la pesadilla permaneció intacta en mi mente por un momento, pero de a poco se fue desvaneciendo; quizá lo mejor era alejarme de los engañosos sentimientos de Miranda, pensé mientras salía del cuarto de baño.

Me sentí avivado por el reforzado deseo de partir. De pronto mi pertinaz empeñó de cumplir con lo dictado por el mensaje, abría paso a una clara intención que me proveyera de la libertad que ansiaba. Reemplazando la zozobra por nuevas oportunidades.

Las últimas semanas habían sucedido tantas cosas, que parecían haber transcurrido años. Rápidamente me vestí y dejé el cuarto, y yendo a la cocina preparé un café. Para luego acomodarme en el sillón frente a la computadora y empezar a mirar las posibles opciones de mi nuevo destino.

Con presteza encendí el ordenador. No tenía idea sobre como emprender aquel viaje, pero a pesar de mis pensamientos iníciales, estaba seguro que mamá me ayudaría.

Justamente estaba revisando itinerarios y costos de viajes, cuando de pronto al mirar hacia la puerta, encontré un sobre postal lanzado bajo el umbral. Agaché la vista y seguí la ruta de este. De inmediato temí que se tratara de un nuevo comunicado judicial, no supe cómo reaccionar quedándome inmóvil en la silla, aquella idea me mortificó.

<Era imposible, debía ser otra cosa>

Tal vez, una carta de mamá. Ese pensamiento me sobrevino reconfortante. Tomando airé me incorporé para ir a constatar, y la sorpresa fue mayúscula, al corroborar mis sospechas iníciales. Me invadió un temor que paralizó cada musculo de mi cuerpo. La misiva estaba fechada la semana anterior. Una convulsión de emociones agitó mis entrañas, y el corazón empezó a latirme con violencia. Me invadió una inmediata sensación de condena, y un profundo temor a ser atrapado.

Estaba desorientado, con la mente embotada. ¿Qué haría?

Las ideas fluían precipitadas, pero las piernas apenas si respondían; aquel comunicado me había llevado directamente a la puerta, por la cual quería salir corriendo en ese momento, ante la inminente jugarreta del destino.

Al principio me pareció que la única salida era escapar, aun cuando no fuera culpable; puesto que era clara la señal que había tras esa tramoya maligna.

A medida que destapaba el sobre para leer su contenido, un escalofrío me recorría las extrañas.

Quedé pálido, en la misma posición que estaba, de pie junto a la puerta, y los ojos se me cristalizaron ante la crudeza del comunicado.

Hice un esfuerzo para concebir que aquello tuviera salida y una luz de esperanza probaría mi inocencia, brillando en algún momento. De cualquier modo, aunque traté de convencerme de ello, el contexto me resultaba más perturbador de lo que creía. Según parecía la justicia enfilaba en mi contra, pero no se trataba de seres normales, sino engendros al servicio un poder inicuo; actuando en el macabro ardid que la maldad instituía.

La comunicación me resultaba cuando menos alarmante, e imaginarme en medio de aquel escenario me causó un abrumador impacto.

Mis ojos se volvieron a posar sobre el documento, sin terminar de dar crédito a lo que leía y vacilante me dispuse a regresar a la silla. Pero en ese momento tocaron la puerta con rigor impaciente.

La noche lo cubrió todo, miré con inquietud en esa dirección temiendo lo peor y con un par de zancadas silenciosas me alejé de la puerta. La oscuridad devoró mi alma y entre las lóbregas sombras que se instituían, escuché de nuevo el sonido de los nudillos, que pertinaces se exageraban sobre la superficie de tablón. ¿Podía ser la policía? Venían discordantes los pensamientos a mi cabeza.

Me detuve un segundo e intenté encontrar en los resquicios de mí ser, el proceder más adecuado. De cualquier modo no podía asegurar cual era la identidad de mi insistente visitante. Recorrí el salón con la mirada y lo único que sentí fue la necesidad de echar otro paso atrás; salir corriendo y ocultarme hasta que la puerta dejara de sonar. Me giré en esa resuelta decisión enfocando la mirada en el espacio libre del pasillo; seguro que esa premisa me daría tiempo para tomar la decisión correcta.

Entonces paulatinamente me proyecté hacia el corredor en busca de la habitación, consumido por la impaciencia. Pero el golpetear en la puerta se repitió cuando menos seis veces. Quien se encontraba tras esta no se detendría y la única razón debía ser que conocía de mi presencia en el lugar. En ese momento me detuve y justo entonces una voz emergió

—¡Gabriel sé que está ahí, abra la puerta!— insistió una voz grave que tenía el tonillo indefectible del doctor Clark, quien sonaba bastante impaciente.

Me pregunté que querría y en breve tendría la respuesta. Aún con el estomago revuelto me dispuse a abrir la puerta a mi terapeuta. Al hacerlo apenas si me miró y de un salto ingresó al apartamento. En ese instante no entendía nada de lo que ocurría.

—¿Doctor que pasa? Inquirí extrañado.

– ¿Dónde está Miranda? – musitó.

– ¿Qué?

– ¿Está solo? ¿Miranda está en este apartamento?

Sacudí la cabeza en gesto de negación.

– Gabriel, ¿dónde está Miranda? –Examinó de nuevo con rabia e indignación en la voz–

– ¿Qué? ella no está aquí—indiqué enseguida, casi con un susurro. Lo cierto es que no tenía la menor idea y el mejor que yo podría saber su paradero.

En ese momento, el doctor quien se había sentado segundos antes, se puso de pie dirigiéndose a mí con evidente turbación. Se ajustó las gafas y apuntó una mirada fría, luego con brusquedad intentó tomarme por el brazo.

—¿Hay alguien aquí? ¿Miranda está aquí? ¡Dígamelo!—exhortó con aliento frenético.

—Doctor no entiendo nada de lo que dice, pero debería guardar la compostura. Siento que me está acusando de algo.

Mis palabras parecieron abrir todavía más la puerta de su impaciencia; arrugó la frente y siguió adelante en un furibundo gesto.

Lo miré con asombro.

– ¿Dónde está? –inquirió de nuevo con tono alterado.

– ¡Oiga! ¿Qué...? –dije tomado por sorpresa. Intentando limitar los movimientos de Clark–¿Qué demonios hace?

– ¿Dónde está? –repetía el doctor en su arrebato.

– ¿De qué habla? ¡Suélteme!—exigí.

Luego extrajo un documento de su bolsillo, el cual quiso alcanzarme.

– ¿Qué es eso?— examiné negándome a recibirlo.

—¡Que es lo que ha hecho Gabriel!—Espetó regresando al sillón, completamente consternado y descargando el papel sobre la mesa de centro. Desde mi distancia di una ojeada, pero no quise acercarme dada la evidente excitación del vejete.

Permaneció un instante sentado en silencio, sumido en una suerte de espasmo; con las manos temblando y sudoroso. Como si escuchara el sutil murmullo de su razón y entendiera la incongruencia de su comportamiento.

Después, tomó el documento de regreso y enseguida se llevó las manos al rostro, resistiendo un llanto anquilosado en su mirada. Permaneció así en una larga pausa, inclinado sobre sí mismo, con una dubitativa lágrima que inició a escurrirle por las arrugas en la juntura del ojo, como el pequeño hilo de una cascada abatiéndose por una pared rocosa.

Mis pensamientos se articularon en desconcierto y preocupación, mientras seguía de pie contemplando la inédita escena.

<¿Qué era eso? y además ¿Donde estaba Miranda? ¿Acaso nuestra aparente discusión era cierta y pábulo de su partida sin siquiera avisar a su jefe>

La verdad no tenia conmigo la información que Clark buscaba y me sentía, seguramente, tan desconcertado como él.

– Cálmese—doctor, expresé compasivo intentando brindarle un poco de quietud a su ánimo atormentado—ya aparecerá en algún lado—agregué encogiéndome de brazos.

Estas sentidas palabras parecieron ser otro terrible error, el siquiatra levantó la mirada, se incorporó de nuevo, y la aparente calma fue sustituida por una irritación abrumadora. Un enojo abrasador que le hizo saltar de un solo brinco y asirme por los brazos, con la agitación trémula de sus manos y una fuerza que le venía no sé de dónde. Mientras me miraba fijamente a los ojos, con un furor lejano de su carácter habitual. Me resultaba difícil reconocerlo.

—Gabriel fue un error, atenderlo fue un error—dijo.

Pasmado, no pude reaccionar, y tras vacilar un momento, me liberé de su abrazo. Incluso en ese momento fui indulgente, concibiendo que la reacción del anciano, era tan solo el producto de una adoptada preocupación por Miranda.

—Gabriel, dígame—continuó observándome con mirada asesina—¿Qué hizo con Miranda?

¿Cuál era su juego? necesitaba que aquello terminara.

De modo que asombrado lo tomé por el brazo, intentando conducirlo a la puerta.

—¡Doctor, será mejor que se vaya!—señalé.

Pero no sería fácil convencerlo y en medio de sus reflexiones trastornadas, se volvió de nuevo con toda su depresión y ansiedad.

—Gabriel, ¿usted asesinó a Miranda?

Hasta ese instante fui tan tolerante y sosegado como pude, pero aquella pregunta me enfureció ¿Quién se creía este sujeto para venir a mi casa con semejantes señalamientos?

Y en un férreo impulso lo tomé con fuerza y lo empujé hasta el quicio de la puerta. Su enajenación había sobrepasado cualquier límite de mi paciencia.

—¿Acaso está loco doctor?— bramé en una pulsación que retumbó en mis oídos—¡Esto ha llegado demasiado lejos! usted debe marcharse de inmediato.

—¿Qué le pasó a Miranda?—insistía él.

Abriendo la puerta, lo empujé de nuevo, mientras apretaba los dientes con irritación, conteniéndome de no darle un puñetazo.

Al cerrar, me abatí en el suelo con el ánimo hecho pedazos. Era lo último que la maldad me arrebataba, y con el corazón gélido de desesperanza, no conseguía entender el arranque de cólera de Clark; decididamente impropio dada su profesión. Pero al mismo tiempo era inquietante lo que hubiese podido ocurrir con Miranda, en una ciudad gobernada por una sombra maligna.

Empecé a sentirme inseguro respecto a eso. Empero, inspiré hondo intentando tranquilizarme, de seguro ella estaría bien y pronto se aclararía todo.

Por su parte Clark, permaneció sentado del otro extremo, solo nos separaba el tablón de la puerta, y el sonido de sus reclamos era como un siseo que se filtraba para subir luego hasta mis oídos.

Era algo de no creer, me sentía tenso y confundido, mientras escuchaba al doctor golpeando con frustración la superficie de madera; como si quisiera arrancarla de su soporte. ¡Pobre viejo, la consternación lo envolvía!

Entretanto, yo repasaba sus palabras tan confundidas e insondables; sintiendo al mismo tiempo una sensación de oscuridad que se cernía sobre el destino de la bella secretaria.

Aferrado todavía al borde del zaguán el anciano gruñía de rabia, liado en sus propias palabras que, lentamente, se fueron extinguiendo hasta acallarse por completo.

CAPÍTULO LII, GABRIEL ES DETENIDO

Al clamor del viejo, siguió el más profundo silencio. Ya no había gritos. Fue un estremecimiento afín a un recuerdo que había querido borrar de mi mente. Al instante decliné mi posición en el frío suelo e incorporándome, me deslicé acariciando con los dedos el muro, como si dibujara el contorno de los objetos que tropezaba a mi paso; hasta situarme justo en la silla frente al ordenador.

Hundí con la yema del índice la tecla enter y enseguida emergió la página web, en la que hace un rato buscaba información. Al verla sentí un brote de convicción; la decisión estaba tomada, me iría de aquel lugar, ya nada me unía a Treum. Tomé asiento e inicié a escribir un mensaje para mamá, con cuidado de no preocuparla innecesariamente, y dejando aletear mi imaginación me imbuí en aquellas campiñas que ahora sus pasos andaban.

Satisfecho con mi elección digité el último tramo de la carta y luego me abrí paso hacia el ventanal para despedirme del callejón que ya jamás vería, pero a pesar de todo me sentía aferrado a ese espacio, como si mi piel estuviera pegada a su gris dermis, y Treum y yo fuéramos uno solo.

El vidrio que se bañaba en vapor al roce con mi respiración, ocultaba aquel rostro hace mucho desconocido para mí y con la frente pegada al cristal, dejé caer un par de lagrimas que se abatieron en el suelo de madera.

Me marcharía después de todo, liberándome de cualquier culpa. Seguir viviendo ahí era imposible.

Pero de pronto, mi reflexión se detuvo estorbada por un alboroto en la calle; de inmediato me dirigí a la habitación para escudriñar desde la ventana el origen de tal bullicio.

Al asomarme divisé unas anónimas siluetas inmersas en un intenso fulgor, una resplandeciente luz como un espejismo en medio de aquella noche de invierno. Sobre la capa de asfalto desde cuyo centro parecían emerger voces que no distinguía, alguien me invitaba a ir con ellas. Fue un momento de verdadera paz que se suspendió por la convocación de mi nombre, venida de una voz de enronquecida y desde abajo entre movimientos convulsivos me conminaba a ir con ellos.

Ubicado en mí posición frente a las imprecisas siluetas, me restregué los ojos para observar mejor y entonces logré distinguir rostros, silbidos y llamamientos desde esa corta distancia, que abruptamente desgarraron la visión de la luminiscencia roja y amarilla. Y atravesando como un relámpago se descubrió el más antipático grito de la realidad:

Patrullas descargándose de golpe sobre la calleja de acceso al edificio, con sus sirenas y bocinas rimbombantes; hombres uniformados apuntando sus armas y una voz que clamaba:

—¡Gabriel Dickens!— Salga del apartamento.

Me detuve en seco, desconcertado. Fue como un golpe directo que me derribaba, la detonación de una explosión inesperada. Enderecé la mirada mientras veía a los hombres acercándose lentamente, entre luces intermitentes que aturdían y cegaban.

Luego la marcha de cláxones y sirenas se contuvo aminorando su sonido y con fuerza retumbó un golpetear en la puerta. Sabía que no era Clark quien había regresado, y cualquier esperanza fue extinguiéndose lentamente. Sentí que caía por un oscuro socavón y la imagen del edificio rodeado de policías que señalaban y murmuraban, era una pesadilla cuyo perfil entendí no se extinguiría. Con rabia y tristeza golpeé el vidrio. Sin escapatoria pensé en ir hasta el ventanal y saltar de aquel segundo piso, pero la altura era considerable. Estaba perdido.

—¡Gabriel Dickens abra la puerta!—bramó una voz, mientras yo me adentraba tembloroso en los terrenos de la sala; con la clara intención de calcular la caída que computaba en mi mente angustiada.

Pero al asomarme al ventanal por desgracia la luz amarilla de varias linternas me enfocó de lleno, desgarrando la noche que se hundía en medio del turbión.

—Señor Dickens, está rodeado—dijo una voz tenue y femenina—por favor salga con las manos en alto.

— Aguarde un momento – dije con voz trémula—, yo no he hecho nada.

<¡Mierda estoy atrapado!> pensé mirando sus rostros deformes y su piel de pavesa que relumbraba entre las destellos lumínicos. Entendí que era la maldad quien obraba y mis opciones de salir de ahí, se instauraban demasiado remotas.

—Ya tendrá tiempo para probarlo—replicó la voz—por ahora no cometa una locura.

Volví a pensar en lo que haría, en medio de aquel paralelismo de voces que provenían del callejón y la puerta. Mi mente se llenó de derrota, mis sueños se reducían en un silencio mortal. Me costaba creer la encrucijada en la que estaba inmerso. Y cada segundo parecían décadas. Si esos policías no disparaban era tan solo porque la maldad quería hacerme sufrir un poco más. Y a pesar que mis pensamientos eran expeditivos, ninguna solución conseguía tañer, en tan complejo albur.

Di un paso rápido atrás temiendo que en cualquier momento, el bombazo de una bala atravesara el viento y colándose por el ventanal me impactara.

Pero al instante me volví indignado, y golpeando con fuerza el marco del ventanal, repetí:

—Lárguense de aquí monstruos. Yo no he hecho nada.

Los uniformados se tomaron su tiempo, pero en mi distracción consiguieron romper la puerta, y el sonido de esta partiéndose se escuchó a mis espaldas; aunque intenté reaccionar de inmediato, sabiendo que mi fortaleza física me permitiría enfrentarme cuando menos con tres de ellos. Empero, al instante estaba rodeado por sus armas.

—Tranquilícese señor Dickens—Exhortó uno de ellos, con evidente alarma y nerviosismo en la voz.

—No. Claro que no—respondí jadeante—soy inocente.

El corazón empezó a latirme con fuerza ante la sorpresa, el asombro y esos rostros amorfos y pieles plomizas que me rodeaban.

Caminado en círculos lancé un golpe detrás de otro, esperando que pasara lo peor durante un lapso de tiempo que pareció una eternidad. Era cierto que me sorprendía el nivel de cólera que recorría mi sistema, pero mientras alargaba la mano para defenderme sentía que era mi derecho.

—Señor Dickens es necio lo que está haciendo— indicó otro policía—solo cumplimos con una orden judicial—y continuó extendiendo un papel hacia mí, que empujé de su mano sin moverme de mi sitio—señor hablemos de esto, no cometa una locura.

—¿Por qué está la policía aquí? ¿Por qué esta la policía aquí?—empecé a repetir con un acento frenético y desconocido—Ahora váyanse de mi casa.

– Creo que ya van a irse señor Dickens—se escuchó de pronto la voz de Michael.

—Michael, Michael ¿eres tú? ¿Dónde estás?— empecé a buscar exaltado al pequeño, a quien no conseguía ver en ningún lado. Y solo era como otra voz en mi cabeza.

En ese momento me sentí mareado, y sin darme cuenta uno de los uniformados giró con rapidez y aferrándome en una llave, me hizo perder el equilibrio lanzándome al suelo. Con angustia me removí en el piso de listón, pero fue inútil todo esfuerzo. Al instante sentí nauseas, dolor de cabeza y el furor lentamente desapareció; quedando abatido al umbral del ventanal sin poder moverme, resollando en bruscos jadeos que paulatinamente expulsaban el aire de mis pulmones.

—¡Cálmese! –ordenó el agente que seguía encima de mí, ajustándome las muñecas en la espalda, con el frío metal de unos grilletes que se acortaron sobre las articulaciones.

Cabeceé un poco más, respirando con dificultad, sintiéndome agotado y eché un vistazo desde el suelo a mis captores. Alrededor mío había cuando menos siete personas, todos ellos con el mismo aspecto siniestro.

Dos uniformados me agarraron rodeándome los brazos y el tórax, impulsándome a incorporarme. Seguía lo suficientemente turbado, pero sin alientos de batallar.

Luego uno de los funcionarios judiciales, se encajó en el discurso de las obligadas lecturas que, hasta entonces creí, solo eran asunto de las películas.

—Señor Dickens tiene el derecho de guardar silencio y de no autoinculparse ¿lo entiende?

—Sí, claro—señalé tosiendo, con una molesta comezón en la garganta.

Seguido me explicó las razones de mi detención por demás absurdas, y sorprendido fui llevado hasta la salida escoltado por aquellos hombres. Entretanto, el que enunciaba mis derechos puso frente a mis ojos una orden de aprehensión, firmada por el tribunal de justicia de Treum, en la que al parecer se me señalaba por una serie de crímenes indeterminados, cometidos contra víctimas de la comunidad. Esa misma a quien yo ayudaba por medio del mensaje.

Esbocé un gesto de desaprobación en la evasiva de algo que calculaba injusto, pero al segundo me invadió el espanto y la sorpresa. De modo previsible esos espectros me condenarían y la ayuda prometida por la mujer de las visiones parecía no llegar.

– A partir de este momento, usted es imputado por la sospecha de los delitos que antes le mencioné—fue lo último que dijo mi escolta judicial, antes de dejarme junto a una patrulla y entregarme en custodia de otros dos que aguardaban ahí.

Me sentí arrancado bruscamente de la realidad, cautivo en el peor de los sueños; otra de mis acostumbradas y siniestras quimeras, de la que desesperadamente buscaba despertar. Hallar una respuesta, encontrar un camino de luz que me liberaría de aquel delirio.

Miraba a la gente a mi alrededor: policías, curiosos y vecinos, y podía leer en su cara la grafía de la maldad, de un siniestro complot que se tejía en mi contra. La venganza de las fuerzas del mal por la liquidación de sus entidades.

El sujeto parado junto a la patrulla abrió la puerta y reclinando mi cabeza me invitó a adentrarme en el vehículo. Ese fue el último

puñetazo contra mi dignidad antes de dejar el edificio, en medio de calumnias y señalamientos.

Luego se acercó y cerró de un solo golpe, dejándome en una profunda soledad en la parte trasera del coche. Al instante él y su compañero subieron en este y el sonido que manaba de las sirenas irrumpió la calma de la pequeña comunidad, en medio de la tormenta que castigaba los rostros y los corazones.

Inspiré buscando alivio a la tristeza que me embargaba. No obstante, el aullido de las flotillas que me custodiaban como al más peligroso de los reos, cortaba no solo mi aliento, sino también la piel de Treum en pedazos. En ese momento intuí la gravedad de aquello, la terrible amenaza que me negara a concebir como cierta; la transformación de la ciudad en un lugar oscuro, sometido al servilismo de un poder maligno.

Los uniformados apenas si me prestaban atención, y yo resoplaba con la mirada que se perdía en la avenida, dejando que aflorara toda mi congoja. Después de todo, guardar silencio debía ser parte de su trabajo y su conducta no tenía por qué impacientarme.

En el semáforo de la autopista con la Calle Altamura se detuvo la patrulla, estábamos próximos a adentrarnos en el tráfico de la Calle Termopilas, un camino que me resultó familiar. Cuando el coche frenó, el conductor me observó por el espejo con un desapego total por mi situación, aquella injusticia evidentemente no significaba gran cosa para ellos.

Salivé mi garganta calculando lo que serían los próximos días, pero en el amargo sitial de los inculpados, tampoco yo quise cruzar palabra.

El tránsito era una espaciada fila de destellos que llegaba con pesadez a mi mirada, y me avivaba sobresaltado cada vez que sonaban las bocinas de los autos. Apoyé las manos en el asiento de cuero de la patrulla y permanecí estático sintiendo un frío que me calaba las entrañas. En un momento me pareció que la calle se transformaba en aquella selva mortecina que una vez mis ojos distinguieran y de nuevo mi cabeza se abarrotó de voces.

Después de unos minutos el coche dio la vuelta y estuvimos frente a la comisaria, donde se detuvo. Miré la hora, eran las once menos veinte, y en el edificio la luz fulguraba aguardando mi arribo. Una vez mas era convocado en aquel lugar, pero en esta ocasión por causas totalmente disimiles.

El policía que iba en el puesto del pasajero, un poco más bajo y regordete que el otro, descendió rápidamente. Las manos me sudaban a pesar del intenso frío y se me incendió la mirada, apenas el uniformado de golpe abrió la puerta indicándome que dejara el auto policial. Temblando, pero con resignación me acomodé en busca de la salida, miré hacia adelante con los pensamientos enredados y un nudo agolpado en la garganta. Sentí el corazón oprimido en un golpe de ansiedad, entonces pensé en mamá, y también en Rita.

Enseguida el policía, junto al que conducía y otros dos que aparecieron de pronto, quienes también había llegado a mi encuentro, como un comitiva de saludo, me condujeron a la entrada del delegación acelerando el paso.

Atrás quedó la calle revestida con su hálito sombrío y pluvioso, bajo un cielo oscuro y quebradizo. Mi mirada cruzó el interior de la jefatura y tomé aire sumergido en un ánimo aplastante. Luego Impulsé mis piernas a pesar de la desaprobación de mi cerebro, hasta una oficina donde fui recibido por un funcionario público.

Las voces seguían zumbando en mi cabeza y las palabras de aquellos hombres sonaban como retumbos lejanos.

El sujeto que me atendió tenía el rostro pastoso y brillante, mejillas chupadas, ojos oscuros; cabello rizado y una protuberante manzana de Adán.

Mi custodio desplegó una de las dos sillas frente a su escritorio, y el oficinista me indicó que podía sentarme; lo cual resultaba molesto dada la posición de mis brazos atadas en un nudo contra mi espalda. Me miró fijamente y señaló que aquello no tomaría mucho tiempo. Simplemente, escuché en silencio.

Luego continuó diciendo que yo podía hacer uso o renunciar al principio de no autoincriminación, entre otras observaciones cuyo contenido me era ajeno y prosiguió:

—Señor Dickens usted está amparado por la constitución para consultar y ser defendido por un abogado quien garantizará sus derechos, puede contar con esa asistencia desde este mismo momento.

Si no lo tiene, previa autorización suya se le asignara uno para que lo represente.

Solo esperé a que él continuara de hablar y cuando concluyó consulté:

—¿Cuánto tiempo estaré aquí?

—No lo sé—indicó—eso lo definirá el juez. De cualquier modo, señor Dickens, si hay alguien a quien quiera avisar de su detención, puede hacerlo ahora mismo— notificó el sujeto.

Lo miré y en el tránsito de emociones que se agolpaban en mi pecho, pensé en mi habitual aislamiento; en el modo como lentamente la maldad había conseguido dejarme solo. Acomodado en esa silla frente a ese desconocido me di cuenta que no contaba con nadie, que no existía ninguna persona a quien valiera enterarse de mi situación. Del modo que estaban las cosas era inútil avisarle a mamá, por primera vez estuve seguro que ella no desacomodaría su rutina, emprendiendo un viaje para ir a verme. Aquello me oprimió el corazón todavía más. Entonces respondí en un prolongado suspiro, en la triste verdad a la que me aferraba.

—No tengo a quien decirle—señalé. Confiando que aquello solo sería cuestión de un par de noches.

Entonces él funcionario tomó un documento con la declaración dada, el cual me hizo firmar y enseguida con un ademán indicó al agente que me acompañaba que podía retirarme.

El uniformado me tomó por el brazo haciendo una indicación para que me pusiera de pie y caminara, así que lo hice con dirección a la salida. Cuando llegamos al quicio de la puerta me indicó que continuáramos, hasta un costado, en dirección a la ventanita donde se dejaban las pertenencias.

Luego de entregar todo lo que llevaba encima, seguimos recorriendo la comisaria, hasta virar en el viejo y conocido recodo que conducía a la fría y pequeña celda. Luego de salvar el dilatado laberinto de empinados muros, estaba justo en aquel sitio al que pensé

jamás regresaría. Los sonidos y olores me resultaron familiares, y rodeado de barrotes en el precario espacio pasé una larga noche.

CAPÍTULO LIII, LA PRIMERA AUDIENCIA

La mañana siguiente, desperté en medio de un silencio sepulcral; no me sentía particularmente bien ese día, y aunque había dormido un poco, me sentía muy agotado.

Debían ser las ocho o un poco más tarde, quizá, cuando el sonido de pasos aproximándose anunció una visita. Me asomé por entre los barrotes y vi venir a un policía acompañado por un hombre joven, tal vez de edad similar a la mía. Su mirada era como un bloque de concreto, su cabello desordenado, y el traje mal dispuesto.

—¡Aquí está!—dijo el uniformado dirigiéndose a este y señalando en mi dirección.

El joven giró y el agente policial lo observó, asintiendo con un gesto. Luego se marchó sin preceder la delicadeza de abrir la reja. Me sentí como un animal atrapado, despreciado.

Al instante el sujeto se presentó estirando su mano por entre los hierros para alcanzar la mía:

—Señor Dickens ¿Cómo está? Soy Carlos Orionza, el abogado asignado por el ministerio publico para su defensa.

—¿Cómo le va abogado?—respondí lánguidamente.

Luego me explicó que entre sus funciones estaba el asistirme a partir de ese momento, tanto en la comisaria como en las citaciones al juzgado. De igual modo recabar todas las pruebas, y presentar los recursos necesarios para mi defensa. Por último, en su dilatada presentación señaló que conforme al ordenamiento jurídico, me asistiría también, en el evento de llegar a un juicio oral.

—Ahora, podría hablarme un poco sobre usted—solicitó enseguida.

Quedé paralizado y distante unos segundos intercambiando una mirada incrédula con aquel jurista. Un instante después respondí

su pregunta y él inicio el quehacer de indagaciones, la mayoría de ellas confusas. Alternadas una y otra vez en una molesta sucesión que las llevaba a repetirse de nuevo. Entretanto, yo reiteraba lo infecundo de su interrogatorio, afirmando desconocer cualquier indicio de las acusaciones en mi contra y reiterando que solo podría referir asuntos personales que ya antes había expuesto.

Claro, no negaba que las noches de insomnio y extraños fenómenos que difícilmente alguien como él acertaría advertir, habían rentado en mis recuerdos un espacio propio, no obstante, revelaba cada detalle tal y como lo recordaba.

Orionza conocía de las imputaciones, y los antecedentes, entre ellos la golpiza a John, y se expresaba realmente preocupado, mientras hacia un indeliberado recuento bibliográfico de su propia vida y logros.

—Tenemos un pequeño inconveniente—observó a continuación—La fiscalía se puso en contacto conmigo y parece que quieren conseguir una sentencia a la mayor brevedad.

—¿Que tan grave es? Inquirí ajeno a los truculentos manejos de la ley.

—No se preocupe esto siempre ocurre. Son los apuros del sistema penal—señaló.

—Ya veo— Presté atención y escuché sus indicaciones.

—Imagínese usted señor Dickens, quieren que estemos en el tribunal antes de las once—dijo con una sonrisa forzada.

—¿Y eso es bueno o malo? –consulté.

—Bueno, iremos y no perderemos detalle del planteamiento de la fiscalía. De ahí en adelante vernos como orientar la defensa—Me miró con sus ojos oscuros desde el otro extremo.

—¿Ha comentado con alguien su arresto?

—Con nadie—afirmé.

— Bien, en ese caso, evite al máximo cualquier comentario. Sea con los policías o conocidos suyos—observó— Sobra decirle que nuestras conversaciones serán confidenciales.

Lo miré y asentí, mientras me preguntaba de qué serviría mi confusa historia, para mi defensa.

—Quiero saber con quien habló los últimos días—dijo a continuación— ¿A quién telefoneó?

Respondí dentro de lo que cabía, cada una de sus preguntas.

—Hay algún familiar a quien quiera llamar para que conozca su situación.

—No, ninguno— rotulé.

Esa situación me tenía bastante preocupado, y el abogado hacia todo tipo de preguntas, entretanto, yo intentaba elegir cuidadosamente mis respuestas.

—Veamos— prosiguió—¿dice que no recuerda algunas cosas de los últimos días?

—Si abogado— asentí—he tenido insomnio y jaquecas acompañadas de algunas lagunas mentales.

—¿Alguien sabe de esto?

—Mi psiquiatra, el doctor Bernard Clark.

Por último una molesta pregunta flotó en el aire:

—Señor Dickens, quiero saber todo lo posible respecto su relación con las victimas por las cuales se le acusa.

—Le repito que soy inocente abogado. No tengo idea de lo que usted menciona.

—Bueno, en ese caso ¿cuáles fueron las circunstancias que lo llevaron a ser sospechoso?

—Ojala supiera—señalé.

Enseguida el jurista de la defensoría pública, con talante directo mirándome a los ojos expresó:

—El asunto es bastante delicado, Gabriel—luego continuó—prepárese para reunirnos con el juez—le daré unos minutos. Lo espero afuera, ya vendrá un guardia por usted.

Después de compartir las barras de la celda durante unos cuantos minutos, y documentarse de lo que yo pudiera aportar respecto de aquel proceso, el abogado se marchó por el túnel en caracola que conducía a la salida.

—Se lo agradezco abogado—dije antes de perderlo de vista.

—Descuide Gabriel.

Debió transcurrir una hora o qué sé yo, estando en ese lugar la noción del tiempo no existía, cuando un guardián me llamó por mi nombre. Luego de abrir e indicarme que saliera de aquella jaula, me cacheó contra la reja ante la mirada de otros dos uniformados que le acompañaban. Enseguida estos me guiaron hasta el salón principal, donde esperaba el abogado.

—¿Qué tal señor Dickens?

—Hola doctor Orionza.

Nos sentamos un momento, mientras se diligenciaba una autorización de salida y al cabo de unos minutos, nos indicaron que podíamos salir escoltados por cuatro guardianes.

Al cruzar la puerta hice una pausa y contemplé la calle, ahora prohibida para mí.

—Vamos señor Dickens—invitó el legista.

Asentí y avancé hacia el interior de la patrulla que nos aguardaba. Dos policías subieron con nosotros y los otros dos partieron en otro coche.

—En el trayecto no mencionaremos nada del caso ¿entiende?—murmuró el abogado.

—Claro—asentí.

El recorrido hasta la Calle de la Fortaleza, fue breve y de ahí a Centinela del Rey, todavía más, hasta divisar el acceso al tribunal.

Al adentrarnos en el edificio me di cuenta que en la puerta de los juzgados se anunciaba toda clase de procesos divorcios, accidentes, registros, crímenes contra el patrimonio, entre otros, que en mi visita de hace días no había reparado.

Al llegar, nos ingresamos en un recinto judicial, en el cual un funcionario diligenció un formato en el que se incluía los hechos, hora de la captura y mi nombre entre otros. Y en el cual quedaba espacio para otras audiencias como esa. Luego nos indicó que podíamos seguir a la entrevista con el juez.

—Pueden pasar indicó— un gigante guarda que custodiaba la entrada, quien hizo un moviendo con la cabeza en dirección a la puerta de acceso.

—Intentaremos llegar al mejor acuerdo—farfulló el abogado mirándome con rostro circunspecto— Ya veremos cómo enfocar el caso.

—Sé que es inquietante, pero debe confiar en mi señor Dickens—concluyó.

—Lo que usted diga abogado— sancioné con voz cansina.

—Recuerde, manténgase distante de los funcionarios y no mantenga confidencias con nadie— imprimió.

—Hmmm— zumbé, sin ganas de hablar.

Al irrumpirnos en el despacho aguardaba el juez quien era un hombre de contextura media y nariz chata, pero otros rasgos difícilmente identificables, dada la mutación de su cuerpo. Seguían siendo dudosas para mí las razones de mi aprehensión, y entre aquellas entidades siniestras debía ingeniármelas para actuar como si estuviera ante personas normales. Ya no me sorprendía, pues de a poco me había habituado a convivir entre ellos y a notar la humanidad que albergaban en el fondo de su ser.

Entre esas ambigüedades y luego de saludar, avancé para sentarme en medio del fiscal, quien previamente había llegado; peripuesto con un traje azul y brillantes zapatos negros, claro, su semblante totalmente amorfo dificultaba encontrar vestigios de humanidad en él, y el señor Orionza quien me acompañaba en la audiencia.

El Juez de apellido Valera, era un hombre de intelecto medio, imbuido en sus afanes legales; quien se las ingeniaba para insertar algo de lógica en la explicación del licenciamiento a mi libertad.

Instalado en la silla se me desparramaban los ojos y afinaba los sentidos en el esfuerzo de entender una pizca de lo que aquel decía, tácitamente, yo parecía ser el único que no entendía nada. Sobre seguro el fiscal y el abogado eran lo bastante listos y con ello era suficiente. Mi palabra de poco valía.

El juez instaló la audiencia y verificó la presencia de las partes y enseguida dio la palabra el fiscal, quien hizo una presentación de los pormenores del caso; recalcando los hechos que consideraba relevantes. Exponiendo las circunstancias que llevaban a mi

detención, esto incluía además, lo enunciado por los funcionarios que participaron en mi arresto, como también el testimonio de vecinos y familiares de las víctimas. Luego subrayó lo que intuía penalmente condenable y transcurridos unos minutos terminó su exposición, guardando silencio para dar la palabra al magistrado.

Enseguida, este solicitó la presentación de los elementos probatorios sobre los cuales sustentaba su petición el fiscal, y el acta de captura entre otros.

Ya presentado formalmente ante el juez de instrucción, este enunció:

—Señor Dickens, con motivo de su citación este día y en el conocimiento de la honorable sala de lo penal, damos inicio a esta audiencia. Acorde a los plazos previstos en la ley le informo que está usted imputado por la grave y dolosa conducta de secuestro y homicidio premeditado; con orden de detención preventiva, en la preclara intención de esclarecer estos hechos.

¿Comprende a cabalidad esta jurisprudencia?—concluyó.

Miré al abogado y este asintió con un gesto.

—Sí, señor juez, entiendo—dije enseguida.

Durante esa primera comparecencia el juez consideró necesario seguir con la causa, como él la llamó y que se investigaran los hechos.

De igual modo estableció que me presentaría ante dicha autoridad, cada vez que fuera requerido durante el transcurso del proceso. Con el fin de solucionar cualquier querella, peticiones y decisiones previas a la formulación de acusación, si era el caso.

Señaló al momento, que correspondía a su autoridad enunciar estos detalles y en presencia del fiscal solventar si las pruebas allegadas como interceptaciones telefónicas o el allanamiento de mi camioneta y apartamento, se habían ajustado a la ley.

De inmediato el fiscal puso a su consideración: el control de captura, formulación de imputación, solicitud de medida de aseguramiento, allanamientos, e intervenciones corporales. Esto último, según me explicara después el abogado era una serie de exámenes en mi cuerpo para obtener pruebas biológicas o de otro tipo,

que permitan determinar mi participación en los hechos delictivos. Solo entonces entendería el motivo de su protesta

—Señor juez quiero hacer la salvedad que lo solicitado por el doctor Jáuregui (Como era el apellido del fiscal) es improcedente, desde la afectación a los derechos fundamentales de dignidad, integridad física e intimidad personal de mi defendido, además del principio fundamental de no declarar contra sí mismo.

—Doctor Valera—irrumpió el fiscal—evidentemente en este caso debe primar el interés público y la persecución del delito.

—Señores, guarden la compostura—ordenó el juez—desde el entendimiento que dichas pruebas, sean tendientes a descubrir las circunstancias fácticas para resolver este caso, son valederas en relación con las condiciones físicas o psíquicas del imputado. Claro está, siempre que se ajusten al principio de proporcionalidad.

En cada intervención que hacia el fiscal evidenciaba claramente sus intenciones. Como cuando exigió que se estableciera prisión provisional en mi contra. A pesar de ser un caso desde mi óptica dudoso, este riguroso intérprete de la justicia, no titubeó al pedir tal medida excepcional en mi contra. Justificándose en las ideas que planteaba y que parecían más bien venidas de la ficción. Puesto que como insistía mi abogado, no existían razones suficientes que probaran mi culpabilidad.

Quise protestar en ese instante ante lo que consideré un abuso, pero un ademán del jurisconsulto me conminó a guardar la compostura.

Durante los dos meses siguientes se realizarían otras audiencias como esa, en el trámite preliminar a un desenlace que al final fue inevitable.

Mordazmente el juez aseguró que esto se hacía con el fin de salvaguardar mis derechos.

Cuando se dio la oportunidad a mi abogado de intervenir, fue notorio que a diferencia de los múltiples argumentos aparentemente recabados por la fiscalía; los de la defensa eran escasos y empecé a advertir que demostrar mi inculpabilidad sería casi imposible. La espesura de pruebas y testigos parecía interminable.

A punto de concluir la audiencia, aprehendido injustamente y señalado como imputado por la muerte de aquellas personas; el fiscal remachó su idea de prisión provisional. Luego, acorde a mis supuestos delitos, calculó bizarramente una pena de hasta veinticinco años.

Entretanto, el doctor Orionza solicitó la absolución, negando que los hechos hubiesen sido premeditados o llevados a cabo en pleno uso de la razón. Y se ratificó en la solicitud de mi libertad, basado en algunas normas constitucionales que explicó y de las cuales poco o nada entendí.

—Las circunstancias fácticas que rodean los hechos, señor juez—observó Orionza— se deslíen ante nuestros ojos. Le aseguro que en la conducta de mi defendido no hay tacha que aplique. Y la flagrancia inferida poco sustento tiene con la realidad.

Jáuregui por su parte aseguró que dichos matices jurídicos debían ser solucionados por el juez, toda vez provista la precisión del planteamiento que presentaba la fiscalía, la cual podía comprobar mis delitos.

Y aun cuando el abogado alegó que la fiscalía había vulnerado mis derechos fundamentales al no existir pruebas concluyentes de aquellos hechos. El juez Valera insistió en la importancia de sacar a flote la verdad de lo ocurrido y en consecuencia consideró mi detención dentro de una lógica razonable y calculó viable concluir el proceso de aquel juzgamiento.

Una vez más Orionza reclamó la extralimitación del fiscal, y la violación de un debido proceso antes de recabar las pruebas que aquel mencionaba. Empero, el juez convalidó el actuar del representante público y le autorizó a proseguir con su labor investigativa, que conllevaría más adelante a la acusación que propendiera mi condena.

En conclusión, Valera emitió una resolución que ordenaba mi detención a fin de realizar la práctica de algunas diligencias en las que yo debía estar presente. De este modo se ordenó mi ingreso en prisión, cuando menos hasta la celebración del juicio. Como si no

fuera suficiente, durante ese tiempo, además de estar cautivo, me mantendrían incomunicado y solo podría hablar con i abogado.

Así pues el honorable juez consideró que las garantías estaban dadas, sin vulneración de mis derechos, y decretando la legalidad del trámite investigativo y la recaudación de pruebas, dio por concluida la sesión.

Parecía que en Treum no existía la presunción de inocencia, y para ese momento entendí que todo pasaba por una argucia de la maldad en mi contra, y en el colofón del absurdo, empecé a inferir que se me señalaría como culpable por delitos que desconocía.

El espeluznante teatro se formalizó con los cargos que se me imputaban, y aun cuando los refuté y pretendí controvertir aquellas acusaciones, de poco o nada sirvió.

De ese modo comenzó la excepción a mi libertad, señalado de atrocidades que ni siquiera cabían en mi cabeza.

Al instante el abogado se puso de pie, antes me hizo un gesto para que yo guardara silencio; se aproximó al juez, cruzó con este un par de palabras. Luego se arrimó de nuevo a mí, y me pidió que abandonáramos la sala. Me despedí del juez y el fiscal y salimos.

Al instante mis custodios me condujeron de regreso a la comisaria, el abogado todavía me acompañaba. Al llegar se despidió y me indicó que al día siguiente sería trasladado a la penitenciaria central de Treum.

Meramente lo observé con aflicción y en silencio regresé a mi celda, sería la última noche que pasaría en ella.

CAPÍTULO LIV, EL TRASLADO A LA PENITENCIARIA DE TREUM

¿Culpable? ¿Condenado por intentar ayudar a otros? Lo supe desde un inicio jamás debí aventurarme en tan enmarañada labor. Mi razón me invocaba a desestimarla, sin embargo, ahí estaba. Inflexiblemente señalado por supuestos delitos, que ignoraba por

completo. En medio de demonios que inventarían un proceso en mi contra, para luego encerrarme y lanzar la llave en las profundidades de un rio.

La noche me sorprendió entre escalofríos, temblores y nauseas en la humedad de la pequeña celda. Como un ave caída en desgracia, enjaulado, y sentenciado; víctima del apocamiento de una sociedad. Y en el secreto sumario de mis penas, recordé a Rita, al pobre John que aseguraban había muerto, a mi madre…

Luego, singularmente aquello que un día me colmara de terror, era una armonía que revoloteaba mi mente, y que ahora lucia inocente a diferencia de aquel primer día cuando la escuchara de boca del pequeño Michael.

“Corderito, corderito…

Y en un estupor catatónico me sorprendió esa y muchas otras noches.

Al día siguiente, cuando acudió el abogado Orionza, fue recibido por el comandante de la comisaria y algunos de sus funcionarios quienes habiendo preparado el acta de mi traslado; se dirigieron hasta la celda. Al comprobar que todas las medidas y disposiciones estaban acordes a lo establecido en la ley, me anunciaron lo inevitable.

Temiendo lo peor me impacienté.

—Pero abogado ¿qué es esto?—inquirí— acaso ¿no puedo seguir aquí, mientras se esclarece mi inocencia?

—Lo siento Gabriel—dijo el jurista con tono ronco—es la disposición del juez.

—¡Tiene que ser una broma!— reclamé consciente de que aquel sitio, no sería lo mismo que estar detenido en la delegación.

El abogado y los demás permanecieron callados, el comandante me observaba impávido y los demás tenían los ojos clavados en mí.

Al segundo, el jurisconsulto refrendo:

—Vamos a intentar que la sentencia se dé a la mayor brevedad Gabriel, por ahora nada podemos hacer nada. Debemos sentar su ingreso en la penitenciaria.

Luego, haciendo un gesto a sus acompañantes para que le dieran espacio, Orionza, me condujo hacia un rincón de la celda.

—Tranquilo Gabriel, puede haber una salida, pero la comentaremos después ¿me entiende?

— Pero abogado, le aseguro que soy inocente— exhorté.

—Ya hablaremos de eso, por ahora…—se silenció observando al guardián que se disponía a abrir la reja para autorizar mi salida.

—Vamos Gabriel— señaló Orionza una vez estuve afuera escoltado por los policías.

El dolor de una causa injusta y un reflexivo silencio me acompañó durante todo el trayecto. Un acto de voluntad propia me condenaba al borde de un precipicio, mientras el inventario de todo lo que fuera mi vida, cruzó ante mis ojos.

Mi delito no era otro que querer ayudar a una comunidad condenada, y aunque considerara injusto castigo el que sobrellevaba, una esperanza de redención pronto llegaría. Aunque por el momento sintiera que la maldad clavaba sus filosas garras en mi y esa mañana pareciera ser la elegida para atraparme en su red.

Luego de las respectivas reseñas, quienes habían sido mis custodios hasta entonces, hicieron mi entrega formal a los delegados de la penitenciaria. Estos a su vez me condujeron hacia un tabuco sombrío, de paredes que desprendían el peor olor que jamás hubiera sentido; confinándome al osario que había frente a mis ojos. Seguido, asegurando la reja, autorizaron un par de minutos para que Orionza hablara conmigo.

—Abogado necesito saber cuánto tiempo estaré aquí— indagué con excitación—. Yo no he hecho nada.

Este se quedó callado un momento.

Al instante escuché de nuevo su voz:

—Eso es algo que no depende de mí—comentó con indecisión—como dije antes haré lo posible por un acuerdo para agilizar el proceso.

—¡No me diga eso doctor Orionza! Mire a su alrededor, mire este lugar—grité acalorado.

—Gabriel... —dijo entonces, con cortedad. Y sentí una interminable pausa en sus palabras.

—¿Qué pasa doctor?

—Es una situación compleja Gabriel—

—¿A qué se refiere abogado?

—Mire, ante los ojos del fiscal, seguramente del juez, los testigos y miembros del jurado, cuando se establezca el juicio; usted será visto como el ejecutor de horrendos crímenes.

—Pero abogado le puedo asegurar que…—

Entonces me interrumpió.

—No me asegure nada señor Dickens, yo soy su abogado, mi deber es defenderlo. Simplemente reflexione: todas las pruebas están en su contra. Usted mismo lo escuchó del fiscal, su apartamento y su camioneta, están repletas de ellas.

—No entiendo nada abogado— puntualicé con ansiedad— realmente es como si hablara de la conducta de otra persona. ¡Por Dios! Yo no he cometido ningún delito, solo he propendido ayudar a la comunidad. Mire le contaré algo que usted desconoce…

En ese momento viró la mirada rápidamente y frunció el entrecejo, atendiendo una murmuración que venía de un costado del pasillo, y que desde mi sitió era imposible ver.

—Gabriel tengo que irme—me interrumpió de pronto—. Acabó de recibir la indicación de la guardia penitenciaria. Mañana vendré temprano para que demos inicio a la estrategia de su defensa.

—Doctor, espere un momento—dije descargando la mano en la reja con desesperación—hay algo que puede hacer por mí.

—Claro Gabriel dígame.

Despojado de todo, exhorté al diligente abogado para conseguirme el libro de tapa roja, semioculto en la biblioteca del apartamento. No supe como lo hizo pero días después apareció con él en mi celda; jamás quiso revelar la estratagema que le permitiera hacerlo, y tampoco tuve el impulso de exhortar su confidencia.

Simplemente agradecí su gesto y en mi aislamiento la lectura, sin duda, fue un alivio y la historia del detective sugestionó mi mente hacia disimiles parajes.

Estremecido, giré y el sonido de las llaves alejándose fue como un golpe seco, con la mirada abatida me enfrenté a ese nuevo espacio, sintiéndome traicionado por el destino.

Temblando, me senté en el mugriento catre y lloré durante incontables minutos mi desdicha. ¿Para qué sufrir sufriendo? Lentamente mi voluntad era aniquilada, un segundo tras otro dejaba de ser yo mismo y me derrumbaba por un abismo sin fondo; la caída desde el más alto de los rascacielos sabiendo que el único aviso de llegada, sería el inminente golpe de mi cráneo impactando contra el suelo.

El espacio umbroso, las paredes roñosas…un universo irracional que derrumbaba el ánimo del más fuerte. La firmeza canija de un cubo de argamasa y metal, un acorazado hundido en su guarida de miseria. Eso era aquel presidio.

En aquel lugar los condenados exudaban sangre y su piel era un revestimiento del más adusto plomizo, que forraba sus músculos y se resquebrajaba como ceniza; su aroma era putrefacto y mutaba el aire en un elemento distinto, capaz de devastar el natural flujo de los pulmones. El exterminio de todo sesgo de humanidad concluía ahí, variando la realidad en una devastación fantasmagórica. Era natural la inmolación de la cordura, y la única señal de vida, se filtraba por una claraboya frente a las celdas que se favorecían de la bienandanza de ubicarse en aquel pasillo, una de ellas la mía, para los demás reinaba una tiniebla perenne.

En aquella mazmorra de pesadilla, la luz y la oscuridad eran estados del alma que iban al vaivén de los viejos candiles; el renacimiento y la condena cada día. Despertar era una verdadera desgracia, la irresolución del sistema límbico, la imperfección del hombre en su mayor apogeo.

Era insoportable, en aquel penal no había espacio para nada bueno. El valor y el miedo debían quedarse en el portón de acceso, al igual que cualquier dejo de emoción o sentimiento era una peligrosa hierba que debía ser suprimida.

Por supuesto, no fue una buena noche, ni siquiera cuando el llanto cesó. El golpeteo de la lluvia y el impacto del viento sobre los

muros; era lo único que me recordaba que fuera de aquel purgatorio, seguía existiendo una ciudad. Los ruidos se fundían dentro de la celda con mi tristeza y mis recuerdos, hasta convertirse en un único lamento prolongado.

Me cubrí la cabeza con una vieja y pestífera almohada. Daba lo mismo, cualquier olor de ese lugar resultaba pestilente. Si en la comodidad de mi apartamento no conseguía el sueño, mucho menos pude hacerlo en ese sitio.

En la mañana, cuando desperté lo único que vi frente a mí, fue el rosetón a través del cual se filtraba una densa neblina. Los ojos los mantuve cerrados durante todo el amanecer lo que menguó tenuemente la claustrofobia que se apoderó de mí apenas los abrí.

Anclado en aquel entreacto de vida donde no existía cielo ni infierno, puesto que era imposible alcanzar un destino; me levanté de la rígida cama y me senté un instante entre ahogados suspiros.

No estaba vivo ni muerto, era y no era yo al mismo tiempo y lo incoherente pronto controlaría mis pensamientos.

—¡Escucha…escucha!—empezó a murmurar una voz chillona desde la celda contigua—¡Escucha, yo te conozco!

—¡Me oyes! ¿Me puedes oír?—replicaba insistentemente.

Intenté dar una ojeada por entre la reja, ensayando atender a mi perturbado interlocutor, pero era infructuoso. Debía ser un simple delirio de mi mente afectada.

Sin embargo, la voz se repitió.

—Escucha yo te conozco, escuché tus lamentos durante la noche—

Intenté ignorar la absurda alocución, considerando normal que aquellos reos perdieran la razón, en la clausura de su cuerpo y de su alma.

—No te alarmes, vas a salir de aquí muy pronto—concluyó el desconocido maniático.

¿Delirio? ¿La misma fiebre de antes? ¿La voz de mi conciencia queriendo apaciguar mi corazón? O ¿realmente mi compañero de encierro quien hablaba?

De cualquier modo era un alivio poder escuchar una voz distinta de la mía.

Silenciada aquella dicción, quizá a causa de mi propio silencio. Me quedé de pie junto a los hierros, con mis cavilaciones y melancolías. Estaba despierto, pero a la vez no lo estaba, porque no habita la lucidez al interior de una pesadilla como esa. Me era imposible reponerme de la sorpresa por los hechos acaecidos, y era incapaz de hacer nada distinto de respirar, esto seguramente, sobrevenía por el instinto maquinal de mis pulmones. De lo contrario simplemente dejaría de hacerlo.

De pronto el aire, la luz y el silencio se irrumpieron del furtivo sonar del manojo de llaves, que parecía encauzarse sólidamente por la senda en la que se alargaban los calabozos.

Debía ser la hora del desayuno, calculé, el cual era descargado en una gaveta yuxtapuesta en la férrea cancela que cubría cada cámara penitenciaria.

El ruido de pasos entremezclado con el tintinear de llaves, finalmente, se detuvo frente a los barrotes que me catequizaban en un ave prendida en su jaula.

A escaso medio metro de donde me encontraba, del otro lado, emergió como una sombra la imponente figura de un guardián vestido con traje azul marino, quien me observaba por entre las barras. Era enorme, corpulento, el resto de su fisonomía apenas podía distinguirse por la exigua iluminación del lugar. Y su cabello se cubría con una gorra de idéntica tonalidad al resto del uniforme.

Enseguida levantó el brazo, tomó el mazo de llaves con la otra mano y apuntó una de ellas hacia la reja.

—Aléjese de la barrera y aguardé un momento— ordenó el descomunal guardia—ponga las manos contra su espalda, y gire del otro lado.

Mis pensamientos se colmaron en un irreflexivo recelo, mientras el chasquido de la cerradura al abrirse resonó en el pasillo.

—No se mueva —dijo aproximándose con voz recia.

Eso hice, puse las manos como indicó una encima de la otra, y al instante, sentí un precinto plástico ciñéndose en ellas. Me mantuve quieto y volví despacio solo cuando recibí su orden.

Lo miré extrañado sin saber exactamente a donde me conducía, al instante el sujeto me tomó por el cuello y señaló la salida, luego me llevó fuera de la celda.

—Pero… ¿a dónde vamos?... —inquirí con creciente ansiedad, mientras observaba sus rasgos ahora más visibles, de pómulos sobresalientes, mirada recia; mentón cuadrado con una barba incipiente y nariz romana. Curiosamente, este sujeto no era un espectro como la mayoría de los otros.

—Va a reunirse con su abogado—Espetó roncamente.

Tras pasar la reja, ahora me encontraba junto al alargado y fosco pasadizo que seguí con la mirada, al mismo tiempo que observaba al centinela y era como ver el grueso e impasible tronco de un árbol.

El hombre murmuró algo que apenas le entendí. Acto seguido, giró su corpulento cuerpo y ajustando la puerta cerró con llave sin decir nada más. De inmediato se puso de pie junto a mi me observó y tomándome del brazo nos adentramos en el lóbrego pasillo; donde cada respiro venia provisto de una celaje húmedo y maloliente. De cualquier modo me sentí satisfecho de abandonar un momento el constreñido espacio, y rehacer la circulación en mis músculos con esa caminata. Entretanto, el guardián me sostenía con fuerza, intenté interpretar algún gesto en su inexpresivo rostro.

Apenas nos adentramos en el corredor inició un chasquido de golpes contras los hierros.

—Quédese tranquilo— murmuró la voz que era como rugido—y mire únicamente al frente.

Durante un segundo busqué, afinando la mirada, a mi vecino de celda que esa mañana me había hablado. Y con los ojos entornados contemplé el espacio de donde supuse vendría el sonido de aquella voz.

Pero en ese lugar solo había una cama vacía, demasiado rancia para ser usada por un ser humano.

—¿El recluso de esa celda…?— examiné observando al guardián.

En ese instante sus pasos se detuvieron y me miró fijamente.

—Siga y enfoque su mirada adelante—ordenó secamente.

Simplemente me encogí de hombros desdeñando mi curiosidad, ya tendría tiempo de inquirir por mi propia cuenta.

Pero resultaba inevitable desviar la vista al contemplar aquella fatalidad, que como murciélagos en medio de las sombras, apenas si dejaba ver el vago resplandor de ojos, mientras los penados se expulsaban con ímpetu sobre los barrotes. Entonces era visible la mancha de la maldad en ellos. Sus cuerpos deformes con la piel suspendida a punto de caer, manos temblorosas y dientes raídos; la misma mirada carente de vida, el aliento jadeante como bestias. A la vista resultaban sorprendentes y desagradables, y sus bocas incapaces de cerrarse clamaban dicciones irracionales.

Era un total desvarío, la oscuridad en las sombras, entre ropas raídas que cubrían el cuerpo huesudo y moribundo de aquellas criaturas, que vertían en el suelo el plasma licuado de sus venas. Seres sombríos desde cuya garganta escapaba el grito del suplicio, y la inmundicia de su dermis sudorosa emitía un aroma insoportable. Era la insignia de la maldad balanceándose rabiosa, queriendo atacar; dando saltos como si fueran a desprender los barrotes de su sitio. Estaban condenados. Con su sangre contaminada por un hálito maligno.

La mayoría movían sus cabezas, gritaban y saltaban, otros pocos en medio de estertores yacían en sus catres.

El enorme carcelero no me miraba, ni mucho menos me dirigía la palabra, simplemente leía la ruta del pasillo por el cual avanzábamos; incluso a veces parecía olvidarse de que llevaba sujeto mi brazo. Entonces giraba levemente la cabeza y me observaba con su mirada recia y sus facciones cuadradas.

Los delirantes ecos fueron desapareciendo a medida que nos adentramos en un sector libre de calabozos; tan oscuro que casi avanzamos a tientas. Saliendo de esa área llegamos a un espacio claro, el cual luego de atravesar una gruesa puerta blindada nos condujo a

otro salón; que a su vez traspasamos para irrumpirnos enseguida en un espacio de mesas y sillas, donde también había un pequeño televisor fijado por su soporte a la pared. En este lugar aguardaba el abogado Orionza.

– Hola, Gabriel ¿Cómo está? –Saludó—Venga tome asiento, invitó enseguida con un gesto.

—Por un momento vacilé, asido en el apretón del hercúleo brazo del guardián. Me volví para observarlo y este asentó con la cabeza mientras me liberaba.

– Venga, Gabriel. No hay mucho tiempo y debemos estar preparados para la próxima audiencia— redundó el jurista.

– Hola, doctor –saludé dejando atrás al gigante, quien aguardó en la puerta con las manos entrecruzadas y gesto expectante.

Luego, me aproximé mientras miraba un reloj circular de fondo plateado colgado en la pared, que anunciaba las nueve y cuarenta de la mañana.

¡Vaya que tenía hambre!

<Muy bien aquí vamos> murmuré mentalmente, entretanto, cruzaba la habitación con la expectativa de las noticias que el abogado tuviese para mí. Intranquilo con la idea de aquel enredado caso que parecía escapar de cualquier condición previsible.

Poco después estaba sentado frente a Orionza, quien me observó con un dejo de desconcierto pintado en el rostro. El cual desechó al instante por un fingido sosiego.

– ¿Qué tal? Doctor ¿Cómo está? Ojalá tenga buenas noticias para mí— enuncié con un timbre de voz abatido.

El hombre entrecerró los ojos, se movió en su asiento y sonrió impreciso. Mientras seguía observándome.

—Bueno Gabriel, por ahora prepararemos la estrategia de defensa, mientras aguardamos una nueva citación en el tribunal. Mi intención es llegar a un acuerdo y evitar un dilatado juicio en el que la presión de la comunidad y los medios podría no ser conveniente.

Escuché sus palabras aguardando cual sería la estratagema legal, que pondría mis pies fuera de ese repelente sitio.

En ese instante, Orionza dio una ojeada a hurtadillas, como si rebuscara con la mirada alguna presencia ajena a nosotros y luego se adelantó en su puesto para aproximarse a mí.

—Gabriel —dijo mirándome con gesto acucioso—.Debo hacerle una pregunta. Y su futuro podría depender de la respuesta—. Es evidente que los hechos demuestran su culpabilidad. Sin embargo, como su defensa podríamos alegar que usted no tiene conciencia de lo que ha hecho. Lo único que se me ocurre, es declararlo incompetente para afrontar sus actos, pero necesito de su propia convicción para poder convencer al jurado—concluyó sin rodeos.

Quedé en silencio unos segundos, sin entender el por qué de semejante propuesta, pero dadas las circunstancias traté de razonar el punto de vista del abogado y la importancia que para él tendría resolver a mi favor aquel caso. Luego dejando escapar un suspiro, observé:

—Lo que quiere decir abogado, ¿es que debo mentir para evitar la condena?

—El caso está prácticamente decidido. Le aseguro que es nuestra única salida, de lo contrario pasará el resto de su vida tras las rejas. Gabriel, supongo que tendrá sus razones para dudar, pero al fin de cuentas lo que queremos es evitar una larga sentencia. ¿No es así?

Aquella encrucijada parecía dejarme solo una salida, pero hace mucho que mi lógica iba en contravía de los preceptos de una sociedad confundida. No quería mentir, no tenia porque hacerlo, era inocente, esa era mi única premisa.

– Tal vez, abogado–dije–. Pero no quisiera concebir que sea la única salida. Cuando menos deberíamos tener un plan alterno—dije mirándolo fijamente.

Empero, el abogado parecía seguro y firme de su lectura de los hechos. Seguramente era un buen jurista, y podía entender mejor que yo las fechorías del sistema; conociendo de primera mano los casos de imputados como yo, que ingresaban en aquella mazmorra para nunca más salir.

Ante la falta de justificación, y argumento que pudiera negar mi participación en esos atroces actos, según el jurista, no tenía más

opción que presentar el caso de la manera en que habían ocurrido los crímenes, pero desviar la atención del jurado hacia el plano de la psiquiatría.

El abogado señaló la importancia de utilizar cualquier defensa que a nuestra disposición, y a falta de una coartada, solo quedaba pedir la absolución por demencia.

Según explicó, el criterio de la fiscalía se basaba en los claros indicios de culpabilidad que señalaban en mi contra, además del peligro que podía suponer para otros.

Con todo, mi punto de vista era seguirme remitiendo a los hechos, y confiar en un sistema penal torcido, si bien continuar recluido en ese maloliente panteón me impulsaba a tomar cualquier propuesta por descabellada que resultara.

En un momento se apoderó de mí un silencio profundo.

¿Cuánto durará esta reclusión señor Orionza?—pregunté al rato con aliento laso.

Confío que no mucho tiempo, y en todo caso no creo que sea mas de unos meses—señaló evidentemente indolente, ante un tiempo que no era el suyo.

Luego sin modificar su postura, echó un vistazo a la agenda que portaba, y observó su reloj. Era la tercera vez que lo hacía.

—¿Qué hora es doctor?

Le dio una nueva ojeada—y luego elevó la mirada pensativo:

—Gabriel, quizá sea mejor que se olvide del tiempo mientras esté aquí, será más fácil para usted.

Me sentí tenso.

– Bueno, no lo pregunté por eso—espeté con cierta cólera—por el contrario concluí que su tiempo es demasiado valioso, y yo soy el último asunto en el que querría perderlo.

—Estas cosas son lo que son ¿sabe usted? —rebatió, Orionza reflexivo, notando mi disgusto—.La crueldad de sus actos, digo… Soy su abogado. Pero ya uno visualiza a donde van a parar esta clase de juicios. He tenido que verlo todo el tiempo.

No contesté. Y me limité a escuchar y asentir resignadamente, la cavilación del ensimismado jurista.

– Recuerde Gabriel, después de usted yo soy el más interesado en resolver este caso a su favor. Añadió luego.

—No lo dudo doctor. Disculpe usted—suspiré—pero ya entenderá mi situación. No me gusta la idea de cohabitar con estos demonios, siendo inocente.

El abogado se quedó sin responder.

—Lo que le he dicho es, a mi modo de ver, el único recurso que nos queda— concluyó luego de media hora de conversación— intente recordar eso.

—Me temo que por hoy se ha acabado el tiempo. Lo mantendré informado de cualquier novedad e iré adelantado los detalles de la defensa—señaló—debo contar con usted Gabriel.

—Doctor ¿De qué me servirá su propuesta? Si de cualquier modo terminaré encerrado. Corríjame si me equivoco—dije con vacilación.

Una vez más permaneció en silencio durante unos segundos, mientras me observaba fijamente. Luego resopló con fuerza:

– De cualquier modo es la mejor opción, sé por qué se lo digo— Soltó, mientras se incorporaba del sillón haciendo un gesto al guardián que permanecía de pie en la puerta.

Luego, Orionza se despidió con un golpecito en el hombro, mientras yo lo miraba brevemente sin saber que más decir.

Permanecí un instante sentado escuchando el ligero sonido que emitían los zapatos del abogado al alejarse. Mientras seguía sintiéndome fastidiado por su propuesta que alejaba la verdad y me conducía por un camino de farsas. Yo no era un asesino, por qué nadie quería creerme.

Suspiré y bajé la mirada, entretanto, el gorila que me escoltaba procedió a tomarme por el brazo para conducirme de nuevo a mi celda. Quizá me resistí un poco al principio, pero con los brazos agarrotados por la tensión de los precintos, el pugnar contra aquella torre de músculos era una trivialidad.

Luego nos dirigimos a la entrada, para cruzar puerta tras puerta y recodo tras recodo en busca de la deslustrada cámara que ahora era mi hábitat.

Cuando salimos de los límites de la sala de espera, hacia la abertura que señalaba el camino de regreso a los calabozos; afiné la mirada en aquella bruma. Acto seguido inquirí al guardián por un asunto que me removía literalmente las entrañas.

—Guardia, ¿sabe si me darán algo de comer más tarde?

Me miró con el rabillo del ojo y espetó:

—Supongo que a eso de las doce el encargado llevará los alimentos hasta su celda. Dado que usted se encuentra en aislamiento.

Acto seguido continuó con la misma firmeza en el andar que lo caracterizaba.

Cuando íbamos a medio camino se me enganchó un dolor en el entrañas, pero tuve que seguir avanzando, aun cuando el ramalazo era como un golpe seco en el abdomen.

<Tranquilo, Gabriel> me dije tomando aire.

De regreso, emergían una vez más las siluetas indeterminadas de los reos dando golpes contra la reja, y algún otro tumbado de cabeza sobre el catre ignorando la cruda realidad a su alrededor, del mismo modo que parecía hacerlo el carcelero.

Finalmente levanté la mirada, ya del otro extremo, donde se anunciaba mi celda y supe enseguida que aquel iba a ser un día muy largo.

Enseguida el chasquido del cerrojo al abrirse, retumbó al interior de mi cabeza, donde se arremolinaban los más tristes sentimientos.

CAPÍTULO LV, EN ESPERA DEL JUICIO

La sola idea de confinarme en aquel espacio que buscaba el bien de nadie, me resultaba intolerable, sin otro remedio que arrastrarme hasta adherirme a la cama entre mis menudos recuerdos y un insoportable olor a mierda, que quemaba las fosas nasales, apestando de manera excesiva todo el tiempo.

De ahí que el puchero carcelario que era más bien una masa imprecisa de la cual era imposible adivinar sus ingredientes, entre movimientos bruscos y retorcijones fuera expelida con violencia fuera del cuerpo.

Rígido y sumamente debilitado me quedaba pasmado en el catre, contando en mi cabeza los minutos; tan desesperado que hasta mi propia voz me molestaba, mucho más los alaridos de mis delirantes vecinos.

Mi ser estaba lleno de tristeza y abatimiento, en aquel inverosímil escenario y el ardor del mensaje desaparecía en la medida que el encierro disponía de mi aliento manipulado por la maldad y su exacerbada venganza. No tardé en volverme un ser amargado y receloso apegado a esconderme en aquel claustro inmundo; donde permanecía buena parte del tiempo. Excepto por dos días a la semana cuando el candil del largo y oscuro pasillo se encendía y un manojo de llaves tintineando con rigidez vehemente; era el anuncio de la cercanía del guardia carcelero que se aproximaba.

Minutos después el mecánico crepitar del cerrojo convenía dar varios giros hasta liberar la celosía de metal, que desplazada sobre su corredera me permitía ser conducido a un patio atrapado en la más profunda niebla. En el que avanzaba al límite del raciocinio; con el miedo de ser atacado, en medio de aquel ambiente realmente tenebroso, en el cual no podía cerrar un ojo tan siquiera para pestañear, con el pánico de ser apuñalado por algún demente; como había sucedido en un par de ocasiones con otros reclusos.

Sentía pánico de todo. Sin embargo, un par de convictos, uno de ellos colombiano y otro jamaiquino, con quienes logré entablar amistad; me ayudaron a sobrellevar un poco esa abrumadora estancia, alejado de conflictos en medio de los perennes días. El colombiano, Juan Pedro era su nombre, me regalaba cigarros y me invitaba a compartir el feo y desabrido café que nos daban en la prisión, asegurando en su parrafada que el de Colombia era el mejor café del mundo, al igual que sus mujeres. Mientras el jamaiquino siempre antecedido de una sonrisa saludaba con un “one love” en su jerga de ingles mezclado con español; antes de encender un porro o ganja,

como él llamaba a la hierba, que compartía enseguida con su “hermano” colombiano.

Entretanto, otros reclusos se dedicaban a realizar trabajos como pintar las malogradas paredes del penal, arreglar algunos muebles; algunos lavaban la ropa y los tendidos de cama, cocían y demás. Y unos pocos, entre ellos yo, pasábamos parte del tiempo leyendo.

Así la molestia de los primeros días de apoco tornó en resignación.

Aunque esos primeros momentos, diría, no fueron difíciles sino insoportables. El doctor Orionza, muy pendiente de mi caso, acudía a verme cuando menos dos veces por semana. Y si bien insistía que me sacaría lo antes posible; la verdad es que la causa estaba muy enredada y ambos lo sabíamos.

En una de sus visitas, aun cuando su solución de declararme demente me seguía pareciendo bastante pobre. Liberado de las molestias que aquel planteamiento generaba y convencido de que primaba mí libertad por encima de cualquier miramiento; Decidí revelar a Orionza una confidencia que hasta entonces había ocultado: la de la revelación y todos sus pormenores.

El Abogado me observó pareciendo leer entre líneas mi confesión, entretanto, yo le miraba con el convencimiento de una verdad revelada; pero que en ese momento pareció emerger difusa, con ciertos olvidos involuntarios y apartes de los hechos que parecían no estar ahí. De todos modos necesitaba decírselo e independiente de su conclusión me parecía importante que el jurista conociera de ello.

Estuve convencido que a pesar de lo sorprendente de mi relato mi propia convicción lo llevaría por el camino de la deferencia; mientras él meneaba ligeramente la cabeza, escuchando con atención mis palabras, y el sacrificio que se revelaba en ellas. Así permaneció en silencio durante el tiempo que duró mi relato, con sus facciones enfiladas en un gesto de admiración.

Al final no sé si creyó una sola palabra de lo que le dije.

Pero cuando terminé, tomo el hilo de la conversación adentrándose en parajes disímiles de lo que habíamos tratado, y sus

preguntas iban de un lado para otro respecto de mi relación con Rita, John, Miranda; el doctor Clark, mis padres y algunas otras personas. Luego señaló:

—¿Que tan bien conoce a Clark?

—Bueno, no mucho—respondí—como mi terapeuta lo vi algunas veces.

—¿Cree que podríamos confiar en su entereza profesional?

Dudé por un momento y quedé con la boca cerrada, inexacto respecto de mi respuesta, recordando el último incidente con el vejete.

—¿Y bien Gabriel?

No quería poner en tela de juicio su profesionalidad, y en honor a la verdad, excepto por aquel incomodo incidente; no encontraba tacha en su conducta como médico. Sin embargo, inicialmente decliné la opción de usarlo a favor de mi defensa.

—Entonces ¿no es alguien confiable?—preguntó desconcertado el abogado— Lo digo porque de cualquier forma es probable que la fiscalía tenga a consideración citarlo y sería prudente que antes me entrevistara con él para despejar algunas dudas.

En el entendimiento de aquel evento que por mera coincidencia ponía de nuevo a Clark en mi camino, sintiéndome un poco tenso, traté de concebir la mejor opción. Quizá no era tan malo como creía y así se lo hice ver a Orionza.

Enseguida, lo primero que se me ocurrió decirle, es que si se entrevistaba con Clark, consultara por Miranda. De ese modo se correría el velo de aquel inexplicable incidente.

El doctor me observó vacilante.

—¿Cuál es el apellido de esta Miranda que menciona.

Se lo dije y enseguida su gesto varió hacia una evidente sorpresa, pareció querer decir algo, pero enseguida casi con nerviosismo alejó la silla y se despidió de inmediato.

—Será mejor que me vaya, tengo un poco de afán. Estoy seguro que pronto habrá audiencia—señaló—yo le aviso, Gabriel. Adiós.

Luego se volvió rápidamente hacia la puerta donde esperaba el guardia.

Habían transcurrido un par de semanas sin una nueva citación, para ese momento empezaba a comprender y aceptar mi cruel destino, y las voces en mi cabeza eran reemplazadas por los últimos retazos de cordura de otros prisioneros que entre gritos y lamentos despintaban el ya de por si luctuoso centro penitenciario.

Tal parecía que en Treum te podías morir de viejo, esperando un poco de justicia y aquel dilatado proceso se había extendido más allá de lo que inicialmente había intuido. No era difícil que aquellas semanas prosperaran en meses. Pero igual, que tanto importaba, cuando incluso un fallido juicio podría dejarme tras esos muros durante años.

A pesar de todo y sabiendo que mi vida alternaba hacia trascendentales y desconocidos caminos; intenté conservar la virtud y solemnidad respecto de mí obra. Pidiendo a la mujer de ojos tristes que en esas noches de desvelo me visitara, y llenara de paz mi corazón.

El día jueves de esa semana regresó el abogado con noticias sobre una nueva audiencia que se llevaría a cabo el martes de la siguiente semana.

Cuando nos reunimos inició a efectuar una serie de preguntas que me resultaron por demás extrañas.

—Gabriel, le preguntaré algo ¿Hace cuanto que no ve a John y Miranda?—

—No podría asegurarlo con certeza—dije acudiendo a la mayor honestidad, depositando toda mi confianza en el jurista.

—¿Cuándo fue la última vez que visitó la cabaña de sus padres?

Aguardé un instante. Luego respondí:

—¿Sabe? mi memoria parece no estar andando muy bien este día. Pero diría que cinco o seis semanas atrás…la verdad no sé.

En el acto me asaltó el pánico. Parte de mis recuerdos parecían haberse esfumado y advertí que se aproximaba una calamidad, algo injusto y protervo.

La maldad alcanzaba su cometido, ya no conseguiría huir ni encontraría el refugio que ambicionaba vehementemente. No podría redimir las remembranzas que necesitaba para lograr defenderme, ni depositar en manos de aquel legista una herramienta útil que le permitiera hacerlo. Era tarde.

—Gabriel, necesito que me de algo más detallado— exhortó Orionza.

—Le aseguro que he pensado en todo doctor, pero...es muy extraño, es todo tan extraño ¿entiende? Como si en mi cabeza faltaran algunos recuerdos.

—¡Maldita sea!—grité a continuación— ¿por qué no puedo recordar?

Mi corazón saltó entre mis pulmones. Necesitaba recordar cada detalle, pero mis emociones eran un galimatías de rostros y risas burlándose de mí.

Preso de conmoción pregunté con creciente ansiedad a Orionza:

—Doctor pudo hablar con Clark, ¿Qué fue lo que le dijo? Tal vez él si puede ayudarme ¿lo sabe? ¿No?, digo como psiquiatra. Quizá pueda encontrar mis recuerdos, extraerlos del vacío donde habitan.

En ese momento, los rasgos del legista se endurecieron.

—Cálmese Gabriel—requirió el abogado—voy a ser muy directo con usted. Entonces continuó:

—En efecto hablé con el doctor, y está dispuesto a dar su testimonio cuando se requiera.

—Que bien— dije escuetamente.

—Mire Gabriel, me he propuesto ser totalmente imparcial con este caso, pero debo decirle que es, seguramente, el camino más enrevesado que he cruzado a lo largo de mi carrera.

—¿A qué se refiere?

La realidad es simple, y mi experiencia a través de estos años ejerciendo, me ha enseñado que debo ser lo más honesto posible con mi cliente.

—Hable de una vez doctor ¿Qué es lo que quiere decirme?

—Que la realidad es demasiado simple le reitero, pero la suya tan compleja que ni usted mismo lograría entenderla. Y la justicia será tan inflexible como pueda—dijo con cara de funeral.

—Los intestinos se me removieron dentro del estomago.

—Hay cosas que parecieran no tener explicación, ¿sabe?—dijo haciendo un gesto—. Y entre ellas están sus crímenes ¿realmente no lo recuerda?

Me removí en el asiento, cerré los ojos un instante y luego me tapé los oídos. Entonces una melodía como el interior de una caracola, empezó a zumbar en ellos.

Luego abrí los ojos de nuevo y permití que la conversación continuara.

—Sabe algo abogado no necesito escuchar eso.

—Debo irme—interrumpió de pronto—. Ya concluyó la hora de la entrevista.

—Vendré el martes temprano, para acompañarlo en la diligencia—indicó—intente pasar unos días tranquilos y poner en orden sus ideas.

—Recuerde algo—dijo Orionza antes de cruzar la puerta—la decisión de ser libre es solo suya.

Lejos de seguir la comisión del abogado, los días siguientes resultaron bastante agitados. Me la pasé caminando y murmurando al interior de la celda, con esa maldita canción que tintinaba como un molesto grabado en mi mente. El odioso legado del pequeño Michael:

“Se perdió mi corderito,
Yo lo llamo desde aquí,
Se perdió mi corderito…”

Y en la repetición de aquella inoportuna dicción, me sentía más extraño de lo habitual; mirando con antipatía a todos. Liado en un mundo singular pleno de manía. Salir al patio era una aventura todavía más extravagante.

Una oleada de rabia me acompañó durante los días previos a la audiencia en el tribunal. La manipuladora maldad se había empeñado en destruir cualquier intento por liberarme de su yugo, todo era inútil.

En las noches sentía el inquietante impulso de adentrarme en aquellas celdas y acallar el quejido de almas atormentadas, pero la mía era solo otra de ellas.

Finalmente llegó el martes, y me distraía en la lluvia que gimoteaba reflejada a través del tragaluz. De pronto, escuché el entrechocar metálico de las llaves que anunciaba la hora de dejar el cuchitril.

De inmediato salté hasta la entrada atendiendo el sonido que se aproximaba, ojeando con dificultad el pasillo, sin cambiar de postura hasta encontrarme de frente con la cara del guardia.

—Ya, échate para atrás Dickens—ordenó.

Abrió la puerta, entró y ajusto tras de sí. Al ingresar escrutó profundamente la celda, se trataba de otro guardián, ya que cambiaban sus turnos semanalmente, pero este al igual que el otro se complacía en un aire de parquedad que apenas le permitía hablar con los reos. Luego de revisar con sigilo ordenó:

—¡Date vuelta! Y entrecruza las manos.

—De inmediato acaté su orden.

—Ahora vas a darte una ducha y ponerte ropa limpia para tu audiencia. Ya el abogado te está esperando —indicó

—Está bien —asentí.

En breve estuvimos afuera y fui conducido una vez más por la galería donde se alojaba el grupo de detenidos al cual yo pertenecía, la mayoría en aislamiento. Era un corredor de unos setenta metros de largo y aproximadamente cinco de ancho. Saliendo de la celda, a un costado se erigían los rígidos muros con sus tragaluces a una altura inalcanzable, lo cual generaba un efecto de encierro todavía mayor.

Al final de esa larga crujía que se perdía a mitad de camino por más que se entornara la mirada, y antes de llegar al tabique que señalaba el acceso a la sala de espera; doblando a la izquierda se encontraba el trayecto que derivaba al salón recreativo (del que nunca entendí su nombre) puesto que solo era un espacio vacío con un viejo televisor adherido en un muro de gran altura, sostenido por un armatoste mecánico. El resto eran paredes desnudas y unas cuantas sillas viejas. Unos metros más allá otro corredor conducía a la

enfermería y la capilla, de ahí, un nuevo desvío llevaba al patio. La inexacta arquitectura del penal le daba el aspecto de un enorme laberinto, esto sumado a la escasa luminosidad provocaba claustrofobia y miedo; un profundo temor a extraviarse en aquellos recovecos y jamás acertar la salida.

Era justo antes de la enfermería, a pocos metros, donde un pasadizo conducía a las duchas. Me había importado un carajo asearme los últimos días, pero en la parvedad de alegrías aquella parecía una mañana de fiesta; en la que llevaba debajo del brazo, libre al menos para ese momento, el sastre color gris Oxford, que amablemente Orionza había conseguido llevarme para ese tipo de diligencias y dejado en mi poder, el mismo día que me entregara el libro de caratula roja.

Volviendo al tema de las duchas, este sí que era un espacio deplorable; un execrable homenaje de un sistema penal torcido, donde culpables e inocentes desfilaban por igual, ¡Y vaya que aquello era muestra de aquel principio!

Se trataba de un espacio de cuatro duchas separadas entre sí, por un tabique de poco más de un metro de alto, frente a las cuales había dos lavabos y junto a estos un par de retretes, separados dentro de unos cubículos sin puerta. Para acceder a este espacio había un horario establecido y fuera de él, se prohibía a cualquier recluso dirigirse allí. Esta vez, conmigo, se hacia una excepción dada la buena imagen que quería ofrecer el penitenciario respecto de las condiciones de sus reclusos. De modo que tuve que apurarme para soslayar cualquier tipo castigo.

Resultó un verdadero alivio llegar y encontrar aquellos rociadores libres, contrario a lo que supuse. Claro, lucían oscuras, sucias y transitadas por un halito misterioso que conmovía las entrañas, como en las anteriores ocasiones que me había dirigido a ellas.

Un poco receloso miré en todas direcciones para no ser tomado por sorpresa. A pesar que el guardián que me escoltaba esperaba en la puerta, y otros uniformados hacían ronda permanentemente, no confiaba en nadie. Aunque no noté nada fuera

de lo habitual y mi recelo fue disminuyendo, fue un paliativo, puesto que no estaba de ánimo para las gansadas de mis colegiados penales.

Me apoyé sobre el ángulo del muro mientras me desvestía, luego tomé el jabón en una mano, y con la otra di un giro al pomo de la ducha; debajo de la cual me instalé sumergiéndome bajo el refrescante manantial. Presuroso me enjaboné mientras auscultaba cada rincón de aquel espacio avizor de que no llegara nadie, luego de enjuagarme los minutos de tensión quedaron atrás, me vestí adecuadamente y regresé junto al guardia.

Una vez más el carcelero permaneció callado durante todo el trayecto y dejó que libremente flotaran los lejanos ecos del alarido de los reos por encima de cualquier otro sonido.

Con la vista nublada por la exigua visibilidad, caminamos hasta encontrar la luz del primer salón, y desde ahí, iniciamos a ir más rápido para alcanzar el siguiente recinto. Finalmente, con impaciencia febril me adentré en el salón, donde esperaba el abogado y cuatro uniformados sentados alrededor suyo. Me detuve y saludé.

—Buenos días.

Luego lentamente, sin ninguna premura, abrasado por la sensación que debe sentir un condenado camino del patíbulo, me aproximé a ellos. Eran las diez en punto.

—Buen día Gabriel —saludó amablemente el abogado—. ¿Cómo se encuentra?

—Digamos que bien—respondí escuetamente.

Orionza se apresuró en hacerme espacio y quedamos uno frente al otro, formando junto a los policiales una suerte de ronda.

Hubo un instante de silencio. Mientras el jurista sacaba con toda lentitud una agenda de su maletín y un corpulento guardián apagaba el televisor, en el cual estaban transmitiendo las noticias matutinas.

Orionza también traía un periódico que había descargado sobre la mesa, pero al que apenas pude dar una ojeada, pues apenas me vio estirando el cuello, con un rápido movimiento, de inmediato lo llevó al interior de su maletín, mientras exhibía una corta sonrisa.

Luego hizo un gesto indicando que le esperara, mientras tomaba apuntes en su agenda.

—Ahora si Gabriel, dígame—dijo levantando de nuevo la mirada para examinarme—¿Está conforme con la citación de hoy? ¿Se siente bien de salud y anímicamente?

Me pareció que su pregunta tenía un donaire extraño, que además acompañó con una sutil sonrisa que luego se transformó en la tiesura de un gesto.

—No lo sé abogado, creo que prefiero dejar la decisión en manos suyas. De cualquier modo puedo decir que en efecto me siento bien—indiqué.

—Bueno, Gabriel—señaló—a los ojos de la investigación que he adelantado, creo que es prudente nuestra concurrencia ante el juez, para explicar algunos detalles que comentaremos en el camino. Así que… ¿cuento con su consenso?

—Sí, claro.

—En ese caso, señores, vamos—invitó dirigiéndose también a los uniformados.

El que se quedó parado a la entrada observó con un deje de indiferencia nuestra partida, mientras los otros nos conducían, esta vez, en dirección contraria al túnel; hacia un salón más amplio con cubículos atendidos por funcionarios públicos, donde se asentó mi salida del centro penitenciario.

Enseguida y luego de despedirnos, salimos.

Sentí un fuerte anhelo de no volver a ese lugar de pesadilla, mientras avanzaba lentamente por el sendero que conducía a la calle.

Con un último saludo a los guardias de la entrada principal, quienes revisaron la autorización, me di cuenta que estaba de nuevo en la calle y fue esta una emoción sobrecogedora.

Nos encaminamos en dirección a una patrulla, y un campero que aguardaban a pocos metros, mientras los policías rebuscaban en su bolsillo las llaves y sus compañeros se comunicaba por medio de códigos a través de sus radioteléfonos.

La brisa soplaba con fuerza y evidentemente la temporada de lluvia no concluía. Junto al legista subimos al campero y nos acomodamos en las sillas del fondo.

El frío se filtraba caprichoso al interior del coche a pesar de ir con los vidrios hasta el tope.

El abogado me miró y pareció iniciar a hablar, pero al segundo mirando a los uniformados se lo pensó mejor y guardó silencio.

Supuse muchas cosas durante aquel viaje, pensamientos cáusticos que me removían los pensamientos; lo cierto era que incluso negándolo, Orionza, lucia bastante impaciente.

—Ha sido terrible esta temporada de lluvia ¿no?—comentó.

—Así, es—repuse—seguramente tendremos un verano intenso—repuse.

—Veo que está vistiendo el traje—observó—es importante para dejar una buena impresión.

Aunque estuve de acuerdo con su reflexión, al mismo tiempo concluí que de nada serviría, y preferí guardar silencio.

Cruzamos la calle en dirección al tribunal, y los autos disminuyeron un poco la marcha.

Suspiré, iniciando a sentirme nervioso. Y Orionza se volvió hacia mí en un gesto comprensivo.

—Descuide Gabriel, y recuerde lo que le dije, es la única salida—esbozó una encubierta sonrisa, luego entrelazó con los dedos la manija de su maleta.

Habíamos llegado.

Una vez estuvimos en el aparcamiento, a toda prisa descendieron los policías, y abriendo las puertas nos indicaron que saliéramos.

En ese momento se comunicaron nuevamente por radioteléfono, probablemente para anunciar el arribo, por supuesto, en un código inentendible para mí.

El abogado pareció recuperar su expresión de confianza, mientras avanzaba con su maletín camino a la recepción de edificio.

—No se preocupe y deje que yo hable—musitó.

—Buenos días –saludamos en la recepción a una bella mujer uniformada, que nos condujo en dirección a su compañero, quien luego de requisarnos autorizó el acceso.

Nos pusimos de nuevo en marcha y nos detuvimos más adelante frente a las puertas del elevador esperando que estas se abrieran.

Minutos después llegamos a la oficina del juez, quien ya esperaba nuestro arribo, nuevamente, en compañía del Fiscal.

El abogado saludó a ambos con un apretón de manos y yo asentí con la cabeza, puesto que mis las mías habían estado ceñidas desde mí salida del penal.

Finalizada la cortesía, el semblante del juez se tornó rígido y dio inicio a la sesión.

Valera subrayó una vez más que conforme a la constitución, y sin dilaciones de ningún tipo, el caso sería resuelto a la mayor brevedad. Además y según sus palabras todo se convenía dentro de una ajustada proporcionalidad, que garantizaba la idoneidad de las pruebas recabadas; las cuales apuntaban al fin perseguido.

Basados en aquella duda razonable el proceso siguió indefectiblemente su curso. La verdad, en mi vago conocimiento legal no conseguí entrever lo inevitable del desenlace. Habiendo prosperado la imputación de cargos y la medida de aseguramiento, entre otras solicitudes adicionales que la fiscalía tuviera a bien solicitar.

Pronto me daría cuenta que el colofón de aquel contubernio sería una penosa condena.

El fiscal con tono inflexible sentenció, según su parecer, que las mías eran conductas lesivas contra la vida, la libertad y el derecho fundamental de las personas. Asi lo recalcó en cada posterior audiencia que tuvimos ante el juez, quien en un momento sentí estaba de parte suya y no de la justicia que tanto pregonaba.

A esta, prosiguieron algunas otras audiencias en las cuales se trataron diversos temas, que tanto juez, fiscal como abogado presentaron con mi nula participación en las discusiones. Pero en las cuales entreví, se alternaba sobre el correcto obrar de las indagaciones, investigaciones, vigilancia y demás ondulaciones del sistema

acusatorio, cuestiones en las cuales los tres hombres giraban, muchas veces sin llegar a un acuerdo.

Eso sí, apenas tenía la oportunidad de abrir la boca me ratificaba en mi inocencia como autor de aquellos delitos, ante la mirada de rechazo del abogado.

Transcurridos poco más de un par de meses, en la que sería la última audiencia con el juez Valera, este desanduvo sobre los temas expuestos a lo largo de las reuniones y dirigiéndose a Jáuregui revalidó:

—Señor fiscal—dijo—señale las evidencias que demuestran los hechos que pretende demostrar y que afectan penalmente al señor Dickens.

—Explique si la fiscalía cuenta o no—observó a continuación— con evidencia sobre el conocimiento del señor Dickens respecto de los delitos cometidos.

—Señalé si hay evidencia de que el señor Dickens, intervino en la planeación y ejecución de estas conductas.

—¿Cuenta la fiscalía con un conexo de culpabilidad?— inquirió.

—Determine señor fiscal, si Gabriel Dickens—es autor del delito de secuestro y homicidio.

De inmediato el fiscal presentó el anejo de pruebas que siempre llevaba consigo. Cuando concluyó, el juez dio la palabra a mi abogado, quien de inmediato solicitó un recurso de apelación. El Cual es juez desestimó en ese momento.

Después de idas y venidas, de informes y refutaciones, de pruebas y contrapruebas. El juez Valera acordó que se daría la apertura de juicio oral en mi contra, por el caso de los asesinatos. Estableciendo enseguida un plazo de diez días a la defensa para asentar su conformidad o disconformidad al respecto.

Después de eso, simplemente, sería procesado, acusado y condenado formalmente. Basado según las palabras del juez, en hechos consecutivos de acción grave y pena superior a nueve años de prisión. Dentro de un proceso que desde entonces seria conocido como:

<El caso del "asesino de Centro Alto">

Aunque el abogado pidió sobreseer la causa, evidentemente no era más que una ingenua intención carente de fundamento, ante los ojos del juez. Su fallo estaba dado.

CAPÍTULO LVI, GABRIEL ES LLEVADO A JUICIO

Aceptadas las pruebas presentadas por el juez, y de no establecerse un recurso de disconformidad en el lapso señalado; se asentó en veinte días la fecha de inicio de sesiones del juicio oral.

Preferí no decir nada más, mis palabras habían resultado infructuosas durante todo ese tiempo. Empero, la firme convicción de mi inocencia me acompañó al interior de la fría y luctuosa celda. Era fácil, no había manera de sobrevivir aquel proceso, la maldad había ganado su batalla.

Las noches, claro, fueron tan terribles o peor que otras, sin esperanza ninguna. Lentamente fui llevado a un cadalso inesperado y mi vida lucia tan lejana que concebía jamás me había pertenecido.

Ya nadie parecía recordarme. Mi madre, Rita, John, Miranda, el pequeño Michael solo eran estaciones de una vida que concluía su recorrido.

No existía política de perdón para mí, por haber enfrentado a la maldad e intentar limpiar la sangre de sus condenados. La porfía y rencor de aquel halito maligno estaba en su máximo. Pero lo que no sabía, era lo que la mujer de las revelaciones quiso decirme. Y esto era que hemos tenido el tiempo suficiente, las señales estuvieron siempre frente a nosotros y jamás las entendimos. Ahora el tiempo había llegado y era momento de llevar a cabo una profunda limpieza. El mundo debia reorganizarse y vendrían otros como yo.

Viví las noches previas al juicio con la perpetua inminencia de la condena que se cristianizaba sobre mi cabeza, y solo encontré el alivio de hurgar en mis recuerdos.

A veces intentaba convencerme que nada de eso era cierto, que se trataba de un sueño que olvidaría en la mañana. Ninguna de esas personas había muerto, y era solo una prueba para mi carácter, que olvidaría en el intermedio de una taza de café y un cigarro. Despertaba en medio de la noche con estos pensamientos, y el corazón latiendo con violencia; empapado de sudor y mirando a mí alrededor, creyendo que aquellos muros serian los de mi apartamento.

En las pocas ocasiones que dejaba mi encierro, de pronto sentí que los demás me temían, incluso los carceleros y otros reclusos; a excepción del colombiano y Marcus, el jamaiquino. Me convertí en una especie de fantasma que recorría el patio y el salón recreativo ante la mirada acuciosa de la mayoría; quizá ellos también sospechaban que en realidad yo era un enfermo que los atacaría al menor descuido.

Era muy poco lo que salía de la celda para evitar sentirme incomodo o irritable, a veces durante las noches maldecía mi desdicha y golpeaba mi cabeza contra la cabecera de la cama. Incluso la idea de escapar rondaba mi mente, pero aquello era jodidamente imposible; estaba atrapado dentro de una caja fuerte y los únicos que tenían la clave jamás abrirían. Esa fue una idea que tuve que borrar de mi cabeza rápidamente.

De a poco me fui olvidando del tiempo, ya no importaba si iba a prisa o lento; tampoco había manecillas de reloj para perder los minutos y la mirada en ellas. Lentamente mi vigor fue destruido, mis sueños sacrificados, y me convertí al igual que los otros en un ser sin alma, en un simple espectro.

Los días pasaron, no sé cuantos, y lentamente me aislé yo mismo sin necesidad de órdenes judiciales. Enclaustrado, distanciado de los rostros angustiados de quienes se sentían inocentes purgando una pena demasiado dura, ajeno a sus gritos. Mirando la claraboya frente a la celda, esperando, tal vez, que un milagro surgiera de ella.

Una mañana cuando empezaba a sentir que todo contacto con el mundo exterior se había interrumpido, se presentó una vez

mi abogado trayendo consigo la resolución formal del juez Valera, y de paso consensuar si era oportuno entablar apelación. Sin embargo, insistió una vez más que dada la complejidad del caso, lo consideraba infructífero. Puesto que estando la notificación en la corte, lo único que lograríamos seria dilatar todavía más el proceso, y de cualquier modo consideraba inevitable ir a juicio. Era casi seguro que se confirmaría la sentencia del juez.

—En palabras castizas no hay nada que pueda hacer ¿verdad abogado? –examiné con voz cansina.

—Como le dije desde un principio Gabriel, estamos ante un caso demasiado complejo— observó el legista—y no voy a mentirle, es algo quimérico intentar ganar la indulgencia del juez. El fiscal pedirá una sanción ejemplar, que podría rondar los veinticinco años.

—Entiendo—suspiré con un dejo de estoicismo.

—Gabriel, ya sabe que hablé con el doctor Clark—dijo a continuación Orionza—usted conoce mi punto de vista, pero necesito que este conmigo en esta decisión. Nuestra única oportunidad es alegar incompetencia mental.

—Gabriel, necesitamos crear un escenario propicio para su defensa. La única manera de lograr la absolución es alegar trastorno mental—insitió.

<Si claro>—pensé <para usted es muy fácil, al fin de cuentas no será a quien señalen de loco, cada vez que lo vean>

—Mire el único que conoce la verdad es usted—observó—no puede negarse la única oportunidad que le queda.

—La verdad abogado lo entiendo, pero no puedo decirle que el suyo sea un plan brillante.

—Gabriel, créame si le digo, que llevo mucho tiempo ejerciendo—espetó con cierta inflexión orgullosa en la voz—Y he defendido casos bastante complejos, es usted quien parece no dimensionar los hechos.

—Esto debe ser una pesadilla, abogado— señalé—tiene que ser. Yo no estoy loco, ¿Cómo puede pedirme esto? ¿Cómo no puede haber otra salida?

—Realmente necesito que entienda la gravedad de su situación—dijo Orionza mirándome con gesto compasivo y un dejo cauteloso al mismo tiempo. Como si estuviera frente a una extraña aberración de la naturaleza, un complejo ser concebido como humano—luego añadió—Gabriel así funciona la justicia, pero la decisión es solo suya—

—Es una pesadilla, solo una pesadilla, es…solo eso— repetí delirantemente—Solo estoy confundido. Ya recordaré…ya recordaré. Usted es solo otro espectro.

Después de eso no tuve idea de cómo regresé a la celda. Así de pronto estaba en el mefítico catre sin recordar nada más de la charla con Orionza. Tampoco pude concebir lo que vendría, y con paciente espera dejé que la crisis nerviosa se apaciguara, retornando a la rutina de mi encierro. Esperando que la puerta hacia el inevitable patíbulo se abriera y condujera mis pasos.

Me tendí sobre el frío tálamo cubriéndome los ojos y en una suerte de expiación, continué:

<Ya expliqué todo. Las visiones, el mensaje, el don que me fue entregado, ya se los he dicho todo…

Poco después debí quedarme dormido y de ese modo transcurrieron los días siguientes, despertar y dormir, dormir y despertar. Elevar los parpados para entender que no era un sueño, y dejar que la realidad me desgarrara las entrañas, tanto como lo hacia el puchero carcelario. Fumar un cigarro y suspirar, en espera de mi irrefutable condena.

Una semana después, a eso de las nueve y media de la mañana, apareció de nuevo Orionza. Ese día tendríamos que presentarnos en el tribunal ante el nuevo juez y dar inicio al proceso oral.

Antes de abandonar el calabozo escoltado por el guardián de turno, volví la cabeza hacia el catre, recorriendo con la mirada aquel espacio vacío. Imaginándolo un lugar diferente, haciendo saltar mi mente hacia una quimera. La visión de un lugar existente solo en mis pensamientos. Con la cabeza echada hacia atrás y la mano soportada

en la barbilla, intenté escapar de la abrumadora realidad, evocando lo que hasta hace poco era mi vida.

Fue demasiado breve el tiempo que me condujo frente a la entrada del palacete judicial. Luego de dejar la zona de estacionamiento, del otro extremo que conducía hasta los ascensores y escaleras se elevaba la torre con las salas de juicio. Ya en el interior del edificio en el segundo piso, di una ojeada al alargado pasillo que me resultaba un siniestro espacio de tinieblas; por donde aparecía cada tanto un espectro bien fuera el condenado o su guía. Ahora yo parecía uno más de ellos. Suspiré y miré con un acento de furor entremezclado con resignación aquel pasadizo, coronado por un gran portón enmarcado entre dos columnas. En cuyo trayecto se exhibía una galería de retratos, seguramente, de los jueces que aquel tribunal había tenido a lo largo de su historia.

Al final de esta ostentosa galería se accedía a un vestíbulo, que conducía a la sala de juicio presidida por el juez que adelantaría mi caso.

Llegar a ese lugar fue como despertar a una realidad que había eludido hasta entonces, el mundo era un lugar mucho más oscuro y siniestro estando ahí. Comprendí que a pesar de mi inocencia mi caso era solo otro entre miles; suspiré de nuevo sintiendo cólera ante tan absurda situación. De nuevo se me antojaba salir corriendo, luego de sortear el muro de policías que me conducía, claro, primero liberándome de la cercanía de Orionza, dispuesto al lado mío.

—Muy bien, vamos—señaló el abogado en dirección a la puerta. Al lado de la cual había otras dos con idéntica entrada, pero estampadas por una lamina de bronce que las distinguía: <Sala de Deliberación> <Sala de audiencia> y <Sala de litigio>

Esta ultima por la cual nos ingresamos junto a la escolta que me conducía.

Era un espacio de unos ciento veinte metros cuadrados sin ventanales, donde confluían las tres puertas de acceso. Una por la cual ingresamos, otra para el acceso del juez, y finalmente la de los testigos, que a su vez conducían a tres secciones separadas por paneles.

Aquel salón era un espacio de relativa solemnidad equipado con muebles distribuidos en sus diferentes aéreas: la pública separada de la zona de litigio por una barandilla y el espacio señalado para el juez que se reforzaba con la bandera nacional y un escudo de fondo.

Desde una óptima distribución en aquel único núcleo, el magistrado podría observar a todos los presentes desde su sitial a mayor altura. Luego estaba la zona de debate, al final un pasillo vertical donde se encontraba la mesa de defensoría destinada para mi abogado y yo, adyacente a la mesa del ministerio público representado por Jáuregui, donde podrían ubicarse además dos de sus convocados.

Finalizando estaba el área del público que contaba con veintiséis cómodas butacas. Y ajustados sobre las paredes, además de las lámparas podía verse un reloj junto a una pantalla led, cuatro cámaras de video giratorias a 360 grados; algunos micrófonos de mesa y cobertura wi fi. Todo esto en el marco de las evidentes medidas de seguridad.

Además de esto, afuera, había una sala de espera y otra de consulta. Según me explicó el abogado, podríamos pedir algún receso en un momento determinado del juicio.

El fiscal quien ya se encontraba acomodado en su sitio, se puso de pie para saludar al abogado apenas se percató de nuestro arribo. En ese momento iniciaron a entrar otras personas, concluí que serian curiosos, miembros del jurado y algunos que evidenciaban ser periodistas.

Para mi nada estaba claro, todavía no conseguía entender la extraña algarada en mi contra, pero cualquier hipótesis de inocencia parecía débil en ese momento. Solo quedaba confiar en la gestión del legista y encomendarme a Dios y la virgen.

En la mañana solo había tomado un poco de café que se regurgitó amargo hasta mi garganta, cuando me disponía a tomar asiento, en una de las dos sillas adecuadas tras el escritorio en el cual tendría que probar mi inocencia.

Había perdido la esperanza que me había movido hasta ese momento, y en la mirada de las personas que colmaron aquella audiencia, noté que su sentencia de culpabilidad ya se había emitido.

En ese instante vi salir al juez quien parecía sereno y de avanzar templado, empero, me sentí tremendamente agitado al notar su arribo. Los que estaban presentes, incluido Orionza, se pusieron de pie para recibirlo, también yo lo hice, ante la indicación del abogado.

El juez que presidia el caso era un hombre gordo, blanco como un muerto; con pómulos abultados, barba nívea, frente despejada y cejas oscuras que contrastaban con el tono marfil de su escaso cabello. Quien iba vestido con una singular toga negra adornada por una placa dorada al costado izquierdo, bajo la cual asomaba el nudo de una corbata azul y amarilla, en contraste con el fondo gris de la camisa.

Permanecí en mi sillón escuchando el taconear de los pasos de aquel hombre que tenía en sus manos mi futuro. Entretanto, miré de soslayo al fiscal, quien con aire fastidiado me observaba asiduamente, hundiendo sus ojos en mí, y con su nariz de garfio olfateando el aroma de la perversidad que recorría aquel desolado pasaje que nos distanciaba.

Poco después el juez se dispuso frente al diván, se dirigió a la multitud para saludar y se presentó formalmente como Ángel Urtengoya. La espera se tornaba eterna, y en mi modesta espera atendía sus palabras, examinando su aspecto que todavía me resultaba curioso. Por momentos era como ver una oscura sombra que se abatía verticalmente en el atrio, o como un frío vampiro presto a soltarse contra el cuello de todos y dejar la marca de sus colmillos en ellos. Sin embargo, su hablar era apacible, su voz se suspendía con nitidez en el aire, y su cuerpo no exhibía las señales de la maldad. Esto reducía mi suspicacia respecto de su imparcialidad.

Después de saludar se reclinó en su asiento, y tomó enseguida el pequeño mallete en sus manos, descargando un golpe firme cuyo eco retumbó en el salón, dando así por iniciada la audiencia. Que prosiguió con la lectura por parte del secretario de los escritos de fiscalía y defensa.

A continuación el juez indicó que las partes podían presentar sus recusaciones, nuevos peritos o testigos. Acto seguido sin observaciones concretas por parte de Jáuregui y Orionza, dirigiéndose

a mí pidió que manifestara mi conformidad con la acusación. El abogado me miró asintiendo y poniéndome de pie, seguí su indicación trasmitiendo mi aceptación al magistrado Urtengoya.

Enseguida el secretario continuó:

<Siendo las 11:00 horas del día…inicia el proceso penal dispuesto por la ciudad de Treum contra el ciudadano Gabriel Dickens… nacido el…, cuya edad actual es…, con estado civil…, y lugar de residencia en… y de profesión….por los homicidios de…y la desaparición…>

En ese instante el doctor Orionza se aproximó indicándome que no estaba obligado a contestar ningún tipo pregunta. Entretanto el secretario se alargó en los detalles de la causa que se adelantaba:

<Mediante este proceso oral, en el que se allegaran pruebas, testimonios y alegatos, tendientes a demostrar en derecho, la responsabilidad del imputado…>

Sorprendido e incrédulo atendí la irracional denuncia, respirando con agitación, a la vez que veía en ambos sentidos decenas de ojos apuntando hacia mí. Alzando su cabeza con curiosidad y mordiendo sus labios para no interrumpir.

Fui alcanzado por la maldad, asido en sus garras. El perfil de los presentes lucia impreciso y oscuro, era como estar en medio del infierno, viendo como su piel se hacía pedazos, sus ojos se cristalizaban y sus lenguas se enredaban entre chillidos inaudibles.

Habiendo concluido el secretario, y ante la comparecencia de los jurados se procedió a interrogarlos, con el fin de echar de ver cualquier tipo de inhabilidad o excusa para cumplir dicha función.

—¿Tiene o ha tenido algún tipo de relación bien sea, comercial o personal con el imputado?—inquirió este.

—¿Ha sido usted alguna vez procesado por un tribunal de esta ciudad o cualquier otra del país?—continuó.

Y así prosiguió dirigiéndose a cada uno. Transcurridos pocos minutos, nueve de ellos permanecieron en la sala; dos fueron designados como suplentes y el resto abandonó el recinto.

El secretario anunció en ese momento, que esas personas eran formalmente los integrantes del jurado, y extendiendo un acta certificó la creación de dicho comité bajo la gravedad de juramento.

Enseguida cada uno de ellos respondió con un:

—Si juro.

—Señor Dickens continúe de pie—solicitó a continuación el juez—Ahora el fiscal, procederá a realizar la acusación formal en su contra—concluyó.

De inmediato Jáuregui elevándose de su silla, sostuvo en sus manos un documento que inició a leer:

—El Ministerio público—espetó antes— le imputa al señor Dickens los cargos de secuestro y asesinato múltiple con alevosía. Este hombre—continuó— atacó sin consideración a sus víctimas de forma súbita y sin posibilidad alguna de defensa.

—Señor Juez—irrumpió el abogado—eso no está probado, justamente es la razón principal de este juicio.

—Ha lugar señor Fiscal— requirió el magistrado.

—Le pido excusas señor juez— hizo una reverencia el fiscal.

Luego aseguró que:

El día cinco de julio pasadas las seis de la tarde, yo había estado reunido con un hombre llamado José Antonio Rodríguez, en las afueras de mi edificio ubicado en la calle Centro Alto. Donde según sus palabras habríamos tenido un pequeño altercado.

—Dos vecinos que observaron lo sucedido lo pueden corroborar— aseveró y se prolongó en otras símiles descripciones.

—Más tarde, esa misma noche, el señor Dickens—prosiguió el fiscal— dejó el apartamento para salir con destino a la cabaña de sus padres. La cual está ubicada en dirección al sur, sobrepasando la ruta 32; en la zona de humedales conocida como los lagos de Santa Bárbara. Por coincidencia, al día siguiente, a eso de las dos de la tarde el cuerpo sin vida del hombre que antes mencioné, fue encontrado en esos mismos terrenos.

Entonces amplió:

—Aquella misma tarde el detective Emilio Iriarte acompañado por su compañero Felix Pizarro, interrogaron al acusado, quien resistió las preguntas con toda serenidad y educación. Por fortuna la experiencia de estos dos profesionales, permitió recabar información

importante e indicios suficientes para solicitar la medida de detención preventiva y el posterior allanamiento judicial.

Y prosiguió:

—De igual modo, días antes del hecho que menciono. El acusado se registró en el centro de terapia del doctor Bernard Clark, lugar en el que conoció a su secretaria Miranda González, con quien forjó una amistad y salieron algunas veces. La última vez que la vieron estaba en compañía del señor Dickens, esto fue a las afueras de su apartamento de la Calle Centro Alto. También hay testigos de esto. Hace unas semanas la señorita González fue encontrada muerta, por coincidencia nefasta en los mismos terrenos antes mencionados.

Aquella irracional sucesión de referencias parecía no concluir, pero a continuación vino una que me estremeció por encima de las demás.

—Sobre las dos de la tarde del día once de Julio, Gabriel Dickens, luego de dejar su terapia, que no dudo pretenda presentarse como fachada este o los siguientes días.

De inmediato el abogado protestó la observación.

—¡Ha lugar bramó el magistrado! Continué sin este tipo de observaciones señor fiscal.

—Si señor juez—asintió este—como decía, aquel día Gabriel Dickens fue directamente a buscar al párroco John Afonte, con quien había tenido un altercado días antes. Concretamente una agresión salvaje al sacerdote. Esa tarde el cuerpo del religioso fue encontrado en un paraje solitario de la calle San Pedro. Ultimado con un instrumento rudimentario, probablemente una barra metálica.

Y continuó así con una dilatada lista que incluyó un par de prostitutas, una mujer y sus dos hijas; un tendero, dos estudiantes universitarios, un ama de casa y su esposo.

Bajé la mirada y mi corazón dio un salto como si quisiera escapar de mi pecho, luego empezó a latir con fuerza ante la extraña encrucijada que la maldad había tejido en mi contra. Una intriga que se instituía en aquel estrado y de la cual empezaba a entender no habría escapatoria.

El eco de murmullos se apagó al instante y un silencio general se apoderó de la sala. Algo oscuro se tramaba en aquella audiencia, y como un brumoso reflejo en mi mente esos crímenes parecieron tomaron forma, (Tuve que esforzarme en quitar aquella imagen de mi mente) a pesar de estar convencido de mi inocencia; todavía más, de tener la certidumbre de que John, Miranda y los otros continuaban vivos. La verdad pretendía disfrazarse de espejismo para inculparme, y una sombría criatura emergía para asestar su golpe final en mi contra, y así conducirme a un suplicio en el cual la realidad jamás saldría a flote.

Esa fue la primera de algunas concurrencias a juicio para afrontar un proceso que se prolongó durante un par de meses más, en los cuales fueron y vinieron acusaciones, refutaciones y testigos. Además del ultraje constante al que era sometido, cual conejillo de indias, siendo transgredida mi integridad en el supuesto de obtener pruebas que esclarecieran los hechos. Mi cuerpo fue invadido una y otra vez con agujas y pruebas de todo tipo, sangre, saliva, sudor, piel, cabellos. Me sentía como un animal raptado por alienígenas. ¡Sombrío tribunal! Comenzaba el espectáculo.

CAPÍTULO LVII, DE LA SENTENCIA

Como era de suponer, sin la menor vergüenza todo aquello fue convertido en un juicio mediático, en el cual yo, un destacado miembro de la comunidad era convertido en un monstruo pervertido. Durante las visitas de mi abogado era vigilado con recelo por los agentes y las cámaras que apuntaban en dirección a la sala de reuniones. Realmente costaba creer el trabajo meticuloso de la maldad en cada pequeño aspecto. Desde entonces perdí mi nombre, cualquier sentido de humanidad y los medios de comunicación empezaron a referirse a mí como “el asesino de Centro Alto”

De pronto e inesperadamente me convertí en un personaje público. Un asesino reconocido, famoso, con seguidores y

maldicientes. El producto de los medios que sería desechado cuando su utilidad menguara, en el instante en que la oscuridad de la penitenciaria devorara mi alma.

En posteriores audiencias podía verse a cientos de personas a la salida del tribunal, quienes entre gemidos desgarradores se presentaban como adeptos de los familiares de la victimas.

La fiscalía parecía haber planeado bien su acusación, y aseguraba que los fenecidos habían sido engañados, intoxicados con medicamentos, asfixiados y finalmente destazados. Todo esto se difundía con grotesca libertad y sin miramiento alguno a los miembros de la comunidad.

Todo un espectáculo circense del que formaban parte un grupo de falsos moralistas que vistiendo camisetas y luciendo pancartas exigían mi condena, o exhibían banderas, pidiendo justicia arrodillados junto a los retratos de personas, algunas de las cuales todavía me resultaban desconocidas. Durante el juicio esto se hizo habitual y en algún momento sentí que saldría completamente de control.

En el transcurso de esas primeras sesiones fui interrogado mordazmente por el fiscal. Así continuó aquel juicio de horror, siendo señalado por una comunidad que ajustaba la cuerda alrededor de mi cuello.

Mientras Los noticieros y pasquines informativos se regodeaban con el caso:

"La Policía de Treum, ha detenido en su apartamento al presunto autor del caso de homicidio más tenebroso de los últimos años en el país. Se trata del joven arquitecto…"

"Al identificarlo comprobaron que tenía en su propiedad múltiples herramientas con las que llevaba a cabo sus crímenes. Dentro de su vehículo y apartamento fueron encontradas varias de ellas…el hasta hoy imputado podría ser condenado en cualquier momento"

Se apresuraban en señalar y de ese modo engrosaban sus líneas y engordaban sus bolsillos en el arte de desinformar.

Como un incendio voraz la noticia pareció recorrer cada rincón del país, y cada día algún medio informativo ajustaba la realidad de los hechos a su conveniencia o las propias autoridades caían en una sucesión de imprecisiones.

Entretanto, al interior de la audiencia Jáuregui hablaba de camisas ensangrentadas, barras metálicas, sogas, restos de medicamentos y demás pruebas que según él, había recabado a lo largo de aquel proceso.

Una de las sesiones más encendidas se daría una tarde, cuando tras una sonora algarabía, un rifirrafe se armó al intentar, personas ajenas al juicio entrar por la fuerza al salón. En ese instante llegué a temer por mi vida.

Luego al retomarse el interrogatorio, con los ánimos ya caldeados, hubo un cruce de comentarios subidos de tono entre el fiscal y mi abogado, quien pidió un breve receso de cinco minutos, al que el juez accedió. Espacio que Orionza aprovechó para revalidar su intención de enfocar el caso en el trazado de mi supuesta demencia, pero incluso en aquella encrucijada de confusión y sentimientos, algo me impedía coligarme por completo a esa salida.

Finiquitado esto, prosiguió el interrogatorio que me enfrentaba a cuando menos veinticinco años de cárcel, que era lo exigido por el ministerio público en cabeza de Jáuregui. Quien citó informes policiales sobre una larga lista de crímenes, coincidentes en su mayoría, y constancia de mi relación con algunas de esas personas.

Luego prosiguió con su exposición del asunto:

—Honorable juez, distinguidos miembros del jurado, señor secretario de la audiencia, ciudadanos de Treum, y demás presentes este día—y a continuación examinó—La vida es un derecho sagrado que debe ser arrebatado exclusivamente por la mano de Dios, y es este mencionado principio una verdad ineludible. Por esta razón, el horrendo caso que nos reúne esta tarde debe sentar un precedente, para que jamás este principio sea nuevamente vulnerado, cuando menos en lo que a nuestra ciudad compete.

Así se sucedió cada posterior audiencia con el fiscal enfilando sus garras inmundas hacia un inocente, en medio de una estancia

judicial, plagada de seres amorfos, de murmuraciones guturales y falsos testimonios. Y en la iterativa saña Jáuregui se extendía cada día.

—El hombre que ven ahí—dijo señalándome—aparenta ser un ciudadano común como cualquiera de nosotros, y no me atrevería a decir que se trate en absoluto de un monstruo—Esto en virtud del respecto que siento por esta corte y sus asistentes observó— pero puedo asegurar que sus actos si lo son y entenderán los presentes a través de este juicio aquello que manifiesto.

No existe testimonio reciente en la historia de la ciudad de Treum de crímenes equiparables con los cometidos por la mano de Gabriel Dickens, traído hoy ante la justicia para responder ante todos nosotros por el daño irreparable que ha ocasionado a familias, amigos y comunidad. Por eso los invito hoy con la sensatez que esto demanda a honrar la memoria de quienes cayeron por el embate de un asesino.

Al instante el fiscal prosiguió con un relato realmente siniestro y asombroso, el cual sustentó con el desfile de testigos, familiares y peritos. Entre ellos un investigador judicial que aseguró haber encontrado en el apartamento y la camioneta múltiples pruebas que me señalaban.

—En fecha agosto del presente— indagó Jáuregui— ¿Realizó usted una diligencia de allanamiento en el apartamento del acusado ubicado en el 669 de la Calle Centro Alto, en esta ciudad?

—Sí, lo hice—respondió el sujeto.

—¿Estableció quien habitaba la vivienda?

—Si—respondió nuevamente el perito.

—¿Como lo constató?

—Previamente contactamos al propietario del inmueble y obtuvimos testimonio de algunos vecinos que conocían el lugar como residencia del acusado—indicó.

—¿Cuál fue el procedimiento al llegar? –revisó el fiscal.

—Cuando me adentré en la escena, tuve en cuenta la hora de mi arribo, el estado de las cerraduras, la iluminación del sitio y luego me dirigí al oficial encargado; quien pormenorizó la situación. Al momento avancé hacia el acceso principal, y me causó impresión el

fuerte olor a tabaco que desprendía la vivienda, y el intenso frio apenas cruzar el umbral.

Enseguida el hombre señaló que se habían tomado fotografías del apartamento, y evidenciado indicios, según él, llamativos. Por ejemplo, algunas irregularidades en el piso de madera, lo cual llamó su atención inicialmente.

—De inmediato establecí dividir la escena e identificar cada cuadrante con un número—informó— esto junto al equipo de policía judicial—y continuó.

—Llevaba conmigo— enumeró— lupa, maletín, instrumental reactivo para la toma de pruebas biológicas, entre otras herramientas.

—¿Qué fue lo que encontró en la residencia?—inquirió nuevamente el fiscal.

—Solo algunas pertenencias personales del señor Dickens.

— ¿Podría describir el lugar al que hacemos referencia?

—Sí. Es un apartamento sencillo de dos habitaciones, tamaño estándar, cocina, baño y salón comedor—señaló el sujeto.

—¿Durante el allanamiento incautó algún elemento en la casa del acusado?

—Sí, lo hice.

— ¿Y donde encontró el o los elementos que menciona fueron incautados.

—En la cocina, la habitación y el salón principal.

—¿Cuáles son esos elementos?

— Un par de prendas, concretamente, un pantalón de mezclilla y una chaqueta americana con capucha, manchados con una sustancia similar a la sangre. Una soga en las mismas condiciones y un cuchillo de veinte centímetros de largo, con hoja de 5 centímetros de ancho, doblado en el extremo. Al parecer producto de algún impacto.

—Objeción—reclamó Orionza—El testigo está argumentando.

—Ha lugar—señaló el juez—este tribunal le solicita que sea breve y conciso en sus respuestas—dijo dirigiéndose al declarante.

De ese modo continuó el fiscal interrogando al testigo y mostrando sus pretendidas evidencias señaladas en proyecciones y fotos remarcadas con números.

—A continuación mostraré la evidencia señalada con el número 1, para efectos de identificarla. ¿Podría decir qué es?

—Luego de inspeccionar la sala y una vez marcada la zona, continué revisando hasta encontrar la americana, la cual aparece en la imagen proyectada. Esta estaba envuelta en el piso del closet. La tomé y descargué dentro de una bolsa plástica, que luego rotulé con los datos de fecha y día.

—¿Y esta imagen? Prosiguió Jáuregui.

—Es la foto de otro de los elementos que incauté en la escena, el pantalón índigo concretamente.

—¿Siguió ídem procedimiento?

—Sí. Señor fiscal.

— ¿A que corresponde la muestra marcada con el numero 4?

—Es el cuchillo que encontré en la cocina—dijo.

En ese momento el fiscal exhibió una fotografía tomada con luz oblicua, como la llamó, la cual evidenciaba pisadas disimiles de las mías. Una de ellas aseguró era de Miranda. Además un par de marcas en bajo relieve dejadas en el piso, se sumaron a las pruebas.

Nuevamente el perito describió el proceso realizado.

—Para el descubrimiento de estas huellas utilizamos luz oblicua, al igual que reactivos especiales (polvo), las cuales revelaron las huellas de las personas que habían estado en el apartamento—notificó— luego, con cinta adhesiva recogí las muestras, que se embalaron conforme al protocolo correspondiente.

—¿Podría describir que otras muestras tomó, la forma y condiciones en las cuales encontró este material y qué fue lo que hizo a continuación?—preguntó luego el representante público.

—Se procedió a buscar en toda la escena del delito la posible presencia de manchas de sangre o de cualquier otro tipo de indicios que pudieran ser recolectados, como esperma, saliva, sudor, entre otras. Para su remisión y análisis. Finalmente, se valoró las muestras

no biológicas como polvo, detergentes y otros residuos; otro tipo de marcas, arañazos, objetos de vidrio y demás.

—¿Y luego?

—Dejé el apartamento, regresé al despacho y entregué el contenido al agente Hernández, quien es el custodio de las evidencias.

—¿Podría decir en que condición entregó cada bolsa?

—Estaban selladas.

— ¿En el tiempo que tuvo el material probatorio en su poder, alguien más tuvo acceso a este?

—Nadie.

Como era de esperar la tramoya continuaba y al poco tiempo era el agente Hernández, antes mencionado, quien subía al estrado.

Este por su parte enunció los pormenores de su encuentro con el perito, ratificando la entrega de las pruebas.

—¿Las bolsas plásticas estaban selladas cuando las recibió?—examinó el fiscal.

—Sí.

—¿Qué hizo con ellas?

— Las empaqué en un sobre destinado para la correspondencia y lo envié a través de correo judicial al laboratorio.

— ¿Sabe si el sobre fue recibido por el laboratorio?

—Sí. Lo confirmé vía telefónica con el perito encargado del análisis.

Luego señaló que una vez obtenidos los resultados, y recibido el paquete de regreso, este había sido depositado en una bodega de evidencias.

—¿Conoce si alguien más tuvo acceso al contenido de estas pruebas, durante el tiempo que llevan almacenadas?

—Los únicos que vieron el contenido desde que lo recibí hasta dejarlo en la bodega, han sido el abogado de la defensa y usted señor fiscal.

—En ese caso ¿se cumplió el protocolo de custodia que usted conoce?— inquirió Jáuregui.

—Sí. Se cumplió—afirmó el consultado.

Enseguida el fiscal solicitó la admisión de dichas muestras como prueba, para más adelante, dar paso al forense que determinó el tipo de fluidos que contenían.

El juicio se dilataba como una gran epopeya sin fin, y de pronto, retornar a la reducida celda resultaba un alivio. Para esperar en la oscura resignación nuevas entrevistas, pruebas y señalamientos.

En el trascurso de una nueva audiencia programada sabe Dios, en qué fecha, puesto que hace mucho yo había perdido la noción del tiempo y como dijera alguna vez Orionza, era lo mejor para sobrellevar el peso de aquel suplicio. Esta vez, el turno fue para otro investigador. El perito en criminalista a quien correspondió investigar los terrenos de la cabaña.

El sujeto se identificó y pasando al estrado inició a dar su testimonio. Antes, Jáuregui, explicó que en los terrenos propiedad de mis padres se había realizó un exhaustivo barrido, que permitió la recuperación de seis cadáveres, y destacó enseguida, la paciencia, compromiso y profesionalidad del personal policial que examinara por varias horas el lugar.

A continuación el investigador remarcó las evidencias sumariales recabadas. De esto último se proyectó una imagen para ser analizada por los asistentes. De igual modo se tomaron fotografías y efectuaron croquis.

—¿Cual fue el procedimiento a seguir cuando llegó a la zona doctor? Cotejó el fiscal.

— Cuando llegamos al lugar, ya se habían tomado las medidas preventivas de asilamiento del sitio. Una vez estuvimos ahí, el personal policial procedió a revisar la tierra, follaje, rocas y cuerpos de las víctimas. Al instante se realizó la toma de fotografías con fines de identificación de los cuerpos, y con el objeto de reconstruir los hechos en la misma escena del delito.

—¿Y luego?

—En la intención de no alterar nada, se midió cada paso, anotando y registrando todo—indicó el hombre.

—¿Quiénes realizaron esta labor?

—Solo el personal responsable y capacitado para dicha tarea.

—¿Cómo se efectuó la investigación?—examinó Jaureguí.

—Durante el día realizamos la exploración que se llevó a cabo en dos frentes, dada las particularidades del caso. En el apartamento de la calle centro alto, estaba el doctor Rangel y en los terrenos de la cabaña mi equipo y yo. Lo que queríamos era tener un panorama general del lugar, para luego recabar la mayor información posible—indicó—Ingresamos con el personal de criminalística y de inmediato iniciamos a evaluar la escena.

—¿Hubo personal ajeno a su equipo dentro de la zona demarcada?

—No. Nada es removido sin mi autorización, y siempre verifico que cada elemento sea registrado y fotografiado.

Además, el perímetro que se estableció fue bastante seguro. Distante de curiosos, familiares, y testigos.

—Ahora, doctor—estableció el fiscal—¿podría explicarnos en detalle estas pesquisas?

—Por supuesto—asintió el médico e inició su retrato de los hechos.

—Inicialmente en la exploración se buscó indicios que pudiera desaparecer al momento de trasladar los cadáveres. Se tomó muestra de orificios, manos, dedos, uñas. Precisamos la ubicación de los cuerpos en relación con los ejes cardinales, y el decúbito de los mismos.

En cuanto al examen de ropas se tomaron todas las precauciones, para evitar dañar las muestras, teniendo en cuenta si el deshilachado de las mismas correspondía a fuerzas de arrastre de los cuerpos; también estableciendo si el medio lesivo actuó o no sobre estas prendas o a torso desnudo.

El sujeto prosiguió con su relato, mientras la audiencia escuchaba con atención y yo me sentía como un visitante más, ajeno a toda su parrafada.

—A continuación se precisó la ubicación de los orificios de agresión, desgarros y roturas—dijo enseguida— Y se descartó otros ocasionados por animales.

De igual forma se buscó rastros de líquidos orgánicos como sangre, orina, semen, vomito y otros.

Por último se llevó a cabo la revisión de las prendas y descripción de los hallazgos como recibos, tarjetas, documentos, dinero, joyas, fibras y otros que pudieran ser relevantes.

Finalizado este proceso las prendas, muestras de tejido y demás material fue embalado en bolsas y precintado, y enviado al laboratorio, con la adecuada cadena de custodia.

—Agradecemos su testimonio doctor —concluyó el fiscal y al momento prosiguió dirigiendo su mirada al público.

—Ya ustedes lo han escuchado, cuando menos seis cadáveres fueron hallados en concomitancia de los terrenos de propiedad del señor Dickens y su familia—dijo—y me permito hacer un paréntesis—continuó con la mirada refulgente de indignación, mientras tomaba en su mano una especie de linterna con un extremo azul.

—Los investigadores judiciales usan este tipo de tecnología para inspeccionar lugares donde se sospecha la ejecución de algún crimen, en busca de sangre y otras muestras— observó exhibiendo al artefacto. En ese momento se interrumpió y enfocó unas diapositivas que enseñó a todos, y de inmediato prosiguió:

—Para nuestra sorpresa el apartamento y el vehículo del señor Dickens estaba repleto de muestras—en ese momento hizo una nueva pausa y volvió a su escritorio para leer unos apuntes, luego alzó la vista y con sus ojos clavados en mí, que brillaban con fiereza espetó:

—¿Qué clase de demonio es usted señor Dickens?

—¡Objeción!—aulló Orionza, incorporándose de inmediato y protestando la acotación, ante el evidente contenido de ultraje que profería.

—Esa, señor juez, es claramente una pregunta que no debe proferir el señor fiscal hacia mi defendido y mucho menos en tales términos. Le recuerdo que esto es un juicio y por el momento Gabriel Dickens, es simplemente un imputado con garantías procesales, y con los mismos derechos que todos los aquí presentes.

—¡Ha lugar!—indicó de inmediato el juez, otorgando la razón a mi abogado y reconviniendo de inmediato al fiscal, a quien pidió que se ajustara al tema probatorio.

De modo que este continúo con su argumentación:

—Esto que pareciera obra del demonio mismo, señores, ha sido gestado por la mano de un hombre sin escrúpulos, de una mente asesina, eso es seguro. Quien rodeado de un hierático simbolismo religioso, de una amable personalidad, de un falso donaire de ciudadano común, ha pretendido confundirnos. Pero les aseguro que cada pista encaja y señala en dirección del acusado. Todos estos crímenes están de una u otra forma ligados con él, y el sistema penal no debe fallar en su administración de justicia.

CAPÍTULO LVIII, DEL RECAUDO DE PRUEBAS

Sin duda, el fiscal se esforzaba por lograr un veredicto de asesinato y parecía bastante decidido en señalarme como culpable. En contraposición, mi abogado parecía escasear en instrumentos legales para defenderme.

—Ahora señor juez, solicito la comparecencia del profesional forense del instituto de medicina legal de Treum—pidió el fiscal.

Al instante el médico, quien se identificó como el doctor Bessette, inició su declaratoria bajo gravedad de juramento.

El perito forense indicó que una vez fueron dejados a su disposición los cadáveres y demás muestras, junto a su equipo de investigadores practicó los respectivos exámenes para determinar la causa de las lesiones. Evidente dijo—resultó la extracción del corazón.

Así inició una macabra descripción.

—¿Cómo pudo establecer la identidad de los occisos? –escrutó el fiscal.

—Dado el deterioro de los cuerpos, se efectuó un examen minucioso de las características de piel, cabello, ojos, talla, peso;

cicatrices, tatuajes, posibles malformaciones, pigmentaciones; estado de piezas dentarías, uñas, entre otras. Y toda vez que se realizaron estas pruebas se corroboró la correspondiente equivalencia por medio de los documentos de identificación, y a través del testimonio de familiares, vecinos, amigos y conocidos—explicó.

En relación con las huellas, pisadas y marcas corporales como fibras, cabellos, colillas de cigarro; armas, llantas, escritos y otras herramientas encontradas tanto en la cabaña, el apartamento, así como alrededores el edificio. Afirmó que una vez sometido a análisis algunos de estos restos demostraron múltiples coincidencias de ADN, de las víctimas y mías.

—Doctor, conforme a su investigación ¿podría describir como acaeció la muerte de las víctimas?—solicitó Jáuregui.

—Claro. La posición de algunas tachas en los cuerpos, fue un indicio de cómo se produjo la agresión y posterior muerte. El mecanismo de agresión, y la posición final del cuerpo— reveló el perito, quien prosiguió—Una vez calculada la temperatura corporal, conforme a las características mismas del cadáver. Se comparó las condiciones del entorno con el informe presentado por los profesionales encargados del levantamiento. La consecuente rigidez de los cuerpos, al igual que la lividez y el enfriamiento. Todo esto con el objeto de orientarnos sobre la fecha de la muerte y posibles circunstancias en que se dio.

—¿En qué condiciones estaban los cuerpos doctor?

—Estaban en estado cromático, dado su estado de descomposición avanzada.

—¿Qué quiere decir?

—Presentaban pápulas, manchas verdosas y zonas veteadas a lo largo del cuerpo, otros evidenciaban signos de hinchazón o distención de los órganos; piel anserina y opacidad— esclareció el médico—Por otra parte la ausencia de lividez cadavérica o máculas de color rojo vivo que suelen presentarse en las primeras horas post mortem hasta fijarse en el cadáver; y que se producen por efecto de la gravedad en la sangre. Indicaba una hemorragia masiva. En este caso a causa de la extracción del corazón.—aseveró.

—¿Cuál fue el paso siguiente doctor Bessette?

Luego se estableció la longitud, diámetro, profundidad, ubicación de las heridas; tiempo de evolución, y los restos biológicos para determinar la identidad del agresor. A pesar que la mayoría de muestras estaba arruinada por factores naturales, si se pudo establecer a través del hallazgo de un bulbo raquídeo, la identidad del señor Gabriel Dickens en relación con una de las víctimas.

—¿Se tuvo en cuenta otros factores— irrumpió Jáuregui.

— En efecto—dijo Bessette—Se consideraron del mismo modo otro tipo de sustancias como esperma, orina o vomito. Estos con resultados negativos. Finalmente se analizó las marcas de equimosis digital…

—¿Qué significa esto doctor?

—Es decir la presión ejercida por los dedos del atacante, contusiones generales por forcejeo, signos de asfixia y lesiones similares. Algunas de las cuales arrojaron coincidencia respecto del acusado y las contusiones de los occisos.

—¿Y luego?

—Se procedió a efectuar examen ginecológico en las mujeres y rectal en los varones para tomar posibles muestras de secreciones; con el fin de identificar otros desgarros, contusiones y otras secuelas. Esta prueba no evidenció muestras de abuso. No encontré restos de semen, saliva u otro fluido que determinara algún tipo de agresión sexual—concluyó el perito.

—¿Qué otras pruebas se realizaron?— insistió Jáuregui.

—También se estudió las características de las lesiones en relación con las prendas de vestir, al igual que en busca de restos biológicos dejados por el agresor. Del mismo modo se analizaron manos y uñas en busca de tejidos y sangre, así como otros tipos de fibra.

—Doctor ¿Estas pruebas arrojaron alguna relación con el acusado?

—En efecto, una de las muestras arrojó coincidencia con las fibras de un abrigo del señor Dikens.

—¿Y la conclusión de la autopsia fue…?— escudriñó el fiscal.

— Finalmente la correspondiente autopsia, determinó que la causa de la muerte fue el colapso cardiorespiratorio por extracción del corazón. Lo que hizo el agresor fue abrir el vientre a la altura del esternón. Como sabrán, es la parte donde terminan las costillas—dijo el médico señalando la zona en su abdomen— Luego rasgando el área muscular del diafragma, debió introducir la mano y desmembrar con un fuerte tirón el corazón; rompiendo a su paso ligamentos, venas y arterias.

—En otras palabras—interrumpió Jáuregui—¿Este hombre tomó un cuchillo y destazó a su víctima, para obtener su corazón aún palpitante, mientras estaba viva.

—Eso es correcto—asintió el testigo—A pesar de la consecuente hemorragia, el cuerpo muestra que la victima todavía se encontraba con viva.

—Gracias doctor, eso es todo— inscribió el fiscal.

La sala inició a colmarse de murmuraciones y los ojos de todos enfilaban plenos de resentimiento.

—¡Orden en la sala!— reclamó el secretario de la audiencia.

—Ya ven señores— dictaminó con rostro descompuesto el representante publico—cadáveres dejados a la intemperie, familias desoladas. Infortunadamente, algunas de las muestras estaban contaminadas por factores climáticos, biológicos y químicos del entorno—observó—de lo contrario la multiplicidad de pruebas sería abrumadora. Pero creo, todos entendemos como suficientes las razones y evidencias aquí expuestas.

Enseguida prosiguió con ardor en la voz:

—Tras la mayoría de estos crímenes hay un denominador común, demencial, premeditado. El asesino se dirigió directamente al tórax de sus víctimas y cortándolos como animales, les extrajo el corazón, para luego dejarlas abandonadas en lugares apartados o callejones oscuros.

La fiscalía considera, pues, probado el delito de asesinato con alevosía, por lo que solicita una condena no menor de veinticinco años

para el señor Dickens. Sin indemnización para los familiares de las victimas dado el exiguo peculio con que cuenta. Y sin conmutación a sus familiares, a la postre otras víctimas de este canalla.

—¡Señor juez!—protestó el abogado.

De inmediato el juez conminó al fiscal.

—Le pido excusas señor juez— corrigió Jáuregui—ahora quisiera llamar como testigo al investigador Adán Torres, profesional en toxicología. Quien tuvo a cargo el examen de las muestras para descartar la presencia de posibles estimulantes, alucinógenos, depresores, tóxicos, alcohol y otros.

—El investigador asomó y saludando tomó asiento.

—Señores del jurado—irrumpió antes el fiscal—Es importante que logremos interpretar, adecuadamente, los mecanismos utilizados, la intencionalidad, y el ensañamiento con el que se llevaron a cabo estos crímenes. Por eso, nos acompaña hoy el doctor Torres, quien mostrará por medio de su experticia la importancia de los exámenes solicitados por el ministerio público; en la intención de demostrar la culpabilidad del acusado y garantizar la seguridad de esta comunidad.

—Antes que nada—continuó Jáuregui — ¿quisiera preguntar cuál es el enfoque de su profesión, doctor?

—Bien. Básicamente lo que hacemos los expertos en toxicología es determinar el tipo de sustancias químicas que afectan al organismo, su vía de ingreso, concentración, distribución, acumulación y metabolismo.

—Vaya que es importante en una sociedad como la nuestra ¿verdad?

—Así lo creo.

—Bien. Pasando al caso que nos compete nos diría ¿Qué tipo de análisis fue realizado por su laboratorio?

—Sí. Se realizaron pruebas cualitativas y cuantitativas para descartar la presencia de sustancias solidas o liquidas en sangre. Ya se tratara de alucinógenos, estimulantes, benzodiacepinas, barbitúricos, alcoholes y cetonas entre otros.

—¿Cual diría usted, es la importancia de tal análisis?

—Es necesario dado que en muchos casos encontramos que sustancias incluso licitas o de distribución limitada, son usadas para provocar la muerte o lesiones en una persona.

—¿El acusado fue sometido a análisis de alguna clase?

—Si se tomaron pruebas de sangre y fluidos.

—¿Que fue lo que se encontró?

—Solo una alta dosis de nicotina.

—¿Durante su investigación se encontró alguna otra clase de químico en el acusado o los cuerpos de las víctimas?

—Una vez me fue presentada la evidencia, entre la cual había empaques de medicamentos, un par de vasos de cristal, residuos y otras sustancias químicas, recolectadas en la escena del crimen. Se procedió a la toma de muestras, para determinar la presencia de alguna sustancia toxica asociada a los homicidios; en que concentración y su efecto en el organismo.

—¿Usted y su equipo encontró algo inusual?—inquirió el fiscal.

—En efecto y para mi sorpresa, uno de los cuerpos mostró una marca positiva por Ketamina. Si bien es bastante inusitado que una sustancia química como esta, permanezca intacta después de ser ingerida. Puesto que por regla general es metabolizada por los procesos naturales del cuerpo humano.

—¿Qué es esta sustancia que menciona doctor?

—Se trata de un tranquilizante, el cual si bien es licito, la ley solo permite su uso con fines meramente clínicos.

—¿Podría decirnos bajo que concentraciones, y cual serían los efectos de dichas sustancias en el organismo humano de la persona lesionada o en el cadáver?

—¿Es decir requiere de una receta médica avalada por un profesional de la salud?

—Claro. Además su administración debe ser controlada y monitoreada.

—Tengo una curiosidad, que quisiera me despejara— observó el fiscal—¿Cuál es concretamente su uso?.

— Este es un medicamento que apareció en la clínica hospitalaria hacia los años setentas´s y hoy continúa usándose, especialmente en pediatría y geriatría; en la clínica veterinaria como anestésico de animales domésticos y de granja, o en tratamientos experimentales de alcoholismo, y trastornos psicológicos, donde se usa como antidepresivo y neuroléptico, en pacientes esquizofrénicos, psicóticos y maniáticos— señaló el experto—En nuestro país a veces se utiliza para controlarla la ansiedad en procesos quirúrgicos, y también en anestesia general.

—Entiendo—asintió Jáuregui—pero ¿Cómo pudo llegar a manos del acusado?

—Aunque es una sustancia no controlada en algunos países, su consumo está limitado. Sin embargo, se podría estar desviando de hospitales y clínicas veterinarias, para distribuirse en algunos clubes de la ciudad en forma ilegal. Quizá se esté convirtiendo en una suerte de moda entre la juventud actual, no podría afirmarlo.

—¡Objeción de argumentación!— farfulló Orionza.

—¡Ha lugar!—dijo el juez.

—¿Puede decirnos doctor Torres, si se evidenció el uso de esta sustancia por parte del acusado?

—No hay evidencia de que el acusado la usara.

—Ahora ¿Quisiera señalar cuál es el efecto de este químico en el organismo?

—Claro. Dosis bajas pueden producir desorientación, dificultad para coordinar y mareo. En mayor concentración pueden alterar la comprensión de conceptos básicos como distinguir la hora. En dosis críticas llegan a generar un efecto disóciativo, sensación de estar fuera del cuerpo, efecto anestésico, confusión. Y como toda sustancia administrada irregularmente experiencias cercanas a la muerte.

—Si le he seguido hasta ahora, doctor— indicó el fiscal—¿las víctimas no estaban en control de sus actos?

—Puede decirse, de lo que estamos hablando es de un anestésico disociativo, cuyo efecto es disímil de otros, llegando a generar un estado singular de inconsciencia. La persona no está

propiamente anestesiada sino desconectada de su cuerpo y entorno, la información sensorial queda prácticamente anulada, a la vez, estimula el sistema límbico, por tanto, funciones como la visión continúan funcionando y con movimiento.

—¡Aguarde un momento, doctor!— zanjó sobresaltado el fiscal—¿Lo que dice es que estas personas estaban consientes al momento de ser asesinadas?

—¡Objeción de opinión!—señaló el abogado— el señor fiscal, está pidiendo al testigo su propia opinión sobre el tema. Y no es la primera vez que lo hace. Señor juez solicito que se aplace la audiencia.

El juez viró y frunciendo el seño miró a Orionza.

—Ha lugar para la pregunta—indicó—objeción denegada para el aplazamiento de la audiencia—y prosiguió mirando a Jáuregui —señor fiscal es la última vez que lo exhorto a ajustarse al tema probatorio.

—Si, señor juez— confirmó este y continuó:

—Doctor Torres ¿Cómo supo que estaba ante la presencia de este fármaco?

—Como dije antes, me vi sorprendido por este hallazgo en uno de los cadáveres. Así que de inmediato solicité pruebas adicionales, que en efecto mostraron restos de la sustancia en el organismo. Y digo que me causó extrañeza, puesto que el efecto de la misma inicia a degradarse después de unas tres a cuatro horas, excretándose a través de la orina. Haciéndose su detección, transcurrido este tiempo, prácticamente imposible.

—¿Esto se corroboró de otra manera?

—Ante la evidencia que mostraba el cuerpo, decidimos extender la investigación hasta el sitio donde inferimos podría haber sido suministrada la sustancia, el apartamento del acusado.

—¿Cuál fue el resultado?

—Se evidenció presencia de la sustancia. La conclusión fue que su administración había sido oral, en su presentación en polvo, disuelta en refrescos y agua.

—¿Podrían haberse dado cuenta las victimas que este fármaco les estaba siendo suministrado?—examinó el fiscal.

—No puedo saberlo. Su sabor es similar al de la aspirina, por tanto no es muy notorio.

—¿En su opinión, la ingesta de este medicamento ocasionar un estado de indefensión respecto de un persona?

—Sin duda. Como dije su uso se da en la clínica hospitalaria de forma segura, con dosis contraladas y control de signos. Pero fuera de este contexto, estas condiciones se pierden por completo. Las complicaciones pasan por la incapacidad para reaccionar ante posibles ataques o accidentes. La persona puede perder el control de sus actos incluso durante horas. Incluso se disminuye la sensación de dolor, y algunos usuarios al sufrir una herida, probablemente, no la percibieran con la misma intensidad.

—¿Le agradezco su amplia elucidación?— observó el fiscal—¿Existe algún otro efecto de esta fármaco que considere destacable?

—Bien. Puede producir también apnea, vómitos, hiperactividad cerebral, alucinaciones visuales.

—Doctor Torres, ha sido esclarecedor su testimonio. En verdad le agradezco—expresó Jáuregui. Quien a continuación se dirigió a la sala:

—No puedo estar seguro de la forma en que este tipo de drogas llegan a las calles, ni tampoco como son adquiridas de forma ilícita. Pero lo que sí puedo decir es…—En ese momento su voz se entrecortó—es que si cualquier persona es capaz de suministrar algo como esto con el objeto de dañar a otro. La sanción debe ser la más severa—concluyó.

Un expectante silencio reinó en la sala, las personas se miraban y hasta el sonido del aleteo de una mosca habría sido notorio. Pero de sopetón Orionza se levantó de su silla, avanzando enseguida hasta el estrado y mirando al juez espetó:

—Señor juez la defensa solicita se realice un examen psiquiátrico en la persona de Gabriel Dickens. Evidentemente mi defendido padece lapsus de memoria, por lo cual es importante determinar su origen a través de un examen científico.

El abogado instó que si yo padecía algún tipo de trastorno, esto debía ser determinado por un profesional en siquiatría, tras los exámenes señalados por el debido protocolo. Por tanto pidió al juez, le fuera permitido formalizar dichas pruebas y que estas estuvieran a cargo de un perito experto. Y así apreciar, según su cognición, todas las pruebas posibles practicadas en el juicio, y las razones expuestas no solo por la acusación sino por la defensa. Esto acorde a la ley de enjuiciamiento.

Esto pareció desconcertar por un momento al juez, quien pareció concebir incongruente lo que expresaba la dicción del legista, quien aguardaba la respuesta de pie frente a él. El resto de la sala también lo había escuchado y era inconfundible el aire de desconcierto que pareció brotar en el ambiente. A lo mejor la mayoría de ellos, monstruos confabulados en mi contra, esperaban un desenlace definitivo, sin más dilaciones. Pero Orionza estaba convencido de su solicitud.

– ¿Y bien señor juez? –insistió, en la clara convicción de que el presidente del tribunal, no podría negar dicha solicitud.

Este arrugó la frente casi con ademán sorprendido, se cardó el cabello y luego se alisó la nariz.

– Es curiosa su petición –afirmó en voz alta—¿La defensa está segura?

Orionza soltó despacio una bocanada de aire, sacudió la cabeza de un lado a otro y expuso:

—Lo único que puedo decir, es lo que he visto en mi breve relación como defensor del señor Dickens. Y esto es a un hombre gentil, colaborador, comunicativo y que ha contestado las preguntas de las partes, sin apenas alterarse en algún momento, a causa de la presión a la cual ha sido sometido—Luego señaló—No necesito siquiera mencionarlo ya que ustedes pueden notarlo. Aquí junto a nosotros hay un hombre, por supuesto, angustiado por los cargos que se le endilgan y por la terrible exposición a la que ha sido sometido por los medios de información. Creo que habló en nombre no solo de él sino de la comunidad, al decir que se merece cuando menos una evaluación tendiente a demostrar su inocencia.

El juez evidentemente dudó, pero finalmente accedió y acordó que se realizara un examen psicológico, por parte de psiquiatras ajenos al Instituto de Medicina Legal de Treum. Como expresamente pidió Orionza.

Tras esta solicitud la vista oral fue señalada de nuevo. Entretanto, yo regresaba a mi oscuro presidio.

CAPÍTULO LIX, ENTRE ALEGATOS Y SORPRESIVOS TESTIGOS

Todos los caminos conducían a la sentencia, y la audiencia, a pesar de las intenciones de mi abogado, no era otra cosa que la antesala de un borrascoso destino.

A pesar de la fútil libertad que me prodigó salir del agujero, para encontrarme con el equipo de psiquiatras, quienes parecieron cavar con ahínco bajo los escondrijos de mi mente. El resultado de aquel macabro juego parecía inevitable. Y consumido de impaciencia debí esperar en la celda, era lo único que quedada. Aguardar la audiencia final.

El calabozo era una suerte de isla impersonal, envuelta en el bullicio que escapaba hacia el pasillo. La reducida estancia, el sucio tálamo, la pequeña abertura en el murallón del edificio, era mi consulta diaria, y mi vida se convertía en un asunto secundario. La separación de la carne y el alma. Nada más simple que eso.

Así de pronto, venia Orionza y nos encontrábamos en la sala de espera; entre los segundos infructuosos que avanzaban para hacerse minutos y horas. La primera parte del plan que me liberaría, dada su inutilidad, daba paso a la segunda. Esa, que llaman resignación.

—Es difícil que ganemos —agregó mustiamente el abogado— pero haré lo posible por sacarlo de aquí.

—¿ Lo cree, abogado ? —pregunté con acento desesperanzado, sabiendo de antemano su laudo. Quizá lo hice para justificar su pesadumbre y hacerle sentir que no estaba solo.

—En verdad lo siento señor Dickens—dijo él conmovido. Sin tener idea de qué camino tomar.

Tampoco el legista era capaz de rendirse a pesar de los axiomas difíciles de ocultar. ¿Acaso sufría el proceso tanto como yo? O en todo caso, sentía que por primera vez iba a perder un juicio en sus años de ejercicio.

Era una crisis entre defensor y defendido, un inesperado laberinto sin salida.

La puerta se abrió, y seguí la silueta de Orionza con la mirada vacía, imperturbable, sin expectativa alguna.

El próximo día jueves, todo se consumaría y el giro más inesperado se sucedería en el transcurso de aquella sesión.

Luego de presentar otros elementos probatorios como fotografías, testimonios escritos, y declaraciones de múltiples testigos, entre ellos, el casero del apartamento y algunos vecinos que apenas si conocía. El fiscal citó a un nuevo declarante.

—La fiscalía llama al estrado a Nicolette Bauman.

Apenas vi de quien se trataba me invadió una profunda conmoción y una agitación que me electrizó los músculos, durante los segundos que a esa joven le tomó llegar al estrado. Mi vida se reconstruyó en un instante, mis sueños y pecados. El dolor de un pasado apenas olvidado que en esa hora era convocado de nuevo y se hacía presente para generar en mí el mayor de los asombros. Las artimañas de la maldad se exhibían en su más prosaica expresión, aflorando entre mentiras. Mientras mi mirada era capaz de distinguir con diáfana precisión, el verdadero semblante de quien el fiscal llamaba Nicolette. Se trataba de Rita, la misma con la que compartiera tantas noches y tan pocos días.

La miré y en un principio sentí el alivio de volver a percibir su delicada silueta y sus cabellos rizados. Estaba ahí, tan cerca, que ya no entendía el caso de todo eso. ¿Acaso era una broma que justo entonces terminaba?

No cabía inverosímil explicación ni contrasentido para ello, era Rita, quien ahora se encontraba en el estrado, tan cerca que podía

sentir su aroma. Por un instante me sentí suspendido en el universo, envuelto en el sutil incienso de la duda ¿Qué estaba pasando?

Viré para mirar a Orionza e inquirí:

—Abogado ¿Qué es lo que ocurre? Yo conozco a esta mujer, su nombre es Rita, fue mi novia por dos años.

—¿De qué habla, Gabriel?

—Es cierto. Sé que suena absurdo, pero ¿Acaso esto es una suerte de broma que me están jugando?

—No entiendo lo que dice Gabriel y le aseguro que este juicio tiene de todo menos de mofa—aseguró el legista con halito circunspecto—permanezca tranquilo en su puesto.

Eso seguramente quería Orionza, pero sentí que era el momento de revelar lo que ocurría. Y de un solo movimiento brinqué de mi puesto para alcanzar a Rita. Empero, más desconcertante fue ver su expresión al verme aproximarme a unos metros de ella, antes de ser contenido por dos policías.

—Rita es importante que me digas lo que está pasando ¡por Dios! ¿Qué haces aquí?

—Pero... ¿él? —balbuceó pasmada. Más que eso asustada, mientras dirigía su mirada al juez.

—Orden en la sala—Gritó Urtengoya, entretanto, los dos guardias me asían con fuerza de los brazos y yo me sacudía intentando liberarme.

—Rita ¿qué pasa?—elevé todavía más la voz—estoy seguro que estos monstruos te están manipulando—dije, sintiendo que se me formaba un nudo en la garganta.

Pero Rita, ahora llamada Nicolette, solo atinaba mirarme con duda, recelo y extrañeza.

En ese momento comprendí, que había ocurrido lo impensable, Rita, era parte de aquella confabulación.

—Nicolette ¿Conoce usted a este hombre? —preguntó el fiscal.

—Sí. Lo conocí en la universidad—asintió ella.

—Por supuesto, ¿lo ve?— irrumpí dirigiéndome a Jáuregui— además su nombre es Rita, no Nicolette. Diles por favor—seguí, dirigiéndome nuevamente a ella.

—¡Va a tener que calmarse señor Dickens!— ordenó Urtengoya— condúzcanlo de nuevo a su silla—indicó entonces a los uniformados. Y luego mirando fijamente a Orionza le reconvino.

—Abogado, no quiero esta clase de incidentes en mi sala.

—Sí señor. Le pido disculpas. No volverá a ocurrir.

—¡Qué demonios cree que hace!—farfulló el legista cuando regresé junto a él.

—Doctor le aseguro que…

—No me asegure nada— silenció –y dejemos que el fiscal continué su interrogatorio.

—¿Qué tipo de relación tuvo con él?—indagó Jáuregui.

En ese momento solo me quedaba rezar para que Rita dijese la verdad.

—¿Debo contestar eso? —dijo ella con voz temblorosa.

—Señorita Bauman, este es un caso de asesinato múltiple— señaló el fiscal— creo que está sobreentendido que todas las respuestas que pueda darnos serán valiosas.

—Sí. Lo entiendo—asintió con nerviosismo—como le dije lo conocí en la universidad e inicialmente hubo algún coqueteo.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Tuvieron algún tipo de relación amorosa?

—No…no, nada de eso. Solo salimos un par de veces…

No pude seguir tolerando la farsa que se instituía, aunque ella formara parte de aquella sociedad siniestra al servicio de un amo oscuro.

—¡Me acusan injustamente, Rita,—protesté— ¿Acaso entiendes de lo que me señalan? Y vienes a decir que no me conoces. Que nunca hubo nada entre nosotros—mi tonó se alteró cada instante más.

—Por Dios, podrías ver una soga alrededor de mi cuello y aún así seguirías con esta mentira. ¿Quién eres realmente? ¿Dónde quedó

el tiempo que compartimos? ¿No lo recuerdas? Las tardes juntos, las caminatas, los viajes a la cabaña.

—Gabriel, ¡basta ya!— me conminó Orionza.

Mientras las cámaras de la televisión apuntaban sus focos hacia mí.

—Diles. ¿Realmente no me conoces?

—Sí, lo conozco, salimos un par de veces. Solo eso— aseveró mirándome a los ojos y a punto de brotar en llanto.

—¡Calma! –Bramó de nuevo el juez.

—Abogado, me veré obligado a dar por terminada esta audiencia, si no consigue controlar a su defendido.

—Gabriel, por Dios, cierre la boca— decretó Orionza con rostro descompuesto—déjeme manejar esto.

—Sí. Abogado intentaré mantener la calma.

—Señor, juez por favor prosigamos. Esto no volverá a ocurrir—exhortó el legista.

Entonces me senté en silencio.

Lo más abrumador era ver cómo había terminado arrastrado a esa triste y sombría situación, por una decisión que ya no podía discernir si había sido la adecuada. Y perdido en aquel infinito de rarezas, intentando acallar mi corazón atrapado en su asonada.

Escuché los horrores, transgresiones e insurrecciones a la razón. Rita había sido quebrada por la fuerza de la maldad o simplemente suplantada por otra. No podía saberlo, mientras, el juicio seguía su camino trastornado.

Sin derecho a reclamación, señalado como el peor de los delincuentes, y ella no tenia miramiento en hundir su tacón, en la humanidad de un condenado hundiéndose en el fango. No podía creerlo. Aquella ficción desbordaba la realidad, se gobernaba de incoherencias.

—¿Dice que tuvo algún tipo de relación con el acusado? –prosiguió el fiscal.

—No la llamaría de ese modo—observó ella.

—Bien ¿y cómo lo conoció?

—Lo conocí por medio de un amigo en común, John Afonte, fue él quien nos presentó.

—Esta persona que menciona es el mismo John Afonte, quien fue sacerdote en la parroquia de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción…

—Sí, el mismo—asintió mientras sus labios descotaban una mueca temblorosa, y sus ojos de súbito parecieron inundarse de llanto, pero enseguida se contuvo.

—Como todos saben, John Afonte, es el sacerdote asesinado hace algunas semanas— expuso el fiscal.

—¡No, por Dios! Ya no voy a tolerar esto, no sé de qué se trata— Rugí brincando como un resorte desde mi silla y mirando al fiscal, al juez, al abogado, el jurado y a todos los rostros curiosos que estaban presentes—Tengan por seguro que nada de lo que se dice aquí se ajusta a la verdad, John, simplemente, no puede estar muerto. Yo mismo lo vi unas semanas antes y estaba en perfectas condiciones— continúe bufando con rabia y frustración—¡Ella lo sabe! –Dije enseguida señalando a Rita—aunque no puedo asegurar si realmente eres ella o alguien que se le parece demasiado, y fue contratada para hacer parte de esta tramoya.

De inmediato los policías se avinieron hacia mí, a pesar de no haberme movido de mi sitio. Pero incluso aprehendido por ellos continúe con mi desahogo, anhelante de ser escuchado.

—Esto ha desbordado todo límite—aseguré—mientras escuchaba el sonido de las voces en mi cabeza que iniciaban a murmurar y que con pasos lentos me conducían hacia un teatro de inconsciencia, del cual luché por liberarme.

Envuelto en agitadas espiraciones, y a punto de colapsar, exhorté a Rita para que liberara la verdad encadenada en aquel salón.

—Dilo—exigí— capitula ya esta mentira. Diles que en tu corazón guardas un espacio que una vez fue mío y que no en vano compartimos dos años juntos. No dejes que estos seres oscuros te utilicen como el instrumento de mi destrucción.

—¡No! —Gritó ella poniéndose de pie—yo no lo conozco, solo salí con usted un par de veces.

Miré su rostro, su cabello que hacia resaltar la blancura de su piel lisa. Se apretó los labios y luego se cubrió el rostro e inició a llorar.

Al mismo tiempo que yo iniciaba la marcha hacia un estado de aturdimiento y letargo profundo, que culminó cuando me encontré con el rostro del abogado, mirando con semblante sorprendido y agrio, mientras yo me incorporaba de una silla en la sala de consulta.

Tras recuperarme de aquel sopor lo miré. Orionza estaba parado junto a una columna, a un par de metros de un agente policial y del otro lado rayano a la puerta, permanecía el segundo de ellos.

Elevé la mirada y dejé escapar un alargado suspiro. Unos siete metros me separaban de ellos. El brillo de las luces del salón era encandilador. A un costado, sobre la pared, había un cuadro con un paisaje en estilo impresionista y frente a mí unas cuantas sillas pupitre.

Cuando Orionza notó que había vuelto en mi, se dirigió a mi encuentro.

—Vaya espectáculo el que ha brindado señor Dickens—dijo—si que ha abusado de la paciencia del juez y de todos nosotros—observó casi sonriendo.

—¿Qué fue lo que pasó doctor?

—¿En verdad no recuerda nada?

—Bueno, sé que estaba hablando y debo pedirle excusas por mi intromisión, pero más allá, mi mente está nublada.

—La verdad me asombra que Urtengoya, no haya suspendido la audiencia.

—¿Tan grave fue? –indagué.

—Pues diría que debemos agradecer en buena medida la intervención de Jáuregui, quien convenció al juez de decretar un simple receso, mientras usted se recuperaba—señaló—pero dejando esto de lado, debo preguntarle algo sobre la testigo ¿por qué insiste en llamarla Rita?

Muchas sombras rondaban mi cabeza en ese momento, y a riesgo de su incredulidad, diserté que esa era la misma Rita, de la que yo le hablara durante el proceso. Orionza simplemente atendió con gesto de extrañeza, pero sin argumentar nada de mi explicación.

—Abogado, yo no he matado a nadie, se lo aseguro— aclaré a continuación.

Antes de contestar cualquier cosa, el agente junto a la puerta llamó la atención del legista.

—Señor, es hora de alistarnos.

Me sentí aterrado de tener que regresar a la sala de juicio, tan solo para soportar la tortura de una injusta penitencia y los intentos seguramente infructuosos del abogado por salvar mi cuello. Temía, pero el convenio de salir discurría como fuente inexcusable.

A pesar del miedo fijé la vista en la salida y me deslicé hacia ella, rezando una oración que confiaba me protegiera de aquel aciago designio. Sentí un dolor espoleándome el cuello y la espalda y con la vista neblinosa seguí al abogado, avanzando en medio de los dos guardianes.

La calefacción era como una brisa liviana que se introducía por cada poro del cuerpo. Al adentrarnos de nuevo en la sala supliqué la piedad de Dios, y me persigné mentalmente por última vez.

Una vez nos acomodamos en las sillas. De inmediato el juez habló:

—Les pido disculpas por la interrupción, ocasionada por razones que ustedes ya conocen. Dada la brevedad de este receso no considero necesario efectuar un resumen de lo realizado hasta el momento. Se ha tenido en cuenta el testimonio del más reciente testigo y ahora daremos de nuevo la palabra al señor fiscal, para que continúe con el alegato en representación de Treum, contra el acusado Gabriel Dickens.

CAPÍTULO LX, EL DESENLACE DEL JUICIO

—¿A qué se refería, antes, cuando mencionó haber visto al párroco John Afonte?—preguntó enseguida el fiscal dirigiéndose su mirada hacia mí.

—¡Le recuerdo que no puede interrogar a mi cliente sin haber sido llamado al estrado!—intervino de inmediato Orionza.

Entonces el fiscal a continuación manifestó:

—En ese caso, señor juez, quisiera llamar a declarar a Gabriel Dickens. Por supuesto, bajo los principios de ley que amparan su declaración voluntaria, sobre la base de las posibles implicaciones que esto tenga para el caso tratado.

En ese momento, Orionza, aproximándose a mí consultó:

—Mi recomendación seria no declarar y hacer uso del derecho a guardar silencio. De cualquier modo es una decisión libre y espontanea, Gabriel.

—¿Cuál podría ser el riesgo?—inquirí.

—Bueno, a partir de ese momento, podría correr el riesgo de autoincriminarse. Pero de otro lado, su declaración podría resultar favorable. Siempre que sea cauteloso y sensato respecto de lo que va a responder—observó el legista.

—Abogado, diré la verdad solo eso. Los hechos tal y como ocurrieron.

—¿Qué es realmente lo que usted recuerda?—indagó Orionza casi susurrando.

—Simplemente intenté acercarme a John quien continuaba renuente a hablar conmigo, luego de eso me fui.

—¿Tuvieron algún tipo de discusión?

—No.

—¿Cuanto duró el encuentro?

—No más de cinco minutos diría. Apenas él dio la espalda me marché. No quise presionar aquella situación.

—Ya veo—asintió reflexivo el abogado—Quizá…sea conveniente. Tal vez podríamos usarlo como causal excluyente—farfulló.

—¿Qué quiere decir abogado?

—Que si se siente preparado para declarar, debe decidirlo ahora. Pero dirá exactamente lo mismo que me ha revelado.

—Creo que sería lo más conveniente, la gente debe saber lo que realmente ocurrió. Lo haré— señalé.

— Señor Juez—dijo enseguida el abogado— pese a que recomendé al señor Gabriel Dickens abstenerse de declarar por el momento, en espera de disponer de otras pruebas. Con todo respeto solicito que en este momento se le permita ejercer su derecho a la defensa, y declarar sobre los hechos que se le imputan.

De ese modo, el absurdo juicio en mi contra prosiguió conmigo como testigo.

—Repito la pregunta, ¿A qué se refiere al decir que vio al sacerdote?, le recuerdo que su testimonio es bajo gravedad de juramento— espetó el fiscal.

—Por supuesto—respondí—no tengo nada que ocultar.

—Hace unas semanas quise visitar a John, para aclarar algunas diferencias. De modo que decidí ir hasta la parroquia, pero inesperadamente mientras conducía mi camioneta, tropecé con él en un callejón del suburbio Castillo de la Reina. De inmediato aparqué y quise acercarme para intentar hablarle.

—Aguarde un momento—irrumpió Jáuregui mi declaración y se encaminó hacia Urtengoya— indicándole algún asunto en un bisbiseo casi imperceptible. Luego regresó a su ubicación, pidió que se proyectaran algunas imágenes, y con un puntero laser inició a señalarlas. Como siempre las fotografías y bosquejos estaban marcados con números. Enseguida el fucilazo del apuntador enfiló sobre una de ellas, un inesperado artilugio sobre el cual se clavaron mis ojos, apenas el fiscal lo presentó de forma deliberada. Mientras explicaba:

—Señor Juez quisiera enseñar al acusado una de las pruebas recabadas en la escena del crimen. Con un objeto como este alguien asestó más de dieciocho golpes al sacerdote Afonte. En el rostro, el cráneo, el tórax y los brazos, sobra decir, las múltiples fracturas que ello le causó.

—¿Conoce usted este barrote señor Dickens? –consultó.

—Objeción, señor juez— persuadió Orionza—la pregunta a mi defendido resulta confusa y demasiado ambigua.

—No ha lugar—dictó Urtengoya— responda la pregunta.

Seguí mirando el hierro sin poder decir nada.

– ¿Qué ve usted en este artilugio? ¿Se le hace conocido?—insistió.

– ¿A qué se refiere?—Apenas balbuceé.

Puesto que resultaba muy similar al que frecuentemente usaba para asegurar el ventanal y evitar que misteriosamente este se abriera. No podía ser el mismo fijador, empero, si la intención de aquellos canallas era inculparme, nada les habría costado tomarlo de mi apartamento y hacerlo aparecer como una prueba más de mi supuesta culpabilidad.

En ese momento no supe que decir. Y el silencio fue mi respuesta.

—¿No lo reconoce?—el fiscal me miró con un dejo de asombro. Sin duda intuyó que su triunfo estaba cerca. Volvió su rostro hacia el juez y me miró nuevamente.

—Es todo por ahora señor Juez—dijo el fiscal.

Señor Dickens puede regresar a su puesto—ordenó el fiscal.

Avancé pasmado, con la cabeza embotada de confusiones y me senté de nuevo junto a Orionza, quien me observó con gesto desconcertado. Entretanto, el fiscal enunciaba:

— Su señoría le solicito que admita el elemento material probatorio marcado con el número uno como prueba.

—¿La defensa presenta objeción?— preguntó Urtengoya.

—No su señoría—negó Orionza con un gesto.

Y Jáuregui continuó.

—Señor juez, señores del jurado, asistentes. Este hierro que acaban de ver fue encontrado en la residencia de Gabriel Dickens, usado para valer como fijador de un ventanal— señaló—Pero muchas veces las cosas suelen no ser lo que parecen.

Gracias a la pericia y compromiso del cuerpo de agentes investigadores, quienes meticulosamente tomaron en cuenta cada detalle por intrascendente que pudiera resultar en su momento. Esta prueba llegó a manos de nuestros expertos forenses, quienes una vez realizadas las pruebas periciales practicadas en la correspondiente autopsia del cuerpo de John Afonte. Encontraron múltiples señales que pusieron de manifiesto que las agresiones en el cuerpo de la

víctima, las cuales provocaron su deceso. Fueron ocasionadas por el objeto que acaban de ver— Sentenció finalmente Jáuregui.

Un murmulló general se apoderó de la sala de audiencias.

—¡Orden, orden!— increpó el juez—continúe señor fiscal.

—Múltiples hematomas, fracturas y contusiones; reveladoras del sufrimiento previo a la terrible muerte a la cual el acusado sometió a su propio amigo y benefactor— entonó con voz fibrosa el fiscal— Con ensañamiento y sin la menor compasión, con premeditación y alevosía. Simplemente esperó estar lo suficientemente cerca, calculando el sitio propicio donde acercarse a su víctima, tranquilamente, sin ser descubierto. A ese hombre quien fuera su amigo por tantos años.

Seguramente le pidió que se tranquilizara, pero en ese momento el padre Afonte sabía muy bien lo que sobrevendría. Por eso giró e intentó huir, pero tuvo la mala fortuna de adentrarse en un callejón cerrado.

El primer golpe de la barra lo dejó aturdido, probablemente, con una fuerte contusión en las costillas que lo obligó a arquearse, fue cuando vino el segundo golpe, esta vez en la cabeza. Causando una herida profunda en la piel del cuero cabelludo. En ese momento debió caer sentado con sus manos extendidas intentando protegerse. En medio de la borrasca, el asesino le propino otro golpe que le fracturó tres dedos de la mano derecha. De ahí vino una nueva andanada de golpes, dieciocho en total, sin misericordia alguna.

Solo hasta dejarlo completamente inmóvil, el acusado se tomó una pausa. Quizá se quedó contemplándolo sin ninguna compasión, satisfecho de su acto, mirando la sangre que manaba del cuerpo para mezclarse con la lluvia, quizá hasta sonrió antes de alejarse.

—Objeción señor juez—exclamó de nuevo el abogado poniéndose de pie y mirando a este—durante todo el juicio el señor fiscal ha obrado con temeridad, supuestos y expresiones injuriosas respecto de mi defendido. Solicito que quede constancia de esto en el acta.

A continuación vino otro testigo presentado por Jáuregui, una vecina de la cual solo hasta ese día supe su nombre.

—Podría decir su nombre.

—Sí, mi nombre es…

—¿Reconoce usted la imagen del vehículo marcado con el número cinco?

—Sí.

—Alguna vez vio al acusado conducirla.

—Si, en algunas ocasiones lo vi llegar hasta la bahía de parqueo y salir en ella.

—¿Podría confirmar si la placa corresponde al mismo vehículo que dice? Auscultó el fiscal.

—No estoy segura. Diría que se trata de la misma camioneta.

—Objeción—dijo el abogado—la testigo no está segura que se trate del mismo vehículo.

—No ha lugar—indicó Urtengoya y el fiscal continuó:

—¿La noche del día…vio a Gabriel Dickens dejar el apartamento?

—Sí, señor—asintió.

—¿Es posible que el acusado, saliera a esa hora para evitar ser visto?

—Objeción—dijo Orionza—el fiscal esta argumentando y conduciendo la respuesta del testigo.

—¡A lugar!—indicó el juez.

—Notó si llevaba algo consigo—prosiguió Jáuregui.

—Sí, portaba a hombros un envoltorio que parecía ser pesado—señaló ella.

—Objeción—exclamó el abogado—la testigo no puede inferir si lo que transportaba el señor Dickens era pesado o no.

—Ha lugar—dijo el juez.

—¿Recuerda la textura o color de este paquete?—siguió Jaureguí.

—Parecía ser un tendido de cama, de color oscuro.

—Pero usted se encontraba a más quince metros, y vio una persona que avanzaba en medio de la lluvia—irrumpió Orionza—además era de noche. ¡Usted no pudo haber apreciado con tal claridad que se tratara del señor Dickens, ni tampoco lo que llevaba consigo!

—Objeción—dijo el fiscal—el abogado intenta confundir a la testigo.

—Mantenga la compostura en este tribunal, abogado—conminó el juez—y aguarde el momento para el contrainterrogatorio.

—Sí, su señoría— consintió el legista.

—¿Qué hora era cuando vio salir al acusado?— siguió el fiscal.

—Poco más de las nueve y media, lo sé porque antes de asomarme por la ventana, miré el reloj—aseguró la mujer.

— Señor juez solicito que quede en el registro que la testigo ha identificado la vivienda, el vehículo del acusado, además de la hora en que lo vio salir— instó Jaureguí quien se alargó en su planteamiento:

La noche en cuestión, Gabriel Dickens, dejó su habitación y se dirigió a la sala donde yacía el cuerpo de Miranda González, en su mano llevaba un tendido de cama en el cual pensó envolver los restos. Cuando terminó de enlazar la siniestra mortaja se dirigió a la puerta, retiró el seguro y abrió. Luego arrastró por el pasillo el cuerpo sin vida de la víctima y al llegar a las escaleras, lo levantó para ponerlo sobre su hombro, lo cual debió costarle un poco de esfuerzo, por la constitución física de la occisa. Cuando superó ese primer escollo, tomó la camioneta y condujo más de veinte kilómetros hasta llegar a la cabaña, en cuyas inmediaciones enterró el cuerpo. Poco antes de la once pm regresó Gabriel Dickens a su apartamento. Ese día fue el último que familiares y amigos verían a Miranda con vida.

—Su señoría, la fiscalía solicita la admisión como prueba de los elementos de material probatorio número tres, cuatro y cinco.

Así, cada supuesto caso en mi contra fue expuesto en detalle por el fiscal, quien quería presentarme con un monstruo despiadado, sostenido por la severidad de pruebas y testigos.

Un par de veces más pasé al estrado, y si bien expliqué que tenía trato con algunas de esas personas, la mayoría de ellas no eran cercanas. Ni tampoco nos reuníamos eventualmente. A algunos apenas si los había visto una vez, por otra parte, insistía en dudar de la muerte de John o Miranda. Aunque la confusión de mis pensamientos era

cada vez mayor, y ya no conseguía discernir la realidad de la ficción, sintiéndome atrapado dentro de una pesadilla.

Por supuesto, que negué cada una de esas muertes, precisando que mi única intención había sido ayudar e insinuando incluso que todo eso, podría tratarse un complot orquestado en mi contra.

—No sé nada de eso…no sé nada—exclamé casi gritando —¡están cometiendo una injusticia conmigo!

Pero la saña del fiscal carecía de confines, emergiendo una y otra vez sus señalamientos.

—También ocurrió algo que no deja de generar suspicacias—argumentó luego— y podría resultar decisivo para la investigación sobre la desaparición, hace dos semanas, del senador Juan Antonio Gorky. Ya ustedes habrán oído sobre este caso tan mentado en los medios—y continuó:

—Se trata de una primera llamada realizada desde el número telefónico del acusado, a la oficina del senador, de quien hoy desconocemos su paradero. Y otra justo una semana después—añadió—. No quiero pensar lo peor, pero tal vez el imputado tenga algo para contarnos al respecto.

Orionza frunció el seño.

— ¡Objeción! Señor juez, no existe prueba de ningún tipo de relación entre mi defendido y el senador. Y respecto del asunto de la llamada, creo todos lo podemos entender, puesto que también nos ha ocurrido alguna vez por error, marcar un número telefónico símil a otro. ¡Señor juez no podemos convertir a este hombre en el chivo expiatorio de todos los crímenes de la ciudad!—señaló el abogado.

—¡El señor fiscal está llevando al jurado en dirección de delitos por los cuales mi defendido no ha sido imputado y claramente, esto vulnera sus derechos!—concluyó.

—¡Ha lugar! –exclamó el juez.

De inmediato los medios de comunicación aletearon sobre este último comentario y frente a sus cámaras los corresponsales se apresuraban en enunciar:

—Un nuevo giro parece tomar el juicio del asesino de Centro Alto. Esta tarde el fiscal de Treum, dejo entrever la posibilidad de que

el senador Gorky quien continua con paradero desconocido. Haya tenido algún tipo de contacto con el acusado Gabriel Dickens. La sospecha se sustenta en un par de llamadas realizadas por este último al despacho del político. La comunidad, está temiendo lo peor. Seguiremos informando— informó la periodista y símiles anuncios se sucedieron a lo largo de la audiencia.

—Gabriel ¿acaso tiene algo que ver con la desaparición del senador? Debo saberlo—murmuró el abogado observando con preocupación.

—Ni siquiera lo conozco—dije escuetamente—¿Qué tengo que ver con él?

—Gabriel debe decirme la verdad.

—Se la he dicho abogado. Le he narrado cada detalle de lo que ha sido mi vida las última semanas— observé— Cada persona con la que he hablado, cada reunión que he tenido. Le aseguro que no tengo idea de lo que dice el fiscal.

Pero Jáuregui instó al juez a permitir declaraciones a este respecto, y el juez al final accedió.

El Fiscal presentó, entonces, a un perito quien certificó que era mi voz la que aparecía en una cinta, producto de una antigua llamada al despacho del senador, de esta entregó una transliteración como prueba y ratificó la exactitud del contenido.

Luego una mujer que se identificó como la secretaria de Gorky, también testificó. Asegurando que había recibido un par de llamadas de mi número telefónico.

—El señor Dickens ¿Dijo algo más durante la comunicación?

—No, colgó de inmediato.

—¿Reconoció la voz al otro lado de la línea?

—No.

— ¿La había escuchado antes?

— No, nunca.

Al final y aunque se permitió la comparecencia de estos dos testigos, se desestimaron las pruebas, por la insuficiencia probatoria que me relacionara de algún modo con Gorky. Al menos era algo.

Luego, Jaureguí, entendiendo que no podría asociarme con la desaparición del senador. Finalizó su presentación diciendo:

–Señores es Dios, quien perdona los pecados, pero es la justicia terrenal su mano en la tierra. Por eso les pido que este día se haga justicia. La única posible en este atroz caso.

Acudiendo a su justo razonar ante el evidente ensañamiento con el cual se han cometido estos crímenes, la fiscalía solicita que Gabriel Dickens sea acusado por el secuestro y asesinato en primer grado cometido en la persona de: John Afonte, Miranda González, José Antonio Rodríguez…y así continuó con una lista a la que agregó otras víctimas. Y condenado con una pena no menor de veinticinco años de cárcel.

Luego del extenso y detallado relato del fiscal sobre los múltiples asesinatos e incluso desapariciones, sentí una extraña sensación, como si en mi mente una película se rebobinara trayendo todas esas imágenes que aquel describía, ubicándome en cada escena de crimen, pero entonces al verme no era realmente yo, sino otro cuyo semblante era equivalente.

CAPÍTULO LXI, ARGUMENTACIONES DE LA DEFENSA

Correspondería entonces el turno al abogado de la defensa, pero al hacerse tan extensa la exposición del fiscal, la audiencia debió ser aplazada para el día siguiente. De regreso a mi presidio comprendí horrorizado, la verdad que se desnudaba ante mí. La gravedad de todo aquello y por primera vez contemplé la posible autenticidad de la trágica pérdida de mi amigo, de Miranda y tantas otras personas. Realmente ¿Podría haber ocurrido algo semejante?

—Mañana tendremos algunas declaraciones que podrían favorecernos—aseguró con convicción Orionza—le pido de nuevo que conserve la calma durante la audiencia, Gabriel, sé que esto no es fácil para usted—concluyó descargando la mano sobre mi hombro, antes de despedirse.

La mañana siguiente, de manera puntual arribamos a la reunión establecida a las once. Con el objeto de presentar las evidencias que me liberaran de tal maraña. Al dejar el centro penitenciar me sentí confiado, un tanto liberado de mis cargas.

Ya en el tribunal penal, Urtengoya, explicó que en la diligencia, se daría el turno a la defensa para presentar su alegato y posibles discrepancias en los dictámenes practicados, y así definir mi responsabilidad en dichos crímenes.

Esta vez el abogado quien sería el primero en hablar y describiría los hechos por los cuales me encontraba acusado. Puso su mano sobre mi hombro y dijo:

—Pase lo que pase debe conservar la calma—

Luego de ponerse de pie y saludar a todos los presentes, Orionza, dio inicio a su fundamento:

—Ha sido desde todo punto desaconsejable y negativo para el caso, que la fiscalía haya exceptuado la que es quizá, la prueba fundamental en este proceso. No se trata de otra que el arma homicida, la cual aporta sin duda luz a este caso—señaló mientras se proyectaba una imagen del cuchillo.

No conseguía entender hacia donde apuntaba el abogado, quien en lugar de defenderme parecía señalarme y quise irrumpir en su alegato.

—Señor Dickens permítame continuar. Porque usted descubrirá este día una abrumadora verdad, de la que también ha sido víctima— estableció el legista, silenciándome enseguida y prosiguió:

—Existe una gran diferencia que la fiscalía pareció obviar, en la forma como se produjeron las heridas y la pretensión de la defensa no es otra que esclarecer los hechos acaecidos—dijo y continuó— ahora su señoría, quisiera convocar a este estrado al doctor Bessette, forense del caso.

A los pocos minutos este se hizo presente en el tablado.

—Doctor podría decirnos si ¿Se hallaron marcas de presión en la piel de alguna víctima?—inquirió el abogado.

—Así es— manifestó escuetamente el perito.

—¿Qué tipo de marcas?

—¿Producto de la presión de los dedos?— señaló.

—¿Se pudo establecer de que mano? Insistió el abogado.

—La mano derecha—indicó el forense.

—¿Es correcto decir que el agresor sostuvo a la víctima con la mano derecha, mientras descargaba el cuchillo, con su mano izquierda? –corroboró Orionza, simulando el ataque.

—Es lo que se pudo colegir—asintió el perito.

—Doctor ¿Quiere decir esto que el asesino era una persona zurda?

—Sin duda.

—¿Cómo se pudo precisar esto?

—Por el ángulo de la herida, se evidenció que el arma utilizada se descargó sobre el cuerpo con la mano izquierda.

—¿Hubo algún forcejeo, pudo ser accidental el uso de la mano izquierda en estos hechos?

—No hay evidencia de forcejeo en la mayoría de las víctimas.

—Gracias doctor Bessette —asintió Orionza y se dirigió enseguida al juez—Se señoría solicito se acepte como prueba lo expresado por el forense.

Luego hablando a la sala y el jurado indicó:

—El Doctor Bessette acaba de ilustrarnos, como el autor de los asesinatos es zurdo. Esta prueba médica por sí sola, contradice la versión de que el asesino sea Gabriel Dickens, hoy acusado del crimen, quien es diestro. No pretendo con esto ocultar la irrefutable evidencia que se ha presentado a lo largo de este juicio, pero si demostrar que en el plano de la siquiatría, Gabriel Dickens, no es culpable de tales actos—de ese modo perpetuó su elucidación:

—Es indispensable en toda investigación, la forma como fueron encontrados los cuerpos, la manera en que se llevaron a cabo los crímenes ¿pero acaso un detalle clave como este podría dejarse de lado?—espetó el abogado enfilando la mirada a la audiencia.

Además ratificó que este hallazgo que en principio parecía irrelevante para la causa, tenía una relevante importancia para esclarecer los hechos. Y a continuación infirió de nuevo, como se

llevaron a cabo los asesinatos que la fiscalía mencionaba, exponiendo la posible secuencia del crimen.

—La mayoría de estas personas arribó de manera voluntaria a la vivienda del señor Dickens, esto es fácilmente comprobable gracias a la correspondencia virtual sostenida con la mayoría de ellos. Lo que sucedió en aquellas reuniones es lo que se intenta aclarar por medio de estas audiencias, y desde todo punto puedo decir que no hubo premeditación ninguna por parte del señor Dickens, para lo que sucedería luego— aseveró Orionza quien prosiguió:

—Conforme a lo expresado por el doctor Bessette, el asesino habría usado la mano izquierda para llevar a cabo tales crímenes— remachó el legista— y esto se pudo inferir por la inclinación de la herida y las diversas pruebas que el área forense realiza. De acuerdo con dichas pesquisas, quien cometió el crimen abordó en estado de indefensión a sus víctimas recostadas sobre el suelo, boca arriba. Posición en la cual le propinó un corte que requirió no solo de precisión, sino de una fuerza de impulso determinada. Y reitero que el ángulo de incidencia de la hoja del cuchillo usado, indica el uso de la mano izquierda, lo que sin duda resultaría dificultoso para un diestro. Es esta la impronta del delito. Ya entenderán la importancia de esta particularidad—concluyó Orionza, ganando la atención de todos, incluso, de Jáuregui.

—Su señoría pido que se convoque ante esta audiencia a la señorita Camila Fernández.

Enseguida se presentó la mujer, que no era otra que la secretaria de Gabriel, al verla me sentí ávido de conocer su versión sobre lo sucedido con John, y poniéndome de pie le consulté.

—¿Camila que es lo que pasa? ¿Qué ocurrió con Gabriel?

Pero antes de siquiera girar para observarme, el juez me reconvino con dureza y ella digirió su mirada a este saludándole y tomando asiento. Y de inmediato, Orionza inició a hablar anulando mis posibilidades de cualquier aclaración.

—Camila podría decirnos ¿conoce al acusado?

—Si lo conozco.

¿Cómo lo conoció?

—Era amigo de John. Lo conocí por medio de él— rotuló con voz quebradiza.

—¿Cómo podía describir la relación entre ellos?

—Era buena, cordial y afable.

—¿Diría que eran mejores amigos?

—Objeción—dijo Jáuregui—el abogado, está pidiendo al testigo una opinión personal.

—A lugar— espetó el juez.

—Cambiaré la pregunta, señor—dijo Orionza—Camila, ¿Frecuentaba Gabriel al sacerdote? ¿El trato hacia este era respetuoso y amigable.

—Así es—abrevió ella.

—¿Los vio discutir alguna vez?

—No. Nunca.

—¿Cómo se expresaba John Afonte, en relación con Gabriel Dickens? ¿Alguna vez se refirió a la amistad que tenían?

—Sí. En un par de ocasiones mencionó que era su mejor amigo. Y sé que se conocían desde la universidad.

—Pasando a otro tema—prosiguió el abogado—¿En las ocasiones que Gabriel visitó a John ¿Vio usted alguna vez al acusado escribir con su puño y letra?

—Sí. Lo vi—dijo ella.

— ¿Que tan a menudo?—

—Unas cinco o seis veces cuando fue a ver a John.

—¿Qué vio exactamente? ¿Lo vio firmar, dibujar…?

—Ambas cosas—dijo ella— a veces los encontraba haciendo bosquejos arquitectónicos en la oficina.

—¿Con que mano escribía o dibujaba el señor Dickens, las veces que lo vio?

—Con la mano derecha.

—Repita por favor ante los presentes con que mano, vio escribir y dibujar al señor Dickens?

—Con la mano derecha— revalidó Camila.

—Objeción, señor juez, eso no indica que el acusado no pueda ser ambidiestro.

En ese momento, Orionza, pidió autorización al juez para ponerme de pie y dirigirme hasta un papelografo instituido en la sala. Una vez ahí, me pidió que escribiera y realizara algún diseño primero con la mano derecha, y luego con la zurda, el segundo por supuesto salió bastante torcido, cuando intenté hacerlo con esa mano, con la que no era muy hábil.

— Su señoría, solicito que admita la declaración de la señorita Camila Fernández como prueba.

—¿La fiscalía tiene alguna objeción?—inquirió antes Urtengoya.

– Ya entiendo cuál es el acuerdo que quiere plantear su abogado, señor Dickens. Pero por favor, ¿podría dejar de obstinarse en representar una farsa de inocencia? Y ponerse del lado de la justica, asumiendo sus macabros delitos—dijo con exasperación el fiscal, dirigiendo su furia contra mí.

Luego incorporándose de su silla, observó con los ojos desbordados al jurado, asegurando que existía un inminente riesgo de reiteración delictiva por parte mía. Que podría atraer a otros incautos y nada impediría que pudiera proceder de la misma forma.

La sala se volcó en un hervidero de bisbiseos y alegatos, que solo pudieron ser silenciados por el rugido de la voz del juez, intentando aplacar los humos y luego sermoneando a Jáuregui.

—Señor Fiscal, limítese al alegato concreto respecto de las pruebas.

—Si, su señoría—asintió este, regresando a su sitio.

En el transcurso de la audiencia de defensa, el abogado convocó a otros testigos, entre ellos, un experto en grafología que certificó lo que yo ya sabía, que tácitamente era derecho, y mi habilidad con la mano izquierda era bastante limitada, a la hora de realizar algunas tareas. Además de este experto, citó incluso, a un par de docentes de mis épocas escolares y universitarias para corroborar dicho testimonio. Al igual que el grafólogo ellos confirmaron esta particularidad.

No tenía la menor idea de hacia dónde se dirigía Orionza, empero, aguardé sereno como él lo solicitara. Aun cuando emergió la sorpresiva comparecencia de un testigo inesperado. El doctor Clark.

—Doctor ¿Conoce usted al señor Dickens? ¿Ha sido su paciente?

—Sí. Lo fue—Respondió.

—¿Podría revelarnos su conclusión científica durante el tiempo que trató a Gabriel?

—Claro que si— asintió el vejete—Conocí a Gabriel, quien me contactó por medio del padre John Afonte, su benefactor.

—¿Cómo era esa persona que llegó a su consultorio?—inquirió Orionza.

—La primera vez que lo vi me pareció un joven tranquilo, un tanto introvertido, quien a lo largo de la consulta me describió las razones de su visita. Pero fue en el transcurso de posteriores que pude identificar en él síntomas de ansiedad, trastornos afectivos, depresión. Posteriormente emergieron otras patologías como pánico, estrés, alteración del apetito y abuso del cigarrillo.

—Estas particularidades de su paciente ¿lo condujeron en una posible dirección?

—Así es. Luego de algunas entrevistas con Gabriel, empecé a entrever que podría tratarse de un posible trastorno de identidad disociativo— observó Clark.

—¿Que quiere decir el término para comprensión de todos? doctor Clark—interrumpió el abogado.

—Claro—respondió el psiquiatra— El trastorno de identidad disociativo fue llamado en un comienzo: trastorno de personalidad múltiple.

—Disculpe la interrupción. Por favor continúe doctor—invitó el legista.

—En algún momento, Gabriel, reveló que en ocasiones escuchaba voces, que según describió parecían emerger de su propia mente. Además de esto padecía intensos y repentinos dolores de

cabeza. También evidenciaba una distorsión de la realidad temporal, y lagunas mentales.

—Disculpe doctor, de acuerdo con lo que nos explica y según su punto de vista, podríamos decir que ¿Era consciente o no el señor Dickens de sus actos?— examinó el abogado.

—Las personas que padecen este tipo de trastorno, con frecuencia no recuerdan algunas cosas, como: cambios en su comportamiento o conversaciones con otros, incluso escritos realizados por ellos mismos, los cuales no reconocen.

—¿Entonces podemos afirmar que Gabriel Dickens padece trastorno de identidad disociativo?

—Estoy convencido de ello—asintió Clark.

Quedé perplejo observando a los dos hombres mientras hablaban, sintiendo que la realidad se cuarteaba en pedazos ¿Qué demonios era lo que manifestaba el vejete? ¿Era parte de aquel complot? O ¿realmente yo estaba loco?

Sentí el corazón precipitado, las manos temblorosas y concluí que nada bueno saldría de aquel testimonio, entretanto, el abogado alcanzaba el punto al que evidentemente quería llevar el asunto.

—¿Cómo se genera este padecimiento?— averiguó Orionza.

—En el caso de Gabriel, pudo haberse desarrollado en los primeros años de su niñez, quizá entre los cinco o seis, cuando desplegó una personalidad alterna llamada Michael.

<¿De qué habla doctor— murmuró mi mente—Michael, es solo un niño, fue mi vecino. No entiendo nada>

Pero al intentar refutar aquel absurdo, quedé enmudecido.

El legista prosiguió:

—¿Podría haber sanado de su padecimiento, el señor Dickens, en las sesiones que asistió a su consultorio?

—Claro que no. Gabriel solo me visitó en unas diez ocasiones, y la búsqueda de integrar estas personalidades en una única o cuando menos generar una interacción armónica entre ellas, solo inició en la sesión sexta o séptima—indicó el médico—Este es un tratamiento que puede prolongarse por cuatro o cinco años en algunos casos…

Así continuó Clark, describiendo una extraña enfermedad psicológica que parecía ser la causante de toda aquella desgracia. Y yo permanecía adherido al sillón como un simple espectador, que no conseguía adjudicar ningún sentido a lo que decían.

—Lo que encontré a través de mis reuniones con Gabriel Dickens, patentizó un caso de disociación de la personalidad, una clara discontinuidad en su pensamiento consiente— expuso el psiquiatra— Muchas de sus ideas eran inconexas, y la respuesta que cualquiera de nosotros tendría ante eventos traumáticos, no generaba en él, ningún tipo de emoción. Este “embotamiento” psicológico, por llamarlo de algún modo, me condujo en dirección de del trastorno disociativo de personalidad. En el cual había cuando menos dos personalidades preponderantes y claramente identificables: una de ellas Michael, una proyección de su niñez.

La otra era Rita, que realmente se presentó más como una invención romántica, ambas sin conexión entre ellas, con amnesia recíproca. Estas empezaron a tomar el control de su vida en forma rutinaria.

—Objeción—dijo el fiscal en ese momento—el testigo está asumiendo una postura.

—No ha lugar— selló el juez, quien parecía interesado en el desenlace de aquella evidencia. Así que Orionza continuó:

—Doctor ¿Qué pudo provocar esta patología en el señor Dickens?

—Pudo desarrollarse en sus primeros años de infancia, a causa de una niñez problemática— observó Clark— al interior del hogar hubo una serie de inconvenientes a los que un niño normalmente no estaría expuesto.

—¿Qué tipo de inconvenientes?

— Drogadicción y abusos.

—lo que dice doctor es que ¿Gabriel Dickens fue abusado por sus padres?

—Cuando menos por uno de ellos. Si.

—Doctor ¿alguna vez vio a Michael, la personalidad alterna de Gabriel Dickens?

—Sí. En efecto la personalidad de Michael, salió a flote en un par de ocasiones.

—¿Qué tanto difería este, del Gabriel que usted conocía?

—Diría que eran totalmente opuestos.

—¿Era agresivo? ¿Intentó atacarlo alguna vez?

—Me tomó por el brazo en una de esas ocasiones—dijo Clark.

—Con que mano lo hizo.

—Con la izquierda.

—¿Pero usted sabia que Gabriel es derecho?

—Sí. Lo sabía.

—Tuvo la oportunidad de corroborar esta particularidad de otra manera.

—Claro. Por medio de un test. Durante una sesión en la cual emergió Michael. Ese día me causó curiosidad notar que era zurdo—indicó Clark—y corroboré mis sospechas respecto de la patología del paciente.

—¿Como resultado de su experiencia, resulta familiarizar esta conducta en personas con padecimientos similares?

—Es frecuente—Asintió Clark— generalmente las personalidades alternas modifican algún patrón de conducta, bien sea con un tic, la forma de caminar, el uso de accesorios como gafas, entre otros.

—puedo preguntarle ¿Cuánto tiempo lleva ejerciendo su profesión doctor?

—Más de treinta años.

—Cuantos casos como este ha atendido.

—Entre siete u ocho.

—Gracias doctor Clark por su valioso testimonio— reconoció Orionza, quien luego avanzó un par de pasos hacia el juez—su señoría, solicito la admisión de esta declaración como elemento probatorio.

—La fiscalía no presenta objeción—declaró de inmediato Jáuregui, pero hace salvedad que la opinión personal de una persona, no redime al señor Dickens de estos horrendos crímenes.

Luego, Orionza hablando al jurado señaló:

—Señores miembros del jurado como he visto este día, y revalidado con el argumento de incuestionables profesionales. La persona que cometió estos crímenes es alguien completamente ajeno al comportamiento y maneras del señor Dickens, quien como han observado ha sido víctima de una sociedad permisiva e inmoral, con los más indefensos. Y pregunto: ¿Acaso puede aplicarse el principio de justicia, con el simple objeto de sancionar estos crímenes, condenado a una persona que está hoy sentada en esta sala, sin tener la menor idea de lo que sucede. El no entender las complejidades de la mente humana, no puede empujarnos hacia una justicia inquisitiva, por el contrario, esta debe obrar en pro de todos por igual, y adentrarse por caminos que aun resultando incomprensibles, se instituyan sobre el principio de la equidad.

—¡Señores Gabriel Dickens es solo otra víctima del verdadero asesino, aun cuando este cohabite en su propia mente—exclamó con fervor y convicción el abogado.

Apenas Orionza concluyó. El fiscal pidió autorización para realizar su contrainterrogatorio, intentando desvirtuar la importancia del testimonio de Clark, respecto de cada una de sus respuestas. De cualquier modo, el testimonio de este fue tenido en cuenta, según estableció Urtengoya.

—Esto reditúa a favor de nosotros—murmuró Orionza con gesto emocionado—al regresar a su puesto junto a mí.

—Doctor, no comprendo lo que intenta lograr. De hecho siento que me hace parecer culpable.

—Gabriel, desde un principio se lo dije— espetó el legista mirándome a los ojos—fueron sus manos las que cometieron esos crímenes—sentenció. Lo miré pero no recuerdo nada de lo que sucedió a continuación. En un momento el salón de juicio se tornó difuso y apenas si la voz del abogado me mantenía en aquel lugar.

CAPÍTULO LXII, DE OTRAS PRUEBAS PERICIALES Y TESTIGOS

A continuación la transcripción de uno de los instantes más inquietantes del juicio a Gabriel Dickens "El asesino de Centro Alto", en momentos en que se encontraba junto a su abogado:

—¿Qué fue lo que ocurrió Gabriel? intente recordarlo, no le dé a Michael más poder del que ya tiene. Demuestre a estas personas su inocencia y señale al verdadero culpable de esta tragedia—murmuró el abogado, sentado junto a su defendido.

Este testimonio fue dado por las personas que se encontraban próximos a ellos, durante la audiencia. Ellos aseguran haber escuchado una voz completamente disímil a la del acusado.

"Michael alargó la mano y girando el pomo abrió la puerta. La habitación estaba oscura y solo la alumbraba la luz tenue de una lámpara. Él miró al interior del cuarto, yo sentí mucho miedo… pensé que iba a desmayarme, no quería entrar ahí. No quería que él hiciera eso. Creí que ella estaría dormida, pero al afinar la mirada me encontré con sus ojos que me observaron quietamente; entonces, levantó su cabeza y susurró mi nombre. Todo era confuso mientras caminaba, luego ella giró y me mostró su dorso desnudo, y reclinó la cabeza sobre la almohada mientras reía y repetía.

—Ven, no temas.

Al instante volvió su mirada hacia mí, pero esta vez sus ojos eran de fuego.

—Vámonos Michael— susurré, para que ella no nos oyera. Supe que era una mala idea seguir ahí, pero el insistía.

—Michael déjala, salgamos—supliqué, pero él me tomó con fuerza por el brazo y me obligó a seguirlo. Justo cuando ella viró de nuevo…"

—Gabriel, luche contra él, usted sabe que no es su amigo. Él sería capaz de destruirlo si tiene la oportunidad—instó el abogado Orionza.

—¡Nooooooo…!

Se sintió de pronto un bufido estremecedor que se desprendía de la garganta del acusado, pero no era su voz, insisten los presentes. Algunos lo describieron como estar presenciado un caso de posesión, otros aseguran que era como ver otra persona.

—Gabriel siga conmigo, yo le creo. Usted puede contar conmigo— exhortó el abogado.

"Idiota, largateeee—retumbó una voz seguida por un estertor abrumador que al instante pareció mutar en la voz de un chiquillo entonando una canción de ronda: Corderito, corderito…"

Por respeto a las familias, a los implicados en el juicio y bajo la premisa de la prudencia, el juez ordenó que las cámaras de los medios de comunicación fueran apagadas. El desconcierto era total en la audiencia. Entretanto, el abogado se esforzaba por serenar al acusado.

—Gabriel siga aquí. Sé que puede vencerlo. ¡Vamos Gabriel!

"Qué demonios pasa" replicó una voz realmente alucinante.

—¡Gabriel…Gabriel!—persistió el abogado.

En ese momento aquella inexplicable embestida emocional se detuvo. Gabriel Dickens miró a su alrededor con un evidente dejo de sorpresa. Los rostros de las personas estaban completamente aturdidos. Luego pareció intentar levantarse de su silla, se le notaba confuso, como si simplemente quisiera salir a tomar aire, pero la mano del abogado lo detuvo.

—¿A dónde cree que va?

—¿Qué? —pregunté mirando a Orionza.

Sentía el corazón arder, la cabeza me estallaba, y flotaba en el aire como si hubiese dejado mi cuerpo y apenas regresara a él.

—¿Qué pasó?— averigüé impreciso.

—¡Orden en la sala!—bramó la voz del juez—vuelva a su lugar señor Dickens—ordenó al segundo.

—Vamos siéntese Gabriel—invitó amablemente el abogado.

Entonces me detuve junto a la silla y tomé asiento.

—¿Puede continuar con la defensa doctor Orionza? o ¿tal vez requiera de un receso?— consultó Urtengoya.

—Seguiremos señor juez—dijo este, quien se notaba pálido y un tanto consternado— para no demorar más la audiencia quisiera llamar al estrado al doctor Manuel Balaguer.

Según manifestó el abogado un reconocido perito máster en psiquiatría. Quien presentaría su informe sobre los exámenes realizados. Yo le conocía como cabeza del grupo de psiquiatras, que Orionza había solicitado me evaluara semanas antes.

En pocas palabras la declaración testimonial de este perito particular coadyuvaría de algún modo en mi defensa, según expresó el legista. Ofreciendo elementos probatorios y controvirtiendo los dictámenes periciales de Jáuregui. Fundamentalmente, y a petición de la defensa, Balaguer, a través de estudios técnicos y científicos, soportados en la constancia que obraba en el expediente. Por medio de la reconstrucción de hechos, del estudio de pruebas físicas y otros elementos, elaboró un dictamen específico que supuso asistir a Orionza en la corroboración de la defensa planteada.

Este dictamen, claro, fue diferente al peritaje oficial de la Fiscalía.

Por ejemplo, el perito aseguró que la propia magnitud de los crímenes, exigía la solicitud oficial de un experto, dado los estimables tintes de violencia que apuntaban hacia una evidente patología. Por tanto, podía existir una contradicción en la averiguación del ministerio público y su intención de aclarar los hechos, fue así de tajante en su planteamiento, ante la mirada sorprendida del fiscal.

—Doctor Balaguer, le agradezco su comparecencia— expresó Orioza— ahora le pido que refiera lo que usted y su equipo de trabajo, hallaron respecto de los estudios realizados a Gabriel Dickens. De lo cual, por supuesto, se ha entregado informe escrito a las partes activas de este juicio.

Luego de inclinar su cabeza en señal de reverencia a los presentes, el psiquiatra procedió con su informe.

—Bien. Lo que debo decir es que la pericia psiquiátrica solicitada por la defensa, arroja hechos contundentes que demuestran

un trastorno de personalidad y anomalías en la percepción de la realidad por parte del acusado.

—En ese caso, podría decirse doctor que esta particularidad haya suprimido la conciencia de sus actos y por consiguiente su responsabilidad.

—Objeción aulló Jáuregui —el testigo no puede inferir sobre una decisión que compete exclusivamente a los órganos establecidos por la ley para ducho fin.

—Ha lugar.

—Cambiaré la pregunta — indicó el legista—Doctor, la condición que refiere padece el señor Dickens ¿Demuestra que en algunos momentos no existe conciencia de su parte, respecto de sus actos.

—Así es— sentenció el perito.

—Gracias doctor Balaguer— reconoció Orionza, mientras el interpelado dejaba el estrado.

—Su señoría, le solicito que admita esta declaración como probatorio del estado de salud del señor Dickens—dijo a continuación el abogado.

Jáuregui a pesar de una evidente molestia, no presentó objeción. De modo que la defensa continuó su exposición, dirigiéndose a la audiencia.

Entretanto, sentado en mi asiento, aguardé el colofón de aquel contubernio donde me jugaba la vida. Por un instante mis ojos captaron el reflejo de una existencia oscura y alargada hacia un pasado dominado por la soledad y la tristeza; en medio de una retorcida realidad que no parecía ser la mía. Un mundo de sueños rotos, que las palabras proferidas a continuación por Orionza, corroborarían de forma abrumadora, empujando mi vida por el más lóbrego agujero.

—Con el permiso del señor juez, el fiscal, el jurado y todos los presentes, me permitiré referir quien es el hombre enjuiciado este día, ante la mirada insidiosa de muchos— moduló con afectación en la voz el abogado. Y así prosiguió:

—Gabriel Dickens a temprana edad desarrolló una personalidad introvertida. Contrario a los amigos imaginarios bastante

comunes en los niños, a partir de los dos 0 tres años de edad, en Gabriel, estos seres irreales emergieron como un mecanismo de protección, en el cual el pequeño debió refugiarse. Un mundo de fantasía paralelo donde se sentía protegido—en ese momento su voz se entrecortó e hizo una pausa, que alargó en una profunda exhalación. Orionza lucia realmente afectado. Y yo solo podía escucharlo con toda la estupefacción que su dicción me generaba.

—En este nuevo universo, los fantasmas creados en la mente infantil del señor Dickens, se desarrollaron afectando sus emociones. Tornándolo creativo, a la vez que le ayudaban a superar sus miedos— continuó el legista— Inconsciente de lo que sucedía, resultó difícil para él asimilar el confuso escenario que habitaba al interior de su cabeza. Así terminó por ceder a la convivencia de esas otras entidades dentro de un mismo cuerpo.

—Objeción—irrumpió Jáuregui—la complejidad argumentativa del abogado, solo acomete confundir al jurado y a todos los asistentes.

—No ha lugar—martilló el juez sobre la superficie de madera de su buró, mientras observaba reclinado sobre su solio—prosiga abogado— dijo finalmente.

—Recordemos que en la mente infantil todo es posible, y así, Gabriel se aceptó tal y como era— permaneció Orionza en su elocución— A medida que crecía y su conciencia de la realidad se fortalecía, las personalidades alternas entraron en conflicto por controlar aquel vehículo que habitaban. De pronto pasaron de ser amigos a rivalizar por su supervivencia, Gabriel, consiguió desterrar la mayoría de esas conciencias disyuntivas, con el rescoldo de algunas que eventualmente emergían. Excepto una de ellas, la más fuerte, persistente y posesiva. De la cual hemos escuchado en esta audiencia, gracias al testimonio de los profesionales en psiquiatría. Y seguramente, algunos de nosotros todavía estamos sobrecogidos, puesto que también le hemos conocido hoy. Su nombre es Michael.

—Objeción señor juez—replicó de nuevo el fiscal manoteando sobre su escritorio— el abogado especula, da un testimonio de oídas. Además se aventura por campos que escapan a su

propio entendimiento. Y ni siquiera existe analogía entre está dilatada abstracción dialéctica y los horrendos crímenes por los cuales el acusado debe responder—y concluyó diciendo— pido que quede constancia de lo inadmisible de este fundamento. La fiscalía refuta por completo esta vergonzosa maniobra.

Incluso yo, habría preferido que Orionza culminara con aquel dogma que atravesaba mi alma como una espada filosa, pero entre lágrimas que iniciaron a rodar por mis mejillas. Vi como Urtengoya, hacia caso omiso a la protesta del fiscal y facultaba al abogado para concluir su teoría, este no dudó en hacerlo.

—Fue en Michael en quien se proyectaron todos los conflictos, temores y sentimientos negativos de esos primeros años. A medida que Gabriel se hacía adolescente y luego adulto, Michael, se negó a dejar la casa que habitaba, por llamarlo de algún modo. Ahí se sentía confortable, e intentó ganar la confianza de Gabriel. A medida que lo conseguía, la retorcida lógica de este ser, concibió que debía alejar a Gabriel de todo contexto que hiciera daño a su relación. Michael es una personalidad dominante y violenta, que cada vez se hizo más fuerte, capaz de cualquier conducta, escudado en una supuesta personalidad infantil. Por el contrario, como habrán apreciado a lo largo de este juicio, Gabriel, se condujo como un ciudadano tranquilo y cordial. Empero, cuando era Michael quien controlaba los sentimientos y emociones, podía ser capaz de las conductas más atroces, al punto de disfrutarlo. Tanto que torturaba a Gabriel con una visión distorsionada del mundo. Fue el “amigo imaginario” que se convirtió en un monstruo.

—Esto escapa de cualquier contexto—murmuró Jáuregui —quien me mantenía en la mira con el rabillo del ojo, atravesando la abertura que nos separaba. Mientras arrastraba la lapicera de arriba para abajo, simulando una línea en el escritorio.

Continué observando a Orionza, y mi raciocinio se cerraba estrechando cada vez la rendija de la razón. Aquel relato, resultaba aun peor que la sentencia, era una guillotina rebanando mi cuello. Sentía que estaba en medio del juicio a un extraño, un intruso lucia

igual que yo, que invadía mis pensamientos. El fiscal murmuró de nuevo algo que no entendí.

Acto seguido, el abogado quien se había pausado para beber un poco de agua, siguió arrastrando mi mente por los caminos hieráticos de la locura.

—Señores, abusos y maltratos por parte de los adultos que debían protegerlo— prorrogó el legista—Un niño inocente sometido a toda clase de vejámenes, quien solo pudo ampararse edificando un mundo ficticio. Y me pregunto ¿Dónde estaba en ese momento la sociedad que hoy juzga con dureza a este hombre? ¿Dónde estaba el sistema de justicia cuando estos hechos sucedieron? Cuándo una mujer adicta y trastornada ocupó el vacío dejado por su compañero, con la presencia de un niño hacia quien desarrolló una obsesión enfermiza. Cuando un padre abandonó el hogar del que debió ser su sustento.

Me sentí estremecido, con aquellas palabras cruzando mi mente. Me mordí los labios para no gritar y clavé la mirada contra el suelo. Me sentí enfermo, enfrentado a un pasado que regresaba con todas sus vergüenzas. Mis manos estaban temblando, y las voces en mi cabeza no lograban acallarse. Tampoco podía hablar y pedir un poco de clemencia, mientras una puerta cerrada por tantos años, parecía abrirse de golpe.

— Hay cosas que no tienen explicación —exclamó Orionza con violenta entonación—.Asuntos en los que nadie quiere pensar. Porque no es su hijo quien fue encontrado una noche, por coincidencia en un apartamento ubicado en la calle centro alto, justo en frente del que ocupara años más tarde siendo adulto. Abusado, en medio de un shock catatónico, orando frente a una imagen de la virgen, elevando plegarias infantiles. Ese niño solo pedía un gesto de afecto. Concluyó el legista con inflexión sentenciosa.

Al instante correspondió la refutación del fiscal.

—Gabriel Dickens. Un niño necesitado de afecto—comenzó con esta frase Jáuregui — No tengo deuda que el ideal de una familia es proveer de lo necesario a sus hijos, no solo en lo económico, sino también en lo emocional. ¿Pero acaso todo aquel que vea mermado,

en determinada medida dicho avío, debería ser justificado de toda conducta por la sociedad? ¿Acaso para compensar lo que en su momento se obvió? Incluso cuando dicho desenlace haya provocado la muerte de inocentes. ¡No me diga eso abogado! —gritó indignado el representante del poder público.

—Y encuentro extraño dentro lo que su alocución remarca, una particularidad que pareció manejarse con ciertas impresiones—continuó—y espero hacer claridad en este punto, más no énfasis de ninguna clase respecto de un crimen que no es motivo de investigación hoy— Jáuregui se quedó pensando un instante y luego continuó— Como bien dijo el doctor Orionza, años atrás Gabriel Dickens fue encontrado en un apartamento de la Calle Centro Alto, e intentaré no entrar en mayores detalles al respecto. En efecto se encontraba en estado catatónico, pero es la causa la que no ha sido revelada.

Incluso son haber escuchado los detalles que pronto emanarían de labios de aquel hombre, me sentí demasiado turbado, plano de ansiedad, con el corazón golpeado por un fuerte ramalazo. Entretanto, la ansiedad de los asistentes cargada de morbo, apuraba entre exhalaciones lo que el fiscal revelaría.

No ha dado detalles.

—Es muy extraño y coincidente, tácitamente perturbador los detalles que rodean ese día— desanduvo Jáuregui sobre los hechos.

Mientras yo miraba sus rasgos deformes, su mirada cetrina; su piel como pavesa y esas venas a punto de explotar en manantiales de sangre sobre mi rostro. En su mirada se evidenciaba la dureza de un enemigo inexorable y mi agitación aumentaba.

—Señor juez, miembros del jurado, periodistas y asistentes—dijo el fiscal—En la fecha mencionada, hace casi veintitrés años, José Antonio Rodríguez una de las victimas por las cuales se acusa a Gabriel Dickens. Llegó a su apartamento, en efecto, después de una ausencia de casi dos años. Lo que encontró ese día fue lo que se supuso la escena más brutal para su pequeño hijo, Gabriel. Nadie puedo entender entonces lo ocurrido, pero al llegar a la habitación encontró a su mujer, quien yacía en la cama con un cuchillo de cocina

traspasándole el pecho. ¿Coincidencia con los crímenes que nos reúnen tantos años después? No pretendo afirmar nada. Pero el acusado, sabemos, asesinó a su padre biológico— estableció Jáuregui.

—Sus apellidos, la mayoría de ustedes ya lo saben, le vienen de un hogar sustituto se hizo cargo de él. Se trata del matrimonio integrado por Gerald Dickens, un jubilado británico y Amalia Miller, su esposa. Algunos sentirán extrañeza por la ausencia de ellos a lo largo de este juicio. Pero es probable que ni siquiera sepan lo ocurrido, puesto que no viven en el país, y la comunicación con su hijo adoptivo, es casi nula. ¿Por qué razón se preguntaran?

En ese momento logré articular las palabras que de una inicial indecisión pasaron a un grito indignado.

—¡Ya basta!

—Orden en la sala — dictaminó entonces, Urtengoya, casi con timidez.

Empero, sentí que la interminable cadena de señalamientos había llegado al límite. Y nuevamente dirigiéndome al fiscal espeté:

—Parece que ha pensado en todo ¿verdad? A calculado cada una de sus palabras. Pero ¿sabe algo? Usted no me conoce. ¿Quiere poner unos grilletes en mis pies y encadenar mis manos ¡pues hágalo!

El simplemente observaba sin musitar palabra, al igual que el resto del salón. Pasó un instante y mi ansiedad empezó a decrecer, luego pensé que ya no tenía ningún sentido salvaguardar mi inocencia. Me sentí cansado y me desplomé de nuevo sobre el asiento, mientras repetía casi entre susurros:

<Usted no me conoce…>

Todo había sido tan extraño, tan agobiante, que había absorbido cada gota de mi energía, cada detalle, todo cuestionamiento. Nada quedaba dentro de mí, no había ansiedad, miedo, ni ningún otro sentimiento.

De esa forma concluyó la fase de informes presentados por el fiscal y mi defensor. Para concluir, ambas partes ratificaron sus escritos de acusación y defensa, sin modificación de lo inicialmente presentado. En ese momento el juez dirigiéndose a mí, inquirió si

quería decir algo más. A lo que contesté negativamente. Sentí que había sido derrotado, independientemente del veredicto que se avenía.

—Gabriel Dickens, póngase de pie—solicitó Urtengoya:—¿Cómo se declara de los cargos que se le imputan?

—Inocente, su señoría—señalé con toda convicción. No así del desenlace que sobrevendría.

A continuación se autorizó una última invocación de fiscalía y defensa, Jáuregui, por su parte ratificó su solicitud de condena, y ulteriormente a este Orionza señaló:

—Su señoría, el problema mental y conductual de este hombre escapa a su control y dominio. El contacto de Gabriel Dickens con la realidad es deficiente. Desde niño y a consecuencia de los terribles abusos a los que fue sometido, su mente ha vivido dentro de una irrealidad fantasiosa. Seria por demás injusto y cruel someterlo también a una pena de prisión. Cuando cada día que pase encerrado en un calabozo, este hombre se sabrá inocente.

El señor Dickens, como ha sido apreciable en este juicio, padece una terrible enfermedad que le impide hacerse responsable de sus actos. Por tanto solicito se le declare no imputable de los cargos.

CAPÍTULO LXIII, LA CONDENA, CASO CERRADO

Finalmente, llegó el momento en que los miembros del jurado debían emitir su veredicto. Y por escrito le fue entregado al presidente del mismo, un legajo con los pormenores de la causa y los correspondientes alegatos de las partes. En ese momento y con todos los involucrados en la audiencia, puestos de pie. Urtengoya en compañía del secretario, explicó:

—Señores miembros del jurado, por medio del presente manifiesto se busca precisar la responsabilidad en los hechos delictivos por parte del acusado. Es un importante deber el que hoy asumen como ciudadanos de Treum, y representantes de la ciudadanía ante este tribunal—y continuó—Es de vital importancia recordar que

los pilares de este jurado se soportan sobre la base de la imparcialidad y la independencia. Y que su función es valorar la verosimilitud de los hechos enjuiciados en función de las pruebas presentadas.

Todos guardaban estricto silencio prestando atención al hombre que se dirigía a ellos, y como un solícito escuadrón de lacayos de la maldad, se aprestaban a infligir la final estocada a mí ser.

—Les recuerdo que ante cualquier duda— prosiguió el funcionario—podrán dirigir sus consultas a testigos, peritos y acusado, por intermedio de este tribunal.

—En este momento pueden retirarse al salón establecido para dicho fin, a donde serán conducidos por la escolta policial, y así iniciar la respectiva deliberación. Que Dios, los acompañe—concluyó.

Un par de horas más tarde, el jurado regresó a la sala de audiencias, portando consigo el acta de deliberación, con el concluyente veredicto que sería leído por su portavoz.

En ese instante sentí que el don que me fue otorgado había sido una dantesca carga, soportada sobre mis hombros, empero, el único juicio realmente valido, sería el que Dios todopoderoso impondría sobre mí.

En el ambiente aleteaba el estupor de todos los presentes, que en silencio aguardaban la sentencia.

Una mujer seleccionada para ser la representante del jurado inició a parlamentar lo concluido en la deliberación.

“Los miembros del jurado han sometido a su resolución y encontrado probados, y así lo declaran con su firma y en conformidad los hechos descritos en el oficio entregado por este tribunal…

Por tanto y una vez sometido a nuestra decisión, este jurado por unanimidad encuentra al acusado Gabriel Dickens Miller <CULPABLE> de los asesinatos en primer grado en la persona de John Afonte, Miranda González…”

Fue un instante tan breve, que casi pareció irreal.

Orionza giró y me observó con firmeza, aunque honestamente conmovido. Luego de presentar pruebas, controvertir, recoger y embalar elementos probatorios y evidencia física. Realizar entrevistas y valoraciones, tácitamente, él se sintió tan desilusionado como yo.

Empero le agradecí. Creo que lo subestimé doctor—dije entendiendo el arresto que el mismo había aplicado en la defensa de un desconocido.

El secretario judicial quien había consignado cada detalle de lo que ahí se iba diciendo, cada prueba y resolución adoptada ya fuera oral o por escrito. Enseguida leyó el acta definitiva, que luego de firmar alcanzó al juez, fiscal y abogado.

Así sin mediar inconvenientes, ni otros alegatos de las partes. Urtengoya declaró el juicio concluso y dictó la sentencia:

<Veinticinco años de cárcel>

Después de aquel juicio de pesadilla y horror, sólo me salvó la convicción mística de lo que me había sido revelado. No estaba dispuesto a doblegarme ante tal iniquidad, y la experiencia de mi encierro fue la oportunidad para acertar la bondad en mis actos.

Me reuní un par de veces más con Orionza, y aunque las posteriores apelaciones fueron infructuosas. Agradecí y reconocí su esfuerzo, tal vez, era él la única persona que realmente había creído en mí.

–Sí. No debí subestimarlo doctor—dije con una sonrisa, la última vez que lo vi. Entretanto, el me miraba aún con semblante apesadumbrado.

—Descuide yo estaré bien— le aseguré antes de despedirme.

La mañana siguiente desperté con aliento flemático y apenas abrir los ojos, noté como se vencía un albor ambarino que resbalaba por el resquicio del tragaluz. Me incorporé de inmediato y apuré el paso hasta el oxidado mástil de la puerta; segundos después brotó frente a mi rostro un resplandor inmaculado, que fluyó espontáneamente por el pasadizo hasta influirse en la celda.

Apenas daba crédito a lo que veía, quedé pasmado al interior de mi encierro, acompañando con la mirada aquella luminiscencia que se repetía en cada claraboya, como un eco de luz que abatía la penumbra. Me colmó un sentimiento de alivio, al encontrar aquella fuente extraviada que reaparecía de pronto y mis ojos pestañearon a punto de brotar en llanto, entretanto, aquella luz ondulaba lisonjeando los recovecos de la ergástula.

Sentí un verdadero alivio. Era el fulgor del sol que regresaba, conjurando a Treum de su oscuridad y ahí estaba ella, descendiendo paulatinamente por el camino que definía aquel reflejo, con el capuz que cubría su cabello y parte de su rostro, mi respiración se entrecortó con solo contemplarla y en el umbral de mi presidio entendí que no era un sueño, y que acudía a esa cita para estar conmigo, para cubrirme en su cobijo. Tragué saliva y me aferré a los barrotes, sabiendo que su presencia ese día no era producto del azar.

Su promesa desde un inicio había sido liberarme. Cerré los ojos y me sentí sereno. De pronto, percibí el roce suave y cálido de una mano sobre mi rostro y me aferré a esa suavidad.

Dos meses después de estar aislado, en una celda de la penitenciaria central de Treum, mientras esperaba su traslado a una cárcel de máxima seguridad, Gabriel, fue encontrado muerto en condiciones extrañas que aun son motivo de investigación.

En su celda se encontró un vieja de agenda de tapa roja, en la que había detallado todos los pormenores de su vida, en los últimos meses.

El último de los párrafos que alcanzó a escribir no deja de ser inquietante:

"*Cuando tropecé con los apéndices de la maldad, me sentía solo, y hasta hoy considero que he vuelto a vivir. Lo que muchos habrían juzgado inverosímil, fue percibido por todos mis sentidos, como una corriente revitalizante. No existe la casualidad, ahora ustedes lo saben, y es esta la declaración final que hago al mundo:*

Vendrán otros como yo, y si realmente quieres salvar tu alma, solo te pido que no ignores lo que hay en estas líneas"

Aquel caluroso día se transformó en una tarde de lluvia incesante; el torrencial aguacero dejó al descubierto, frente al rostro pálido y enmudecido de los obreros, golpeado por las gotas de agua como diminutas cuchillas punzantes, el horror oculto bajo el lodo.

Era sin duda el cuerpo del senador Gorky, quien había desaparecido hace meses, y si bien, se sospechó que Gabriel Dickens, tuviera algo que ver con este hecho, aun cuando no pudo ser comprobado. El cuerpo del político presentaba señales de muerte por asfixia y su corazón había sido extraído, pero aquel cadáver no debía tener más de dos semanas desde su deceso.

Fin.